

Alfonso de Lamartine

—♦♦♦♦—
La Revolución Francesa
(Historia de los Girondinos)
TOMO III

SG

6131

B.P. de Soria



61085108
D-2 12626

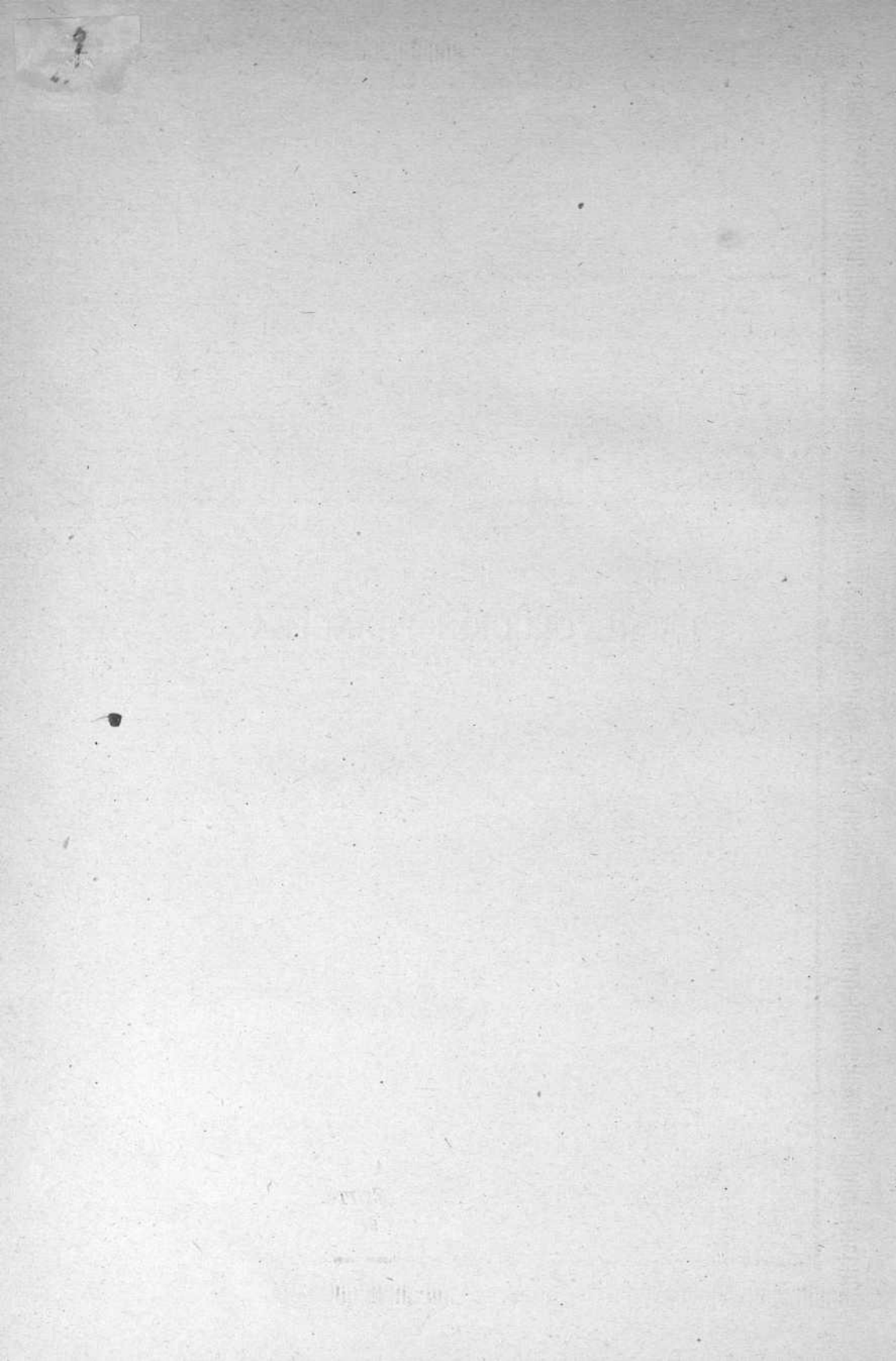
D-2

12626



LA REVOLUCIÓN FRANCESA

TOMO III



□ □ □
| | |
A. DE LAMARTINE



194825

| | |
La Revolución Francesa

== (HISTORIA ==
DE LOS GIRONDINOS)

== TRADUCCIÓN DE
F. CABAÑAS VENTURA

TOMO III



□ □ □
BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

(HISTORIA DE LOS GIRONDINOS)

LIBRO XLIII

Marat.—Dantón.—La Montaña.—Los girondinos son proscritos.—Excisión entre los departamentos y la Convención.—Los puertos son bloqueados.—Los coaligados en las fronteras.—Nueva constitución.—Los girondinos en Caen.—El general Wimpfen.—Marat, acusador público.

I

Después de aquella jornada, el pueblo, que sólo había hecho ostentación de su fuerza para ejercer presión sobre la representación nacional, se retiró sin cometer desmanes. Parecía haber quedado satisfecho con la importancia del servicio prestado a la libertad. Iluminó espontáneamente las calles, y, sin ofender a nadie, dejó a los girondinos salir libremente de las Tullerías y dirigirse a sus casas, porque no eran cabezas lo que al parecer quería, sino gobierno. Creía haber libertado a la Convención del yugo de algunos ambiciosos y de las intrigas de algunos traidores, y esto le bastaba, estando dispuesto a obedecer a la Convención, con tal de ser libre. Las nuevas tentativas que se hicieron para exaltarle, no tuvieron virtualidad suficiente para inducirlo a establecer la tiranía.

Sólo una persona pretendió utilizar el movimiento para satisfacer su ambición, y ésa fué Marat; pero, fracasado su proyecto, se vió obligado a justificarse ante los jacobinos de la acusación de aspirar a la dictadura. Los discursos que había pronunciado en la Convención, en la cor-

poración municipal y ante el pueblo durante las oscilaciones de aquellos tres días, tendían indudablemente a constituirse en el jefe indispensable, y Billaud-Varennes se lo recriminó con dureza.

—Estoy denunciado — respondió Marat — por haber deseado un jefe, un señor, es decir, un tirano, y no vengo aquí a disculparme, porque estoy convencido de que nadie dará crédito a esta calumnia. Es desagradable hablar francés delante de los ignorantes que no lo entienden, o de los bribones que no quieren entenderlo. Anoche, a las nueve, se me presentaron algunas diputaciones de las secciones a consultarme acerca del partido que debían tomar. ¡Cómo!, les dije; ¿estáis oyendo el toque de rebato de la libertad y necesitáis que se os aconseje? Entonces añadí: es imposible que el pueblo se salve si carece de un jefe que lo dirija. Los ciudadanos que me rodeaban exclamaron: «¡Ah! ¿Deseáis un jefe?» «No, respondí, deseo un guía y no un señor», lo cual es muy diferente.

II

Reprendido Marat por ambicioso, fué Dantón también por inactivo y por sus contemplaciones con los girondinos. Aquel mismo Varlet, que había propuesto al comité del Arzobispado proyectos extremadamente sanguinarios contra los girondinos, tuvo la osadía de atacar a Dantón en la tribuna del club de los franciscanos, creyendo llegada la hora de

minar la gran popularidad del tribuno para elevarse él sobre los escombros. En efecto, Dantón vacilaba ya, pues su silencio en el comité de salud pública, su inercia en la Convención, sus medidas durante la crisis, sus reconvenciones al pueblo insurreccionado, eran para los franciscanos testimonios de secreta complicidad con los girondinos. Los franciscanos, permitiendo a Varlet atacar al ídolo, demostraron que ya no lo consideraban inviolable. Dantón estaba ausente; pero lo defendió contra las insinuaciones de Varlet Camilo Desmoulins, recordando al pueblo los títulos revolucionarios del hombre del 10 de agosto y del 2 de septiembre, y el crédito de Dantón salió ileso de aquella lucha.

Camilo Desmoulins refirió al tribuno la insolencia de Varlet, y Dantón le contestó:

—Te agradezco que me hayas vengado de ese reptil. Cuando el pueblo encuentre otro Dantón, podrá mostrarse impunemente ingrato y sacrificarme a sus caprichos. Pero nada temo — añadió, dándose en la frente con la palma de la mano — porque hay aquí dos cabezas, una para levantar la revolución, y otra para conducirla.

Dantón, en sus confidencias, disimulaba cada día menos su propósito de apoderarse de la República y variar de gobierno.

—Hablo poco—decía algunos días después a otro de sus adeptos—. Tengo hasta la idea de eclipsarme durante algún tiempo, porque es necesario dejar que las facciones se gasten. Las revoluciones tienen también su cansancio, y este momento es el que espero.

III

Al siguiente día hizo la Montaña renovar los comités, excepto el de salvación pública, de los que entraron a formar parte los miembros más exaltados de esta facción. Destituyó a los ministros sospechosos; envió comisionados a los departamentos dudosos; anuló el proyecto de constitución presentado por los girondinos, y encargó al comité de salvación pública la redacción de otro proyecto completamente democrático. Activó el

reemplazo y armamento del ejército revolucionario, verdadero levantamiento en masa del patriotismo; decretó el empréstito forzoso de 1,000.000.000, y envió al tribunal revolucionario numerosos acusados. Las sesiones no fueron ya deliberaciones, sino mociones breves, decretadas al momento por aclamación y enviadas inmediatamente a los diferentes comités para que éstos las ejecutasen. Despojó al poder ejecutivo de la escasa independencia y responsabilidad que tenía aún. Los ministros, llamados constantemente ante los comités, convirtieron en ejecutores pasivos de las medidas que decretaba la Montaña, cuyos comisionados, enviados a los departamentos, fueron investidos de un poder dictatorial que absorbía todas las autoridades intermedias y hasta todas las leyes, pareciendo comunicar a los confines de la República la omnipotencia de la Convención. Desde aquel día dejó la Asamblea de ser representación nacional para constituirse en gobierno, que administró, juzgó, ejecutó y hasta combatió. Fue Francia reunida: cabeza y brazo al mismo tiempo. Aquella dictadura colectiva tenía sobre la individual la ventaja de ser invulnerable, porque una puñalada no la interrumpía ni derribaba.

Desde aquel día dejó de discutirse, para limitarse exclusivamente a obrar. La desaparición de los girondinos dejó a la revolución sin voz, quedando con Vergniaud proscripta la elocuencia, a excepción de los grandes jefes de partido, como Dantón y Robespierre, que algunos días tomaron la palabra para aunar voluntades y promulgar órdenes. Casi enmudecieron las sesiones, reinando en ellas un silencio que sólo era interrumpido por el paso redoblado de los batallones que desfilaban por el recinto, por las salvas de cañonazos de alarma y por los golpes del hacha que hería en la plaza de la Revolución.

IV

Los veintidós girondinos, los miembros de la comisión de los Doce y algunos amigos de éstos, advertidos del peligro, huían a los departamentos, protestando contra la mutilación de la patria. Las víctimas

del 31 de mayo no habían sido encarceladas el primer día, limitándose la corporación municipal a hacerles abandonar su puesto de legisladores. La compasión de los colegas parecía haber dejado a su arbitrio la facilidad de evitar por medio de la fuga los encarcelamientos y los asesinatos. Los detenidos estaban custodiados en sus casas por gendarmes acostumbrados a respetar a los miembros de la representación nacional, y, siendo más servidores que carceleros, aquellos hombres, enternecidos o seducidos fácilmente, dejaban comunicar a los diputados proscritos con la familia y con los amigos. Los arrestados recibían visitas, y algunos tenían hasta permiso para salir durante la noche, bajo palabra de no ausentarse de París.

La mayor parte de los que habían esperado a conocer el resultado de la insurrección del 2 de junio en casa de Meilhán, calle de San Honorato, habían apelado a la fuga, y los demás fueron escapándose, uno por uno. Robespierre, Dantón, el comité de salvación pública y el pueblo, parecían no hacer caso de estas evasiones, como si desearan verse libres de unas víctimas que les fuera doloroso herir.

V

Buzot, Barbaroux, Guadet, Louvet, Salles, Pethión, Bergoing, Lesage, Cussy, Kervelegán y Lanjuinais encamináronse a Normandía, y, después de haber recorrido los departamentos situados entre el mar y París, sublevándolos, establecieron en Caen el centro de la insurrección contra la tiranía de París, tomando el título de Asamblea central de resistencia a la opresión. Biroteau y Chasset habían llegado a Lyon, en cuya ciudad las secciones armadas agitábanse en movimientos contrarios y sangrientos ya. Brissot huyó a Moulins; Rabaut-Saint-Etienne, a Nimes; Grangeneuve fué enviado por Vergniaud, Fonfrede y Ducós a Burdeos, donde organizó batallones dispuestos a atacar a la capital. Tolosa siguió el mismo impulso de resistencia a París.

Los departamentos del Oeste estaban soliviantados, alegrándose de ver la Re-

pública desgarrada por fracciones contrarias, y contando con la complicidad de uno de los partidos para restaurar la monarquía. El centro montañoso de Francia, donde se soporta menos el yugo de París y donde la distancia de las fronteras hacen menos inminentes los peligros exteriores, se conmovió. El Tarn, el Lot, el Aveyrón, el Cantal, el Puy de Dôme, el Herault, el Ain, el Isere, el Jura, setenta departamentos en conjunto, se rebelaron contra la Convención. Estos departamentos encargaron a sus autoridades constituídas que adoptaran todas las medidas necesarias para vengar la representación nacional, enviándose recíprocamente diputaciones para combinar el alzamiento. Marsella organizó diez mil hombres a las órdenes de Rebecqui y de los jóvenes amigos de Barbaroux, e hizo prisioneros a los comisarios de la Convención Roux y Antiboul. El realismo, siempre conspirando en el Mediodía, transformó insensiblemente el movimiento del patriotismo en insurrección monárquica. Rebecqui, desesperado por los golpes involuntarios que descargaba sobre la República y al ver al realismo apoderarse del movimiento del Mediodía, se suicidó arrojándose al mar, para librarse de los remordimientos. Lyon y Burdeos encarcelaron también a los enviados de la Convención como maratistas. Las primeras columnas del ejército combinado de los departamentos empezaron a ponerse en movimiento. Seis mil marseleses estaban en Aviñón dispuestos a subir por el Ródano para unirse a los insurreccionados de Nimes y Lyon, y Bretaña y Normandía, reunidas, concentraban sus primeras fuerzas en Evreux.

VI

La situación de la Convención no era menos precaria en el exterior. Inglaterra bloqueaba todos los puertos, y un ejército de cien mil hombres, ingleses, holandeses y austriacos, hostigaba y entraba en los departamentos del Norte. Condé, bloqueada, veía al general Dampierre expirar intentando defenderla. Valenciennes, bombardeada por trescientas bocas de fuego, no era ya más que un montón de ruinas protegido por murallas

inconquistables. Los emigrados, los austriacos y prusianos habían pasado el Rin y amenazaban a los departamentos de Alsacia con una invasión de más de cien mil combatientes, que apenas bastaban a detener Custine y las guarniciones del Rin. Atrincherao aquel general en las líneas de Wissembourg, pensaba en refugiarse en Estrasburgo. Maguncia, abandonada a sí misma con una guarnición de veinte mil soldados escogidos, defendíase heroicamente contra los ataques del general Kalkreut, que mandaba setenta mil hombres. El rey de Prusia, en medio de un cuerpo de ejército frente a Custine, sólo esperaba para asestar los postreros golpes la noticia de la rendición de Maguncia. Desde Estrasburgo hasta los Alpes la insurrección de los girondinos sublevaba el Franco-Condado y dificultaba el acceso del alto Jura, practicable para las intrigas y las armas de los emigrados.

VII

Veinte mil jóvenes voluntarios del Franco-Condado, impelidos al realismo por su indignación contra los montañeses y contra Marat, estaban dispuestos a marchar a Lyon y Macón para incorporarse al ejército del Mediodía que avanzaba contra París. Ochenta mil saboyanos y piamonteses, acantonados en las alturas del condado de Niza, en la confluencia de las altas gargantas de los Alpes de Saboya, amenazaban a Tolón, Grenoble y Lyon. Aquellas tropas extranjeras ofrecían a los realistas del interior ayudarles contra los tiranos de la República. Birón, que mandaba el ejército de Italia, sólo contaba, para defender a Provenza y la frontera, con algunos millares de hombres desalentados y sin disciplina. En los Pirineos, la guerra con España, débil y sin gloria por ambas partes, se encerraba en las gargantas, dejando las provincias francesas del Rosellón bajo la amenaza de una invasión, siempre aplazada, pero siempre inminente. Los desastres del ejército revolucionario en la Vendée completaban el cuadro de las calamidades de la República y de los apuros de la Convención, cuya fuerza no residía ya más que en el cora-

zón. Para no desesperar de la lucha que la República concentrada en París veíase obligada a sostener, era preciso llevar en el alma toda la fe de la nación en la libertad. La Convención, que tenía esta fe, se consagró a sí misma y a Francia, a la muerte o a su obra, siendo ésta su gloria, su excusa y su salvación. Danton y Robespierre, la corporación municipal de París y los jacobinos elevaron su energía al nivel de los peligros, unas veces por medio del entusiasmo, y otras por el terror que le imprimían, poniéndola entre la contrarrevolución y el patíbulo, y no teniendo otra elección que la del género de muerte, aceptaron el más glorioso, que fué el de combatir contra toda esperanza.

VIII

Para demostrar que confiaba en el porvenir, la Convención aprobó en pocos días la nueva ley fundamental, cuyo proyecto estaba encargado de presentarle el comité de salud pública. Herault de Sechelles leyó el dictamen.

Esta constitución dejaba de ser representativa para convertirse en democrática; es decir, que la representación general, universal, directa, llamaba en todo y para siempre al pueblo bajo todas las formas, para que ejerciera inmediatamente la soberanía. Se consultaba a la nación acerca de las leyes, y los poderes ejecutivos eran nombrados por elección. Robespierre, cuyos principios habían prevalecido, defendió el proyecto en el club de los jacobinos contra los ataques de los demagogos exagerados, como Roux y Chabot.

— ¡Desconfiad — decía — de los antiguos clérigos coligados con los austriacos! ¡Guardaos de la nueva máscara con que van a cubrirse los aristócratas! ¡Entreveo en el porvenir un nuevo crimen, que quizás está próximo, pero lo descubriremos y aniquilaremos a los enemigos del pueblo, bajo cualquier forma que se presenten!

Los jacobinos, que afectaban conservar siempre la ventaja de la moderación sobre los franciscanos, y que al carácter reflexivo y político de sus actos debían parte de su poder, aplaudieron a Robes-

Pierre, y enviaron una diputación, cuyo orador fué Collot d'Herbois, a suplicar a los franciscanos que se impusieran a los detractores de la constitución, haciendo concurrir todas las voluntades a una obra que el tiempo haría más popular. Los franciscanos cedieron a la invitación de los jacobinos y expulsaron de su sociedad, por perturbadores y anarquistas, a Roux y Leclerc de los Vosges, perdonando a Varlet en consideración a su juventud. La constitución sancionada de esta suerte por las dos sociedades soberanas de la opinión en París y amparada por Robespierre, fué enviada a todos los ayuntamientos de la República para que se sometiera a la aprobación del pueblo francés, convocado en asambleas primarias.

En cuanto a Dantón, lanzó esta constitución al pueblo como un juguete hecho ya, mentalmente, pedazos por él, que no apreciaba en el pueblo otra cosa que la fuerza; creía poco en la libertad, y se preocupaba muy poco del porvenir: era de los hombres que no se sublevan contra las tiranías, sino por otra tiranía mayor, y que, cuando no son esclavos rebeldes, llegan a ser los más descarados dominadores. Como las teorías constituyentes no eran para Dantón otra cosa que puerilidades más o menos hábiles, no le importaba escribirlas, porque tampoco le importaba borrarlas, no reconociendo en la Revolución otro gobierno legítimo que las circunstancias y la ley de la necesidad.

IX

Circulaba entonces el rumor de que la Convención, no atreviéndose a juzgar ni a absolver a los girondinos que estaban presos en París, se proponía hacer un sacrificio a la paz y a la reconciliación con los departamentos, amnistiando a los veintidós. Era ésta, en efecto, la opinión de Dantón, a quien el rigor inútil apesadumbraba y el recuerdo de septiembre apartaba del asesinato. Valazé, indignado por el ultraje que semejante perdón encubría, escribió a la Convención manifestando que no podía creer en semejante proyecto del comité de salvación pública, porque él amaba el honor más que

la libertad, y que rechazaría con horror el perdón. Vergniaud, igualmente intrépido y provocando a sus vencedores desde el calabozo, escribió una carta en la que decía: «Solicito que me juzguen. Si soy culpable, yo me he puesto voluntariamente en situación de ser arrestado para ofrecer mi cabeza en expiación de las traiciones de que se me supone reo; pero, si los calumniadores no presentan pruebas contra mí, pido que sean conducidos al cadalso. Ciudadanos colegas, apelo a vuestra conciencia, y oportunamente será juzgada vuestra justicia por la posteridad.» Los restos del partido de la Gironda, animados por la actitud de los departamentos, presentáronse en la sesión de la Convención para apoyar la lectura de dichas cartas y las peticiones en favor de los proscritos.

—¡Os están arrojando las teas de la guerra civil! — exclamó Legendre—. Apresuraos a apagarlas, pasando desdeñosamente a deliberar acerca de otros asuntos.

La Convención dejó a un lado las peticiones, y Barrere leyó un informe del comité de salvación pública, en el que ensalzaba el 31 de mayo y pedía que se adoptaran medidas severas para imponer a los jacobinos y al ayuntamiento respecto al poder supremo concentrado en la Convención.

—Ciudadanos de la Montaña — decía Barrere, poniendo término a su discurso—, no os habréis sentado en ese elevado puesto para sobreponeros a la verdad; prestadle, pues, atención. No pronunciéis ante la opinión un fallo acerca de la culpabilidad de los colegas que habéis rechazado de vuestro seno; y, mientras son juzgados, enviad rehenes a los departamentos que están alarmados.

Robespierre, Lacroix, Thuriot y Legendre se indignaron ante esta debilidad. Robespierre se admiró de que volviera a tratarse de un asunto que ya el pueblo había juzgado.

Al comunicar a la Convención que los administradores de los departamentos sublevados acababan de prender a los comisionados Romme, Prieur de la Cote-d'Or, Ruhl y Prieur de la Marne, exclamó Couthón:

—Conozco a Ruhl, y sé que estará en

libertad aunque todos los cañones de Europa le amenacen.

Por aclamación se pidió el inmediato castigo de los administradores rebeldes; pero algunos miembros de la derecha propusieron medidas encaminadas a permanecer en expectativa. Dantón, al oír esto, abandonó la inexplicable actitud pasiva que le echaban en cara, exclamando:

— ¡Cómo! ¿Se duda, por ventura, de la República? En este momento de regeneración social es cuando los cuerpos políticos, semejantes en esto a los físicos en el instante de la reproducción, se encuentran amenazados de una destrucción próxima. ¡Estamos rodeados de tempestades! ¡el rayo suena y de sus estallidos debe salir la obra que ha de immortalizar a la nación francesa! Recordad, ciudadanos, lo que ocurrió en tiempo de la conspiración de Lafayette; recordad el estado de París, cuando los patriotas eran oprimidos, proscritos, amenazados por todas partes y las mayores calamidades nos amenazaban. ¡La situación de hoy es idéntica! ¡Parece que sólo existe el peligro para los que han creado la libertad! Pronto fueron desenmascarados Lafayette y su partido. En la actualidad los nuevos enemigos del pueblo se han dado ya a la fuga con nombres supuestos. Brissot, ese corifeo de la impía secta que va a ser exterminada, ese hombre que ensalzaba el orgullo y se escudaba con la indigencia al acusarme de que yo iba cubierto de oro, no es más que un miserable a quien ha sabido hacer justicia el pueblo de Moulins, prendiéndolo como conspirador. ¡Se dice que la insurrección de París amotina los departamentos! ¡Esos sucesos cimentarán la gloria de esta magnífica ciudad! ¡Lo declaro a la faz de Francia, sin el cañón del 31 de mayo, los conspiradores nos impondrían la ley! ¡Recaiga, pues, enhorabuena el crimen de esa insurrección sobre nosotros!!!

X

Esta orgullosa provocación hecha a la posteridad, fué contestada en la Montaña con un eco unánime. Dantón se asociaba a la victoriosa insurrección del 31 de ma-

yo, conquistando ante Francia el título de patriota.

Couthón convirtió en moción el entusiasmo producido por tales palabras, y hizo aprobar, no sólo la amnistía de las fuerzas que habían sitiado la Convención, sino también el elogio tributado a la corporación municipal, al pueblo y hasta al comité de insurrección de París durante las jornadas del 31 de mayo, y del 1 y 2 de junio.

Ducós, que se había quedado con Fonfrede en los bancos desiertos de los girondinos, hizo todo lo posible por extinguir el encono de los vencedores y provocar la indulgencia en favor de sus colegas; pero le respondieron con murmullos. Se acusó a Vergniaud de haber querido corromper al gendarme que lo custodiaba, y se señaló la evasión de Lanjuinais y Pethión, que habían ido a reunirse con sus colegas en Caen. Robespierre pidió que el comité emitiera en seguida dictamen acerca de los diputados presos.

— ¡Cómo! ¿Es aquí donde se pone en parangón a la Convención con algunos conspiradores? ¿Es aquí donde se emplea el lenguaje de la Vendée?

Esta injuriosa alusión a la derecha fué acogida con protestas y murmullos.

— Pido — dijo Legendre, que afectaba adorar a Robespierre —, pido que el primer rebelde, el primero de esos rebeldes — aludiendo a los amigos de Vergniaud — que interrumpa al orador sea enviado a la Abadía.

— ¡Es necesario que se conozcan sus crímenes! — continuó Robespierre —. Sus crímenes, ciudadanos, son las calamidades públicas, la audacia de los conspiradores, la coalición de los tiranos de Europa, las leyes que nos han impedido hacer, la santa constitución que se ha establecido desde que ellos no están aquí. ¡Ciudadanos! ¡No os dejéis guiar por la pusilanimidad inclinándoos a perdonar a los culpables: el pueblo está con vosotros!

XI

Fonfrede trató de conseguir que el decreto de prisión contra los girondinos expresara, al menos, la cárcel especial en que habían de ser encerrados, para no

confundirlos con los criminales; pero fué escuchado con fría indiferencia. Algunas esposas e hijos de los presos suplicaron que se les permitiera participar de la suerte de sus parientes, y la Montaña acogió o desestimó estas peticiones individuales, según su parcialidad, en favor o en contra de las personas que solicitaban. Bertrand, que acababa de perder a su esposa y estaba solo y pobre para cuidar a sus hijos, fué desapiadadamente arrebatado a éstos, provocando una larga discusión. Drouet acusó a Brissot de intentar huir, y a Vergniaud de haber embriagado a los carceleros.

—Dejemos — dijo al fin Robespierre — de ocuparnos en los individuos, que pretenden que la República no piense más que en ellos, porque la República sólo debe pensar en la libertad. La intención de vuestros enemigos es la de encender de nuevo la guerra civil, deseando algunos que la Convención presente el espectáculo de las disensiones que conmueven a Francia. Tal es el motivo de pedirnos que os ocupéis en esos miserables individuos, que, aunque heridos por la espada de la ley, levantan el estandarte de la rebelión. Dejemos a esos miserables entregados a los remordimientos que los persiguen.

La fuga de Kervelegán y de Biroteau no tardó en ser conocida.

—Pero, ¿cuál es su crimen?—gritó un miembro de la Llamura.

—¡Su crimen — respondió Maure — es su fuga!

XII

Por último, Saint-Just, inspirado por Robespierre, leyó el informe definitivo respecto a los acaecimientos del 31 de mayo, en el que se acumulaban todas las calumnias de Camilo Desmoulins contra los girondinos, presentando a este partido como una vasta conspiración para restablecer la monarquía abolida y entregar la República al extranjero. El federalismo aparecía en el informe como fin constante y sistemático.

—¡Vedlo! — decía Saint-Just al terminar—. Deseaban esclavizarnos bajo el pretexto de nuestra seguridad; tratándonos como a aquel rey de Chipre cargado

de cadenas de oro. Marsella y Lyon, que están para unirse con la Vendée, son presa de los emisarios. ¡Tiranos más odiosos que Pisistrato, mandan degollar al hijo que reclama a su padre, y a la madre que llora a su hijo! Buzot subleva el Eure y el Calvados; Pethión, Louvet y Barbaroux le apoyan. Se cierran las sociedades populares; se persigue a los patriotas; se instala en Nîmes una comisión de gobierno; la sangre corre por todas partes y en Burdeos se grita ¡Viva el rey! y se ultraja a la Convención. ¿Oís los gritos de las víctimas? La libertad del mundo y los derechos del hombre se han atrincherado en París. ¡No perecerán, no! Vuestro destino es más poderoso que vuestros enemigos. Nada les debéis ya, puesto que asolan la patria. El fuego de la libertad nos ha purificado, como el hervor de los metales que arroja del crisol la espuma impura. Quédense solos con sus crímenes. Proscribid a unos, juzgad a otros y perdonad después. ¡No os complacéis seguramente en ser implacables!

Este informe, que ofrecía la amnistía a los departamentos insurreccionados, resumía el decreto que declaraba traidores a la patria a Buzot, Barbaroux, Gorsás, Lanjuinais, Salles, Louvet, Bergoing, Biroteau y Pethión; acusaba a Gensonné, Guadet, Vergniaud, Mollevault y Gardien, detenidos en París, y restituía a Bertrand, miembro de la comisión de los Doce, al seno de la Convención. Chabot, después de la lectura de este informe, pidió y obtuvo el decreto de acusación contra Condorcet, que acababa de defender valientemente a sus amigos, en un manifiesto dirigido a los franceses.

XIII

Mientras la Convención mostraba tanto rigor en la capital, combatía en los departamentos. Los comisarios, luchando en todas partes con los emisarios girondinos, sublevaban las secciones, reunían los batallones, marchaban contra los primeros grupos que se formaban, y ahogaban la insurrección en el germen. El general Carteaux obstruyó el camino de Lyon a los voluntarios de Marsella, a

quienes derrotó cerca de Aviñón. Burdeos vacilaba entre vengar a los diputados u obedecer a la Montaña; pero el foco de la insurrección federalista estaba en Caen, en Normandía y en Bretaña. Dirijamos una mirada a aquella ciudad y provincias.

Los diez y siete diputados refugiados en Caen eran Barbaroux, Bergoing, Boutedoux, Buzot, Duchastel, de Cussy, Gorsás, Guadet, Kervelegán, Lanjuinais, Lariviere, Lesage (de Eure et Loire), Louvet, Meilhan, Salles, Valady y Pethiön, acompañado éste por su hijo, que tenía diez y seis años de edad. Habíanse unido a ellos Girey-Dupré, Riouffe, y Marchenna, jóvenes escritores que, profesando las mismas opiniones, habían querido participar de su desgracia.

Estos diputados habían ido a Caen, porque esta ciudad no había esperado la provocación para pronunciarse contra la jornada del 31 de mayo y la violación de la representación nacional.

Hacia algunos meses que los jacobinos de Caen, irritados por las doctrinas de la Montaña, habían roto abiertamente con la sociedad de jacobinos de París, y la noche del 31 de mayo, el consejo del departamento del Calvados había acordado la formación de un ejército departamental, destinado a asegurar la libertad de la Convención. «¡No depondremos las armas — decía el manifiesto redactado en la misma sesión — hasta no haber reducido a la nada a los proscriptores y facciosos!» Del gobierno de la insurrección se encargó una asamblea, confiriéndose el mando de las tropas al general Wimpfen, antiguo diputado constitucional, natural de Bayeux, que, aunque fiel a la patria, profesaba ideas realistas. La asamblea insurreccional hizo prender a Romme y Prieur, ambos comisarios de la Convención, del partido montañés, encerrándolos en el castillo de Caen. En esta prisión ocurrióse a Romme la idea del *calendario republicano*, que debía borrar las huellas de lo pasado y de la tradición.

Los diputados fugitivos fueron llegando sucesivamente a Caen en los primeros días de junio, presentándose al comité insurreccional cuyas opiniones federalistas enardecieron con la relación de las persecuciones. La ciudad los hospedó en

el antiguo palacio de la intendencia. Fueron más espectadores que actores en la insurrección, que cobró fuerzas con la adhesión de algunos regimientos que estaban de guarnición en Caen y sus inmediaciones, y con la formación de los batallones de voluntarios escogidos entre la juventud de Rennes, de Lorient y de Brest. La vanguardia de estas tropas, bajo el mando del señor de Puisaye, emigrado que había regresado a la patria y seguía siendo adicto al rey, apostóse en Evreux. Puisaye no veía en la insurrección más que la caída de la República, y admitía la posibilidad de hacer cambiar fácilmente de bandera a las tropas y restablecer la monarquía constitucional. Era, al mismo tiempo, orador, diplomático y soldado; y, de carácter y temple eminentemente adecuado a las guerras civiles, que producen más aventureros que héroes, había pasado ya un año entero oculto en una caverna en los bosques de Bretaña avivando con ardides y manifestos el fuego de la rebelión contra la República. A la sazón, había adoptado, aparentemente, los colores tricolores y las opiniones de los girondinos; pero los soldados desconfiaban de él. El general Wimpfen permaneció en Caen con el principal cuerpo del ejército, tratando en vano de engrosarlo con voluntarios, porque los emisarios de la Montaña, diseminados por el departamento, amortiguaban y desalentaban el movimiento. Se temía que la libertad sucumbiera en la lucha que iba a entablarse.

El señor de Puisaye puso en movimiento sus tropas, que las formaban dos mil hombres, en dirección a Vernón; pero, habiéndolas acampado imprudentemente en las cercanías de Brecourt y abandonándolas durante la noche del 13 de julio, bastaron algunos cañonazos del ejército de la Convención para dispersarlas, siendo esta derrota como el preludio de la que habían de sufrir los insurreccionados en todas partes. Hasta los batallones bretones tomaron el camino de sus departamentos, y Roberto Lindet, comisario de la Convención, entró en Caen sin resistencia. Los diputados no pensaron ya más que en ponerse en salvo. Wimpfen les ofreció proporcionarles asilo en Inglaterra; pero lo rehusaron para evitar

el que su causa se confundiera con la de los emigrados.

La indolencia que los había perdido en París, los perdió también en Caen, pues ninguno desplegó los recursos de carácter y de ingenio que suplen al número y proporcionan los medios de acción. Se sometían a la fortuna sin poner nada de su parte para hacerla propicia, y perdían el tiempo en inútiles conferencias con los miembros del comité insurreccional. Barbaroux se ocupaba en escribir versos, como en los ratos de ocio de una vida sosegada. Se disculpaba de haber votado la muerte del rey, diciendo:

—No era mi opinión personal, pues yo me limité a expresar el voto de mis comitentes.

Pethión parecía absorto en la educación de su hijo.

Louvet y Barbaroux fueron a Lisieux con objeto de marchar con la vanguardia de las tropas de la insurrección a París; pero llegaron en el momento en que los dos mil hombres que mandaba Puitsay retrocedían a Caen. Uno de sus amigos, que huía con los batallones del citado general, encontró a Barbaroux echado en el pavimento de su habitación en una hostería de Lisieux, y le notificó la derrota de Vernón. Barbaroux volvió a Caen; Valady y él no se separaban.

—Barbaroux — decía Valady — es un atolondrado sublime que dentro de diez años será un gran hombre.

Girey-Dupré componía estrofas para sustituirlas a las de la *Marsellesa* en los combates de la insurrección contra la Montaña.

Pethión se justificaba, indignado, de la sospecha de haber tomado parte en los asesinatos de septiembre, y su aspecto de hombre honrado desmentía aquellas atroces imputaciones.

—¡Ved — decía de él Barbaroux—, ved la persona que quieren hacer pasar por asesino!

Guadet conservaba el rostro, la palabra y la actitud trágicas.

—¡Siempre orador! — decía Barbaroux, burlándose de él.

Los girondinos mostraron en Caen más indiferencia por su vida que carácter para salvarla, provocando más curiosidad que entusiasmo, y todo abortó en sus manos.

La guerra civil, provocada por la insurrección, no fué más que un motín que ni siquiera se acercó a las murallas de París, pues la República que los girondinos habían creado, les negó hasta campo de batalla para pelear, reservándoles solamente el cadalso. Francia, compadecida de ellos, se horrorizaba de las violencias hechas a los representantes, de la opresión de la Convención y de los patíbulo; pero más horror le causaban los desastres del territorio y la invasión del extranjero. No ponía entonces en la balanza la pasajera tiranía del comité de salvación pública, por atroz que fuera, en la destrucción de la patria y la descomposición de la unidad nacional, a la que creía sacrificarse, siendo, a juicio del pueblo, el solo nombre de federalista, más que una injuria, un parricidio que merecía la muerte.

XIV

La sospecha de federalismo llevaba diariamente al patíbulo a los que con esta denominación eran designados a la venganza del pueblo. Marat no cesaba de delatar a todos los que estaban relacionados, por algún vínculo de opinión o de interés, con los diputados proscritos, constituyéndose en acusador público de la corporación municipal, de los franciscanos y hasta de la Convención. Las vacilaciones de Dantón, la contemporización de Robespierre y la moderación de los jacobinos, elevaban entonces a Marat al apogeo de la popularidad y del poder, por lo que éste se atrevía a ejecutar cuanto se le ocurría, no habiendo ya límites en su delirante imaginación para sus febriles concepciones. Afectaba mucho desprecio a la Convención, desdendiéndose de asistir a las sesiones, y, al oír los nombres de Robespierre y Dantón, se encogía de hombros, considerándoles incapaces de completar la revolución y regenerar al pueblo, uno por falta de virtud, y el otro por carecer de genio. Le fascinaba la elevación a que le habían conducido sus locuras, creyendo reasumir en su persona el número, el derecho y la voluntad de las masas. Adoraba en sí a la divinidad del pueblo.

Había inspirado el culto que a sí se

tributaba, a la parte ignorante y turbulenta de la nación, y, sobre todo, a la chusma de París, para quien el sanguinario demagogo era la sublimidad del patriotismo.

—Marat nos es necesario — decía Camilo Desmoulins a Dantón para disculpar la adulación que tributaba a aquél—. Mientras Marat esté de nuestra parte, el pueblo tendrá confianza en nuestras opiniones y no nos abandonará, porque, fuera de las opiniones de Marat, no hay nada. Sobrepuja a todos, y nadie puede aventajarle.

Desde la expulsión de los girondinos había sido recusado como diputado, no queriendo, decía, juzgar a los que consideraba enemigos personales. El mejor juicio, en su opinión, era la insurrección y por eso desdénaba el de la Convención y la espada de la ley. Devorado por una fiebre lenta y una lepra horrible, espuma ostensible de la efervescencia de su sangre, no salía casi de la morada sombría y recóndita en que habitaba, y desde donde, invisible y enfermo, no cesaba de indicar proserpciones al pueblo, designar los sospechosos, individualizar las víctimas y dictar órdenes a la Convención, que escuchaba la lectura de sus cartas con verdadero disgusto, pero con aparente deferencia. Los girondinos, para acrecentar el odio de Francia contra sus enemigos, daban a éstos en los departamentos el nombre de maratistas; pero esta denominación injuriosa engrandeció todavía más a Marat en el ánimo del pueblo. Los departamentos reasumían en el sanguinario demagogo todo el terror, todo el horror, toda la anarquía del momento, y, personificando el crimen en aquel hombre siniestro, hacían al crimen más terrible y odioso.

LIBRO XLIV

Caen.—Casa de Carlota Corday.—Retrato de Carlota Corday.—Su vida.—Su carácter.—Sus relaciones con los girondinos proscritos.—Proyecto.—Viaje.—Llegada a París.—Audencia.—Asesinato de Marat.—Prisión de Carlota Corday.—Manifiesto a los franceses.—Sentencia.—Ejecución.

I

Mientras París, Francia, los jefes y los ejércitos de los partidos políticos se disponían a despedazar la República, la sombra de un gran pensamiento vagaba en el alma de una joven e iba a desconcertar los sucesos y los hombres, interponiendo el brazo y la vida de una mujer entre el destino de la revolución. Podría creerse que la Providencia deseaba burlar la grandeza de la obra con la debilidad de una mano, complaciéndose en poner frente a frente los dos fanatismos para que lucharan cuerpo a cuerpo; uno bajo las facciones odiosas de la venganza del pueblo en Marat, y el otro bajo la radiante hermosura del amor de la patria en una Juana de Arco de la libertad. Ambos, sin embargo, tendían en su extravío al mismo fin, al asesinato, propendiendo, por desgracia de esta suerte, a confundirse en la posteridad, no por el objeto, sino por el medio; no por el rostro, sino por la mano; no por el alma, sino por la sangre.

II

En una ancha y populosa calle que atraviesa la ciudad de Caen, capital de Normandía, foco entonces de la insurrección girondina, veíase en el fondo de un patio una antigua casa de ennegrecidas paredes, descarnadas por la lluvia y agrietadas por el tiempo, conocida con el nombre de el *Grand-Manoir*. Una fuente con pilón de piedra cubierto de verdoso musgo ocupaba un ángulo del patio. Por entre una puerta baja y estrecha, cuyas jambas acanaladas reuníanse en el vértice formando arco, se divisaban los pedregales carcomidos de una escalera de caracol que conducía al piso superior. Dos ventanas con cruceros, cuyos vidrios octógonos estaban asegurados en compar-

timientos de plomo, daban una luz débil a la escalera y a los amplios aposentos desgarnecidos. Esta luz pálida daba a aquella vetusta morada ese aspecto ruinoso, misterioso y melancólico, que la imaginación humana se complace en ver extendido como un sudario en las cunas de los grandes pensamientos y en las mansiones de las almas grandes. Allí vivía a principios de 1793 una nieta del gran trágico francés Pedro Corneille. Los poetas y los héroes son de la misma raza, no habiendo entre ellos más diferencia que la de la idea al hecho. Unos hacen lo que los otros conciben, pero el pensamiento es el mismo. Las mujeres son, naturalmente, entusiastas como unos y animosas como otros. La poesía, el heroísmo y el amor son de la misma estirpe.

III

Aquella casa pertenecía a la señora de Breteville, una pobre viuda sin hijos, anciana y enferma, con quien, desde hacía algunos años, habitaba una sobrina suya, joven a quien había recogido y educado para consuelo de su vejez y de su soledad. Esta joven tenía entonces veinticuatro años. Su belleza grave, serena y recatada, aunque espléndida, parecía haberse amoldado al sello de la mansión austera y de la vida retirada, que le daban cierta semejanza con una aparición. Los vecinos del barrio, que la veían salir el domingo con su anciana tía para ir a las iglesias, o la divisaban desde la puerta leyendo en el patio durante muchas horas, sentada al sol en el escalón de la fuente, refieren que en la admiración que les inspiraba había cierto prestigio y respeto.

La joven era de elevada estatura, aunque no sobrepujaba la talla ordinaria de las mujeres altas y esbeltas de Normandía. Su gracia y dignidad naturales daban cierto ritmo a sus movimientos. Sus cabellos parecían negros, cuando los llevaba prendidos en masa alrededor de la cabeza, o formando ondulaciones sobre la frente; y semejaban oro pulido en la punta de las trenzas, como la espiga que al sol resplandece más que el tallo. Sus ojos, grandes y rasgados hasta las sie-

nes, eran de color cambiante como el mar que roba matices a la sombra o a la luz: azules cuando reflexionaba, y, cuando se animaba, casi negros. Sus pestañas, muy largas y más negras que el cabello, daban a su mirada un aspecto de lontananza. Su nariz, que se unía a la frente por medio de una curva casi inapreciable, presentaba una ligera prominencia hacia el medio; su boca griega dibujábase los labios con limpieza, vagando en ellos una expresión indefinible, entre la ternura y la severidad, tan aptas para inspirar amor como patriotismo. La barbarealizada, separada en dos partes por un surco muy profundo, daba a la parte inferior de su rostro una expresión de resolución varonil, que contrastaba con la morbida dulzura de sus contornos. Sus mejillas tenían la frescura de la juventud y formaban un óvalo que respiraba salud; con la misma facilidad se sonrojaba que palidecía, y su piel tenía la blancura sana y jaspeada que es testimonio de salud. Su pecho ancho y algo deprimido parecía un busto artístico apenas ondulado. Sus brazos eran musculosos; sus manos, largas; sus dedos, delicados. De conformidad con lo modesto de su fortuna y con el retiro en que vivía, vestía con sobria sencillez, confiando en sus encantos naturales más que en el artificioso capricho de las modas. Los que la conocieron cuando era niña, la pintan siempre uniformemente vestida con traje de paño oscuro cortado a la amazona y con sombrero de fieltro gris, de alas encogidas y adornado con cintas negras, según acostumbraban vestir entonces las mujeres de su clase. El acento de su voz, ese eco vivo que reasume el alma en una vibración del aire, dejaba una profunda y tierna impresión en el oído de las personas a quienes dirigía la palabra. Todavía hablaban de aquel timbre de voz diez años después de haberla oído, como de una música extraña e indeleble grabada en la memoria. Tenía notas tan sonoras y tan graves, que oírla, según aseguran, era más que verla, pues la voz formaba parte de su hermosura.

Llamábase aquella joven Carlota Corday-d'Armont. Aunque de estirpe noble, había nacido en una cabaña rural denominada la Ronceray, en la aldea de Li-

gneries, no lejos de Argentán. El infortunio la había recibido en las puertas de la vida que debía abandonar en el caldoso.

IV

Su padre, Francisco de Corday d'Armont, era un noble provinciano cuya pobreza no le permitía vivir mejor que un aldeano. Esta nobleza no conservaba de su antigua elevación más que cierto respeto hacia el nombre de familia, y una esperanza vaga de recobrar la fortuna que le impedía al mismo tiempo humillarse en las costumbres y realizarse por el trabajo. Las tierras que cultivaba aquella nobleza rural en pequeñas posesiones inajenables, constituían el único recurso con que contaba para vivir, manteniéndola altiva en medio de la indigencia. La nobleza y la tierra parecían haberse casado en Francia como se casan en Venecia la aristocracia y el mar.

El señor de Corday unía a sus ocupaciones agrícolas cierta inquietud política y gustos literarios, muy difundidos entonces entre la clase letrada de la población noble. Previendo la revolución, había escrito algunas obras de circunstancias contra el despotismo y el derecho de primogenitura, en las que se dejaba ver el espíritu pronto a manifestarse. Tenía odio a la superstición, el ardor de la naciente filosofía y el presentimiento de la revolución que iba haciéndose necesaria. Ya fuera por insuficiencia de talento, ya por inquietud de carácter, o por obstinación de la fortuna que obscurece las inteligencias más privilegiadas, no pudo abrirse paso entre los sucesos de la época.

Languidecía en su pequeña posesión de Lignerries, en medio de su familia, que de año en año se acrecentaba. Cinco hijos, dos varones y tres hembras, la segunda de las cuales era Carlota, le hacían cada día más amargas las penalidades de la necesidad. Su esposa, Jacoba Carlota María de Gontier des Autiers, murió a causa de estas angustias, dejando a sus tiernas hijas huérfanas de la tradición doméstica y de la inspiración diaria que con la madre arrebató la muerte a los hijos.

Carlota y sus hermanas vivieron toda-

vía algunos años en Lignerries, casi abandonadas a sus instintos, vestidas con tosco lienzo como las aldeanas de Normandía, escardando el jardín, segando el prado, espigando los haces y recolectando las manzanas de la pequeña posesión de su padre. Al fin, la necesidad obligó al señor de Corday a separarse de sus hijas, que bajo los auspicios de su nobleza e inteligencia entraron en un monasterio de Caen, cuya abadesa era la señora de Belzunce. Este monasterio, cuyos amplios claustros y capilla, de arquitectura romana, se habían construido en 1096 por Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador, llamábase la Abadía de las Damas, y después de haber permanecido desierta, degradada y olvidada entre las ruinas hasta 1630, fué magníficamente restaurada posteriormente, siendo en la actualidad uno de los más bellos hospicios del reino y uno de los más espléndidos monumentos públicos de la ciudad de Caen.

V

Carlota tenía trece años. Los conventos eran entonces verdaderos retiros cristianos en que las mujeres vivían apartadas del mundo, pero sin dejar de percibir todos los rumores y participando de todos los movimientos. La vida monástica, con sus prácticas apacibles y amistades íntimas, sedujo durante algún tiempo a la tierna niña, cuya alma ardiente e imaginación apasionada la impulsaron a esa contemplación meditabunda, en la que se cree ver a Dios, estado del alma que el imperio afectuoso de una abadesa y el poder de imitación convierten fácilmente durante la niñez en fe y en ejercicio de devoción. El carácter de hierro de la señora Roland se había encendido y amoldado también en este fuego celeste. Carlota, más tierna, cedió a él con más facilidad, y durante algunos años fué modelo de piedad, pensando cerrar su vida, apenas abierta, en aquella primera página y encerrarse en aquella tumba donde, en lugar de la muerte, encontraba el reposo, la amistad y la dicha.

Pero cuanto más se esforzaba, más a prisa se abismaba y llegaba al límite de sus pensamientos, por lo que no tardó en descender al abismo de su fe infantil,

entreviendo, más allá de los dogmas domésticos, otros dogmas nuevos, luminosos y sublimes. No abandonó a Dios ni la virtud, pero dióles otros nombres y diferentes formas. La filosofía, que entonces inundaba a Francia con sus destellos, penetraba con los libros en boga por las rejas de los monasterios y allí era donde, meditada profundamente en el recogimiento del claustro y en oposición con las pequeñas monásticas, la filosofía conquistaba sus más ardientes adeptos. Los jóvenes de ambos sexos veían, ante todo, el triunfo de la razón general y el quebrantamiento de las cadenas y adoraban la reconquistada libertad.

Carlota concibió en el convento esas tiernas predilecciones de la niñez, semejantes a parentescos de corazón, siendo sus amigas predilectas dos jóvenes de nobles casas y de humilde fortuna: las señoritas de Faudoas y de Forbín. La abadesa, señora de Belzunce, y la coadjutora, señora Doulcet de Pontecoulant, habían distinguido a Carlota y la admitían en las sociedades algo mundanas, que la costumbre permitía a las abadesas mantener con los parientes en el recinto de los conventos. Carlota había conocido allí a dos sobrinos de dichas señoras: el señor de Belzunce, coronel de un regimiento de caballería de guarnición en Caen, y el señor Doulcet de Pontecoulant, oficial de guardias de corps del rey. El uno debía ser más tarde asesinado en un motín del populacho de Caen y el otro iba a adoptar la revolución, entrar en la Asamblea legislativa y en la Convención y ser luego desterrado y perseguido por sus simpatías con los girondinos. Después se ha querido suponer que el recuerdo del joven Belzunce, asesinado en Caen por el populacho, había inducido a jurar a Carlota, viuda de su primer amor, venganza, cuya víctima fuese Marat. Nada confirma esta suposición, sino que, por lo contrario, todo lo refuta. Si la revolución no hubiera despertado en el corazón de Carlota otra cosa que el horror y el resentimiento del asesinato de un amante, habría confundido en el odio a todos los partidos de la República, y no habría abrazado hasta el fanatismo y la muerte una causa que había ensangrentado sus recuerdos y enlutado su porvenir.

VI

Quando se suprimieron los conventos, tenía Carlota diez y nueve años de edad. La miseria de la casa paterna habíase acrecentado con el tiempo; dos de sus hermanos, que habían entrado en el servicio militar, habían emigrado; una de sus hermanas había muerto y la otra dirigía en Argentin la pobre morada de su padre. La anciana tía, señora de Bretteville, recogió a Carlota en Caen, aunque, como toda la familia, carecía de fortuna, y vivía en el silencio y obscuridad que apenas revelan a los vecinos más inmediatos el nombre y existencia de una pobre viuda. La edad y las enfermedades entenebrecían más la vida de la anciana, que sólo tenía a su servicio una mujer, a quien Carlota ayudaba en los cuidados domésticos. La joven recibía a las antiguas amigas de la casa, y por la noche acompañaba a su tía a las reuniones de la nobleza de la ciudad, no dispersadas aún por el furor popular, y donde era permitido a algunos vetustos restos del antiguo régimen estrecharse para consolarse y gemir. Carlota, respetuosa con estos recuerdos y supersticiones del pasado, nunca los contrariaba con palabras duras, pero se sonreía de ellos interiormente, fomentando en su alma opiniones distintas, que cada día se iban haciendo más ardientes. Pero la ternura de su alma, la gracia de sus facciones, la puerilidad infantil de sus modales no dejaban sospechar ningún propósito oculto bajo su expresiva jovialidad. Su apacible regocijo brillaba en la obscura casa de su tía, como el rayo de la mañana de un día borrasco, tanto más resplandeciente, cuanto más tenebrosa ha de ser la tarde.

Terminados los quehaceres domésticos, y después de haber acompañado a su tía a la iglesia, ya de regreso en casa, Carlota podía disponer de todas las horas, pasando los días jugueteando en el patio y en el jardín, meditando y leyendo. Nadie la molestaba ni coartaba su libertad en las opiniones ni en las lecturas. Las opiniones religiosas y políticas de la señora de Bretteville eran hábitos más que convicciones, que conservaba como costumbre de su edad y de su tiempo, sin

tratar de imponerlas. Además, la filosofía había minado entonces el fundamento de las creencias hasta en el espíritu de la antigua nobleza. La Revolución hacía dudar de todo, y era poca la adhesión que se tenía a ideas que constantemente vacilaban y caían. Por otra parte, las opiniones republicanas del padre de Carlota habíanse infiltrado más o menos en sus deudos, y la familia de Corday se sentía inclinada a las nuevas ideas. Hasta la señora de Bretteville dispensaba, bajo la apariencia de sus decorosos recuerdos del antiguo régimen, favor secreto a la Revolución, dejando a su sobrina nutrirse en las obras, opiniones y periódicos de su agrado. La edad de Carlota la inclinaba a la lectura de novelas que ofrecen meditaciones acomodadas a la imaginación de las almas ociosas; pero la mente la inducía a leer las obras filosóficas que transforman los vagos instintos de la humanidad en teorías sublimes de gobierno, y libros de historia que convierten las teorías en acciones y las ideas en hombres.

Satisfacían esta doble necesidad de su entendimiento y de su corazón Juan Jacobo Rousseau, filósofo del amor y poeta de la política; Rainal, fanático de la humanidad; y Plutarco, personificador de la historia, que, más que narrar, pinta y vivifica los sucesos y caracteres de los héroes. Carlota tenía constantemente uno de estos tres libros en las manos, hojeando también, de vez en cuando, las obras apasionadas o ligeras de la época, como *Eloísa* o *Foblás*. Pero, aunque la imaginación de la joven se inflamó en ellos, nunca perdió el pudor ni la castidad. Devorada por la necesidad de amar, inspirando y experimentando a veces los primeros síntomas del amor, su reserva, su dependencia y su miseria contuvieron siempre las íntimas manifestaciones de sus sentimientos. Desgarrábase el corazón para arrancar violentamente de él el primer lazo que se le prendía, y su amor, contrariado de esta manera por la voluntad y el destino, cambió de ideal, transformándose en un vago y sublime pensamiento de sacrificio en beneficio de la felicidad pública. Aquel corazón era demasiado grande para que sólo albergara su propia felicidad, y anheló encerrar

en él la de toda Francia. El fuego en que por un solo hombre hubiera ardido, lo consumió todo en provecho de la patria. Concentrándose cada vez más en estas ideas, ocupó incesantemente el pensamiento en discurrir cuál sería el servicio que podía prestar a la humanidad, pues el ansia de sacrificarse había llegado a ser en ella demencia, amor o virtud. Por más sangriento que pudiera ser este sacrificio, estaba resuelta a realizarlo, llegando a ese estado desesperado del alma, que es el suicidio de la dicha, no en provecho de la gloria o de la ambición como la señora Roland, sino en el de la libertad y de la humanidad como Judith o Epicaris. No le faltaba más que ocasión, la estaba espionando y creyó haberla encontrado.

VII

Era la época en que los girondinos luchaban, con rasgos de valor y de elocuencia prodigiosos, contra sus enemigos en la Convención, y se tenía como cosa cierta que los jacobinos pretendían arrancar la República a la Gironda para precipitar a Francia en la anarquía. Los peligros que corría la libertad; la odiosa tiranía del populacho de París impuesta a la soberanía legal de la nación representada por los diputados; los encarcelamientos arbitrarios, los asesinatos de septiembre, la conjuración del 10 de marzo, la insurrección del 30 y 31 de mayo, la expulsión y proscripción de la parte más honrada de la Asamblea, el patíbulo en perspectiva, la virtud de Roland, la juventud de Fonfrede y de Barbaroux, el grito de desesperación de Isnard, la constancia de Buzot, la integridad de Pethión, el ídolo convertido en víctima, el martirio sufrido en la tribuna por Lanjuinais, al que había faltado poco para correr la suerte de Cicerón; y, por último, la elocuencia de Vergniaud, esperanza de los buenos ciudadanos, remordimiento de los perversos, reducido de pronto al silencio, abandonando a las personas de bien al desaliento y a las infames a la maldad; en vez de aquellos hombres interesantes o sublimes que parecían defender en la brecha las últimas trincheras de la sociedad, y los hogares sagrados de cada ciu-

dadano, ver a Marat, escoria y lepra del pueblo, triunfando de las leyes por la sedición, coronado, llevado a la tribuna en brazos de las turbas de los arrabales, arrogándose la dictadura de la anarquía, del despojo, del asesinato, y amenazando toda independencia, toda propiedad, toda libertad, todas las vidas en los departamentos; todas estas convulsiones, todos estos excesos, todos estos terrores habían conmovido extraordinariamente las provincias de Normandía.

VIII

La presencia en el país de los diputados proscritos y fugitivos, que iban a apelar a la libertad contra la opresión y a buscar vengadores de la patria en los hogares de los departamentos, había llevado hasta la adoración el interés de la ciudad de Caen por los girondinos y la execración a Marat, cuyo nombre se había convertido en sinónimo del crimen. Las opiniones, más inglesas que romanas, el republicanismismo ático y moderado de la Gironda, contrastaban con el cinismo de los maratistas. Lo que se había deseado en Normandía, antes del 10 de agosto era, no tanto la caída del trono, como una constitución monárquica que sancionara la igualdad. La ciudad de Ruán, capital de aquella provincia, era adicta a la persona de Luis XVI y le había ofrecido asilo antes de que fuera despojado de la corona. El cadalso del rey había entristecido y humillado a los buenos ciudadanos. Las otras ciudades de aquella parte de Francia eran ricas, industriosas y agrícolas, y necesitaban la paz y la marina para prosperar. La afición del rey a la agricultura, su esclarecida predilección a la marina, las fuerzas navales de Francia que procuraba reconstituir, las construcciones de navíos que ordenaba en la rada de Brest, los maravillosos trabajos del puerto de Cherburgo, los viajes que había hecho por el interior y el litoral para visitar y vivificar todas las radas del Océano, y, finalmente, sus estudios con Turgot para favorecer la industria y dar libertad al comercio, habían dejado en el corazón de los normandos cariño a su persona, ternura ante sus infortunios, horror contra sus asesinos y una secreta

disposición al restablecimiento de un régimen que concertara las garantías de la monarquía con las libertades de la República. De aquí provino el entusiasmo que despertaron los girondinos partidarios de la Constitución de 1791, y de aquí también la esperanza que se tenía de reintegrarlos y vengarlos. El patriotismo se consideraba herido, la virtud escarnecida, y la libertad muerta con ellos.

El corazón, afectado ya, de Carlota Corday sintió todos los golpes dados a la patria condensados en dolores, en desesperación y en valor. Vió la pérdida de Francia, vió las víctimas, y creyó también ver el tirano, y juró vengar a unas, castigar al otro y salvar la patria. Durante algún tiempo albergó en el alma una vaga resolución, y, no sabiendo qué acto realizar en provecho de Francia, y cuál era el nudo del crimen que más urgía cortar, estudió las cosas, los hombres y las circunstancias, para no equivocarse ni derramar su sangre inútilmente.

IX

Hacía algunas semanas que los girondinos Buzot, Salles, Pethión, Valady, Gorsás, Kervelegán, Barbaroux, Louvet, Giroux, Cussy, Bergoing, Lesage (de Eure et Loire), Meilhán, Enrique Larivière y Duchastel estaban en Caen, fomentando la insurrección general de los departamentos del Norte, organizando la insurrección republicana de la Bretaña, reclutando batallones de voluntarios para enviarlos al ejército de Puisaye y de Wimpfen, que debía marchar a París, y atizando en las administraciones locales el fuego de los departamentos que debía consumir a los enemigos. Estos diputados, tantas veces insultados por Marat, ponían, naturalmente, a la Montaña y corporación municipal bajo el horror del nombre odioso del demagogo sanguinario, que les valía por un ejército. Sublevándose contra la omnipotencia de París y la dictadura de la Convención, creía la juventud de los departamentos levantarse sólo contra Marat. Dantón y Robespierre, que se habían distinguido menos en los últimos movimientos del pueblo contra la Gironda, no tenían,

en concepto de los insurreccionados, ni la importancia, ni la autoridad sobre el pueblo, ni el delirio sanguinario de Marat. Dejaban en la sombra los nombres de estos dos grandes montañeses, para no contrariar el aprecio de que entre los jacobinos de los departamentos disfrutaban las dos popularidades más importantes; pero la opinión pública estaba equivocada si no veía la tiranía y libertad más que en un solo hombre, y Carlota se equivocó como la opinión. La sombra de Marat ofuscó a toda la República.

X

Todos los girondinos, a quienes la ciudad de Caen había tomado bajo su protección, se hospedaban en el palacio de la antigua intendencia, donde residían también el gobierno federalista y la comisión insurreccional, y donde se celebraban asambleas populares a las que concurrían hombres y mujeres para contemplar y oír a las primeras víctimas de la anarquía, a los últimos vengadores de la libertad. Los nombres, por tanto tiempo dominadores, de Pethión, Buzot, Louvet y Barbaroux, hablaban más que sus discursos a la imaginación de los habitantes del Calvados. Las vicisitudes de las revoluciones, que mostraban como desterrados y suplicantes en aquella apartada población de la República a los oradores que habían derribado la monarquía, sublevado al pueblo de París, llenado la tribuna y la nación con sus discursos, enternecían a los espectadores a quienes enardecía la esperanza de vengar pronto a tan ilustres huéspedes. Los acentos de éstos los embriagaban; se nombraban y mostraban con el dedo a Pethión, rey de París, y a Barbaroux, héroe de Marsella, cuya juventud y belleza realzaban su elocuencia, su valor y sus desgracias. De aquellas reuniones salían los vecinos de Caen gritando a las armas, y provocando a los hijos, esposos y hermanos a alistarse en los batallones voluntarios de la insurrección. Carlota Corday, sobreponiéndose a las preocupaciones de su condición y la timidez de su sexo y edad, atreviéndose a asistir a aquellas sesiones con algunas amigas, haciéndose notar por un entusiasmo silencioso que

realzaba su belleza y sólo se manifestaba por medio de lágrimas. Gozaba viendo a los que trataba de salvar. La situación, las palabras, los rostros de aquellos primeros apóstoles de la libertad, casi todos jóvenes, quedaron grabados en su alma y dieron al sacrificio de la joven un colorido más personal y apasionado.

XI

El general Wimpfen, a quien acababa de intimar la Convención que volviera a París, respondió que iría al frente de sesenta mil hombres, no para obedecer al poder usurpador, sino para restablecer la integridad de la representación nacional y vengar a los departamentos. Louvet dirigía proclamas fogosas a las ciudades y aldeas del Morbihán, de las costas del Norte, de la Mayenne, del Loira-Inferior, del Finisterre, del Eure, del Orne y del Calvados. «Las fuerzas de los departamentos que marchan a París, decía, no buscan enemigos con quienes combatir, sino que van a fraternizar con los parisienses, afirmando la vacilante estatua de la libertad. ¡Ciudadanos que vais a presenciar el paso de estas falanges amigas por vuestros caminos, por vuestras ciudades, por vuestras aldeas, fraternizad con ellas, impidiendo que algunos monstruos, anegados en sangre, detengan su marcha!» Estas palabras reclutaban millares de voluntarios; sólo en Caen había más de seis mil reunidos. El domingo, 7 de julio, los revistaron los diputados girondinos y las autoridades del Calvados, con ostentación y aparato a propósito para electrizar su valor. Esta sublevación espontánea que se presentaba con las armas en la mano, para morir o vengar a la libertad de los insultos de la anarquía, recordaba la insurrección patriótica de 1792, que condujo a las fronteras a todos los que no creían compatible su vida con la muerte de la patria.

Carlota Corday presenció desde un balcón el alistamiento y la marcha de los batallones de la insurrección, y el entusiasmo de aquellos jóvenes, que abandonaban sus hogares para ir a proteger el violado recinto de la representación nacional, haciendo frente a las balas y a la guillotina, armonizaba con el entusias-

mo de su alma, pareciéndole todavía escaso el número de voluntarios que se sumaban a los regimientos y batallones de Wimpfen, porque, en efecto, aquel día apenas pasaban de veinte.

Se ha dicho que este entusiasmo había tomado cierto carácter de ternura en Carlota por el sentimiento misterioso, pero sincero, que le profesaba uno de los voluntarios, y, aunque la joven no podía permanecer insensible ante aquella veneración, la sacrificaba a otra más sublime.

El joven que adoraba en secreto a la hermosa republicana se llamaba Franquelin, y mantenía con ella correspondencia tan reservada como respetuosa. Carlota le correspondía con triste y tierna timidez, y le había regalado su retrato permitiéndole que la amase, al menos en imagen. Franquelin, impulsado por el entusiasmo general, y seguro de obtener una mirada de aprobación, sentó plaza en el batallón de Caen. Carlota no pudo permanecer tranquila al presenciar el desfile del batallón, ni ocultar la palidez y las lágrimas que aparecieron en sus mejillas. Pethión, que conocía a Carlota, pasaba a la sazón por debajo de sus balcones y, admirado de la debilidad de la joven, le dirigió la palabra:

—¿Os agradaría — le preguntó — que no se marcharan?

Carlota se ruborizó, y retiróse sin contestar. Pethión no comprendió la causa de aquellas lágrimas. Franquelin, después de la ejecución de Carlota Corday, se retiró a una aldea de Normandía, herido, de rechazo, por el golpe del hacha que había cortado la cabeza a su adorada. Allí, solo con su madre, pasó algunos meses y murió pidiendo que enterraran con él el retrato y las cartas de Carlota. ¡La imagen y el secreto reposan en el féretro de Franquelin!

XII

Desde la marcha de los voluntarios, Carlota sólo pensó en anticiparse a la llegada de aquéllos a París, amparar sus vidas generosas y hacer innecesaria su intervención, librando de la tiranía a Francia sin el concurso de ellos. Este deseo, más sentido que experimentado,

fué una de las tristezas de su sacrificio, pero no la causa.

La causa verdadera fué su patriotismo. Un presentimiento de terror pesaba ya entonces sobre Francia, el cadalso estaba levantado en París, y se hablaba de pasearlo pronto por toda la República. El poder de la Montaña y de Marat, si triunfaba, no debía defenderlo más que la mano del verdugo. Decíase que el monstruo había formado ya las listas de proscripción y contado el número de víctimas que debían satisfacer su venganza. Lyon tenía señaladas dos mil quinientas; tres mil Marsella; veintiocho mil París, y trescientas mil la Bretaña y el Calvados. El nombre de Marat estremecía tanto como el de la muerte, y, contra tanta sangre, deseaba Carlota oponer la suya. Cuantos más lazos rompiera en la tierra, más agradable sería a la libertad la víctima que espontáneamente se le sacrificaba.

Tal era la secreta predisposición del ánimo de Carlota; pero ésta, antes de morir, quería ver.

XIII

El mejor medio que podía ofrecérsele para conocer a fondo el estado de París, de las cosas y de los hombres, era acercarse a los girondinos, principales interesados en aquella causa, y trató de sondearlos sin descubrirse. Los respetaba bastante para revelarles un proyecto que habrían podido condenar como criminal, y prevenirlo considerándolo como generosa temeridad, y tuvo la constancia de ocultar el pensamiento, cuya realización debía perderla. Pretextando asuntos especiales, se presentó en la intendencia, sitio en que los ciudadanos a quienes ocupaba algún negocio podían acercarse a los diputados; vió a Buzot, Pethión y Louvet, y habló dos veces con Barbaroux. La conferencia de una joven hermosa y entusiasta con el más joven y más apuesto de los girondinos, bajo pretexto político, podía dar ocasión a la calumnia, o al menos a que en algún labio apareciese cierta sonrisa de incredulidad, y así sucedió en los primeros momentos. Louvet, que después escribió un himno a la pureza y a la gloria de la joven he-

roína, creyó aceptables al principio estas vulgares seducciones de los sentidos, cuyos cuadros delineó en el romance del *Foblas*. Buzot, ocupado con otra imagen, apenas dirigió una mirada a Carlota, y Pethión, al atravesar el salón común de la intendencia, le dirigió una chanzoneta respecto a su asiduidad en las visitas y sobre el contraste que éstas formaban con su nacimiento.

—He ahí — le dijo sonriendo — una hermosa aristócrata que viene a ver a los republicanos.

La joven comprendió la sonrisa y la insinuación que la ofendía, y se ruborizó; pero, repeniéndose inmediatamente, dijo con tono de reproche serio, aunque amistoso:

—Ciudadano Pethión, hoy me juzgáis sin conocerme; pero algún día sabréis quién soy.

XIV

En las audiencias que le concedió Barbaroux y que de propósito procuraba prolongar para empaparse con sus discursos en el republicanismo, en el entusiasmo y en los proyectos de la Gironda, presentóse bajo la modesta apariencia de pretendiente, y pidió al joven marsellés una carta de recomendación para uno de sus colegas de la Convención, que la presentara al ministro del Interior, pretextando que necesitaba hacer al gobierno algunas reclamaciones en favor de la señorita Forbín, su amiga de la infancia. La señorita Forbín había emigrado y se encontraba en Suiza en la mayor indigencia. Barbaroux le dió una carta para Duperret, uno de los setenta y tres diputados del partido de la Gironda, olvidado en la primera proscripción.

Esta carta de Barbaroux, que más tarde valió a Duperret el ser conducido al cadalso, no contenía, sin embargo, palabra alguna que debiera perjudicar al diputado que la recibía. Barbaroux se limitaba en ella a recomendar a una joven ciudadana de Caen a la consideración y protección de Duperret, anunciándole, además, el envío de un escrito de su común amigo Salles acerca de la Constitución. Provista de esta carta y de un pa-

saporte, que algunos días antes había tomado para Argentán, dió Carlota las gracias y se despidió de Barbaroux, quien, al oírla, tuvo un presentimiento que entonces no pudo definir.

—Si hubiéramos sido sabedores de su propósito — dijo más tarde Barbaroux — y capaces de encomendar la comisión de un crimen a semejante mano, Marat no hubiera sido la víctima que habríamos designado a la venganza.

Las bromas que Carlota intercalaba constantemente en las conversaciones patrióticas, desaparecieron desde que abandonó para siempre la morada de los girondinos. Librábase en su interior el último combate entre el pensamiento y la ejecución, combate que consiguió ocultar con gran previsión y estudiado disimulo. La gravedad de su gesto y ciertas lágrimas que sorprendieron algunos de sus parientes próximos, revelaban la agonía voluntaria del suicidio que proyectaba. Preguntada por su tía, contestó:

—Lloro las desgracias de mi patria, las de mis padres y las vuestras. Mientras Marat exista nadie tiene segura la vida.

La señora de Bretteville recordó después que un día, al entrar en el aposento de Carlota para despertarla, encontró una Biblia vieja abierta por el pasaje de Judith, y que leyó este versículo subrayado con lápiz: «Judith salió de la ciudad deslumbrante de belleza, don del Señor para librar a Israel.»

El mismo día que salió Carlota a hacer sus preparativos de marcha, encontró en la calle a algunos vecinos de Caen que jugaban a las cartas delante de las puertas de sus casas, y les dijo con manifiesto sarcasmo: «¡Jugáis mientras la patria está agonizando!»

Su paso y sus palabras revelaban la impaciencia y la precipitación que tenía por marcharse. Efectivamente, el 7 de julio salió para Argentán, donde se despidió de su padre y de su hermana, diciéndoles que iba a buscar en Inglaterra asilo contra la revolución y contra la miseria, y que antes de poner en ejecución su proyecto iba a recibir la bendición paternal.

El señor de Corday aprobó esta resolución.

XV

La tristeza y miseria de la casa paterna, la tumba prematura de su madre, el destierro de sus hermanos, la pérdida de sus esperanzas y la extinción de las relaciones de la infancia, lejos de debilitar afirmaron más a la joven en su resolución. Tras ella no había ninguna felicidad que pudiera retraerla; ninguna vida comprometía; ningún despojo legaba. Al abrazar a su padre y a su hermana lloró más por lo pasado que por lo futuro, y en el mismo día volvió a Caen. Engañó a su tía con la misma estratagema que engañó a su padre, diciéndole que en breve partiría para Inglaterra, donde algunos amigos emigrados le tenían preparado asilo y le brindaban con una fortuna que no podía esperar en su patria. Este pretexto amortiguó el sentimiento de la despedida y de los preparativos de la marcha, que dispuso secretamente para el 9 de julio en la diligencia de París.

Las últimas horas de su permanencia en Caen las empleó Carlota en demostrar su gratitud a su buena tía, a quien era deudora de una larga y tranquila hospitalidad y, por mediación de una de sus amigas, aseguró la suerte de una criada anciana que había cuidado de su niñez. En algunas tiendas de Caen encargó y pagó adelantados ciertos trabajos de ropa y bordados, para que después de partir ella, los enviaran como recuerdo a algunas amigas de la infancia. Sus libros predilectos los distribuyó entre las personas de su intimidad, quedándose sólo con el Plutarco, como si en la crisis por que iba a atravesar no quisiera separarse de los grandes hombres, con quienes había vivido y con quienes deseaba morir.

Al salir de casa encontróse en la escalera al hijo de un pobre jornalero llamado Robert, que vivía en un cuarto bajo. Comúnmente jugaba el niño en el patio y alguna vez le daba estampas.

—Toma, Robert — le dijo, entregándole su cartera de dibujo, de la que ya no necesitaba —, toma, para ti. Sé bueno y dame un beso, porque ya no me verás más.

Carlota abrazó al niño dejándole en la mejilla una lágrima, la última que ver-

tió en la casa en que había pasado los primeros años de su vida. No le restaba ya más que sangre que ofrecer.

Los vecinos de la calle de San Juan tuvieron noticia de la marcha de Carlota Corday por una circunstancia que fué la última pincelada de la calma y serenidad de su alma hasta llevar a cabo su propósito.

Frente de la casa de la señora de Bretteville, al otro lado de la calle de San Juan, habitaba una respetable familia de Caen, cuyo nombre era Lacoutere. El hijo de la casa, apasionado por la música, dedicaba algunas horas del día a adiestrarse en la ejecución al piano; sus ventanas permanecían abiertas y las armonías del instrumento iban a perderse en las vecinas habitaciones. Carlota, para escuchar más libremente, entreabría las persianas a la hora en que empezaba la sesión, y alguna vez, cubierta la cabeza con la cortina, colocábase de codos en el antepecho de la ventana, desde donde escuchaba los acentos de la música. El artista, alentado con la aparición de aquella beldad, que se extasiaba oyéndolo, no dejaba pasar un solo día sin que a la misma hora se sentara delante del piano, asiduidad que Carlota recompensaba abriendo también puntualmente la ventana. El gusto por el mismo arte parecía que había establecido una muda inteligencia entre estas dos almas, que sólo se conocían por los acentos del piano. La víspera del día en que Carlota, resuelta ya en su determinación, se preparaba a marchar para realizar su misión y morir, el piano sonó a la hora acostumbrada. Carlota, arrancada a sus pertinaces ideas por el poder de la costumbre y por el atractivo del arte que tanto le agradaba, abrió la ventana como de ordinario, y parecía que escuchaba con más calma y más extasiada que nunca. Sin embargo, cerró precipitadamente la ventana antes que el músico hubiera concluido, queriendo sin duda separarse violentamente del último placer que la cautivaba. Al día siguiente el músico se sentó delante del piano, arrancó algunos sonidos al instrumento, miró hacia el *Grand-Manoir* en frente, y su esperanza quedó defraudada, porque la sobrina de la señora de Bretteville no apareció; esto

instruyó al músico de la marcha de Carlota; los acordes del piano vibraban aún, pero el alma de la joven escuchaba sólo la tempestuosa persecución de su idea, la voz de la muerte y los elogios de la posteridad.

XVI

La facilidad y la firmeza de su conversación en el coche que la condujo a París, inspiró a sus compañeros de viaje admiración, benevolencia y la natural curiosidad que despierta toda mujer que se presenta deslumbrante de belleza y de juventud. Durante la primera jornada, jugó continuamente con una niña que la casualidad colocó a su lado, ya fuera porque su cariño a los niños sobrepusiese a su preocupación, o ya porque, aminoradas en algo las penas, quisiera gozar, durante aquellas breves horas, con la inocencia y con la vida.

Los demás compañeros de viaje eran exaltados montañeses que iban a acrisolarse a París, vomitando imprecaciones contra la Gironda y deshaciéndose en elogios de Marat. Encantados por las gracias de la joven, se esforzaron en arrancarle su nombre, el objeto de su viaje y las señas de la casa donde pensaba hospedarse en París. Su aislamiento y su juventud les animó a ciertas familiaridades, que ella reprimió con la brevedad evasiva de sus respuestas, y, finalmente, evitó fingiendo que dormía. Un joven, más reservado, seducido por tanto pudor y hermosura, atreviéndose a declarar la respetuosa admiración que le inspiraba, suplicándole que le autorizase para pedir su mano, a lo que contestó Carlota con jovialidad, bromeando con tan repentino amor; pero prometió al joven que más tarde revelaría su nombre y sus proyectos respecto a este asunto. Hasta el término del viaje encantó a sus compañeros, que sintieron abandonar tan grata compañía.

XVII

Llegó a París el jueves 11 de julio al mediodía, e inmediatamente hizo que la condujesen a una posada situada en la calle de Vieux Augustins, número 17,

fonda de la Providencia, según las señas que le dieron en Caen. Se acostó a las cinco de la tarde y durmió profundamente hasta el día siguiente. Sin confidente y sin testigo, durante aquellas largas horas de soledad y de agitación, en una casa pública y con el ruido de París, cuya inmensidad y tumulto absorben las ideas y trastornan los sentidos, nadie sabe qué pasaría en el alma de Carlota al despertar, teniendo siempre ante sí la resolución inquebrantable que se proponía realizar. ¿Quién es capaz de medir la fuerza del pensamiento y la resistencia de la naturaleza? El pensamiento la dominó.

XVIII

Se levantó, se vistió sencilla pero decentemente, y se dirigió a casa de Duperret, amigo de Barbaroux, que estaba en la Convención. Las hijas de aquél, en ausencia del padre, recibieron a la joven forastera, quien les entregó la carta de introducción de Barbaroux. Como Duperret no debía volver a su casa hasta el anochecer, Carlota regresó a la posada, donde pasó el día leyendo, reflexionando y orando, en su habitación, hasta que, a las seis, volvió a casa de Duperret. El diputado, que estaba comiendo en compañía de su familia y de algunos amigos, se levantó y recibió a Carlota sin testigos. Carlota le insinuó el favor que de él esperaba y le suplicó que la acompañara a la audiencia del ministro del Interior, Garat, para que con su presencia y apoyo fueran mejor atendidas sus reclamaciones. Esta petición era sólo un pretexto de que se valía Carlota para acercarse a uno de los girondinos por cuya causa se sacrificaba y para deducir de sus conversaciones indicios y conocimientos que la guiaran en el golpe de mano que iba a descargar.

Duperret, por no abandonar a sus convidados, le contestó que aquel día no podía acompañarla a visitar al ministro Garat, pero que al día siguiente iría a buscarla a la posada, desde donde la acompañaría al ministerio. Entregó a Duperret las señas de la posada, y se despidió para retirarse; pero, movida sin duda por el aspecto bondadoso de Duperret y por la idea de que era padre de fa-

milia, retrocedió para decirle con voz algo misteriosa pero llena de interés particular:

—Permitidme, ciudadano Duperret, que os dé un consejo: dejad la Convención, porque allí no podéis impedir el mal; marchad a Caen a reuniros con vuestros compañeros y hermanos.

—Mi deber está en París — contestó el representante — y no le abandonaré.

—Cometéis una falta — replicó Carlota, insistiendo de un modo significativo y casi suplicante—. Creedme — añadió en voz baja y rápido acento—; huíd, huíd antes del anochecer de mañana — y salió sin esperar la respuesta.

XIX

Estas palabras, cuyo sentido sólo Carlota podía descifrar, fueron interpretadas por Duperret como una alusión a los peligros que en París amenazaban a los hombres de sus opiniones; volvió a reunirse con los amigos y les dijo que en la joven con quien acababa de hablar, había advertido cierto misterio que le había impresionado y obligado a recomendarle reserva y circunspección. Al anochecer de aquel mismo día, la Convención expidió un decreto ordenando que se sellaran los muebles de los diputados sospechosos por su amistad y relaciones con los veintidós proscritos, decreto que alcanzó a Duperret. Al día siguiente, 12, muy temprano fué a buscar a Carlota a la posada y la condujo a casa de Garat; pero el ministro no daba audiencia antes de las ocho de la noche. Este contratiempo pareció desanimar a Duperret, quien dijo a la joven que su calidad de sospechoso junto con la providencia que aquella noche había tomado la Convención, eran circunstancias que más perjudicaban que favorecían a sus clientes, y que, como carecía de un poder de la señorita Forbín para obrar en su nombre, sus gestiones resultarían inútiles.

Carlota, como que ya no necesitaba del pretexto para descifrar su propósito y le bastaban las primeras razones, no insistió, y Duperret se separó de ella en la puerta de la fonda de la Providencia. Carlota fingió que entraba, pero salió al

momento y, preguntando de calle en calle, llegó hasta el Palacio Real.

Entró en el jardín, no como provinciana que desea satisfacer la curiosidad contemplando los monumentos y paseos públicos, sino como viajera a quien lleva un asunto a la capital y no quiere perder un paso, ni un día. Buscó en las galerías la tienda de un cuchillero; entró, escogió un cuchillo-puñal con el mango de ébano, que le costó tres francos, lo ocultó bajo la pañoleta y con pasos mesurados volvió nuevamente al jardín, sentándose un momento en uno de los bancos de piedra arimados a las arcadas.

Allí se distrajo con los juegos de los niños, que, retozando junto a ella, se apoyaban confiadamente sobre sus rodillas, y por sus labios vagó todavía una sonrisa arrancada por los juegos y por los rostros infantiles. Las indecisiones la oprimían, indecisiones que recaían, no sobre la ejecución del proyecto, que estaba resuelta a efectuar, sino sobre los medios que emplearía para realizarlo. Quería convertir el asesinato en una inmolación solemne que infundiese temor en el alma de los imitadores del tirano. Su primer pensamiento había sido atacar a Marat y sacrificarlo en el Campo de Marte, durante la gran ceremonia de la federación que debía celebrarse el 14 de julio en conmemoración de la libertad conquistada; pero el aplazamiento de esta solemnia, hasta el triunfo de la República sobre los partidarios de la Vendée y los insurrectos, le robaban el teatro y la víctima. Después pensó dar muerte a Marat en la misma Montaña, en el centro de la Convención, a la vista de sus adoradores y de sus cómplices; pero, en este caso, tenía la convicción de ser ella asesinada rápidamente y hecha pedazos por el furor del pueblo, sin dejar otros vestigios, ni más memoria que dos cadáveres y la tiranía anegada en sangre. Sepultar su nombre en el olvido y no buscar más recompensa que el acto mismo, no pidiendo remordimiento o celebridad más que a la conciencia, a Dios o al bien que hubiera realizado eran, en suma, la única ambición de su alma. ¿La vergüenza? El recuerdo de su familia se la hacía odiosa. ¿La celebridad? Ni para sí la deseaba. ¿La gloria? Le pa-

recía un salario humano, indigno del desinterés, y sólo propio para amortiguar la virtud. Pero las conversaciones que había tenido después de su llegada a París con Duperret y sus huéspedes, le habían revelado que Marat no se dejaba ver ya en la Convención. Era, por consiguiente, forzoso buscar la víctima en otra parte, y para llegar a ella se necesitaba engañarla, y se decidió a ello.

XX

El fingimiento que resfriaba la lealtad natural de su alma, que cambiaba el puñal en complot, el valor en ardid y en asesinato la inmolación, fué el primer remordimiento de su conciencia y su primer castigo. Un acto criminal se diferenciaba de otro heroico, aun antes de consumarse, por los medios a que es forzoso recurrir para verificarlo. El crimen tiene siempre necesidad de mentir; la virtud, nunca; así debe ser, porque aquél es la mentira y ésta la verdad en acción; el crimen necesita obscuridad, la virtud luz. Decidióse Carlota por el engaño, y esto le fué más penoso que el asestar el golpe, según confesó ella misma, porque, antes que la posteridad, es justa la conciencia.

Carlota escribió a Marat una esquela que entregó a la puerta del *amigo del pueblo*, en la cual decía:

«Llego de Caen, y, teniendo en cuenta vuestro amor a la patria, presumo que os enteraréis con satisfacción de los desgraciados acontecimientos de esta parte de la República. Me presentaré en vuestra casa a la una; tened la bondad de recibirme y concedéme un momento de audiencia. Os proporcionaré ocasión de prestar un gran servicio a Francia.»

Confundiendo Carlota en el efecto de esta esquela, estuvo, a la hora que había indicado, a la puerta de Marat; pero no fué conducida a la presencia del demagogo. Dejó entonces a la portera otra esquela más urgente e insidiosa que la primera, en la que invocaba, no solamente el patriotismo, sino también la piedad del *amigo del pueblo*, y le tendía un lazo haciendo gala de la generosidad que le suponía. Esta segunda misiva decía así:

«Os he escrito esta mañana, Marat, ¿habéis recibido mi carta? No puedo

creerlo, porque he encontrado cerrada vuestra puerta. No dudo que mañana me concederéis una entrevista. Os lo repito, vengo de Caen; tengo que revelaros los más importantes secretos para la salvación de la República, y, además, estoy perseguida por causa de la libertad; soy desgraciada y este título debe ser suficiente para tener derecho a invocar vuestro patriotismo.»

XXI

Sin esperar contestación, salió Carlota de la posada en que se hospedaba a las siete de la noche, vestida con más esmero que de ordinario, para seducir con su apariencia a las personas que vigilaban por Marat. Llevaba vestido blanco; pañoleta de seda echada sobre las espaldas, que le velaba el pecho y se angostaba bajo él, a manera de cinturón, anudado tras el talle; y gorra normanda, cuyas flotantes guarniciones de encaje le caían sobre ambas mejillas, y sujeta por una ancha cinta de seda verde alrededor de las sienes. La cabellera desprendíasele sobre el cuello, esparciéndosele solamente algunos bucles sobre los hombros. Ninguna palidez en el rostro, ningún sobresalto en la mirada, ninguna emoción en la voz revelaban la idea que abrigaba. Con tan seductores encantos, llamó Carlota Corday a la puerta de Marat.

XXII

Marat habitaba en el primer piso de una casa ya arruinada de la calle de los Franciscanos, señalada con el número 20, donde actualmente está instalado el colegio de medicina. Su vivienda constaba de una antecámara y de un gabinete escritorio, que recibía la luz de un patio estrecho, de una pequeña pieza adyacente donde tenía instalado el baño, de un dormitorio y de un salón cuyas ventanas se abrían a la calle. La morada estaba casi desamueblada. Las numerosas obras de Marat, amontonadas en el suelo, los periódicos, húmedos aún de tinta, esparcidos sobre las sillas y mesas, los operarios de la imprenta entrando y saliendo constantemente, mujeres empleadas en doblar y compaginar los folletos y los pe-

riódicos; los gastados tramos de la escalera, los umbrales mal barridos de las puertas, todo revelaba el movimiento y el desorden que suele rodear a un hombre atareado, y la continua afluencia de personas a la casa de un periodista y corifeo del pueblo.

Esta habitación ostentaba, en cierto modo, el orgullo de la indigencia. Al parecer su dueño, entonces poderoso, deseaba que sus visitantes, ante el aspecto de su miseria y de su trabajo, exclamaran: «Mirad: el amigo y modelo del pueblo no ha variado de residencia, ni de costumbres, ni de traje, a pesar de su cambio de situación.»

Esta miseria era el distintivo del tribuno; pero, aunque afectada, era real. El ajuar de la casa de Marat, era el de un humilde artesano. La mujer que gobernaba su casa había llamado en otro tiempo Catalina Evrard, y entonces se denominaba Albertina Marat, desde que *el amigo del pueblo* había dado su nombre, tomándola por esposa *en un día de hermoso tiempo y ante la luz del sol*, a imitación de Juan Jacobo Rousseau. Una sola criada compartía con esta mujer los cuidados domésticos. Un mandadero, llamado Laureano Basse, hacía los recados, los quehaceres exteriores, y, en los momentos que estas ocupaciones le dejaban libre, efectuaba en la antecámara los trabajos manuales necesarios para el servicio de folletos y anuncios del *amigo del pueblo*.

La febril actividad del escritor no había disminuído con la lenta enfermedad que le consumía, pareciendo que la inflamación de su sangre se había comunicado a su espíritu. Unas veces en la cama, y otras en el baño, escribía constantemente, apostrofando, lanzando invectivas a sus enemigos e incitando a la Convención y a los franciscanos. Ofendido por el silencio con que la Asamblea acogía sus mensajes, acababa de dirigirle una nueva carta en la que amenazaba a la Convención con hacerse llevar moribundo a la tribuna para avergonzar a los representantes y dictarles los asesinatos indispensables. Ocupado por el presentimiento de la muerte, sólo temía que la hora suprema llegara demasiado pronto y no le diera tiempo para inmolar su-

ficiente número de víctimas. Más ávido de matar que de vivir, apresurábase a enviar al tribunal cuantas víctimas le era posible, como otros tantos rehenes presentados por la cuchilla a la Revolución. El terror que salía de la casa de Marat, volvía a ella bajo otra forma, la de un temor constante al asesinato. Su compañera y confidentes creían ver dirigirse hacia él tantos puñales como Marat tenía suspendidos sobre la cabeza de trescientos mil ciudadanos. La entrada a su habitación era tan difícil como el acceso al palacio de la tiranía, no permitiéndose que se aproximaran a él más que los amigos de confianza o los denunciadores previamente recomendados y sujetos a interrogatorios y severas identificaciones. El amor, la desconfianza y el fanatismo eran los guardianes de su vida.

XXIII

Carlota, que ignoraba que fuese tan difícil llegar hasta Marat, aunque no dejaba de suponerlo, apeóse del coche en la acera opuesta de la calle, frente a la casa que habitaba el sanguinario demagogo. La luz solar empezaba a amortiguarse, especialmente en aquel barrio, cuyas altas casas y estrechas calles ensombrecen. La portera rehusó desde luego dejar entrar en el patio a la joven desconocida; pero ésta insistió y subió algunos tramos de la escalera, a pesar de las protestas de la conserje. Al ruido, entreabrió la puerta la amante de Marat, oponiéndose a la entrada en el aposento a la desconocida. El altercado de las dos mujeres, una de las cuales solicitaba permiso para hablar con el *amigo del pueblo*, y la otra se obstinaba en cerrarle el paso, llegó a oídos de Marat, quien dedujo por estas explicaciones entrecortadas que la visita era de la desconocida de quien había recibido dos esquelas durante el día, y con voz imperativa mandó que se le dejase entrar.

Atribúyase a celos o a desconfianza, Albertina obedeció de mal talante y gruñendo. Introdujo a la joven en el reducido aposento en que se encontraba Marat, y dejó entreabierta, al retirarse, la puerta del corredor para poder percibir el menor movimiento del enfermo.

El aposento estaba débilmente iluminado, y Marat estaba bañándose, sin que en este forzado reposo del cuerpo, dejara reposar al alma. Colocada sobre el baño, había una tabla llena de papeles, cartas abiertas y escritos principiados. El demagogo tenía en la mano derecha una pluma, que la llegada de la desconocida había suspendido sobre la página. Esta hoja de papel era una carta dirigida a la Convención, pidiendo el procesamiento y la proscripción de los últimos Borbones tolerados en Francia. Junto al baño, un disforme tajo de encina, parecido a un tronco para la chimenea, puesto en pie, sostenía un tintero de plomo y de tosquísima labor: manantial impuro de donde habían brotado durante tres años numerosos delirios, infinitas denuncias y un mar de sangre. Marat, cubierto en su baño con una sábana sucia y manchada de tinta, tenía fuera del agua la cabeza, las espaldas, medio cuerpo y el brazo derecho. Nada había en su fisonomía capaz de enternecer la mirada de una mujer, ni de influir en hacer vacilar el golpe. Cabellos grasientos, ceñidos por un sucio pañuelo, frente saliente, ojos audaces, pómulos angulosos, inmensa y sarcástica boca, velludo pecho, ceñudas facciones y piel lívida: tal era el repugnante aspecto de Marat.

XXIV

Carlota, temiendo declarar involuntariamente el horror que el demagogo le inspiraba, rehusó mirarlo. En pie, con la vista baja, las manos caídas, cerca de la bañera, esperó que Marat le interrogase respecto a la situación de la Normandía. Respondió concisamente, dando a las contestaciones sentido y colorido a propósito para lisonjear los deseos inherentes al demagogo. Preguntóle éste en seguida los nombres de los diputados refugiados en Caen, y Carlota los nombró. Anotólos aquél, y cuando concluyó de escribir los nombres:

—Está bien — le dijo, con el acento propio de quien está seguro de la venganza—; antes de ocho días irán todos a la guillotina.

Al oír esto, como si el alma de Carlota hubiese esperado un nuevo crimen para

decidirse a asestar el golpe, empuñó el cuchillo y lo hundió con fuerza sobrenatural hasta el mango en el corazón de Marat. Carlota retiró con igual movimiento el cuchillo ensangrentado del cuerpo de la víctima y lo dejó caer a sus pies.

—¡A mí! ¡mi querida amiga! ¡a mí!
— exclamó Marat, expirando bajo el golpe que acababa de recibir.

Al oír gritar a la víctima, Albertina y el criado Laureano Basse se precipitaron en el aposento, donde recibieron en sus brazos la moribunda cabeza de Marat. Carlota, inmóvil y como petrificada, permanecía en pie tras la cortina de la ventana. La transparencia del tejido, que resaltaba al fulgor de los postreros rayos del día, dejaba ver la sombra de su cuerpo. El criado Laureano, armándose de una silla, asestó a la joven un golpe a la cabeza, a cuyo impulso cayó tendida sobre el pavimento, y la amante de Marat la pisoteó a impulsos de la cólera. Al tumulto de la escena y a los gritos de las dos mujeres, acudieron los vecinos de la casa, y los transeúntes se detuvieron en la calle, subieron la escalera, inundaron el aposento, el patio, y de allí a poco el barrio, pidiendo con voces encolerizadas la entrega del asesino para vengar, en presencia del cadáver, aún palpitante, la muerte del ídolo del pueblo. Los soldados de los puestos vecinos y los guardias nacionales acudieron también y restablecieron el orden. Los médicos, llamados precipitadamente, se esforzaron inútilmente por aminorar los efectos de la herida. El agua enrojecida daba al hombre sanguinario la apariencia de expirar en un baño de sangre: cuando transportaron a Marat a la cama, era ya cadáver.

XXV

Carlota habíase levantado del suelo sin ayuda de nadie. Dos soldados la sujetaban, cruzados los brazos, como si llevara esposas, mientras se buscaban cuerdas para atarle las manos. La hilera de bayonetas que la cercaban bastaba apenas a contener la multitud que pretendía despedazarla. Amenazas, puños levantados, palos, sables, todo amenazaba a la heroína con la muerte. La compañera de Marat, desprendiéndose de las mujeres

que la consolaban, abalanzábase, a intervalos, sobre Carlota, volviendo luego nuevamente a los lloros y desmayos. Un franciscano fanático, llamado Langlois, peluquero, habitante en la calle Dauphine, había recogido el ensangrentado cuchillo y pronunciaba el panegírico mortuario sobre el cadáver de la víctima, entrecortando sus lamentos y elogios fúnebres con gestos amenazadores, con los que parecía hundir igual número de veces el hierro en el corazón asesino. Carlota, que anticipadamente había aceptado todas estas muertes, contemplaba con resignación aquel movimiento, los gestos, las manos y las armas que tan de cerca la amenazaban. Al parecer, sólo la conmovían los desgarradores gritos de la compañera de Marat, sorprendiéndose de no haber pensado que semejante hombre podía ser amado, y sintiendo haberse visto obligada a herir dos corazones para acabar con uno. Exceptuando el gesto de compasión que las imprecaciones de Albertina prestaban algunas veces a su boca, no se traslucía alteración alguna ni en su rostro ni en su color. Unicamente como contestación a las invectivas del orador y a los gemidos del pueblo que lloraba la pérdida del ídolo, se dibujaba en sus labios la amarga sonrisa del desprecio.

— ¡Infelices! — exclamó una vez—. Pedís mi muerte cuando me sois deudores de un altar, por haberos librado de un monstruo. Arrojadme a esa cólerica muchedumbre — agregó, dirigiéndose a los soldados que la protegían—; ¡puesto que lo lloran, merecen ser mis verdugos!

Esta sonrisa, cual reto lanzado al fanatismo de la multitud, provocó imprecaciones más furiosas y gestos más amenazadores. El comisario de la sección del Teatro Francés, Guillard, entró escoltado por un refuerzo de bayonetas, extendió la sumaria verbal del asesinato y mandó conducir a Carlota al salón de Marat para principiar el interrogatorio. Escribió sus contestaciones, las cuales se daban con calma, eran lúcidas y reflexionadas, pronunciadas con firme y sonora voz, y no respiraban otro sentimiento que el del orgullo por el acto que acababa de cometer. Los comisarios de la policía departamental, Louvet y Marino, ceñidos

con la banda tricolor, asistían al interrogatorio. Habían dado parte de lo ocurrido al consejo de la corporación municipal, a la junta de salvación pública y a la de seguridad general. La noticia de la muerte del amigo del pueblo habíase propagado con la rapidez de una conmoción eléctrica, por personas que corrían, destatinadas, de barrio en barrio, y París entero se sintió como herido de estupor al oír el relato del atentado, pareciendo que la República se había conmovido o que sucesos desconocidos debían surgir del asesinato de Marat. Algunos diputados, pálidos y estremecidos de horror, entraron en la Convención, e interrumpiendo la sesión, divulgaron los primeros rumores del acontecimiento en la Asamblea, que se resistió a creerlo, como si se tratara de un sacrilegio. El comandante general de la guardia nacional, Hanriot, que no tardó en presentarse, confirmó la noticia.

— Sí, temblad todos — dijo—; Marat ha muerto asesinado por una joven, que tiene a gloria el haber dado tal golpe. Redoblad la vigilancia, porque a todos nos amenazan iguales peligros. Desconfiad de las cintas verdes, y juremos vengar la muerte de aquel gran hombre.

XXVI

Los diputados Maure, Chabot, Drouet y Legendre, miembros de las juntas de gobierno, salieron inmediatamente de la sala para correr al teatro del crimen. Carlota estaba contestando a las primeras preguntas del interrogatorio a que fué sometida. Los diputados se quedaron confusos y mudos a la vista de aquella joven de rostro tan bello y al ver la tranquilidad y resolución de Carlota. Jamás el crimen se había presentado ante el hombre bajo semejante aspecto. La joven lo desvirtuaba de tal manera, que hasta junto al cadáver de la víctima inspiraba compasión la asesino.

Terminada la sumaria verbal y escritas las primeras contestaciones de Carlota, los diputados Chabot, Drouet, Legendre y Maure, ordenaron que fuese conducida a la Abadía, la prisión más inmediata a la casa de Marat. Mandóse acercar el carruaje que la había conducido

al domicilio del demagogo. La multitud llenaba la calle de los Franciscanos, y su sordo rumor anunciaba la venganza y dificultaba la traslación. Los destacamentos de fusileros, la banda de los comisarios y el respeto a los miembros de la Convención, contrarrestaron y contuvieron a la multitud. El acompañamiento abrióse paso a duras penas. En el momento en que Carlota, con los brazos atados con cuerdas y sostenida por las manos de dos guardias nacionales que la tenían sujeta por los codos, salvó el umbral de la casa para subir el estribo del carruaje, el pueblo arremolinóse alrededor de las ruedas, lanzando tales amenazas y aullidos, que, creyendo Carlota sentir sus miembros despedazados por aquellos millares de manos, se desmayó.

Al recobrar el conocimiento, se afligió por estar todavía viva, pues aquella muerte era la que, efectivamente, había imaginado, y admirábase de no haber desaparecido enteramente en la tempestad que había originado; pero esto no le impedía dar gracias con emoción a los que la habían protegido contra el furor de la multitud.

XXVII

Chabot, Drouet y Legendre la siguieron a la Abadía, donde la sometieron a nuevo interrogatorio, que duró hasta bien entrada la noche. Algunos miembros de las comisiones, y entre otros Harmand (de la Meuse), impulsados por la curiosidad, habíanse introducido con sus colegas, y asistían al interrogatorio, frecuentemente interrumpido con descansos y conversaciones. Legendre, orgulloso de su importancia revolucionaria y celoso de haber sido reputado digno también del martirio de los patriotas, creyó o fingió creer que reconocía en Carlota una joven que había ido a su casa la víspera, bajo el traje de religiosa y que él había rechazado.

—El ciudadano Legendre se engaña — dijo Carlota, con una sonrisa que desconcertó el orgullo del diputado —; jamás lo he visto, y no creo que importe mucho a la salud de la República la vida o muerte de semejante sujeto.

La registraron, encontrándosele sólo en

los bolsillos la llave de su baúl, su dedal de plata y otros instrumentos propios de las labores de aguja; un ovillo de hilo, doscientos francos en asignados y metálico, un reloj de oro construido por un relojero de Caen y su pasaporte. Bajo su pañoleta ocultaba todavía el estuche del cuchillo con que había herido a Marat.

—¿Reconocéis este cuchillo? — se le preguntó.

—Sí.

—¿Qué os ha inducido a cometer tal crimen?

—He visto — contestó — la guerra civil pronta a destrozar a Francia; y, convencida de que Marat era la causa de los peligros y calamidades que amenazan a la nación, he hecho el sacrificio de mi vida contra la suya para salvar a mi país.

—Nombradnos las personas que os han aconsejado ese execrable crimen, que no ha podido ocurrirseos sin inspiración ajena.

—A nadie he revelado mis intenciones. He engañado a la tía con quien vivía, como he engañado a mi padre respecto al objeto de mi viaje, que nadie ha podido penetrar.

—¿Habéis abandonado la población de Caen con el proyecto ya formado de asesinar a Marat?

—Ese ha sido el motivo que me ha traído a París.

—¿Adónde habéis ido a buscar el arma? ¿Qué personas habéis visitado en París? ¿Qué habéis hecho desde el jueves, día en que llegasteis?

Carlota relató con sinceridad todas las circunstancias ya conocidas de su permanencia en París.

—¿Después del asesinato, no habéis procurado huir?

—Habría salido por la puerta, si no me lo hubiesen impedido.

—Sois soltera; pero, ¿habéis amado a algún hombre?

—Jamás.

XXVIII

Estas respuestas exactas, altaneras y, de vez en cuando, desdeñosas, pronunciadas con voz de timbre infantil, hicieron reflexionar muchas veces a los de-

mandantes respecto al poder del fanatismo que se había apoderado y vigorizado un brazo tan débil. Siempre les alentaba la esperanza de descubrir un instigador tras de semejante candidez y belleza, pero sólo entrevieron la magnanimidad de un corazón intrépido.

Terminado el interrogatorio, Chabot mostrábase descontento, y su mirada devoraba los cabellos, el rostro, el talle, el conjunto de la joven que tenía ante sí. Creyendo entrever un papel sujeto a su seno por un alfiler, alargó el brazo para apoderarse de lo que creía cuerpo del delito. Carlota había olvidado aquel papel que no era otra cosa que una proclama a los franceses, redactada por ella misma, invitando a los ciudadanos a derrocar la tiranía, y a la concordia. Tomando el gesto de Chabot por un ultraje a su pudor, sintió tal horror e indignación, que, echándose atrás violentamente, se le rompió el cordón de su vestido, que se separó, dejando descubierto el seno. Confusa y tan rápida como el pensamiento, se bajó y acurrucó para ocultar su desnudez a los jueces; pero era ya tarde, pues la mirada de los hombres había profanado lo que la castidad de la doncella deseaba velar.

El patriotismo no había hecho a los hombres cínicos ni insensibles, y pareció que sufrieron tanto como Carlota Corday por aquel involuntario sacrificio del pudor. La joven suplicó que le desataran las manos para arreglarse el vestido, y fué complacida. El respeto a la naturaleza cerró los ojos de los hombres que tal escena presenciaban. Libres ya las manos de Carlota, la joven, de cara a la pared, se arregló el vestido y la pañoleta, y los jueces aprovecharon aquella circunstancia para hacerle firmar sus declaraciones. Como las cuerdas le habían dejado en los brazos señales amoratadas, cuando quisieron atarla de nuevo, rogó a los carceleros que le permitieran ponerse guantes para evitarle aquel tormento inútil, y tales fueron el acento y ademán de la joven, que Harmand vertió algunas lágrimas y se alejó para ocultarlas.

A título de curiosidad y para más exacto conocimiento de los sucesos que historiamos, vamos a transcribir los párrafos principales de la proclama a los franceses, documento hasta hoy oculto a las

investigaciones de la historia, y que, ya empezada esta obra, nos ha suministrado la persona que lo posee, señor Paillet. Está escrita por Carlota, con letra grande, varonil, firme y muy señalada, como a propósito para atraer de lejos las miradas. La hoja de papel está doblada en octavo, para ocupar menos espacio debajo de los vestidos, y en ella se ven ocho agujeros, hechos por el alfiler con que la joven se prendió el papel junto al pecho. Dice así:

«Proclama a los franceses amigos de las leyes y de la paz

»¿Hasta cuándo, desgraciados franceses, os halagarán los trastornos? Tiempo hace que los facciosos y malvados han pospuesto el interés general al interés de su ambición. ¿Por qué, víctimas de su furor, os destrozáis vosotros mismos, para establecer el deseo de su tiranía sobre las ruinas de Francia?

»Por doquiera estallan las facciones; la Montaña triunfa por el crimen y por la opresión, y algunos monstruos sedientos de sangre dirigen sus abominables complots... trabajamos por nuestra ruina con más celo y más energía que si se tratara de conquistar la libertad. Franceses, permaneced impassibles un momento más, y a la posteridad llegará únicamente el recuerdo de vuestra existencia.

»Indignados los departamentos, se dirigen a París; el fuego de la discordia y la guerra civil cunde ya por este vasto imperio; pero aun hay un medio de extinguirlo, con tal que sea pronto. Ya el más infame de los malvados, Marat, cuyo solo nombre representa la suma de todos los crímenes, cae bajo el hierro vengador. Su caída conmueve a la Montaña, y su caída hace palidecer a Danton, a Robespierre y a los demás infames sentados sobre su sangriento trono, rodeados del rayo que los dioses vengadores de la humanidad detienen tan sólo para que su castigo sea más temible, y para intimidar a cuantos aspiran a cimentar su fortuna sobre las ruinas de los pueblos que les han servido de juguete.

»Franceses, no desconocéis a vuestros enemigos, ¡a las armas! ¡marchad! Abatid la Montaña, para que sólo queden hermanos y amigos. Ignoro si el Cielo nos

reserva un gobierno republicano, pero sólo en el exceso de sus venganzas puede darnos un montañés por jefe. ¡Oh Francia! La base de tu reposo es la ejecución de las leyes; no faltó a ellas, dando muerte a Marat, que, condenado por el universo, está fuera de la ley. ¿Qué tribunal me juzgará? Si soy culpable, también lo era Alcides cuando destruía los monstruos.

... ..

»¡Ah, patria mía! ¡tus infortunios laceran mi corazón, y no puedo ofrecerte más que mi vida! Gracias doy al cielo porque me ha dejado la libertad de disponer de ella; a nadie perjudicará mi muerte, pero no imitaré a París (el asesino de Lepelletier de Saint-Fargeau) matándome. Quiero que mi último suspiro sea útil a mis conciudadanos, que mi cabeza en París sea la bandera de unión para todos los amigos de la ley; que la caída de la vacilante Montaña sea escrita con mi sangre, y que el universo vengado declare que he merecido bien de la humanidad. Si bajo otro prisma se considera mi conducta, su juicio no me inquieta.

»Mi espíritu, poco deseoso de celebridad póstuma, no aprecia la reprobación ni la gloria, y poco me importa ser, ante el mundo sorprendido por la grandeza de este acto, objeto de horror o de admiración. Siempre independiente y siempre ciudadana, me doy por satisfecha con el cumplimiento de mi deber; todo lo demás nada significa. Ea, no penséis más que en salir de la esclavitud.

»No debe inquietarse a mis padres ni a mis amigos, porque todos ignoraban mis proyectos. Adjunta a esta proclama va mi partida de bautismo para que se conozca cuánto puede una débil mano dirigida por un entusiasmo ferviente. Si la suerte no me favorece, franceses, ya os he indicado el camino; conocéis vuestros enemigos, levantaos, marchad y descargad el golpe.»

Una carta de Fouquier-Tinville, anexa al respaldo de esta proclama, acredita su autenticidad. El acusador público dirigió al comité de Seguridad general de la Convención, una carta redactada en los siguientes términos:

«Ciudadanos, os remito el interrogatorio de Carlota Corday, junto con las dos cartas que escribió en la cárcel, una de las cuales está dirigida a Barbaroux. Estas cartas circulan públicamente, pero tan inexactas que quizá fuera conveniente imprimirlas con rigurosa exactitud, por lo que os ruego que, si después de haberlas leído, juzgáis que no hay inconveniente en imprimirlas, me lo participéis.

»Me han informado de que esta mujer asesino fué la amante de Belzunce, coronel que murió en una revuelta de Caen; que desde aquella época concibió contra Marat un odio implacable que pareció reanimarse cuando Marat delató a Birón, pariente de Belzunce, y que Barbaroux aprovechó las criminales predisposiciones de esta joven contra Marat, para inducirla a la ejecución del horrible asesinato.

»FOUQUIER-TINVILLE.»

De la narración de estos hechos se desprende que, entre dudas y conjeturas, la opinión pública corría de hipótesis en hipótesis, atribuyendo la causa del crimen, ya al amor, ya a la venganza, ocultando el verdadero móvil, que fué la aberración del patriotismo.

Carlota Corday fué encerrada en un calabozo, poniéndosele dos guardias de vista, que ni aun durante la noche se separaban de ella; disposición contra la que protestó en vano enérgicamente, porque era la profanación de su sexo. El comité de Seguridad general activaba la causa y el suplicio.

Desde la prisión oía Carlota a los vendedores de periódicos que pregonaban las circunstancias del asesinato, y los gritos de furor del pueblo, que le deseaba mil muertes. La joven acogía la voz del pueblo como el juicio de la posteridad, y al través del horror que inspiraba, presentía la apoteosis. Con este pensamiento escribió al comité de Seguridad general lo siguiente: «Puesto que me restan aún algunos instantes de vida, ¿puedo esperar, ciudadanos, que se me permita retratarme? Deseo que mis amigos conserven este recuerdo de Carlota. Se aprecia la imagen de los buenos ciudadanos, y muchas veces la curiosidad impulsa a adquirir la de los grandes criminales, con

objeto de perpetuar el horror del crimen. Si accedéis a mi súplica, que venga mañana un pintor de miniatura. Os recuerdo el deseo de que se me permita dormir sola. Desde mi calabozo oigo constantemente anunciar por las calles la prisión de mi supuesto cómplice Fauchet, a quien hace dos años vi por primera vez desde la ventana. Ni lo amo ni lo aprecio, y es de todos los hombres al que más difícilmente hubiera recurrido para confiarle mi proyecto. Si esta declaración puede favorecerle, certifico la verdad.»

XXIX

Montané, presidente del tribunal revolucionario, presentó al siguiente día 16 en la Abadía, para interrogar a la acusada. Conmoverse ante tanta belleza y tanta juventud, e íntimamente convencido de la sinceridad de su fanatismo, que casi hacía desaparecer el crimen a los ojos de la justicia humana, intentó salvar la vida a la acusada, a cuyo efecto preguntaba insinuando tácitamente las respuestas, encaminadas a demostrar que el crimen había tenido por causa la demencia. Carlota frustró obstinadamente esta piadosa intención del presidente, teniendo a gran orgullo la ejecución de su proyecto. Mandaron trasladarla a la Conserjería, donde la señora Richard, esposa del alcaide, la recibió con la compasión que inspira la juventud próxima al cadalso. Merced a esta indulgencia de los carceleros, obtuvo Carlota tinta, papel y aislamiento, de lo que se aprovechó para escribir a Barbaroux una carta, en la que refería todas las circunstancias de su permanencia en París en estilo en que el patriotismo se presentaba acompañado de la muerte y la jovialidad, como en las heces de la copa de un banquete de despedida se mezcla lo amargo con lo dulce. Después de relatar jocosamente los pormenores de su viaje en compañía de montañeses, y el amor repentino que la declaró un viajero joven, continuó diciendo: «Ignoraba que el comité de Salvación pública había interrogado a los viajeros, pero siempre he negado que los conocía, para evitarles la molestia de dar explicaciones, en lo cual he obedecido los consejos de mi oráculo Raynal, que dice

que debe negarse la verdad a los tiranos. La viajera que vino conmigo ha declarado que os conozco y que he visto a Duperret, y éste, cuya firmeza de alma conocéis, ha contestado sin apartarse un ápice de la verdad. Nada se prueba contra él, pero su firmeza es un crimen, por lo que me he arrepentido, aunque tarde, de haberle hablado. Quise reparar mi falta, aconsejándole que huyera y que se reuniese con sus colegas; pero Duperret no es hombre que se deje dominar... ¡Mucho os sorprenderá cuando sepáis que han preso como cómplice mío, a Fauchet, persona a quien hasta mi existencia le era desconocida! No les satisface ofrecer sólo una mujer a los manes del grande hombre... ¡Perdonad, hombres! Marat deshonor vuestra raza. Era un animal feroz que se disponía a devorar la mitad de Francia, ayudado por la guerra civil. Gracias al Cielo, su nacimiento no fué francés... Cuando sufrí el primer interrogatorio, Chabot tenía el aspecto de un loco. Legendre pretendió convencerme de que me había visto por la mañana en su casa: es persona a quien nunca he dedicado el más ínfimo de mis pensamientos. No lo creo capaz de ser tirano del país y no pretendo castigar a todos; creo que se han impreso las últimas palabras de Marat, pero dudo mucho que haya podido pronunciar algunas. Voy a relataros las últimas que ante mí pronunció. Después de escribir vuestros nombres y todos los de los administradores del departamento del Calvados que se encuentran en Evreux, me dijo, como para consolarme, que dentro de pocos días los haría guillotinar en París; estas últimas palabras decidieron su suerte. Sí, declaro que lo que me decidió fué el valor con que nuestros voluntarios se alistaron el domingo 7 de julio. Recordaréis que prometí que Pethión se arrepentiría de las sospechas que en él despertó mi conducta. Reflexioné que miles de valientes marchaban para derribar la cabeza de un solo hombre, que pudiera fallarles su plan, o que este hombre arrastrara en su caída innumerables ciudadanos; y consideré que Marat no merecía tanto honor y que bastaba una mujer para vencerlo... Al salir de Caen, mi proyecto era sacrificarlo en medio de la Montaña, pe-

ro ya no asistía a la Convención. ¡En París no comprenden que una mujer, inútil, de cuya larga vida no redundaría provecho alguno, pueda sacrificarse por la patria... Como verdaderamente había conservado yo mi serenidad, al salir de casa de Marat, dirigiéndonos a la Abadía sufrí con los gritos de las mujeres; pero el que salva a la patria desconoce el valor de su sacrificio. ¡Cuán vivamente deseo que reine la paz! Hace dos días que gozo de ella. La felicidad de Francia constituye la mía. Una imaginación viva y un corazón sensible me prometían una vida inquieta; perspectiva que debe hacer agradable mi suerte actual a los que me dediquen algún recuerdo. Entre los modernos hay pocos patriotas que sepan inmolarse por la patria. Domina el egoísmo. ¡Pobre pueblo para formar una república!...

XXX

Al llegar a este pasaje interrumpieron a Carlota para trasladarla a la Conserjería, donde prosiguió la carta en estos términos: «Prosigo. Ayer se me ocurrió la idea de regalar mi retrato al departamento del Calvados; pero el comité de Salvación pública no me ha contestado, y ya es tarde para hacerlo. Como necesito un defensor, he resuelto que lo sea un montañés, y hasta pienso elegir a Robespierre o Chabot... Mañana a las ocho me juzgan. Adoptando el lenguaje romano, probablemente al mediodía *habré vivido*. Ignoro cómo pasaré los últimos momentos; pero el fin corona la obra. No necesito afectar insensibilidad, porque hasta este momento la muerte no me inspira el más leve temor, pues jamás he apreciado la vida más que por la utilidad que pudiera reportar. Marat no veía la muerte; pero la merecía... No olvidéis el asunto de la señora Forbín; adjunta va su dirección a Suiza. Decidle que la amo de corazón. Voy a escribir a mi padre. Nada digo a los demás amigos, a quienes exijo un pronto olvido, porque su aflicción deshonraría mi memoria. Decid al general Wimpfen que creo haberle ayudado a ganar más de una batalla, facilitando la paz. ¡Adiós, ciudadano! Los encarcelados de la Conserjería, en vez de

injuriarme como el pueblo por las calles, se han presentado compadeciéndome. La desgracia despierta la compasión. Es el último pensamiento filosófico que se me ocurre.

XXXI

Por último, Carlota escribió a su padre una carta breve, cuyo lenguaje rebosaba ternura en vez de jovialidad como en la de Barbaroux. «Perdonadme que haya dispuesto de mi existencia, sin contar con vuestro permiso. He vengado muchas víctimas inocentes y he evitado muchos desastres. Desengañado un día, el pueblo se alegrará de lo que he hecho, porque lo libré de un tirano. Si intenté persuadiros de que me dirigía a Inglaterra, es porque abrigaba la esperanza de quedar desconocida; pero esto me ha sido imposible. Creo que no os inquietarán; pero, de todos modos, en Caen no os faltará quien os apoye. He elegido por defensor a Gustavo Doubet de Pontecoulant, aunque atentado de esta especie no admite ninguna defensa. ¡Adiós, querido papá! Os suplico que cuanto antes me olvidéis, o que os alegréis de mi posición. ¡La causa es hermosa! Abrazad a mi hermana, a quien amo de todo corazón. No olvidéis estos versos de Corneille:

«El crimen, no el patíbulo, deshonra».

Con esta cita de un verso de su abuelo, recordando a su padre el orgullo de su nombre y el heroísmo de la sangre, intentó Carlota poner su hazaña bajo la salvaguardia del genio familiar.

XXXII

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, los gendarmes condujeron a Carlota ante el tribunal revolucionario, instalado en una sala situada encima de los arcos de la Conserjería. Una sombría y estrecha escalera, que se deslizaba por los huecos de anchas paredes del basamento del palacio de Justicia, conducía los acusados al tribunal revolucionario, y por allí volvían nuevamente al calabozo. Antes de ponerse en marcha, arreglóse Carlota los cabellos y el vestido para pre-

sentarse decente ante la muerte: después, dijo sonriendo al alcaide, que asistía a estos preparativos:

—Señor Richard, os encarezco que cuidéis de que mi desayuno esté preparado para cuando baje, porque es probable que mis jueces tengan prisa. Quiero que en mi última comida me acompañéis vos y vuestra esposa.

Como todo París sabía la hora de la vista de la causa de Carlota Corday, un tropel inmenso, impelido por la curiosidad, el horror o la compasión, asediaba el recinto del tribunal revolucionario y las salas precedentes. Al acercarse la acusada, la multitud prorrumpió en un murmullo que parecía encerrar una maldición; pero, apenas atravesó el tropel y ostentó su belleza, este murmullo de cólera se trocó en interés y admiración. Los rostros expresaban horror o ternura; pero el de Carlota, exaltado por la solemnidad del momento, coloreado por la emoción, alterado por ser blanco de todas las miradas, ennoblecido por la magnitud del crimen que ostentaba como una virtud, y, finalmente, la altivez y la modestia, juntas y confundidas en su actitud, prestaban a su persona un encanto que impresionaba grandemente todos los ánimos, de tal modo, que hasta los jueces parecían ante ella los acusados. Podía creerse que era la justicia divina o la Némesis antigua, substituyendo la conciencia a las leyes, y que iba a pedir la justicia humana, no una absolución, sino que la reconocieran y temblaran.

XXXIII

Cuando se sentó en el banquillo de los acusados, le preguntaron si tenía defensor y contestó que para tal encargo había elegido a un amigo, pero que, no viéndole en el recinto, suponía que le habría faltado el necesario valor. El presidente le nombró un defensor de oficio, que fué el joven Chauveau-Lagarde, ilustre después por la defensa de la reina, y conocido ya por su elocuencia y valor, cuando el defensor compartía los peligros del acusado. Esta elección del presidente revelaba un remoto pensamiento de salvación: Chauveau-Lagarde se colocó en la barra, y Carlota le dirigió una

mirada escrutadora e inquieta, como temerosa de que, para salvar su vida, el defensor sacrificase en algo su honor. La compañera de Marat prestó declaración entre continuos sollozos, y Carlota, conmovida por el dolor de esta mujer, abrió su declaración exclamando:

—Sí, sí: yo soy quien lo asesinó.

Manifestó luego que la concepción de su proyecto contaba ya tres meses, confesando su propósito de herir al tirano en medio de la Convención, y la estratagemas a que recurrió para acercarse a Marat.

—Reconozco — dijo humildemente — que tal medio no era digno de Carlota, pero era necesario afectar simpatía a ese hombre para ponerlo al alcance de mi puñal.

—¿Quién os ha inspirado tanto odio contra Marat?

—No necesitaba el odio de los demás; me bastaba el mío, porque no favorece el éxito cuando se adoptan ideas que no son propias.

—¿Qué aborrecíais en él?

—Sus crímenes.

—Y, dándole muerte, ¿qué esperabais?

—Proporcionar la paz a mi patria.

—¿Creéis, acaso, haber asesinado a todos los Marats?

—Muerto aquél, temblarán los otros.

Se le presentó el cuchillo para que lo reconociese y lo rechazó con un gesto de disgusto.

—Sí — dijo —; lo reconozco.

Amortiguado el calor del crimen, se le hacía odioso el instrumento que lo había consumado.

—¿Qué personas visitabais u os visitaban en Caen?

—Poca gente: veía a Larue, oficial municipal, y al cura de San Juan.

—En Caen, ¿os confesabais con sacerdotes juramentados o no juramentados?

—Ni con unos ni con otros.

—¿Cuándo formasteis vuestro propósito?

—Después de la jornada del 31 de mayo, en la que fueron detenidos aquí los diputados del pueblo. He matado a un hombre para salvar a cien mil. Era republicana mucho antes que se hiciera la revolución.

Careado Fauchet con Carlota, dijo ésta con desdén:

—Sólo conozco de vista a Fauchet, a quien tengo por hombre falto de hábitos morales y de principios. Lo desprecio.

El acusador le echó en cara el haber dirigido el golpe de arriba hacia abajo para que fuese más seguro, diciéndole que era forzoso, sin duda ninguna, que estuviera habituada al crimen, a cuya suposición, que desconcertaba todos sus pensamientos, comparándola a los asesinos de profesión, lanzó una exclamación de vergüenza.

—¡Oh monstruo — gritó —, me toma por un asesino!

Fouquier-Tinville resumió los debates pidiendo para la procesada la pena de muerte.

Usó de la palabra el defensor, diciendo:

—La acusada confiesa el crimen; confiesa su larga premeditación y también las circunstancias de más peso, y ésta es, ciudadanos, su mejor defensa. La calma imperturbable, la completa abnegación de sí misma, que no revela ningún remordimiento ante la muerte, calma y abnegación, que, aunque sublimes bajo un aspecto, no lo son en la naturaleza, sólo pueden explicarse teniendo en cuenta la exaltación del fanatismo que ha puesto el puñal en su mano. A vosotros toca juzgar la influencia que semejante fanatismo puede ejercer en la balanza de la justicia. Apelo a vuestras conciencias.

Los jurados votaron por unanimidad la pena de muerte, sentencia que oyó Carlota sin palidecer. Habiéndole preguntado luego el presidente si tenía algo que alegar respecto a la naturaleza de la pena que se le había impuesto, desdénó responder, y acercándose a su defensor, le dijo con penetrante y dulce voz:

—Caballero, me habéis defendido conforme a mis deseos y os doy las gracias; os soy deudora de un testimonio de gratitud y de cariño, y os lo ofrezco digno de vos. Esos señores — agregó, señalando a los jueces — acaban de declarar mis bienes confiscados; debo alguna cantidad en la cárcel y os lego esta deuda, a fin de que la satisfagáis por mí.

Durante el interrogatorio, y mientras los jurados tomaban acta de sus contesta-

ciones, vió entre el auditorio a un pintor que dibujaba su rostro, y, sin interrumpirse, volvióse complacida y sonriéndose hacia el artista, para que la pudiera retratar mejor. Pensaba en la inmortalidad, y conocía de antemano el juicio que había de formular la historia.

XXXIV

Tras el pintor, un joven que, con sus rubios cabellos, ojos azules y pálido rostro, atestiguaba ser hijo del Norte, levantábase de puntillas a fin de contemplar mejor a la acusada. Tenía los ojos clavados en ella, como un fantasma cuya mirada hubiera adquirido la inmovilidad de la muerte. A cada contestación de la joven, el sentido varonil y el timbre femenino de la voz le producían un glacial estremecimiento haciéndole cambiar de color. Parecía devorar con los ojos aquellas palabras y asociarse por la acción, por la actitud y el entusiasmo a los sentimientos que la acusada expresaba. A veces, no pudiendo contener su emoción, provocó con exclamaciones involuntarias los murmullos del auditorio y la atención de Carlota Corday. Cuando el presidente pronunció la sentencia de muerte, levantóse el joven con la actitud de quien protesta en su corazón, y sentóse repentinamente como si las fuerzas le faltasen. Carlota, aunque insensible a su propia suerte, vió este movimiento, y comprendió que, en el momento en que todo la abandonaba, un alma se confundía con la suya, y que en medio de aquella multitud indiferente o enemiga, contaba con un amigo desconocido. Le dió las gracias con una mirada, que fué la sola comunicación que en el mundo tuvieron los dos jóvenes.

El desconocido era Adán Lux, republicano alemán enviado a París por los revolucionarios de Mayenne para combinar los movimientos de Alemania con los de Francia en la causa común de la razón humana y de la libertad de los pueblos. Los ojos de Lux siguieron a la acusada hasta que ésta desapareció entre los sales de los gendarmes, bajo la bóveda de la escalera; pero su pensamiento quedó encarnado en su existencia.

XXXV

Aguardando en la Conserjería el momento de salir hacia el cadalso, Carlota Corday sonrió ante sus compañeros de cárcel, que se habían alineado en los patios y corredores para verla pasar. Al alcaide le dijo:

—Creía que almorzaríamos juntos; pero los jueces me han entretenido tanto tiempo, que es necesario que me perdonéis el haber faltado a mi palabra.

Entró el verdugo, y Carlota le pidió que esperase un minuto para concluir una carta empezada. Esta carta no muestra ni debilidad ni enternecimiento: es el grito de la amistad indignada, que desea dejar un reproche inmortal a la cobardía del abandono. Dirigíase a Doulcet de Pontecoulant, a quien había conocido en casa de su tía y a quien creía haber invocado en balde para que la defendiese. Aquella epístola decía así:

«Doulcet de Pontecoulant es un cobarde por haberse negado a defenderme, cuando la cuestión era tan clara. El que lo ha hecho, ha desempeñado su encargo con toda la dignidad posible. Mi reconocimiento para él durará hasta el último momento, ya próximo, de mi vida.»

Esta venganza hería sin razón al que acusaba desde el borde de la tumba, porque el joven Pontecoulant, ausente de París, no había recibido su carta. Carlota llevó al cadalso un error y una injusticia.

El artista que había bosquejado el rostro de Carlota Corday ante el tribunal, fué el señor Hauer, pintor y oficial de la guardia nacional de la sección del Teatro Francés. Trasladada Carlota al calabozo, rogó al alcaide que le dejara entrar para concluir su obra, y Hauer fué introducido. Dióle gracias Carlota por el interés que parecía tomar por su suerte, y se puso con serenidad ante él. Se hubiera dicho que, permitiéndole transmitir sus facciones a la posteridad, le encargaba igualmente que transmitiera su alma y patriotismo visibles a las generaciones venideras. Habló con Hauer de su arte, del acontecimiento del día y de la paz que originaba el acto que había consumado. Habló de sus amigas de la niñez, de

Caen, y rogó al artista que hiciera una copia más pequeña del retrato que ejecutaba y que enviara la miniatura a su familia.

Mientras conversaban, oyóse golpear lentamente a la puerta del calabozo, situada tras la acusada, y Carlota, volviéndose al oír aquel ruido, vió las tijeras y la túnica colorada que el verdugo tenía bajo el brazo. Palideció y tembló de horror a la vista de aquel traje, y exclamó involuntariamente:

—¡Tan pronto! — y, luego, rehaciéndose y dirigiendo una mirada al retrato no concluido, dijo al artista con una sonrisa triste y afectuosa: — Caballero, no sé cómo recompensaros el interés que os habéis tomado por mí; únicamente puedo ofreceros esto; conservadlo en memoria de vuestra bondad y de mi agradecimiento.

Dicho esto, cogió las tijeras de la mano del verdugo, y cortando una trenza de sus largos cabellos rubios cenicientos, que se escapaban de la gorra, la presentó a Hauer. A los ojos de los gendarmes y del verdugo se asomaron las lágrimas.

La familia de Hauer posee todavía aquel retrato, que interrumpió la muerte, y del que sólo fué pintada la cabeza; pero el artista, que siguió contemplando los preparativos del cadalso, quedó tan admirado del efecto del esplendor siniestro que la túnica encarnada añadía a la beldad de la modelo, que después del suplicio de Carlota, la hermoseó con este traje.

Con autorización del acusador público, presentóse un sacerdote a ofrecerle los consuelos de la religión.

—Dad gracias — le contestó Carlota con afectuoso donaire — a los que han tenido la atención de enviaros; pero yo no tengo necesidad de vuestro ministerio; la sangre que he derramado y la mía que va a verterse son los únicos sacrificios que puedo ofrecer al Eterno.

El verdugo le cortó los cabellos, le anudó las manos y le ciñó la túnica de los ajusticiados.

—Ved — dijo la joven sonriéndose — el tocado de la muerte hecho por manos algo rudas, pero que me conduce a la inmortalidad.

Reunió sus largos cabellos, contem-

plólos por última vez y los entregó a la señora Richard. En el momento de subir a la carreta que había de conducirla al cadalso, desencadenóse una tempestad sobre París; pero los relámpagos y la lluvia no dispersaron la multitud que obstruía las plazas, los puentes y las calles, en todo el tránsito de la comitiva. Una multitud de mujeres furiosas la acompañaba maldiciéndola; pero Carlota, insensible a tales ultrajes, paseaba su mirada radiante de serenidad sobre el pueblo.

XXXVI

El cielo se había despejado. La lluvia ajustaba los vestidos a los miembros de la reo, modelando bajo el húmedo tejido los graciosos contornos del cuerpo, como los de una mujer al salir del baño. Las manos, anudadas tras la espalda, le obligaban a levantar la cabeza, y esta contracción muscular daba más fijeza a su actitud, destacando las curvas de su talle. El sol, próximo a ocultarse, le iluminaba la frente con sus rayos semejantes a una aureola. El color de sus mejillas, realzado por los reflejos de la túnica encarnada, daba a su rostro un esplendor que ofuscaba la vista; se ignoraba si lo que había congregado a aquella tumultuosa comitiva era la apoteosis o el suplicio de la beldad. Cuantos comprendían el presentimiento del asesinato tenían curiosidad por estudiar en el rostro de la reo el fanatismo que mañana podía amagarlos. Carlota se semejaba a la venganza celeste satisfecha y transfigurada. A veces parecía buscar entre los millares de rostros que la contemplaban, una mirada simpática sobre la que pudiera reposar la suya. Adán Lux aguardaba la carreta a la entrada de la calle de San Honorato, y siguió piadosamente tras ella hasta el pie del cadalso. «Imprimió en mi corazón, dice él mismo, una inalterable tranquilidad en medio de los bárbaros aullidos de la multitud, una mirada tan dulce como penetrante, y los resplandores vivos y lánguidos que huían como pensamientos inflamados de sus bellos ojos, con los que hablaba su alma tan varonil como tierna; ojos encantadores, capaces de conmover las piedras... ¡Recuerdos únicos e inmortales que rompie-

ron mi corazón y lo llenaron de emociones hasta entonces desconocidas! Emociones cuya dulzura, así como el pesar, sólo morirán al exhalar yo el último aliento. Santificad el sitio de su suplicio y elevad en él una estatua en que diga: *¡Mas grande que Bruto!* Morir por ella y como ella, ser abofeteado por la mano del verdugo, sentir, al dejar el mundo, el frío del mismo cuchillo que cortó la angélica cabeza de Carlota. ¿Pero qué? ¡asemejarme a ella en el heroísmo, en la libertad, en el amor y en la muerte, tales son desde ahora mis únicos votos! Jamás me igualaré a aquella sublime virtud; pero, acaso, ¿no es natural que el objeto adorado sobrepuje al adorador?»

XXXVII

Así fué como el amor entusiasta e inmaterial cerró la última mirada de la víctima y la acompañó sin saberlo, paso a paso, hasta el cadalso, disponiéndose a seguirla para alcanzar la eterna unión de las almas. Detúvose la carreta. Carlota palideció al ver el instrumento del suplicio; pero recobró pronto sus colores naturales y subió los resbaladizos escalones del cadalso con paso tan firme y rápido como la túnica y las manos anudadas se lo permitieron. Cuando el ejecutor, para descubrirle el cuello, le arrancó la pañoleta que cubría su pecho, el pudor humillado la emocionó más que la cercana muerte; pero, recobrando la tranquilidad, y animada por un fervor casi gozoso, puso el cuello bajo el hacha, y la cabeza rodó dando botes. Uno de los ayudantes del verdugo, llamado Legrós, tomó la cabeza con una mano y la abofeteó con la otra; ¡villana adulación al pueblo! Dícese que las mejillas de Carlota se enrojecieron, como si la dignidad y el pudor hubieran sobrevivido en ella. La multitud, irritada, reprobó el vil homenaje, y una sensación de horror recorrió la muchedumbre, que pidió venganza de esta indignidad. Pero no paró en esto solo la violación de la humanidad. La infame suspicacia de las ramerales buscó en los restos inanimados de la joven las pruebas del vicio con que los calumniadores querían profanarla; pero su virtud presentó un testigo, donde los enemigos bus-

caban el deshonor. Esta profanación de la beldad y de la muerte dieron nuevo testimonio de la pureza de sus hábitos y de la virginidad de su cuerpo.

XXXVIII

Tal fué el fin que tuvo el sanguinario Marat, y tales fueron la vida y muerte de Carlota Corday. Ante el asesinato, la historia no se atreve a santificar a la doncella, y ante el heroísmo, no se atreve a condenarla. Al juzgar este acto, el alma se pone en la congojosa alternativa de despreciar la virtud o loar el crimen. Como al pintor que, temiendo no dar la expresión compleja de un sentimiento mixto, arroja un velo sobre la figura de su modelo y ofrece un problema al espectador, es necesario aquí también arrojar este misterio para debatirlo eternamente en el abismo de la conciencia humana. Hay cosas que el hombre no debe juzgar, y que ascienden directamente al tribunal de Dios. Hay actos humanos de tal manera mezclados de debilidad y fuerza, de intención pura y medios culpables, de error y de verdad, de muerte y de martirio, que no pueden calificarse con una sola palabra y que no se sabe si calificarlos de crimen o de virtud. La culpable abnegación de Carlota es uno de estos actos que la admiración y el horror dejarían eternamente en dudas, si la moral no las reprobaba. En cuanto a nosotros respecta, si pudiéramos encontrar para esta sublime libertadora de su patria y para esta generosa asesina de la tiranía un nombre que a la vez expresara el entusiasmo de nuestra admiración y la severidad de nuestro juicio, inventaríamos una palabra que reuniera los extremos de admiración y de horror en la lengua humana, y llamaríamos a Carlota Corday el Ángel del asesinato.

Pocos días después del suplicio, Adán Lux publicó la apología de la doncella, asociándose a su atentado para asociarse a su martirio. Preso por esta audaz provocación, fué encerrado en la Abadía, y, al pasar el umbral de la cárcel, exclamó:

—Voy a morir por Carlota — y así ocurrió en efecto, porque pocos días después subió al cadalso.

El heroísmo de Carlota Corday fué

loado por Andrés Chenier, quien no tardó en morir por la patria común de las grandes almas: la verdadera libertad. La poesía de todos los pueblos celebra el nombre de Carlota Corday para amedrentar a los tiranos.

El poeta alemán Klopstock ha cantado a esta heroica doncella en los siguientes versos:

«Es la tumba de Carlota Corday.

»Cojamos flores y deshojémoslas sobre las cenizas de esta mártir que ha dado su vida por la patria.

»Pero no; no cojáis flores. Plantemos un sauce sobre el césped que cubre la tierra bajo la que reposa la mártir que ha muerto por la patria.

»No; tampoco plantéis sauces, sino llorad, llorad lágrimas de sangre, porque Carlota Corday se ha sacrificado inútilmente por la patria.»

Cuando Vergniaud, que estaba en la cárcel, supo el crimen, la sentencia y la muerte de Carlota Corday, exclamó: «Esa joven nos mata, pero nos enseña a morir.»

LIBRO XLV

Apoteosis de Marat.—Los girondinos se marchan de Normandía.—Sus diversos destinos.—Retirada de las tropas francesas.—Los departamentos insurreccionados se someten.—Custine es llamado a París.—Robespierre combate la anarquía.—Dantón descontento.—Robespierre explana sus teorías.—Reorganización del comité de Salvación Pública.—Robespierre lo domina.—Fiesta de la nueva constitución.—Manifiesto a la Convención.—Decretos.—Movimientos de los patriotas.—Excesos.—Cadalsos.—Máximum.—Reorganización del tribunal revolucionario.—Merlín de Douai.—Ley de sospechosos.—Las prisiones son insuficientes.—El terror.—Su objeto.

I

La sangre de Marat embriagó al pueblo. La Montaña, Robespierre y Dantón, dichosos por verse libres del rival cuya influencia sobre la turbamulta temían, le arrojaron el cadáver al populacho para que lo convirtiera en ídolo, haciéndole funerales que más parecieron apoteosis que duelo. La Convención dió el culto de Marat en diversión a la anarquía. Al que se avergonzaba de contarle como colega le permitió que lo tratara como a Dios. La noche que siguió a su muerte, el pueblo colgó coronas en las puertas de su casa,

y la corporación municipal colocó su busto en las salas de sesiones. Las secciones fueron procesionalmente a llorar a la Convención y a pedir que sus cenizas fueran depositadas en el Panteón. Otros pidieron que su cuerpo fuera embalsamado y paseado por los departamentos, hasta los límites del mundo; y otros, en fin, que se erigiese una tumba vacía bajo los árboles de la libertad plantados en todas las municipalidades de la República. Únicamente Robespierre pretendió poner freno a esta idolatría en el club de los jacobinos, diciendo:

—A mí también me están reservados los honores del puñal. Sólo la casualidad ha determinado la prioridad, y mi caída avanza a pasos agigantados.

La Convención acordó asistir en masa a los funerales, que fueron ordenados por el pintor David, quien, plagario de la antigüedad, quiso parodiar los de César. Mandó colocar el cuerpo de Marat en la iglesia de los Franciscanos sobre un catafalco cubierto con su camisa ensangrentada, y, alrededor, el puñal, el baño, el tajo de chimenea, el tintero, las plumas y los papeles del demagogo, como armas y testigos de su inteligencia. Las diputaciones de las secciones se sucedieron con arengas, inciensos y flores alrededor del cadáver, ante el cual formularon terribles juramentos.

II

La comitiva fúnebre, alumbrada por antorchas, se puso en movimiento al anocheecer, llegando a las doce al sitio que debía servir de tumba. Para dar descanso a los restos de Marat, eligieron el patio del club de los franciscanos, sitio en que tantas veces resonó su voz y soliviantó al pueblo; al que muere combatiendo lo entierran en el campo de batalla. Colocaron el cadáver en la hoya, a la sombra de los árboles, cuyas hojas, iluminadas por miles de lámparas, reflejaban sobre la tumba la serena y apacible luz que reinaba en el antiguo Elíseo, engrandeciendo la ceremonia el pueblo, que agitaba las banderas de las secciones, los departamentos, los electores, la corporación municipal, los franciscanos, los jacobinos y la Convención. ¡Irrisoria apoteo-

sis! Thuriot, presidente de la Asamblea, dirigió la despedida suprema y nacional a aquellos manes. Anunció que, por decreto de la Convención, la estatua de Marat sería colocada junto a la de Bruto. El club de los franciscanos pidió su corazon, que, encerrado en una urna, fué colocado en la bóveda de la sala de sesiones. Finalmente, la sociedad le erigió un altar, ante el cual dijo un orador: «Apreciables restos de un Dios, ¿seremos perjuros a tus manes? ¡tú nos pides venganza, y tus asesinos viven todavía!»

Los domingos iba el pueblo en peregrinación a la tumba de Marat, confundiendo las preces que merecía el corazón de aquel apóstol del asesinato, con las que eran dignas del corazón del Cristo de paz. Los teatros aparecieron decorados con su imagen; a las plazas y calles dióseles el nombre de Marat; algunos escritores bautizaron sus folletos con el epígrafe de la *sombra de Marat*, y las mujeres le levantaron un obelisco, llegando a convertirse este nombre en enseña del patriotismo. El alcalde de Nimes adoptó el dictado de Marat del Mediodía; el de Estrasburgo el de Marat del Rin. El convencional Carrier dió a sus tropas el título de ejército de Marat. La viuda del *amigo del pueblo* exigió a la Convención venganza para su esposo. Muchos ayuntamientos de la República instituyeron aniversarios que se celebraban con fiestas fúnebres y procesiones. Se erigían catafalcos, y en torno de estos monumentos, las jóvenes, vestidas de blanco y con coronas en la mano, cantaban himnos en loor de Marat, cuyas estrofas respiraban exterminio. El puñal de Carlota Corday, en vez de detener la sangre, había abierto todas las venas de Francia.

III

La Convención iba adquiriendo en todas partes prestigio. Después del encuentro de Vernón, en que el primer cañonazo dispersó la vanguardia de los federalistas, los girondinos, refugiados en Caen, intentaron llegar a Burdeos, abandonando por una parte la Normandía y la Bretaña a los realistas, y por otra a los comisarios de la Convención. Pethión, Louvet, Barbaroux, Salles, Meilhán, Korvet-

legán, Gorsás, Girey-Duprèy, el español Marchena, que voluntariamente se afilió en la Girona, y, por último, Riouffe, joven marsellés que siguió con constancia esta causa hasta en los desastres, vistieron el uniforme de voluntarios del Finistère, confundiendo con los soldados para llegar a Bretaña. Guadet había ido a Caen para reunirse con ellos y sólo presencié su ruina. Buzot, Duchatel, Bergoing, Lesage y Valady marcharon con los batallones. Lanjuinais se había adelantado a Brest e infundía en torno suyo indignación y valor. Enrique Lariviere y Kervelegán, miembros de la fatal comisión de los Doce, los precedieron a Quimper, y les prepararon asilos. Reducidos a diez y nueve y ya separados del batallón del Finistère, que les había protegido hasta Lamballe, los diputados evitaban los caminos reales, eligiendo las sendas no frecuentadas, por donde fueron pidiendo, de choza en choza, hospitalidad.

En Montcontour fueron conocidos algunos federados, quienes oyeron pronunciar sus nombres, lo que les obligó a refugiarse en los bosques, viéndose obligados a pasar muchas horas ocultos entre las hojas mientras la lluvia bañaba sus entumecidos miembros. Un joven de Montcontour, que espío la huida de los diputados, fué a buscarlos y los encaminó a una casa solitaria que les sirvió de asilo durante algunas horas.

Desde allí oían el toque de generala que conmovía todas las aldeas; los guardias nacionales registraban los bosques, los campos y las casas. Giroust y Lesage se separaron de sus compañeros, aceptando la hospitalidad que les ofrecieron en aquellos contornos. Los demás continuaron su camino; todos iban armados e intimidaban a los habitantes para quienes era impotente la seducción. Milagrosamente iban venciendo los peligros que constantemente se les presentaban.

IV

El cansancio del camino, el hambre, la sed, la inquietud, todo contribuía a diezmarlos. A Cussy le arrancaba sordos gemidos la dolencia de un ataque de gota. Buzot, debilitado por los trabajos, arrojó sus armas como peso inútil. Bar-

baroux, que apenas rayaba en los veinte años, tenía el aspecto de un hombre de edad avanzada; habíasele hinchado un pie a causa de una torcedura, y andaba apoyado en el brazo de Pethión y de Louvet. Riouffe, con los pies lastimados por las asperezas del camino, se arrastraba dejando rastros de sangre tras de sí. Pethión, Salles y Louvet eran los únicos que conservaban su indomable vigor.

Un anochecer les dijo un guía que a la siguiente mañana los esperaban en el camino diez gendarmes con algunos guardias nacionales para prenderlos.

— Adelantémonos a ellos — aconsejó Barbaroux —; avivemos la marcha y pasemos esta noche en la ciudad. Antes que los gendarmes ensillen sus caballos, habremos franqueado el sitio peligroso. Si nos persiguen nos parapetaremos en los ribazos, y serán víctimas de nuestras balas o les dejaremos nuestros cadáveres. Muramos antes que caer bajo el poder de los maratistas. Escapemos del peligro de mañana y desafiaremos luego los demás en el asilo que Kervelegán nos ha preparado en Quimper.

Los enfermos y heridos preferían esperar la muerte allí mismo a evitarla huyendo; pero la energía de Barbaroux les avergonzó, y se levantaron silenciosos, dejaron atrás el sitio del peligro, y, protegidos por la altura de la hierba, se entregaron al sueño, habiendo interpuesto algunas leguas. Postrados por el cansancio y acosados por el hambre, llegaron junto a los muros de Quimper, donde no se atrevían a entrar. Enviaron a uno de sus guías para que advirtiera a Kervelegán de su llegada, y que les indicara los medios de refugiarse en el asilo que su amistad les había preparado. Treinta y dos horas pasaron expuestos a la intemperie, sin alimentos, sufriendo torrentes de lluvia y tendidos en un pantano de agua helada que les entorpecía cada vez más los miembros. Esta situación, que les hacía llevadera la esperanza de la vuelta del mensajero, llegó a hacerse insostenible, porque el guía no se presentaba a sacarles de tan angustioso estado. Cussy invocaba la muerte, más clemente que el dolor; Riouffe y Girey-Duprèy perdieron la jovialidad que hasta enton-

ces les había prestado fuerzas. La frente de Buzot se veía dominada por una negra melancolía. Barbaroux notaba, no que perdía el valor, pero sí que se alejaba su esperanza. Louvet, frenético por el dolor, apretaba contra el pecho el arma cargada que llevaba para su defensa, y que podía hacerle insensible a las penas. Tenía aún apego a la vida, porque corría tras la imagen de una mujer que adoraba; Pethión conservaba la indiferencia estoica de quien desafia la inconstante fortuna, fortuna que hoy lo reducía a la desgracia, como en otro tiempo se había complacido en lisonjearlo. Apuraba las heces del infortunio y permanecía impasible.

V

Kervelegán no abandonó a sus amigos en Quimper. Envió un mensajero a caballo que encontró a los fugitivos en los pantanos y que les acompañó a casa de un labrador, donde restauraron las fuerzas con el fuego, pan y vino. Luego les dió asilo un sacerdote constitucional, y así acabaron de rehacer las fuerzas hasta que se separaron en muchos grupos, cada uno de los cuales corrió los azares de diversa fortuna. Cinco de ellos, entre los que estaban Salles, Girey-Dupré y Cussy, recibieron hospitalidad en casa de Kervelegán; Buzot quedó confiado a la discreción de un generoso ciudadano del arrabal de Quimper; Pethión y Guadet en una aislada casa de campo; Louvet, Barbaroux y Riouffe en casa de un vecino de Quimper. La querida de Louvet le había precedido a Quimper, y traía a su amante un mundo de esperanzas y las caricias de su amor.

Desde sus protectores asilos se concertaron los proscriptos para llegar a Burdeos, pero evitando el camino de tierra, que tantos obstáculos les presentaba. Duchatel descubrió un barco con cubierta anclado en el río de Quimper, y lo fletó para transportar a sus amigos a Burdeos. Aunque los comisarios de la Convención no se atrevían a presentarse en el departamento de donde eran rechazados por la opinión, descubrióse el proyecto de Duchatel y lo delataron. Otra embarcación aprontada en Brest, condujo hacia

la embocadura de la Gironda a Duchatel, Cussy, Bois Guyón, Girey-Dupré, Salles, Meilhán, Bergoing, Marchena y Riouffe. Brissot fué aprehendido en Moulins, y de allí fué conducido a París, donde se le encerró en la cárcel. Pethión, Guadet y Buzot, por no separarse de Barbaroux, que estaba moribundo, rehusaron embarcarse, hasta que se aliviara su amigo. Louvet se retiró con Lodoiska a una choza que ésta le preparó. Amenazado por dos tempestades, disfrutó de algunos momentos de felicidad, felicidad que le era más grata, cuanto mayores eran los peligros que la rodeaban: felicidad pasajera que acaricia a los desgraciados en la senda de la muerte. Barbaroux varió en sus amores, a los que nunca prestaba mucha constancia, y decía que envidiaba la dicha de Louvet proscrito, dicha que le ofrecía el cariño y la fidelidad.

La noticia de que los ingleses se habían apoderado de Tolón aumentó la vigilancia y persecución contra los federalistas, acusados del desmembramiento de la patria. Louvet, Barbaroux, Buzot y Pethión se embarcaron de noche en la barca de un pescador que debía conducirlos a un buque anclado en la rada. Cubiertos con esteras en el fondo de la escotilla, pasaron sin que los descubrieran a través de una escuadra de veintidós navíos republicanos; pero si hubiesen registrado el buque infaliblemente los habrían reconocido por Pethión. Los trastornos de la revolución, el ardor de las ambiciones, las tempestades del favor popular que ya le acariciaba, o ya veía en él un enemigo, fueron causas de que encanecieran sus cabellos antes de llegar a los cuarenta años de edad, y toda Francia conocía a este precoz anciano. Los proscritos entraron en la Gironda y desembarcaron en Bec-d'Ambés, puerto insignificante cerca de Burdeos; pero allí les esperaba la muerte.

VI

Mientras el infortunio iba entregando a los vencidos girondinos, uno a uno, a sus enemigos, y aquéllos prolongaban huyendo la dolorosa agonía de su partido, vacilaba en los extremos la República,

afirmándose en el centro. Las fronteras estaban descubiertas, y las plazas que el ejército de Custine había conquistado en Alemania y algunas francesas eran rendidas por el cañón de la coalición. Custine, que se había retirado a Landau, había dejado en Maguncia una imponente guarnición como amenaza de una segunda entrada por Alemania. Mandaba la plaza el general Meunier, conocido ya por los admirables trabajos de Cherburgo, teniendo a su lado como tenientes a los intrépidos y esclarecidos oficiales generales Kleber, Doyré, Dubayet, Rewbell y Merlin, que, a más de soldados, eran representantes y se encerraron en la plaza para que las tropas combatesen ante la Convención. Doscientos cañones defendían la ciudad, que estaba bloqueada por cincuenta y siete batallones y cuarenta escuadrones. Abundaba el grano, pero escaseaba la pólvora. La sola esperanza que tenían los sitiados era una heroica defensa, defensa que alentaba Merlin con prodigios de habilidad, audacia y valor, y con la intrepidez de su corazón y el esfuerzo de su brazo. Esta defensa distraía a veinte mil de nuestros mejores soldados, cuyas conquistas en la otra parte del Rin estaban paralizadas. Custine envió al ejército prusiano un oficial, quien solicitó que, como parlamentario, le permitieran pasar por entre las líneas prusianas para llevar a Maguncia la orden de una capitulación honrosa. Los comisarios de la Convención y los generales reuniéronse en consejo de guerra, acordando rechazar semejante orden. Los austriacos estrecharon el bloqueo, que los prusianos convirtieron en sitio; los franceses tomaron la ofensiva, y el ejército enemigo tuvo que conquistar cada paso para acercarse a la muralla. Muerto el general Meunier por una bala de cañón, los prusianos, conmovidos ante tanto valor, suspendieron el fuego para que el ejército francés pudiera dar tranquilamente sepultura a su general en uno de los bastidores de la ciudad.

—Pierdo un enemigo que me ha hecho mucho daño — dijo Federico Guillermo—, pero Francia pierde un gran hombre.

Trescientas bocas de fuego empezaron el bombardeo e incendiaron los molinos

harineros que abastecían la ciudad; faltaba el pan y faltó la carne. Los habitantes devoraban los caballos, los perros, los gatos y las ratas. El hambre aumentaba y los generales ordenaron que salieran de la plaza las bocas inútiles. Los ancianos, mujeres y niños, rechazados por los franceses, fueron también rechazados por los prusianos, y la inmensa multitud sucumbió, parte destrozada por las balas de cañones, y la otra presa de los horrores del hambre. Los hospitales carecían de víveres, de medicamentos y de camas, por lo que los heridos no encontraban ningún alivio en ellos, y la ciudad vióse obligada a capitular.

Las tropas salieron libres de la plaza con armas y banderas, pues la única condición que se les impuso fué la de que no hicieran armas durante un año contra el rey de Prusia. La guarnición murmuró de los jefes, porque el instinto decía a los soldados que por el Norte se acercaba en su socorro el general Houchard. Nuestros batallones creían que esta primera retirada de los ejércitos franceses era una mancha que empañaba el genio de la Revolución, y así opinó también la Convención. Al entrar en Francia, fueron arrestados el general Doyré, gobernador de la plaza, y el general Dubayet, comandante de las tropas, siendo luego conducidos a París. Hasta a Merlin de Thionville, a pesar de su gloria, costóle muchísimo trabajo justificar la rendición de este baluarte del Rin; pero la reputación de Custine quedó empañada. La Vendée recibió un refuerzo de quince mil hombres, fogueados en el sitio de Maguncia.

VII

Condé, plaza fronteriza del Norte, se rindió al mismo tiempo. Dampierre murió queriendo socorrerla. El general Chan- cel con cuatro mil hombres estaba encerrado en la plaza, donde se carecía de víveres y de municiones, no pudiéndose dar a los soldados otro alimento que dos onzas de pan diarias; pero hasta esta menguada ración estaba a punto de agotarse, por lo que el 12 de julio se rindió prisionera de guerra la guarnición.

Valenciennes, medio arruinada por las bombas, se rindió el 28 a los ingleses y

austriacos. El general Ferrand, bizarro teniente de Dumouriez, de 70 años de edad, defendió durante tres meses la plaza, y parecía que estaba dispuesto a perecer antes que rendirse. Las murallas derribadas por doscientas mil balas de cañón, treinta mil granadas y cincuenta mil bombas, presentaban brechas expeditas para el paso de la caballería. Defendía la plaza el terror del nombre de nuestros bravos y el del general Ferrand. Valenciennes capituló, y la guarnición, después de matar treinta mil enemigos y sufrir una baja de siete mil combatientes, entró en Francia con armas y con banderas desplegadas.

Llegó a París la noticia de estos desastres, y París se consternó, pero sin desanimarse. La constancia de la Convención, a quien asediaba tanta desgracia, aseguró el espíritu público. Todos se consternaron, pero a ningún corazón abandonó la esperanza de la salvación de la patria.

Las noticias que en París se recibían de los departamentos alentaban a la Convención. Burdeos abrió las puertas a los comisarios; Caen, después de ocho días de vacilaciones, puso en libertad a los comisarios que había hecho prisioneros; la insurrección de Bretaña en Normandía se apagó; los patriotas contuvieron durante algún tiempo en Tolón a los realistas; Tolosa prestó obediencia, y la Lozere se apaciguó. Los diputados girondinos, Chasset y Biroteau, instigadores de la insurrección en Lyon y en el Jura, y Rebecqui, agitador de Marsella, observaron que el movimiento de origen republicano degeneraba en realista, y temblaron ante la tempestad que habían provocado. Nantes rechazó a los vendeanos.

Estos reveses y estas victorias eran causa de que los jacobinos se mostraran desconfiados y temerarios. Aumentaban las delaciones contra Custine, delaciones que adquirían mayor acritud. Lo mucho que se había esperado de este general acrecentaba el encono de las denuncias. Su honradez y el feliz éxito de sus primeras campañas hizo esperar de él lo imposible, así es que se le castigaba por las esperanzas que había hecho concebir. Lo acusaban de complicidad con Brunswick, de avenencia con el rey de Prusia,

y de secreta inteligencia con los realistas del interior, con el general Wimpfen y con los girondinos de Caen. Bazire pidió que se prendiera a Custine en medio del ejército. La Convención podía temer que las tropas se sublevaran y, encaminándose a París, complicaran la situación de la República, pero no retrocedió ante tamaño peligro y ordenó a Custine que se presentara para justificarse. De esta peligrosa comisión se encargó Levasseur de la Sarthe, quien llegó al campamento y manifestó deseos de revistar al ejército, que se componía de cuarenta mil hombres. Los soldados negaron los honores militares a Levasseur, porque sospechaban que iba a quitarles el jefe; pero Levasseur lo exigió y se bajaron las banderas.

—Soldados de la República — les dijo —, la Convención ha decretado que se prenda a Custine.

—Que nos lo devuelvan — gritaron con acento irritado los soldados.

El representante arrojó estos clamores, y recorriendo las filas amenazó con la punta del sable al soldado que violara la patria en su persona. Un sargento, saliendo al frente, dijo:

—Queremos que nos devuelvan a nuestro general.

—Tú que clamas por Custine — contestó Levasseur —, ¿te atreves a responder con tu cabeza de su inocencia?... Soldados — prosiguió el representante —, si Custine es inocente, volverá a mandarnos. Si es culpable, expiará sus crímenes. Los traidores y rebeldes tienen que ser castigados.

VIII

El silencio contestó a estas palabras. Se prendió al general; pero Custine no imitó a Dumouriez, prefiriendo el cadalso a la emigración. Llegó a París, se paseó por el Palais-Royal, y fué aplaudido por los jóvenes y las mujeres.

Esta obediencia pasiva animó a los jacobinos a hacer nuevas delaciones, lanzando odiosas insinuaciones contra el ministro del Interior Garat, y contra el de Marina Dalbarade. El poder ejecutivo, rodeado de incesantes sospechas, carecía de acción. Robespierre, que favoreció la

anarquía mientras la consideró necesaria para el triunfo de la Revolución, combatió a los instigadores del desorden, cuando la creyó afirmada. Defendió el comité de Salvación pública, acusado de apatía, defendió a Dantón, defendió a Garat y Dalbarade contra Chabot y Rosignol, y apostrofó a los delatores, sin que le intimidaran los murmullos de los jacobinos exaltados.

—¡Basta que cualquier ciudadano desempeñe un cargo público para que le calumnien! — gritó, ahogando los murmullos de los jacobinos—. ¡Hemos de dar siempre crédito a los ridículos cuentos que se inventan! ¿Se atreven a acusar a Dantón? ¿Quieren que sobre él recaigan nuestras sospechas? Acusan a Bouchotte, acusan a Pache. ¡Desgracia es que se delate únicamente a los mejores patriotas! Pero ya es tiempo de que terminen tales infamias.

Algunos días después Robespierre rechazó con igual fuerza las acusaciones que se generalizaban contra los nobles empleados en los ejércitos.

—¿Qué significan estos lugares comunes de nobleza con que ahora entretienen vuestros oídos? Mis antagonistas no son más republicanos que yo. ¿Queréis que el comité de Salvación pública no deje los andadores? Hombres desconocidos, patriotas de un día, pretenden que el pueblo abandone a sus antiguos amigos. ¡Calumnian a Dantón! ¡Dantón, a quien nadie tiene derecho a dirigirle el más leve reproche! ¡Dantón, que tan sólo puede desacreditarse cuando se presente alguno que ostente más energía que él, más talento y más patriotismo! No pretendo identificarme con él para que los dos valgamos, el uno ayudado por el otro; me limito a citarle. ¡Dos hombres asalariados por los enemigos del pueblo, dos hombres que Marat delató, afectan en su necedad reemplazar a este escritor público! A ellos debemos el que sus enemigos destilen veneno contra nosotros. Uno es un sacerdote conocido por sus infames acciones, llamado Santiago Roux, el otro es Leclerc, cuya conducta demuestra que los jóvenes no están exentos de corrupción. Con frases en extremo patrióticas dan a entender al pueblo que sus nuevos amigos son más solícitos que

nosotros; y tributan elogios a Marat, para comprar el derecho de denigrar a los patriotas actuales. ¡Qué importa elogiar a los muertos, con tal de calumniar a los vivos!

IX

Mientras Robespierre, buscando la popularidad en la razón pública y en la fuerza gubernamental, contenía a los jacobinos y se convertía en hombre de gobierno, Dantón se dejaba proteger, digámoslo así, por Robespierre. La caída de los girondinos lo había desconcertado, porque los girondinos eran para él un peso de equilibrio que había pensado establecer en su provecho en la Convención, colocándose él unas veces en la Montaña, y otras en la Llanura; pero, después del triunfo de la corporación municipal, no era posible ningún equilibrio. Era necesario ordenar proscripciones o ser proscrito; pero ambos papeles repugnaban a Dantón, quien, embriagado en las delicias del amor que le inspiraba la joven con quien acababa de casarse, buscando reposo, humillado por su celebridad sanguinaria, y deseando redimirla por amnistías y generosidades, quería entregarse por completo a la felicidad doméstica, y abdicar, o aplazar cuando menos, su ambición. Cansado de ser temido, deseaba ser amado.

La Montaña lo amaba en efecto, porque era su luz en las crisis, su voz en los tumultos, y su mano en la acción. Temible desde que Marat había desaparecido de la Montaña, Dantón encontró en ella a Robespierre, rival más temible y de mayor importancia que aquél; pero Robespierre hacía gala para con él, como hemos visto, del mayor aprecio y le consultaba hasta en las circunstancias más difíciles. Sin embargo, Dantón no desconocía que esta deferencia no era más que un homenaje, y que mientras Robespierre existiera, nadie más que el ídolo de los jacobinos sería el primero en la República, por lo que prefería desaparecer, antes que ser segundo. Tenía más orgullo que ambición. Podía eclipsarse, pero no quería ser arrojado con violencia. Tenía confianza en su fortuna y en su genio para elevarse hasta ponerse al frente de la revolución.

X

Dantón había llegado, además, a ese estado de fatiga moral que ocupa y debilita algunas veces las más fogosas ambiciones, cuando no las sostiene el gigante poderío de una idea desinteresada. Hombre de pasión y poco amigo de teorías, experimentaba las debilidades de la naturaleza, porque las pasiones personales se fatigan y desgastan, mientras que las pasiones públicas jamás se agotan. Robespierre tenía esta ventaja sobre Dantón; su pasión era infatigable porque era impersonal. Dantón era un hombre; Robespierre, una idea.

Por esta causa Dantón admiraba hacia algún tiempo a sus amigos por la languidez e incoherencia de sus resoluciones. Sus propósitos revelaban el desorden y el desmayo del alma que mira a lo pasado y que tiene más fuerza para arrepentirse que para querer; para resignarse, que para obrar; síntomas ciertos de la decadencia de la ambición y presagios de decaimiento del destino en los hombres públicos.

—¡Desgraciados girondinos! — exclamaba algunas veces—. Ellos nos han precipitado en el abismo de la anarquía, y han sido sumergidos por ella, como lo seremos nosotros, pues ya presiento el bramido de la tempestad que ruge sobre mi cabeza.

En esta disposición de ánimo, Dantón abandonó la tribuna de los jacobinos, que ocupaba constantemente Robespierre; rara vez hablaba en los Franciscanos y callaba en la Convención. Parecía abandonar la revolución a su propio impulso y sentarse en el borde para ver pasar los destrozos y esperar que la opinión recobrara los fueros de la justicia. Pero Dantón era demasiado grande para ser olvidado, porque el olvido sólo salva a las medianías. La revolución, descontenta, se enconaba contra él y sus amigos. Legendre, Camilo Desmoulins, Fabre d'Eglantine, Chabot y él eran sospechosos a los franciscanos y jacobinos, quienes los acusaban de estacionarios, de débiles, de que se enriquecían con los despojos, de que negociaban con capitalistas extranjeros, de que simpatizaban con los

vencidos, de que encubrían con interesada indulgencia las traiciones de los generales, de que imitaban los vicios de los aristócratas, de que enervaban las costumbres populares, de que substituían la probidad con la venalidad en los resortes del gobierno, de que convertían a los espartanos en sibaritas, y de que formaban la facción de hombres corrompidos, la peor de las facciones, en una República que sólo podía fundarse en la libertad y la virtud.

XI

Estas recriminaciones hacían sonreír a Dantón con desdén y quizá también con secreto orgullo. No se jactaba de austeridad; no conocía la hipocresía del desinterés, y más bien que ocultar ponía de manifiesto sus debilidades. Confiaba, además, en lo desconocido: la muerte natural le había librado de la superioridad de Mirabeau; el puñal lo desembarazó de Marat; el 31 de mayo alejó a Vergniaud, cuya elocuencia temía, y la casualidad podría también poner término a la rivalidad de Robespierre. En las revoluciones corre veloz el tiempo, y basta seguir su marcha para que traiga oportunamente cuanto la fortuna puede proporcionar. Así razonaba instintivamente Dantón.

En esta época fué cuando, a instancias de su joven esposa y de su nueva familia, decidió alejarse de París y retirarse a Arcis-sur-Aube.

Era Dantón demasiado conocedor de los misterios del corazón humano para no comprender que una retirada en semejantes circunstancias era un acto sobradamente humilde o sobradamente orgulloso para una persona de su importancia en la República. Separarse de la Convención en los momentos de peligros y de violencias, era declarar que se consideraba inútil para servir a la patria, o atestiguar que no quería aceptar la responsabilidad del gobierno, y esta actitud no podía dejar de ser considerada como abdicación o como amenaza. Dantón, que lo conocía, ocultó, bajo pretextos de cansancio y abatimiento, las verdaderas causas de su partida, alegando, además, la necesidad de presentar su nueva esposa

a su madre y a su suegro, el señor Ricordín, que vivían aún.

El motivo principal de su retirada, según confesó a su esposa y deudos, en la intimidad de las expansiones domésticas, fué el horror que le inspiraba el juicio, ya próximo, de la reina María Antonieta.

El asesinato de una mujer aprisionada por el pueblo, repugnaba al alma de Dantón, que había jurado a menudo que salvaría las cabezas de las mujeres y de los niños. Había propuesto enviar a la reina y su hermana a Austria, ocultando bajo palabras de desprecio el verdadero interés que le inspiraban estas víctimas desarmadas, y no quería participar de la mancha que iba a caer sobre los que levantaran el cadalso para María Antonieta.

Antes de partir celebró Dantón una entrevista secreta con Robespierre, en la que se humilló hasta el punto de notificar a su rival la desconfianza que le inspiraban los negocios públicos, rogándole que lo defendiera durante su ausencia de las calumnias que los franciscanos lanzaran contra su patriotismo y probidad. Robespierre, satisfecho de la deferencia y separación del único hombre que podía contrarrestar su influencia en la República, no puso ningún obstáculo a la marcha de Dantón, y ambos rivales, amigos en apariencia, juráronse mutuo cariño y constante apoyo. Dantón emprendió el viaje.

XII

Dantón, en su asilo rural de Arcis-sur-Aube, vivió únicamente ocupado en su amor, en el cuidado de sus hijos, en la administración de sus intereses domésticos, y en la felicidad de volver a ver a su madre, a los amigos de la juventud y los campos paternos. Parecía haber renunciado al peso y al recuerdo de los negocios públicos. Rompió toda correspondencia, y ni recibía ni escribía ninguna carta, no recibiendo tampoco más visitas que las del diputado de la Convención, Courtois, compatriota suyo, que poseía varios molinos en Arcis-sur-Aube, y con quien hablaba constantemente de los peligros de la patria.

En sus expansiones familiares con su esposa, su madre y el señor Ricordín, no

ocultaba Dantón sus sinceros arrepentimientos de los arrebatos revolucionarios, en los que el ímpetu de las pasiones le había hecho intervenir, procurando lavarse de toda complicidad en las matanzas de septiembre. Hablaba de aquellos días, no como lo había hecho la siguiente mañana al decir: «He contemplado mi crimen de frente y, sin embargo, lo he cometido», sino como un exceso de furor patriótico, al que habían incitado al pueblo los asesinos de la corporación municipal, exceso que él no pudo contener y que se vió obligado a presenciar, aunque detestándolo.

No ocultaba tampoco la esperanza de recobrar el ascendiente debido a su talento político, cuando las convulsiones presentes hubieran gastado los caracteres medianos y débiles que reinaban en la Convención. Hablaba de Robespierre como de un delirante, a veces cruel, y a veces virtuoso, pero siempre quimérico.

—Robespierre se ahoga en sus ideas— exclamaba—, porque no sabe convencer a los hombres.

No creía en la duración de la República, por lo que decía con frecuencia:

—Son necesarias muchas generaciones humanas para poder pasar de una forma de gobierno a otra. Antes de construir una ciudad, hay que formar ciudadanos.

Leía con avidez los historiadores de Roma, y escribía mucho; pero quemaba cuanto escribía, porque no quería dejar en pos de sí más huella.

XIII

Robespierre, por lo contrario, aunque enfermo y abatido por los trabajos intelectuales, se olvidaba de sí mismo para entregarse con más ardor que nunca a la continuación de su sistema de gobierno, agigantando su ambición, que confundía con la de la República que pretendía fundar. Poco le importaba su rango público con tal de ser el alma de las cosas. Las consecuencias, los cambios, la aristocracia propietaria y comercial de los girondinos le habían convencido de que deseaban retrogradar hacia la monarquía o constituir una República en la que la riqueza substituyera a la dominación de la Iglesia y del trono, o en la que el pue-

blo tuviera algunos millares de tiranos en vez de uno solo, pareciéndole las personas de la clase media los más peligrosos enemigos de la democracia universal y de la igualdad filosófica. Después de su caída, Robespierre creyóse cercano a conseguir el fin a que deseaba encaminar la revolución, que no era otra cosa que la soberanía representativa de todos los ciudadanos, hija de una elección tan extensa como el pueblo, y obrando por el pueblo y para el pueblo, en un consejo electivo que sería todo el gobierno. La ambición de Robespierre, tan frecuentemente calumniada entonces y después, no traspasaba este límite, y, creyendo que su móvil era el de la naturaleza y el de Dios, no aspiraba a dominar, sino a ser el guía y regulador del gobierno popular. Fundarlo, ponerlo en marcha, organizar sus oscilaciones, asistir a sus primeros movimientos, vivificarlo con sus principios y dejarle su alma, era el sueño, la aspiración de Robespierre.

XIV

Por eso cambió también de actitud y de lenguaje cuando los girondinos desaparecieron. Tres cuestiones eran objeto de sus estudios: anular la opinión pública de la Convención por medio de los jacobinos, cuyo oráculo era; resistir a las usurpaciones anárquicas de la corporación municipal, que amenazaban refrenar la independencia de la representación, y establecer la armonía y unidad de acción organizando un comité de gobierno. Estas ideas no entrañaban ninguna ambición personal. Su propia popularidad, más general y fanática de día en día entre sus correligionarios, era para él un instrumento y no un fin, gastándola con tanta prodigalidad como afanes y paciencia le había costado adquirirla. La sombra en que se envolvía al salir de la arena pública, arrojaba sobre su persona el velo que oculta los grandes pensamientos a la envidia y el misterio que encierran los oráculos. La calumnia se detenía confusa ante el dintel de su aposento, en la casa de un honrado artesano, y el alma de la República se confundía con él en la pobreza, en el trabajo y en la austeridad.

XV

Desde entonces, asistió Robespierre con más asiduidad que nunca a las nocturnas sesiones de los jacobinos. Encaminó las discusiones de aquella sociedad a los grandes problemas de organización social, para desviarla de las facciones, cuyo reinado, en su concepto, había pasado. Apartóse con mayor y aparente disgusto de los hombres corrompidos que querían mezclar la demagogia con la revolución, como se liga un metal puro con otro impuro que lo hace más flexible para la elaboración, no queriendo que descendieran los principios republicanos hasta ponerse al alcance de un pueblo viejo y gastado, sino proponiéndose, por lo contrario, elevar el pensamiento popular a la esfera de los principios abstractos. Por esta razón, lisonjeaba el orgullo del pueblo, persuadiéndole de que era digno de instituciones virtuosas, haciéndole creer en su propia virtud. Unióse en amistad íntima con el reducido número de hombres toscos, pero honrados, que convertían en culto la lógica rigurosa, empero vaga e implacable de la democracia. Estos eran Couthón, Lebás y Saint-Just, personas a quienes no se podía censurar otra cosa que su fanatismo, estando completamente limpios de toda mancha de sangre. Esperaban que su sistema prevalecería por la sola evidencia de la razón y por el solo atractivo de la verdad; pero, desgraciadamente, se encontraban resueltos a no rehusar nada a su sistema, ni aun el sacrificio de generaciones enteras. Estos diputados reuníanse casi todas las noches en casa de su oráculo, que inflamaba sus imaginaciones con las perspectivas seductoras de la justicia, de la igualdad y de la felicidad, prometidas a la tierra por la nueva doctrina. Por la modestia de la sala, por la sobriedad de las comidas, por el tono filosófico de sus conferencias, por las imágenes, constantemente reproducidas, de virtud y desinterés en favor de la patria, nadie hubiera visto en ellos una conjuración de demagogos sino una asamblea de sabios, ocupándose en las instituciones de la edad de oro.

Hasta el amor hervía sin degradación

en el corazón de estos hombres. La ternura de Couthón para con la desinteresada mujer que consolaba su doliente vida; el sentimiento tempestuoso y apasionado que inspiraba a Saint-Just la hermana de Lebás; la predilección casta y grave de Robespierre por la segunda hija de su huésped; el amor de Lebás a la más joven; los proyectos de matrimonio, los planes de felicidad después de las tempestades, daban a estas pláticas carácter de familia, de tranquilidad y algunas veces de jovialidad, que no dejaban sospechar el conciliábulo de los jefes, que poco después habían de ser tiranos de la República. No hablaban más que de la felicidad que experimentarían cuando se apartaran de los negocios públicos tan pronto como triunfaran los principios, para dedicarse al ejercicio de un humilde oficio o al cultivo del campo. Hasta Robespierre, más fatigado en apariencias y menos tranquilo, sólo hablaba de una choza solitaria en el corazón del Artois, adonde llevaría a su esposa y donde contemplaría desde el seno de su felicidad privada la felicidad general. ¡Cosa extraña y, sin embargo, testimonio sincero de la inestabilidad y fatiga del corazón humano! Los dos hombres que a la sazón perturbaban la República y que iban a sacrificarse chocando en sus movimientos, Robespierre y Dantón, sólo aspiraban en aquel momento a la abdicación. Pero la popularidad no admite abdicaciones, pues para ella no hay términos medios, o el altar o la tumba. El destino de estos dos hombres era gozar de sus favores y morir después.

XVI

Aun cuando las teorías fuesen diferentes, el espíritu de Robespierre y el de Dantón tendían en aquella época a concentrar el poder en la Convención, presentando la Constitución a los ojos del pueblo como un plan de institución en perspectiva, sobre el que se echaría un velo después de haberlo enseñado, aunque de lejos, a la nación. El gobierno más a propósito para vencer a las facciones enemigas de la revolución era el que más convenía. Francia y la libertad estaban en peligro, y, por consiguiente,

REVOLUCIÓN 4.—TOMO III

instituciones de peligro eran las que necesitaba Francia, debiendo ser la Convención el brazo y la cabeza de la República. Todos los miembros de la Asamblea profesaban este principio que es el de la salvación, cuando las leyes están quebrantadas. La Convención no pidió la dictadura, no la delegó, la tomó, encargándose de ella, desde la mañana siguiente al 31 de mayo, el comité de Seguridad pública.

De igual manera que la nación recobró por sí sola su inalterable soberanía en 1789, la Convención se arrogó todos los poderes en 1793. Las fuerzas transmitidas son esencialmente más débiles que las fuerzas directas. En las crisis extremas los pueblos revocan sus delegaciones, ya se llamen majestades, ya leyes o magistraturas, sin que en ellas quepan dudas, porque las leyes son las relaciones definidas de los ciudadanos entre sí con el Estado, en tiempo normal, y, cuando estas leyes quedan abolidas o destruidas, cuando se invierten las relaciones, acudir a estas leyes que han desaparecido ya o que todavía no existen, es acudir a la nada para salvar el imperio. El gobierno es entonces la única ley, y todos sus mandatos son golpes de Estado. Tal era la situación de la Convención en el mes de julio de 1793, situación que la condenaba a la usurpación o a la muerte. Si aceptaba la muerte, la nación y la revolución perecerían con ella; por eso tomó la dictadura, y en tomarla no cometió falta alguna. Hay usurpaciones legítimas, como las que salvan las ideas, los pueblos y las instituciones. La historia no debe censurar la usurpación a la Convención, sino la manera de ejercerla. Cuanto más desaparezcan las leyes de un gobierno, tanto más debe reemplazarlas la equidad. Esta es la sola condición por la que Dios y la posteridad absuelven a los gobiernos. La conciencia es la ley de las leyes.

XVII

Es ley del poder, cuando llega a la acción, el tender constantemente a concentrarse y personificarse en un reducido número de agentes. Los cuerpos políticos pueden tener mil cabezas y mil lenguas mientras conservan el carácter de asam-

bleas deliberantes; pero sólo necesitan una mano cuando alcanzan el poder ejecutivo. Al principio, abrazó esta doctrina con debilidad, la Convención, pero luego la sancionó completamente, empezando por crear ministros revestidos de cierta responsabilidad e independencia, como bajo el ministerio girondino de Roland; anuló en seguida casi por completo la acción de los ministros; instituyó comisarios de gobierno también especiales y tan diversos como cada uno de los ministerios; creó después comisiones de gobierno en el seno de la representación nacional y distribuyó entre estas extensas comisiones las diferentes funciones del poder. Cada una de aquéllas presentaba por medio de su secretario el resultado de sus deliberaciones a la sanción de la Convención reunida, y ésta reinaba así, pero con incoherencia y debilidad. Faltaba la unidad a aquel número de comisiones, que sólo formulaban dictámenes en vez de dictar órdenes.

La Convención experimentaba la necesidad de personificarse en un comité que le impusiese su voluntad y, por decirlo así, su terror. Temía la anarquía interior, y le inspiraba miedo la inestabilidad. Para destruir mejor las resistencias, consintió en someterse a obedecer y temblar, organizando el comité de Salvación pública, al que transfirió todo el gobierno. Aquel acto fué la abdicación de la Convención, pero esta abdicación le dió el imperio.

XVIII

La denominación de Comité de Salvación pública era ya antigua en la Convención, pues desde el mes de marzo precedente, todos los hombres de presentimiento en la Asamblea, Robespierre, Dantón, Marat, Isnard, Albitte, Benta-bole y Quinette habían pedido que se reconcentrara la fuerza de acción en un comité de corto número de miembros, que reuniera en su mano todos los hilos esparcidos de la trama, demasiado floja, del poder ejecutivo. Creado este centro de gobierno, los girondinos obtuvieron en él mayoría. Bajo su dirección debía haber sido una palanca poderosa, si la dirección hubiera sido acertada. Los prin-

cipales miembros del comité de Salvación pública, cuyo número ascendía a veinticinco, eran Dubois-Crancé, Pethión, Gensonné, Gytón de Murveau (el colaborador de Buffón), Robespierre, Barbaroux, Ruhl, Vergniaud, Fabre d'Eglantine, Buzot, Delmás, Condorcet, Guadet, Breard, Camús, Prieur (de la Marne), Camilo Desmoulins, Barrere, Quinette, Dantón, Sieyès, Lasource, Isnard, Jean Debry y Cambaceres, futuro oráculo del despotismo, y cuyo origen fueron los templos de la libertad.

Este comité tenía la iniciativa de todas las leyes y de todas las medidas que requerían los peligros de la patria, no sólo dentro del territorio de la República sino también en suelo extranjero; citaba a los ministros y examinaba sus actos, dando cuenta de sus decisiones a la Convención cada ocho días. Celosa la Asamblea, temía el despotismo en mano de sus delegados. Pesaban sobre el comité infinitos mandatos, y uno de ellos fué prohibirle el secreto, vida de las dictaduras. La lucha de las opiniones originaba entre sus miembros el antagonismo. Era la anarquía concentrada en sí misma. Robespierre, cuya mirada abarcaba todo, no quiso eclipsar su popularidad aceptando medidas contrarias a su pensamiento, y se separó del comité desde las primeras sesiones. Robespierre no quería aislarse, pero tampoco quería confundirse entre la multitud. Al abandonarlo Robespierre, el comité se hizo impopular.

Los girondinos, unidos a Dantón, propusieron transformarlo, darle fuerza y acrisolarlo, y Buzot fué el único que, presintiendo la muerte en el puñal que sus amigos preparaban, combatió esta idea, que fué adoptada, sin embargo, quedando reducido a nueve el número de los miembros del comité. Se le permitió el secreto, tuvo la misión de vigilar todos los ministerios, el derecho de suspender los decretos que no creyera aceptables para el interés nacional, y el de dictar medidas en casos de urgencia. Le destinaron fondos particulares, y tan sólo le prohibieron un acto de soberanía, el de prender arbitrariamente a los ciudadanos.

El comité de Salvación pública debía renovarse cada mes por elección de la

Asamblea. Los miembros que lo componían eran Barrere, Delmás, Breard, Cambón, Dantón, Guytón de Morveau, Treillard, Lacroix (de Eure-et-Loir), y Robert Lindet. Los girondinos separaron a Dantón del comité para neutralizar su influencia entre los irresolutos de la Llanura; pero su táctica les engañó, porque Dantón, no encontrando energía entre sus colegas, la fué a buscar a la corporación municipal, donde dirigió los negocios extranjeros, dirección adecuada a su genio generalizador, militar y diplomático. En esta ocupación estudiaba el gobierno, como persona que proyectaba alcanzarlo mañana. Después de la retirada de los girondinos, dimitió Dantón este cargo, para no suscitar la envidia. Sentado en su banco, afectaba siempre aparente indiferencia; pero los que le observaban no se engañaron. Le acusaron por su retirada, como lo hicieron por su dominación en el comité, y entonces comprendió que no se borran ciertos nombres, ya estén heridos por la luz, ya cobijados en la sombra, conociendo también que cierta fama brilla siempre porque es imposible que se oculte.

—Elegid otro comité — dijo — del que yo no forme parte, comité de más vigor y más numeroso; Dantón le dará vida y energía; Dantón no lo contendrá.

Estas palabras, que revelaban en el tribuno el juicio que él tenía de su importancia, y que expresaban el desdén que le inspiraban sus colegas, presentaban a Dantón como usurpador y quitaban el velo a su ambición. Fueron aplaudidas, pero también anotadas.

XIX

Después de muchas dudas, de varios nombramientos y de sucesivas eliminaciones, el comité, proclamado por el mismo Dantón gobierno provisional, adquirió la completa investidura del poder. Dantón, a quien no inspiraba confianza una institución a que él no pertenecía, cometió la imprudencia de negarse a formar parte de este brazo del poder; ya porque creyó que sería más grande solo, ya porque deseaba aislarse, cansado de los asuntos públicos. Quiso que en el comité lo representaran Herault de Seche-

lles, uno de sus partidarios, y Thuriot, uno de sus órganos. Robespierre no se atrevió a entrar al principio para no ofuscar a Dantón; pero sus amigos formaban la mayoría e imponían sus ideas. Los miembros eran Saint-Just, Couthón, Barrere, Gasparín, Thuriot, Herault de Sechelles, Robert Lindet y Jean-Bon-Saint-André. Gasparín se retiró y el voto unánime de la Convención eligió a Robespierre. Pocos días después formaron parte del comité Carnot y Prieur de la Cote-d'Or, porque se imponía la necesidad de personificar el genio militar de Francia frente a los ejércitos de la coalición. Completaron el comité Billaud-Varennes y Collot-d'Herbois, que infiltraron en él por completo el espíritu de jacobinismo que la Montaña se lamentaba de ver extinguirse bajo la acción demasiado débil de Robespierre, Saint-Just y Couthón.

Esta fué la institución del *decenvirato*; comité que durante las convulsiones de los catorce meses, arrostró todos los peligros, todos los poderes y todas las maldiciones de la posteridad.

XX

Los miembros del comité de Salvación pública se distribuyeron los cargos, conforme a sus diversas aptitudes, eligiendo la capacidad los puestos y el rango. Se atendió a la influencia y a los servicios, y se ahuyentó la importancia sin romper la unidad. El peligro de la crisis, el celo inextinguible, el temor de debilitarse fomentando la desunión, el secreto jurado y fielmente cumplido, y la dificultad del cargo, fueron circunstancias que hicieron indisoluble el comité, que sólo mostró sus disensiones cayendo por completo.

Billaud-Varennes y Collot-d'Herbois soliviantaban con sus ideas la opinión pública en la correspondencia que mantenían con los agentes de la República en los departamentos. Saint-Just se arrogó el imperio de las teorías constituyentes, tan sutil y tan absoluto como su impasible metafísica; Couthón, la policía, encargado adecuado a sus sombrías y escrutadoras ideas; Herault de Sechelles, inspirado secretamente por el genio europeo de Dantón, los negocios extranjeros; Robert Lindet las subsistencias, cuestión vi-

tal cuando la carestía afligía las poblaciones y desorganizaba los ejércitos; Jean-Bon-Saint-André, la marina; Prieur la administración material de la guerra; y Carnot, la dirección militar, los planes de campaña, la inspiración a los generales, el juicio de sus faltas, la victoria y la reparación de los reveses, siendo el numen armado de la patria que defendió las fronteras durante las convulsiones del corazón de Francia, y cuando ésta sintió agotadas sus venas. Prieur (de la Cote-d'Or) trabajaba con Carnot. Quince horas diarias de tarea, y fija la mente en todos los mapas y posiciones de nuestros ejércitos, daban vida al genio organizador de Carnot, y nunca le postraban. En el gabinete de trabajo demostraba la sangre fría y el entusiasmo del campo de batalla, señalando con el dedo los nombres a quienes esperaba un gran porvenir. Pichegrú, Hóche, Moreau, Jourdan, Desaix, Marceau, Brune, Bonaparte y Kleber, son hombres ilustres a los que hizo héroes el instinto de Carnot.

Barrere redactaba las deliberaciones del comité, y en frases breves y epigramáticas daba los informes a la Convención, y desde la tribuna lanzaba palabras que eran sentencias para el pueblo. Robespierre abarcaba todas las cuestiones excepto la guerra. Era la política del comité, designando el fin y el camino que a él conducía, mientras los demás ponían en movimiento la máquina. Robespierre prescindía de las ruedas. Su atribución era la idea.

Las deliberaciones sujetábanse a la mayoría de votos, bastando las firmas de tres miembros para que fueran ejecutivos los acuerdos. Frecuentemente se prestaban estas firmas sin examen; firmas que algo después legalizaron la ejecución de crueles medidas. Motivaba estas facilidades, aunque no las justificaba, la precipitación con que procedía el comité que tenía que resolver quinientos asuntos al día; pero estas fatales complacencias llevaron muchas víctimas al cadalso. El secreto era tan profundo que todos ignoraban quién había pedido o rehusado tal vida. La responsabilidad individual se perdía en la general. Todos lo aceptaban todo, aunque no precediera su consentimiento. Estos hombres se habían

entregado hasta su reputación. ¡Cosa admirable! no había presidente, porque temían que un jefe fuera un dominador. Querían una dictadura anónima; pero la falta de jefe no perjudicaba al comité. Todos mandaban, y todos obedecían. La República presidía.

XXI

Mientras el comité de Salvación pública, convertido en consejo ejecutivo, se apoderaba del gobierno, la Convención llamaba a París a los enviados de las asambleas primarias, depositarios de los votos del pueblo, que debían sancionar la nueva Constitución. Llegaron los enviados en gran número, y organizóse una fiesta, de la que fué David el director, para celebrar en el Campo de Marte, en una misma solemnidad popular, el aniversario del 10 de agosto y la aceptación de la Constitución. Robespierre inspiró a David. Las únicas divinidades que presidían esta regeneración del mundo social eran la Naturaleza, la Razón y la Patria; y el pueblo era la majestad, símbolos y alegorías del único culto, pero faltaba el alma, la divinidad. Robespierre no se atrevía todavía a rasgar el velo que encubría la imagen de Dios. Allí, donde un día se elevaba la Bastilla, primer jirón que la victoria ofreció a la Revolución, se reunió y se puso en marcha la comitiva. Al levantarse el sol en el horizonte, agrupáronse las autoridades de París, la corporación municipal, los enviados de las asambleas primarias, los franciscanos, los jacobinos, las sociedades fraternales de mujeres, el pueblo en masa y la Convención. En el terreno que ocupó la Bastilla, erigieron una fuente llamada de la Regeneración, porque *lavaba* las huellas de la antigua servidumbre. Coronaba la fuente una colosal estatua de la Naturaleza, de cuyos dos senos manaba el agua. Herault de Sechelles, presidente de la Convención, recogió agua en una copa de oro, la acercó a sus labios y la pasó al más anciano de los ciudadanos.

—Estoy al borde del sepulcro — dijo el anciano —; pero me imagino rejuvenecer con el linaje humano regenerado.

La copa circuló luego de mano en ma-

no entre todos los que asistían a la ceremonia. En medio del estampido del cañón desfiló el cortejo por los bulevares. Cada sociedad ostentaba su bandera, cada sección su símbolo. La Convención era la última, y cada uno de sus miembros llevaba en la mano un ramillete de flores, frutos y espigas recientes. Ocho diputados, colocados en medio de la Convención, conducían sobre los hombros, como objetos sagrados, las tablas donde estaban escritos los derechos del hombre y el arco que encerraba la Constitución. Ochenta y seis enviados de las asambleas primarias, representando los ochenta y seis departamentos, rodeaban a la Convención, llevando en las manos una larga cinta tricolor, como si hubieran querido que los lazos de la patria encadenasen a los diputados. Un haz nacional, coronado de olivo, simbolizaba la reconciliación y unidad de los miembros de la República. Cerraban la marcha tras los representantes los niños de la Inclusa, los sordomudos, que se comprendían con los signos que debían a la ciencia, las cenizas de los héroes que se sacrificaron por la patria, encerradas en urnas en que se habían inscrito sus nombres, un arado triunfal que rodeaban el labrador y su familia, y, finalmente, carretas cargadas con tiaras, cetros, coronas, armaduras rotas, símbolos de la esclavitud, de la superstición, del orgullo, de la beneficencia, del trabajo, de la gloria, de la inocencia, de la vida rural y de las virtudes guerreras. Después de una parada frente a los Inválidos, la multitud se vitoreó a sí misma, vitoreando la alegoría del pueblo que destrozaba el federalismo, e invadió el Campo de Marte, colocándose los representantes y los cuerpos constituidos en las gradas del altar de la patria, en cuyas gradas se agitaban un millón de cabezas. Aquella multitud inmensa juró defender los principios del código social, que Hérault de Sechelles presentó a la aceptación de la República. El cañón tronaba, pareciendo que también juraba exterminar a los enemigos de la patria.

XXII

El instinto popular sólo aceptaba la Constitución para lo futuro, y nadie dudaba que se esperaría para ponerla en vigor a que Francia quedase pacificada. Según la Montaña, la libertad era un arma que la revolución había entregado a los enemigos, y que sirvió para socavar la libertad. Ninguna constitución regular podía funcionar bajo el poder de los enemigos de toda Constitución democrática. Los enviados de los departamentos expusieron su deseo de que no hubiera más gobierno que la Convención. Los peligros santificaban la arbitrariedad. Pache reunió la corporación municipal y mandó tocar llamada para las secciones. Millares de ciudadanos llevaron a la Convención una proclama de Robespierre en que conjuraba a los representantes a conservar el poder supremo. La agitación del pueblo y de sus representantes era acompañada por los toques del tambor y los sonidos del rebato. Los jacobinos encaminaban al pueblo a la Convención para que ésta diera vida al terror.

«Legisladores, decían en la proclama, llegad a la cumbre de los altos destinos de Francia. El pueblo francés sobrepuja a sus peligros. Os hemos indicado la medida salvadora de un llamamiento general al pueblo, y sólo lo habéis cumplido con la primera clase. Las medidas a medias son siempre mortales en los peligros extremos. Más fácilmente se conmueve a la nación entera que a una parte de ella. Si pedís cien mil hombres quizá no los encontréis; pero si exigís millones de republicanos, los veréis levantarse para hacer polvo a los enemigos. El pueblo condena la guerra de táctica, en la que generales traidores y pérfidos venden la sangre de los ciudadanos. Decretad que en una hora determinada se toque rebato en toda la República, sin hacer otra excepción que la de los brazos necesarios para la agricultura; suspéndanse los negocios; el pensamiento, el deber de los franceses es salvar la República; no os inquiete la ejecución, decretad sólo el principio. Al comité de Salvación pública

indicaremos los medios de que el rayo nacional abraza a los tiranos y a los esclavos.»

XXIII

Los jacobinos dejaron traslucir el sentido de estas reticencias, tras de las cuales estaban el terror, el tribunal revolucionario y la muerte. El comité de Salvación pública se abochornó de su impotencia para la defensa de las fronteras, y en la siguiente sesión presentó el proyecto de un nuevo decreto que levantaba a Francia entera. «Los generales, decía Barrere en su informe, han desconocido el temperamento nacional. La irrupción, el ataque repentino, la inundación de un pueblo que acribille a las hordas enemigas y rompa los diques del despotismo, tales son las fases de las guerras de libertad. Los romanos, tácticos, conquistaron el mundo esclavo; los galos, libres, teniendo por táctica su impetuosidad, destruyeron el imperio romano. La impetuosidad francesa hará polvo el coloso de la coalición. Cuando un pueblo desea ser libre, lo es, mientras haya en su territorio metales para fabricar armas.» La Convención se levantó, ebria de entusiasmo, ejemplo de los representantes a los ciudadanos, y votó el siguiente decreto:

XXIV

«Desde ahora y hasta el día en que el esfuerzo francés arroje a los extranjeros del territorio de la República, todos los ciudadanos estarán preparados para tomar las armas. Los jóvenes irán a combatir, los casados fabricarán armas y transportarán subsistencias; las mujeres coserán tiendas y uniformes y servirán en los hospitales; los niños harán hilas para curar a los heridos; los ancianos enardecerán en las plazas públicas el ardor de los guerreros, el odio a los reyes y el amor a la República. Los edificios nacionales serán cuarteles: las plazas públicas fábricas de armas. Las armas de calibre se entregarán a los que vayan a luchar contra el enemigo; las armas de caza y las blancas se entregarán a la fuerza pública del interior. Se requisarán los caballos de silla, y todas las caballe-

rias de labor que no necesite la agricultura serán destinadas a la artillería y a la conducción de víveres. El comité de Salvación pública está encargado del cumplimiento de este decreto. Los representantes enviados a los respectivos departamentos para cumplir esta misión, están revestidos de poderes amplios. El levantamiento será general. Marcharán los primeros los jóvenes solteros o viudos sin hijos de diez y ocho a veinticinco años, quienes se presentarán inmediatamente en el sitio designado, donde se ejercitarán en el manejo del arma, hasta que vayan a reunirse al ejército. La bandera de cada batallón organizado llevará la siguiente inscripción: *El pueblo francés se levanta contra los tiranos.*»

Estas medidas, en vez de consternar a Francia, fueron recibidas por los patriotas con ferviente entusiasmo. Se formaron los batallones con la regularidad que en 1792. Consultando las listas de los primeros oficiales que se nombraron, se encuentran los héroes de la Francia militar y del imperio. Fueron los hijos de la República. La gloria que después sirvió de égida al despotismo contra la libertad, pertenecía por completo a la revolución.

XXV

Estos decretos fueron completados por otros, que durante dos meses se expidieron y que rebosaban la misma energía defensiva. Era la organización del entusiasmo y de la desesperación de un pueblo que sabe morir y de una causa que desea obtener la victoria. Francia era las Termópilas de la revolución, pero estas Termópilas ocupaban en su extensión las fronteras de la República, y los combatientes ascendían a veintiocho millones de hombres.

La comisión de hacienda, por conducto de Cambón, que era su órgano y oráculo, arregló el desorden del tesoro y el caos que en las transacciones públicas y privadas producía el descrédito de los asignados, cuatro mil millones, los cuales circulaban con depreciación. El empréstito forzoso de los ricos, equivalente a las rentas de un año, sirvió para que el gobierno recogiera 1,000.000,000 de asignados, que quemó al recibirlos.

Los impuestos atrasados representaban cerca de otros 1,000.000.000, y Cambón los absorbió en circulación nominal en las cajas del Estado, reduciendo por este medio el papel moneda a sólo 2,000.000.000. Para acreditar estos asignados, abolió Cambón todas las compañías que emitían *acciones*, a fin de que el asignado fuera la sola acción nacional; se prohibió a los capitalistas emplear fondos fuera de los bancos franceses, y se vedó el comercio de oro y plata, bajo pena de muerte, guardándose estos metales en la Casa moneda para casos de urgencia. A fin de aumentar la masa del numerario que servía para las pequeñas transacciones cotidianas del pueblo, hizo fundir las campanas y entregó al pueblo el metal sagrado, forjado en el yunque republicano.

Cambón inspeccionó también el abismo de la deuda que el Estado tenía contraída con los particulares. La palabra bancarrota podía colmar este abismo; pero hubiera originado expoliaciones, deudas y desgracias. Quiso Cambón que la probidad, virtud que debe reinar entre los ciudadanos, fuese la virtud del Estado para con sus acreedores, y recogió todos los títulos confundiéndolos en uno común y uniforme que llamó el Gran Libro de la deuda nacional, en el que se inscribió a cada acreedor por una suma igual a la que le debía el Estado. El Estado hacía valer la renta de esta suma reconocida al cinco por ciento.

Esta inscripción de renta, comprada y vendida libremente, llegó a ser un capital en manos de los acreedores del Estado, que podía desempeñarla, si la renta descendía de la par en el comercio, es decir, de la relación del interés al capital a cinco por ciento. La citada operación aliviaba al Estado sin violencia y sin injusticia. En cuanto al capital, jamás podía ser reembolsable. El gobierno se declaraba deudor de una renta perpetua y no de un capital, renta que ofrecía, además, la ventaja política de cointeresar a los ciudadanos en la fortuna del Estado y de republicanizar a los acreedores por el interés. Creaba, en fin, un germen fecundo de riqueza pública en la ruina de las fortunas privadas. Si en la primera parte de su plan, Cambón, apremiado por la ur-

gencia de las circunstancias, se apartaba de los verdaderos principios de la economía pública atentando contra la libertad de cambios, creando un máximo de dinero y proscribiendo su circulación fuera del imperio, en la segunda moralizaba el tesoro y restauraba la confianza, poder ilimitado de las naciones. La fortuna pública de Francia reposa por completo, todavía, en las bases establecidas por Cambón.

XXVI

La unidad de pesas y medidas; la aplicación del descubrimiento de los globos aerostáticos a las operaciones militares; el establecimiento de líneas telegráficas para transmitir las órdenes del gobierno con la velocidad del pensamiento a los confines de la República; la creación de museos nacionales para estimular con el ejemplo el gusto e imitación a las artes; la redacción de un código civil uniforme para todos los departamentos de Francia, con objeto de que la justicia fuera, como la patria, una sola; y la educación pública, esa segunda índole de los pueblos civilizados, fueron objeto de tantas discusiones como decretos que atestiguan al universo que la República tenía fe en sí y fundaba un gobierno, conquistando el porvenir a los enemigos.

La uniformidad de educación fué proclamada como principio deducido de los derechos del hombre. Dar dos almas al pueblo, era dividir en dos al pueblo; formar ilotas y aristócratas de inteligencia, obligando a todos los hijos de distintas fortunas, de condiciones diversas y de diferentes principios religiosos a recibir la misma educación en colegios nacionales, era, por lo contrario, falsear todas las situaciones sociales, confundir todas las profesiones y violar todas las libertades de la familia.

Robespierre quería y debía querer esta enseñanza obligatoria, en la lógica radicalmente igualadora de sus ideas, en virtud de las cuales desaparecían la condición, la profesión y la fortuna para dar lugar a dos solas unidades: la patria y el hombre. A la uniforme tiranía del pensamiento del Estado debía preceder, según sus principios, la uniforme justicia e igual-

dad. Robespierre se indignaba al ver la enseñanza general del Estado expuesta a las supersticiones y a la razón viciada de la familia y del individuo, no pudiendo admitir que la nación, que tenía poder sobre todos los actos de los ciudadanos, no lo tuviese también sobre las almas y no les enseñara su símbolo religioso, filosófico y social, primera deuda contraída por los que piensan con los que no piensan aún. El sistema de Robespierre, útil en una sociedad joven, era estéril ante una sociedad envejecida en la que todos los dogmas antiguos no podían borrarse a la vez ante los nuevos, a menos de inmolar las generaciones vivientes a las futuras. Gregoire, Romme y Dantón lo combatieron, pero, como hombres de Estado, transigieron entre las necesidades y libertades de familia y el rigor filosófico de Robespierre. La Convención creó colegios nacionales, cuya asistencia era obligatoria para todos los jóvenes; pero otorgando a las familias el derecho de conservar los hijos bajo el techo paternal, entregando de este modo la instrucción al Estado, la educación a los padres, el corazón a la familia y el alma a la patria.

XXVII

A estos decretos de energía, de saber y de magnanimidad siguieron otros de violencia, de venganza y de sacrilegio. Los violentos movimientos del pueblo de París, atormentado por el hambre, por el fantasma de los acaparadores, y por los delirios de Chaumette y Hebert en la corporación municipal, obligaron a la Convención a hacer deplorables concesiones que parecían violentas, y sólo eran debilidades.

La Convención creyó que por haber pedido toda su energía al pueblo estaba obligado a aceptar también sus arrebatos; pero no tenía suficiente vigor para dominar su propia fuerza, pareciendo participar de las demencias que decretaba con rubor. Las peticiones de las secciones, las deliberaciones de los jacobinos, los tumultos, las vociferaciones y las revueltas en los mercados públicos, los tumultos provocados por la muchedumbre ante las puertas de los panaderos, de los

carniceros y de los especieros; los saqueos de las tiendas por mujeres y jóvenes hambrientos pidiendo que se tasaran los artículos de primera necesidad, todo tendía a la ruina del comercio. La Convención obedeció y decretó la tasa, es decir, un precio arbitrario y el mayor a que se podía vender el pan, la carne, el pescado, la sal, el vino, el carbón, la leña, el jabón, el aceite, el azúcar, el hierro, los cueros, el tabaco y los tejidos. Fijó también, por decreto, el máximo de salarios. Esto era coartar la libertad en las transacciones de comercio, de especulación y de trabajo; era imponer la influencia del gobierno entre los comerciantes, compradores, obreros y propietarios de la República. Semejante ley no podía menos de alejar los capitales, matar el trabajo, la circulación, y arruinar a todos. Son las causas naturales las que fijan los precios de los comestibles de primera necesidad, y de ninguna manera la ley. Mandar al labrador que dé el trigo y al panadero el pan a menos precio que al que ellos los compren, es prohibir que siembre el primero y que amase el segundo.

XXVIII

La ley imponiendo la tasa produjo sus frutos, disminuyendo por doquiera el numerario, el trabajo y las subsistencias. El pueblo se vengó en los ricos, en los comerciantes y en los contrarrevolucionarios de las calamidades naturales, persiguiendo hasta a las más indefensas víctimas aherrojadas en los calabozos del Temple y hasta los despojos de los reyes sepultados en las catacumbas de Saint-Denis.

La Convención decretó «que María Antonieta fuera juzgada y las tumbas de Saint-Denis destruidas, barriendo las regias cenizas del templo que les había erigido el realismo y la superstición». Estas concesiones no amenazaban al pueblo, que deseaba arrojar sobre otros enemigos el terror que lo agitaba. Sus ojos no encontraban únicamente aristocracia en la cuna y los privilegios, sino que la veían también en la riqueza, en el gobierno, en la propiedad y hasta en los negocios de menor cuantía. Cualquiera

poseedor de aquellas cualidades o circunstancias, era envidiado por la indigencia y el hambre, y se hacía sospechoso de acaparador, de egoísta y criminal. Nadie podía poseer impunemente lo que faltaba al pueblo, que, altanero, pedía una cámara ávida de propiedad o de pillaje.

—Si no nos hacéis justicia respecto a los ricos — exclamó un orador en el club de los jacobinos —, nos la hará nuestra propia mano.

Las peticiones de las sociedades departamentales reclamaban igualmente una institución que reasumiera la fuerza del pueblo y regularizase el furor por medio de un ejército ambulante, encargado de imponer en todas partes su voluntad. Este fué el ejército revolucionario, compuesto de pretorianos populares, veteranos de la insurrección, insensibles a las lágrimas, a la sangre y a los suplicios, que paseaba por toda la República la muerte y el terror.

«Queremos, escribía la sociedad de los jacobinos de Macón a la sociedad institutiva de París, que un ejército revolucionario ocupe todo el territorio de la República y arranque todos los gérmenes de federalismo, realismo y fanatismo que existen aún. Vuestra orden del día es el terror, y para imponer éste nada mejor que un ejército de treinta mil hombres organizado en diversas divisiones acompañadas de un tribunal y de una guillotina, que haga en todas partes justicia exterminando a los tiranos y a los conspiradores.»

Numerosos grupos de trabajadores, de mendigos y de mujeres, pidiendo muerte o pan, rodeaban la casa consistorial y amenazaban con un nuevo 31 de mayo a la Convención agitada. Hebert y Chaumette fomentaban estos tumultos.

A Robespierre le indignaban tales excesos, que amenazaban anonadar a la Revolución bajo la propia Revolución; pero, a veces, fingía no comprenderlos y aun los provocaba para tener ocasión de dominarlos. «Alarman al pueblo dándole a entender que van a faltarle los comestibles, decía en el club de los jacobinos, para armarlo contra sí mismo, deseando conducirlo a los calabozos para que allí degüelle a los presos, seguros de encontrar un medio de libertad a los asesinos

que se encuentran en la cárcel, y dar muerte al inocente o al patriota a quien el error puede haber extraviado. En el momento en que hablo, me aseguran que Pache está rodeado de algunos miserables que lo injurian, insultan y amenazan.»

Estas palabras reflejan claramente la vacilación de Robespierre, cediendo con una mano para contener con otra el extravío popular que lo arrastraba. Una segunda matanza de encarcelados le horroizaba tanto como la primera. Participaba de todas las preocupaciones de la multitud contra los acaparadores y los ricos, y creía en la posibilidad de nivelar la fortuna pública por medio de leyes que proporcionarían, juntamente con la igualdad de la justicia divina, el pan y acomodamiento adecuado a cada ciudadano. También creía que era necesario desplegar gran lujo de fuerza para vencer al rico, moderar al pobre, abatir todas las resistencias y refrenar los excesos; pero Robespierre no contó, como Marat, con placer las cabezas que la cuchilla debía cortar para llegar a este fin. Deseaba prescindir de la muerte para realizar su obra regeneradora; pero la aceptaba como último recurso.

XXIX

Varias veces pretendió Robespierre refrenar aquellas peticiones, impregnadas de sangre y de pillaje; pero todos sus esfuerzos se estrellaron contra el deseo del pueblo, cuyo favor estuvo a punto de perder. Con frecuencia, después de una lucha inútil, volvió solo y abatido a su aposento, al que Pache fué una noche para concertarse secretamente con él respecto a los medios de calmar tales agitaciones.

—Todo está perdido — dijo Robespierre a Pache —; todo está perdido si se abandona la Revolución a esos locos. Es forzoso anteponer al pueblo terribles instituciones, o que él mismo se destruya con el arma con que cree defenderse. Sólo queda un medio a la Convención para arrancarle la cuchilla, y es empuñarla y herir sin piedad a los enemigos.

Indignése contra Chaumette, Hebert, Varlet y Vincent, que fomentaban los furores de la multitud.

—No permitamos — dijo a Pache — que esos niños de la Revolución jueguen con el rayo popular; dirijámoslo nosotros, pues de no hacerlo así seremos las víctimas.

Pache asistió a la sesión del 5 de septiembre para dar cuenta del supuesto desecho de París, encargando a Chaumette que leyerá la petición, con objeto de dar al procurador de la corporación municipal la responsabilidad de un acto al que él se oponía abiertamente.

—Ciudadanos — dijo Chaumette—, se nos quiere matar de hambre; se aspira a obligar al pueblo a trocar vergonzosamente su soberanía por un pedazo de pan, pues otros aristócratas tan crueles, ávidos e insolentes como los anteriores, han aparecido sobre las ruinas del feudalismo, los cuales calculan con atroz impasibilidad los resultados que pueden proporcionarles la carestía, la revuelta y la matanza. ¿Dónde está el brazo que puede dirigir vuestras armas contra el pecho de los tiranos? ¿Dónde la mano que hiera las cabezas criminales? Es preciso destruir a los enemigos si no queréis que ellos nos destruyan. Han arrojado el guante al pueblo, y el pueblo lo recoge. ¡El pueblo desea exterminarlos de una vez! ¡Y tú, Montaña, célebre para siempre en las páginas de la historia, sé el Sinaí de los franceses! ¡Arroja en medio de los rayos los decretos de la justicia y de la voluntad del pueblo! ¡Santa Montaña, transfórmate en volcán cuya lava abraza a nuestros enemigos! ¡No haya cuartel ni misericordia para los tiranos! ¡Interpongamos entre ellos y nosotros la barrera de la eternidad! Os pedimos en nombre del pueblo de París, reunido ayer en la plaza, la formación del ejército revolucionario. ¡Acompáñelo un tribunal incorruptible, con el instrumento de muerte que corta de un golpe los complots y la vida de los conspiradores!

»Hemos observado que los coligados para sitiarnos de hambre son los labradores. Hemos visto en las cercanías de París terrenos inmensos, parques y jardines de lujo que no producen nada que pueda alimentar al pueblo, por lo que pedimos que se cultiven todos los jardines de las propiedades declaradas nacionales. Mirad el espacioso jardín de las Tullerías.

Vuestras miradas republicanas ¿no contemplarían con mayor placer ese regio dominio si produjera alimentos? ¿No es preferible cultivar en él plantas de que carecen los hospitales, que ostentar esas estatuas y árboles estériles, objeto de lujo y orgullo de los reyes?

XXX

La Montaña y las tribunas interrumpieron con sus aplausos cada uno de los apóstrofes de Chaumette. Las proposiciones del orador, formuladas en decretos por Moisés Bayle, fueron aprobadas por unanimidad.

La diputación de los jacobinos, provocada la víspera por Royer, tomó inmediatamente la palabra, para decir:

—La impunidad alienta a nuestros enemigos, y el pueblo se desanima al ver que su venganza no alcanza a los culpables; Brissot, ese monstruo vomitado por Inglaterra para impedir la Revolución, respira aún. ¡Júzguesele al mismo tiempo que a sus cómplices! Al pueblo le indignan los privilegios. ¡Pues qué! ¿los Vergniaud, los Gensonné y otros infames, degradados por traidores, de la dignidad de representantes, pueden tener un palacio por cárcel, mientras que los infelices están padeciendo en los calabozos bajo el puñal de los federalistas?... ¡Hora es ya de que la igualdad pase la hoz sobre las cabezas y amedrente a los conspiradores! ¡Legisladores, sea el terror la orden del día!»

A estas palabras, revelóse el furor público, que atronó la sala con los aplausos.

—Permanezcamos en revolución, ya que nuestros enemigos fraguan la contrarrevolución en todas partes.

—¡Sea, sea! — exclamaron las tribunas.

—¡Sea, sea! — repitió, levantándose la Montaña.

—¡Que sigue el hierro las cabezas culpables! ¡Formad un ejército revolucionario; instituid con él un terrible tribunal, y que el instrumento vengador de la ley le acompañe! Arrojad a los nobles o encerradlos hasta que se haga la paz. ¡Que esa raza de sangre maldita vea desde hoy correr sólo la suya!

Al contestar, anunció el presidente que la Convención se había anticipado al deseo del pueblo y de los jacobinos, y que iba a realizarlo.

—¡Ya que nuestra virtud — dijo —, nuestra moderación y nuestra filosofía han sido inútiles, metámonos a bandidos para hacer la felicidad del pueblo!

—Francia — le respondió severamente Thuriot — no tiene sed de sangre, sino de justicia.

XXXI

Barrere, aconsejado por Robespierre y prevenido desde la víspera, subió a la tribuna para vindicar, en nombre del comité de Salvación pública, la iniciativa del terror y para regularizarlo al sancionarlo. «Hace algún tiempo, dijo, que los aristócratas del interior preparan un movimiento. ¡Pues bien! se hará el movimiento, pero en contra suya. Lo tendrán organizado, regularizado por un ejército revolucionario que pondrá en práctica ese gran lema, debido a la corporación municipal de París.» «Sea el terror el orden del día.» Los realistas ansían sangre, pues tendrán la de los conspiradores, la de los Brissots, la de María Antonieta, y no serán estas resoluciones venganzas ilegales, sino fallos de los tribunales extraordinarios que van a funcionar.

»No os admirarán los remedios que os proponemos, cuando sepáis que hasta en los calabozos conspiran esos asesinos, siendo el punto de apoyo de nuestros enemigos...

»¡Vosotros queréis anonadar a la Montaña; pero la Montaña os despedazará!»

El decreto que resumía estas palabras, concebido en los siguientes términos, fué aprobado por aclamación: «Se constituye en París un ejército de seis mil hombres y mil doscientos artilleros, destinados a contrarrestar la reacción y a hacer cumplir en todas partes las leyes revolucionarias y las medidas de salvación pública decretadas por la Convención nacional. Este ejército quedará organizado hoy mismo.»

Por otro decreto fueron desterrados a veinte leguas de París todos cuantos habían pertenecido a la casa militar del rey o de los hermanos de éste.

Otro mandó que Brissot, Vergniaud, Gensonné, Claviere, Lebrún, y Baudry, secretario de Lebrún, comparecieran inmediatamente ante el tribunal revolucionario.

Otro restableció las visitas nocturnas a domicilio.

El quinto ordenó la deportación a ultramar de todas las mujeres públicas que corrompían las costumbres y que enervaban el republicanismo de los jóvenes.

El sexto señaló una gratificación de dos francos diarios a los obreros que abandonaran los talleres para asistir a las asambleas de sus secciones respectivas, y de tres francos a los hombres del pueblo que fueran nombrados miembros de comités revolucionarios. Señalaba dos sesiones semanales, el domingo y el jueves, para estas reuniones patrióticas, que debían principiar a las cinco y concluir a las diez.

El séptimo decreto, en fin, reorganizó el tribunal revolucionario, que era la justicia del terror.

Este tribunal, instituido por la venganza en la mañana siguiente al del 10 de agosto, habíase hasta entonces contenido por las formas y humanidad de los girondinos, pues en dos años había juzgado únicamente un centenar de acusados, cuya mayor parte habían sido absueltos. La creación de este tribunal de Estado recordó, en cuanto a las formas, que el pueblo se abrogaba todos sus poderes, hasta los de justicia, y que iba a residenciar por sí mismo y a juzgar a sus enemigos por medio de jurados, simples ciudadanos, buscados y elegidos por la multitud. Antes de tomar asiento en el tribunal, los jurados se presentaron al pueblo sobre un tablado erigido en medio de la plaza pública, desde donde dirigió cada uno en particular estas palabras a la multitud: «¡Pueblo! soy ciudadano de tal nombre, de tal sección, de tal barrio, habito en tal calle, y mi profesión es tal. Conjuro a todos los ciudadanos aquí presentes para que declaren si me consideran digno de acusación. Antes de que juzgue a los otros, júzgueseme a mí.»

XXXII

Inmediatamente después de publicarse el decreto de la reorganización del tribunal revolucionario, nombró la Convención los jueces y los jurados. Aquéllos eran hombres escogidos por los jacobinos, de exaltados principios e inflexible corazón, y los jurados personas de ciego entusiasmo y esclavos de la pasión que acababa de ponerlos en juego. El espíritu de partido era toda su justicia. Creíanse probos no rehusando ninguna cabeza, e incorruptibles no conociendo la compasión. Fanáticos por principio, la grandeza de la causa y el interés del pueblo les ocultaban el crimen y no les dejaban ver el resultado. Personas incapaces, en general, de servir más noblemente a la causa a que querían cooperar, y que, no pudiendo ofrecer otra cosa a la Revolución, prestábanle sus conciencias.

Con tal de desempeñar algún cargo, no vacilaban en representar un papel torpe y brutal. Se constituían voluntariamente en máquina organizada de los suplicios, y hasta tenían a gala esta abyección. En su concepto, era necesaria la muerte en el drama revolucionario, y se avenían a desempeñar el papel de verdugos. Gente de esta calaña figura en todas las historias. Así como se encuentra madera, fuego, hierro para construir el instrumento del suplicio, hay también jueces para condenar a los vencidos, satélites para perseguir a las víctimas y verdugos para herirlas.

XXXIII

Los jueces eran: Hermann, presidente del tribunal del Paso de Calais; Sellier, juez de París; Dumás (de Lons le Saulnier), Brulé, Coffinhal, Foucault, Bravetz (de los Altos Alpes), Deliege, Soubleyrás (del Mediodía), Lefetz (de Arrás), Verteuil, Lanne (de Saint-Pol, en Picardía), Ragmey (del Jura), Massón, Denizot, Harny, letrado; David, (de Lila), Maire, Trinchard, Leclerc, casi todos abogados, jesuitas, hombres de ley subalternos, familiarizados con los enredos que encallecen el corazón y las formas que imponen silencio a la conciencia. Los

jurados eran ciudadanos de París o de los departamentos, elegidos entre las clases inferiores y de entre los que profesaban oficios mecánicos; hombres cuyas dotes intelectuales eran su instinto y sus títulos la adhesión. Los eligieron ciegos, para que ciegamente obedecieran. Excepto Antonelle, antiguo aristócrata del Mediodía, que se ilustró por sus relaciones con Mirabeau, todos los demás jurados fueron sepultados en eterno olvido por su misma insignificancia. La virtud y la gloria cuando rigen las revoluciones brillan con frecuencia desde lo alto del cadalso; pero nunca junto a él.

La Convención nombró a Ronsín general del ejército revolucionario. Desde las matanzas de Meaux, a las que asistió, el terror le había comunicado su prestigio y la sangre derramada sus manchas. Ronsín, protegido por Dantón y amigo de Chaumette y Hebert, obtuvo todos sus grados en las revueltas de París. La gloria que entrevió por las letras era su pasión, y para alcanzarla se lanzó en la demagogia, abandonando la pluma para empuñar el sable. Su uniforme popular y su jefatura de la muchedumbre encubría ensueños e ideas ambiciosas; leía la historia y no comprendía al tiempo. Creía que la Revolución abortaría un Cromwell, y proyectaba desempeñar este papel, abrigando la esperanza de avasallar a la Convención con el arma que ella le había entregado. En el ejército revolucionario afilió todo lo que París encerraba de sedientos de desorden, de pillaje y de sangre.

—¿Qué queréis? — contestaba a los que le censuraban que admitiera a todos los indisciplinados, a todos los viciosos y criminales de la capital—. Como vosotros sé que es un cuerpo de bandidos, pero decidme qué hombres honrados querrán desempeñar la misión a que he de destinarlos.

Organizado el ejército y el tribunal, sólo faltaba indicarles y entregarles los culpables. La Montaña afirmaba que necesitaba la omnipotencia de la Convención, una gran ley de acusación, universal como la República, arbitraria como la dictadura, intangible como la sospecha. Se necesitaba entregar un arma a los delatores. El pueblo, ni en su cólera ni en

sus sospechas, había esperado una ley de esta clase. Muchos meses hacía que los comités revolucionarios de París y las corporaciones municipales de los departamentos encarcelaban como sospechosos a los presuntos enemigos de la Revolución. Sobre los inocentes se hacía recaer la sospecha que los juzgaba culpables. Era el derecho de proscribir, ejercido arbitrariamente.

Los jacobinos reclamaban una medida general contra estos sospechosos, que, aunque no convictos, inquietaban a la República, deseando establecer, entre los inocentes y culpables, una categoría de ciudadanos, que hasta la paz y el triunfo de la Revolución fuesen sus ilotas y rehenes. Como la ley les ponía trabas durante el combate, querían declarar por una ley superior la mitad de Francia fuera de la ley. Era ésta también la opinión del comité de Salvación pública, no sólo para tener suspendida la cuchilla sobre todas las cabezas, sino también para impedir que el pueblo encarcelara y castigara caprichosamente. Dantón y Robespierre deseaban legalizar las injusticias y furores del pueblo.

XXXIV

Con este propósito, Merlín de Douai presentó el 17 de septiembre un proyecto de decreto, cuyas disposiciones redactadas por un hábil legista, envolvían a toda Francia en una red de susceptibilidad legal, que quitaba la seguridad a la inocencia y la inviolabilidad a la delación. Merlín de Douai era un legista erudito que, sin participar del furor de las pasiones en tiempos borrascosos, entregaba su sangre fría y su ciencia al hombre de ley de la idea imperante, como otros muchos jurisconsultos, que hoy impasibles ante la República, eran mañana jurisconsultos moderados de la monarquía. Aunque éstos ofrezcan la forma legal a los excesos de los partidos, a quienes involuntariamente sirven, sería injusto acusarlos sólo por los crímenes que prohicieron. Justifican su fatal complacencia las pasiones extremas de los que los incitan a esta conducta, pasiones que engañan obede-

ciéndolas, porque son algo humanas en las revoluciones y algo liberales en las contrarrevoluciones. Las intenciones secretas de Merlín, presentando el proyecto de ley de sospechosos, más tendían a poner en seguridad a las víctimas de los degüellos populares, que a entregar culpables al tribunal revolucionario. A tal punto habían llegado las circunstancias, que creyó que las cárceles eran el único refugio de los sospechosos contra los asesinatos.

El proyecto de ley de Merlín, que contenía setenta y cuatro acriminaciones nuevas, acrecentando las sospechas que forjó la sombría imaginación de los delatores, degeneró en el más completo arsenal de arbitrariedad que en ningún tiempo se entregó al poder.

El artículo primero decía así: «Inmediatamente después de la publicación del presente decreto, se procederá a la detención de todos los sospechosos que se encuentren en el territorio de la República.

»Se consideran sospechosos los que por su conducta, escritos o ideas, se hayan declarado partidarios de la tiranía y federalismo, y enemigos de la libertad.

»Los que no puedan justificar los medios de subsistencia y el cumplimiento de sus deberes civiles.

»Aquellos a quienes se haya negado certificados de civismo.

»Los ex nobles, padres, madres, hijos, hijas, hermanos, hermanas, esposos, mujeres y agentes de los emigrados que constantemente no hayan manifestado adhesión a la Revolución.

»Sospechosos, añadía Barrere comentando las categorías, los nobles; sospechosos los cortesanos, los hombres de ley; sospechosos los sacerdotes; sospechosos los banqueros, los extranjeros, los agiotistas; sospechosos los que se quejan de los resultados de la Revolución; sospechosos los que se afligen por nuestras victorias.»

El artículo final suplía todas las omisiones del legislador y hacía partícipes de los efectos de la ley, aun a los que no reunían ninguna cualidad de sospechosos, y autorizaba a los tribunales para encarcelar a los acusados que hubieran sido absueltos.

XXXV

Las cárceles eran insuficientes para contener a los presos que arrancó esta ley a los hogares, por lo que hubo necesidad de convertir en cárceles los edificios nacionales, las fondas confiscadas, las iglesias y los conventos. La pena de muerte, más frecuente cuanto más frecuentes eran estos crímenes, entregó a los jueces el derecho de diezmar a los sospechosos. ¿Se negaban a marchar a las fronteras o a entregar las armas a los que a ellas se dirigían?... La muerte. ¿Daban asilo a un emigrado o fugitivo?... La muerte. ¿Socorrían con dinero a un hijo o amigo que estaba en el extranjero?... La muerte. ¿Mantenían correspondencia con un emigrado, o recibían simplemente una carta?... La muerte. ¿No denunciaban a los conspiradores, a los puestos fuera de la ley o a los que les daban asilo?... La muerte. ¿Favorecían las correspondencias de los presos con sus parientes?... La muerte. ¿Desacreditaban los asignados?... La muerte. ¿Compraban con dinero?... La muerte. ¿Atestiguaban dos personas cualesquiera que un sacerdote, un noble o un propietario habían tomado parte en un movimiento contrarrevolucionario?... La muerte. Finalmente, ¿se escapaban de la cárcel para evitar la muerte?... ¡La muerte para castigar el instinto de conservación! No tardó tampoco en amenazar con la muerte a los jueces, pues se expidió un decreto mandando la destitución, encarcelamiento y juicio de los comités revolucionarios que hubieran puesto en libertad a un solo sospechoso.

XXXVI

Una ley que no declaraba inocente a ninguno de los que había interés en considerar culpables; la opinión imputada como crimen; la sospecha elevada a prueba; la delación a deber; un tribunal revolucionario para aplicar este código, bajo las indicaciones del comité de Salvación pública; un ejército revolucionario para contener a París, encarcelar a los sospechosos y presentar a los acusados ante el tribunal revolucionario; el patí-

bulo levantado en las principales ciudades y paseado en las secundarias; comisarios de la Convención, nombrados por el comité de Salvación pública, vigilando los departamentos y ejércitos y acelerando o moderando los vaivenes de la dictadura; la Convención que deliberaba y obraba en el centro, presente en todas partes por medio de sus representantes, con quienes estaba en incesante correspondencia; a quienes inspiraba, estimulaba, castigaba y llamaba a su seno, enviándolos de nuevo impregnados de su energía revolucionaria; tal fué el terrible mecanismo de la dictadura que reemplazó las dudas y concesiones del gobierno después de la caída de los girondinos; gobierno revolucionario que llamaron el *terror*. Irresistible y sangrienta como la desesperación de una revolución que presente que va a abortar y de un pueblo que adivina que va a morir, esta dictadura hace temblar de admiración y estremecer de horror. Es imposible juzgar este gobierno revolucionario encerrándolo en las reglas ordinarias de los gobiernos. El mismo se dió el dictado de gobierno revolucionario, dictado que significa subversión, combate y tiranía. La Convención creyó ser la salvaguardia de Francia, encerrada en una plaza sitiada. Resuelta a dar vida a la revolución y a la patria o morir sepultada en sus ruinas, suspendió todas las leyes ante la ley del peligro común; creó la dominación del comité de Salvación pública sobre ella misma y sobre sus enemigos; estableció un poder revolucionario al que dió vida y poder superior al de la Asamblea, y fué más pujante que ella. Voluntariamente se sometió a que la mandara y diezmarla la tiranía que ella misma instituyó.

La Convención no sólo siguió esta conducta por la fuerza instintiva y brutal, que obliga a reconocer como justa y legal la pasión que los fanatiza por una idea o el furor que los alienta contra los enemigos, sino que también se decidió a obrar así por razones políticas. Tenía frente a sí un triple peligro que no quiso desconocer: la anarquía, la guerra civil y la coalición. Presintió que no tardaría en ser el juguete de los caprichos de la corporación municipal y de las revueltas sediciosas del populacho de París agitado

por la turbulencia de los demagogos subalternos, si no aceptaba el arma del terror que estos demagogos le ofrecían, y con la que a su vez amenazaría sus cabezas. Ni Dantón, ni Robespierre, ni sus ilustrados colegas querían que la Convención estuviera a merced y fuera el juguete del primer faccioso de la corporación municipal que viniera a dictar leyes como en 10 de marzo o en 31 de mayo. Cuanto más se habían rozado estos hombres con la sedición, mientras que ésta favorecía sus principios o su fortuna, mayor era en ellos el conocimiento de su demencia, y más la temían cuando deseaban afirmar la República. Lo que quería Robespierre no era un populacho turbulento y desenfrenado por las calles, sino el apacible reinado del pueblo personificado en sus representantes. Lo que deseaba Dantón no era la agitación permanente de la capital, sino el gobierno pujante e irresistible de una república nacional. Ni el uno ni el otro personificaban la nación en el ayuntamiento, no ocultándosele a ninguno que la revolución, concentrada en París y destrozada por las facciones de la plaza pública, expiraría pronto en el mismo sitio en que había nacido. Querían que se respetara la representación nacional, y, ayudados por el terror legal, pretendieron dominar el terror popular que con tanta frecuencia había hecho temblar a la representación. Necesitaba el terror revolucionario para impeler las masas a las fronteras, contra Lyon, contra Marsella, contra Tolón, contra la Vendée; para imponer la disciplina a los ejércitos, la victoria a los generales, el estupor a Europa y a todos el siniestro prestigio de la Convención; y, finalmente, para arrancar a la nación los sobrenaturales esfuerzos de impuestos, de armamentos, de levantamientos en masa que el patriotismo desanimado había ya dejado de ofrecer. Robespierre y Dantón inventaron el *terror* más para refrenar los excesos y anarquía de la revolución, que para castigar a los enemigos del interior.

Desde que lo organizó la Convención, ya no inquietaban a nadie el realismo ni la aristocracia. El terror no podía alcanzar a los emigrados ni a los vendeanos armados, sino que, por lo contrario, en-

carnaba en ellos el odio y entusiasmo y les hacía más irreconciliables con la República, que sólo les deparaba el cadalso. Los emigrados y vendeanos fueron el pretexto; los anarquistas, el objeto. El cadalso que éstos pedían a gritos se levantó para ellos.

XXXVII

El *terror* no fué, como se cree, un cruel cálculo de algunos, que a sangre fría establecieron este sistema de gobierno; no nació de un solo furor ni en un día, sino que fué desarrollándose poco a poco de las circunstancias, de la tensión de las cosas y de los hombres que, colocados por la fuerza de las ideas unos frente a otros, y ahogados por las situaciones que crearon, no encontraron otro desenlace que la cuchilla y la muerte. Nació particularmente de la fatal rivalidad de ambición, de popularidad y del mayor número de donativos patrióticos, que cada persona y cada partido se esforzaban en hacer a la revolución para superar a sus rivales; Barnave a Mirabeau; Brissot a Barnave; Robespierre a Brissot; Dantón a Robespierre; Marat a Dantón; Hebert a Marat; y todos a los girondinos. De suerte que para justificar el patriotismo, cada persona o cada partido tuvo que exagerar las pruebas, exagerando, por consiguiente, las medidas, las sospechas, los excesos y los crímenes, hasta que de la presión común que todos ejercían, resultó una emulación general, en parte ficticia, en parte sincera, que los arrolló en el terror mutuo que comunicaban y que lanzaban sobre los enemigos para separarse de ellos.

XXXVIII

La agitación, convulsiva en el pueblo, de una revolución de tres años, el temor de perder una conquista cuya importancia era tanto más conocida cuanto que era más reciente y disputada; la fiebre incesante que las tribunas, los diarios y los clubs sugerían constantemente a la multitud; la falta de trabajo, la perspectiva de la ley agraria y del saqueo general por el populacho hambriento; la desesperación del patriotismo, la traición de

los generales, la invasión de las fronteras, los vendeanos que levantaban la bandera de religión y de realismo; la desaparición del numerario, la carestía, el hambre, el terror pánico, la costumbre del asesinato que el pueblo de París adquirió en las jornadas del 14 de julio, del 6 de octubre, del 10 de agosto y del 2 de septiembre; el continuo espectáculo del cadalso, que había hecho familiares las ejecuciones; y, por último, el ciego frenesí de exterminio que, como gusto depravado, se oculta en los instintos de la multitud para revelarse en las conmociones pidiendo el asesinato cuando han respirado el olor de la sangre, todo contribuyó a dar vida al *terror*. Cálculo en algunos, adhesión en otros, debilidad en éstos, concesión en aquéllos, miedo y furor en la mayoría, epidemia moral que infestó el aire ya viciado y del que no se libran los ánimos predispuestos, como tampoco los cuerpos contagiados de la enfermedad reinante; accesos de fiebre que afectan a todo un pueblo y que conducen hasta la locura; contagio a que todos prestan su miasma y su complicidad, aunque exclusivamente ninguno sea culpable; el *terror* nació de sí mismo y se disipó al decrecer la tensión general de las circunstancias, sin adquirir conciencia de su fin, y sin tener conciencia de su principio. Tal es el camino de las circunstancias humanas, circunstancias que creemos producto de una sola causa, cuando las originan mil causas opuestas, que se reconocen con el dictado de un solo nombre, cuando es el tiempo el que debiera imponerles denominación.

XXXIX

¿Podía prescindir la Convención de un gobierno arbitrario, dictatorial, armado con poderosa intimidación, en las circunstancias que amagaban a Francia y a la misma Convención? Cualquiera que sea la respuesta del filósofo o del legista, no puede ser dudosa para el hombre de Estado. Sin un gobierno concentrado y excepcional, hubiera sucumbido inevitablemente la Revolución, ya a manos de la anarquía del interior, ya por causa de la contrarrevolución exterior.

La coalición de los reyes acechaba a

Francia, sofocándola dentro del estrecho círculo que en su derredor formaban setecientos mil aliados, a cuyo frente estaban los emigrados franceses que simpatizaban con el realismo de Valencienes y Condé. La Vendée sublevaba el Oeste y esta insurrección religiosa favorecía la insurrección de la Normandía y la del Mediodía. Recién abatido en París el pendón del federalismo, lo enarbolaba Marsella; Tolón y la escuadra preparaban su defección entregando el puerto y arsenales a los ingleses. Lyon, erigiéndose en corporación municipal soberana, encarcelaba a los representantes del pueblo y levantaba la guillotina para los partidarios de la Convención.

El ayuntamiento de París, orgulloso con el último triunfo obtenido, afectaba frente a la representación nacional la moderación de la fuerza, pero conservaba una actitud más amenazadora que de respeto. Pache, Hebert, Chaumette, Ronsin, Vincent, Léclerc, Jaime Roux, amigos y adeptos de Marat, unidos a los franciscanos, que no habían aún licenciado las cuadrillas del 31 de mayo, declamaban atrevidamente contra el letargo de Dantón, contra la debilidad de Robespierre y contra las contemporizaciones del comité de Salvación pública. Envanecidos de haber diezmado la Convención, pregonaban audazmente que todavía faltaba mucho que hacer. Pedían imperiosamente contra las costumbres, contra el culto, contra la propiedad, contra el comercio, medidas que, sólo transformando las leyes del orden social, podía conceder la Convención. Los clubs, los comités revolucionarios, las asambleas de las secciones, las plazas públicas, los arrabales y los periodistas adoptaban estas ideas, ofreciendo su concurso personal para obligar a la Convención a expedir los decretos. El pueblo no hablaba más que de hacerse justicia por sí mismo y renovar, sobrepujándolas, las matanzas de septiembre. ¿Cómo era posible que un cuerpo político arrojado en medio de esta tempestad, que no podía negociar con Europa ni pacificar las insurrecciones del interior, ni defenderse él en París con las leyes, hechas trizas en su mismo seno, se salvara y salvase a la República y a la patria por la sola

fuerza de una constitución que no existía, sin rodearse del prestigio, de la omnipotencia y del aparato atemorizador de fuerza y represión contra amigos y contra enemigos?

XL

La dictadura de la Convención no era una usurpación absoluta, porque la Convención era la misma revolución concentrada en París, y la Revolución era Francia. En tal momento, el único gobierno nacional de Francia y de la Revolución era la Convención. La Convención reasumía todos los derechos de la Revolución y de Francia, y el primero de los derechos era salvarse y sobrevivir. La sola ley que debía imperar en aquellas circunstancias era un *fuera de la ley* universal, que intimidara los complots, que abatiera todas las resistencias y todas las facciones, y que, obrando con la celeridad del rayo, se apoderara del poder de que carecían todos y sin el cual todo hubiera perecido.

Robespierre, la Montaña y Dantón tuvieron la audacia de buscar este poder y lo encontraron en la anarquía. La Convención tuvo la arrogancia y la desgracia de asociarse a su empresa y de reasumir una responsabilidad eterna. Forjando la dictadura, creyó forjar un arma defensiva, indispensable en su concepto para salvar la libertad; pero el arma de la tiranía es demasiado pesada para el brazo humano, y, en vez de amenazar con acierto y calma, hirió a capricho, sin justicia ni conciencia. El arma arrastró a la mano, y éste fué el crimen que la libertad está expiando aún.

Las reflexiones de la Convención pueden formularse de este modo: «Las ideas tienen el derecho de la publicidad, la verdad el de combatir las revoluciones que contienen las ideas, y estas verdades el de defenderse y triunfar. ¿La Convención representa la Revolución? Sí. ¿Tiene el derecho de salvarla? Sí. ¿El sostenimiento de la idea y de la verdad revolucionaria exige de la Asamblea nacional una dictadura tan legítima y omnipotente como la nación misma? Sí. ¿La soberana voluntad nacional es la ley del movimiento? Sí. ¿Las circunstancias exigen

que esta ley sea eficaz, bajo pena de muerte, contra todas las facciones, intimidando irresistible y, por lo tanto, excepcionalmente? Sí.» El gobierno en esencia unitario de la Convención era, por consiguiente, imprescindible en las circunstancias en que se instituyó. Dictar leyes temporales, severas e imparciales y aplicar penas, es el derecho de toda dictadura; proscribir y matar contra toda ley y justicia, inundar de sangre los cadalsos, entregar, no acusados a los tribunales, sino víctimas al verdugo; ordenar sentencias antes de juzgarlos, dar a los ciudadanos enemigos por jueces, alentar a los delatores, entregar a los asesinos los despojos de los ajusticiados, encarcelar y prender por simples sospechas, traducir por crimen los sentimientos naturales, confundir las edades, los sexos, los ancianos, los jóvenes, las mujeres y los hijos en los crímenes de los padres, de los maridos y de los hermanos, no es ya dictadura, sino proscripción, y tal fué el doble carácter del terror. Por uno la Convención será monumental, salvando la patria, y defendiendo la revolución; por otro, su memoria quedará manchada de sangre, sangre que la historia frotará eternamente sin poder borrarla jamás.

LIBRO XLVI

El general Custine ante el tribunal revolucionario.—Su condena.—Proceso de la reina María Antonieta.—La Conserjería.—El joven Delfín es arrebatado a su madre.—Es entregado a Simón.—Fouquier-Tinville, acusador público.—Condena de la reina.—Su vida y su muerte.

I

Una de las primeras víctimas del terror fué el general Custine, cuyo crimen fué el regularizar la guerra. La Montaña quería una guerra rápida y a la carga.

Custine, arrancado por Levasseur, comisionado de la Convención, de en medio del ejército, que lo adoraba, había llegado a París para dar cuenta de su inacción. La inmensa popularidad que le habían granjeado sus primeras invasiones hasta el centro de Alemania y la toma de Maguncia lo rodeaba aún. Los oficia-

les lo admiraban y lo amaban los soldados. Cierta especie de coquetería soldadesca, que ocultaba la educación bajo la rudeza; una severa disciplina que sabía enojarse y ceder oportunamente, elocuencia natural, costumbres libres y marciales al mismo tiempo, una colosal fortuna generosamente prodigada en los campamentos; la aristocracia de su nombre, realzada por la democracia personal; sus simpatías por los girondinos, y el favor secreto de los realistas, que lo creían amante de la monarquía, todo contribuía a hacerlo interesante. Su presencia en París había reanimado todos estos sentimientos; el entusiasmo y los aplausos que provocó, a su aparición en los sitios públicos, en los paseos y en los teatros, hicieron temer a la Convención que, llamando a París a un acusado, no hubiera llamado a un dominador, y que el papel de Cromwell no sedujera al general sumiso, y se apresuró a entregarlo a los jueces. No era por cierto el momento en que quería apoderarse de la supremacía del poder, el más a propósito para reconocer en el ejército otra popularidad que no fuera la suya, ni de moderar el ascendiente con que más tarde hubiera querido contar. El crimen de Custine era el considerarse necesario, cuando se quería que la patria fuera sola y el todo. En lo concerniente al ejército, había dos partidos en la Convención y en el comité de Salvación pública: el partido de Dantón y el partido de Robespierre. Dantón y los suyos, Fabre d'Eglantine, Legendre, Chabot, Drouet, Camilo Desmoulins, Bazire, Alquier, Merlin de Thionville, Merlin de Douai y Delmás, habían mantenido siempre con los generales de la República inteligencias que atestiguaban en los convencionales un propósito oculto de intervención militar, cuyos instrumentos minaban ya de antemano. Compraban el favor del ejército; mantenían correspondencia y amistad con los jefes; visitaban los campamentos; se repartían los despojos; eran los patronos de los generales en las oficinas del ministerio de la Guerra, y blasonaban de amistad con aquellos cuyos nombres ilustres y republicanismos dudosos eran sospechosos a los jacobinos. Camilo Desmoulins acababa de provocar la cólera de los patriotas, de-

clarándose amigo de Dillón, a quien deseaba entregar la comandancia del ejército del Norte, y lanzando inectivas a los acusadores de aquel general. Además, había acusado al comité de Seguridad pública de desorganizar el ejército trastornando los planes de los generales. La Montaña, indignada, perdonó a Camilo Desmoulins, por compasión, la ligereza de su carácter. «Los de la Montaña, decía él, me han mirado con el ojo inquieto con que los caballeros romanos miraban al salir del Senado a César, sospechoso de haber intervenido en la conjuración de Catilina.»

Desde la huida de Dumouriez, todo era sueños de traición; Dillón y Miranda estaban presos. Los amigos de Dantón y Legendre decían que era necesario cortar algunas cabezas de generales. Robespierre seguía el instinto de su naturaleza y obedecía a los celos de su carácter, apresurando la caída de Custine e inutilizando a todos los jefes militares a quienes el ejército podía dirigir los ojos antes que a la patria. La libertad era su objeto y sólo quería el ejército para defenderla. La única fuerza del pueblo debía ser, en su concepto, el pueblo mismo. La historia enseña que el ejército, instrumento de gloria, se convierte a veces en instrumento de tiranía. El ejército era, a su juicio, el arma de los reyes. La victoria daba a los generales la popularidad de los campamentos; y la popularidad, de los campamentos les hacía mirar con desasosiego el yugo civil. Convertirse de dominadores generales en obedientes particulares, parecíales esfuerzo superior a la virtud humana. No quería que el ejército se acostumbrara a admirar a un jefe, ni que el pueblo se dejara sobornar por la gloria. En la Asamblea legislativa se había opuesto ya a la guerra pedida por los jacobinos. Había previsto de antemano las traiciones o dictaduras más fatales para las revoluciones que para las mismas anarquías, y continuaba pensando del mismo modo. Luckner, Lafayette, Dumouriez, Custine, Dillón y Birón, jamás le habían inspirado simpatías. Las victorias le habían dejado más frío y más acerbo que los contratiempos, porque consideraba más peligrosa la celebridad de un general afortu-

nado que la pérdida de una batalla. Orador exclusivo hasta la crueldad de la idea democrática, fué celoso hasta el punto de sacrificarle el patriotismo.

II

Custine compareció ante el tribunal envuelto en la aureola de sus triunfos y sostenido por la presencia de su hija política, cuya hermosura, gracia, talento, seducción y lágrimas, enternecían el rigor de las almas. Era la esposa del único hijo de Custine, preso también a la sazón, y abandonaba el calabozo de su marido para consolar a su suegro en la prisión y acompañarlo al tribunal. Custine había sido para ella, durante su elevación, un censor exigente y malhumorado; pero, ante el infortunio del general, aquella noble joven lo olvidó todo y se dedicó a consolar al hombre que con su dureza le había hecho frecuentemente derramar lágrimas. Deseaba demostrar su amor al marido conservándole al padre. Había acosado con sus súplicas a los jueces, jurados y miembros de los comités, y se presentaba ante el tribunal al lado de Custine, como la inocencia que disipa la sospecha. Custine tenía sólo en contra suya algunas debilidades e inconsecuencias de orgullo. Había faltado a las esperanzas de la República, pero no había traicionado ni vendido a la patria. La convicción de su inocencia y la necesidad que el ejército tenía de su talento, le hacían presentarse ante el tribunal tranquilo y orgulloso. La superioridad de sus conocimientos militares sobre los testigos que lo inculpaban, su gran memoria, la rapidez y oportunidad de sus réplicas, el verdadero calor de su patriotismo, y la elocuencia que había ejercitado en los campamentos, daban a las sesiones del tribunal revolucionario el atractivo y solemnidad de una tragedia. Era la primera de las grandes ingratitudes de la República.

III

Fouquier-Tinville, acusador público, boca de hierro del terror, indiferente a la verdad o a la calumnia, leyó la acusación en la que todos los actos militares

de Custine, y principalmente sus retiradas y abandono de Maguncia, eran calificadas de traición. Declararon muchos testigos, de los cuales unos eran delatores que aseguraban haber visitado los campamentos para tomar acta de los vagos murmullos y descontentos personales de las tropas; otros eran demagogos alemanes de Maguncia y Lieja, que imputaban al general francés el haber despreciado sus consejos y moderado sus excesos, y los demás eran los representantes del pueblo, comisionados cerca del ejército, tales como Montaut, Lequinio, Leonardo Bourdón, Merlin de Thionville, Couturier y Hentz, quienes hablaron de Custine como correspondía a personas que habían desaprobado alguna vez su conducta, pero, creyéndolo inocente, respetaban su desgracia. Nadie pronunció la palabra traición.

Custine contestó a los diferentes puntos de la acusación, contrarios a las declaraciones, restableció los hechos, las circunstancias y las fechas; refutó todas las inculpaciones con tanta sangre fría y con tal lucidez y fuerza, que acrecentó la celebridad de su talento. Como no se presentó ninguna prueba en contra de él, sólo quedaron sospechas en algunas almas. Los acentos del indignado general fueron acentos de grandeza y de sinceridad, que confundieron la ingratitud de la patria.

IV

Habiendo dicho Levasseur de la Sarthe en el tribunal que había observado en la conducta de Custine los mismos síntomas de traición que habían caracterizado la conducta de Dumouriez para entregar los soldados a los enemigos, exclamó el acusado por toda respuesta, levantando los brazos al cielo:

—¡Yo haber intentado la matanza de mis bravos hermanos de armas!...

Algunas lágrimas rodaron de sus ojos, siendo éstas su única refutación.

Sin embargo, a los jacobinos les impacientaba la lentitud del tribunal. La convicción de la inocencia, el enternecimiento o la admiración conquistaban todos los corazones. Los jurados vacilaban entre sus opiniones y sus conciencias.

Custine puso término al debate pronunciando un discurso de dos horas, cuya claridad, en la refutación, la dignidad de sentimientos, el patético y varonil acento del guerrero y la elocuencia revolucionaria del vehemente patriota, emocionaron e infundieron respeto a los numerosos espectadores, que creyeron en su absolución. Su hija política derramaba lágrimas de placer; pero los jurados lo declararon culpable, por mayoría, y el tribunal pronunció la pena de muerte.

Era de noche. El general, rodeado de un séquito de gendarmes, entró en la sala para escuchar el fallo, con la ansiedad de la duda reflejada en el rostro. Dirigió inquietas miradas a la multitud, como para interrogarle respecto a su suerte; pero la multitud, nada sabía. Las hachas que iluminaban por vez primera el pretorio, desde el principio del proceso, revelaban a Custine que la deliberación de los jurados había sido larga y que su cabeza había sido disputada con encarnizamiento. La agitación del auditorio y la actitud consternada de los jueces le sugirieron el presentimiento del suplicio. Sentóse fijando la vista en el presidente. Coffinhal leyó la declaración del jurado y, según costumbre, le preguntó si tenía que reclamar algo contra la pena de muerte que el acusador público pedía para él a los jueces.

El alma de Custine pareció decaer, más por la sorpresa de la injusticia que por el terror de la muerte. Dirigió miradas en derredor suyo para buscar a sus defensores; pero éstos se habían retirado. No viéndolos, se dirigió Custine al tribunal y con acción que expresaba su abandono, dijo:

—Sólo tengo un defensor, pues los demás todos han desmayado. Como de nada me acusa la conciencia, moriré tranquilo e inocente.

V

La hija política se desmayó; la gente de la sala quedóse muda y la multitud de afuera aplaudió. Custine entró en el archivo de la Conserjería, salón de descanso entre la vida y la muerte, arrodillóse con la cabeza entre las manos, y permaneció así, prosternado, dos horas,

abismado en reflexiones y sin proferir una sola palabra. Probablemente pensaría en lo mucho que había sacrificado en beneficio de la revolución que semejante recompensa le daba. Levantóse, pidió un sacerdote y pasó la noche entera con el ministro de Dios. Su muerte desmintió su vida. Pidió fuerzas para morir a la religión, contra la que había combatido al frente de los soldados de la República, confesándose, por este acto, vencido por las doctrinas de que se había declarado enemigo. No conservó nada en los últimos momentos del *decórum* de la muerte del soldado, del que con tanta frecuencia había hecho gala en el campo de batalla. El hombre y el padre quedaron solos; el guerrero desapareció. Escribió una patética carta a su hijo, encariéndole que lo rehabilitara ante el pueblo, cuando el tiempo destruyera la sospecha. Subió a la carreta con las manos atadas, vistiendo una levita de paño azul, que conservaba algunos colores y galones de uniforme, única dignidad de general bajo el traje de ajusticiado. Besaba con fervor el crucifijo que un sacerdote, sentado a su lado, le arrimaba a los labios, dirigiendo alternativamente los ojos, húmedos de lágrimas, a la multitud y al cielo, como para atestiguar su inconstancia al pueblo y pedir justicia a Dios. Descendió de la carreta al pie del cadalso y cayó nuevamente arrodillado sobre el primer escalón. Su plegaria, que no osaron interrumpir, pareció redoblar su fervor. Subió al fin con firme paso, y, mirando un momento la cuchilla como si fuera la bayoneta de la patria, púsose en manos del verdugo y murió. Esta muerte hizo retroceder todos los pensamientos de traición al corazón de los generales, afirmó todas las insubordinaciones en el deber e hizo rodar ante el ejército admirado la cabeza del más popular de sus jefes, dándole a conocer que no tenía más jefe que la Convención. Invisió a los representantes del pueblo, en las fronteras, del carácter de inflexibilidad que crea la obediencia y del heroísmo por medio del terror. El partido militar, emigrado con Lafayette, tráfuga con Dumouriez, decapitado con Custine, vergonzoso y mudo con Dantón, quedó completamente aniquilado con este su-

plicio y no intentó luchar más con Robespierre, símbolo del pueblo y única cabeza dominante de la República.

VI

Noventa y ocho ejecuciones ensangrentaron el cadalso en sesenta días. Empujada por el pueblo la cuchilla del terror, no acierta a soltarla. La venganza implacable y cobarde pedía constantemente la cabeza de María Antonieta, cuya ciega impopularidad había sobrevivido a su caída y desaparición. La ex reina era, según los dichos del pueblo endurecido, la contrarrevolución encadenada, pero viva, al inmolar a Luis XVI; el pueblo conocía que sólo había cortado la mano. El alma de las cortes era, para los enemigos del realismo, María Antonieta. Luis XVI era la personificación de la majestad, y María Antonieta el crimen. Ya hacía algunos días que el consejo de la corporación municipal lanzaba acusaciones significativas contra algunos de los comisarios que dispensaban a los encarcelados del Temple alguna leve señal de compasión. Exigíaseles la insolencia y el ultraje como virtud de sus opiniones. La demolición de los sepulcros de Saint-Denis, ordenada por la Convención y por las peticiones del ayuntamiento, iba a remover hasta las cenizas de los reyes. ¿Por qué, entonces, conservar las personas reales que vivían aún en el centro de París? Los implacables jacobinos suponían que la atmósfera de la República se *calmaría y purificaría* con la sangre que les era odiosa, y el comité de Salvación pública mandó a Fouquier-Tinville que apresurara el proceso de María Antonieta.

VII

Ningún miembro del comité consideraba a la reina como destituida de odio contra la República, pero ninguno la creía peligrosa para la revolución, a pesar de lo cual algunos consideraban necesario inmolarla. Hasta Robespierre, tan encarnizado contra los reyes, hubiera querido librar a la reina. «Las revoluciones son crueles, decía en esta época, pues ante ellas nada significan el sexo ni la edad. Las ideas son implacables, pero el

pueblo debiera saber perdonar. Si mi cabeza no fuera necesaria a la revolución, hay momentos en que la ofrecería al pueblo a cambio de una de las que nos pide.»

Unicamente Saint-Just no se separaba de la línea de inflexibilidad que trazó en el comité como camino para la república. En cuanto al resto de la Montaña, Collot, Legendre, Camilo Desmoulins, Billaud-Varennes y Barrere, impulsados por la cólera y arrastrados por la debilidad general del momento, procuraban adivinar los instintos de la multitud para halagarla, sirviéndola. Quedaba la compasión de la opinión, que podía conmoverse por una reina, por una viuda, por una madre, por una prisionera, inmolada a sangre fría por el pueblo; pero la opinión, asfixiada por el terror, era dominada por el cadalso. El miedo, lo mismo que la prosperidad, hace a las personas egoístas, y todos tenían demasiada compasión de sí mismos para apiadarse de la desgracia ajena.

VIII

La reina, acostada completamente vestida, había permanecido durante las largas horas de agonía del 21 de enero, en que fué ejecutado Luis XVI, sufriendo frecuentes desmayos, únicamente interrumpidos por el llanto y la oración. Procuró adivinar el preciso momento en que la cuchilla fatal cortaba la cabeza de su esposo para unir su alma a la suya e invocar como protector en el cielo al que perdía como esposo en la tierra.

Los gritos de ¡Viva la República!, que desde el pie de la guillotina llegaron a las puertas del Temple, junto con el rodar de los cañones, fueron los anuncios que revelaron a la reina aquel momento trágico. Deseaba ansiosamente conocer los fúnebres detalles de los últimos pensamientos y últimas palabras de su esposo. Tenía la convicción de que moría como bueno y como hombre, pero necesitaba saber si moría también como rey. Más que el cadalso la hubiera humillado la debilidad ante el pueblo y ante el porvenir; pero el consejo de la corporación municipal negó este consuelo a María Antonieta. Clery, más querido por ella desde las últimas comunicaciones con el

rey, aunque preso todavía durante un mes en la torre, no pudo ver a la familia proscrita, siéndole imposible, por lo tanto, entregarle el rizo de cabellos ni el anillo nupcial. Estas reliquias, casi impregnadas con la sangre del ajusticiado, fueron selladas y colocadas en la sala donde estaban los comisarios del ayuntamiento, de donde las substrajo, algunos días después, un municipal llamado Toulán, que, bajo la apariencia de sus funciones, encubría una adhesión apasionada a la reina, enviándolas al conde de Provenza.

IX

La reina suplicó a los carceleros que le permitieran tributar a la memoria de su esposo la última prueba de respeto, vistiendo de luto, a cuya súplica se accedió, pero bajo nimias y ridículas concesiones, que parecían una ley impuesta al dolor. Por otra especial deliberación, el consejo de la municipalidad concedió quince camisas al Delfín.

Desde la muerte de Luis XVI se notaron algunas contemporizaciones en la cautividad de las princesas, y hasta los comisarios del Temple creyeron en los primeros momentos que, satisfecha ya la República, quedaría pronto en libertad aquella desgraciada familia, y los municipales, indulgentes, dejaban entrever en sus conversaciones esta esperanza. Madame Isabel y la joven princesa contribuyeron a que la reina admitiera esta posibilidad, si no como esperanza, al menos como consuelo a sus lágrimas; pero la reina conservó su impasibilidad, ya porque no creyera en los humanos sentimientos del pueblo cuyo enojo había llevado al cadalso al rey, que en otro tiempo vitoreó con entusiasmo, ya porque prefiriese la muerte a la libertad sin el trono y sin el esposo.

Negóse constantemente a pasear por el jardín, distracción que de nuevo le fué concedida.

—No podría — dijo, arrojándose en los brazos de su hermana — pasar frente a la puerta del que fué aposento del rey, pues eternamente vería las huellas de sus últimas pisadas impresas en las escaleras.

Este suplicio no lo mitigaba ningún consuelo. Alarmada respecto a la salud de sus hijos por una reclusión tan completa, consintió, a fines de febrero, pasear y respirar el aire libre, pero sólo en la plataforma de la torre.

El consejo de la corporación municipal, informado de la curiosidad que despertaban en las casas vecinas estos paseos, y temiendo que se establecieran inteligencias con la mirada, disputó a los prisioneros la vista del horizonte, y por orden expedida el 26 de marzo, mandó que se colocaran celosías en todas las almenas, de modo que, sin impedir la circulación del aire, impidieran las miradas curiosas.

Estas precauciones crueles para los niños era una satisfacción para la reina, a quien evitaban la contemplación de la odiada ciudad y del estruendo de la tierra, dejándole sólo entrever al cielo, al que aspiraba. Las noches las pasaba en insomnios que se reflejaban por la mañana en sus alteradas facciones. Su hermana e hija le suplicaron que pidiera la apertura de una puerta de comunicación entre su aposento y el contiguo, donde se encerraban las princesas todas las noches. La reina consintió; y, atendiendo a su ternura, Chaumette, procurador general del ayuntamiento, conmovido por las lágrimas de las princesas y el decaimiento de la reina, prometió apoyar la demanda; pero al día siguiente, acompañado de Pache y de Santerre, volvió al Temple para anunciar a la reina que no habían accedido a la petición.

Pache y Santerre contemplaron con estupor la abatida víctima de tantas persecuciones, retirándose aterrados de su poder y encadenados por las exigencias de la opinión que, elevándolos sobre el pueblo, les impedía ser humanos.

X

La vigilancia de que se hacía objeto a la familia real prisionera aumentó más cada día; pero la sensibilidad, que también domina la opinión, condujo a algunas personas adictas hasta los dinteles de los calabozos del Temple. Unos cuantos municipales se confabularon para hacer más llevadera la cautividad de las

princesas y poner en correspondencia a las prisioneras con los agentes exteriores; Toulán, Lepitre, Beugneau, Vincent, Brusco, Merle y Michonis, burlaban la vigilancia de los demás comisarios y las precauciones de la corporación municipal.

Hue, ayuda de cámara del rey, libre y olvidado en París, estaba en comunicación con estos comisarios y transmitía a las princesas los pasos, las noticias, las esperanzas y las tramas que interesaban a su situación; pero estas noticias, verbales o escritas, sólo llegaban a oídos de las princesas después de vencer muchas precauciones y estratagemas para engañar a los demás comisarios, porque los municipales se vigilaban mutuamente, bastando una mirada o un gesto que uno a otro sorprendiera, para conducirlo al cadalso. Los medios de comunicación que ponían en juego Toulán y Lepitre, eran la mano de Turgy y una estufa. Esta estufa calentaba el aposento del piso tercero, antecámara común de la reina y de Madama Isabel, y en los tubos colocaba Turgy los billetes, los avisos o los fragmentos de periódicos que instruían a las princesas de lo que deseaba que supieran, y en ellos también ocultaban las princesas los billetes escritos con las tintas simpáticas que sólo podían leerse exponiéndolos al calor. De este modo llegaban al calabozo de María Antonieta las noticias de los sucesos exteriores e interiores; la disposición de los ánimos, los progresos de la Vendée, las victorias de las armas extranjeras, el falso brillo de esperanzas que alimentaban, quiméricas conspiraciones para libertarlas, y algunas cartas impregnadas de lágrimas de verdadera amistad; pero la reina no alimentaba la menor esperanza. El horror de la situación dependía precisamente de que nada temía ni nada esperaba. No experimentaba la agitación del sufrimiento que lucha porque había adquirido la paz de la desesperación y la inmovilidad del sepulcro, sin perder la sensibilidad de la vida.

La eterna separación del rey hacía recaer sobre ella todo el peso de sus infortunios. Más preocupada por el rey que por sí misma, el cuidado de mitigar el cautiverio de su esposo la distrajo de gran

parte de sus inquietudes, no levantándola nada ya del suelo en que se arrastraba abatida, y viendo sólo en sus hijos partes dolorosas y mutiladas de su corazón. Era la herencia del suplicio que tenía constantemente a la vista, y que le recordaba que algún objeto querido vertería sangre tras ella. La rodeaba la serenidad de su hermana, pero sin alcanzar a su alma, creyendo que era Madama Isabel una persona impasible colocada por la sublimidad de su fe y por la resignación de su naturaleza, en una esfera inaccesible a las pasiones y a las inquietudes de la humanidad. La respetaba y la envidiaba; pero la naturaleza impresionable y apasionada de María Antonieta no tuvo otra semejanza con Madama Isabel que la caída ni otro contacto que la desgracia común. Una era un ángel, mientras la otra era una mujer. Estaban en contacto en la tierra, pero las separaba el cielo.

XI

El 31 de mayo oyeron, sin comprenderlo, las princesas el bramido de la sublevación que abatía a los girondinos, no enterándose hasta algunos días después de la caída de aquéllos, que en vez de salvarlas las arrastraron más rápidamente a la muerte.

Hebert y Chaumette iban de vez en cuando a contemplar su miseria, mostrándose ya injuriosos, ya apiadados, según las variaciones populares. La criada de la reina, esposa de Tisón, denunció a Toulán, Lepitre y sus cómplices, que fueron decapitados; pero esta mujer enloqueció a causa del remordimiento, se echó a los pies de la reina y durante algunos días alborotó la cárcel con sus gritos, ofreciendo el espectáculo de su demencia. Las princesas, ante el arrepentimiento y la locura, olvidaron las delaciones de esta desgraciada y la cuidaron por turno, privándose del alimento para consolarla. Desde el 31 de mayo, el terror que reinaba en París llegó hasta la torre del Temple y revistió a los hombres, a las conversaciones y a las precauciones de un carácter más odioso de rigor y persecución. Cada municipal demostraba el patriotismo, sobrepujando la aspereza de su predecesor.

La Convención, después de decretar el juicio de la reina, ordenó que la separasen del Delfín, y al intentar leer esta orden a la familia real, el hijo se arrojó en brazos de la madre, rogándole que no lo abandonara a los verdugos. La reina llevóse el niño a la cama, y colocándose entre ésta y los municipales, les dijo que antes de tocarlo la matarían. Amenazada inútilmente con la violencia si continuaba resistiéndose al decreto, luchó durante dos horas, hasta que le faltaron las fuerzas, contra las órdenes, amenazas, gestos e injurias de los comisarios. Cayó, agobiada por el cansancio, a los pies de la cama, y, convencida por Madama Isabel y por su hija, vistió al Delfín y le entregó bañado en lágrimas a los comisarios. El zapatero Simón, elegido por su brutalidad, para reemplazar el corazón de una madre, condujo al Delfín al aposento que debía ser tumba del augusto niño. El Delfín permaneció dos días tendido en el suelo, rechazando todo alimento. La reina suplicó mil veces que le permitieran ver a su hijo una sola vez; pero estas súplicas fueron desoídas. El cerrojo cerraba día y noche la puerta del cuarto de las princesas. Los municipales desaparecieron también y sólo tres veces al día subían los llaveros a entregar los alimentos e inspeccionar las rejas de las ventanas. La esposa de Tisón, encerrada en un manicomio, no fué reemplazada por ninguna otra criada, viéndose obligadas Madama Isabel y la joven princesa a hacer las camas, barrer el cuarto y servir a la reina. El único consuelo de las princesas era subir todos los días a la plataforma de la torre, a la misma hora en que el Delfín paseaba por la de su departamento, y espiar el instante de poder cambiar una mirada. La reina, durante estos paseos, permanecía apoyada en las celosías de las almenas, procurando entrever por una rendija la sombra del cuerpo de su hijo y oír su voz. Tisón, a quien templaron los remordimientos y demencia de su mujer, furtivamente y de vez en cuando, informaba a Madama Isabel de la situación y salud del Delfín; pero ésta ocultaba a la reina gran parte de los crueles informes que recibía. El cinismo y brutalidad de Simón depravaban al mismo tiempo el cuerpo y el alma

de su pupilo. Le llamaba el lobezno del Temple; lo trataba lo mismo que a los cachorros de los animales feroces que han arrebatado a su madre y que son intimidados por el látigo y enervados por el trato de los domadores; castigaba en él la sensibilidad; recompensaba la bajeza y fomentaba el vicio. Enseñaba al niño a injuriar la memoria de su padre, las lágrimas de su madre, la piedad de su tía, la inocencia de su hermana y la fidelidad de sus partidarios, y le obligaba a entonar canciones obscenas en loor de la República, de la linterna y del cadalso. Ebrio Simón con frecuencia, complacíase con aquellas irrisiones de la fortuna, que adulaban su bajeza. Sentado en la mesa, le servía el príncipe, de pie. Un día, conservando cada cual esta terrible posición, pegó Simón con la servilleta al Delfín en el rostro, faltándole muy poco para sacarle un ojo. En otra ocasión cogió el morillo de hierro que sostenía la leña en el hogar, y amenazó matar al niño con él. Las más veces fingía condolerse bondadoso de su edad y de su desgracia, para engañar la confianza del joven y relatar a Hebert y Chaumette sus conversaciones.

—Capeto — le dijo un día, en el momento en que los vendeanos habían pasado el Loira —, si te libertaran los vendeanos, ¿qué harías?

—Perdonaros — le contestó el niño.

Simón, conmovido por esta respuesta, reconoció la sangre de Luis XVI; pero, fascinado por el orgullo de su importancia, por el fanatismo y por el vino, no era susceptible ni de una ferocidad constante, ni de una contemporización duradera. Eran la crápula y la brutalidad dedicadas a envilecer y desnaturalizar el último germen de la corona.

XII

El 2 de agosto a las dos de la madrugada, despertaron a la reina para leerle el decreto que ordenaba su traslado a la Conserjería, mientras se substanciaría su proceso, y María Antonieta escuchó la lectura sin admiración ni dolor, porque era un paso más que avanzaba hacia el fin que creía inevitable y que deseaba cercano. Madama Isabel y su hija se

arrojaron a los pies de los miembros de la corporación municipal, suplicando inútilmente que no la separaran a la una de su hermana y a la otra de su madre; pero ni una palabra, ni un gesto se les contestó. La reina estaba silenciosa y medio desnuda, y vióse en la necesidad de vestirse delante de los hombres que ocupaban el aposento. La registraron. Se llaron algunos objetos insignificantes y las alhajas que llevaba, las cuales consistían en una cartera, un espejo de bolsillo, un anillo de oro con cabello entrelazado, un papel en que estaban inscritos dos corazones con letras iniciales, el retrato de la princesa de Lamballe su amiga, dos retratos más de señoras que le recordaban amigas de la infancia en Viena, y algunos signos simbólicos de devoción a la Virgen, que le regaló Madama Isabel como reliquia preservativa en los infortunios y recuerdo del cielo en los calabozos. Sólo le dejaron un pañuelo y un pomito de vinagre para volverla en sí, en el caso de que se desmayara por la emoción de la despedida. La reina rodeó con los brazos a su hija, la condujo a un ángulo del aposento, y allí, inundándola de lágrimas y bendiciones, se despidió de ella, recordándole el perdón para los enemigos y el olvido de las persecuciones, que le legara Luis XVI; y colocando las manos de la joven entre las de Madama Isabel:

—Esta — le dijo — será desde hoy vuestro padre y vuestra madre; obedecda y amadla como a mí misma. Y en vos, hermana mía — agregé, arrojándose en brazos de Madama Isabel—, dejo otra madre para mis pobres hijos; amadlos como nos habéis amado hasta el calabozo y hasta la muerte.

Madama Isabel contestó algunas palabras, pero en voz tan baja que nadie las oyó. Sin duda era una recomendación de su piedad que dominaba y santificaba hasta el dolor. La reina hizo un gesto de deferencia con la cabeza y salió del aposento lentamente y con los ojos bajos, sin atreverse a dirigir a su hermana e hija la última mirada, temerosa de que la abatiera la suprema emoción. Al salir del aposento golpeóse en la frente contra la viga de la puerta baja. Le preguntaron si se había hecho daño, y contestó

con acento que abarcaba todo su destino:

—Nada puede dañarme en este momento.

María Antonieta fué conducida a la Conserjería en un coche en el que la acompañaron dos municipales.

XIII

La cárcel de la Conserjería ocupa el piso subterráneo del palacio de Justicia, y está, por decirlo así, cavada en los mismos cimientos. Las sombrías bóvedas del palacio de San Luis se encuentran hoy muy profundas a causa de la elevación del piso; en las grandes ciudades la tierra sumerge gradualmente los monumentos de los hombres. Estos subterráneos eran los calabozos, las antecámaras, los cuerpos de guardia de los gendarmes y los aposentos de los carceleros. Los largos corredores, cuya bóveda va en disminución como las naves de los claustros, comunicábanse por una parte con arca-das que recibían la luz de los patios, y por la otra con calabozos a los que bajaban algunos escalones. Los corredores estrechos, diseminados en este vasto cuadrado de piedra, estaban ensombrecidos por las altas murallas del palacio de Justicia. La luz del día bajaba perpendicular y en lejanía, como en el fondo de anchos pozos cuadrados. La alta calzada del muelle separaba la Conserjería del Sena. La elevación de esta calzada sobre el nivel de los calabozos y patios, junto con la filtración del agua, comunicaba al piso, paredes y patios una humedad sepulcral, que constantemente deterioraba los cimientos arborizando con musgos las piedras del edificio. Las bóvedas eran incesantemente conmovidas por el embate del río contra los puentes, el continuo ruido de los coches en el muelle y el sordo resonar de los pasos de la muchedumbre, que a la hora de los tribunales invadían las habitaciones superiores del palacio. Estos ruidos llegaban a los oídos de los presos como un trueno lejano, y, al parecer, como para complacerse de perpétuar los eternos gemidos de la morada. Recordaban el antiguo destino de este palacio de los reyes de las primeras razas, convertido en man-

sión del vicio y del crimen y en dintel de la muerte, las macizas columnas, las bóvedas rebajadas, las ojivas estrechas, y las sorprendentes esculturas con que el gótico cincel adornó los festones y capiteles. Estas subterráneas construcciones servían de cimiento a la alta torre cuadrangular que en otro tiempo ostentaba los feudos del realismo. Esta torre era el centro de la monarquía. En los cimientos de este palacio del feudalismo, la venganza y lo inconstante de la fortuna encerraba la agonía de la monarquía y el suplicio del feudalismo. ¿Cómo hubieran podido imaginar los reyes de las primeras razas que con este palacio edificaban la cárcel y tumba de sus sucesores? El tiempo es el gran expiador de las cosas humanas; pero ¡ay! ¡ciegamente se venga borrando con las lágrimas y sangre de una mujer, víctima del trono, las injusticias y opresiones de veinte reyes!

XIV

Después de haber descendido los peldaños de una ancha escalera y atravesado por dos puertas de calabozos, se llegaba a un claustro cuyas arcadas comunicaban con un patio, paseo de encarcelados. A la izquierda, bajo este corredor, había una serie de puertas de madera de encina toscamente labradas y reforzadas con trancas, cerraduras y macizos cerrojos. La segunda de estas puertas daba entrada a un pequeño aposento subterráneo, cuyo pavimento estaba tres pasos más abajo que el del corredor. Una ventana con reja robaba la luz a un patio, estrecho y profundo como una cisterna vacía. A la izquierda de esta primera celda una puerta más baja aún que la primera, pero sin cerradura ni cerrojos, daba entrada a una especie de sepulcro abovedado, cuyo pavimento y muro eran de piedras talladas, ennegrecidas por el humo de las antorchas y agrietadas por la humedad. Una ventana de buhardilla, por la que entraba la luz del patio de la antecámara y estaba asegurada con barras de hierro entrelazadas, dejaba entrar una luz semejante al crepúsculo. Constituían el miserable mueblaje de esta cueva, colocado en el fondo

al lado opuesto a la ventana, una miserable cama sin cortinas y con colcha igual a las de los hospitales y cuarteles, una mesita de álamo, un cofre de madera, y dos sillas de anea. Este aposento recibió a la reina de Francia en las sombras de la noche, alumbrada por una vela de sebo; ¡la reina que de infortunio en infortunio descendió de Versalles y Triánón hasta este calabozo! Colocaron de guardia en la primera cámara dos gendarmes con el sable desenvainado, y la puerta del calabozo de la reina debía permanecer abierta constantemente para que el interior no pudiera ocultarse a los guardas: la consigna de los gendarmes era no perderla de vista, ni durante el sueño.

XV

La ferocidad de los hombres no puede encontrar siempre instrumentos implacables, y los calabozos también albergan a veces seres capaces de compasión. Por un gesto respetuoso, por una mirada de inteligencia, por una voz simpática, por una palabra robada a la vigilancia de las cárceles; conoce la víctima que no está completamente abandonada por la humanidad. Este contacto con lo que vive y con lo que sufre en la tierra, anima al desgraciado para respirar hasta su última hora. La reina comprendió en la actitud, en la mirada y en los sentimientos de la señora Richard, esposa del alcaide, esa sensibilidad que se oculta bajo el rigor del encargo. La mano que debiera maltratarla, fué la que le proporcionó consuelos. Las contemporizaciones compatibles con la dureza de un arbitrio encarcelamiento, las modificaciones respecto a la consigna, a los alimentos y a la soledad, todo lo puso en juego la señora Richard para que la prisionera conociese que aun desde el fondo del calabozo reinaba en un corazón.

La señora Richard, realista, tenía más orgullo en secar una lágrima de la regia encarcelada que en ver a la hija, esposa y madre de reyes a su disposición. Introducía en el calabozo los muebles necesarios o agradables a la reina, y envió a buscar al Temple las labores de tapicería, ovillos de lana y agujas que había dejado María Antonieta. Ocupada en el

trabajo se distraían los pesares de la reina, a quien preparaba personalmente la señora Richard los alimentos. Entraba frecuentemente, bajo pretexto de cumplir algún cargo, a recomendar a los gendarmes de servicio la vigilancia debida, pero en realidad con el solo objeto de informarse de los deseos de la reina, dirigirle palabras de simpatía y esperanza y distraer la soledad del día y los insomnios de la noche.

Dábale noticias de su hermana e hijos, noticias que adquiría por medio de sus conocimientos en el Temple, y transmitía las de la reina a su familia, valiéndose para ello de algunos comisarios de policía con cuya adhesión contaba. El alcaide Richard, aunque más severo en apariencia, para mejor disimular su complicidad, participaba de todos los sentimientos de su esposa con quien compartía su solicitud para con la regia cautiva.

XVI

Ignoraba el pueblo la época en que debía ser juzgada María Antonieta, y esta dilación del comité de Salvación pública hacía creer que quería engañar la feroz impaciencia del populacho, o debilitarla, dejando transcurrir el tiempo. Algunos municipales fraguaban secretos complots a fin de procurar la evasión de la reina, y la señora Richard favorecía la introducción de estos adictos partidarios, distraiendo, durante sus rápidas entrevistas, la atención de los gendarmes que permanecían en la antecámara. En cuanto a Michonis, miembro de la corporación municipal, que con riesgo de la vida se había ofrecido a la regia familia, continuaba animado de iguales sentimientos en la Conserjería. Existen naturalezas generosas que se dejan seducir por el infortunio y atraer por el peligro, y Michonis pertenecía a este número, lo mismo que Lepitre y Toulán.

Gracias a Michonis, un gentilhomme realista, llamado Rougeville, entró en el calabozo, vió a la reina a quien ofreció una flor que encerraba entre sus pétalos un billete en el que se hablaba de la libertad y que fué arrebatada a la reina por uno de los gendarmes. Prendieron a

Michonis, a Richard y a su esposa, encerrándolos en los calabozos, y la reina tembló.

Pero todavía hubo esta vez un corazón generoso para contener los ultrajes con que Hebert y Chaumette ordenaban martirizar a la víctima.

Ninguna mujer se prestó a ser instrumento de martirio para la augusta señora de regio nacimiento, reducida entonces a tan desgraciada condición.

Pensóse en nombrar al feroz Simón, alcaide de la Conserjería; pero, habiendo solicitado la plaza Bault y su esposa, antiguos alcaides de la Force, con la intención de dulcificar la prisión y consolar las últimas horas de su antigua señora, les fué concedida. María Antonieta, que los había protegido en tiempos más prósperos, alegróse de encontrar en ellos rostros conocidos y corazones amigos.

La señora Bault, a pesar de las órdenes de la corporación municipal, que mandaba dar a la reina el pan y agua de los presos, le sirvió otros alimentos. En vez de la fétida agua del Sena, le hizo traer diariamente la cristalina de Arcueil, que la reina acostumbraba beber en Triánón. Las vendedoras de flores y frutas del mercado, que surtían en otro tiempo las casas reales, llevaban furtivamente a la puerta del calabozo melones, albaricoques y ramilletes que la esposa del alcaide hacía llegar a la reina como testimonio de la lealtad del corazón en las más humildes condiciones, ofreciendo de este modo el interior del calabozo a la prisionera cierta imagen y fragancia de los jardines que tanto había amado. La señora Bault, para afectar mayor rigor e incorruptibilidad en la vigilancia, no entraba jamás a ver a la reina, a quien sólo visitaba el marido acompañado de los administradores de policía. Estos observaron un día que se había colocado una vieja tapicería entre la cama y la pared para preservar a la reina de la humedad del calabozo, y reprendieron esta tolerancia a Bault, quien se disculpó diciendo que había tapizado la pared para ensordecer el calabozo e impedir que los demás presos oyeran las quejas de María Antonieta.

La humedad del suelo había deteriorado completamente los dos únicos vesti-

dos, uno blanco y otro negro, que tenía la reina y que llevaba alternativamente. Sus tres camisas y sus zapatos, constantemente empapados de agua, estaban en el mismo estado. La hija de la señora Bault le componía los vestidos y el calzado y distribuía secretamente como reliquias los pedazos y restos que se desprendían. Esta joven entraba todas las mañanas en el calabozo, enterneciendo con su gracia y jovialidad la rudeza de los gendarmes, y ayudaba a vestir a la reina, rehacía los colchones de su cama y la peinaba. Los cabellos de María Antonieta, en otro tiempo tan rizados y rubios, encanecían y se caían, a pesar de sólo tener ~~la~~ encarcelada treinta y siete años de edad, como si la naturaleza presintiera la brevedad de su vida.

XVII

La reina escribía con una punta de alfiler los pensamientos que deseaba retener, en la capa de cal de las paredes, y uno de los comisarios que visitó el calabozo después de la ejecución, reveló algunas de estas inscripciones. La mayor parte eran versos alemanes o italianos, alusivos a su suerte. ¡Glorioso y sublime destino el de los poetas, cantar todas las felicidades y todos los infortunios de la vida, como para demostrar que no existen felicidad ni miseria completas, si no se expresan con el lenguaje de la inmortalidad!

Las demás inscripciones eran versículos de la Imitación de Cristo, de los Salmos y del Evangelio. La pared del lado opuesto a la ventana estaba completamente cubierta de ellas. Eran páginas de piedra del libro de su martirio. El comisario quiso copiarlas un día, pero la inflexibilidad de sus colegas ordenó borrarlas inmediatamente con una capa de cal, para que los gemidos de la reina no tuvieran eco en la República.

Los pequeños consuelos proporcionados a María Antonieta en el calabozo no pudieron extenderse jamás hasta modificar la desnudez y la obscuridad e incuria de la cárcel. La reina pidió otro cobertor de algodón más ligero que las pe-

sadas mantas de grosera lana que la fatigaban durante el sueño, y Bault transmitió la petición al procurador general de la municipalidad.

— ¡Qué te atreves a pedir! — le respondió brutalmente Hebert—. ¡Por esa petición te has hecho digno de la guillotina!

La reina no podía manifestar libremente ante los gendarmes la gratitud que le inspiraban las solícitas atenciones de la familia del alcaide. En una ocasión, intentó obsequiar con un rizo de sus cabellos y un par de guantes al señor Bault, y los gendarmes se apoderaron de estos objetos como sospechosos, entregándolos a Fouquier-Tinville, quien los puso en manos de Robespierre.

Deseaba ansiosamente la reina enviar a sus hijos o amigos algunas pruebas materiales del recuerdo que conservaba de ellos hasta la muerte, y, al efecto, arrancó uno por uno los hilos de lana del viejo tapiz tendido junto a su cama, y por medio de dos mondadientes de marfil transformados en agujas de tapicería, tejió una liga; cuando la concluyó hizo señas a Bault y la dejó caer a sus pies. El alcaide, fingiendo que se le caía el pañuelo, se inclinó a cogerla y la ocultó a la vista de los gendarmes. Esta última y conmovedora labor de la reina, empapada de lágrimas, fué entregada a su hija después de la muerte de María Antonieta.

En los últimos días de encarcelamiento, el alcaide consiguió, bajo pretexto de garantizar mejor su responsabilidad, que se retiraran los gendarmes al interior, situándose fuera de la puerta en un corredor, viéndose desde entonces libre la reina de las miradas, dichos y ultrajes continuos de los vigilantes, quedándose a solas con sus pensamientos. Pasaba horas enteras leyendo, meditando y orando, a pesar de lo cual y de la constante presencia de dos gendarmes delante de su enrejada ventana, los adictos encarcelados que pasaban y cruzaban por el patio, hablando en alta voz de las noticias públicas, hacían llegar indirectamente algunas medias palabras a los oídos de la reina, quien de esta manera supo anticipadamente el día en que debía presentarse ante el tribunal.

XVIII

El 13 de octubre le notificó Fouquier-Tinville el acta de acusación, que fué escuchada por la reina como una formalidad judicial que no merecía el honor de ser discutida. Su crimen consistía en ser reina, esposa y madre de rey, y haber odiado la revolución que le arrebatara la corona, el esposo, los hijos y la vida. Para amar la Revolución hubiera sido preciso aborrecer la naturaleza y renegar de todos los sentimientos humanos. Entre la reina y la República no había proceso, no había más que guerra a muerte, y la más terrible de las dos imponía penas a la otra. Esto no era justicia, sino venganza, cosa que la reina sabía y la mujer aceptaba, no queriendo arrepentirse ni suplicar.

Nombró, para cumplir con las formas, dos defensores, Chaveau-Lagarde y Tronsón-Ducoudray, ambos abogados, jóvenes, ilustres, generosos, que habían solicitado secretamente tan alto honor, buscando en las causas solemnes del tribunal revolucionario, no un vil salario, sino los aplausos de la posteridad. El instinto vital, que hace buscar a los moribundos una eventualidad de salvación hasta lo posible, ocupó a la reina el resto del día y la noche siguiente, y meditó algunas contestaciones a los interrogatorios que iba a sufrir.

En la mañana del 14 de octubre, al mediodía, se vistió y peinó con toda la decencia que permitía la sencillez y pobreza de sus vestidos, sin pretender hacer gala de los jirones que hubieran avergonzado a la República, ni pensar en provocar la compasión del pueblo. Su dignidad de mujer y reina le prohibían escudarse con la miseria.

Subió, rodeada por una numerosa escolta de gendarmes, la escalera del pretorio, atravesó por entre las olas populares a quienes tan solemne venganza había atraído a los pasillos y se sentó en el banquillo de los acusados. Su frente, herida por el rayo revolucionario y marchita por el dolor, no estaba abatida ni humillada. Los ojos rodeados de ese círculo negruzco que los insomnios y las lágrimas ponen bajo los párpados del desgra-

ciado, lanzaban todavía rayos de fulgor sobre la frente de los enemigos que la aborrecían. No se veía ya la beldad que había enloquecido a la corte y deslumbrado a Europa, pero se adivinaba su existencia. La boca, contristada, mostraba la dignidad real, no borrada aún por las huellas de los grandes sufrimientos. La delicadeza de sus colores, propios de las comarcas del Norte, luchaba con la lívida palidez de las prisiones. Sus cabellos, encanecidos por las angustias, contrastaban con la juventud del rostro y del talle y se desarrollaban sobre el cuello como una amarga y precoz irrisión del destino ante la juventud y la beldad. Su ademán era natural; no el de una reina enojada insultando con el desprecio al pueblo que triunfa, ni el de una suplicante que intercede por medio del abatimiento, sino el de una víctima a quien los prolongados infortunios han acostumbrado a sufrir; que, olvidándose de que ha sido reina, se acuerda solamente de que es mujer; que no pretende revindicar su desvanecido rango, ni abdicar la dignidad de su sexo y de su desgracia.

XIX

La turbamulta, muda más por curiosidad que por emoción, la contemplaba ávidamente. El populacho parecía gozar viendo por fin bajo sus pies aquella altanera mujer y apreciando su grandeza y fuerza por el decaimiento de tan temible enemiga. Componíase la multitud especialmente de mujeres que habían tomado por costumbre acompañar, insultándolos, a los condenados al cadalso.

Hermann, Foucault, Sellier, Coffinhal, Deliege, Ragmey, Maire, Denizot y Massón, eran los jueces, a quienes presidía Hermann.

—¿Cómo os llamáis? — preguntó el presidente a la acusada.

—Me llamo María Antonieta de Lorena de Austria — respondió la reina, con voz tan débil y conmovida, que parecía pedir perdón al auditorio por llevar estos nombres.

—¿Vuestro estado?

—Viuda de Luis, ex rey de los franceses.

—¿Qué edad tenéis?

—Treinta y siete años.

Fouquier-Tinville leyó al tribunal el dictamen fiscal, que no era otra cosa que el resumen de todos los supuestos crímenes de nacimiento, de rango y situación de una reina joven, extranjera, adorada por la corte, omnipotente sobre el corazón de un rey débil y contraria a ideas que no podía comprender y a instituciones que la destronaban. Esta parte del dictamen no era más que la acusación que lanzaba contra María Antonieta el destino que la había hecho reina en tiempos funestos para la monarquía. Eran verdaderos crímenes en concepto de sus enemigos, pero eran crímenes de nacimiento, de los cuales ni la reina podía absolverse, ni el pueblo acusarla. El resto de la acusación fiscal era un odioso eco de todas las calumnias y murmullos que durante diez años habían sustentado la opinión pública, las prodigalidades, los supuestos desenfrenos y las presuntas traiciones de la reina; era su popularidad traducida en crimen. María Antonieta escuchó la acusación sin manifestar ninguna emoción ni sorpresa, como mujer acostumbrada al odio y a quien la calumnia había hecho perder su amargura, y el ultraje su dureza. Sus dedos recorrían distraídos la barandilla del sillón, como los de quien busca reminiscencias en el piano. Percibía la voz de Fouquier-Tinville, pero no la escuchaba.

Los testigos fueron llamados e interrogados. Después de cada declaración, interpelaba Hermann a la acusada, quien respondía tranquilamente discutiendo y refutando las aseveraciones del presidente. El único mal de esta defensa fué la defensa propia.

XX

Muchos testigos, arrancados de las cárceles en que estaban presos, le recordaron días más felices y se enternecieron al ver a la reina de Francia en tan ignominiosa situación. Uno de éstos fué Manuel, acusado de humanidad en el Temple y de cuya acusación se honró; y otro, Bailly, que se inclinó con más respeto ante la caída de la reina que lo había efectuado cuando estaba en el poder. Las contestaciones de María Antonieta

no comprometieron a nadie, ofreciéndose sola al odio de sus enemigos y defendiendo generosamente a sus amigos. Siempre que se pronunciaban durante la vista del proceso los nombres de la princesa de Lamballe o la duquesa de Polignac, sus más caras afecciones, experimentaba la reina tal emoción y tristeza que imponían respeto al auditorio. Aseguró que no abandonaba sus sentimientos ante la muerte, y que si entregaba la cabeza al pueblo, no le entregaba el corazón para profanarlo.

Ciertas acusaciones pretendieron deshonrar hasta los sentimientos maternales de la reina. El cínico Hebert, oído como testigo respecto a lo ocurrido en el Temple, imputó a la reina actos de depravación y disolución, que, de ser cierto, hubieran implicado la corrupción del Delfín, «con la intención, decía, de enervar el alma y cuerpo del niño, y reinar en su nombre sobre las ruinas de su inteligencia». La piadosa Madama Isabel estaba presente como testigo y cómplice de tales maldades. El auditorio, al oír semejantes calumnias, se indignó, no contra la acusada, sino contra el acusador. La naturaleza ultrajada se rebeló. La reina hizo un gesto de horror; pero guardó silencio por no poder responder sin manchar sus labios. Un jurado reprodujo el testimonio de Hebert y preguntó a la reina por qué no había contestado a aquel cargo.

—No he respondido — contestó con la majestad de la inocencia y con la indignación del pudor—, porque hay acusaciones a las que la naturaleza rehusa contestar — y volviéndose hacia las mujeres que asistían al acto, las más encarnizadas contra ella, exclamó—: Apelo a todas las madres aquí presentes.

La multitud prorrumpió en un murmullo de horror contra Hebert.

No respondió la reina con menos dignidad a las imputaciones que se le hicieron de haber abusado de su ascendiente sobre la debilidad de Luis XVI.

—Tenía sobrada firmeza de carácter— dijo—; yo era su esposa, y mi deber y mi felicidad me imponían la obligación de conformarme con su deseo.

No sacrificó, ni con una sola palabra, la memoria y honor del rey, a su propia

justificación o al orgullo de haber reinado bajo su nombre, deseando llevar al cielo su memoria honrada o vindicada.

XXI

Concluidos los debates, resumió Hermann la acusación, declarando que todo el pueblo francés había acusado a María Antonieta. Invocó la pena en nombre de la igualdad en los crímenes y la igualdad en los suplicios, y sentó las cuestiones de culpabilidad ante el jurado. Chaveau-Lagarde y Tronsón-Ducoudray, conmovieron con sus defensas la posteridad, pero no conmovieron al auditorio, ni a los jueces. Por cumplir con las formas, el jurado se retiró a deliberar volviendo al tribunal una hora después. Luego se llamó a la reina para que oyera su sentencia; pero María Antonieta la sabía ya, juzgando los gritos y vociferaciones de júbilo de la multitud que llenaba el tribunal, y la escuchó sin pronunciar una palabra ni hacer un ademán. Preguntóle Hermann si tenía que alegar algo contra la pena de muerte fulminada, y la reina movió la cabeza con un gesto negativo y se levantó preparándose para la ejecución. Desdeñóse de reprochar su rigor al destino y la crueldad al pueblo. Suplicar hubiera sido reconocer; quejarse, perder la dignidad; llorar, envilecerse, y, por consiguiente, se resignó al silencio, que era su última inviolabilidad. Al recorrer el trayecto que había desde el tribunal a la cárcel, María Antonieta oyó nutridos aplausos.

Eran las cuatro de la madrugada. Los primeros rayos del día comenzaban a luchar con las hachas con que los gendarmes alumbraban el camino que recorría la reina, a quien dejaron aguardando la hora del suplicio en la estancia fatal en que los condenados a muerte esperaban al verdugo. María Antonieta pidió al conserje tinta, papel y pluma, y escribió a su hermana la siguiente carta, encontrada después entre los papeles de Couthón, a quien Fouquier-Tinville hizo este obsequio:

El 15 de octubre a las cuatro y media de la madrugada.

«Para vos, hermana mía, tomo la pluma por última vez. Acabo de ser condenada a muerte, pero no a muerte vergonzosa, porque ésta lo es sólo para los criminales, y voy a reunirme con vuestro hermano. Inocente como él, espero tener su mismo valor en los últimos momentos. Siento profundamente abandonar a mis pobres hijos, pues no ignoráis que sólo por ellos y por vos vivía; por vos, que impulsada por vuestro cariño lo habéis sacrificado todo para compartir nuestra desgracia. ¡En qué situación os dejó! El relator del proceso me ha informado de que a mi hija la han separado de vos. ¡Ay! infeliz hija mía, no me atrevo a escribirle, y dudo mucho que recibáis esta carta. En nombre de los dos os doy mi bendición, y espero que un día, cuando mis hijos sean mayores, podrán reunirse y gozar libremente de vuestros solícitos cuidados. Los dos deben pensar en lo que no he dejado de inspirarles; que su amor y confianza mutua hagan su felicidad; que mi hija conozca que en la edad en que se encuentra debe ayudar siempre a su hermano con los consejos que su superioridad de experiencia y su cariño puedan inspirarle; que mi hijo le devuelva todos los cuidados y servicios que el amor puede ofrecer; que sepan ambos, finalmente, que en cualquier posición en que se encuentren, sólo los hará realmente dichosos su constante unión. Les bastará seguir nuestro ejemplo. El amor que nos ha unido ha aminorado mucho nuestra desgracia.

»La felicidad se goza por duplicado cuando se puede compartir con un amigo; ¿dónde lo encontrarán más tierno ni más afectuoso que en su propia familia? Mi hijo no debe olvidar jamás las últimas palabras de su padre, que expresamente le repito. *Que no intente jamás vengar nuestra muerte.*

»Voy a hablaros de un asunto muy penoso para mi corazón.

»Comprendo cuánto os ha hecho padecer mi hijo. Perdonadlo, querida hermana, recordando que a la edad que cuenta es muy fácil hacer decir a un niño lo que se quiere y que no comprende aún. Confío en que llegará a conocer todo el precio de vuestras bondades y toda la ternura que por los dos sentís. Réstame única-

mente confiaros mis últimos pensamientos. Los habría apuntado desde el principio de mi proceso; pero, además de no haberseme dejado escribir, la marcha de éste ha sido tan rápida, que no me ha dado tiempo para efectuarlo.

»Muero amando a la religión católica, apostólica y romana, la religión de mis padres, en la que me he educado y he profesado siempre; pero sin esperar ningún consuelo espiritual, porque ignoro si existen todavía sacerdotes de esta religión, y temo que les ocurra alguna desgracia si entran, para confortarme, en mi calabozo. Pido a Dios de todo corazón que perdone las faltas que he cometido durante mi existencia. Su bondad infinita acogerá mis últimas plegarias, como las que ha tiempo le dirijo, para que su misericordia y bondad acepten mi alma. Pido perdón a todos los que conozco, y especialmente a vos, hermana mía, de todos los sinsabores que involuntariamente os haya podido ocasionar. Perdono a mis enemigos el mal que por ellos he sufrido, y me despido de mis tíos, hermanos y hermanas. Me atormenta la idea de que abandono para siempre a mis amigos, a quienes os ruego que hagáis saber que hasta mi último suspiro les he consagrado mi recuerdo. ¡Adiós, mi bondadosa y amante hermana! Quiera el Cielo que recibáis esta carta. ¡Pensad en mí! ¡Os abrazo con toda la efusión de mi corazón, como también a esos pobres y queridos hijos!... ¡Dios mío!... ¡Qué doloroso es abandonarlos para siempre! ¡Adiós! ¡Adiós!... Mi deber es ocuparme en las cosas espirituales. Como no soy libre en mis acciones, quizás se me envíe un sacerdote; pero éste no oír una palabra de mis labios, y será para mí un extraño.»

XXII

Cuando hubo concluido de escribir esta carta, la besó una y mil veces, como si hubiera pretendido que sus hijos recibirían por medio de ella el calor de sus labios y la humedad de sus lágrimas. La dobló, y, sin cerrarla, la entregó al alcaide Bault, quien la remitió a Fouquier-Tinville.

Se ha dicho que en aquellos momentos

supremos le permitieron que la visitara un sacerdote no juramentado a quien se autorizó que le suministrara los sacramentos de la religión católica; pero María Antonieta no recibió ninguno de estos consuelos que la ayudaran a fortalecerse o defenderse de la postrera lucha.

Para mejor conocimiento del lector, y como testimonio de imparcialidad, transcribiremos el relato de un testigo ocular acerca de las circunstancias religiosas que precedieron al suplicio de la reina.

Como se cree generalmente, la República, hasta en sus más terribles accesos, no desconoció a Dios, ni rompió los lazos del hombre con la religión ni del alma con la inmortalidad. Había republicанизado el culto, pero no abolió su ejercicio ni la dotación del clero republicano. No desterró las antiguas prácticas de la justicia criminal, ni la costumbre de enviar sacerdotes constitucionales a los condenados al cadalso. Gobel, arzobispo de París, vigilaba escrupulosamente este encargo confiado a su clero. Multiplicáronse las ejecuciones, y vióse obligado a aumentar el número de sacerdotes a quienes confiaba tan triste como importante misión. En el arzobispado había siempre cinco o seis sacerdotes que se relevaban en esta piadosa tarea. Cuando el tribunal revolucionario pronunciaba sentencia de muerte, el presidente remitía la lista de los condenados a Fouquier-Tinville, quien la enviaba al arzobispo; el prelado avisaba a los sacerdotes, y éstos acudían a las cárceles.

Con la misma formalidad se procedió con la reina. Los sacerdotes de Gobel se mostraron remisos y tímidos en cumplir este deber respecto a María Antonieta, retraídos por un cúmulo de circunstancias que podían traducirse ya por la importancia de la víctima, ya por la aversión a este encargo, ya porque la historia no revelase su nombre ligado a un asesinato de que tanto había de hablar la posteridad, ya por el miedo de que el pueblo asaltara al acompañamiento antes de llegar al cadalso, sacrificando en la carreta a la víctima y al sacerdote, y ya también por la seguridad de no ser admitidos por una mujer que nada aceptaba de la revolución, ni aun las preces; así es que se transmitían el encargo unos a otros.

Sin embargo, durante la noche se presentaron tres en la Conserjería, para ofrecer tímidamente su ministerio a la reina. Uno de ellos era el cura constitucional de Saint-Landry, llamado Girard; el otro uno de los vicarios del arzobispo de París, y el tercero un sacerdote alsaciano, llamado Lothringer. La reina los recibió más como precursores del verdugo que como precursores de Cristo. El cisma que habían admitido era para la reina una mancha de la República. Sin embargo, su actitud respetuosa y su lenguaje conmovieron a María Antonieta, quien dió a su repulsa una expresión de reconocimiento y de pesar.

—Os doy las gracias — dijo al abate Girard—; pero mi religión me prohíbe que el perdón de Dios me lo transmita un sacerdote que no pertenece a la comunión romana... Sin embargo, necesito un confesor — añadió con apacible y tímida humildad—, porque soy gran pecadora. Pero voy a recibir un gran sacramento.

—Sí, el martirio — repuso en voz baja el cura de Saint-Landry, y se retiró saludando.

El abate Lambert, joven de noble figura, de aspecto más militar que sacerdotal, de acrisolado republicanism y de fe sincera, aunque alterada por las tempestades del tiempo, mantúvose a respetuosa distancia, detrás de sus colegas. Contempló silencioso esta terrible expiación de la dignidad real y salió admirado de las lágrimas que surcaban sus mejillas.

El abate Lothringer obtinóse en ofrecer su ministerio. Era hombre piadoso por convicción, servicial, limitado de inteligencia y que ejercía el sacerdocio como oficio, con agitado y vanidoso celo; y asistía en los calabozos a cuantos sentenciados le era posible. Tal fué el único consolador que la Providencia deparó en sus últimos momentos a la mujer más necesitada de consuelo.

Mucho importunó el abate Lothringer, pero no consiguió que la reina doblase la rodilla ante él. Sola elevó sus preces; sola se confesó a Dios. No poseía la apacible y viva fe de Luis XVI para fortalecerse en su último momento. Su alma era más apasionada que piadosa. La atmósfera del siglo XVIII que respiró, las

distracciones de sus costumbres mundanas, y algo después las agitaciones del trono e intrigas políticas, evaporaron la religión de su alma, demasiado combatida por las tempestades del mundo, para que conservara impresos los pensamientos consagrados a Dios. Durante mucho tiempo, la religión fué para ella una manifestación política, una etiqueta de la corona, cuya degradación humillaría la corte y debilitaría el trono. Sólo la encontró en el fondo del abismo de sus desgracias. El ejemplo de la fe de Luis XVI y de su hermana fueron como un piadoso contagio para su alma; pero esta fe de imitación y de deseo no alcanzó nunca en ella el estado de seguridad y de beatitud que cambia las tinieblas en luz y la muerte en apoteosis. A María Antonieta le asistía únicamente la resolución de morir como cristiana, fe en la que murió su esposo, fe en la que vivía su angelical hermana, de allí a poco madre de sus hijos. Esta hermana la deparó secretamente un consuelo, que su alma ascética consideraba una necesidad para su salvación. Era el número y piso de una casa de la calle de San Honorato, por donde pasaban los ajusticiados, en la que en el día y a la hora de la ejecución estaría un sacerdote católico para absolverla y bendecirla en nombre de Dios; bendición invisible para el pueblo. La reina confiaba en este sacramento para morir en la fe de sus mayores y reconciliarla con el Cielo.

XXIII

Después de orar y escribir, durmió la reina apaciblemente durante algunas horas, y, al despertar, la vistió y peinó la hija de Bault, con más esmero que de ordinario. Desnudóse la reina del vestido negro que usaba desde la muerte de su esposo, para vestirse otro blanco, símbolo de inocencia para la tierra y de alegría para el Cielo. Un pañuelo también blanco cubría sus espaldas, y una gorra, igualmente blanca, su cabeza. Una cinta negra que sujetaba la gorra a las sienes, recordaba al mundo su luto, a la reina su viudedad, y al pueblo su crimen.

Numerosos espectadores ocupaban las ventanas, los parapetos, los tejados y los

árboles. Bullían en las rejas y hasta en los zaguanes de las casas un tropel de mujeres furiosas contra la *austriaca*. Flotaba en el Sena una pálida niebla de otoño, que, a trechos, permitía que los rayos del sol hiriesen los techos del Louvre y del Palacio Real. A las once, los gendarmes y ejecutores entraron en la sala de los sentenciados. La reina abrazó a la hija del alcaide, y se cortó los cabellos. Se dejó atar las manos sin murmurar y salió con paso firme de la Conserjería, sin dejar entrever ninguna debilidad, ningún desfallecimiento, ningún estremecimiento, ninguna palidez en las facciones. La naturaleza obedecía a la voluntad y le prestaba la energía necesaria para morir como reina.

Al bajar la escalera del patio, vió la carreta de los ajusticiados, a la que se dirigían los gendarmes. Se detuvo como para cambiar de dirección, expresando horror y sorpresa, porque había creído que el pueblo disfrazaría el odio con la decencia, y que, como al rey, la conduciría un coche cerrado. Dominado este movimiento, inclinó la cabeza en señal de aceptación, y subió a la carreta. A pesar de no haber admitido sus ofertas, el abate Lothringer colocóse detrás de ella.

A los gritos de: ¡Viva la República! ¡Plaza a la *austriaca*! ¡Plaza a la viuda de Capeto! ¡Abajo la tiranía!, que lanzaba la multitud, desfiló el acompañamiento. El cómico Grammont, ayudante de campo de Ronsín, iniciaba los gritos, blandiendo el sable y abriéndose paso atropellando a la gente con su caballo. La carreta daba vaivenes a causa del mal piso, y la reina no podía apoyarse por tener las manos atadas; pero procuraba guardar el equilibrio y una actitud llena de dignidad.

—¡No son tus cojines de las Tullerías! —le decían algunos infames.

Las voces, las miradas, las risas y los gestos del pueblo humillaban a María Antonieta, cuyas mejillas pasaban alternativa y continuamente de la púrpura a la palidez, revelando el hervor y la paralización de su sangre. A pesar del cuidado que puso en su última *toilette*, deshonraban su rango el desarreglo de su ropa, la grosera y común tela y los magullados pliegues. Los bucles de sus ca-

bellos le caían por debajo de la gorra, y el viento hacía que le azotasen el rostro. Sus secos e hinchados ojos revelaban los accesos de un dolor que carecía ya de lágrimas, y alguna vez mordíase el labio inferior, para acallar el grito de su dolor agudo.

Cuando atravesó el Puente del Cambio y los tumultuosos barrios de París, el silencio y la actitud de la muchedumbre revelaron que allí había otra clase de gente. Si no se veían señales de compasión, no podía por lo menos dudarse de que aquel pueblo estaba consternado. Las facciones de María Antonieta recobraron la calma y uniformidad de expresión que les habían robado los ultrajes del populacho, y en esta actitud recorrió toda la calle de San Honorato. Vanamente se esforzaba el sacerdote en llamar su atención con palabras que parecía rechazar, paseando las miradas por las fachadas de las casas, por las inscripciones republicanas, y por las costumbres y aspecto de la capital, que tanto se había transformado durante los últimos diez meses. Sus ojos se fijaban con especialidad en los pisos superiores, donde flotaban banderolas tricolores, emblema del patriotismo.

El pueblo creía, y con él algunos escritores, que estos signos exteriores del republicanismo fijaban su atención; sus ojos buscaban entre estos testimonios de su caída otro signo de salvación. Se acercaba a la casa que le indicaron en el calabozo, y buscaba la ventana de la que debía descender la absolución del disfrazado sacerdote. Cerró los ojos, inclinó la frente y se humilló bajo la mano que la bendecía, e impedida por las ligaduras de las manos, hizo con tres movimientos de cabeza el signo de la cruz sobre su pecho. Los espectadores creyeron que oraba sola y respetaron su arrobamiento. Desde aquel momento reflejaron en su rostro una alegría interior y un consuelo secreto.

XXIV

Al entrar en la plaza de la Revolución, los jefes del acompañamiento ordenaron que se acercara lo más posible la carreta al Puente Giratorio, y que se detuviera un instante frente a la entrada del jar-

dín de las Tullerías. María Antonieta volvió la cabeza hacia el palacio, y contempló el odioso y querido teatro de su grandeza y de su caída. Algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos, sin duda porque en la agonía entrevió el pasado. La condujeron al pie del cadalso y la ayudaron a bajar de la carreta sosteniéndola por los codos el sacerdote y el verdugo. Subió las escaleras con majestad, y, colocada ya en el cadalso, pisó inadvertidamente el pie del ejecutor, que exhaló un gemido.

—Perdonadme — le dijo la reina, con igual timbre de voz que hubiera empleado para uno de sus cortesanos. Luego se arrodilló y oró un momento, y, cuando hubo terminado, se levantó y dijo, mirando las torres del Temple:

—Otra vez mi labio se despidió de vosotros, hijos míos; voy a reunirme con vuestro padre.

No intentó como Luis XVI justificarse ante el pueblo y enternecerle con su memoria. Su fisonomía, como la de su esposo, no reflejaba la anticipada mansedumbre del justo y del mártir, sino el desdén hacia los hombres y la justa impaciencia de abandonar la vida. No se elevaba al Cielo, pero huía de la tierra legándole su indignación y remordimientos.

Acometió al verdugo, más conmovido que la reina, un estremecimiento que hizo vacilar su mano al desprender el hacha. Cayó la cabeza de la reina. El ayudante del verdugo la agarró por los cabellos, dió vuelta al cadalso, y, levantándola con la mano derecha, la mostró al pueblo. Un grito de ¡Viva la República! saludó a esta muda y ya insensible cabeza.

La Revolución se creyó vengada, pero realmente sólo estaba mancillada. Aquella sangre de mujer empañaba su gloria sin afirmar su libertad. A París conmovió menos la ejecución de María Antonieta que la del rey. La opinión afectó indiferencia por una de las más odiosas ejecuciones que consternaron la República. El suplicio de una reina y de una extranjera, en medio del pueblo que en otro tiempo la adoptó, no tuvo ni aun la recompensa de los fines trágicos: los remordimientos y la compasión del reino.

XXV

Así murió esta reina, que fué frívola en la prosperidad, sublime en el infortunio, intrépida en el cadalso, e ídolo de una corte diezmada por el pueblo, durante mucho tiempo objeto de amor, más tarde ciego consejero de la corona, y, por último, enemigo viviente de la Revolución. La reina no supo prever, ni comprender, ni aceptar la Revolución; sólo supo irritarla y temerla. El pueblo la hizo blanco de toda la ira que profesaba contra el antiguo régimen, personificando en ella los escándalos y las traiciones de las cortes. Dueña de su esposo por su belleza y por su valor, lo envolvió en su impopularidad y lo arrastró a la ruina. Su vacilante política, que se amoldaba a las impresiones del momento, ya tímida como la retirada, ya temeraria como la victoria, no supo avanzar ni retroceder a tiempo, y degeneró en intrigas con la emigración y con el extranjero. Favorita encantadora y peligrosa de una vieja monarquía, careció del antiguo prestigio de la corona, y del respeto del nuevo reinado, la popularidad. Su misión única fué fascinar, extraviar y morir. La poca fuerza de su alma la excusa; la hace inocente la embriaguez de su belleza y juventud, y la ennoblece la grandeza de su valor. No se la puede juzgar sobre el cadalso, o, mejor dicho, condolerse es juzgarla. Pertenecía al número de los recuerdos que desarman la severidad política del historiador; recuerdos que se evocan piadosamente y que no se juzgan como debe juzgarse a las mujeres, sino con las lágrimas.

La historia, cualquiera que sea su opinión, las derramará abundantes sobre aquel cadalso. ¡Sola contra todos, inocente por el sexo, sagrada por el título de madre, una mujer indefensa, inmolada en tierra extranjera por un pueblo que nada perdona a la juventud, a la belleza, al vértigo de la adoración! ¡Llamada para ocupar el trono por el pueblo que ni siquiera le concede una tumba! En el libro de registro de los entierros comunes de la Magdalena, se lee lo siguiente: *Por una losa para la viuda de Capeto, 7 francos.*

Tal es el resumen de una vida de reina y de las enormes sumas gastadas durante un reinado, pródigo en placeres, por la esplendidez y generosidades de una mujer dueña de Versalles, Saint-Cloud y Trianon. Cuando la Providencia desea hablar a los hombres con ruda elocuencia de las vicisitudes reales, dice más con un solo signo que Séneca o Bossuet con sus magníficos discursos, e imprime una cifra insignificante en el libro de un sepulturero.

LIBRO XLVII

Sesión del 3 de octubre de 1793 en la Convención.—Informe de Amar.—Decretos de acusación contra los girondinos.—Los setenta y tres diputados de la Llanura son acusados de sospechosos y reducidos a prisión.—Proceso de los veintidós girondinos.—Su condena.—Su última comida.—Su ejecución.—Juicio crítico acerca del partido girondino.

I

El relato del proceso y muerte de María Antonieta, que no hemos querido interrumpir, nos obliga a retroceder hasta el 3 de octubre, con objeto de dar a conocer el ulterior destino de los girondinos.

Desde el 2 de junio, día de la caída y prisión de sus principales oradores, los girondinos eran el resentimiento constante del pueblo de París, más sediento que satisfecho de venganzas. El comité de Salvación pública encargó a Amar, uno de sus miembros más inflexibles, que entregara al tribunal los jefes principales de este partido, que habían sido reducidos a prisión el 31 de mayo, y que publicara la acusación de los setenta y tres diputados del centro sospechosos de complicidad moral con la Gironda, y que protestaron el 6 y 19 de junio en un acto de arrojo público contra la violencia del pueblo y mutilación de la representación nacional. Un profundo misterio envolvió las medidas del comité, que procedió en este asunto, como el tribunal de los Diez en Venecia, asegurando por medio del disimulo y del silencio las víctimas que temía perder.

II

El 3 de octubre, una de las encantadoras mañanas de otoño en que la serenidad del cielo parecía invitar a los hombres a la libre contemplación de los últimos y hermosos días de una estación próxima a desaparecer, los setenta y tres diputados del centro, restos siempre amenazados y siempre inquietos del partido de Roland, de Vergniaud y de Brissot, al presentarse en la sesión de la Convención, quedaron asombrados ante el inusitado aparato de fuerzas desplegado en derredor de las Tullerías. Las tribunas públicas de la sala estaban más concurridas que de ordinario. Una sorda agitación y atenta impaciencia se traslucían en las conversaciones, movimientos y fisonomías. La ansiedad parecía agobiar con todo su poder a los diputados que lentamente iban ocupando sus asientos. Hubiérase dicho que la Montaña y el pueblo habían recibido la siniestra confianza de la trágica escena que iba a desarrollarse. Los setenta y tres se miraban sin comprenderse y se preguntaban, sin poder contestar, qué nuevo acto de tiranía había sido fraguado en la obscuridad de la noche en los senos de los comités.

III

Un diputado de la Montaña abandonó su asiento, subió a la tribuna y anunció que el relator del comité de Seguridad pública general, Amar, debía llegar prontamente para leer el dictamen respecto a los girondinos que estaban presos desde el 8 de julio. Para calmar la impaciencia de los espectadores, hizo el ademán de ojear y ojeó las piezas comprobantes del dictamen, llevadas con anticipación a la tribuna y que contenían la vida o muerte, todavía dudosas, de tantos proscritos. Amar no tardó en presentarse. Era una de esas personas, moderadas de carácter cuando los tiempos son tranquilos y cuya moderación no es peligrosa, pero que cambian por el servilismo y violencia en los tiempos extremos. Amar, antiguo noble del parlamento de Grenoble, combatió al principio la Montaña,

pero trató después de calmarla, presentándole culpables que castigar, a fin de que olvidara las sospechas y resentimientos que sobre él pesaban. Su extenso y calumnioso dictamen era el resumen de todos los rumores contradictorios propagados contra los girondinos por sus enemigos, y concluía así:

«1.º Por declarar culpables de conspiración contra la unidad e indivisibilidad de la República a los diputados Brissot, Vergniaud, Gensonné, Duperret, Carrá, Mollevault, Gardián, Dufriche-Valazé, Vallée, Duprat, Sillery, Condorcet, Fauchet, Pontecoulant, Ducós, Boyer-Fonfrede, Lasource, Lesterpt-Beauvais, Isnard, Duchastel, Duval, Deverité, Mainvielle, Delahaye, Bonnet, Lacaze, Mazuyer, Savary, Gamón, Lehardy, Boileau, Rouyer, Antiboul, Bressón, Noel, Coustonard, Andrei (de Córcega), Grangeneuve, Vigée y Felipe Igualdad, antes duque de Orleáns, olvidado un momento, solicitado nominalmente por Billaud-Varennes y concedido por aclamación general.

»2.º Por declarar traidores a la patria, conforme al decreto del 8 de julio, a los diputados girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Gorsás, Lanjuinais, Salles, Louvet, Bergoing, Pethión, Guadet, Chasset, Chambón, Lidón, Valady, Kervelegán, Enrique Lariviere, Rabaut-Saint-Etienne, Lesage, Cussy, Meilhan y Biroteau.»

El relator suspendió la lectura de las conclusiones, después de estos dos artículos, y los miembros del centro, cómplices de la política de los diputados de la Gironda presos o proscritos, respiraron creyéndose olvidados o amnistiados. Nada les había revelado en las confidencias de sus colegas de comité que la guillotina les amenazase tan de cerca. Resignábanse dolorosamente a la proscripción o al suplicio de los jefes de una opinión que no podían salvar otra vez, ¡y procuraban ocultarse y confundirse en los asientos de la Convención, sobrecojidos por el temor de que, al oír sus nombres, se acordase el pueblo de que le habían ofendido y de que vivían aún! Al oír las primeras frases del dictamen de Amar, habían salido algunos furtivamente de la sala, temiendo, por un vago presentimiento, que la extensa red de acusación arro-

jada por el órgano del comité de Seguridad general, se extendiera hasta ellos y los cogiera en los bancos; los demás que habían permanecido en su sitio felicitábanse ya interiormente de no haber provocado la sospecha.

Pero esta ilusión duró pocos minutos. Amar tomó nuevamente con mano impasible las hojas de la segunda parte del dictamen, y pidió, antes de leer, que se cerrasen las puertas y que nadie pudiera moverse ni aun de las tribunas. Los recelosos votaron como los demás esta proposición, para no revelar que la temían. Amar continuó:

«Los firmantes de las protestas de 6 y 19 del último junio (contra el 31 de mayo respecto a expulsión de los girondinos), que se sometan al poder del tribunal revolucionario, quedarán arrestados y sellados todos sus papeles. El comité de Seguridad general presentará más tarde un dictamen respecto a ellos.»

Principió a leer los nombres de los setenta y tres diputados, haciendo entre nombre y nombre una larga pausa, que dejaba en el alma de todos la esperanza de ser olvidados, o el terror de escuchar su nombre. He aquí los que oyeron la sentencia de su inmediata proscripción y próxima muerte en boca de Amar: Cazeneneuve, Laplaigne, Chasset, Defermón, Rouault, Girault, Chastelín, Dugué d'Assé, Lebreton, Dussaulx, Couppé, Saurine, Queinnet, Salmón, Lacaze mayor, Corbel, Guiter, Ferroux, Bailleul, Ruault, Obelín, Babey, Blad, Maisse, Peyre, Bohán, Fleury, Vernier, Grenet, Aymón, Laurenceot, Jarry, Rabaut, Fayolle, Aubry, Ribereau, Derazey, Mazuyer (de Saone-et-Loire), Vallée, Lefebvre, Olivier Gerente, Royer, Duprat, Garilhe, Delleville, Varlet, Dubusc, Savary, Blanquí, Massá, Debray-Doublet, Delamarre, Faure, Hecquet, Deschamps, Lefebvre (del Sena inferior), Serre, Laurence, Saladín, Mercier, Daunou, Peries, Vincent, Tournier, Rouzet, Blaux, Blaviel, Marboz, Estadenz, Bressón (de los Vosges), Moyssset, Saint-Prix y Gamón.

El decreto de acusación fué aprobado sin discusión. Algunos de los diputados en él comprendidos quisieron reclamar, pero la impaciencia ahogó sus voces, y se acorralaron silenciosamente como un re-

baño destinado al matadero en el estrecho recinto de la barra, circuido por una barandilla. Algunos miembros de la Montaña pidieron con insistencia la unión de los nombres de sus enemigos a la lista de los proscritos. Encerróse, después de esta larga sesión, a los diputados designados, en las cárceles de París y particularmente en la Force, y se pidió a grandes gritos que este proceso fuese enviado, juntamente con el de los girondinos, al tribunal revolucionario. Su fallo era la muerte. Robespierre puso en juego con más valor que nunca su influencia para libertarlos del cadalso, sin temor a los gritos del pueblo, y sin contradecir a sus colegas del comité para substraer a sus setenta y tres compañeros a la avidez de los enemigos. El porvenir demostró que los reservaba para servir de contrapeso a la omnipotencia de la Montaña en el momento que pretendiera dominar por sí solo la Convención. Mereció este juicio más tarde, aun a los que lo creían el secreto inspirador de la proscripción. El diputado girondino Blanquí, uno de los setenta y tres detenidos en la Force, había mantenido relaciones personales con Robespierre en el comité de instrucción pública. Escribióle quejándose del indigno trato de que tanto él como sus compañeros eran objeto en los calabozos, como también para reprocharle la violenta desmembración de la representación nacional. Robespierre se atrevió a responder a Blanquí, pero lo efectuó en términos vagos y oscuros, que dejaban entrever sentimientos humanos, esperanzas de libertad y promesas de oculta protección que se realizarían en lo sucesivo en beneficio de todos los detenidos. Blanquí y sus compañeros de cárcel dedujeron de estas circunstancias que su proscripción era una concesión de Robespierre más que una incitación, y que pretendía unirlos por reconocimiento a sus futuros designios. La suerte de los diputados encarcelados desde el 31 de mayo se había aclarado por la relación de Amar: podían presentirla hacia largo tiempo.

No se levantaba el cadalso en París sin que la multitud no deseara ver subir a él a los girondinos. El comité de Salud pública no se atrevió a dejar sustentar por más tiempo esta queja contra su pre-

tendida debilidad en mano de los exaltados de la Montaña y de la corporación municipal. Los jacobinos habían robado a los girondinos la cabeza de Luis XVI; la demagogia de Hebert, de Pache, y de Audouin, obligaba a los jacobinos a dar a la República, como prenda de fidelidad, la cabeza de treinta y dos de sus colegas. Robespierre cedió con pesar, y Garat, ministro todavía del Interior, fué a conjurarle para que salvase los presos.

—No me habléis de ese asunto — contestó Robespierre—; no me es posible salvarlos. En las revoluciones hay días en que es crimen vivir, y es necesario saber entregar la cabeza cuando la piden. ¡Quizá quieran también la mía! — añadió, llevándose las dos manos a los cabellos como quien coge un fardo de sus espaldas para arrojarlo al suelo—. ¡Vos veréis si la disputo!

Garat retiróse consternado.

IV

Vergniaud, Gensonné, Ducós, Fonfrede, Valazé, Carrá, Fauchet, Lasource, Sillery, Gorsás y sus colegas habían permanecido presos voluntariamente en París. Condorcet se substraía, a tiempo, a las pesquisas de la corporación municipal y al decreto de acusación lanzado contra él; Roland se había ocultado en las cercanías de Ruán, después del encarcelamiento de su esposa; Brissot, a quien la opinión pública consideraba como el jefe de esta facción, de la que había sido el publicista y la que había tomado su nombre, evitó el arresto con la fuga. Llegó a Chartres, su patria, y no encontrando allí ningún amigo, salió de la población solo, a pie, disfrazado y procurando ganar, a través de campos y caminos extraviados, las fronteras de la línea o los departamentos del Mediodía. Con un pasaporte falso, divagó Brissot sin ser reconocido por una parte de Francia, comiendo y pernoctando en las cabañas y continuando de día su camino al través de los campos, vestidos entonces con encantadora vegetación. Experimentó nuevamente ante el aspecto del puro cielo, de los floridos campos y solitarios bosques de las orillas del Loira, la pasión hacia la naturaleza, el vértigo por

la soledad, que las tempestades políticas no habían podido alterar en su alma, y que el destino parecía pretender hacerle saborear más deliciosamente cuando iba a privarle para siempre de aquellos encantos. Reconocido y arrestado en Moulins, escapó con gran trabajo al furor de los jacobinos de dicha población, siendo conducido a París y encerrado en los calabozos de la Abadía, donde permaneció más de cinco meses.

V

El encarcelamiento de los demás girondinos, desde el 31 de mayo, sufrió en sus indulgencias y rigores las oscilaciones de la opinión pública. Blando al principio y como avergonzado de sí mismo, se limitó a un confinamiento en las habitaciones de los interesados, bajo la vigilancia de un gendarme. Las ocasiones propicias para evadirse eran frecuentes y fáciles. Reunidos con sus familias, visitados por sus amigos, servidos por sus criados, provistos de oro y falsos pasaportes, parecía invitarlos a la fuga con estas medidas de tolerancia, porque la Montaña estaba más confusa que celosa de tales víctimas; pero, después de los contratiempos del ejército del Norte, de los sucesos de la Vendée, de las insurrecciones del Calvados, de Marsella, de Lyon y de Tolón, después de la proclamación del terror, de la ejecución de Custine, del suplicio de la reina y de la ley sobre los sospechosos, empezó a estrecharse el encarcelamiento. Se les había encerrado en la Abadía, después en el Luxemburgo, y, por último, en los Carmelitas, donde se reunieron con otros para sufrir una suerte común.

Confundidos durante largo tiempo con los sospechosos de federación o realismo, los girondinos se habían encontrado asociados allí por la casualidad, ciega vengadora de los vencidos y vencedores, con las víctimas de su política, colocando bajo un mismo techo a los del 10 de agosto, a los amigos de Lafayette y de Dumouriez, a los partidarios de la monarquía, a los reguladores de la revolución, a los nobles, a los sacerdotes, a los magistrados, a los Barnave, los Bailly y los Malesherbes. La neutralidad de los

calabozos había originado entre los presos esos extraños roces de situación que son, a veces, la venganza y siempre la lección de las revoluciones. Se vieron y hablaron no sin sorpresa, pero sin recriminaciones ni odio. La adversidad parecía redimir los partidos.

Sin embargo, los girondinos, inflexibles en su republicanismo, conservaban la actitud revolucionaria de su primera índole. No afectaban ni arrepentimiento de opiniones, ni humillación por la caída, y confundíanse con la Convención en los actos de energía patriótica y de severidad contra los realistas.

Formaban en las cárceles una sociedad aparte y un grupo distinto que no era una ruptura, pero sí un cisma con la República. Sus nombres, su celebridad, su juventud, su elocuencia inspiraban curiosidad a los enemigos, respeto a los presos, y atención a los carceleros. Algo de su carácter de representantes del pueblo, de su prestigio y de su poder les había acompañado hasta los calabozos, y hasta en éstos parecían reinar por la memoria o la admiración que les rodeaba.

VI

Cuando se decidió juzgarlos, se estrechó nuevamente su encarcelamiento, siendo encerrados durante algunos días en el espacioso convento de los Carmelitas, calle de Vaugirard, convento convertido en cárcel, siniestra por los recuerdos y sangrientas huellas de las matanzas de septiembre. Las habitaciones inferiores de esta cárcel, llenas ya de detenidos, no dejaban a los girondinos más que un reducido espacio, consistente en un oscuro corredor y tres celdas que se comunicaban entre sí. Una escalera oculta por un ángulo del edificio conducía del patio a esta especie de buhardillas, y una sola y maciza puerta daba entrada a estos calabozos. Cerrada desde 1793, se ha abierto para nosotros, desenterrándonos las celdas y patentizando la imagen y pensamientos de los cautivos, intactas desde el día en que las dejaron para marchar a la muerte. Ningún paso, ninguna mano, ningún insulto del tiempo ha borrado sus vestigios. Los pensamientos escritos de los presos de todos los partidos

de la República, aparecen allí confundidos con los de los girondinos. Los nombres de los amigos y enemigos, de los verdugos y de las víctimas, se encuentran unidos en el lienzo de una misma pared.

VII

Sobre la cornisa de la primera puerta leíase en letras de molde la inscripción que figuraba en todos los monumentos públicos de aquella época: *La libertad, la igualdad o la muerte*. Entrábase en seguida en una celda bastante espaciosa, que servía de sala común y en la que los presos se reunían para conversar y comer. A la izquierda existe una obscura buhardilla en la que dormían los más jóvenes. A la derecha, una puerta daba entrada a un aposento algo más espacioso que el primero y que servía de dormitorio común. Estas dos habitaciones, cuyo techo inclinado reduce el cielo raso por el lado de la pared exterior, reciben la luz por medio de dos ventanas sin barrotes que dan al inmenso jardín y terrenos que lindan con los Carmelitas. Las miradas se pierden al pronto en el jardín, fijándose en un surtidor que parecía lavar eternamente la sangre de los sacerdotes sacrificados en derredor de su pila, extendiéndose luego sobre un inmenso horizonte al norte y oeste de París. El cielo aparece recortado únicamente por el campanario que asoma junto al Luxemburgo, por la cúpula de los Inválidos que se ve al frente, y a la izquierda por dos torres de una iglesia medio demolida. El día, la luz, el silencio y la serenidad, de aquel horizonte, entraban a torrentes en aquellos altos aposentos y presentaban a los presos las imágenes del campo, las ilusiones de la libertad y la apacibilidad de los ensueños. Las paredes y cielos rasos, cubiertos de grosera argamasa, ofrecían a los encarcelados, en vez de papel, de que se les acababa de privar después de su traslación, páginas de piedra en que podían grabar sus últimos pensamientos con las puntas de sus cuchillos, o expresarlos con dibujos. Estos pensamientos, expuestos generalmente en máximas breves y proverbiales, o

en versos latinos, lengua inmortal, cubren hoy todavía la argamasa, haciendo de estas paredes la última distracción y la suprema confianza de los girondinos. Escritas casi todas con sangre, todavía conservan su color. Parecen imprimir en las miradas que las descifran un no sé qué del hombre que las ha escrito con su jugo y con su vida. Es el martirio de los primeros republicanos atestiguado con su propia mano y con su sangre propia. Ninguno revela pesar ni debilidad. Los ayes de la desgracia no enervan la convicción. La mayor parte son un himno a la constancia, un reto a la muerte y un llamamiento a la inmortalidad. Algunos nombres de sus perseguidores aparecen mezclados con los de los girondinos. Aquí se lee:

Cuando Catón no pudo salvar la libertad de Roma, murió libre.

En otra parte:

*Justum et tenacem propositi virum
Non civium ardor prava juventium
Non vultus instantis tyranni
Mente quatit solidâ.*

En sitio más elevado:

*Cui virtus non deest
Ille
Nunquam omnino miser.*

Otra más abajo:

La verdadera libertad es la del alma.

Junto a esta inscripción hay otra religiosa, debida, al parecer, a la mano de Fauchet:

Recordad que sois llamados, no para hablar ni permanecer ociosos, sino para sufrir y trabajar.

(Imitación de Jesucristo.)

Sobre otro lienzo de pared, el recuerdo a un nombre amado que no se quiere confiar ni a la muerte.

Muero por...

(Montalembert.)

En la viga :

*Dignum certe Deo spectaculum fortem
virum colluctantem cum calamitate.*

Encima :

*¡Qué consuelo más celestial experi-
menta el alma en la suprema desgracia!
Cuento por mi parte con la virtud, la
equidad, con el mismo Dios.*

Debajo :

*No es más puro el día que el fondo de
mi corazón.*

Sobre una ventana :

*Cui virtus non deest,
Ille.*

Nunquam omnino miser...

*Rebus in arduis facile es contemnere vi-
[tam.*

Dulce et decorum pro patria mori.

Non omnis moriar.

*¡Summum credo ne fas animam præferre
[pudori!*

Con gruesos caracteres trazados con
sangre por la mano de Vergniaud :

Potius mori quam fædari.

Y, en fin, numerosas inscripciones indefinibles, iniciales, estrofas y pensamientos no concluidos, revelan todo el valor de aquellos hombres alimentados con los sentimientos de la antigüedad, y que buscaban consuelo, no en la esperanza de la vida, sino en la contemplación de la muerte. Aquellas paredes, como las víctimas que han encerrado, sudan sangre, pero no derraman lágrimas.

VIII

Transportaron a los girondinos durante la noche a la Conserjería, que fué su última cárcel. La reina permanecía aún cautiva, de manera que el mismo techo cobijaba a la reina destronada y a los hombres que la habían precipitado al 10 de agosto, la víctima de la dignidad real y las víctimas de la República. Allí se

reunieron con Brissot, que permanecía hacía mucho tiempo solo en la Abadía, y con los colegas y amigos que habían sido conducidos desde el Mediodía o la Bretaña para ser juzgados juntamente con ellos.

Destinóseles una parte de cárcel diferente, pero los calabozos estaban tan contiguos, que en uno solo había diez y ocho camas. Comunicábanse únicamente con los demás presos en los patios durante las largas horas de ociosidad, y paseo. La imposibilidad de que se evadiesen a través de muros, de triples puertas, de barrotes de hierro, de cerrojos y de centinelas, dulcificaba el régimen de la incomunicación, en el que habían estado sumidos durante algún tiempo. Ahora se les permitía tinta y papel, leían los periódicos y hablaban por la puerta del calabozo con sus esposas, hijos y amigos, pudiendo cambiar con ellos algunas palabras entrecortadas, algunos apretones de mano, algunas miradas de inteligencia y lágrimas, consuelo y suplicio que ofrecen las entrevistas del preso con las personas queridas. Por la misma puerta veía Brissot, de vez en cuando, a su esposa, que levantaba en brazos a su hijo para que abrazase al padre; pero la mayor parte de los presos eran jóvenes sin familia en París, unidos por nudos secretos a mujeres que no llevaban sus nombres, que no podían confesar su amor ni su dolor, y que sólo a fuerza de astucias y disfraces podían enviar un escrito, un suspiro o una mirada a los que amaban.

El cuñado de Vergniaud, señor Alluau, llegó de Limoges para entregar una corta cantidad de dinero al preso, que estaba en estado de completa desnudez, trayendo en su compañía a su hijo, niño de diez años, cuya fisonomía recordaba al preso la imagen de su querida hermana. El niño, al ver a su tío preso como un asesino, el rostro enjuto, la tez pálida y los vestidos sucios y usados, se arrojó atemorizado y llorando entre las rodillas de su padre.

—Hijo mío — le dijo el preso tomándole en brazos—, tranquilízate y mírame bien; cuando seas hombre, podrás decir que has visto a Vergniaud, el fundador de la República, en el tiempo más bello y con el traje más glorioso de su vida: el

tiempo en que sufría la persecución de los traidores, o en que se preparaba a morir por los hombres libres.

Acordóse, en efecto, el niño, y cincuenta años después repetía las palabras citadas al autor de estas líneas.

IX

En las horas de reunión en el patio, se apresuraban los otros presos a rodear a los girondinos para contemplarlos y escucharlos. Sus conversaciones giraban sobre los sucesos del día, sobre los peligros de la patria y sobre los males de la República. Hablaban como hombres que no tenían que moderarse y que veían ensangrentar y deshonorar su obra. Su elocuencia, que nada había perdido de su patriotismo, tomaba bajo estas bóvedas algo de la previsión e impasibilidad celeste. Su voz imparcial parecía salir de las tumbas. Brissot leía a sus colegas las páginas que, como justificación, legaba al porvenir. Sentía constantemente que la libertad que había ido a contemplar entre un pueblo virgen, en los bosques de América, donde las virtudes más puras la naturalizan, tuviese necesidad de alimentarse de sangre y veneno entre un pueblo gastado y corrompido como el nuestro, donde es necesario crear hasta el hombre para regenerar las instituciones humanas. Gensonné conservaba en los labios la acritud del sarcasmo, la sal corrosiva de su palabra y se vengaba de la persecución despreciando a los perseguidores. Lasource iluminaba con los destellos de su ardiente imaginación los abismos de la anarquía, consolándose al ver la caída de su partido en una conflagración europea; su alma mística creía distinguir constantemente el dedo de Dios escribiendo la ruina de la sociedad. Carrá soñaba con nuevas combinaciones y distribuciones de territorios entre las potencias europeas. Dibujaba sobre el globo el mapa de la libertad y tomaba las quimeras de su fantasía por el talento del hombre de Estado. Fauchet se santificaba ante sus colegas, acusándose con sincero y firme arrepentimiento de haber abandonado la fe de su juventud, y demostrando que sólo la religión puede guiar los pasos de la libertad. Gozaba dando a

su muerte próxima el carácter de un doble martirio: el del sacerdote que se arrepiente y el del republicano que persevera. Sillery callaba, encontrando más digno el silencio que la queja en momentos tan supremos, amparándose, como Fauchet, en las creencias y prácticas religiosas. Se separaban a menudo de sus colegas para ir a conversar con un venerable sacerdote preso en la Conserjería. Era el abate Emeu, antiguo superior de la congregación de San Sulpicio, de quien decía Fouquier-Tinville: «Le dejamos vivir porque sofoca más quejas o tumultos en nuestras cárceles con su dulzura y consejos que los gendarmes y el miedo de la guillotina.»

Ducós y Fonfrede, jóvenes, y en quienes la cárcel no podía entibiar el ardor de la juventud y la verbosidad del Mediodía, jugaban con la muerte escribiendo versos, afectando la loca alegría de los días tranquilos, no encontrando la gravedad y lágrimas más que en las confidencias de su amistad heroica y en los temores que cada uno de ellos manifestaba respecto al otro. Abrazábanse frecuentemente, permaneciendo con las manos asidas como para apoyarse contra la suerte. Ni los pesares de la inmensa fortuna y extensa perspectiva de días felices, que iban a abandonar, ni el recuerdo de sus dos jóvenes esposas a quienes amaban y cuya próxima viudez presentían, les hacía, al parecer, arrepentirse del sacrificio de la vida que ofrecían a la patria y a la libertad.

Sin embargo, Fonfrede, ocultándose de Ducós y hablando con el joven Riouffe, dejó escapar un torrente contenido de dolor y de lágrimas hablando de su esposa y de sus hijos. Advirtiéndolo Ducós, acercóse e interrogando con vivacidad a Fonfrede, dijo con tono de tierna reprensión a su cuñado:

—¿Qué te ocurre? ¿Qué me ocultas?

—Nada... era éste que me hablaba y que me ha enternecido — contestó Fonfrede, señalando a Riouffe.

Ducós no lo creyó, y ambos amigos, abrazándose, secaron sus lágrimas para ocultarlas.

Valazé veía acercarse la muerte como el cumplimiento del sacrificio que de la vida había hecho a la patria. Sabía que

para progresar las nuevas doctrinas, era necesaria la sangre de los primeros apóstoles, y se felicitaba interiormente al dar la suya. Tenía el fanatismo de la adhesión y la impaciencia del martirio. Su fisonomía, radiante de inmortalidad en los calabozos, atestiguaba en su persona el anticipado placer de la muerte cuyo cumplimiento deseaba adelantar en vez de evitarlo.

—Valazé — le decían sus compañeros de desgracias—, os castigarían si no os condenasen a muerte.

Valazé sonreía, al oír esto, como se sonríe aquel cuyo pensamiento se ha adivinado.

Algunas horas antes del proceso, entregó al joven Riouffe unas tijeras que hasta entonces había ocultado, diciéndole con un tono irónico que aquél no comprendió hasta más tarde:

—¡ Dicen que esta arma es peligrosa, y se teme que atentemos a nuestros días!

Llevaba sobre sí un arma más segura; sus palabras eran una burla socrática lanzada a los verdugos.

X

Vergniaud, ni afectaba la loca alegría de sus jóvenes amigos Ducós y Fonfrede, ni la gravedad de Lasource, ni el ansia de morir de Valazé, ni la laboriosa preocupación de Brissot para justificar ante la posteridad su memoria. Contemplaba el porvenir con la misma indolencia con que había vivido. Sereno, grave, natural, a veces alegre, pero con más frecuencia pensativo, no escribía, hablaba poco y parecía gastar, sin apresurarse y sin pensar, los días cuya obligada ociosidad no discrepaba en mucho de su carácter. Piloto arrancado del timón durante una tempestad, reposaba sobre el puente en medio de las oscilaciones del buque cuya maniobra había abandonado. Dotado de corazón fuerte, su misma fuerza lo hacía algunas veces demasiado inmóvil, y su genio previsor, pero indolente, evitaba la sensibilidad, teniéndola pocas veces para sí mismo. Comprendía con una sola ojeada, con una sola palabra una situación, y no la juzgaba nuevamente por los detalles. Solo y taciturno en su cama o en

el patio, animaba las conversaciones con uno de esos rasgos de elocuencia que no era menos majestuoso en el calabozo que en la tribuna. Atónitos sus colegas, le aplaudían y le rogaban que escribiera sus improvisaciones para el día en que fuera sentenciado o para la posteridad. Vergniaud no se dignaba recoger estos destellos de genio, pues la elocuencia no era para él un arte, sino su alma, y estaba seguro de llevarla constantemente con él y poder valerse de ella en todas las ocasiones, apreciándola como arma para combatir y no como escudo ante el tiempo y el porvenir. Su evaporado sentimiento no pretendía conservar su inútil eco, y caía nuevamente en el sueño o en la indiferencia.

Hablaba frecuentemente con Fauchet, y, sin participar de su fe, apreciaba las máximas y esperanzas del cristianismo, considerando esta religión como la verdadera filosofía humana envuelta en misterios y mitología, a fin de ser accesible a la debilidad de la eterna infancia del género humano. Respetaba el cristianismo como el fundidor respeta el oro de una medalla adulterada. No deseaba la destrucción, sino la pureza lenta, libre y prudente del culto. «Separar a Dios de su imagen, decía, es la última obra de la filosofía y de la Revolución.» Vergniaud apreciaba mucho más el talento de Fauchet desde que este talento vago y declamador se había vivificado y como santificado por la resurrección del sentimiento religioso en el alma del obispo del Calvados, y por el presentimiento del martirio. Fuera de estas conferencias, la actitud exterior de Vergniaud era la indolencia, pero no la indolencia del hombre frívolo, que, sin saber elevarse hasta la dignidad de su suerte, profana las tres cosas más santas de la vida: la conciencia, el infortunio y la muerte; pero sí la del hombre grave que juzga su situación, la domina y procura distraerse hasta la hora de sacrificar la vida al deber.

Tal era Vergniaud en la cárcel, quien parecía el más impasible de sus compañeros de infortunio, porque era el más reflexivo y superior. La amistad dominaba con ascendiente soberano sobre su alma. La víspera del día en que se vió el proceso de los acusados, arrojó al pa-

tio el veneno que llevaba consigo hacía cinco meses, para morir del mismo modo que sus amigos y acompañarlos hasta el cadalso.

XI

El 22 de octubre se les comunicó el acta de acusación, y el 26 empezó el proceso. Nunca, desde los Templarios, había comparecido ante los jueces un partido entero en las personas de sus jefes más numerosos, más ilustres y elocuentes. La celebridad de los acusados, su largo dominio, el peligro de los momentos, la acritud de la venganza que incita a los hombres al espectáculo de las grandes metamorfosis de fortuna, y que les presta secreta alegría al contemplar los efectos de su caprichosa volubilidad, habían atraído y conservado hasta el fin del proceso una multitud apretujada en el recinto y rededores del tribunal revolucionario. La mayor parte de los jueces y jurados habían sido amigos y clientes de los acusados, y estaban resueltos a declararlos culpables para evitar toda sospecha de complicidad, arrojando al pueblo aquel partido para que lo devorase. Sin embargo, no se atrevían a mirar a los acusados, temiendo encontrar en ellos una amistad, una súplica o una reconvencción. La aglomeración de imponente fuerza armada en la Conserjería y en el Palacio de Justicia, los cañones, la multitud de armas, los centinelas, los gendarmes, los sables desenvainados, todo anunciaba uno de esos procesos públicos en que el juicio es una batalla y la justicia una ejecución.

Al mediodía comparecieron ante el tribunal los acusados, que eran veintiuno. Este número fatal, escrito en la primera tentativa de proscripción, el 31 de mayo, estaba completo todavía, a pesar de la fuga o muerte de varios de los primeros diputados designados como sospechosos en la Convención. Se había procurado completarlo uniendo a los girondinos otros acusados extraños a la facción como Boileau, Mainvielle, Bonneville y Antiboul, para que el pueblo, al ver un número igual, creyera encontrar el mismo complot, detestar el mismo crimen y castigar los mismos conspiradores.

XII

A las once entraron uno a uno, por entre dos hileras de gendarmes en la sala de audiencia, y se sentaron silenciosamente en el banco de los acusados. La multitud, viéndolos al pasar, preguntaba sus nombres y buscaba en sus rostros el sello imaginario de los delitos de que se les acusaba, admirándose de que unas frentes tan jóvenes y unos rostros tan serenos encubrieran tantos asesinatos y perfidias.

El primero en tomar asiento en el banquillo de los acusados fué Ducós. Contaba apenas veintiocho años de edad; su figura juvenil, sus ojos negros y penetrantes y la movilidad de su fisonomía revelaban una de esas naturalezas meridionales en las que la viveza de las impresiones perjudica al juicio: hombres en lo que todo es ligero, hasta el heroísmo. Fonfrede, más joven aún que su cuñado, seguía tras él. Una sombra de grave melancolía cubría su rostro. Lefase en su pensativa fisonomía la lucha interior del amor que une a la vida contra la generosa amistad que voluntariamente le conducía a la muerte. Muchas veces habíanse ofrecido a Fonfrede los medios de evadirse; pero él había contestado siempre a estos ofrecimientos:

—No; sufriré la misma suerte de Ducós. Evadirme solo no sería salvarme, sería perderme.

Prófugo un día de la cárcel, Fonfrede volvió a ella voluntariamente. Estos dos jóvenes girondinos miraban con seguridad a la multitud, y con confianza a los jueces. Ducós y Fonfrede no habían contado, en la Convención y en la comisión de los Doce, ni con el talento de Condorcet y Brissot, ni con la moderación de Vergniaud. Entusiastas y fogosos como la Montaña, habían censurado con frecuencia la flojedad revolucionaria de su partido. Sólo aborrecían en Dantón las manchas de septiembre: su acción y su palabra les arrastraba, y habría sido su jefe si Vergniaud no hubiera existido. Apreciados por la Montaña, que tenía afección a la juventud, confiaban secretamente que los montañeses tendrían en

cuenta sus opiniones en los últimos momentos, pues su única culpa consistía en llevar el nombre de su partido.

XIII

Después de éstos seguía Boileau, juez de paz de Avallón. Hombre débil, llevado casualmente a los bancos de la Gironda, conoció su error ante la muerte, proclamando, con arrepentimiento tardío, las opiniones triunfantes y el patriotismo sin piedad de la Convención. Boileau contaba cuarenta años de edad. Sus miradas solicitaban las de los jueces a quienes parecía decirles: «No me confundáis con mis supuestos cómplices; si no estuviera con ellos, sería su adversario.»

Seguía Mainvielle, joven diputado por Marsella, de veintiocho años de edad, como Ducós, y de una hermosura tan deslumbradora, pero más varonil que la de Barbaroux. Habíase manchado con la sangre de Aviñón, su patria, para arrancarla por la violencia al partido papal y arrojarla a Francia y a la revolución. Acusado por Marat de moderantismo, esta acusación había bastado para confundirlo con la Gironda.

Duprat, su compatriota y amigo, lo acompañaba por idéntico crimen en los calabozos y en el tribunal. Tras ellos entró Antiboul, natural de Saint-Tropez y diputado por el Var, culpable de haberse mostrado humanitario en el proceso de Luis XVI: Antiboul consintió en proscribirlo como a rey, pero no en ajusticiarlo como hombre. Su conciencia era su crimen. En su rostro reflejábanse la calma y la pureza. Más lejos, Duchatel, diputado por Deux-Sevres, de edad de veintisiete años, que se había hecho transportar moribundo a la tribuna arrebujado en una manta para votar contra el *tirano*, por cuyo motivo y traje, le denominaban en la Convención *el espectro de la tiranía*. Su elevada estatura, su marcial actitud y la gracia y nobleza de sus facciones, atraían todas las miradas.

Carrá, diputado de Saone-et-Loire en la Convención, estaba sentado junto a Duchatel. La expresión vulgar y descompuesta de su fisonomía, su cuerpo encorvado, su gruesa y pesada cabeza, sus desaliñados vestidos, que recordaban el

traje de Marat, contrastaban con la estatura y elegancia de formas de Duchatel. Carrá tenía la impaciencia de la gloria en el alma, sin llevarla en el corazón, y se había arrojado en las corrientes de las ideas del tiempo para flotar en la superficie de los acontecimientos; pero que, teniendo en los sentimientos más luces que en la inteligencia, se detuvo cuando vió que estas corrientes lo conducían al crimen, y naufragó voluntariamente en el torrente que había desbordado; tal era Carrá: sabio, fanático, declamador, fogoso en el movimiento y fogoso en la resistencia. Se había refugiado en la Gironda para impugnar los excesos del pueblo, sin renegar de la República. Su periódico había sido el eco de sus doctrinas y de sus elocuentes rasgos. El eco debía morir con la voz.

Duperret, personaje rústico, víctima involuntaria de Carlota Corday, tomó asiento junto a Carrá. Era noble, pero cultivaba personalmente el dominio rural de sus padres. Sin ambición y sin vanidad, la revolución fué a buscarlo como a Cincinato cuando se ocupaba en la agricultura. Lo habían elegido a pesar suyo como hombre honrado, y pagaba el precio de su buena reputación. Contaba cuarenta y siete años de edad. Tras él seguía Gardiën, diputado de la Vienne, de la misma edad y de exterior igualmente recogido. Gardiën fué miembro de la comisión de los Doce y votó la muerte del rey. Había desplegado la enérgica calma de un buen ciudadano contra las facciones y pedido la prisión de Hebert, Chaumette y los conspiradores de la corporación municipal. Merecía el primer lugar entre los vencidos del 31 de mayo y lo aceptaba. Después de él seguían Lacaze, diputado de Libourne; Lesterpt-Beauvais, diputado de la Haute-Vienne, los dos amigos de Gensonné, admiradores apasionados de su elocuencia y de su valor, que se mostraban orgullosos por ser acusados por las mismas virtudes que él, a cuya acusación se acogían como a su gloria.

Gensonné estaba a su lado. Tenía treinta y cinco años de edad; pero la madurez del pensamiento, la importancia del rango y la fijeza reflexiva de sus opiniones habían marcado su fisonomía y le daban

cierto aire empedernido, duro y seco como la vejez. Su espaciosa frente inclinábase hacia atrás, y sus cabellos espesos, erizados por el peine y empolvados de blanco, realzaban su altura.

Erguía la cabeza con dignidad rayana en provocación, y una sonrisa ligeramente desdenosa contraía sus labios, como si el sarcasmo interior degenerara en su pensamiento en irrisión hacia los jueces, hacia los acusadores y hacia el pueblo. Representaba la impopularidad, la aristocracia intelectual tan desdenosa como la aristocracia de la sangre. Su traje esmerado y elegante, hecho de telas proscriptas, realzaba el aspecto impopular de Gensonné.

Junto a éste aparecía Lehardy, médico de Dinán, diputado del Morbihán, hombre que cifraba su ambición en el amor a sus semejantes y a quien sólo su muerte prestaba un rayo de gloria. Había tomado la minoría de los girondinos por virtud, y abrazó su partido por aversión a sus enemigos, advirtiéndose que consagraba su doliente y sensible pensamiento a sus amigos más que a su propia situación.

Tras él seguía Lasource, hombre honrado, de palabra exaltada y de trágica imaginación. Sus cabellos lisos y sin empolver, su vestido negro, su actitud austera y su fisonomía ascética y concentrada, le daban el aspecto de un ministro evangélico, o de uno de los puritanos partidarios de Cromwell, que buscan a Dios en la libertad, y en sus procesos el martirio. Vigée, personaje sin nombradía, recién llegado a la Convención y preso al emitir sus primeros votos, pasaba inadvertido junto a Lasource.

Lasource y Vigée precedían a Sillery, antiguo confidente del duque de Orleans, acusado de inspirarle, por mediación de su esposa, las miras ambiciosas y las aspiraciones al trono. Sillery se separó del duque a la muerte del rey. Su compasivo corazón se sublevó ante el regicidio, y se detuvo, no como el tímido que en silencio exhala su arrepentimiento ocultándose en la sombra, sino como quien desafía el peligro resueltamente. Creyó ambición más noble una poderosa y pura República, que una monarquía anegada en sangre, y se afilió al partido de los girondinos. Fué

siempre amigo del duque de Orleans y respetó siempre los rotos lazos; pero aconsejó secretamente al príncipe su regreso y no cesó de predecirle la catástrofe. La actitud militar de Sillery, su indumentaria republicana y su altanera fisonomía, revelaban al cortesano que desprecia a las turbas. Afectado por los primeros achaques de la edad, y envenenado por la humedad de los calabozos, Sillery andaba apoyado en un báculo, como herido por la revolución; pero era mayor el interés que este signo de dolencia física le prestaba, que la gracia y ligereza que le robaba. En su rostro se reflejaba la felicidad, y parecía que gozaba muriendo noblemente entre sus amigos, que eran la gloria de la República, porque este martirio le libraba de las dificultades de la situación y de los reproches del pasado.

Valazé tenía el aspecto de un soldado expuesto al fuego enemigo. Su conciencia le presentaba la muerte como un deber, y lo satisfacía muriendo. Su vestido y su aire conservaban el porte militar. Sus flacos miembros, sus pálidas y descarnadas mejillas hacían de él el prototipo de esos hombres tenaces devorados por la convicción, y cuya constante enfermedad es el pensamiento.

Tras Valazé seguía el abate Fauchet, que frisaba en los cincuenta años, pero cuya varonil belleza, elevada estatura y lo sonrosado de su rostro disimulaban su edad. Su vestido revelaba al sacerdocio. En su cabeza se delineaba la tonsura del sacerdote cristiano, mucho tiempo cubierta por la gorra colorada del revolucionario. Sus facciones reflejaban la expresión de su alma: el entusiasmo. Fauchet alimentó, uno tras otro, el fuego del amor, de la libertad y de Dios al mismo tiempo. Se acercaba el momento en que debía imperar éste y le entregaba la vida en expiación. En su frente brillaba el esplendor del inspirado, del orador y del apóstol. Fauchet tomaba al tribunal por el santuario en que iba a confesar sus faltas y a ofrecer el sacrificio de su sangre.

XIV

Brissot era el penúltimo. Era persona de mediana edad, pequeño, y de fisonomía descarnada, que brillaba por el esplendor de la inteligencia y se ennoblecía por la intrépida obstinación del pensamiento. Vestía con la afectada sencillez del filósofo, pues su negro y raído vestido sólo era un pedazo de tela cortado matemáticamente para cubrir sus miembros. Sus lisos y cortos cabellos, sin empolverar, que le llegaban hasta la parte posterior del cuello, retrataban al cuáquero americano. Brissot tenía en la mano lápiz y papel, y a cada momento hacía apuntaciones. Era el único a quien dominaba la agitación. Perseguido por la deshonrosa e inmerecida fama de libelista y de aventurero político que le achacaban en su juventud, por sus desgracias más que por sus faltas, se sometía a la necesidad de defenderse, aceptando con más resolución el cadalso que la calumnia, y gozando con la esperanza de confundirla al morir como bueno y como mártir.

XV

El último y el que más llamaba la atención era Vergniaud, a quien conocía todo París, que lo había visto en el pedestal de la tribuna, y quería contemplar, no sólo al orador frente a sus enemigos, sino también al hombre sentado en el banquillo de los acusados, esperando de él brillantes rasgos de elocuencia, que adornarían el drama del proceso con peripetias dignas de Cicerón o de Demóstenes. De Vergniaud se esperaba todo, hasta lo imposible.

Su aspecto levantó un murmullo de interés y de compasión. Ya no era el Vergniaud de la Convención, sino el prisionero del pueblo. Sus músculos distendidos por la ociosidad y por la desanimación, no prestaban firmeza a su robusto cuerpo. Su actitud revelaba un abandono de sí mismo semejante al abatimiento. Pesado, lento en el andar, empañada la mirada y lívidas e hinchadas las mejillas, su macilento rostro había contraído la palidez de las cárceles. El sudor per-

lababa su frente y los bucles de sus cabellos parecían pegados a la piel por el continuo sudor. Vestía la misma levita azul, de largos faldones y ancho cuello vuelto que usaba en la Convención; pero esta levita, estrecha ya para sus miembros más voluminosos, se rasgaba por los hombros dificultando sus movimientos, como vestido ajeno. El conjunto de su persona respiraba la decadencia de las grandes circunstancias. Al verlo dominaba involuntariamente el enternecimiento: su presencia a nadie estremecía. ¡Era el atleta vencido! Aunque Vergniaud entró al último, sus colegas le hicieron sitio en medio del banco, como jefe junto al que se gloriaban de agruparse. Los gendarmes le permitieron sentarse.

XVI

El acta de acusación de Fouquier-Tinville, redactada, según se dice, de acuerdo con Robespierre y Saint-Just, no era más que una extensa y amarga reproducción del folleto de Camilo Desmoulins, titulado: *Historia de la facción de la Gironda*. Era la historia de la calumnia escrita por el calumniador y aceptada como testimonio por el verdugo. Nada agregaron. No se necesitaba el convencimiento del odio, porque el odio lo había ya sentenciado de antemano.

Los jueces llamaron como testigos a los más encarnizados enemigos de los acusados. Pache, Chabot, Hebert, Chaumette, Montaut, Fabre d'Eglantine, Leonardo Bourdón y el jacobino Deffieux, quienes, en lugar de leer deposiciones, leyeron extensas invectivas contra los girondinos. Los acusados cambiaron algunas palabras con los testigos. En vez de encumbrar la defensa a la altura de su situación y de su alma en el terreno de la política general, gloriándose del crimen de haber pretendido moderar la revolución para justificarla y hacerla invencible, se limitaron a parar individualmente los golpes de sus enemigos. La defensa empañó la dignidad. Hasta Vergniaud pareció excusarse más que glorificar sus opiniones. Brissot, más firme y más altanero ante los enemigos, refutó victoriosamente a Chabot, y luchó verbalmente hasta el fin con sus acusadores.

Sillery declaró su verdadero crimen: el voto contra la muerte del rey. El corazón de estos hombres no legó a la historia ninguna frase digna de la posteridad. Embargó sus labios la esperanza de conservar una probabilidad más de vivir, y la venganza de su memoria fué anublada por el deseo de salvar la vida, no recuperando su grandeza hasta que perdieron la última esperanza.

XVII

Los siete días que tenía ya de duración el juicio y el haber pedido Genson la palabra en nombre de todos para refutar la acusación, fueron circunstancias que cansaron al tribunal y a los jurados e inquietaron a la Montaña. La opinión pública, a quien fácilmente arrastra el aspecto de las víctimas, empezaba a inclinarse a la indulgencia, y, al salir de las sesiones, se preguntaba en alta voz cuál sería el castigo que impondría la República a los enemigos, cuando tal suerte deparaba a los defensores. La gente lamentábase de que tanta juventud, tanta belleza y tanto genio fueran sacrificados por un crimen de opinión, y se hablaba de la artera envidia de Dantón y de Robespierre, que encargaban a la muerte la misión de cerrar estos labios elocuentes para evitarse el trabajo de contestarles.

Esta modificación de la opinión pública respecto a los girondinos alarmó a la corporación municipal. El yerno de Pache, Audoin, ex clérigo y encarnizado enemigo, fué a instar al comité de Salvación pública para que terminara la vista de los debates, permitiendo al presidente declarar que los jurados estaban suficientemente instruidos. El tribunal lo hizo así y puso término a los debates el 30 de octubre, a las ocho de la noche, declarando a todos los acusados culpables de conspiración contra la unidad e indivisibilidad de la República y condenándolos a muerte.

La voz muerte provocó un grito de admiración y de horror en el banquillo de los acusados. La mayoría, y con especialidad, Boileau, Ducós, Fonfrede, Antiboul y Mainvielle esperaban ser absueltos. Reinó un momento de inquietud en

el pretorio por sus gestos de consternación, por sus brazos que amenazaban a los jurados y por sus convulsivas maldiciones. Uno de los acusados, que hizo un gesto con el brazo como intentando rasgar los vestidos que le cubrían el pecho, cayó desde el banco al suelo: era Valazé.

—¿Y qué, Valazé, te desmayas? — le preguntó Brissot, procurando sostenerlo.

—No, ¡muero! — contestó Valazé, y expiró apretando el puñal con que se había herido en el corazón.

El silencio se restableció inmediatamente con este espectáculo. El ejemplo de Valazé hizo ruborizar a los jóvenes sentenciados por aquel momento de debilidad. Boileau fué el único que protestó contra el decreto que lo confundía con los girondinos, arrojó su sombrero al aire y gritó:

—¡Soy inocente! ¡soy jacobino! ¡soy montañés!

El auditorio le contestó con sarcasmos, y Boileau, en vez de compasión, leyó en todas las miradas el desprecio.

Buzot inclinó la cabeza sobre el pecho y reflexionó. Fauchet y Lasource juntaron las manos y levantaron al cielo la vista. Vergniaud, que ocupaba el banco más elevado, paseó impasible por el tribunal, por sus colegas y por el auditorio una mirada con la que pareció abrazar la escena y buscar en el pasado un recuerdo y un ejemplo de tal irrisión del destino y de tal ingratitud del pueblo. Sillery, arrojando la muleta, dijo:

—¡Hoy luce el más hermoso día de mi vida!

Fonfrede abrazó a Ducós y le dijo sollozando:

—¡Yo soy tu asesino, pero consuélote la idea de que morimos juntos!

XVIII

En ese momento oyóse un grito que salía de entre el auditorio. Un joven, forcejeando en vano en medio de un grupo para abrirse paso entre la apiñada multitud, decía, cubriéndose los ojos con las manos:

—¡Dejadme que me vaya; dejadme que abandone este espectáculo! ¡Miserable de mí, yo los asesino! ¡No puedo

soportar el aspecto de mi propia obra! ¡Siento caer gota a gota su sangre sobre esta mano que ha trazado su denuncia!

Este joven era Camilo Desmoulins, tan inconstante en su compasión como en su odio, y cuya ligereza, ya perversa, ya pueril, cedía a las lágrimas y halagaba la sangre. La multitud, indiferente y desdenosa, le retuvo y lo acalló como si fuera un niño.

XIX

Eran las once de la noche, y después de un momento concedido a la emoción de la sentencia y a la de las víctimas junto con los gritos de: ¡Viva la República! que profería la multitud, se levantó la sesión.

Los girondinos abandonaron los bancos uno a uno, se agruparon en torno del cadáver de Valazé, tendido en un pasillo, le tocaron respetuosamente para asegurarse de que estaba muerto, y, como poseídos de una inspiración eléctrica por el contacto de un republicano que su misma mano sacrificaba, prorrumpieron en el grito de: «¡Moriremos inocentes! ¡Viva la República!» Algunos arrojaron asignados al pueblo, no, según se ha creído, como medio de un llamamiento infame a la corrupción y al motín, sino a imitación de los romanos que desechaban las monedas, que les eran ya inútiles. La multitud se precipitó sobre estos legados de las víctimas y se creyó que se enternecía. Hermann ordenó a los gendarmes que cumplieran su deber y que se llevaran a los presos; y éstos fueron conducidos por la bóveda de la escalera, que daba paso a los calabozos. Con la certeza que tenían de morir, recuperaron por completo su energía de ánimo, desconcertada un momento:

—Amigo mío — dijo afectando sonreírse Ducós a Fonfrede—, sólo entreveo un medio para salvarnos; declarar la *unidad* de nuestras dos vidas y la *indivisibilidad* de nuestras dos cabezas.

Melancólicamente se sonrió Fonfrede. Su pensamiento, más conforme con la situación del momento, volaba al hogar de la familia, de cuyo seno le arrancaban, y exclamó:

—¡Pobres hijos míos!

Fieles a la palabra que empeñaron con los demás presos de la Conserjería, les anunciaron su condena por los ecos de las voces que llevaban a los oídos de sus compañeros de prisión las estrofas de la Marsellesa:

*¡Allons, enfants de la patrie
Le jour de gloire est arrivé!*

La cantaban en coro con la energía de la desesperación que hacía retremblar las escaleras y bóvedas de los calabozos y corredores.

Estos acentos despertaron a los detenidos, quienes comprendieron que los acusados cantaban el himno precursor de la muerte. Desde el fondo de todos los calabozos les contestaron aclamaciones y gemidos de despedidas, que inspiraban horror y compasión. Aquella noche los encerraron en el gran calabozo, atrio de la muerte. El tribunal decretó que el cuerpo aún caliente de Valazé *fuera conducido nuevamente al calabozo, llevado al suplicio en la misma carreta que sus cómplices y enterrado con ellos*. ¡Tal vez es éste el único decreto que haya ajusticiado a un cadáver!

Cuatro gendarmes, ejecutores de la orden de Hermann, seguían por las bóvedas del corredor al grupo de sentenciados, llevando en una camilla el ensangrentado cadáver de Valazé, que depositaron en un rincón del calabozo. Uno a uno fueron todos los girondinos a besar la heroica mano de su amigo y le cubrieron el rostro con una capa, y, como veían muy cercano el momento de reunirse con la víctima, la despedida fué más respetuosa que triste.

—Hasta mañana — dijeron al cadáver; y concentraron sus fuerzas para el día que iba a alumbrar el nuevo sol.

XX

El día del martirio se acercaba a toda prisa, pues rayaba ya la media noche. El diputado Bailleul, su colega en la Asamblea, su cómplice de opinión, proscrito como ellos, pero libre de la proscripción y oculto en París, les prometió que el día del juicio les regalaría una comida triunfal o fúnebre, según el resul-

tado, ya para celebrar su libertad, ya en conmemoración de su muerte. Bailleul, aunque sin presentarse, cumplió la promesa, con la ayuda de un amigo. La cena funeraria estaba dispuesta en el gran calabozo. La mesa de encima de la cárcel habíase cubierto con platos escogidos y ricos vinos extranjeros y del país, y alumbrada la estancia con numerosas bujías: lujo de la suprema despedida, prodigalidad de los moribundos, que nada tienen que economizar para el día siguiente. Los sentenciados se sentaron a este último banquete, ya para restaurar en silencio las fuerzas abatidas, ya también para esperar el día distraídos. No influyó en ellos la incomodidad de no poder conciliar el sueño. Un sacerdote, entonces joven y predestinado a sobrevivirles más de medio siglo, el abate Lambert, amigo de Brissot y de otros girondinos, colocado en la Conserjería para consolar o bendecir a los moribundos, aguardaba en el corredor que terminara el banquete, y desde allí presenciaba la escena grabando en su alma los gestos, los suspiros y las palabras de los convidados. A él debe la posteridad estos detalles, verídicos como la conciencia y fieles como la memoria postrera de un amigo.

XXI

El crepúsculo del nuevo día iluminaba ya el espacio con sus pálidas tintas cuando terminó el banquete. Vergniaud ocupaba la parte media de la mesa y presidía con la misma decorosa dignidad que presidió el 10 de agosto la Convención. Vergniaud era de todos el que menos debía condolerse de abandonar la vida, pues la gloria le sonreía en todo su poder y no tenía ni padres, ni esposa, ni hijos que derramaran lágrimas por él. Los demás se colocaron, juntos algunos y separados otros, por la casualidad o por afección. Brissot permanecía solo en una cabecera de la mesa, comiendo poco y sin pronunciar una sola palabra.

Durante largo rato, ni en los rostros ni en las conversaciones se traslució que aquel banquete fuera el preludio de la muerte. Cualquiera la hubiese creído un encuentro casual de viajeros en una posada, saboreando las delicias de una co-

mida cuya continuación les impide separarse. Comieron y bebieron con apetito, pero sobriamente. Desde la puerta se oía el ruido de los platos y el chocar de los vasos interrumpido por ligeras conversaciones: silencio de convidados que han satisfecho el primer apetito. Cuando se llevaron las viandas y sólo quedaron las frutas, botellas y flores, animóse gradualmente la conversación, como ocurre a ciertas gentes a quienes el vino suelta la lengua y vivifica las ideas. Mainvielle, Antiboul, Duchatel, Fonfrede y Ducós, juventud que no podía creerse bastante avanzada para morir al siguiente día, se evaporó con aéreas palabras y joviales frases, palabras que contrastaban con su cercana muerte, profanaban la sublimidad del último momento y helaban la falsa sonrisa que aparecía en sus labios. Esta afectación de alegría ante Dios y ante la última hora de su vida, era irrespetuosa para la inmortalidad. Con tanta ligereza no podían ni abandonar la vida ni acercarse a la muerte, pues aquellos rayos de afectada alegría se asemejaban a esas flores que adornan las tumbas, flores cuyo aroma nadie aspira, flores que contraen la peste del sepulcro, y que, cuando no son reliquias, degeneran en irrisiones.

Brissot, Fauchet, Sillery, Lasource, Lehardy y Carrá intentaban corresponder de vez en cuando a estas provocaciones de fingida alegría y de falsa indiferencia; pero era una alegría, robada a sus jóvenes compañeros, que jugueteaba apenas por sus labios. Vergniaud, más grave y realmente más valeroso, miraba sonriendo a Ducós y a Fonfrede, con indulgencia y compasión.

Marchitas las ideas de alegría que bullían en la mente de aquellos hombres moribundos, la conversación adquirió, a la madrugada, una gravedad y un acento más solemne. Brissot predijo los males de la República, huérfana ya de sus mejores ciudadanos, diciendo, al concluir:

—¡Cuánta sangre será necesaria para lavar la nuestra!

Callaron todos un momento, pareciendo que quedaban consternados por el fantasma de lo futuro, evocado por Brissot.

—Amigos míos — dijo, tomando la palabra Vergniaud —, hemos matado el ár-

bol injertándolo; los años lo envejecían y Robespierre lo arranca. ¿Será éste más dichoso que nosotros? No. ¡Nuestro suelo patrio es demasiado ligero para sustentar las raíces de la libertad cívica; este pueblo es demasiado niño para manejar sus leyes sin dañarse, y volverá a sus reyes, como el niño vuelve a sus juguetes!... ¡Nos hemos equivocado de época al nacer y morir por la libertad del mundo; hemos creído estar en Roma y nos encontramos en París! Pero las revoluciones cubren de canas en una noche la cabeza de un hombre, y educan velozmente los pueblos. La sangre de nuestras venas es bastante ardiente para fecundizar el suelo de la República. ¡No nos llevemos con nosotros su porvenir y dejemos la esperanza al pueblo, en cambio de la muerte que nos da!

XXII

Largo silencio siguió a estas palabras de Vergniaud, y, luego, la conversación se remontó al cielo con los pensamientos de la tierra.

—¿Qué haremos mañana a esta misma hora? — preguntó Ducós, que mezclaba continuamente las formas joviales con los asuntos más serios.

—Dormiremos después de la jornada— respondieron algunos.

El escepticismo del siglo corrompía hasta los últimos pensamientos y no prometía más que el anonadamiento del alma a hombres que iban a morir por la inmortalidad de un pensamiento humano. El alma y las sublimes conjeturas de una vida futura, cuyos umbrales pisaban, ocuparon más razonadamente los momentos que quedaban de conversación. Las voces se debilitaron, el acento fué solemne, apagáronse las risas y la voz se hizo grave y sorda como los golpes del azadón que cavan la tumba. Fonfrede, Gensonné, Carrá, Fauchet y Brissot pronunciaron discursos que respiraban toda la divinidad de la razón humana y toda la certeza de la conciencia sobre los misteriosos problemas del destino inmaterial del espíritu humano.

Vergniaud, que hasta entonces había guardado silencio, interpelado por sus amigos, reasumió las ideas. «Jamás —

dice el testigo que citamos,— y que con frecuencia lo había admirado en la tribuna — jamás su frente, su acción, su palabra ni el acento de su voz habían agitado fibras tan profundas en el corazón del auditorio. Parecía hablar desde la alta tribuna de Dios.»

Las palabras de Vergniaud se perdieron, quedando sólo la impresión en el alma del sacerdote.

Después de anudar en un solo e invencible haz todas las pruebas morales de la existencia que llamaban Ser Supremo; después de haber demostrado la necesidad de una Providencia, resultado de la excelencia de aquel Ser Supremo sobre las creaciones emanadas de él, y la necesidad de la justicia, deuda divina del Criador hacia sus obras; después de haber citado desde Sócrates a Cicerón y a todos los justos inmolados, la creencia universal de los pueblos y de los sabios, prueba sobre todas las pruebas, porque ella es por naturaleza un instinto de segunda vida tan irrefutable como el instinto de la vida presente; después de haber demostrado hasta la evidencia y hasta el entusiasmo la certeza de una continuación del Ser para con el ser mortal no destruído, transformado por la muerte, dijo en términos elocuentísimos y exaltándose hasta el entusiasmo del profeta político, y anudando la cuestión con la posición de sus co-acusados para tomar la última prueba en ellos mismos, agregó:

—¿Pero la mayor demostración de la inmortalidad no la tenemos en nosotros? ¿No está aquí mismo? ¿No lo demostramos permaneciendo serenos e impasibles junto al cadáver de nuestro amigo y frente a nuestro mismo cadáver, discutiendo, como una asamblea de filósofos, respecto al brillo o al olvido que seguirá a nuestro último suspiro, y muriendo más dichosos que Dantón, que va a vivir, y Robespierre, que va a triunfar? La calma de nuestros discursos y la serenidad de nuestras almas, ¿no es, acaso, el convencimiento de haber cumplido con un gran deber para con la humanidad? ¡Pues bien! ¿Qué son la patria y la humanidad? ¿Son acaso ese montón de polvo animado, que es hoy un hombre y que será mañana lodo y sangre? No; no es por ese

lodo animado, sino por el alma de la humanidad, ¡es por la patria por quien morimos! ¿Pero qué somos nosotros sino una partícula de esa alma colectiva del género humano? ¡Cada uno de los hombres que componen la especie tiene un espíritu inmortal, imperecedero y confundido con la gran alma de la patria y del género humano, por la que es tan bello y tan dulce sacrificarse, sufrir y expirar! Esta es la razón por la que no somos sublimes ilusionados, sino mortales consecuentes con el instinto moral, y que, después de haber cumplido un deber, va a vivir aún, a sufrir o gozar en la inmortalidad de los destinos humanos. Muramos, pues, con confianza, con seguridad. ¡Nuestro testigo en este proceso con la muerte es nuestra conciencia! Es nuestro juez ese Ser Supremo cuyo nombre inquietan los siglos y cuyos designios practicamos nosotros como útiles que rompe en su obra, pero cuyos restos caen a sus pies. La muerte es el acto más poderoso de la vida, porque es el origen de una vida superior. ¡Si así no fuera, habría algo más superior que Dios; y sería el hombre justo, que, como nosotros, se inmola por la patria sin recompensa y sin porvenir! Semejante hipótesis es una aberración o una blasfemia, y la rechazo con desprecio y con horror... ¡No, Vergniaud no es más grande que Dios, pero Dios es más justo que Vergniaud, y si mañana lo conduce al cadalso, lo justificará y vengará en el porvenir!

Tales fueron, con escasa diferencia, sus palabras, cuyo sentido es lo que únicamente fué posible conservar.

—Está bien — exclamó Lasource —; pero tengo en mi corazón una prueba más cierta que la elocuencia del genio que expira, es la palabra de un Dios muerto por los hombres.

—¡Basta! — dijo sonriéndose irónicamente uno de sus compañeros. — ¡Lasource, no soñemos antes de dormir! Guardemos el buen sentido hasta mañana. La razón reflexiona, las religiones deliran. Sólo creo en los razonamientos.

—Y yo — agregó Sillery — creo en los dos. Cristo, muriendo sobre el cadalso como nosotros, no es más que un testigo divino de la razón humana. ¡No, su religión, que hemos confundido con la tira-

nía, no es de opresión, sino de libertad! ¡Cristo fué el girondino de la inmortalidad!

Fauchet pronunció un patético discurso acerca de la Pasión de Jesús, comparando el suplicio de los girondinos con el del Calvario, y sus oyentes se enternecieron hasta el punto de derramar algunas lágrimas. Por fin, Vergniaud lo concilió todo por medio de algunas frases anotadas al propio tiempo que salían de sus labios:

—¡Creamos lo que queramos—dijo—; pero muramos seguros de nuestra vida y del precio de nuestra muerte! ¡Demos cada cual en sacrificio lo que poseemos, unos su duda, otros su fe y todos nuestra sangre por la libertad! Cuando el hombre se ha dado como víctima a Dios, ya no le debe nada.

XXIII

La claridad del nuevo día, descendiendo por la claraboya al gran calabozo, comenzó a palidecer la luz de las bujías.

—Vamos a dormir — dijo Ducós—. La vida es tan miserable que no vale la hora de sueño que perdemos condoliéndonos por dejarla.

—Velemos — aconsejó Lasource a Sillery y a Fauchet—, pues la eternidad es tan verdadera y tan temible, que mil vidas no bastarían para prepararnos a recibirla.

Levantáronse de la mesa, entraron en sus calabozos y se arrojaron casi todos sobre los lechos.

Trece permanecieron en la estancia en que se había celebrado el banquete. Unos hablaban en voz baja, otros ahogaban los sollozos, algunos dormían. A las ocho se les dejó esparcirse en grupos por el corredor. El abate Lambert, piadoso amigo de Brissot, había pasado la noche junto a los calabozos y esperaba todavía el permiso para comunicarse con ellos. Brissot, al verle, se arrojó a él, abrazándolo con convulsiva fuerza. El sacerdote le ofreció tímidamente los auxilios de la religión para dulcificar o santificar la muerte, y Brissot los rehusó con agradecimiento, pero con energía.

—¿Conocéis—preguntó al abate Lambert — algo más santo que el sacrificio

de un hombre honrado que muere por no haber querido conceder la sangre de sus semejantes a los asesinos?

El sacerdote no insistió.

Lasource, testigo de estas palabras, se acercó a Brissot, interrogándole:

—¿Crees en la inmortalidad del alma y en la providencia de Dios?

—Sí — respondió Brissot —, creo, y porque lo creo voy a morir.

—Pues bien — continuó Lasource —, de esta creencia a la religión sólo media un paso. Yo, partidario de un culto diferente del tuyo, jamás he admirado tanto a los ministros de tu religión como ahora que visitan los calabozos y vienen a traer el perdón, la esperanza y el mismo Dios a los sentenciados. En tu lugar me confesaría.

Brissot se retiró sin responder y fué a hablar con Vergniaud, Gensonné y los más jóvenes, cuya mayoría también rehusaron los socorros de la religión. Unos estaban sentados en el banco de piedra del patio, otros paseando con los brazos entrelazados, algunos arrodillados a los pies del sacerdote y recibiendo su bendición después de una breve confesión de sus faltas, esperando todos tranquilamente el momento de subir al cadalso.

El abate Emery, aunque sacerdote no juramentado, había tenido la satisfacción de hablar con Fauchet al través de la reja que separaba el patio del corredor, y escuchaba y absolvía al obispo del Calvados ocultamente. Fauchet, absuelto y penitente, escuchó la confesión de Sillery y transmitió a sus amigos el perdón que acababa de recibir.

A las diez entraron los verdugos para rapar las cabezas de los condenados y anudarles las manos. Todos fueron espontáneamente a inclinar las frentes ante las tijeras y tender los brazos a las cuerdas. Gensonné, cogiendo uno de los bucles de sus negros cabellos, se lo dió al abate Lambert, suplicándole que lo remitiese a su esposa, cuya morada le indicó.

—Dile que es todo lo que puedo enviarle como recuerdo, pero que muero consagrándole todos mis pensamientos.

Vergniaud sacó su reloj, escribió con la punta de un alfiler algunas iniciales y la fecha del 30 de octubre en el interior

de la caja de oro, y lo entregó a uno de los espectadores para que lo entregase a una joven a quien adoraba con amor de hermano y con la que, al parecer, había pensado casarse más tarde.

Todos tuvieron un nombre, una amistad, un amor, un pesar que recordar durante aquellos preparativos, y casi todos alguna memoria de sí mismos que legar a los que dejaban sobre la tierra. La esperanza de dejar un recuerdo en el mundo es el último nudo que queda al moribundo al abandonar la vida. Sus legados misteriosos fueron cumplidos.

XXIV

Cuando todos los cabellos cayeron sobre las baldosas del calabozo, cortados por la mano del verdugo, éste y los gendarmes reunieron a los sentenciados y los hicieron marchar en fila hacia el patio del palacio, donde los esperaban cinco carretas rodeadas por una multitud inmensa. Desde que salieron de la Conserjería, los girondinos entonaron a una voz y como marcha fúnebre la primera estrofa de la *Marsellesa*, marcando con expresiva energía estos versos de doble sentido en aquella ocasión:

Contre nous de la tyrannie

L'étendard sanglant est levé (1).

Desde aquel momento dejaron de ocuparse en sí mismos para pensar únicamente en el ejemplo de una muerte republicana que deseaban ofrecer al pueblo. Sus voces se debilitaban al fin de cada estrofa, para resonar con más energía al principio de la siguiente. Su marcha y agonía fueron un canto. Iban cuatro en cada carreta, excepto una que llevaba cinco. El cadáver de Valazé yacía tendido sobre la última banqueta. Su cabeza, descubierta, movida por los vaivenes del vehículo sobre el empedrado, se traqueteaba ante las miradas y sobre las rodillas de sus amigos, quienes cerraban los ojos para no ver su rostro lívido. Sin embargo, cantaban como los demás. Cuando llegaron al pie del cadalso, se

(1). El sangriento estandarte de la tiranía se ha levantado contra nosotros.

abrazaron todos en señal de comunidad y a quienes, al morir, les fué concedida en ideas políticas, en vida y en muerte, la mayor felicidad que Dios reserva a las grandes almas, el martirio glorioso en y, después, prosiguieron el canto fúnebre para animarse mutuamente al suplicio y para enviar hasta el momento supremo a aquel cuya cabeza cortaba el verdugo, la voz de sus compañeros de muerte. Todos murieron sin debilidad; Sillery subió con ironía a la plataforma y dió la vuelta saludando a derecha e izquierda al pueblo, como para darle gracias por la gloria del cadalso. Cada golpe de hacha apagaba el eco de una voz. Los sitios de los sentenciados se despejaban junto a la guillotina. Una voz continuaba cantando la Marsellesa: era la de Vergniaud, que fué el último ejecutado. Aquellas notas supremas fueron sus postreras palabras. Como todos sus compañeros, no murió, se desmayó en el entusiasmo y, su vida, comenzada por discursos inmortales, se extinguió con un himno a la eternidad de la Revolución.

El mismo carro transportó los cuerpos decapitados, y la misma tierra los cubrió junto a la fosa de Luis XVI.

Algunos años después, hojeando los archivos de la parroquia de la Magdalena para buscar las señales de las sepulturas de aquel tiempo, leían los curiosos sobre una hoja de papel timbrado la cuenta de gastos presentada por el enterrador de dicho cementerio, que estaba redactada en las siguientes sencillas palabras y firmada por el presidente, a fin de autorizar el pago a la tesorería nacional: *Por las fosas de veintiún diputados de la Gironda, 147 francos; gastos de exhumación, 63 francos; total, 210.*

Tal fué el precio de las paletadas de tierra que cubrieron a todo el partido de los fundadores de la República. Esquilo o Shakespeare no inventaron jamás una irrisión tan amarga de la suerte como esta memoria del enterrador, pidiendo y recibiendo un salario por haber dado sepultura al mismo tiempo a toda la monarquía y a toda la República de una gran nación.

XXV

Así pasó la última hora de aquellos hombres que tuvieron, durante su corta vida, todas las ilusiones de la esperanza

y a quienes, al morir, les fué concedida la mayor felicidad que Dios reserva a las grandes almas, el martirio glorioso en holocausto de su convicción y de su patria. Juzgarlos sería inútil, porque han sido juzgados por su vida y por su muerte. Cometieron tres faltas. La primera, el no haber tenido audacia en sus opiniones, dudando proclamar la República antes del 10 de agosto en la apertura de la Asamblea legislativa. La segunda, el haber conspirado contra la Constitución de 1791, que habían confeccionado y jurado, así como el haber reducido la soberanía nacional a obrar como facción, cooperando al suplicio del rey y obligando a la Revolución a emplear medios crueles. La tercera, el haber pretendido gobernar en la Convención cuando era necesario combatir.

Tuvieron, en cambio, tres virtudes que redimen muchas de sus faltas ante el juicio de la posteridad. Adoraron la libertad, fundaron la República y murieron por economizar la sangre del pueblo. Su época los condenó a muerte; pero el porvenir los ha perdonado y la humanidad les ha concedido la gloria. Murieron por no haber querido dejar manchar la libertad, y sobre su memoria se grabará esta inscripción que Vergniaud, su eco; había grabado en la pared del calabozo: *Potius mori quam fœdari!* (1).

Apenas rodaron las cabezas de los girondinos ante los pies del pueblo, cuando un hálito taciturno, sanguinario, siniestro, se esparció por la Convención y por Francia. Juventud, belleza varonil, ilusiones, genio, elocuencia clásica, todo pareció huir de la patria con los guillotinos. París podía decir lo que en otro tiempo Lacedemonia, después de la matanza de la juventud sobre el campo de batalla: «La patria ha perdido su flor, la libertad su prestigio, la Revolución su primavera.»

Mientras los veintiún girondinos morían en París, Pethión, Buzot, Barbaux y Guadet vagaban por los bosques y cavernas de la Gironda como fieras perseguidas; la señora Roland aguardaba su última hora en una celda de la cárcel de la Abadía; Dumouriez agitábase en el

(1) Más quiero morir que mancharme.

destierro para librarse de los remordimientos, y Lafayette, fiel a la libertad, expiaba en los subterráneos de la ciudadela de Olmutz el crimen de haber sido su apóstol y de vanagloriarse, en medio de las prisiones, de ser su partidario.

LIBRO XLVIII

El duque de Orleans es conducido desde Marsella a París y encerrado en la Conserjería.—Su proceso.—Su condena.—Su ejecución.—Juicio crítico acerca de la historia de ese príncipe.

I

La Convención, después de castigar la sospecha de traición en Custine, la dignidad regia en la reina y la federación en los girondinos, pretendió destruir, cortando otra cabeza, la eventualidad de una dinastía futura, y, rodeando la República con todos los cadáveres de los enemigos pasados, presentes y futuros, pensó en el duque de Orleans, cómplice hacía tiempo y víctima entonces.

El príncipe había sido encerrado con sus dos hijos en el fuerte de San Juan, en Marsella, y sufría en los calabozos de dicha cárcel de Estado todas las angustias de la prisión. Interrogado por primera vez el 7 de mayo por el presidente del tribunal revolucionario de Bouches-du-Rhone acerca de sus relaciones con Mirabeau, con Lafayette y con Dumouriez, y respecto a sus maquinaciones para volver a erigir y apropiarse el trono, el duque de Orleans confundió a sus acusadores, respondiendo como republicano por convicción que sacrifica los intereses a las opiniones, el rango al deber y la sangre a la patria. Citó sus actos y dió pruebas tan convincentes como siniestras. El interrogatorio, publicado, aunque con alguna alteración, suscitó una polémica entre los periódicos de París, que por lo mismo que justificaban al príncipe, lo hacían más notable ante la opinión de los jacobinos; pero los girondinos, enemigos suyos, lo arrastraron con su muerte.

Hacía algunas semanas que se habían dulcificado los rigores que experimentaba en la prisión, permitiéndole ver a sus hijos, el duque de Montpensier y el duque de Beaujolais, y comer en su compañía. Estos príncipes, niños aún, inocentes por

la edad, y sólo culpables por sus nombres, estaban aprisionados en la misma cárcel que el padre, pero en calabozos diferentes, permitiéndoseles también leer los periódicos y parte de su correspondencia. La esperanza había penetrado en el alma del príncipe, quien, al ver morir a Marat, después a Buzot, Barbaroux y Pethión, sus más encarnizados denunciadores, creyó que la Montaña, más justa, lo llamaría pronto a su seno. Montañés intachable, tanto en sus actos como en su corazón, no podía creer que los republicanos sinceros pretendieran inmolar al primero y el más desinteresado de todo el partido. El exceso de ingratitud del pueblo fué siempre el lazo y el asombro de los hombres populares. Nunca olvidan los servicios que han prestado, y estos servicios degeneran en crímenes por las vicisitudes de los acontecimientos, y por la inconstancia natural de la opinión.

II

El 15 de octubre, la prensa de París anunció a Marsella el próximo procesamiento del duque de Orleans, decretado por la Convención. El príncipe, que estaba en la mesa con sus hijos, les dijo al saberlo:

—Experimento un gran placer al salir de esta situación de un modo u otro; abrazadme, hijos míos. ¡Este es uno de los más hermosos días de mi vida! ¿de qué pueden acusarme?

Tomó el periódico y leyó el decreto de acusación, y, después de leerlo, prosiguió:

—En nada se basa este decreto, que ha sido expedido a instigaciones de grandes criminales; pero no importa, porque les daré mucho que hacer, y los desafío a que prueben algo en contra mía. Queridos — continuó, mirando los inquietos rostros de sus hijos—, no os aflijáis por lo que considero una buena noticia, y volvamos a jugar.

Al día siguiente llegaron de París los comisarios, quienes dieron esperanzas al príncipe respecto a su causa, dando por indudable su justificación y favorable resultado. La seguridad y la alegría brillaban en los rostros y conversaciones de padre e hijos. El 23 de octubre, a las

cinco de la mañana, el duque de Orleáns, en traje de camino, y acompañado por los comisarios, entró en el aposento del duque de Montpensier, el mayor de sus hijos, y abrazándolo con la ternura de padre, el más indeleble de los instintos, le dijo regándole el rostro con sus lágrimas:

—Vengo a despedirme de ti, porque voy a marchar.

Los sollozos del hijo contestaron al padre.

—Quería marcharme sin despedirme—agregó—, porque siempre es un momento de dolor; pero no he podido resistir al deseo de verte antes de partir. ¡Adiós, hijo mío, consuélate, consuela a tu hermano y no olvidéis la felicidad que nos aguarda al volver a vernos!

Diciendo estas palabras, se apartó de los brazos del hijo.

Los dos hermanos pasaron el día consolándose y fortaleciéndose mutuamente contra el dolor de la separación, que a más de legarles la orfandad, los ponía a merced de crueles carceleros. En el duque de Orleáns adoraban al padre bueno y tierno, y no lo juzgaban, porque el deber que les imponía la naturaleza era amar y condoler al padre, no juzgar al hombre.

III

El duque de Orleáns, acompañado únicamente de un criado fiel, su ayuda de cámara Gamache y de los comisarios, avanzaba camino de París, escoltado por un numeroso destacamento de gendarmes. Viajaba durante el día, y, al llegar la noche, se hospedaba en las fondas de las grandes ciudades. En Auxerre bajó del coche para comer, y, durante la comida, uno de los comisarios escribió al comité de Salvación pública, informándole de la hora en que el duque de Orleáns debía llegar a París, y preguntando la cárcel que se le había destinado.

En la carrera de París, un hombre que colocaron de antemano mandó detener los caballos, subió al coche e indicó al postillón la Conserjería. El príncipe se apeó en el patio del palacio de Justicia, ocupado a la sazón por gran número de curiosos atraídos por el rumor de su llegada. Le destinaron un aposento conti-

guo al que ocupó María Antonieta, y en el que pasaron lentamente sus últimas horas de agonía. Le permitieron que le acompañara su fiel servidor, y cuando ambos quedaron solos, le dijo:

—¿Habéis querido encerraros conmigo hasta en estos calabozos? Os lo agradezco. Gamache, debe consolarnos la idea de que esta prisión no será eterna.

Quiso escribir a sus hijos, pero temió que, interceptadas sus cartas, las abriesen, y no lo hizo. Sin embargo, su labio pronunciaba sin cesar el nombre de aquellos seres queridos. Su defensor, Voidel, conferenció con él libremente; habló a los miembros del comité de Salvación pública y volvió muchas veces a asegurarle la absolución.

Durante los cuatro primeros días que precedieron al proceso, el príncipe vivió de ilusiones o de indiferencia respecto a su suerte, como aquel para quien la vida es una carga y la muerte un descanso. El 6 de noviembre compareció ante el tribunal, y su acusación fué tan vaga y quimérica como la de los girondinos. Sus perentorias y breves respuestas no dejaban ningún pretexto para que se le condenase, pues su vida entera hablaba en favor suyo más que las palabras; hasta los remordimientos había sacrificado a la República. Preguntado por Hermann si votó la muerte del tirano con la esperanza de sucederle, contestó:

—No; voté siguiendo las inspiraciones de mi alma y de mi conciencia.

Cuando le leyeron la sentencia, la oyó con la misma tranquilidad que si se tratara de una persona extraña, y únicamente se dirigió a los jueces para decirles estas palabras, pronunciadas con cierta ironía:

—Ya que estabais resueltos a darme muerte, debíais haber elegido pretextos más especiales, porque a nadie convenceréis de que en vuestra conciencia estáis persuadidos de que soy culpable de las traiciones que me atribuí.

Mirando luego fijamente al ex marqués de Antonelle, antes confidente de sus actos revolucionarios, y a la sazón presidente de los jurados que lo condenaban a muerte, agregó:

—Y en particular vos, que tan a fondo me conocéis.

Antonelle, al oír este reproche, bajó los ojos.

—Ya que mi suerte — continuó el príncipe con acento de enérgica impaciencia — está decidida, no prolonguéis mi agonía hasta mañana; mandad que me maten al momento.

Dicho esto, encaminóse con paso firme al calabozo.

IV

Dos sacerdotes, el abate Lambert y el abate Lothringer, los mismos que acompañaron durante la última noche a los girondinos, esperaban en el gran calabozo, conversando junto al fuego con los llaveros y gendarmes que bajaban del tribunal a los sentenciados, y vieron entrar al duque de Orleáns, que no afectaba la impasibilidad exterior con que los hombres de sangre fría se revisten ante la mirada de sus enemigos, sino que revelaba el desorden de una persona indignada de la injusticia y que se desahoga en el fondo de los calabozos ante Dios y ante sí mismo. Su paso era rápido; sus gestos, dominantes e inquietos, y la cólera inflamaba su rostro. Sus labios pronunciaban involuntarias e incompletas exclamaciones; levantaba los ojos al cielo y paseábase agitado por el calabozo.

—¡Infames! — decía deteniéndose como ante una repentina idea, o ante una aparición—; ¡malvados! todo se lo he sacrificado: el rango, la fortuna, la ambición, el honor, el futuro nombre de mi casa, la aversión de la naturaleza y la conciencia... ¡y ésta es la recompensa que me dan!... ¡Ah! si hubiera sido ambicioso, ¡cuán desgraciado sería! ¡Ambicionaba más que el trono, porque ambicionaba la libertad de mi patria y la felicidad de mis semejantes!... ¡Viva la República! ¡Este grito retumbará en mi calabozo, como retumbó en mi palacio!

Después se sintió conmovido por el recuerdo de sus hijos proscritos o encarcelados, y los llamaba como si estuviera solo. Hablaba en alta voz, pisoteaba las baldosas y golpeaba las paredes del calabozo.

V

Los gendarmes y carceleros, alineados en lugar apartado, silenciosos e inmóviles, respetaban aquel desahogo del alma del sentenciado. Cuando se tranquilizó, el duque de Orleáns se acercó al fuego, y el sacerdote alemán Lothringer, demasiado torpe e importuno, se aproximó a él y, sin preparación alguna, le dijo:

—¡Basta de gemidos; es necesario que os confeséis!

—Dejadme tranquilo, ¡imbécil! — contestó el duque, lanzando un enérgico juramento y haciendo un gesto de impaciencia.

—¿Queréis morir como habéis vivido? — prosiguió el obstinado sacerdote.

—Sí — respondieron los gendarmes en tono cruel de burla—. ¡Ha vivido cumpliendo sus deberes! ¡déjale que muera como ha vivido!

El abate Lambert, persona pundonorosa y sensible, sufría interiormente por la torpeza de su colega, por la grosería de los soldados y por la humillación de la víctima. Manifestando compasión y respeto, se acercó al príncipe, y le dijo:

—Igualdad, vengo a ofrecerte los sacramentos, o al menos los consuelos de un ministro del Cielo. ¿Quieres recibirlos de quien te hace justicia y siente hacia tu persona sincera conmiseración?

—¿Quién eres? — le contestó el duque, calmando su alterada fisonomía.

—Soy el vicario general del arzobispado de París. Si no deseas mis servicios como sacerdote, ¿puedo prestarte algún favor respecto a tu esposa e hijos?

—No, te lo agradezco; no quiero que nadie más que yo penetre en mi conciencia; me basta morir como buen ciudadano.

El duque de Orleáns se hizo luego servir el desayuno, y comió y bebió con apetito. Poco después, entró un miembro del tribunal a preguntarle si tenía que prestar alguna otra declaración en interés de la República.

—Si algo hubiese sabido contrario a la seguridad de la patria, no hubiera aguantado a esta última hora para declararlo. No conservo ningún resentimiento contra

el tribunal, ni contra la Convención, ni contra los patriotas. No son ellos los que matan; otra voluntad más poderosa...— su frase quedó sin concluir.

VI

A las tres presentáronse los que debían conducirlo al cadalso. Los presos de la Conserjería, casi todos enemigos del rango y nombre del duque de Orleáns en la revolución, se agruparon en los patios, corredores y postigos de los calabozos para verlo pasar. Lo escoltaban seis gendarmes sable en mano. Por su paso, por su actitud, por lo erguido de su cabeza, por el ruido de sus pisadas, se le hubiera creído un soldado que se lanzaba contra el fuego enemigo, más que un sentenciado que iba al cadalso. El abate Lothringer subió con él y otros tres condenados a la carreta, que iba escoltada por dos escuadrones de gendarmería; la marcha era pesada; todas las miradas se fijaban en el reo, algunas con vergüenza, las otras con arrepentimiento. Nunca como entonces mostróse Felipe Igualdad con más decoro de la nobleza y dignidad, de su rango. Al morir como ciudadano recuperó la dignidad del príncipe. Erguía altanera la cabeza, lanzando a la multitud miradas de desprecio. Daba la espalda a las importunaciones del sacerdote. La carreta, por un entorpecimiento de la calle o por un refinamiento de crueldad, se detuvo en la plaza del Palacio Real, frente a la puerta de su habitación.

—¿Por qué nos detenemos aquí? — preguntó.

—Para que contemples tu palacio — contestó el sacerdote—. Ya lo ves, se acorta el camino, se acerca el patíbulo; piensa en tu alma, confíesate.

El príncipe contempló sin contestar su palacio, donde fomentó los gérmenes de la revolución, donde saboreó los desórdenes de su juventud, y donde se embriagó con las delicias de la familia. La inscripción de *propiedad nacional*, que en vez de sus armas leyó en el frontispicio del Palacio Real, le reveló que la República se había repartido sus despojos antes de morir, y pensó en la miseria que aguardaba a sus hijos. Más que el hacha del

verdugo le hirió esta perspectiva de la indigencia y proscripción de su raza, y su cabeza se inclinó sobre el pecho, como si ya no la sostuviese el tronco.

Abatido y mudo, continuó hasta la entrada de la plaza de la Revolución, por la calle Real. El aspecto de la multitud que llenaba la plaza y el redoble de los tambores le hicieron erguir la cabeza, temeroso de que se atribuyera a miedo su tristeza. El sacerdote continuaba instándole más vivamente para que aceptase sus socorros.

—Dobla ya la rodilla ante Dios y confíesate.

—¿Es posible que lo haga ante esta multitud y ante este ruido? ¿Es éste el sitio del arrepentimiento o del valor? — contestó el príncipe.

—Bien—prosiguió el sacerdote—, confíesame la más grave de tus faltas: Dios ve la intención y la imposibilidad de hacer otra cosa y te absolveré en su nombre.

Fuera persuasión o cansancio, fuera inspiración del patíbulo, al que cada paso le acercaba, el príncipe se inclinó ante el ministro de Dios y murmuró algunas palabras que se perdieron entre el ruido de la multitud y en la santidad del sacramento. En actitud de respeto y de recogimiento recibió el perdón del Cielo poco antes de llegar al patíbulo, desde el que Luis XVI legó el suyo a sus enemigos. El príncipe vestía con elegancia y con la afectación extranjera de que hizo gala desde la juventud. Bajó de la carreta, y ya en el tablado, los ayudantes del verdugo quisieron quitarle las botas, y él les dijo fríamente:

—No; me las quitaréis después con más comodidad: despachemos, despachemos.

Miró luego la cuchilla homicida sin palidecer, y murió con una seguridad que semejaba una revelación del porvenir. ¿Era lo estoico del carácter o la convicción del republicano? ¿Era el pensamiento postrero del padre ambicioso por el bien de sus hijos, que prevé que la nación inconstante le dará un trono en cambio de algunas gotas de sangre?

VII

Todo es inexplicable en el duque de Orleáns. Su memoria es un problema, que en el historiador inspira, al juzgarlo, el temor de faltar a la justicia o incurrir en el extremo opuesto. La época en que escribimos no es la más a propósito para este juicio. Su hijo reina en Francia, y la indulgencia respecto a la memoria del padre pudiera creerse adulación, y la severidad, resentimiento de una teoría. De modo que el temor de parecer servil o en abierta hostilidad, influye igualmente para hacer injusto al escritor, que acaso no pensara más que en aquel acontecimiento; pero la justicia que pertenece a la muerte y la verdad que pertenece a la historia, se sobreponen a estas consideraciones del historiador contemporáneo. Para ser justiciero debe arrostrar la sospecha de enemistad y la sospecha de adulación, porque la memoria de los muertos no es una moneda de tráfico entre las manos de los vivos.

Según nuestra opinión, se ha calumniado a este príncipe como republicano, cuyo nombre acogieron todos los partidos para hacerlo objeto de injuria y de común execración: los realistas, porque fué una de las palancas de la revolución; los republicanos, porque su muerte fué una de las más odiosas ingratitudes de la República; el pueblo, porque era príncipe; los aristócratas, porque se popularizó; los facciosos, porque rehusó prestar su nombre para enseña de las conspiraciones contra la patria; y todos, en fin, porque quiso imitar esa gloria sospechosa, llamada el heroísmo de Bruto. Suponen los hombres imparciales que si votó la muerte del rey por convicción y republicanismo, esta convicción repugnaba a su corazón y se asemejaba a un atentado contra la naturaleza. El odio empañaba su nombre con crueles y amargas verdades y podía prescindir de las calumnias y rumores. Conforme se desvanece la obscuridad de la Revolución, y cada partido, al morir, va legando a la historia sus confidencias, la memoria del duque de Orleáns se purifica de esas tramas,

complicidades y traiciones que le han atribuido. La Revolución no le debe ni tanto agradecimiento, ni tanto odio. Fué un instrumento que puso en juego y que abolió cuando le convino. No fué ni autor, ni dueño, ni el Judas, ni el Cromwell de la Revolución.

No siendo ésta una conjuración, sino una filosofía, no se vendió a un hombre, sino que se adhirió a una idea. Creerla personificada en el duque de Orleáns, es engrandecer demasiado al hombre o empuqueñecer la Revolución. Excepto en las primeras agitaciones de París, en las demás reina la obscuridad, si, como algunos han creído, fué él quien las provocó. Tal vez un momento entrevió la corona, que pusiera en sus sienes la aclamación popular. Tal vez gozó al presenciar los terrores de la corte y de la reina que lo habían humillado, pero pronto comprendió que la Revolución a nadie corona, y que, junto con el trono, arrastraría a los pretendientes y a los gérmenes de la monarquía. Entonces se arrepintió: se conholió de Luis XVI, con quien luego quiso reconciliarse intentando afirmar la Constitución; pero lo rechazaron los insultos de los cortesanos y las antipatías de la corte. Acogió como un asilo las opiniones extremas; las abrazó por desesperación, y en ellas encontró las sombras e injurias de los jefes populares que no le perdonaban el nombre ni el rango. Dantón lo abandonó; Robespierre afectó temerle; Marat lo denunció; el dedo de Camilo Desmoulins lo señaló a los terroristas; los girondinos lo acusaron, y los montañeses lo llevaron al cadalso.

VIII

Recorrió todas las fases de la fortuna, con el estoicismo de un príncipe que sólo pide a la patria el título de ciudadano y a la República el honor de expirar bajo su bandera, y murió sin dirigir un reproche a aquella causa, creyendo que la ingratitud de las repúblicas era la corona cívica de sus fundadores. Depuso su rango y se entregó al pueblo como esclavo de sus principios o como víctima. Desgraciadamente para su memoria, fué juez en un proceso del que le rechazaba la naturaleza, y, decapitándole el pueblo,

lo castigó más levemente que la posteridad.

Si existió alguien que siguiese el curso de la Revolución hasta el fin y sin preguntar adónde se dirigía, fué el duque de Orleáns, que era el Edipo de los Borbones. Hombre débil, pariente culpable, intachable patriota, suicida de su nombradía, reasumió su conducta la siguiente frase de Dantón: «Perezca nuestra memoria, pero sálvese la República.» Cobarde fué, si en aras de la popularidad hizo tal sacrificio; cruel, si en las de la opinión, y odioso, si en las de las ambiciones. El secreto de su política lo condujo ante Dios. Habiendo dudas respecto a estos motivos, no es impropio que la historia dude también.

De los vaivenes de la Revolución se desprende una grandeza que se comunica a los caracteres y que enaltece en ocasiones las almas más vulgares, según los acontecimientos de que participan. Los hombres triviales y corrompidos al principio del acontecimiento, se revisten gradualmente de firmeza y de adhesión, y se les conoce grandes como el pensamiento que les rodea y que les eleva en sus turbiones. El duque de Orleáns fué, quizá, uno de estos hombres. Su vida, desordenada al principio, manchada después, y trágica al fin, empezó como escándalo, prosiguió como trama y acabó como acto de resignación. Imitando a Bruto, su modelo y su error, será eternamente problemático para la posteridad; pero la posteridad aprovechará esta gran lección, pues cuando la naturaleza y la opinión luchan en el corazón de un ciudadano, la naturaleza merece la preferencia, porque la opinión se equivoca frecuentemente, y la naturaleza es infalible. Las faltas que se cometen contra la opinión las perdona el corazón humano, y a veces hasta las admira; pero las que se cometen contra la naturaleza son reprobadas por Dios, y los hombres no las perdonan nunca.

LIBRO XLIX

La República dentro y fuera de Francia.—Carnot.—Situación de los coligados.—Muerte del general Dampierre.—Inglaterra.—Pitt.—Dunkerque sitiado por el ejército inglés.—Houchard, general en jefe del ejército del Norte.—Jourdan.—Hoche.—Levasseur y Delbrel, representantes del pueblo.—Batalla de Hondschoote.—Liberación de Dunkerque.—Houchard es condenado a muerte.—Su ejecución.—Lo reemplaza Jourdan.—Batalla de Wattignies.—El representante Duquesnoy.—Levántase el bloqueo de Maubeuge.—El general Chancel muere en el patíbulo.—Pichegru manda el ejército del Rin; Hoche, el del Moselle.—Antecedentes de estos dos generales.—La Vendée.—Lyón y Tolón.—Descripción de Lyón.—Su población.—Sus costumbres.—Sus tendencias.—Chalier.—Su educación.—Su juventud.—Matanza de presos.—Trastornos de Lyón.—Las secciones empuñan las armas.—Madinier.—Victoria de las secciones.—Condena y ejecución de Chalier.—Lyón pasa de la resistencia a la revolución.—Chasset y Biroteau se refugian en Lyón.—Comisión popular.—Trabajos y preparativos de defensa.—El señor de Precy es nombrado comandante general por los lioneses.—Los señores de Chenelette y de Virieu.—La Convención ordena a Kellermann que sitie a Lyón.—Bombardeo de esta ciudad.—Defensa desesperada de sus habitantes.—Doppet reemplaza a Kellermann.—Lyón se ve reducida al último extremo.—Retirada de los sitiados.—La columna mandada por Virieu es hecha pedazos.—Desaparición de Virieu.—La columna del señor de Precy se divide.—Es diezmada y destruida.—El señor de Precy fugitivo.—Consigue pasar a Suiza.

I

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, la República se reponía de la humillación de los cadalsos, levantándose vigorosa en los campos de batalla. A medida que iba mostrándose más inflexible en el interior, se presentaba más formidable en el exterior. Las fronteras invadidas por el Norte le inspiraban más patriotismo que sobresalto. Todos los decretos de levantamientos en masa y de armamentos generales, se cumplían con orden y rapidez. Carnot, a quien con justicia daban el dictado del *Louvois* del terror, estableció su cuartel general en el comité de Salvación pública, siendo, desde la ejecución de Custine, el verdadero generalísimo de los ejércitos republicanos. Estos ejércitos diseminados antes, prisioneros en los campos, fortificados tras los atrincheramientos, sin confianza en los jefes, sin cohesión entre sí y sin otra táctica que una pasiva resistencia, empezaban a recobrar la unidad y el movimiento que conducen a la victoria. Los

peligros de la patria revelaron a Carnot y a sus colegas el genio de la Revolución, que les inspiró la guerra moderna, la guerra popular. Hasta entonces la guerra había sido un arte y las campañas maniobras estudiadas en las que la habilidad de los generales invertía mucho tiempo en los movimientos estratégicos y en la conquista de algunas plazas. Carnot la transformó por instinto, rechazando aquellas prácticas pueriles y substituyéndolas por una táctica suprema. Esta táctica consistía en lanzar el pueblo armado a las fronteras y herir el corazón con prontitud y directamente; prescindir de descalabros insignificantes y de la pérdida de algunas plazas para obtener grandes resultados; imponer el entusiasmo por la disciplina, y ordenar la victoria a los ejércitos y generales. Este sistema fortaleció los batallones republicanos y desconcertó a los enemigos.

II

Nunca mostróse tan patente la debilidad de las coaliciones como en las campañas posteriores a la de 1792, pareciendo que los gabinetes y generales de Europa ignoraban el valor de dos circunstancias que, ante todo, deben disputar los guerreros: el tiempo y la celeridad. Ya expusimos la lentitud con que Austria, Prusia y el imperio presentaron sus contingentes en 1791, y referimos también las vacilaciones, más parecidas a traición que a prudencia, con que el generalísimo duque de Brunswick invadió el territorio francés y sostuvo algunas escaramuzas con el ejército de Dumouriez. No habrían puesto en juego otro sistema el duque de Brunswick ni tras él el príncipe de Coburgo, si sus instrucciones se hubieran limitado a foguear al ejército francés con maniobras y escaramuzas, circunstancias que en su día debían serle ventajosas para arrollar a los soldados coligados. En vez de sorprender a Francia dividida y desarmada, de dirigirla, en columnas de ciento o doscientos mil hombres a París, internándose por uno de los pasos que la naturaleza abre en las fronteras por los valles del Rin o por los llanos del Norte, aquellos generales perdieron diez y ocho meses en consejos de

guerra, en armamentos insuficientes y en tímidos reconocimientos, oponiendo a los batallones franceses batallones en igual número o inferior, y avanzando para replegarse, como si el territorio francés fuese fuego que abrasara los pies de los soldados y las patas de los caballos. El genio de la libertad debía mostrarse agradecido a tales enemigos de la Revolución, porque no le habrían prestado mejores servicios sus aliados secretos.

Tanto la rivalidad de los gabinetes como la falta de talento de los generales, contribuían a que estas dilaciones favoreciesen a Francia. No existía entre ellos ningún acuerdo formal; ninguna de las potencias quería ayudar a la otra a que arrollara con la victoria, que tenían tanto o más que la derrota.

Se limitaban a mantener el *decoro* de la guerra, a amenazar aquí o allí alguna plaza y a sitiirlas una a una con ejércitos aislados, permitiendo que Dumouriez, libertador de la Champaña, volase con sus mejores batallones a la conquista de Bélgica, y presenciando la caída del trono, el proceso del rey, la creación de la República, la muerte de la reina y las conmociones de París que alcanzaban hasta los tronos, sin aunarse ante el peligro común. ¿Cuál era la causa de este contraste, entre la coalición y Francia? Francia se levantaba al eco del entusiasmo, y el egoísmo encadenaba a los decaídos miembros de la coalición. Francia se levantaba, combatía y moría bajo la bandera del principio de libertad, cuya causa la santificaba, y de la que quería ser el apóstol y mártir.

Si la coalición, adhiriéndose al principio de la monarquía, ligada con el asentimiento desinteresado de pueblos y gabinetes que defienden diferente orden social, hubiera antepuesto la causa general a los intereses de corte, la lucha habría sido más terrible, y tal vez la monarquía hubiera quedado triunfante; pero el interés general de los tronos en el lenguaje oficial de la coalición, era una palabra, germen de rivalidades en Alemania y de ambiciones territoriales en Francia y Polonia. Cada una de las potencias, atendiendo a sus miras particulares, con frecuencia pérdidas, retenía o impedía obrar a sus rivales, pues su objeto no era sólo

ahogar la revolución en París, sino que, ocultamente, abrigaba otro. Estos ambiguos pensamientos determinaban la incoherencia, las contemporizaciones, las amenazas sin efecto, las retiradas sin causa, los avances sin objeto, los combates parciales, y, por último, la vergüenza común. No es posible que el egoísmo obtenga los increíbles resultados del entusiasmo. Las ambiciones crean los soldados; pero sólo los principios hacen a los héroes.

III

Polonia, destrozada por sus últimas disensiones, iba a ser víctima del segundo reparto. Rusia, Prusia y Austria, más atentas a los sucesos de Polonia que a los de Francia, se vigilaban mutuamente para impedir que, durante la distracción de las demás potencias, se lanzara una sola sobre la presa. Rusia no enviaba su contingente a la coalición bajo el pretexto de observar a los turcos y de sofocar la revolución de la Polonia meridional, limitándose a estacionar una escuadra en el Báltico para impedir que los países neutrales surtieran a los puertos franceses de socorros, víveres y de hierro. El barón de Thugut, recién nombrado primer ministro, amortiguaba la política de la corte de Viena.

El barón de Thugut, hijo de un batelero de Lentz, deudor a María Teresa de su elevación en la diplomacia, y empleado durante mucho tiempo en secretas negociaciones en Constantinopla, Varsovia y Petersburgo, residió en París cuando descargaron las tempestades de la Revolución; no desdeñaba los principios, conocía los actores, y era opinión común que en aquel foco había respirado los miasmas contagiosos de la filosofía y libertad. Thugut, afiliado a las sociedades secretas, como el duque de Brunswick, no quería apagar, sino solamente moderar el fuego revolucionario que Francia aumentaba para el mundo entero. Conforme en esto con José II, emperador filósofo, entró al servicio de Francisco II, príncipe antirrevolucionario.

Thugut, para adular al nuevo emperador, aconsejó la guerra contra Francia, pero nombró generalísimo al príncipe de

Coburgo, completamente sometido a su oculta dirección; Thugut declaraba la guerra, pero, declarándola, la contenía.

Desde la victoria de Nerwinde, el gabinete de Viena y el príncipe de Coburgo pensaron más en afirmar la dominación austriaca en Bélgica, que en proseguir sus victorias contra Francia. Dampierre reemplazó a Dumouriez. La Convención mandó a Dampierre que atacara al ejército austriaco, acampado entre Maubeuge y Saint-Amand, y Dampierre obedeció sin esperanzas de victoria, dirigiendo sus columnas hacia el enemigo, parapetado en los bosques y reductos. Cinco veces Clairfayt, el más activo de los generales de Coburgo, rechazó nuestras columnas. Al sexto ataque, puesto Dampierre a la cabeza de un destacamento elegido, se lanzó sobre un reducto enemigo.

—Corréis a una muerte inevitable e inútil, padre mío — le dijo su hijo, que era uno de sus ayudantes.

—Lo sé, hijo mío, pero más quiero bien morir en el campo de batalla que bajo el hacha de la guillotina.

Apenas el general profirió estas palabras, una bala de cañón le llevó una pierna y lo dejó moribundo.

IV

Clairfayt y el duque de York, que mandaba el ejército combinado anglo-hannoveriano, instaron inútilmente al príncipe de Coburgo para que persiguiera al ejército francés, que tranquilamente volvió a posesionarse del campo fortificado de César. Doce días bastaban para que los coligados hubieran acampado en las alturas de Montmartre, pero Austria no quería brillantes victorias, ni derrotas que la deshonrasen, y Prusia las deseaba menos aún. Ocupado en abatir la influencia austriaca en Alemania, en desmembrar el imperio y en reunir Polonia a sus Estados, el gabinete de Berlín seguía en política la misma senda que le obligó a lanzar tímidamente sus ejércitos a la Campaña en la anterior campaña, y a retirarlos luego vergonzosamente. El duque de Brunswick, siempre jefe de los ejércitos prusianos, se limitó a reconquistar a Maguncia. El ejército prusiano, im-

nente y numeroso, pero estacionario, más parecía cuerpo de observación que tropas en campaña.

El rey de Prusia seguía en el campo pero sin perder de vista a Polonia. Lord Beauchamp, negociador inglés, llegó de Londres para vencer la indecisión de este príncipe y obtener que firmara un tratado de alianza con Inglaterra. Las dos potencias garantizaban mutuamente sus Estados contra Francia.

El príncipe de Coburgo rindió a Condé y declaró que ocupaba la plaza en nombre del emperador, por derecho de conquista; declaración que, indignando a Prusia de ser juguete de Austria y de Inglaterra, hizo meditar nuevas defecciones. Entre el hábil Luchesini, agente del rey de Prusia, y los generales Custine y Biron, cambiáronse algunas palabras de inteligencia. Combatían como pueblos que esperan reconciliarse pronto.

Inopinadamente marchó el rey de Prusia a la Polonia, siendo Inglaterra la única nación que se obstinó en la lucha a muerte contra Francia. A adoptar esta resolución le indujeron dos motivos: uno material, y otro moral. Siendo rival de Francia en los mares, en las colonias y en las Indias orientales, e impidiendo la navegación, abatía la marina francesa; ventajas que, junto con la ocupación de los puertos franceses del Mediterráneo o del canal de la Mancha, eran para Inglaterra una ambición muy natural y un despojo muy rico de la guerra, y, por tanto, no había de abandonar fácilmente esta halagüeña perspectiva. Aunque las teorías liberales establezcan entre dos pueblos la fraternidad, la libertad inglesa es aristócrata, y la libertad que Francia pregonaba democrática; y el instinto de la aristocracia británica se indignaba y temía a la democracia victoriosa que quería prescindir de aristócratas, como prescindía de reyes. La aristocracia británica se consideraba atacada, y, siendo indiferente a la caída del trono y a las humillaciones del rey, odió la República desde que Francia pretendió coronar la soberanía popular, reputando las doctrinas de los jacobinos blasfemias contra las instituciones hereditarias de la Gran Bretaña. El triunfo de estas doctrinas en París y en el continente trastornaba el

orden social. Inglaterra comunicaba a Europa su odio y sus terrores, y colocaba el mundo como cordón sanitario en torno de aquel foco de igualdad. Frecuentemente se rompía y desataba el haz de la coalición, pero Inglaterra volvía a anudarlo. Pitt, que personificaba el genio de la aristocracia de su país, adquirió todo el poder, porque comprendió antes que nadie los peligros de aquella. En vano Fox y sus amigos, con elocuencia más declamatoria que sólida, condenaban la guerra e intentaban castigar los subsidios. Desde que la Revolución llevaba al cadalso a los reyes, proscribiendo a los primeros ciudadanos, la opinión británica abandonó a los amigos de la Revolución: Robespierre desacreditaba a Fox. La guerra contra Francia perdió para los ingleses el carácter de guerra de ambición o guerra de política, y concedieron todo a Pitt, porque lo juzgaban salvador de todo.

V

Pitt, con sus alianzas contrarrevolucionarias, abrazaba todo el continente. Formó alianza con España, libre ya del pacto de familia por el destronamiento de los Borbones; con Rusia y con Holanda, que le respondían de Suecia y Dinamarca; con Prusia, aliada por el tratado del 14 de julio; con Austria, con la mayor parte de los príncipes independientes de Alemania, con Nápoles y Venecia, y, finalmente, con Turquía, que, a instigación suya, se negó a recibir al embajador francés Semonville. Los cantones suizos y especialmente Berna y los pequeños cantones, conmovidos por agentes ocultos e irritados por la matanza de sus hijos el 10 de agosto, prendieron en el lago mayor a los enviados franceses Maret y Semonville y los entregaron a Austria, que los encerró en una de sus fortalezas. A pesar de las incertidumbres interiores de la coalición y del secreto antagonismo de tres de las potencias que la componían, Inglaterra conseguía mantenerla en batalla más que en campaña, sobre el Mosela y el Rin. Inglaterra pagaba los esfuerzos que contra Francia arrancaba a la coalición.

El duque de York, hijo del rey, príncipe valiente y militar instruido, manda-

ba en una de las alas militares del príncipe de Coburgo un ejército anglo-hanoveriano que contaba algunos cuerpos austriacos y heseses. Al duque de York le impacientaba la lentitud y timidez del generalísimo. El solo ejército que podía defender la Convención acampaba ante los muros de Arrás. Los doscientos mil hombres que el príncipe de York podía dirigir hacia París, era imposible detenerlos un momento más, al paso de la Somme. Viena y Berlín enviaron plenipotenciarios a Londres para ponerse de acuerdo con Pitt y el gabinete inglés acerca del plan de campaña; pero en vez de encontrar los ejércitos de la coalición y marchar en masa hacia el paso de la Somme, tomaron otra resolución más conforme con el espíritu de división e incertidumbre que neutralizaba a los gabinetes y que impedía los grandes resultados.

Pitt, que conocía las predisposiciones de los gabinetes, y de quienes no esperaba ningún esfuerzo enérgico ni sincero, quiso asegurar a Inglaterra un punto de apoyo en el continente, y acordó el sitio de Dunkerque.

El almirante Maxbridge recibió orden de preparar una escuadra para bombardear la plaza por mar, mientras que el duque de York la atacaba por tierra. El ejército anglo-hanoveriano se adelantó hacia Furnes, y se dividió en dos cuerpos, mandado uno por el duque de York, que sitió a Dunkerque, y el otro a las órdenes del mariscal Freytag, que ocupó la ciudad de Hondchoote, protegiendo el ejército sitiador. Entre ambos ejércitos componían una fuerza de treinta y seis mil combatientes, la cual se daba la mano con el príncipe de Coburgo, por medio del cuerpo del príncipe de Orange, que constaba de diez y seis mil combatientes.

VI

Carnot ordenó a Houchard, general en jefe del ejército francés, que no omitiera esfuerzo alguno para libertar a Dunkerque, plaza que, en la imposibilidad de defenderse durante mucho tiempo, hacía prodigios de valor y patriotismo para evitar la humillación de rendirse a los in-

gleses. Jourdan, que pocos días antes era aún comandante de batallón, y a la sazón general por inspiración de Carnot, mandaba un cuerpo de diez mil hombres, acampados en las alturas de Cassel, a cinco leguas de Dunkerque. Informado de los proyectos de los enemigos, acudió en socorro de la plaza amenazada, inspeccionó los preparativos de defensa, nombró gobernador al general Souham y volvió a reunirse a su división de Cassel.

Ayudaba al general Souham a preparar la defensa Lázaro Hoche, oficial cuyo nombre debía hacerse famoso en los campos de batalla, y a quien distinguió Carnot por el ardor e inteligencia que son el crepúsculo de los grandes hombres.

Destacó Carnot quince mil hombres de la mejor tropa del Rin y los envió al general en jefe del ejército del Norte para alentar a los reclutas que formaban el cuerpo de este ejército. Carnot fué personalmente a infundir aliento al general Houchard, y a entregarle el plan de campaña de que le encargaba el comité de Salvación pública.

Houchard, a la cabeza de cuarenta mil hombres, avanzó hacia las líneas inglesas. Al pasar por Cassel se le reunieron los diez mil hombres de Jourdan y avanzó hacia Hondchoote, donde el duque de York y el mariscal Freytag se habían fortificado, apoyando su derecha en Bergues, su izquierda en Furnes, y el centro en los molinos, en los reductos, en los cercados y en los almenados muros con que habían circunvalado a Hondchoote. También se resguardaban en el inmenso pantano de Moers, que se extiende entre Hondchoote y el mar, estando asegurada su retirada o comunicación con el cuerpo de Dunkerque por medio de calzadas muy fáciles de cortar. Parecía imposible acometer al ejército enemigo, que disponía de tan admirables posiciones.

El duque de York, Freytag y Walmoden descansaban con completa confianza en la seguridad de esta posición y en lo numeroso de su ejército; pero censuraban la tardanza de Maxbridge en ejecutar las órdenes de Pitt para que, presentándose la escuadra, secundara los esfuerzos de los sitiadores, pero la escuadra no aparecía en el horizonte. En cam-

bio, una escuadrilla de cañoneras francesas que vagaba por la rada de Dunkerque, inquietaba constantemente al cuerpo que acampaba en la plaza.

VII

El 6 de agosto encontráronse las vanguardias en la populosa aldea de Rexpoede, entre Cassel y Hondschoote. Jourdán arrolló cuantos obstáculos se le pusieron por delante y se detuvo luego a pasar la noche. Tres batallones ocupaban la aldea. El cuerpo principal de Jourdán acampaba tras Rexpoede; la caballería vivaqueaba en las praderas vecinas y en los jardines. Al obscurecer, el general Freytag y el príncipe Adolfo, uno de los hijos del rey de Inglaterra, que precedían algunos pasos a las tropas, penetraron en los vivaques y fueron hechos prisioneros. Walmoden ocupaba a Wormouth, e informado de que los franceses estaban en Rexpoede, abandonó a media noche su posición, y avanzando hacia la aldea, dispersó la vanguardia de tres batallones y rescató a Freytag y al príncipe Adolfo, faltando muy poco para que hiciera prisioneros a Houchard y a los dos representantes Delbrel y Levasseur, que acababan de llegar y cenaban en la población. Jourdán, atraído por la fusilería, sólo pudo salvar al general en jefe y a los representantes. Los tres batallones que ocupaban la aldea se dispersaron, pero volvió a reunirlos el general Collaud, que vivaqueaba en Ost-Capelle. Después de múltiples tentativas para reconquistar la aldea, fué Jourdán a reunirse, aunque de noche, con Houchard y los representantes en Rembeck, pero su caballo, acribillado de balazos, murió a la entrada de la población. Walmoden replegó su división a Hondschoote después de esta brillante escaramuza, reanimando la confianza del ejército inglés.

El 7, Houchard reunió sus fuerzas, reconoció la ciudad y puestos avanzados de Hondschoote, desde más cerca, y, por un exceso de prudencia, destacó una de sus divisiones para que observara a los veinte mil ingleses acampados bajo los muros de Dunkerque. Luego, diseminó y debilitó sus fuerzas, cuyos generales, envejecidos en la rutina, olvidaban que, con una

victoria, lo alcanza todo el vencedor. El 8 atacó.

Freytag no podía montar a caballo a causa de la herida que la víspera había recibido en Rexpoede. Mandaba Walmoden, quien desplegó el ejército en las praderas que se encuentran antes de Hondschoote. En el ejército francés, Collaud mandaba la derecha, Jourdán la izquierda, Houchard el centro, y Vandamine la vanguardia. Un reducto de once piezas protegía la ciudad y barría el camino de Bergues y el de Blenheim; otro reducto barría el camino de Waren, pero los accesos de este reducto estaban inundados y para tomarlos era imprescindible meterse en agua hasta la cintura, y permanecer durante diez minutos expuestos al fuego de cañón y al de los batallones parapetados tras los muros en los sotos.

Houchard, que economizaba la tropa, sostenía el fuego, perdiendo el tiempo en ataques reunidos, pero lentos, que impedían que un cuerpo pasara a vanguardia del otro, con cuyo sistema, aunque no comprometía nada, lo perdía todo.

El representante del pueblo, Levasseur, militar ignorante, pero intrépido patriota, reprendía continuamente al general, pidiéndole cuenta de sus órdenes y amenazándolo con la destitución si no admitía sus observaciones. Caracoleaba a la cabeza de las columnas, ya pasando de la derecha a la izquierda, y del centro a la derecha, ostentando la faja tricolor y el flotante penacho del sombrero, abochornando a los soldados y haciendo temblar a los generales. Con una mano indicaba la plaza de Hondschoote en frente, y con la otra, extendida hacia atrás, la guillotina. La Convención había ordenado la victoria, y la patria quería salvar a Dunkerque. Levasseur ni aun con el fuego admitía discusión. En el momento en que desde lo alto de un cerro arengaba a un batallón que el enemigo cañoneaba en el camino de Kellem, una bala de artillería hizo trizas el cuarto trasero de su caballo. Levasseur cayó, se levantó, pidió otro caballo, y observó que el batallón se había detenido.

—Adelante — les gritó—; antes que vosotros llegaré yo al reducto — y volvió a colocarse a la cabeza del batallón.

Encontró a Jourdan herido, desangrándose, y a quien, como a él, le llenaba de indignación la vacilante conducta del general en jefe.

—¿Cuál será nuestra suerte mandando la acción tal jefe? — preguntó Jourdan—. Los defensores de Hondschoote cuentan doble número que los que atacan.

—Jourdan—le dijo Levasseur—, pues to que sois militar, decidme vuestra opinión y se cumplirá.

—Sólo hay un medio — contestó Jourdan — y aun podemos alcanzar la victoria; cese el fuego que nos diezma sin debilitar al enemigo, suene el paso de ataque y avance a la bayoneta toda la línea.

VIII

Levasseur y Delbrel aprobaron la inspiración de Jourdan, y éste, detenida ya su hemorragia, se colocó a la cabeza de las columnas, haciéndose entonces en toda la línea francesa un silencio más terrible que la fusilería. Avanzaron como un muro de hierro contra los atrincheramientos ingleses. En los caminos, en los sotos, y al pie de los molinos de viento fortificados que rodeaban a los reductos, quedaron entre muertos y heridos cuatro mil soldados y oficiales, y la sangre de los artilleros empapó el suelo de los reductos que los franceses atacaron de frente. Collaud, Jourdan y Houchard mandaron colocar cañones a la entrada de las calles, cuyos atrincheramientos arrasaron los proyectiles. Los hannoverianos e ingleses se replegaron ordenadamente, defendiendo todavía la plaza, la iglesia y el ayuntamiento, acribillados de balazos; y el obús incendió el castillo de Hondschoote, residencia de los generales enemigos, y sitio de placer del estado mayor inglés y hannoveriano, quedando sepultados entre las ruinas del edificio centenares de cadáveres, y resultando el general Conchenbousen muerto en la acción. Walmoden, atacado y rodeado por todas partes, excepto por el camino de Bélgica, se retiró a Furnes, y el duque de York, que había combatido personalmente en Hondschoote, atravesó a galope el pantano de Moer, para levantar el sitio de Dunkerque. Houchard, perdió dos días en

Hondschoote, a pesar de las observaciones e instancias de los generales y representantes para que recogiese el fruto de su victoria, persiguiendo a los hannoverianos por el camino de Furnes, operación que dividiría en dos al ejército enemigo. Esta operación, tan fácil como sencilla, cogía al ejército del duque de York entre los baluartes de Dunkerque y a los cuarenta mil hombres victoriosos de Houchard. Ni un inglés debía escaparse. Los franceses dominaban por el mar, Dunkerque encerraba una intrépida guarnición y a Hoche, y con dos horas de marcha, las almenas de Dunkerque hubieran sido las horcas caudinas de Inglaterra. El general no calculó o no tuvo valor para alcanzar toda su gloria, y permitió que el duque de York, desfilando a orilla del mar por una lengua de arena que pone en comunicación a Dunkerque con Furnes, se reuniera en Bélgica con Walmoden y el príncipe de Orange. Houchard, vencedor, parecía vencido, por lo que entró en Menín entre los murmullos del ejército.

IX

La noticia de la victoria de Hondschoote regocijó a París; pero el pueblo acompañó la crueldad con la alegría. La Convención vituperó la victoria al general vencedor como si fuera una traición. Hentz, Peissard y Duquesnoy, sus comisarios en el ejército del Norte, destituyeron a Houchard y lo enviaron al tribunal revolucionario.

«Houchard es culpable, decían en la Convención, de no haber completado la victoria, y, como el ejército es republicano, verá con satisfacción el castigo de un traidor y se convencerá de que los representantes velan en los ejércitos.»

Habiendo sido condenado a muerte Houchard, subió al patíbulo con la intrepidez de un soldado y la tranquilidad de un inocente; su crimen era su ancianidad. Los generales conocieron que ni aun la victoria era un escudo contra la guillotina, y que su misión se reducía a someterse ciegamente a las órdenes de los representantes. El pueblo ejercía el mando, y los representantes eran los genera-

les en aquella guerra a muerte en que combatía toda la nación.

Las operaciones en las demás fronteras hasta enero de 1792 limitáronse a la ocupación de Saboya por Kellermann, y del condado de Niza por Birón (estos dos jefes combatían en brillantes pero parciales encuentros, contra el ejército austro-sardo, que se componía de ochenta mil hombres y estaba atrincherado en posiciones naturales); a una desgraciada campaña en el Pirineo contra Ricardos, y en la que el general Dagobert, de setenta y cinco años de edad, se cubrió de gloria reparando los descalabros que sufrían los ejércitos franceses por el mayor número y por la guerra de montaña; al nombramiento de Jourdan para reemplazar a Houchard en el ejército del Norte; y a las maniobras de este general y de Jourdan para cubrir a Maubeuge, blanco de los coligados, para quienes esta plaza era las puertas de París. Una numerosa guarnición y un campo atrincherado de veinticinco mil hombres defendía a Maubeuge, donde la carestía y las epidemias ocasionaban numerosas víctimas. Ciento veinte mil hombres los sitiaban. El anciano general Ferrand mandaba el campo, y la plaza el general Chancel; pero su intrepidez era impotente contra el hambre, contra la epidemia y contra la falta de municiones. El patriotismo de los generales, soldados y habitantes, disputaba todavía durante algunas horas a los enemigos la llave de Francia, cuando el estampido del cañón anunció la aproximación de Carnot y de Jourdan. Esperaban a los franceses ochenta mil hombres al mando del príncipe de Coburgo, acampados, como anteriormente Dumouriez en el Argona, en una posición cuyo centro era Wattignies. El 15 de noviembre, a las diez de la mañana, atacó el ejército francés formado en cinco columnas. Los soldados vacilaban, y, en algunas partes, retrocedían. Carnot, que también luchaba, acusó a Jourdan de cobardía, acusación injuriosa que llegó hasta los oídos del general y lo indignó hasta la demencia, impulsándolo a colocarse a la cabeza de una columna y a arrojarle a una muerte cierta, al intentar escalar un cerro inaccesible y sufrir el fuego de las baterías de Clairfayt.

Casi todos los soldados murieron al pie de la posición. El solo, rodeado de algunos pocos, persistió en el ataque. Carnot entonces retiró su acusación, reconociendo su injusticia y error, y dejándole ejecutar libremente su primer plan. Jourdan reunió en el centro veinticinco mil hombres; los batallones franceses encerraron en sus cuadros baterías volantes; se abrieron para que hicieran fuego, y se cerraron para cubrirlas; y, por último, treparon al cerro, subiendo con ellos una ciudadela movable. Todo lo arrolló aquella formidable masa. La caballería imperial pugnó para romper las demás columnas, no consiguiendo romper más que una, la del general Gratier, que se dispersó. El representante Duquesnoy, que se encontraba en aquella columna, destituyó al general Gratier y en nombre de la patria tomó el mando, reuniendo a los dispersos a quienes condujo a la victoria. Wattignies cayó en poder de los franceses; los austriacos murieron o huyeron; Carnot y Jourdan vieron a Maubeuge desde la parte superior del campo de batalla, y oyeron las salvas de alegría que dispararon sus cañones, para hacer eco a las descargas de los libertadores.

La batalla de Wattignies, primera victoria de un general, cuyo genio adivinó Carnot, habría sido más decisiva si los veinticinco mil hombres del campamento, al mando del general Ferrand, hubieran cooperado a la acción e impedido al príncipe de Coburgo y a Clairfayt el paso del Sambra. Los soldados de la ciudad y los del campamento, siguiendo el instinto de la guerra, pedían ocupar este paso, y Chancel, gobernador de la ciudad, opinaba que así debía hacerse; pero la falta de víveres y la excesiva prudencia del general Ferrand impidieron realizarlo. La Convención necesitaba una víctima, y Chancel subió al cadalso.

X

En el ejército del Rin la arbitraria susceptibilidad de los representantes reemplazó a Custine por Beauharnais, a Beauharnais por Landremont, a Landremont por Carlén, que hacía un mes era capitán, y, finalmente, a Carlén por Pichegrú.

Este ejército, compuesto de cuarenta y cinco mil hombres, defendía la entrada de la Alsacia con las líneas fortificadas de Wissemburgo. Wurmser, el más resuelto, aunque el más anciano de los generales del imperio, atacó estas líneas y se apoderó de ellas por impericia de Carlén. Este general, amenazado, además, por el duque de Brunswick, se retiró a las alturas de Saverne y de Estrasburgo, y Wurmser, natural de la Alsacia, entró triunfante en Haguenau, su patria. El terror engendró la traición de Estrasburgo, baluarte del patriotismo. Entre Wurmser y las principales familias de la plaza se establecieron secretas inteligencias, conviniendo en que el general austriaco ocuparía la plaza en nombre de Luis XVII; pero, descubierto el complot a tiempo, condujo a la guillotina a setenta ciudadanos de Estrasburgo; unos convictos, y los demás sospechosos. Los austriacos se apoderaron del fuerte Vaubán; Landau se encontraba muy apurado. Llegaron a la Alsacia Saint-Just y Lebas para intimidar con la muerte a los traidores y a los débiles. También pasaron allí Pichegrú y Hoche, uno para encargarse del mando del ejército del Rin y el otro para mandar, a los veinticinco años, el ejército del Mosela. Saint-Just llevó el terror a las ciudades; Hoche y Pichegrú la confianza al campamento. «Nos van a mandar como debe mandarse a los franceses», escribían del ejército a París después que lo revistaron los dos generales. «Pichegrú tiene la gravedad del genio, Hoche la juventud de la revolución, la robustez del pueblo y la mirada altanera y elevada del águila.» Ambos generales debían justificar el entusiasmo del ejército. Pichegrú, maestro que había sido de matemáticas en el monasterio de Arbois, su ciudad natal, y simple soldado en la guerra de América, regresó a la patria al principio de la revolución y fué presidente del club de Besanzón. Un batallón que carecía de jefe, al pasar por dicha ciudad, le eligió comandante, y en dos años lo hicieron general de división su energía, su talento y el imperio que ejercía sobre los demás hombres. Lo protegían Robespierre y Collot d'Herbois, quienes lo creían jefe a propósito para una República. «Juro — les escribía Pi-

chegrú al tomar el mando — que haré triunfar a la Montaña.» Pronto debía cumplir sus promesas y engañarlos, y pronto también cubrir de gloria y hacer traición a la República. Fué hombre a quien la rápida elevación y los destellos del genio le hicieron entrever una quimérica dictadura basada en los restos de la monarquía y de la República, siendo fatal a los dos partidos y a sí mismo. Hoche, de gallarda apostura, joven, marcial, héroe de la antigüedad por su aspecto, por su estatura y por su brío; héroe moderno por el estudio, por la lectura y por la meditación que dan la fuerza a la inteligencia, era hijo de una humilde familia, pero brillaba en su frente la aristocracia de un porvenir elevado. A los diez y seis años se alistó en los guardias franceses, donde por la mitad del sueldo hacía el servicio de sus compañeros, para poder, con esta pequeña suma, ganada con gran trabajo, comprar libros de guerra e historia, que leía durante la noche, lectura que le servía para instruirse y conocer el camino de la gloria. Llegó a París como ayudante de campo del general Levasseur, después de la defección de Dumouriez, siendo admitido en el comité de Salvación pública para que expusiese el estado del ejército. Admiró al comité por la exactitud de sus respuestas, por la elevación de sus miras y por su elocuencia marcial. Esta entrevista, en la que los hombres de Estado adivinaron al hombre de la guerra, le valió el grado de ayudante general. La defensa de Dunkerque fijó en él la atención de Carnot, que le concedió el grado de general de brigada. Se apoderó del mando como si fuera su destino. Cuanto más lo elevaban, más grande parecía; era la perspectiva de los hombres destinados a brillar en el porvenir. El origen de su nombramiento para el mando del ejército del Mosela, fueron sus hábiles maniobras hacia Furnes e Ipres, con objeto de reparar las faltas de Houchard. Sólo un defecto tenía Hoche: el conocimiento de su mérito, que le hacía desdeñoso con sus compañeros. Creía ser el primero en todo y no sufría que nadie le disputara la primacía. En una revolución en que todo era accesible a la ambición y al genio, no se podía predecir la suerte

de Hoche si la muerte no le hubiera cortado la carrera.

Los generales, que uno a uno enviaba el comité de Salvación pública a la Vendée, empleaban la fuerza en una guerra civil que renacía tras ellos. Ganaban batallas, pero perdían el campo. Merece especial y no interrumpida narración esta guerra social, la más temible que la Convención sostuvo.

Al propio tiempo, estallaban en el seno de la República otros dos focos de insurrección, Lyon y Tolón, focos que llamaban las miradas y la energía desesperada de la Convención hacia el Mediodía. Vamos, pues, a delinear brevemente los elementos, la explosión y la extinción de aquel fuego por las armas y el patíbulo, doble fuerza del comité de Salvación pública.

XI

Lyon, como todas las populosas ciudades manufactureras, está situada en un territorio en que el suelo, el cultivo, los combustibles, el fuego, las aguas y las numerosas poblaciones cuentan con los elementos y los brazos indispensables para un gran trabajo, y en el que los valles, las llanuras, los caminos y los ríos se abren, se ramifican y corren para conducir y distribuir los productos a las provincias y a los mares. La industria y la geografía se hermanan, y parece que combinaron de consuno el asiento de estos vastos talleres humanos, fenómeno tan instintivo que hasta se observa en los animales. Los hormigueros y las colmenas siempre se encuentran en la embocadura y en el cruce de los caminos, de las aguas y de los valles.

En el sitio que ocupa Lyon, lo militar se relaciona con lo industrial. Una altura, casi isla, llamada la *Dombe*, extiéndese de un lado de Trevoux y del otro de Meximieux, entre dos ríos, el Ródano y el Saona, lengua de tierra que, estrechándose siempre, se prolonga hasta una plataforma elevada, llamada la Cruz Roja, arrabal de Lyon. Allí, la plataforma, cortada casi a pico por los dos ríos, desaparece de repente en bajadas rápidas, y luego se extiende en un llano bajo y triangular hasta la confluencia de los ríos.

Este llano estrecho y largo es el sitio que ocupa la ciudad. A la izquierda corre el Ródano, torrente inmenso, mal encajonado por la naturaleza, de curso rápido y ancho; río que baña el profundo valle de Viena, de Valencia y Aviñón, y desagua en el Mediterráneo. Con la rapidez de una esclusa conduce los barcos, las balsas, las maderas, los hierros, los fardos, todos los productos que los bosques, las minas, las fábricas y la navegación confían a su corriente.

A la derecha, el Saona, río casi tan ancho, pero más apacible que el Ródano, baja lentamente de las montañas y valles de la antigua Borgoña, penetra en Lyon por una estrecha garganta, embarazado todavía su curso por algunas islas, se desliza por los muelles de la ciudad, bajo las colinas de Fourvieres y Sainte-Foi, que lo dominan por el Oeste, yendo a confundirse con el Ródano en el terreno pantanoso del Perrache.

La ciudad, demasiado estrechada por los dos ríos, ha ensanchado su recinto, que casi es una isla, pasando el Saona. El sitio que ocupa la catedral, los tribunales y los barrios más pacíficos, se encuentra entre la montaña y el río. Algunas calles parecen escaleras edificadas en pendientes, como si las casas treparan por las rocas y se detuvieran en los lados de las colinas. Estas dos partes de la ciudad se comunican entre sí, por medio de puentes de piedra y de madera.

XII

En el lado opuesto, la ciudad es una elevada playa que ostenta la larga y opulenta fachada de los cuarteles de Saint-Clair. Ninguna colina, ninguna ondulación del terreno sirve de cauce al Ródano, ni intercepta la vista, serpenteando el río casi al nivel de las tierras bajas de Brotteaux. A lo lejos extiéndense las llanuras del Delfinado, frecuentemente inundadas por las avenidas del Ródano y permiten que la mirada contemple a la izquierda las colinas negruzcas de Bugy, y al frente y a la derecha las cimas de los Alpes, de Suiza, de Saboya y de Italia, hasta que la nieve se confunde en el horizonte con las nubes.

Entre el Ródano y el Saona se extien-

de la verdadera ciudad con sus populosos cuarteles, sus plazas, sus calles, sus establecimientos públicos, su casa consistorial, sus mercados, sus hospitales y sus teatros. Lo reducido del espacio ha estrechado las calles y amontonado los edificios. Por todas partes se observa que la población, los talleres, la actividad, la riqueza y el trabajo han disputado el sitio al aire y a la luz, cosas inestimables en el comercio, entristeciendo el corazón al entrar en la ciudad, el aspecto sombrío, austero y monacal que presenta. Las calles estrechas, las casas altas, el día sombrío, las paredes ahumadas, las puertas bajas, las ventanas con papel untado de aceite para economizar el vidrio, las tiendas obstruidas con cajas y fardos, el precipitado pero silencioso movimiento que hay en las calles y las plazas públicas; el rostro grave y preocupado de los vecinos, que no pierden el tiempo en conversaciones ociosas, y que con cambiar un gesto, andando, satisfacen su comunicación; la falta de coches de lujo, de jinetes, de paseantes en los barrios ricos, todo revela una ciudad grave, ocupada en un solo pensamiento, alma del trabajo: la ganancia.

XIII

El vecindario ofrece un contraste notable con la población risueña, bulliciosa y marcial de las demás ciudades de Francia. Los hombres son altos, robustos, gruesos, de musculatura pronunciada, pero obesos. Las mujeres, de belleza ideal y casi asiática, poseen en la mirada, en el rostro y en el andar, una languidez que recuerda la vida inanimada y sedentaria de Oriente. Para los hombres sólo son lazos que los atan, y no ídolos e instrumentos de placer. Su seducción posee la grave decencia que embellece, como la santidad a la hermosura; su mirada es tierna pero casta; sus pasiones, ocultas; Lyon, para decirlo de una vez, es una población ardiente del Mediodía, preservada por las costumbres del Norte.

Junto a la inconstancia de la Francia del centro y a la vivacidad bulliciosa de la Francia meridional, Lyon forma un pueblo aparte: colonia lombarda aclimatada entre dos ríos en territorio francés.

Su carácter es análogo a su conformación. Aunque dotado por la naturaleza y clima de inestimables cualidades, la inteligencia del pueblo es tardía y perezosa, habiendo absorbido las demás aptitudes la idea fija de la ganancia. Las letras están descuidadas en Lyon, y las artes tienen vida macilenta, siendo preferidos los oficios. La pintura florece, la música, la menos intelectual y la más sensual de las artes, merece deferencia, sin duda porque este arte se adapta a una ciudad que, después de un día laborioso, va por la noche a comprar los placeres al teatro, siguiendo la costumbre de comprarlo todo.

En sus muros se amortigua el choque de las ideas y sistemas que agita y conmueve al mundo intelectual, siendo una ciudad que varía muy poco de ideas, porque no tiene tiempo de reflexionar. Vive de tradiciones, y se transmite las costumbres y las opiniones hereditarias sin examinarlas ni apreciarlas. Es la ciudad de la regularidad, de la costumbre y del orden; y la virtud que eleva al más alto grado de estimación pública, es una prudente rutina en la vida y costumbres, junto con la economía. Ofuscan las grandes luces, inquietan los grandes talentos porque desordenan la regla soberana de las costumbres. El ostracismo y la indiferencia acogen a las superioridades. Lyon ha presentado frecuentemente un gran pueblo; pero ha sido cuna de pocos grandes hombres.

XIV

Fácilmente se concibe que las virtudes de un pueblo de esta clase participen de lo natural. Encierra nobles virtudes, y, entre todas, el trabajo, la economía y la propiedad, que les producen utilidad. Es religioso, pero no llega al fanatismo, porque éste supone el entusiasmo, y su numeroso clero, respetado y obedecido, impera de un modo absoluto en las familias, en las mujeres, en la educación de los niños, en la nobleza y en el pueblo. Las colinas están ocupadas por monasterios de todas las órdenes religiosas, tanto de frailes como de monjas, pareciendo que Italia, con sus pompas religiosas y su espíritu sacerdotal, pasa cruzando los

Alpes y llega hasta Lyon. La mente popular acoge con infatigable avidez las relaciones de milagrosas imágenes, de animadas estatuas, de privilegiadas capillas, de peregrinaciones, predicciones, apariciones y milagros. Lyon recuerda que las Galias fueron la primera colonia del cristianismo, y la Roma de las Galias se distingue por las tumbas de sus santos y de sus mártires, por sus catacumbas, sus iglesias romanas, y por su catedral gótica de San Juan. El aspecto exterior de la ciudad, junto con los ritos piadosos del pueblo, atestigua que el catolicismo está profundamente arraigado en las almas de sus moradores y en su territorio, hasta el extremo de que, para extirparle, sería necesario destruir la ciudad.

XV

Lyon forma dos ciudades distintas, y contiene, aparentemente, dos poblaciones: la ciudad comercial, que se extiende desde las alturas de la Cruz Roja hasta la plaza Bellecour, y cuyo centro es la plaza de Terreaux; y la ciudad de la nobleza, de los capitalistas, de los comerciantes enriquecidos y ya retirados, que está situada en torno de la plaza Bellecour y en los opulentos barrios de Perrache. Allá el trabajo, aquí el ocio; allá los proletarios, aquí la aristocracia. Pero, exceptuando algunas familias militares y aristócratas, la nobleza de las capitales se diferencia muy poco de la clase media que fué su origen. Verdad es que no trabaja manualmente, pero emplea su dinero en la edificación y comercio de la ciudad manufacturera. Los fabricantes son los industriales arrendatarios de esos ricos pretores.

La ciudad es esencialmente plebeya. La clase media innumerable, rica y sin pompa, como salida del pueblo, del que vuelve a formar parte sin ruborizarse; por su trabajo personal recuerda los institutos de artes y oficios de la seda y lana de la república comercial de Florencia, cuya historia narra Maquiavelo, que, honrándose de su industria y ostentando por enseñas en las banderas los instrumentos del batanero y tejedor, formaban facciones en el Estado y razas en la de-

mocracia. Tal era entonces y tal es hoy Lyon. Tras de la clase media, existe una población de doscientos mil proletarios, residentes en la ciudad, en los arrabales, en las pequeñas ciudades y en las aldeas del territorio lyonés. Los fabricantes emplean estos proletarios en los diferentes oficios de su industria, y en particular en la preparación de la seda.

Este pueblo de obreros no está encerrado en inmensos talleres comunes como en otras ciudades: talleres en los que el hombre, considerado como una rueda mecánica, se envilece, se pervierte por el contacto y se gasta por el roce con los demás. Cada taller de Lyon lo compone el marido, la mujer y los niños, familia que va cada semana a buscar el trabajo, la seda y los modelos. Los trabajadores llevan a sus casas las primeras materias, las urden, y, al entregarlas al comerciante, reciben por cada pieza el precio convenido. Este método de fabricación, no despojando al operario de su individualidad, de su aislamiento, de su hogar, de sus costumbres y de su religión, se presta mucho menos a la sedición y corrupción del pueblo, que los ejércitos de máquinas humanas, disciplinadas por las demás industrias en talleres comunes, y en los que una chispa produce una explosión. Este trabajo a destajo establece entre la clase media y el pueblo continuas relaciones y una mutua uniformidad de beneficios y pérdidas; circunstancias eminentemente adecuadas para enlazar las dos clases por la comunidad de costumbres e intereses. Las ciudades de las montañas del Forez, Saint-Etienne, Rive-de-Giers, Vienne, Montbrison y Saint-Chamond, son otras tantas colonias ocupadas en la misma industria, regidas por costumbres iguales y animadas por idéntico espíritu. Esta población de la misma raza, agrupada o diseminada, cuyo número asciende a quinientas mil almas, es esencialmente activa como el trabajo, moral como la religión, sedentaria como el hábito, parca como la ganancia y conservadora como la propiedad. Cualquier conmoción la inquieta, y, por eso, para este pueblo, la política y el gobierno se reducen al trabajo y a los días de solaz, a la pérdida y ganancia.

XVI

Se comprende bien que este pueblo sea más republicano que monárquico, pues, en el fondo, su constitución social es una república de intereses y una democracia de costumbres. Extraño a la corte, desdénoso para con la nobleza, la caída de estas altas superioridades del Estado halagaban su orgullo plebeyo más que lo ofendían. En todas partes el trabajo es republicano y la ociosidad monárquica. Aunque Lyon, fuera de todas las ciudades de Francia, la que con más indiferencia presencié el movimiento de la inteligencia por la filosofía social que preparaba la revolución, su clase media vió con satisfacción los primeros síntomas de abatimiento de la monarquía y el naciente reinado de la soberanía popular. Únicamente entrevió el abatimiento de los patricios y la restauración de su municipalidad. Siglos enteros la gobernaron la municipalidad y los obispos, como a los restos de las ciudades romanas que vencieron la Edad Media. Fueron gratos a los principios del comercio de Lyon los Estados generales, la resurrección de la Asamblea nacional, la humillación de la corte, la igualdad en las categorías de Estado, la destrucción de los privilegios, la toma de la Bastilla, las doctrinas de la Asamblea constituyente, las reformas de Mirabeau, la popularidad de Lafayette y de los Lameths, la creación de la guardia nacional, la Constitución de 1791, y, por último, los despojos de la aristocracia y del poder real, arrancados al trono y arrojados al pueblo por los girondinos el 10 de agosto. Entonces se creía que más tarde y con facilidad, ocuparía el vacío del trono una constitución republicana, reguladora y propietaria. La revolución de París se hizo sentir con energía aplaudida, pero refrenada por el espíritu esencialmente propietario del país.

Roland y su esposa, que a la sazón habitaban en las cercanías de Lyon, fueron los instigadores de las primeras agitaciones de aquella ciudad. Roland y sus amigos, con sus escritos, periódicos y clubs, atizaron el aletargado fuego del jacobinismo, fuego que, tan incendiario en el resto de Francia, tomó incremento

lento y difícilmente en Lyon. Hacíase impopular cualquier doctrina, tan pronto como se preveía el desorden, no reconociéndose en aquella industriosa ciudad más enseña que la del dinero. Allí es antisocial todo lo que ataca al metálico y le obliga a desaparecer, pues aquel pueblo ha divinizado la propiedad.

Tales circunstancias fueron causa de que el jacobinismo, no encontrando oradores ni reguladores en el pueblo comercial, tuviera que acogerse a la población flotante de una gran ciudad, a los extranjeros sin patria, a las personas inmorales y agobiadas de deudas, que nada perdían en el incendio y que, por lo contrario, tenían la esperanza de encontrar la fortuna entre los escombros. Esta ínfima instalación del jacobinismo en Lyon lo hacía más sedicioso y le atraía más y más el odio del vecindario honrado. Los extremos se tocaban; y, así como Burdeos, Marsella y Tolón, adoptó Lyon con entusiasmo las ideas y los hombres de la Gironda. La mayoría de la ciudad odiaba a la Montaña, a Robespierre y a Danton, viendo el rico en esta parte de la Convención a los expoliadores de su fortuna, y el pueblo a los que proscribían su religión. El comercio menguaba, el lujo decaía, y sólo se fabricaban armas, por lo que, desde que la República, con sus decretos, desmembró sus bancos, sus mercados, su fabricación, sus artes y sus sacerdotes, Lyon no reconoció a la República, y la ciudad empezó a confundir sus quejas con las de los realistas de todas las ciudades comarcanas que iban a refugiarse dentro de sus muros. Estas predisposiciones irritaban más y más a los amenazadores, pero refrenados, clu-bistas de Lyon.

XVII

Encontrábase a la sazón en Lyon un extranjero, persona de las más peligrosas en tiempos de revolución: un fanático de lo imposible. Era uno de esos insensatos, cuya mente abarca, no la pasión, sino la demencia de la multitud; uno de esos profetas que el pueblo cree inspirados porque son locos, y a quienes escucha como oráculos porque le predicen destinos más grandes que la naturaleza

y triunfos más completos que la comprensión humana. Ayudados de esta pasión a lo imposible y de esas perspectivas engañosas, estos hombres arrastran al pueblo al abismo, al través de las elucubraciones, y anegado en sangre. Aquel hombre se llamaba Chalier.

Como Marat, vino del extranjero atraído por el resplandor de la revolución. Nació en el Piamonte o en la Saboya, de familia humilde, pero bastante acomodada para darle educación y carrera. Destinado al sacerdocio, escala cuyo pedestal se apoya en el pueblo y sus últimos escalones llegan a lo más encumbrado de la sociedad, Chalier entró en un monasterio de Lyon, donde adquirió la rigidez, la dominación del alma, el exterior ascético, la afectación de sobrenatural inspiración y las reminiscencias de poesía y elocuencia sagrada que, fermentando en una débil cabeza con las ideas del momento, determinaron un fenómeno en que aparecen en una sola persona el sacerdote y el tribuno, el profeta y el demagogo, el santo y el malvado, para engendrar un monstruo imposible de comprender, y más imposible aún de definir. El destino de Lyon, tan semejante al de Florencia, parece que quería completar su uniformidad con el carácter de Chalier, agitador inexplicable colocado entre Savonarola y Marat.

La revolución llegaba hasta el claustro, perturbando los estudios del joven, quien, después del cataclismo, entreveía la regeneración y asustaba a sus condiscípulos con los sangrientos fantasmas que ocupaban su mente. En aquella época escribía estas líneas, cuyo estilo entrecortado e incoherente, recuerda los sobresaltos, las inspiraciones y los oráculos bíblicos: «La mente se ha apocado; las almas son de hielo: ha muerto el género humano. ¡Genio creador! ¡que surja de este caos una nueva vida y una nueva luz! Gozo en los proyectos, en los vértigos, en la audacia, en los choques y en las revoluciones. El Supremo Hacedor ha creado maravillas, pero permanece impasible. Si yo fuera Dios, removería las montañas, las estrellas y los imperios, trastornando la naturaleza para renovarla.»

Estos primeros ayes de su alma ence-

rraban el destino de Chalier, ya abrazara el bien, ya el mal. La locura es el aborto de un pensamiento tenaz, pero imponente, porque no la concibe ni la dirige la razón. Dominado por esta creencia, abandonó Chalier el sacerdocio, entró en una casa de comercio, y, durante algunos meses viajó, como comisionista. Lo expulsaron de Italia porque propagaba los dogmas revolucionarios, pero esta proscripción fué un mérito que le valió la protección de Marat, Robespierre, Camilo Desmoulins y Fauchet, bajo cuyos auspicios llegó a Lyon para fundar el club central, foco ardiente que aumentaba él y que agitaba constantemente con su palabra. Su elocuencia sólo era lirismo, y su ideal eran los falsos profetas de Israel, servidores de Jehová y degolladores de los hombres.

XVIII

El misterio que rodeaba su vida, su pobreza, su incorruptibilidad, su adhesión a la causa popular y su asiduidad a las sesiones públicas del club, le dieron gran ascendiente sobre los jacobinos de Lyon. Los electores le nombraron presidente del tribunal civil, considerándolo el causante de todos los desórdenes y de todos los crímenes. Estos desórdenes y estos crímenes eran más atroces en Lyon, porque los partidarios de Chalier estaban en minoría, y el terror debía afirmarles en el dominio. Entre Lyon y París había una emulación de sangre.

Al día siguiente de las matanzas de septiembre, algunos asesinos, acompañados de mujeres y niños, se dirigieron al castillo de Pierre-Encise, donde degollaron once oficiales del Real Polonia, presos la víspera como sospechosos de realistas. La señorita de Bellecice, hija del gobernador, joven notable por su belleza y por su valor, se interpuso inútilmente entre las víctimas y los asesinos, hiriéndose al separar los sables y picas; y en vano también el alcalde de Lyon, Vitet, hombre apasionado en sus opiniones, pero delicado de conciencia y humanitario, corrió al fuerte seguido por algunos granaderos adictos, empleando, para salvar las víctimas, la súplica y la fuerza. Al día siguiente colgaron como trofeos

los cadáveres en los árboles del paseo, enlazándolos con guirnaldas formadas por miembros mutilados para aterrorizar al barrio de los aristócratas. Al mismo tiempo llegaron de París emisarios de los franciscanos, entre los que se distinguía Huguenín, orador del 20 de junio, para inflamar la tibieza del club jacobino de Lyon. El populacho saqueó los almacenes y regularizó el robo, nombrando comisarios para el pillaje. El ayuntamiento, donde se contrabalanceaban los partidos, tan pronto alentaba la anarquía como afirmaba el orden, y degeneraba cada vez más en juguete del club central que dominaba Chalier. Públicamente predicaban los dogmas de la ley agraria y del saqueo, Chalier, Lausset, su cómplice, ex sacerdote incestuoso que acababa de casarse con su hermana; Roullot, miembro de la corporación municipal, y Cusset, electo diputado de la Convención.

—Ha llegado el tiempo — decían — en que debe cumplirse esta profecía: «Se despojará a los ricos y se enriquecerá a los pobres.»

—Si al pueblo le falta pan, que se apropie los bienes de los ricos — decía Tarpán.

—¿Queréis una palabra—escribía Cusset—que exprese todo lo que necesitáis en Lyon? *Morid o matad*.

XIX

Para que estas provocaciones tuvieran la autoridad del terror, llevaron a Lyon una guillotina de París y la instalaron en la plaza de Bellecour, para que el instrumento recordara el suplicio. Los girondinos enviaron a Lyon a su colega Vitet, para regularizar el furor del pueblo. Vitet se presentó al club central y lo arengó con la varonil entereza de quien desea convencer antes que castigar a los facciosos; pero en el club fué ultrajado.

—Ha llegado el gran día de las venganzas — dijo Chalier—. Quinientas cabezas que se levantan hoy entre nosotros merecen correr la misma suerte que la del tirano. Sus nombres os los entregaré en una lista; vuestra misión se reducirá a castigar.

Propuso luego la instalación de un tri-

bunal revolucionario, y tomando una imagen de Cristo, agregó:

—¡No basta que la cuchilla haya castigado al tirano de los cuerpos, pues también debe caer de su trono el tirano de las almas! — y rompiendo la imagen del Crucificado, pisoteó los pedazos.

Desde allí, puesto Chalier a la cabeza de sus partidarios, los condujo a la plaza Terreaux, y les exigió ante el árbol de la libertad el juramento de exterminar a los aristócratas, a los rolandistas, a los moderados, a los agiotistas, a los usureros y a los sacerdotes.

El ayuntamiento, sometido momentáneamente al club central, a instigación suya, giró visitas domiciliarias, preludio del 2 de septiembre, y confió a los comisarios del club la indicación y encarcelamiento de los sospechosos. Toda la ciudad estaba en poder de una facción de Catilinas subalternos. Un hombre solo, Niviere, sucesor de Vitet, contenía, con la intrepidez de un magistrado de la antigüedad, las sediciones de los facciosos y alentaba a los hombres de bien. Sabía que Chalier y Lausset habían reunido por la noche los jefes de turba; que habían nombrado un tribunal revolucionario secreto; que prepararon la guillotina, que eligieron sitio para la ejecución en un puente del Ródano de donde precipitarían al río los cadáveres; que habían expedido decretos de proscripción, y que, para el caso que faltaran ejecutores, había dicho Lausset estas palabras:

—Nadie puede excusarse de ser verdugo: la cuchilla de la guillotina cae por sí misma.

Algunos de los que habían asistido a este conciliábulo, horrorizados de lo que en él se tramaba, huyeron y publicaron sus acuerdos. Niviere colocó en torno de la casa consistorial algunos batallones y ocho piezas de artillería. La primera cabeza que debía cortar la cuchilla era la de este generoso alcalde, quien la jugaba por la salvación de la patria; pero su firmeza impuso a los facciosos.

Chalier, al ver estos batallones formados en orden de batalla, junto con la artillería, dijo:

—Retirémonos, que hemos errado el golpe.

Niviere volvió, después de este triun-

fo, a ser un simple ciudadano; pero en seguida lo reeligieron ocho mil votos de nueve mil votantes, y se encargó del gobierno de la ciudad entre las aclamaciones de júbilo de los propietarios.

XX

Niviere, que debía ser una víctima, salvó también al partido de Chalier, amenazado por la reacción de los republicanos moderados, que disolvieron el club central, cuyos miembros de este club invocaron el auxilio de sus hermanos de París. La Convención decretó que dos batallones de marseleses fueran a restablecer el orden a Lyon, y envió tres comisarios montañeses, Bazire, Rovere y Legendre. Llegaron a Lyon batallones de Aix y Marsella, que, fraternizando con las doctrinas girondinas, fueron acogidos por la población como sus libertadores; los sectarios de Chalier temblaron y se llenaron de pavor. Reducidos a la impotencia los jacobinos, determinaron hacer un 10 de agosto contra la corporación municipal. Chalier reapareció y avivó el foco del club central.

—Trescientos romanos — dijo — han jurado inmolar estos modernos Porseñas y sepultarse junto con sus enemigos en las ruinas de esta nueva Sagunto. ¡Temblad, aristócratas, rolandistas y moderados egoístas! Puede repetirse el 10 de agosto y el Ródano y Saona no tardarán en llevar al mar vuestros cadáveres.

Cusset, desde las filas de la Montaña, le contestaba:

—Para nosotros la libertad, para nuestros enemigos la muerte: éste es el acrisolador escrutinio de la República.

Los jacobinos se reunieron el 9 de mayo en un banquete patriótico, bajo la sombra de los árboles de Bellecour, y, terminado el banquete, enorgullecidos por el número y por los aplausos de la multitud, pasaron a instar al ayuntamiento a que accediera a la creación del tribunal revolucionario; pero fueron rechazados.

Llegaron a Lyon comisarios más enérgicos de la Convención: Albitte, Dubois-Grancé, Gauthier y Nioche, quienes exigieron a los ricos un empréstito de seis millones. A imitación del de París, orga-

nizaron un comité de Salvación pública, crearon un ejército revolucionario, alentaron la audacia de Chalier, y marcharon al ejército de los Alpes, dejando abandonada la ciudad a merced de este comité dictador, que instó a los ciudadanos a que armaran a sus partidarios e indicaran, para darles muerte, quiénes eran sus enemigos. Chalier publicó estos decretos con el título de *Brújula de los patriotas*. «¡A las armas! ¡a las armas! — gritaba recorriendo las calles, a la cabeza de los jacobinos—. Vuestros enemigos han jurado no perdonar ni aun a los niños de pecho. ¡Caiga al momento sobre sus cabezas la cuchilla de nuestra venganza, o sepultaos entre las ruinas de la ciudad!»

Hasta el centro de la Convención llegó el eco de estos gritos de terror; la Gironda arrastró tras sí al partido moderado de la Asamblea, y expidió un decreto en que autorizaba a los ciudadanos de Lyon a repeler la fuerza con la fuerza.

—¿Creéis que me intimida este decreto? — dijo Chalier—. A mi voz se levantará el pueblo para inmolar a los enemigos, y tendré el placer de hundir el puñal hasta al corazón.

Sediento de venganza se dirigió al club, armó a sus sectarios, les entregó a cada uno media libra de pólvora, les indicó el sitio en que debían reunirse y se preparó al asalto de la casa consistorial. Las secciones se reunieron y se armaron contra los jacobinos para repelerlos, y la ciudad se dividió en dos campos. A la cabeza de dos batallones y dos escuadrones, entraron en Lyon los representantes del pueblo Gauthier y Nioche, a quienes precedían, insultando a los ciudadanos armados de las secciones, las bandas de Chalier, provistas de hoces, picas y mazas. La sangre empapa el suelo.

—Adelante — dijo Chalier, arengando a sus sectarios—; caigan en nuestro poder los miembros del departamento, los presidentes y los sectarios de las secciones; sigue su cabeza la cuchilla de la guillotina y lavemos en su sangre nuestras manos...

XXI

El ayuntamiento, que era jacobino, se apoderó del Arsenal y dió una numerosa guarnición a la casa consistorial, mientras que las secciones acordaban el plan. Los seccionistas, reunidos en número de veinte mil en torno de la plaza Bellecour, eligieron por jefe a un aparejador de paño, llamado Madinier, hombre de corazón, de fuego y de brazo de hierro, quien reconquistó el Arsenal y se dirigió a la casa consistorial. Nioche, el representante, quiso ser mediador, y Freminville, presidente del departamento, le contestó:

—No merece nuestra confianza quien ha firmado esos infames decretos, que amenazan nuestras fortunas y que exige nuestra sangre. Retiraos; como vosotros nos agrupamos bajo la bandera republicana, pero deseamos una República legal, no una República en que nos oprima el ayuntamiento. Dispersad vuestras tropas; retirad los cañones; suspended la municipalidad, y sólo entonces depondremos las armas.

El ayuntamiento agrupó en derredor suyo tropas de línea y pueblo en la plaza de Terreaux, mientras duraban estas negociaciones. En las gradas de la casa consistorial estaban expuestos los cadáveres de los primeros seccionistas asesinados; cadáveres que el pueblo injuriaba y mutilaba. Nioche quedó en rehenes porque Madinier se enteró de estos excesos, y el jefe de los seccionistas dispuso que en dos columnas marcharan contra el enemigo, la una siguiendo el Saona, la otra el Ródano, para reunirse en la casa consistorial. En el puente Morand colocaron los jacobinos una batería que barría el camino en toda su extensión, y la columna que seguía el Ródano sufrió el cañoneo, muriendo centenares de seccionistas, entre los que había oficiales realistas y muchos hijos de las principales familias de la nobleza y del comercio de Lyon.

Los cañones de la plaza de Terreaux ametrallaron también la columna del Saona, que se replegó y tomó una posición más resguardada en la plaza del Carmen, frente a la casa consistorial, algo cubierta por una ala de edificios. Los

cañones de esta columna batieron el edificio del ayuntamiento, y los jacobinos se retiraron a los patios, porque los diezaba el fuego enemigo. Al dirigirse a los seccionarios de departamento el representante Gauthier, lo retuvieron en rehenes, como a su colega, y, aterrado por los seccionarios, firmó la deposición de la corporación municipal. Madinier entró a caballo triunfante en la casa consistorial, prendió a Chalier y a sus cómplices, y arrojando la indignación popular, que quería asesinarlos, los encarceló. El 29 de mayo obtuvo este triunfo la Gironda, antevíspera del día en que los girondinos, vencedores en Lyon, eran vencidos en París. El tribunal criminal pronunció pocos días después la sentencia de muerte contra Chalier, y el resplandor de la iluminación que celebraba la victoria de sus enemigos penetró hasta su calabozo:

—Son las antorchas de mis funerales —dijo—; Lyon pide mi cabeza, pero los lyoneses no entrevén el porvenir. Mi sangre caerá gota a gota, como la de Cristo, sobre ellos y sobre sus hijos, pues en esta ciudad soy el Cristo de la Revolución. Moriré pronto por la salvación de la República, pero el cadalso será mi Gólgota, y la cuchilla de la guillotina mi cruz.

Allí, en la soledad del calabozo, mostróse Chalier como el más sensible y tierno de los hombres, acariciando incesantemente una tórtola domesticada, compañera en su cautividad, que consiguió le entregara una mujer que lo amaba. La tórtola subía constantemente al hombro de Chalier, imagen de la inocencia, que se posaba sobre una cabeza embriagada con sangrientos ensueños. Después de su sentencia, siniestras profecías salieron de los labios de Chalier. Pudo, por última vez, ver a sus amigos y a su querida, a quienes consoló y legó cuanto poseía, sin olvidar la tórtola, que bañó con lágrimas. Chalier y sus amigos mandaron traer de París la guillotina colocada en la plaza de Terreaux, y la primera cabeza que separó la cuchilla fué la de Chalier. En el calabozo no abandonó un momento el crucifijo que antes adoraba y que arrojó luego sacrilego a sus pies. No apartaba la mirada del Dios suplicado. Le leyeron la sentencia a las cuatro de la mañana, y el resto del día lo empleó en

escribir el testamento. Se despidió de sus compañeros de cárcel y se dirigió al cadalso, con paso firme, mirando a derecha e izquierda, como pidiendo al pueblo cuenta de su muerte. Ya al pie del patíbulo abrazó a su confesor, besó el crucifijo y se entregó al verdugo.

La cabeza de Chalier no cayó al primer golpe; pues la cuchilla estaba mal afilada y fué necesario descargarla cinco veces sobre la víctima, que, más que decapitada, fué destrozada a hachazos.

La cabeza de Chalier, medio separada ya del tronco, dirigía al verdugo miradas de reproche y súplicas para que le abreviara la agonía; el infeliz expiró al sexto golpe. La muerte, cuyo loco deseo había Chalier inspirado frecuentemente al pueblo, cayó sobre su propia cabeza lenta y cruelmente; se anegó en sangre, pero fué en la suya. Tras el odio del pueblo llegó la compasión, la deificación como a Marat, y, en el transcurso del tiempo, el nombre de Chalier fué dado por todos al olvido y entregado a la execración, como se entrega siempre la memoria de los que en las crisis populares representan los furores en los derechos y virtudes populares. La sangre de Chalier, vertida en reto a la Convención, imposibilitó toda avenencia. Lyon podía someterse, pero aceptando la venganza de los montañeses.

XXII

Lyon tenía varios y numerosos elementos de insurrección. Concurrían a hacer de esta ciudad la capital contrarrevolucionaria de la República, la celda de los girondinos, la Convención diezmada, la representación nacional mutilada en París por el 31 de mayo; la opresión anárquica de Chalier y del populacho, sufrida durante mucho tiempo, pero vencida al fin; la confianza en su esfuerzo, la emulación con Marsella y Tolón en sublevarse; el abatimiento del comercio; la persecución de los sacerdotes, la vida de cada ciudadano amenazada por la ley de sospechosos; la aversión al terror que derramaba gota a gota en París la sangre ilustre, y, finalmente, el realismo concentrado en Lyon, como en un refugio en que se re-

unían sus partidarios y desde donde andaba las tramas con el extranjero.

Sin embargo, la insurrección no hacía ondear aún esta bandera, que cubría el velo republicano. Los jefes vencedores en la casa consistorial eran hijos de la Revolución y adictos a la Gironda, que deseaban enaltecer y vengar a los enemigos de Vergniaud y de Roland. Sostenían las ideas de la Gironda con sus discursos y recriminaciones Chasset y Biroteau, diputados que fueron a buscar asilo a Lyon. Dióse al gobierno de la ciudad las formas de la dictadura. Se componía de funcionarios elegidos y delegados por las secciones, que se titularon *Comisión popular republicana*. Bajo el imperio del odio contra los jacobinos, recibieron los nombramientos los delegados, siendo elegidos los sujetos más enemigos de los terroristas, y, por consiguiente, los más adictos a las tendencias contrarrevolucionarias. Casi ninguna distancia mediaba entre un republicano sublevado contra la República y un realista que conspiraba contra ella, debiendo ser esta conexión de situaciones el móvil que confundiera a los hombres y sus disposiciones. Una opresión común forma involuntariamente la base de una causa común, y Lyon contenía todo esto por la fuerza de los acontecimientos.

Rimbaud, de marcadas ideas monárquicas, presidía la comisión popular republicana, siendo los demás miembros girondinos irritados, o moderados comprometidos, que, si acataban la Convención, no tenían otra perspectiva que el cadalso. El comercio, cuya opinión es el interés, deploraba cada día más su ruina, y suspiraba por la monarquía, que creía germen de trabajo, de crédito y de seguridad. En este foco fermentaban también las quejas del gran número de nobles y sacerdotes refugiados y ocultos en Lyon, quienes abrigaban la esperanza de que tronase allí la explosión del volcán que debía derrocar a la República y abrir el camino de la patria a los príncipes y emigrados.

XXIII

Mucho tiempo hacía que Lyon era el blanco de los realistas y emigrados, cuyos emisarios creyeron que la ciudad, había abandonado la República, desde que se separó de la Convención, por lo que reaparecieron para apoderarse del gobierno y dirigirlo en favor de la monarquía. El conde de Artois, que se encontraba entonces en Hamm, territorio prusiano, envió inmediatamente a Saboya al general marqués de Autichamp, para que estudiara de cerca el carácter de la insurrección lionesa, comunicara las noticias que adquiriese a la corte de Turín, y la obligara a enviar fuerzas más imponentes a Chambery.

Otro oficial marchó a Berna para decidir a Suiza a que, declarándose contra Francia, uniera sus tropas con las sardas y descargaran el golpe decisivo a la República. Secundaban en la Dieta los esfuerzos de los emigrados los enviados del rey de Cerdeña, el barón de Etolles y el conde de Maistre, profeta del antiguo régimen, siempre desmentido, pero siempre fulminante. Con el mismo objeto trabajaba en los cantones lord Fitz-Gerald, enviado británico; pero los aristócratas cantones de Suiza, amenazados en su propio territorio por el germen revolucionario, no se aventuraban a hacer un movimiento que podía ser tal vez la señal de la caída de su constitución; y la corte de Cerdeña se limitaba a defender palmo a palmo las gargantas de Saboya contra los pocos batallones de Kellermann, teniendo fija principalmente su atención en el Piamonte, que cubría con sus mejores tropas, reforzadas con ocho mil austriacos. El marqués de Autichamp y los oficiales de Condé no tardaron en reconocer la imposibilidad de dar jefes ostensiblemente emigrados a una insurrección que conservaba apariencias republicanas, y los realistas de Lyon y del interior perdieron la esperanza de una intervención extranjera, esperando sólo que el tiempo, la prudencia y la victoria hicieran de las ruinas girondinas la base de la monarquía. Además de la parte del pueblo adicto a su causa, contaban en la ciudad con

cuatro mil sacerdotes no juramentados y seis mil nobles, dispuestos a tomar las armas contra la Convención.

XXIV

Como toda tentativa de reconciliación era ya intempestiva, Lyon corrió a las armas. La comisión popular republicana adoptó las disposiciones convenientes para la ejecución de los trabajos de defensa; fundir cañones, construir reductos, almacenar provisiones y reclutar un ejército de nueve mil hombres mercenarios, poniendo en circulación muchos millones de papel, garantizados por la ciudad. Además, abolió la Constitución de 1793, después de una formal deliberación, y nombró, finalmente, comandante general de las fuerzas al conde de Precy. Este nombre, hasta entonces desconocido, inspiraba confianza a los realistas, sin inspirar recelo a los republicanos.

Precy, monárquico por honor, patriota por el espíritu del siglo, y francés por la sangre, pertenecía a la nobleza militar que no había perdido con la emigración la nacionalidad y que conservaba el patriotismo del ciudadano juntamente con la fidelidad del aristócrata. Había servido en Córcega, en Alemania y en la guardia constitucional de Luis XVI y confundía en un solo culto la constitución y el rey. El 10 de agosto combatió al lado de los oficiales que quisieron ser escudos del trono; derramó lágrimas por la muerte del rey, pero no maldijo a la patria. Sufría en silencio la suerte de la perseguida nobleza, retirado en su posesión de Semur, en Brionnais, y sus amigos lo indicaron a la comisión popular como el jefe más a propósito para dirigir y moderar el movimiento mixto que Lyon fomentaba osadamente contra la anarquía. Precy estaba lejos de poder ser jefe de un partido, porque, antes que todo, era militar; pero, la moderación de su carácter, la costumbre de mandar soldados, y la habilidad innata en los hombres de su país, le hacían capaz de concentrar en una todas las opiniones, de infundirles aliento y de conducir las al fin sin revelar el objeto a que se examinaba. Tenía entonces Precy cincuenta y un años de edad; pero su aspecto marcial, su franca

fisonomía, sus ojos azules y serenos, su no interrumpida amabilidad, el don de mando y persuasión y lo infatigable de su cuerpo, le hacían un jefe apreciable ante el pueblo.

XXV

Lyón envió diputados para ofrecer el mando al señor de Precy, a quien encontraron en igual ocupación que los romanos a Cincinato, cultivando flores y legumbres, con la azada en la mano, y a la sombra de los árboles; se entabló entre él y los comisionados un diálogo muy digno de los tiempos antiguos. La modestia de Precy se reconoció inferior al puesto que le destinaban; dijo que su espada se había roto ante la revolución y que se había amortiguado el fuego de su alma; que la guerra civil repugnaba a su carácter, porque la consideraba como un remedio extremo que abatía más banderas que causas salvaba; reconoció que, aceptándola, entreveía sólo un porvenir, la muerte o la victoria; que las fuerzas organizadas de la Convención, dirigidas contra una sola ciudad, tarde o temprano abatirían a Lyón; que no era posible hacerse ilusiones respecto a los ciudadanos, cuya suerte sería morir por el fuego enemigo o por los horrores del hambre en un largo sitio, y que, vencedora la Convención, diezmaría con la guillotina a los sobrevivientes.

—Ya lo sabemos — contestaron los diputados de Lyón—; pero, entre el cadalso y la tiranía de la Convención, no hemos vacilado en elegir el cadalso.

—Con tales hombres lo elijo también yo — respondió con entusiasmo Precy.

Descolgó luego la levita, que había suspendido en las ramas de un peral, entró en su casa para abrazar a su joven esposa, y pertrechado de sus armas, que permanecían ocultas hacía diez y ocho meses, siguió a los lioneses.

Vistió el uniforme cívico, ostentó la escarapela tricolor y montó a caballo para revistar el ejército municipal. Al llegar a Lyón, los batallones mercenarios y los guardias nacionales, formados en la plaza Bellecour, acogieron con exclamaciones de júbilo al general. Encargóse del

mando de la artillería el señor de Che-nelette, teniente coronel de dicha arma, oficial práctico y ciudadano apreciable por sus talentos y virtudes. La persona que en mayor grado daba a la insurrección de Lyón el carácter de realista, era el conde de Virieu, quien, siendo diputado y orador célebre en la Constituyente, reclamó al principio de la revolución los derechos nacionales, asistió a la junta de Vizille, en el Delfinado, pidió en los Estados generales que la votación fuera por individuo y no por categoría, y fué uno de los cuarenta y siete miembros de la nobleza que se unieron al pueblo el 25 de junio. Después pareció que el conde de Virieu se arrepintió de estos actos populares, pues, habiendo ayudado a conmover el trono, se consagró a robustecerlo, dominado por la misma idea que sus amigos Lally-Tolendal, Clermont-Tonnerre y Cazalés, de que la Revolución se limitara a conquistar un derecho representativo, personificado en dos cámaras a imitación de Inglaterra. Creyendo que el único gobierno de la libertad era la lucha de la aristocracia y democracia, moderada por la monarquía, consideró las conquistas de la Revolución como excesos y todos sus actos como crímenes, desde que la Asamblea nacional rompió el círculo en que la aristocracia pretendió encerrar el tercer estado. Abandonó la Revolución, como quien abandona una conjuración culpable, maldiciendo su error e intentando borrar sus antiguas huellas, y desde entonces se consagró por completo a la restauración de la monarquía y de la religión, elementos que la revolución había destruído. Sostuvo correspondencias con los príncipes en el Delfinado, su país natal, y en Lyón era el hombre político de la abolida monarquía. Como en otro tiempo aspiró a la libertad, exaltada luego hasta el fanatismo su fe religiosa por la persecución del culto, deseaba morir por Dios y por el rey, pareciéndole tres veces santa la guerra, porque corría por sus venas sangre ilustre y pertenecía a una raza proscrita y a un culto perseguido; era aristócrata, monárquico y cristiano, y reunía todas las cualidades de hombre de partido, porque era militar intrépido, orador elocuente y buen político. Lyón reveló, al

confiarle el segundo mando, si no el objeto directo, por lo menos el oculto propósito que encubría la insurrección.

XXVI

La Convención aceptó la lucha resueltamente sin que la amputación de uno de sus miembros le hiciera desistir de salvar los demás, considerando más valiosa la unidad de la República que la segunda unidad de Francia. La Convención no habría retrocedido ni ante la destrucción de París. La patria estaba representada por un principio, no por una ciudad, y no dudó un momento, creyéndose en su derecho, y encontrando la energía en esta convicción.

Mandó a Kellermann, general en jefe del ejército de los Alpes, que, descuidando las fronteras, concentrara sus fuerzas en torno de Lyon. Kellermann, que en Valmy había disputado la gloria a D'armouriez, contenía a la sazón los esfuerzos de los austriacos, piemonteses y saboyanos, que cruzaban al otro lado de los Alpes. Saboya, indecisa entre el atractivo de los principios republicanos y la fidelidad a sus príncipes, se insurreccionaba en las provincias montañosas de Faucigny y de Confians; pero Kellermann inutilizaba estas resistencias sólo con un puñado de valientes, colocándolos como un dique movable de un valle al otro, salvando las cimas, dique que repelía las irrupciones que bajaban de las montañas.

Pertenecía Kellermann a la raza de militares hábiles e intrépidos en el combate, siendo más a propósito que para las disensiones políticas para el encargo de guiar al campo a los soldados; aspiraba a mandar los ejércitos de la República, pero le repugnaba el cargo de verdugo en los castigos, temiendo que el porvenir le designara como destructor de Lyon, por lo que detestaba el dictado de *Mario del Mediodía*. Contemporizó durante algún tiempo e intentó la vía de las negociaciones, enviando a los lioneses, mientras que concentraba sus tropas, intimidación tras intimidación, pero todo fué inútil. Lyon imponía condiciones que eran la humillación de la Montaña: estas condiciones comprendían la retractación del 31 de mayo, la revocación de todos los

decretos expedidos desde la citada fecha, y el reintegro de los girondinos. Los representantes del pueblo, Gauthier, Nioche y Dubois-Crancé, instaban a Kellermann a que cerrara y estrechara el bloqueo de la ciudad, mientras el comité de Salvación pública comisionó a Couthón y Mignet para que levantaran los departamentos de Auvernia, de Borgoña, del Jura, de la Bresse y del Ardeche para invadir a Lyon con los batallones de voluntarios que organizaba el terror a la voz de los representantes. Por los caminos que conducen a Lyon, de las orillas del Saona, del Ródano, de las montañas del Ardeche y de los populosos valles de la antigua Auvernia y del Allier, avanzaron numerosas columnas, mandadas por Roberchón, Javogues, Mignet y Couthón, no necesitando los campesinos disciplina para formarse tras las tropas de línea o estrechar con un muro de bayonetas el bloqueo y ahogar la ciudad.

XXVII

El único recinto fortificado que había en Lyon eran las alturas de la Cruz Roja, cerro que separa los dos ríos, y la cadena de colinas que avanzan paralelamente al curso del Saona, desde el peñón de Pierre-Encise, donde se interna el río en la ciudad hasta el arrabal de Sainte-Foi, que se eleva al extremo de estas colinas, no lejos de la confluencia del Ródano y del Saona. Esta confluencia sirve de antemural a la ciudad por la parte del Mediodía, y allí atraviesa el Saona un puente llamado la Mulatiere, en la playa del Ródano, y existe una calzada estrecha, muy fácil de defender y cortar. El resto del espacio que forma la punta Perrache, se compone de un terreno bajo y pantanoso, lleno de balsas y canales, y plantado de arbustos, rosales y sauces en empalizadas; punto inaccesible a la artillería y muy fácil de defender por guerrillas parapetadas entre las malezas. El Ródano era la sola defensa por el Este, punto que da frente a las llanuras del Delfinado. Allí la anchura y rapidez del río forma una barrera imposible de pasar, siendo los reductos contruidos las cabezas de los puentes Guillotiere y Morand, únicos puntos de comunicación entre la ciudad

y el cuartel de Brotteaux o el arrabal Guillotiere, situado en la otra parte del río, las únicas defensas artificiales que coadyuvaban a la natural. Para defender esta inmensa circunferencia, sólo contaba Lyon con cuarenta cañones; pero no se cesaba de fundir otros nuevos. Precy y su estado mayor mostrábanse infatigables, y los ejércitos de la Convención adivinaban grandes aprestos de resistencia en los contruídos muros, en las baterías, en los reductos y en los puentes cortados o próximos a volar.

XXVIII

A principio de agosto tomó posiciones el ejército sitiador, que se dividió en dos campos: el de la Guillotiere, que mandaba el general Vaubois, compuesto de diez mil hombres y artillado con numerosas fuerzas, seguía el Ródano e incomunicaba a los lioneses con el Delfinado, la Saboya y los Alpes; y el de Mirebel, que se extendía del norte del Ródano al Saona, comprendiendo el cerro de la Dombe, que los separa, y amenazando la más fuerte posición, el arrabal de la Cruz Roja.

Kellermann estableció el cuartel general en el castillo de La Pape, cerca de Mirebel, en la orilla escarpada del Ródano. Comunicábanse ambos ejércitos por un puente de barcas que cruzaba el río, al pie del castillo. Los batallones del Ardeche, del Forez y de la Auvernia, mandados por los representantes de sus respectivos departamentos, estaban amontonados en la inmensa línea que se extiende desde la orilla del Ródano, pasada su confluencia, hasta los cerros del Limonest, que dominan el río antes de que éste entre en la ciudad; pero esta línea de tropas ondulante, débil y cortada en varios puntos por los cuerpos avanzados de los lioneses, y las ciudades de San Esteban, Saint-Chamond y Montbrison, que hacían causa común con los sitiados, facilitaba a éstos la libre comunicación con las montañas del Vivarais y con el camino de París por el Borbonesado. Estas ciudades y las poblaciones adyacentes suministraban armas, víveres y combatientes, deber que les imponía fidelidad de colonias; eran las avanzadas de defensa.

El campo de batalla tenía sesenta leguas cuadradas de extensión.

El ejército sitiador, al tomar posiciones, se apoderó de estas ciudades y puntos avanzados, operación que, estrechando al ejército de Precy, le obligaba a refugiarse en los puestos fortificados, tras de los reductos, o bajo las almenas de la ciudad. Precy con esta táctica fogueaba su ejército, compuesto de diez mil hombres, cifrando tanto en los mercenarios como en los voluntarios ya aguerridos, la esperanza de que fueran el núcleo y el alma de la defensa interior. Estos jóvenes, casi todos realistas, formaban un ejército de héroes, porque no podían menos de seguir el ejemplo del general, que era siempre el primero en exponerse al fuego enemigo y se lanzaba al ataque a la bayoneta, dando gracias con la mirada a los soldados; y porque, al entrar en Lyon, premiaban su ardor en el combate los abrazos de sus madres, esposas, hermanos y conciudadanos. Precy hizo con ellos prodigios de valor, de rapidez y de constancia; prodigios que, durante dos meses, detuvieron a toda Francia ante un puñado de valientes que defendían una población vacilante, cañoneada, incendiada y hambrienta.

XXIX

El 10 de agosto, aniversario de feliz augurio para la República, empezó el bombardeo, que duró diez y ocho días y sin interrupción ninguna, durante los cuales las baterías de Kellermann y las de Vaubois lanzaron a la ciudad bombas, balas rojas y cohetes incendiarios. Los amigos de Chalier hacían por las noches al ejército sitiador señales, indicando las casas y cuarteles que debían incendiarse, por lo que las bombas estallaban en las calles, plazas y casas de los enemigos de la República. En estas noches siniestras, fueron incendiados trescientas veces por las bombas u otros proyectiles el opulento barrio de Saint-Clair, la plaza Bellecour, el puerto del Temple y la calle Mercier, inmensos almacenes que contenían las riquezas de la fabricación y del comercio, destruyendo trescientas veces estos incendios los productos de la fabricación de Lyon, y sepultando entre la

ruínas de su fortuna a millares y millares de habitantes.

Este espectáculo intimidó al pueblo al principio; pero la costumbre le hizo presenciario con indiferencia. La barbarie de los enemigos avivaba la indignación del pueblo. La causa de la guerra empezó siendo la de un partido, y concluyó por ser la de todos los ciudadanos de Lyon, que reputaron el crimen de incendiar su ciudad como un sacrilegio de la República. Ya no había arreglo con la Convención, que aceptaba el incendio como auxiliar y quemaba a Francia para imponer una opinión. El vecindario entero se armó para defenderse hasta morir, pareciéndole pequeño el sacrificio de la vida, después de haber sacrificado el hogar, los bienes y las riquezas. El heroísmo degeneró en necesidad del alma, pues hasta los ancianos, las mujeres y los niños se familiarizaron con el fuego y el estruendo de los proyectiles. Tan pronto como la curva de la bomba indicaba su dirección, corrían, no huyendo, sino para inutilizarla, quitándole la espoleta. Si lograban su propósito, jugaban con el proyectil y lo llevaban a las baterías de la ciudad para devolverlo al campo enemigo; si llegaban tarde, se tendían en el suelo, levantándose cuando ya había estallado la bomba. La población se organizó en dos divisiones; la una combatía en los muros, y la otra apagaba los incendios, surtía de víveres y municiones a los puestos avanzados, conducía los heridos a los hospitales, los curaba y sepultaba a los cadáveres. Treinta y seis mil bayonetas contaba la guardia nacional, al mando del esforzado Madinier, quien con ellas contenía a los jacobinos, desarmaba a los clubistas, ejecutaba las órdenes de la comisión popular, y enviaba destacamentos de voluntarios a los puestos avanzados y de más peligro. Precy, Virieu, Chenelette iban del campo al consejo, y del consejo al combate; jefes siempre presentes, se les veía atravesar incesantemente la ciudad a caballo, ya para pelear en una parte, ya en otra. La comisión popular, que presidía el médico Gilibert, fogoso y valiente girondino, no cedía ni ante la responsabilidad, ni ante la muerte. El peligro común le dió el poder, y lo ejercía con el concurso unánime

de todas las voluntades: su porvenir no podía ser otro que el cadalso o la victoria. Como la necesidad engendra el mando, todo se doblegaba ante este poder de sitio sin murmuración ninguna.

XXX

Oprimidos, desarmados y vigilados los jacobinos, ocultábanse, se refugiaban en los campos republicanos o conspiraban en silencio. Una mujer incendió el Arsenal, inmenso edificio situado al extremo de la ciudad, durante la noche del 24 al 25 de agosto, cuando era mayor la confusión producida por el bombardeo de la plaza Bellecour. La explosión conmovió y consternó la ciudad, quedando por aquel siniestro inutilizados millares de quintales de municiones y desarmada en parte la insurrección; mas no por eso se abatió el brazo ni el corazón de los lyoneses, quienes, alumbrados por el resplandor del incendio, hicieron una salida de tres mil sitiados y desalojaron de las alturas de Sainte-Foi a las tropas republicanas.

El bombardeo llenaba de escombros la ciudad, sin proporcionar ninguna ventaja a los sitiadores. La Convención reprendía a Kellermann; los representantes que estaban en el ejército, censuraban su lentitud y contemplaciones, y los sardos reconquistaban a Saboya, aprovechándose de su ausencia. Kellermann pidió ser reemplazado en el ejército de Lyon, alegando la necesidad de estar en los Alpes. En reemplazo de Kellermann, el comité de Salvación pública nombró al general Doppet, quien había guerreado ya en las contiendas civiles, mandando la vanguardia de Carteaux contra los marseleses. Dubois-Crancé tomó el mando hasta la llegada de Doppet.

Dubois-Crancé comunicaba a la guerra la energía de su republicanismo. Noble, pero desertor de la causa de la monarquía, más que como soldado deseaba abatir a Lyon como republicano, cuyos muros encerraban los dos objetos de su odio: la Gironda y la anarquía. Su ejército aumentaba de día en día y él le comunicó la actividad y fuego de su alma. Aumentó la lluvia de hierro y fuego que destruía a Lyon, y ordenó que el ejército

de Roverchón, originario de las montañas del Limonest, atacara el castillo de la Duchere, punto que dominaba el arrabal del Vaise y que estaba defendido por algunos reductos y cuatro mil lioneses. Dubois-Crancé, protegido durante la noche del siguiente día por un terrible fuego combinado de todas las baterías, lanzóse a la cabeza de los batallones del Ardeche, en medio de los reductos que cubrían el puente de Oullins y el de la Mulatiere, y, antes que los trescientos lioneses que los guardaban tuvieran tiempo de hacer volar el puente, se apoderó de ellos a la bayoneta. Desde esta posición, Perrache, punto casi aislado, quedaba abierto a los republicanos. La traición les entregó las alturas de Sainte-Foi. En la noche del 27 de septiembre, el cabo que mandaba la guardia del primer reducto colocó el centinela avanzado en posición que podía descubrir; se fué al campo republicano y les reveló el santo y seña, y los sitiadores, a favor de esta traición, entraron en el fuerte y degollaron las tropas que lo guarnecían.

El oeste de Lyon quedaba descubierto con la toma de los reductos de Sainte-Foi. Precy, para reconquistar estas posiciones, decidió realizar un esfuerzo desesperado, y avanzó a la cabeza de sus batallones escogidos contra los republicanos ya fortificados en su conquista. Lo rechazó al principio el fuego de los reductos; cayó bajo su caballo, que habían muerto las balas enemigas, se levantó, alentó a sus soldados, tomó un fusil y recibió la descarga de metralla dirigiéndose a los cañones, descarga que le hizo brotar sangre por dos heridas. Contuvo la hemorragia y, agitando en la mano como bandera su ensangrentado pañuelo, lanzó sus batallones contra el enemigo, que huyó abandonando, clavados, los cañones y demolidos los reductos.

El general Doppet, mientras Precy triunfaba en Santa Irene y Sainte-Foi, dirigió sus batallones a la avenida del Perrache, se apoderó de los reductos que los defendían, y avanzó en columna cerrada por el muelle del Ródano hasta el centro de Lyon. La ciudad quedaba abatida; ya la artillería barría el muelle del Ródano cuando llegó este desastre a noticia de Precy; bajó de Sainte-Foi con los

restos de su ejército, atravesó con la rapidez de un relámpago el Saona y la ciudad, reunió con el puñado de valientes que lo seguían a todos los bravos que encontró al paso, los formó en columna en la plaza de la Caridad, colocó al frente de esta columna cuatro piezas, desplegó en guerrilla para proteger su flanco derecho algunos cazadores por los sitios bajos del Perrache, y desembocó al paso de carga para morir o rechazar a los republicanos.

XXXI

Los soldados de Doppet esperaban el ataque. El campo de batalla era un cerro de 25 toesas, situado entre el Ródano y el pantano de Perrache, donde no se podía maniobrar, siendo la victoria del partido que con más obstinación se resignara a morir. Desde tres posiciones distintas barrían la columna lionesa las baterías republicanas, una de las cuales estaba colocada en la orilla izquierda del Ródano, otras en la orilla derecha del Saona y las demás en el cerro: era un turbión de metralla. El hierro arrasó por completo las primeras compañías. Precy, saltando sobre los cadáveres y acompañado por sus más intrépidos voluntarios, se arrojó contra los batallones republicanos que sostenían la batería de enfrente, y los degolló, inundando en sangre los cañones. Terrible fué el choque y encarnizado el combate: las bayonetas quebrábanse en los cuerpos sin que se exhalara un grito de dolor; en retirada los republicanos, rehusaron la vida que se les concedía, y cayeron al foso que rodeaba el cerro, donde pereció hasta el último.

Precy, corriendo tras la victoria, persiguió hasta el puente Mulatiere a la dispersa columna de Doppet. Los republicanos sólo tuvieron tiempo de cortar el puente después de pasarlo ellos, retirándose a Oullins. Lyon respiró durante algunos días. A Precy le costó esta victoria la flor de la juventud lionesa; y las fatigas, la muerte, el fuego y las heridas redujeron a tres mil los defensores de una circunferencia tan extensa. Abandonaban una brecha para defender otra, regando el suelo con su sangre. Las baterías del convencional Vaubois no dejaban reposar

un momento a la ciudad, ni intacto un lecho para los heridos.

No se respetó la inmunidad de los asilos de los moribundos: en el hospital, modelo de arquitectura, ondeaba una bandera negra, pero los artilleros de la Convención acorralaron a balazos el edificio. Los heridos, al ser sepultados entre las ruinas, encontraban la muerte allí donde habían ido a buscar la salud. Lyon estaba rigurosamente incomunicado por tierra y por agua; agotados ya todos los víveres y municiones, se comían ya los últimos caballos, y se fundían las últimas balas con el plomo de los edificios. El agonizante pueblo murmuraba contra una muerte ya inútil. Kellermann interceptaba en los Alpes los ansiados socorros de Saboya e Italia. Carteaux había pacificado ya a Marsella, y Lyon, que creyó incendiar a Francia con su ejemplo, era devorada por el incendio. La ciudad era un campo de batalla, escombros los edificios y jirones los habitantes. Cien mil campesinos, sedientos de sangre y pillaje, asediaban la población, y un asalto podía entregar las mujeres, niños, ancianos y enfermos, todo lo más sagrado que hay en una ciudad, al ultraje, a la carnicería y a la muerte. El hambre contaba las horas, y, contándolas, mataba. Agotóse también la media libra de avena, desleída en agua que se daba a cada vecino. Couthón y Mignet hicieron entonces insinuaciones moderadas e insidiosas, y la comisión popular las comunicó a las secciones, que eligieron diputados para que fueran al campo enemigo a conferenciar con Couthón y los representantes, y dieron a la ciudad quince horas de tiempo para que los más comprometidos se pusieran en seguridad.

XXXII

En la noche del 8 al 9 de octubre, reunió Precy a sus compañeros de gloria y de infortunio, a quienes dijo que había llegado la última hora de Lyon; que al día siguiente entraría el terror y la venganza a pesar de las promesas de Couthón; que el cadalso reemplazaría el campo de batalla, y que todo aquel a quien sus funciones, el uniforme, las armas o las heridas señalaran como uno de

los principales defensores de la ciudad, sería irremisiblemente víctima de la venganza de la Convención o de la delación de los jacobinos. Añadió que él estaba resuelto a morir como soldado y no como víctima; que aquella misma noche, junto con los ciudadanos que quisieran participar de su suerte, burlando la vigilancia de los republicanos, saldrían de Lyon y se dirigirían al sitio que menos podían esperar los enemigos, la orilla izquierda del Saona, por el camino menos vigilado entre todos, el de Macón; que, al llegar a Montmerle, atravesarían el río, entrarían en la Dombes, y pasando en Meximieux, tras el campamento de Dubois-Crancé, por las gargantas del Jura, buscarían la salvación en Suiza.

—Los que junto conmigo—prosiguió—quieran hacer esta última tentativa de la suerte del soldado, acudan al amanecer armados y acompañados de sus más caras afecciones al arrabal del Vaise, desde donde me seguirán. Pasaré o moriré con ellos.

De mortal agonía fué esta noche para la ciudad. Cada familia pensó, antes de adoptar una resolución, en el camino más accesible que debía seguir para salvarse al siguiente día, pues, quedándose, se tenían a la vista siniestras perspectivas, y, marchando, peligros indudables. Al rayar el día, acudieron tres mil hombres a la cita de Precy, la mayor parte de los cuales eran jóvenes realistas, hijos de la nobleza y principales familias de Lyon. Para compartir su suerte, se refugiaron en la columna trecientas o cuatrocientas mujeres, madres, esposas, hijas o hermanas de los expedicionarios, llevando en brazos a los niños de pecho, y agarrados por la mano a los mayorcitos, ahogando todos sus sollozos y temiendo llamar la atención del campo de Laduchere.

XXXIII

Mientras los que acudían al llamamiento de Precy se reunían bajo los frondosos árboles de un parque, llamado el bosque de la Claire, algunos centenares de combatientes asistían en una cueva vecina a un oficio fúnebre en honor de sus hermanos ya víctimas y de los que estaban próximos a serlo. El general Vi-

rieu, cuya fe fortalecía su valor, comulgó allí por última vez.

Reunidos ya los que debían partir, subió Precy a la cureña de un cañón y arengó a los soldados, diciendo: «Mi corazón está satisfecho de vuestra conducta, ¿lo está el vuestro de la mía?» Gritos unánimes de ¡Viva nuestro general! le interrumpieron. «Todo lo humanamente posible para salvar vuestra ciudad, lo ha hecho vuestro esfuerzo; que quedara libre, triunfante e independiente, el destino no lo ha concedido a mi mano. De vosotros depende que volváis a ella, encontrándola próspera y dichosa. No olvidéis que el único elemento de salvación en el peligro en que nos encontramos es la disciplina y la unidad en el mando. Nada más os recomiendo: se aproxima el momento, y ya amanece. Confíad en vuestro general.»

—¡Viva Lyon! — fué la postrera y sublime despedida que los defensores hicieron a sus hogares.

Precy dividió en dos columnas este cuerpo de ejército o, por mejor decir, este convoy fúnebre: la una, que él mandaba, formada por mil quinientos hombres, iba precedida de cuatro piezas; la otra, que mandaba el conde de Virieu, compuesta de otros mil quinientos hombres, llevaba entre las filas las mujeres, niños y ancianos.

Cinco baterías republicanas, apoyadas por batallones parapetados tras los muros y en los sotos, dispararon contra los lioneses, a la salida del arrabal del Vaise. Precy mandó a los granaderos que los desalojaran de aquellas posiciones a la bayoneta. Burtín de la Riviere, uno de los mejores oficiales y su ayudante de campo, se lanzó a la cabeza de la columna, diciéndoles: «¡Adelante, granaderos!» Estos vacilaron, y en el momento en que el brazo de Burtín indicaba a sus valientes el enemigo, una bala, atravesándole el pecho, lo arrojó cadáver a los pies del caballo que montaba. La columna vaciló otra vez: Precy reunió dos pelotones del centro, los arengó, pasó un torrente dominado por el fuego y repelió a los republicanos. Mientras Precy combatía, pasó la columna, con la que se reunió luego el general, fuera ya del alcance de los disparos enemigos.

XXXIV

Merced a esta maniobra salvadora, salió la columna del desfiladero, deslizándose por las colinas escarpadas que bordean el Saona. Salvó después Precy felizmente estas colinas y marchó con más seguridad por un espacio ancho y despejado. Virieu, con las fuerzas que mandaba, iba a concluir de atravesar el estrecho de Saint-Cyr, cuando ocho mil voluntarios del campo de Limonest, dirigidos por el representante Reverchón, se arrojaron sobre su columna y la acosaron y fraccionaron en medio de un combate horrible. Algunos de los de Virieu se precipitaron en el Saona, y la mayor parte de los otros murieron en los caminos y en las viñas, apoderándose las bayonetas republicanas de los ancianos, niños y mujeres que habían salido de Lyon protegidos por la columna. La mortandad fué tan horrible que no pudo averiguarse el paradero de Virieu. Un soldado de la caballería republicana aseguró haberle visto en la acción luchando como un héroe contra muchos, rechazando el *cuartel* que se le ofrecía, y precipitándose cubierto de sangre y con el caballo en las aguas del Saona. Lo cierto es que ni se encontró el caballo, ni su cuerpo ni sus armas. La condesa de Virieu, que también huía, disfrazada de labradora, abrigó durante mucho tiempo la esperanza de que fuera falsa su muerte, e indagó con afán solícito por los alrededores buscando sus huellas, esperando durante muchos años la vuelta del esposo, como quien espera la llegada de un ausente.

XXXV

Precy, ya haciendo frente con sus cañones a la caballería que lo perseguía; ya a los voluntarios de Limonest que le tiroteaban de flanco, y a los batallones que le impedían el paso, atacó una batería republicana, la inutilizó y se internó en el bosque de Alix; pero nubes de tiradores ocupaban la orilla izquierda del Saona, haciendo impracticable el paso del río. El único camino de salvación que le quedaba a la columna era la dispersión por las montañas del Forez. El pequeño

ejército de Lyon sublevaría aquellos pueblos fanáticos, contrarrevolucionarios y afectos a la monarquía, que ocupaban un país lleno de bosques y torrentes, o encontraría refugio huyendo individualmente. Precy comunicó esta resolución a su ejército reunido en consejo de guerra, siendo rechazada enérgicamente por algunos, que sólo entreveían la salvación al otro lado de los Alpes, provocando un altercado tumultuoso estas dos opiniones. Hacían eco a esta discusión el toque de rebato de todas las aldeas convecinas, y los campesinos de la comarca rodeaban el bosque. La mitad del ejército se separó de Precy, pasó el Saona y murió en la orilla opuesta. Precy salió del bosque seguido sólo por trescientos combatientes, abandonó los cañones y caballos, se alejó del Saona, y durante tres días marchó, de combate en combate, dejando sembrado el campo de fornituras, heridos y muertos. Estos restos de los diez mil combatientes del principio del sitio, inquietados por los naturales y perseguidos por la caballería ligera de la Revolución, que amenazaba constantemente envolverlos, llegaron en número de ciento diez a la cima del monte Saint-Román, cerro elevado defendido por torrentes y quebraduras. Cada momento que transcurría experimentaban una nueva pérdida. Las aldeas que les suministraban víveres, y algunos parlamentarios republicanos que compadecían su suerte y admiraban su intrepidez, les ofrecieron capitulación, exceptuando únicamente al general; pero faltaban todavía los bravos compañeros de Precy y rechazaron esta condición. Precy los abrazó por última vez, despojóse del uniforme, rompió la espada, puso en libertad a su caballo, y, guiado por uno de sus soldados, se internó en los matorrales, guareciéndose en inaccesibles cavernas, resguardadas por un bosque de abetos. Un oficial de húsares republicanos, que se presentó a las avanzadas pocos momentos después de haberse Precy separado de sus compañeros, dijo al joven Reyssié, ayudante de campo del general, y uno de los héroes del sitio.

—Quedaréis libres si nos entregáis al general.

—Es imposible — contestó Reyssié—,

porque ya no está con nosotros; y para convencerlos de que es cierto, mirad tras de vosotros el caballo, que padece en libertad.

—Me engañas — replicó el oficial, desvainando el sable—, porque eres tú el general y te hago prisionero.

Reyssié, hastiado de la vida, amargada por tantos trabajos, mató de un pistoletazo al oficial republicano, e introduciéndose en la boca el cañón de otra pistola se destruyó el cráneo; el cuerpo de Reyssié cayó vengado sobre el de su enemigo. Al oír el ruido de los disparos, atacaron los republicanos al resto del ejército liones y lo degollaron sin conmiseración, librándose sólo alguno que otro voluntario internándose en la maleza. Los labradores enterraron en una misma fosa a Reyssié y a su víctima.

XXXVI

Precy, enterado ya por dos soldados fugitivos de lo inútil que había sido su sacrificio, vagó durante tres días sin tomar alimento alguno, ocultándose en los bosques y en las quebraduras del terreno. No le abandonaron sus últimos compañeros, uno de los cuales, natural de la aldea de Violay, orilla del Saona, pudo, en tres noches de marcha, guiarlo hasta las cercanías de la choza de su padre. Lo alimentó durante algunos días con el pan que cercenaba a la indigencia de sus progenitores y le dió un traje de labrador. El general, después de pasar el Jura, llegó a Suiza, cuando en Lyon se dió la noticia de su muerte, noticia que entibió el afán con que se le buscaba. Precy entró en Suiza con dos soldados, únicos restos de la insurrección civil que la República lanzaba del territorio francés, suerte que esperaba también a los ejércitos coligados.

Respetado Precy en el destierro, volvió a Francia con los Borbones, y envejeció sin haber recibido del nuevo régimen honores ni recompensa de ninguna especie. Las cortes sólo aprecian a los cortesanos, y Precy no fué emigrado realista. Combatió únicamente contra la anarquía y los excesos de la República, enarbolando la bandera de los colores nacionales. Lo olvidaron porque fué solda-

do de la patria, y no soldado de familia, pues sin duda los príncipes y los hombres aprecian más a los que participan de sus faltas, que a los que sirven sus intereses. La muerte recordó la memoria de Precy, a quien tributó Lyon magníficos funerales, en la plaza de Brotteaux, regada con la sangre de sus compañeros de armas, y sepultándolo cerca de los restos de los héroes del sitio. La gloria protege el descanso de sus restos mortales; las guerras civiles sólo conceden la tumba.

LIBRO L

Entrada del ejército republicano en Lyon.—La Convención decreta la destrucción de esta ciudad.—Couthón.—Collot d'Herbois.—El ejército revolucionario.—Fouché.—Profanaciones.—Suplicios.—Destrucciones.—Ruinas.—Miseria.—Dorfeuille acelera las ejecuciones.—Degüello en masa.—Idénticas ejecuciones en toda la provincia.—Tolón se subleva.—El partido realista.—Los ingleses son llamados por los insurrectos.—El general Carteaux.—Sitio de Tolón por el ejército republicano.—Napoleón Bonaparte.—El general Dugommier.—Toma del fuerte de Mulgrave.—Los ingleses evacúan a Tolón después de haber incendiado la escuadra francesa.—Entrada del ejército republicano.—Reacciones.

I

Entenebrece el relato de las guerras civiles la necesidad de presentar, tras el cuadro de la victoria, el del cadalso.

Más que conquista consideróse reconciliación la entrada en Lyon del ejército republicano, por su apariencia de moderación y de fraternidad. Hasta Couthón ordenó al principio que se respetasen las personas y propiedades, prohibiendo todo desorden y violencia. Licenció a los campesinos de la Auvernia, que se retiraron a las montañas, murmurando porque se les había frustrado la esperanza del saqueo de Lyon, esperanza que se les prometió, viniendo ya prevenidos de carros y mulos para llevarse el botín; los republicanos se portaron como vencedores afligidos por la victoria, más que como bandas salvajes e indisciplinadas. Partieron su pan con los hambrientos habitantes y se portaron con la natural generosidad del soldado francés; pero, instalado luego el comité de Salvación pública, los representantes instituyeron el reinado de la venganza. La República

eligió a Lyon para dar ejemplo de su severidad. El terror no deseaba ya suplicios individuales, sino el completo suplicio de una ciudad.

Los partidarios de Chalier, oprimidos durante algún tiempo por los realistas y girondinos, pidieron a los representantes y a la Convención que les entregaran los enemigos, y los representantes, que al principio intentaron contener aquel frenesí de venganza, concluyeron por acceder a la petición, regularizando la institución de los tribunales revolucionarios y los decretos de exterminio.

II

De estos actos de venganza y de terror se ha acusado a un solo hombre, como ocurre casi siempre, pues rara vez la confusión del momento, la desesperación de las victorias y la animadversión de los que sobreviven fallan con imparcial equidad, y no falta ocasión para elegir de entre los menos culpables el blanco que ofrecen a la execración de la posteridad. La historia, como el campo de batalla, absuelve a ciegas o inmola sin piedad. El tiempo es el que da la imparcialidad, y sin aminorar la reprobación de las grandes ejecuciones en las guerras civiles, hace recaer con justicia sobre cada partido, sobre cada sujeto, la responsabilidad que provocaron sus actos, pues el tiempo no legitima las preocupaciones de la calumnia. La justicia debe ser prenda de todos los nombres, hasta de los que cubre el velo del odio.

A Couthón atribuyéronse todos los crímenes de la República en Lyon, porque era amigo de Robespierre y su confidente en la represión del federalismo y en la victoria de los republicanos unitarios contra la anarquía civil; pero un reflexivo estudio de las fechas, de los hechos y de las palabras desmiente estas preocupaciones. Couthón entró en Lyon más como verdugo que como pacificador, y combatió los excesos de los jacobinos con toda la energía que le permitían sus funciones. Para moderar la reacción de los terroristas, luchó contra Dubois-Crancé, Collot d'Herbois y Dorfeuille, quienes lo denunciaron a la Montaña y a los jacobinos, como indulgente y prevaricador.

Finalmente, para no presenciar y ser cómplice de la sangre que iban a derramar los representantes del partido implacable de la Convención, marchó Couthón de Lyon en cuanto se dictó la primera sentencia de muerte.

III

Couthón, Laporte, Maignet y Chateauf-neuf-Randón entraron triunfalmente en Lyon a la cabeza de las tropas y escoltados por los jacobinos y por el pueblo, que les pedía los despojos de los ricos y las cabezas de los federalistas. Se dirigieron a la casa consistorial, y arengando desde allí Couthón a la multitud, les prometió venganza; pero recomendó el orden, y sólo a la República reconoció el derecho de elegir, juzgar y castigar a los enemigos. Los representantes se instalaron en el palacio del Arzobispo, cuyos aposentos devastados y muros y techos derruidos por las bombas le daban el aspecto de un campamento entre escombros. Dubois-Crancé, segundo del ejército y miembro de la Convención, presentóse por la noche en el palacio del Arzobispado, acompañado de su concubina, que lo seguía hasta a los campos de batalla, y sólo encontró por asilo un cuartito hediondo cuyos techos estaban medio derruidos. El vencedor de Lyon, murmurando de la insolencia de Couthón e indignado contra sus colegas, que permitían que durmiera en un granero, pasó la noche acostado en una mala cama, y al día siguiente se hospedó en una fonda de la ciudad. Los jacobinos se agruparon en torno de Dubois-Crancé, recelando de las temporizaciones de Couthón. Dubois-Crancé los reunió en el teatro, donde los paleos y decoraciones, quemados y acribillados, lo mismo que los techos, recordaban la resistencia y el castigo. Reformó Dubois-Crancé el club central y arengó a los jacobinos, más como cómplice que como jefe. El pueblo salió gritando: ¡Viva Dubois-Crancé!, y llenó las calles entonando estrofas de exterminio. Luego se firmó una petición dirigida a la Convención solicitando que este general conservara el mando del ejército.

Couthón y sus colegas escribieron al comité de Salvación pública pidiendo que

separase al general jacobino, porque observaban que el ejército vacilaba con las intrigas de los clubistas y el ejemplo de Dubois-Crancé y de los jacobinos. Dirigieron numerosas proclamas a la tropa y al pueblo, recomendando el orden, disciplina y clemencia.

— ¡Bravos soldados! — decía Couthón —, antes de entrar en Lyon habéis jurado respetar los bienes y vida de los ciudadanos, y espero que cumpliréis este solemne juramento, porque ha sido dictado por la gloria que ciñe vuestras cabezas. Delatad, prended a los infames que cometan excesos y crímenes, para que, haciéndolos recaer sobre los bravos republicanos, se empañe su radiante gloria: la cuchilla de la justicia caerá sobre sus cabezas. ¡Soldados franceses, no empequeñezcáis la magnanimidad de la guerra que vuestro esfuerzô ha terminado, y dejad que las leyes castiguen al culpable!... Enemigos del pueblo, disfrazados de patriotas, intentan alucinaros para que el ultraje deshonre vuestras banderas, induciéndoos a cometer actos injustos, opresivos y arbitrarios que redundarán en contra de la República y del ejército...

Couthón mandó que continuara la fabricación y comercio. Los jacobinos temblaron y el ejército obedeció. La Convención intimidó y llamó a Dubois-Crancé, que tembló ante Couthón y se humilló ante Robespierre. Couthón cerró los clubs, que imprudentemente abrió Dubois-Crancé, diciendo: «Considerando que todavía pueden fermentar las pasiones individuales, tras el sitio que ha sufrido Lyon, y que algunos malvados aprovecharían esta circunstancia para avivar el fuego de la discordia civil... queda prohibido a los ciudadanos el reunirse en secciones o comités.»

«Cuando unos diputados — escribía Couthón al comité — les incitan a la violación de las leyes, ¿qué puede esperarse de los ciudadanos?»

Ajustándose al texto de las leyes vigentes, se limitó a entregar a un consejo de guerra a los lioneses que después de la capitulación fueron sorprendidos con las armas en la mano. De orden del comité de Salvación pública, instituyó pocos días después un segundo tribunal con el nombre de *Comisión popular de justi-*

cia, que debía juzgar a los ciudadanos que, sin ser militares, hubieran coadyuvado a la resistencia de Lyon. Las formas judiciales y lentas de este tribunal, ya que no garantizaban la inocencia, concedían, por lo menos, tiempo a la reflexión. Couthón guardó diez días el decreto que instituyó la *Comisión popular de justicia*, con el objeto de que, aprovechándose de ello, los comprometidos y firmantes de las disposiciones durante el sitio, se pusieran en salvo. Veinte mil ciudadanos, advertidos por esta contemporización de Couthón, se refugiaron en Suiza o en las montañas del Forez.

IV

Sin embargo, la Montaña y los jacobinos, indignados de la indulgencia de Couthón e instigados por Dubois-Crancé, instaban al comité de Salvación pública a hacer un escarmiento que evitara nuevas insurrecciones en la segunda ciudad de la República. Robespierre y Saint-Just, aunque amigos de Couthón y satisfechos de su victoria, no creyeron tener fuerzas suficientes para contener aquel furor de la Montaña, y fingieron que también participaban de él. Barrere, siempre dispuesto a ser instrumento del furor o de la astucia de los partidos, subió a la tribuna el 12 de noviembre, y dijo: «¡Sepúltese Lyon entre ruinas! Excepto la morada de la inteligencia, los talleres, hospicios y edificios consagrados a la instrucción pública, el arado debe pasar por todo lo restante de la ciudad. Hasta su nombre debe quedar sepultado entre ruinas. La antigua Lyon debe llamarse en lo sucesivo *ciudad libre*, erigiéndose sobre las ruinas de pueblo tan infame un monumento en honor a la Convención, para atestiguar el crimen y castigo de los enemigos de la libertad. La inscripción que allí se ponga lo expresará todo: *Aquí fué Lyon, que declaró la guerra a la libertad*.» Un decreto que leyó después, decía: que castigaría militarmente a los contrarrevolucionarios de Lyon una comisión compuesta de cinco miembros; que se desarmaría al vecindario y las armas de los ricos se entregarían a los pobres; que se destruiría la ciudad y especialmente las casas de los ricos; que el

nombre de Lyon se borraría del mapa de la República, y, por último, que se indemnizaría a los patriotas con los bienes de los hacendados.

Este decreto hizo temblar a Lyon. El fanatismo de la libertad no había conducido aún hasta el suicidio; la propiedad no había sido aún reputada como crimen; y la expoliación no había aún transferido los bienes del rico al pobre, de la víctima al delator. Arrancándole la propiedad, se castigaba al pueblo que la había considerado como primer objeto de su culto. Couthón, fingiendo admirar el decreto, consideró imposible su ejecución y tardó doce días en ponerlo en vigor, con cuyas dilaciones se favorecía la huida de miles de ciudadanos. El representante abrió las puertas a las víctimas para que los jacobinos descargaran sus golpes en vano. Couthón escribía lo siguiente a la Convención: «Gran admiración nos ha producido el decreto que habéis expedido, ciudadanos colegas, y confesamos que entre todas las medidas que habéis adoptado, una sola comprendía nuestra mente, la total destrucción; pero ya nuestras azadas destruyeron las almenas y muros de defensa.» El deseo de la Montaña era que la última palabra del decreto de Barrere hubiese sepultado a Lyon.

Collot d'Herbois, hombre fatal para Lyon, clamaba constantemente en el comité de Salvación pública y en los jacobinos de París contra la lenidad de los representantes comisionados, pareciendo que lo instigaba un odio a muerte y personal. Se decía que, vengando la República, vengaba su orgullo ofendido, porque Collot fué cómico y Lyon le silbó en su primera salida, enojo que, no extinguido en el cómico, germinaba aún en el representante. Dubois-Crancé apoyaba la elocuencia de Collot d'Herbois. Aquél subió un día a la tribuna, y mostrando la cabeza de Chalier, señaló con el dedo en ella los cinco golpes sucesivos de la guillotina, que, antes de cortarla, mutilaron el ídolo de los jacobinos de Lyon. Ante semejante espectáculo, Guillard, amigo de Chalier, gritó levantando las manos al Cielo:

—En nombre de la patria y de los amigos de Chalier, pido venganza de los crímenes de Lyon.

V

Couthón y sus colegas reorganizaron los comités revolucionarios, decididos al fin a ceder a las instancias de la Montaña, concediéndoles facultades para ejercer el derecho de requisita, vigilancia y delación contra los federalistas y realistas, y ordenando que se giraran visitas domiciliarias y se sellaran las casas de los sospechosos; pero a estas medidas se impuso tantas condiciones y prescripciones que casi las inutilizaban, cumplimentando sólo aparentemente el decreto de la Convención, que mandaba demoler los edificios. Se dirigió Couthón, acompañado de sus colegas y de la corporación municipal, a la plaza Bellecour, el lugar más a propósito para ser destruido, por el lujo de los edificios y por la oposición de sus habitantes; y, llegado allí, conducido por cuatro hombres en un sillón que parecía el trono de las ruinas, dió un golpe con una azada de plata en una de las piedras angulares de un edificio de la plaza, diciendo: «Te derribo en nombre de la ley.»

Formaban el cortejo de los representantes un grupo de indigentes andrajosos, azadoneros y albañiles, provistos de palas, palancas y azadas. Este cortejo aplaudía, antes de la realización, las demoliciones; pero, satisfecho Couthón de haber cumplido en apariencia el decreto de la Convención, acalló sus clamores y los dispersó. La demolición se dilató hasta que los habitantes de las casas amenazadas hubieron mudado de domicilio y transportado los muebles.

Después de la ceremonia recibieron las secciones orden de los representantes para que cada una proporcionara treinta trabajadores, provistos con palas, martillos, carros y carretones, para acarrear los escombros de los edificios que se destruyeran, siendo admitidos para este trabajo las mujeres, ancianos y niños, a quienes antes de empezar la demolición, se les señaló un jornal a cargo de los propietarios despojados. Couthón escribió a Robespierre y Saint-Just, acosado por las continuas instancias del comité de Salvación pública, y por la culpabilidad que los jacobinos hacían recaer sobre él, de no acceder a que se vertiese la sangre que

pedían, rogándoles que le desembarazaran de una misión que tanto le repugnaba. Robespierre accedió a la demanda, siendo la marcha de Couthón el principio de las calamidades de Lyon, pues no tardó en correr la sangre que su presencia contenía, coadyuvando a los nuevos excesos los representantes Albitte y Javogues. Por mandato de Dorfeuille, presidente de la comisión popular de justicia, se erigió la guillotina en la plaza Terreaux y se levantó el cadalso en la pequeña ciudad de Feurs, centro de las montañas insurreccionadas, designado también como blanco de las venganzas republicanas.

Dorfeuille, a la cabeza del club central, presidió una fiesta fúnebre en honor de Chalier, de quien dijo, al hacer su elogio: «Sufrió una muerte gloriosa, en aras de la patria. ¡Juremos imitarle y castigar a sus asesinos! ¡Ciudad impura! ¿no te bastaba infestar durante dos siglos a Francia y Europa entera con los contagiosos miasmas de tus vicios y de tu lujo? ¡tu codicia deseaba abatir en el cadalso a la virtud! Chalier, tu memoria clama venganza y la obtendrá. ¡Mártir de la libertad! El agua que lave tus manos, será la sangre de los malvados. ¿De qué crimen le acusabais vosotros, aristócratas fanáticos, serpientes que miserablemente os arrastráis por las cortes, negociantes egoístas, y vosotras, mujeres que os agitáis en el adulterio y la prostitución? ¡Eran crímenes un exaltado patriotismo y su peligrosa popularidad! ¡Miserables! ¡Así os arrogáis el derecho de poner valla al patriotismo y a la gratitud del pueblo! ¿Queréis dar a entender que el Ser Supremo nos ha arrebatado el compás de las virtudes humanas? ¡Ya que no podéis comprender las virtudes humanas, no las asesinéis! Fueron al cadalso entonces cánticos de victoria. Derramad lágrimas por su triunfo. ¡Ciudadanos, los que os agrupáis a mi derecha, en esta plaza murió Chalier! Aquí murió la virtud personificada, cortándole la cabeza la cuchilla de los criminales. ¡Ciudadanos, los que os agrupáis a mi derecha, vuestros pies pisan la tierra que empapó su sangre! Escuchad sus últimos momentos; Chalier os dirige por última vez la palabra, Ciudadanos, escuchad.»

Dorfeuille, acompañado de los sollozos de la multitud, leyó una carta que Chaliér escribió en sus últimos momentos, haciendo derramar lágrimas su despedida de los amigos y parientes y de la mujer que amaba, y provocando entusiasmo su adiós a los jacobinos. Se aglomeraban en una confusa invocación de Chaliér al pueblo, a Dios y a la inmortalidad, la libertad, la democracia y la religión, solemnizando sus palabras, que el pueblo aceptó como legado del patriota.

VI

Al día siguiente, y por primera vez, presidió Dorfeuille el tribunal, y empezaron los suplicios dando principio a los procesos. Albitte y sus colegas, que reemplazaron a Couthón, llamaron a Lyon al ejército de Ronsín, y en cada uno de los seis departamentos comarcanos crearon un ejército con la hez del pueblo, cuya misión era generalizar las venganzas de Lyon, las indagaciones, la expoliación, los encarcelamientos y los asesinatos jurídicos. Los fugitivos encontraban lazos por doquier, ya dentro o fuera de los muros de Lyon; los sospechosos, delatores, y los acusados verdugos. Pronto llenaron las cárceles de los departamentos dos mil presos de todas condiciones: nobles, sacerdotes, propietarios, negociantes y cultivadores. Los transportaban a Lyon, donde los encerraban en cinco vastos depósitos durante algunos días, y, después, los conducían al cadalso. Entraban y salían sin cesar; pero la muerte nivelaba las entradas con las salidas.

Alejandrina de Echerolles, niña aún, huérfana de madre por la muerte, y huérfana de padre por la fuga, sobresalió entre las víctimas heridas, ya en el alma, ya en el cuerpo, antes de llegar a la edad del crimen. Iba diariamente a la puerta del calabozo a rogar con lágrimas en los ojos que le permitieran ver a su tía, que le servía de madre, y, al saber que iba ya en la fatal carreta, la siguió hasta el cadalso, suplicando en vano que vertiesen su sangre junto con la de la tía. Las páginas más dramáticas y más expresivas del sitio de Lyon fueron trazadas por la

mano de esta niña, que escribió con la sangre de su familia y con las lágrimas de sus ojos, las catástrofes que presenció; destino igual al de Juana de la Force, historiadora de las guerras religiosas de 1622, y al de la heroína y festiva señora de La Rochejaquelein. Las mujeres son las verdaderas historiadoras de las guerras civiles, pues en ellas habla el corazón, y sus recuerdos conservan vivo el fuego de las pasiones.

A la llegada de Fouché y Collot d'Herbois, nuevos procónsules que enviaba la Montaña, retiróse Albitte, siguiendo el ejemplo de Couthón, tachado ya de indulgente. Collot, que cifraba su gloria en la ferocidad, era hombre cuyo furor no moderaba razón ninguna. El carácter de Fouché no era conocido; se le creía fanático y sólo era astuto. Aceptaba el papel de Bruto con el alma de Sejano, porque era más cómico por temperamento que Collot por profesión. Fouché adquirió en la soledad del claustro la hipócrita humildad monacal que, según las circunstancias, manda u obedece. En la revolución entrevió únicamente el poder que debía adular y explotar, y, esperando el momento de adherirse a la tiranía de algún César, se adhirió a la tiranía del pueblo. Presintiendo el porvenir, halagaba a Robespierre, fingiendo que amaba a la hermana del diputado por Arrás y que tenía intención de casarse con ella. Robespierre lo odiaba a pesar de sus adulaciones, pues quería seides de su creencia y no aduladores de su persona, y lo apartaba de su corazón y de su familia. Fouché se hermanó con Chaumette y Herbert, afectando la exageración en los principios. Chaumette era de Nevers, e hizo que enviaran a Fouché a esta ciudad para propagar el terror. Los actos de Fouché sobrepujaron los discursos de los jacobinos de París, borrando en pocos meses de las costumbres, de las leyes, de las fortunas y de las razas de aquellos departamentos las huellas que habían impreso los siglos. Sin embargo, más codicioso por la República que sanguinario, encarceló más que degolló y prodigó más amenazas que las que realmente ejecutó. Atestiguaron la energía de sus medidas y eclipsaron sus tolerancias de opinión los despojos de los ricos, de los emigra-

dos, de los castillos e iglesias, sospechosos, y el producto de sus exacciones que envió a la Convención y a la corporación municipal. Destruía con preferencia los ídolos del culto que repudiaba, haciendo, de la impiedad, patriotismo. «El solo dogma — escribía — que reconoce el pueblo francés, es su soberanía y su impotencia.» Hasta de las tumbas arrancó los signos religiosos, colocando en el frontispicio del cementerio la estatua del Sueño, con la siguiente inscripción: *La muerte es un sueño eterno*. Su ateísmo abrazaba la nada.

VII

Tales eran los dos hombres que la Montaña eligió para destruir a Lyon. Robespierre quiso darles por colega a Montaut, inflexible pero honrado republicano; pero Montaut rehusó este encargo, aconsejado por el ejemplo de Couthón. Los dos representantes, después de censurar la parsimonia de Couthón respecto a los suplicios y demoliciones, escribieron diciendo: «Van a ponerse en marcha los acusadores públicos; el tribunal juzgará muchos cada día. La mina apresurará las demoliciones.»

Acompañó a Collot una colonia de jacobinos, elegidos entre los más exaltados, y a Fouché otra de la Nievre, compuesta de hombres acostumbrados a la delación e insensibles a las lágrimas y a los suplicios. Los representantes eligieron también una cuadrilla de carceleros empedernidos, que llevaron consigo, temiendo que los carceleros de Lyon se ablandasen ante las lágrimas y se compadecieran de sus compatriotas. Encargaron guillotinas como se encargan armas antes del combate; pasearon por la calle la urna mortuoria de Chalier, con objeto de entusiasmar al pueblo; y, arrojándose ante sus restos, cuando llegaron al altar que le erigieron, exclamó Fouché: «¡Chalier, la sangre de los aristócratas será tu incienso!»

Quemaron en la hoguera que ardía en el altar de Chalier los símbolos del cristianismo, el Evangelio y el crucifijo, que condujo en el lomo y junto a la cola, tras el cortejo, un inmundo animal. Bebió un

borrico en el cáliz del sacrificio y fueron pisoteadas las hostias. Cantos, bailes y ceremonias irónicas profanaron los templos, consagrados hasta entonces al culto.

«Ayer establecimos la religión del patriotismo — escribía Collot—. Lágrimas abundantes han surcado las mejillas, contemplando la tórtola que en la cárcel consolaba a Chalier, y que parecía que gemía después de su simulacro. ¡Venganza! ¡Venganza! era el grito general. Lo juramos, vengaremos al pueblo; transformaremos el sitio que ocupa la ciudad, y destruiremos cuanto han edificado el lujo y el vicio. Algunas chozas habitadas por amigos de la igualdad, es lo único que el viajero verá en el sitio en que estuvo la orgullosa Lyon.»

VIII

Al día siguiente fueron guillotinado diez miembros de la corporación municipal, y la pólvora derruyó los mejores edificios de la población. Una proclama que Fouché y Collot dirigían a los clubistas de Lyon y de los departamentos del Ródano y del Loira, compendia sus derechos y sus deberes.

«Todo es permitido a los que obren en sentido revolucionario. Degenera en necesidad imperiosa el deseo de la venganza legítima. Ciudadanos, la cuchilla de la guillotina debe cortar las cabezas de todos los que directa o indirectamente han coadyuvado a la insurrección. Si tenéis patriotismo, distinguiréis a los amigos y encarcelaréis a los enemigos. Nada os detenga, ni la edad, ni el sexo, ni el parentesco. Todo lo inútil que un ciudadano posea, tomadlo como impuesto forzoso, pues cualquiera que posea más de lo necesario es culpable de abuso. Algunos han hecho acopio de telas, camisas y zapatos; apoderaos de todo esto. ¿Qué derecho les asiste para guardar en sus armarios alhajas y vestidos superfluos? Reciba el tesoro nacional todo el oro y toda la plata. Abolid los cultos, pues la patria es el solo Dios del republicano. La corporación municipal de París ha ejercido el culto de la razón, basándolo en las ruinas del culto gótico, y no tardarán todos los ayuntamientos en seguir

este ejemplo. Ayudadnos a obrar enérgicamente, porque, si no, vosotros seréis víctimas también.»

Estas proclamas, sedientas de saqueo y de venganza, eran indirectamente un ataque al lenguaje moderado que Couthón usó algunos días antes en la reunión popular: «Nuestra moral — dijo Couthón, aludiendo a Robespierre y a su partido — no es la moral de esos falsos filósofos que, ciegos en el libro de la naturaleza, creen en la casualidad y en la nada. Creemos en una providencia, en un Ser Supremo, justo y bueno por esencia. No le ultrajamos con ceremonias obligadas y ridículas; el homenaje que le ofrecemos es puro y libre.»

De acuerdo con el espíritu de su proclama, nombraron Fouché y Collet comisarios de confiscación y delación, señalando la cantidad de treinta francos, como premio, a cada denuncia, cantidad que se duplicaba cuando la delación recaía sobre personas nobles o religiosas. Con este infame tráfico de la vida de los ciudadanos, se alimentaban una porción de miserables, siendo inútiles ante esta táctica las cuevas, los graneros, los bosques y las nocturnas emigraciones a las montañas próximas, en que las personas comprometidas se refugiaban, pues el hambre, el frío, el cansancio, la enfermedad, las visitas domiciliarias o la traición las entregaba al fin a los sicarios de la comisión temporal.

Los calabozos rebosaban de prisioneros, y la azada derruía los edificios, mientras la cuchilla cortaba las cabezas de los propietarios. El comité de demolición atacaba con sus peones todas las casas que se le denunciaban como refugios de sospechosos, casi sin dar tiempo a los inquilinos para mudarse y trasladar a los ancianos, los enfermos o los niños. Veinte mil peones de la Auvernia y de los Bajos Alpes ocupábanse en derruir, mientras los sorprendidos moradores se afanaban en arrojar los muebles por las ventanas, y las madres con los hijos en las cunas pasaban al través de los escombros. La pólvora llenaba las cuevas y cimientos. El sueldo de los que se ocupaban en la demolición ascendía cada década a cuatrocientos mil francos, invirtiéndose quince millones en destruir una

ciudad, cuyo valor sólo en edificios ascendía a trescientos millones.

Centenares de obreros perecieron entre las ruinas de las murallas, imprudentemente minadas. El muelle Saint-Clair, los dos frentes de la plaza Bellecour, los muelles del Saona, las calles habitadas por la aristocracia del comercio, los arsenales, los hospitales, los monasterios, las iglesias, las fortificaciones y las casas situadas en las orillas de los dos ríos, ofrecían el triste aspecto de una ciudad batida por el cañón durante un sitio prolongado. Lyon casi inhabitado ya, permanecía silencioso entre sus ruinas. Los obreros, regimentados y pagados por los representantes a costa de los ricos, parecía que se encarnizaban con el hacha en la mano contra el cadáver de una población que anteriormente los había alimentado. Los únicos síntomas de vida que había en la ciudad, eran el ruido de los muros que caían, la nube de polvo que por las demoliciones la rodeaba, el bramido del cañón, el fuego de los pelotones que ametrallaban a los moradores, y el ruido de las carretas que conducían los acusados al tribunal y los condenados a la guillotina: el cadalso era su perspectiva y sus fiestas las aclamaciones de un populacho andrajoso, que aplaudía los golpes de la cuchilla.

IX

Desde la llegada de Ronsín y su ejército, constituyóse en tribunal revolucionario la comisión popular que nombró Couthón. Al día siguiente de la instalación de este cuerpo, cuyos individuos eran más bien lictores que soldados, empezaron las ejecuciones, que duraron noventa días. Cada sesión del tribunal condenaba a ocho o nueve ciudadanos, que expiraban en el cadalso levantado frente a las gradas de la casa consistorial. La arena y el agua con que diariamente se lavaba el suelo después de las ejecuciones, no eran suficientes para borrar las manchas de sangre. Infectaba el aire y cubría constantemente el suelo de la plaza un cieno fétido y rojo, que pisaba el pueblo ansioso de presenciar la ejecución. Salpicaba la sangre las paredes del palacio Saint-Pierre y las del frontispicio

de la casa consistorial. Los moradores de este barrio observaron en los días de noviembre, diciembre y enero, los más fecundos en suplicios, que a la salida del sol se formaba una imperceptible niebla. Era el vaho de la sangre de los que habían perecido el día anterior; era la sombra de la ciudad que se evaporaba con el sol. Por reclamación de los habitantes, mandó alejar Dorfeuille a alguna distancia la guillotina, colocándola encima de una cloaca, y desde entonces la sangre corría por las losas, caía en un foso de diez pies de profundidad y, desde allí, iba a perderse en el Ródano, junto con las inmundicias del barrio. Las lavanderas se vieron obligadas a variar de sitio, porque el agua no blanqueaba ya la ropa ni sus brazos. Finalmente, se instaló la guillotina en el puente Morand, encima del río, porque los suplicios se aceleraban como las pulsaciones de la arteria en la ira, ascendiendo ya a veinte, treinta y cuarenta cada día. Barrián la sangre y arrojaban las cabezas y troncos en lo más rápido del Ródano. Durante mucho tiempo los marineros y habitantes de las playas bajas de aquel río, encontraban cabezas y troncos humanos entrelazados en los juncos y malezas de las orillas.

Las víctimas eran la flor de la juventud de Lyon y de las comarcas vecinas, cuyo único crimen era su edad, pues, sólo por ser jóvenes, se sospechaba de ellos que habían empuñado las armas. Con el brío de la edad, marchaban al cadalso como si fueran al combate. La víspera de la muerte, como la víspera de la batalla en los vivaques, sólo tenían en el calabozo un puñado de paja para descansar sobre el duro suelo. No intimidaba a la ternura de sus padres, amigos y servidores el temor de comprometerse y morir con ellos por interesarse en su desgracia, rodeando las cárceles día y noche numerosos grupos de madres, esposas y hermanas. El oro que alcanzaban las manos de los carceleros, y las lágrimas de los parientes producían tiernas escenas, supremas despedidas y algunas evasiones. La religión y la caridad, tan potentes en Lyon, no retrocedían tampoco ante la sospecha ni ante el mal trato, y, penetrando en los subterráneos, cuidaban

a los enfermos, alimentaban a los hambrientos y consolaban a los moribundos. Mujeres piadosas compraban a los administradores y carceleros el permiso de servir a tantos desgraciados; eran mensajeras que introducían también sacerdotes para consolar el alma y santificar el martirio. Estas mujeres ventilaban los dormitorios, barrían las salas, limpiaban de inmundos insectos los vestidos y enterraban los cadáveres; ¡providencias visibles que, hasta el último momento, se interponían entre el alma y la muerte! Más de seis mil presos encerrados en aquellos calabozos esperaban que la cuchilla de la guillotina pusiera término a su angustiosa situación.

X

Toda una generación pereció en Lyon, confundiéndose en el cadalso personas de condiciones diversas, de opuesto nacimiento y de diferente fortuna, personas que, al principio de la revolución, habían abrazado diferentes opiniones, pero que la sublevación unió, por último, en un mismo crimen y castigo: el clero, la nobleza, la clase media, el comercio y el pueblo sufrieron la misma suerte. No se escapó de la cárcel casi ningún ciudadano a quien señalara un delator, un envidioso o un enemigo, pues la muerte dejó escapar a muy pocos encarcelados. Los procónsules y los delatores cortaban antes que la cuchilla la cabeza a los que poseían nombre, fortuna, profesión, fábrica o casa en la ciudad o en la campiña, y a todo el que poseyera alguna riqueza, desapareciendo en las cárceles y cadalsos lo principal de la ciudad de Lyon y de las provincias de la Bresse, la Dombes, el Forez, el Beaujolais, el Vivarais y el Delfinado. La ciudad y la campiña quedaron diezmadas, y en un radio de veinte leguas en torno de Lyon se cerraron los castillos, las granjas, las manufacturas, y también las casas de la clase media rural. El secuestro pesaba sobre miles de propiedades y se tapaban con los escudos de armas las puertas y ventanas, pareciendo que la naturaleza participaba del terror del hombre. La ira de la revolución adquirió la intensidad de una plaga divina, hasta el extremo de que las pes-

tes de la Edad Media no hicieron más tétrico el aspecto de una provincia. Por todos los caminos de Lyon a las ciudades vecinas, y hasta por los de las aldeas y lugares, veíanse destacamentos del ejército revolucionario, que en nombre de la ley forzaban las puertas, registraban las cuevas, los graneros y el estiércol del ganado, reconociendo las paredes con la culata de los fusiles, o conduciendo a Lyon, seguidos de sus desconsoladas familias, cuadrillas de fugitivos, esposados de dos en dos y transportados en carretas.

Estas pesquisas llevaron a las cárceles de Lyon a todos los ciudadanos que en los primeros momentos huyeron por las contemporizaciones de Couthon, siendo, por lo tanto, reducidos a prisión los regidores, empleados municipales y administrativos, jueces, magistrados, abogados, médicos, arquitectos, escultores, y hasta los dependientes de los hospicios o de las casas de beneficencia, sobre quienes pesaba la acusación de haber peleado, socorrido a los combatientes, curado a los heridos, alimentado a los insurrectos o deseado el triunfo de los defensores de Lyon. Les acompañaban como presuntos cómplices, sus padres, hijos, esposas, amigos y servidores, culpables por haber nacido en el suelo y respirado el aire de la insurrección.

El alcalde de la cárcel leía diariamente en alta voz la lista de los que debían comparecer ante el tribunal. Los procesados suspendían la respiración mientras se hacía la citación de muerte, y los que oían su nombre abrazaban por última vez a sus amigos y distribuían entre sus compañeros todos sus efectos y dinero. Reuníanse luego en el patio en número de sesenta u ochenta, y se dirigían al tribunal pasando por entre la multitud. El límite que contenía el número de las ejecuciones diarias, era el espacio del pretorio y el cansancio del verdugo. Casi todos los jueces eran forasteros, para que no les intimidara, al fallar, ninguna futura responsabilidad. Separados de sus colegas, cada uno de los cinco jueces tenía un corazón humano, pero, juntos, funcionaban como un instrumento de muerte. Los vigilaba una multitud amenazadora, y el terror que imponían a los

demás les hacía también temblar a ellos. Collot y Fouché se mostraban todavía descontentos de esta actividad, porque habían prometido a los jacobinos de París prodigios de rigor, y censuraban la lentitud del suplicio y del proceso. Recordando el ejemplo de las matanzas de septiembre, querían que se renovasen, pero regularizándolas. Dorfeuille escribía en estos términos a los representantes: «Se prepara un gran acto de justicia nacional que intimidará a los siglos venideros. Deben asistir en diputación las autoridades, el ejército, los magistrados del pueblo y funcionarios públicos, para dar carácter a este acto con la correspondiente majestad y para que adquiera la grandeza de la historia. Quiero que sea un día de regocijo el día en que se haga esta justicia, porque cuando la tumba se abre al crimen, la humanidad respira y la virtud goza de alegría.»

XI

Los proyectos de Dorfeuille fueron aprobados por los representantes, y el suplicio por grupos reemplazó al suplicio individual. Obtenida esta aprobación, fueron sacados de la cárcel sesenta y cuatro jóvenes de las principales familias de la ciudad, a quienes se condujo a la casa consistorial con una solemnidad desusada, y, tras un insignificante interrogatorio, fueron todos comprendidos en una común sentencia. Desde allí se dirigieron procesionalmente a las orillas del Ródano, y les hicieron atravesar el puente, dejando tras sí la guillotina, como arma ya embotada. Entre dos filas de sauces, al otro lado del puente, en la llanura baja de Brotteaux y en terreno fangoso, construyóse una doble trinchera, o, por mejor decir, un doble foso, y colocaron en columna en este corredor, al lado de la fosa ya abierta, a los sesenta y cuatro condenados atados por las manos de dos en dos. Al otro extremo, frente a los sentenciados, había tres cañones cargados con bala, varios destacamentos de dragones con el sable en la mano ocupaban la derecha e izquierda, en actitud de esperar la voz de carga, y agrupándose en las colinas que formaban la tierra que sacaron del foso, estaban Dorfeuille y los

jueces, los miembros más exaltados de la corporación municipal, los presidentes y oradores de los clubs, los funcionarios y autoridades militares y el estado mayor del ejército revolucionario, Fouché y Collot, con el anteojo en la mano, parecía que presidían esta escena de exterminio desde un balcón de los confiscados edificios del muelle del Ródano.

Las víctimas entonaban en coro el himno que antes les condujera al combate, como si pretendieran amortiguar el ruido de la descarga con los acentos de este supremo canto:

Mourir pour la patrie
Est le sort le plus beau, le plus digne d'envie (1)

Los artilleros, con la mecha encendida, escuchaban el canto funerario de los moribundos. Dorfeuille esperó que las voces terminaran el último verso, voces que apagó el bramido de los tres cañones, que descendieron al levantar aquél la mano, que fué la señal convenida con el jefe de los artilleros. El humo oscureció un momento el espantoso cuadro, los tambores ahogaron con un redoble los gritos, y la multitud corrió a contemplar la carnicería. Habiendo errado los artilleros la puntería a causa de la ondulación de la línea de los sentenciados, sólo cayeron veinte víctimas, pero arrastraron en la caída a sus compañeros, asociándolos a sus convulsiones e inundándolos con su sangre. Aquel hacinamiento de víctimas lanzaron gritos espantosos, los miembros mutilados y vivientes aún se retorcieron en horribles convulsiones, y los artilleros, volviendo a cargar, dispararon de nuevo; pero la carnicería no fué todavía completa. De aquel campo de agonía partió un penetrante grito, que resonó al través del Ródano en Lyon. Algunos miembros palpitantes, algunas manos crispadas pidieron el último golpe de muerte. Los soldados se estremecieron, y Dorfeuille les gritó:

—¡Adelante, dragones, a la carga!

Estos lanzaron los caballos a galope y remataron a los moribundos a golpes de arma blanca y a pistoletazos. Los solda-

dos eran reclutas, les repugnaba el oficio de verdugos, y su impericia y repugnancia prolongaron, durante más de dos horas, esta escena sangrienta.

XII

La ciudad acogió con sordos murmullos de indignación el relato de este hecho. El pueblo sentía la deshonra que sobre él recaía con tales salvajadas, que comparaba con las de los más execrables tiranos de Roma, o con las de los verdugos de la San Bartolomé; pero una proclama de los representantes que imponía la aprobación de aquellos actos y calificaba de complot la compasión, puso término a los murmullos. Para encubrir el horror con la lisonja, hicieron gala del terrorismo los ciudadanos, las mujeres y los elegantes, elevándose la guillotina durante algunas semanas al grado de consideración cívica y siendo un ornamento de los festines. Los representantes se rodeaban de lujo, y la guillotina era el mueble y alhaja más común de los jacobinos. Sus esposas, hijas y amantes se adornaban con guillotinas de oro en forma de alfiler, y sus pendientes tenían también la misma forma.

Fouché, Collot y Dorfeuille pretendieron ahogar los remordimientos, sobrepujando el número y el horror de las ejecuciones que hasta entonces había presenciado Lyon.

Doscientos nueve lioneses, que, encerrados en la cárcel de Roanne, esperaban ser sentenciados, oyeron las descargas que en la víspera habían dado muerte a sus hermanos y se prepararon a morir, pasando aquella noche unos orando, otros confesándose con sacerdotes disfrazados o despidiéndose los más jóvenes de la vida con libaciones y con cantos que desafiaban la muerte. Collot fué durante la noche a inspeccionar la cárcel, oyó los cánticos, y exclamó:

—¿A qué tiempo pertenece esta juventud, que canta en su agonía?

A las diez de la mañana formóse un batallón ante la puerta de esta cárcel, en el muelle del Saona, abrióse la puerta de la prisión y desfilaron los doscientos nueve ciudadanos, a quienes desde las ventanas les dirigían supremas despedi-

(1) Morir por la patria es la suerte más bella y más digna de envidia.

das manos extendidas y tiernas miradas, a través de un muro de bayonetas. Apostrofaban e injuriaban a las víctimas algunas mujeres y jacobinos; pero el desdén era la única contestación que éstos obtenían. Durante la carrera se cambiaban entre los jóvenes y el pueblo algunas salvajes palabras.

—Si el 29 de mayo, al mismo tiempo que a Chaliér, hubiésemos cortado la cabeza a todos los malvados, no se insultaría hoy nuestra agonía.

Pero, como no faltaron tampoco rostros y miradas compasivas, se oyó también decir:

—No lloréis nuestra suerte, porque no se deben verter lágrimas por los mártires.

La sala del tribunal era pequeña y fueron juzgados al aire libre, bajo las ventanas de la casa consistorial. Presentáronse en un balcón los cinco jueces con las insignias de sus funciones; mandaron leer la lista de los reos, y tras una simulada deliberación, pronunciaron la sentencia de muerte; irritante formalidad que daba al asesinato en masa la hipocresía de un juicio. En vano elevaron a los jueces y al pueblo reclamaciones individuales y voces de patriotismo, pues aquéllos se mostraron inflexibles, y el pueblo permaneció sordo, no obteniendo los reclamantes otra contestación que el silencio o el desprecio. La columna siguió la marcha hacia el puente Morand, donde el oficial de la escolta contó los prisioneros para convencerse de que no faltaba ninguno, advirtiendo que había uno más de los debidos. ¿Cuál era el culpable? ¿cuáles los inocentes? ¿cuál moriría legalmente? El oficial comprendió lo horroroso de la situación, detuvo la columna y dió aviso a Collot, quien contestó:

—¿Qué importa uno más? Uno más es preferible a uno menos — y, luego, para evitar la responsabilidad de este asesinato, prosiguió—: El que no muriese hoy, moriría mañana. Adelante, no podemos entretenernos en averiguar quién es el inocente.

La víctima que, por error, iba a morir, era un verdadero jacobino, que gritó en vano protestando del asesinato.

XIII

La columna reanudó la marcha entonando el himno de Lyon, hasta llegar a la estrecha calzada, enrojecida con la sangre de la víspera, donde se detuvo. Los fosos, menos profundos y cubiertos con tierra recién movida, indicaban que aguardaban nuevas víctimas. Ataron un largo cable de uno a otro sauce, y con el extremo de la cuerda que sujetaba las manos de los sentenciados, los ataron luego al cable. Frente a cada reo se colocaron tres soldados, y la caballería formó en pelotones a retaguardia. A la voz de fuego, debía cada pecho recibir tres balazos. Una nube de humo obscureció la escena y, al disiparse, viéronse entre los cadáveres tendidos en el suelo o suspendidos del cable, más de cien jóvenes de pie; los unos, con la vista extraviada, parecían petrificados por el terror; los otros, heridos, rogaban a los verdugos que los remataran, y algunos, rotas por las balas las cuerdas que los sujetaban antes, se arrastraban por el suelo huyendo al través de los sauces. Consternados los espectadores, y conmovidos los soldados, apartaban de ellos la vista dejándoles huir. Aquel día presidía Grandmaison, y mandó a la caballería que persiguiese a los fugitivos, que no tardaron en morir a sablazos y en ser pisoteados por los caballos. Uno solo, Merle, alcalde de Macón, patriota adicto a la Gironda, pudo arrastrarse ensangrentado hasta las malezas del pantano. Los dragones volvieron grupa, fingiendo no verlo, y el fugitivo emprendió de nuevo la huida hacia el río; pero un grupo de implacables jacobinos lo reconoció por la sangre que vertía, y al ir a entrar en un barco para pasar el río e internarse en la ciudad, lo arrojaron al Ródano. ¡Fué ésta una vida que extinguió el fuego y el agua!

Los soldados exterminaron a las víctimas con la bayoneta y a culatazos, y la noche que se acercaba ahogó los gemidos; pero, como aun viviesen muchos cuando al día siguiente fueron a enterrar los cadáveres, los enterradores los remataron con las azadas. Aquella noche escribió Collot a la Convención: «Hemos

reanimado la acción de la justicia republicana, pronta y terrible como la voluntad del pueblo, cuyo castigo, como el rayo, no debe dejar más que cenizas.

La Revolución tenía ya sus Atilas.

XIV

Las mismas o análogas atrocidades que en Lyon, se cometían también en Montbrison, Saint-Chamond y Saint-Etienne. Javogues instaló la guillotina en Feurs, nombrando además un tribunal revolucionario, que procedía con gran actividad. El hacha derramaba la sangre aristócrata de las provincias fronterizas del alto Loira, y la guillotina cortaba también la cabeza a los realistas y federalistas. Igualmente que en Lyon, pareció allí lenta la acción de la guillotina y el fuego reemplazó al arma blanca del suplicio. Un paseo de tilos, avenida del castillo de Rolier, sitio donde los ciudadanos de Feurs celebraban sus fiestas campestres, se convirtió en campo de ejecuciones; lugar fúnebre como los sauces de Brotteaux. Hubo día en que se fusilaron veintidós personas, como si víctimas y verdugos abrigaran igual impaciencia por la muerte: los unos poseían el frenesí del asesinato, los demás el entusiasmo de abandonar la existencia. El horror a la muerte fué substituído por el horror a vivir. Las jóvenes e hijos pedían ser fusilados con sus padres y amantes, viéndose obligados diariamente los jueces a rechazar estas súplicas de la desesperación, que imploraba la muerte por creerla más benigna que la vida. La barbarie de los procónsules no comprobaba el crimen; lo prejuizaba en el número, en la educación y en el rango, exterminando a la infancia por sus futuras opiniones, a la vejez por las opiniones pasadas, y a las mujeres por las lágrimas y ternura. A semejanza del reinado de Tiberio, quedó prohibido el luto, siendo asesinadas muchas personas por el solo delito de estar tristes o por usar vestidos negros. El jacobinismo de los procónsules de Lyon, modificó los sentimientos humanos, y el falso patriotismo transformó la humanidad. Estas venganzas saturnales originaron rasgos sublimes y brillantes. El alma humana se elevó a la altura trá-

gica de los dramas, pues en todas las edades y en todos los sexos ha habido heroísmo. El amor desafió a los verdugos. El corazón reveló tesoros de ternura y de grandeza.

XV

El joven Dutailón, de quince años de edad, subió al patíbulo con su familia, y, colocado en el cadalso, regocijóse de que sólo un golpe de hacha lo separara de su padre.

—Allá arriba — le dijo al verdugo — guarda un sitio para mí; haced que no me espere.

Conducidos a la avenida de Rosier, para ser fusilados, el señor de Rochefort, su hijo y otros dos parientes, el pelotón de soldados hizo fuego y cayeron tres de los sentenciados. Al niño no le alcanzó ninguna bala por la conmiseración de los verdugos.

—¡Gracia! ¡Gracia! — gritaron los conmovidos espectadores—. Sólo tiene diez y seis años, y puede llegar a ser buen ciudadano.

Vacilaron los ejecutores, y Javogues concedió la vida; pero el niño, abrazando el ensangrentado cuerpo de su padre, gritó:

—¡Quiero la muerte! ¡Soy realista! ¡Viva el rey!

Acusada la hija de un obrero, joven de singular belleza, de haberse negado a llevar la escarapela republicana, fué conducida ante el tribunal:

—¿Por qué te obstinas — le preguntó el presidente — en no querer llevar el emblema redentor del pueblo?

—Porque os adornáis vos con él—contestó.

Admirado de tanto valor y conmovido por tanta juventud, se resistía a decretar la guillotina e hizo seña al carcelero, que estaba tras de la joven, para que le pusiera una escarapela en la cabeza; observó la muchacha, arrancó la escarapela, la pisoteó y se dirigió al cadalso resuelta.

Otra joven, que el día anterior había perdido sus más bellas esperanzas, atravesó la multitud, y, arrodillándose ante el tribunal, pidió a los jueces que la sentenciaran.

—Habéis asesinado a mi padre, a mis hermanos y a mi amante, y, como no me quedan en la tierra familia ni amor, anhelo la muerte.

Couchoux, preso con su padre, anciano de ochenta años e impedido de las piernas, esperaba ser conducido al cadalso al día siguiente, encerrado con el autor de sus días en los subterráneos de la casa consistorial. Durante la noche encontró el hijo ocasión de escaparse por una cloaca que comunicaba con el río, y, seguro de la salida, corrió a buscar a su padre, pero, cayendo el anciano a la mitad del camino, tras grandes esfuerzos, rogó al hijo que le abandonara y se salvara solo.

—No — respondió el joven —; juntos moriremos o viviremos juntos.

Dicho esto, cargóse al anciano sobre los hombros, se arrastró por el subterráneo y huyó, protegido por la obscuridad. En la orilla del Ródano encontró un barco y, junto con el padre, se salvó en él.

La señora Cochet, joven de veintisiete años de edad, a quien un amor exaltado la comunicó el heroísmo, combatiendo durante el sitio con la intrepidez de un soldado, arengó al pueblo desde la fatal carreta.

—¡Cobardes — dijo —, que permitís que asesinen a una mujer que peleó para defenderos de la opresión, cumpliendo con sus deberes! No me espanta la muerte; pero la temo por el hijo que llevo en mis entrañas. La temo, porque el inocente sufre igual suplicio... ¡Mônstruos! — gritaba, señalando con la mano su seno, cuyo volumen revelaba el embarazo —; no han querido aguardar algunos días, porque temen que dé vida a un vengador de la libertad...

Seguía silencioso el pueblo, conmovido por su situación, por su juventud y por su belleza, y pidió gracia para la víctima; pero no evitó que el cuchillo de la guillotina cortara con un golpe dos vidas: aquel día cayeron cuarenta y cinco cabezas.

Los procónsules habían comprado a muchos infames, que, colocados en las ventanas y sitios de la plaza, ahogaron con sus aplausos los asomos de conmiseración, horroroso remedo de la claqué de los teatros.

XVI

En las filas de los artilleros lioneses peleó al lado de sus hermanos y amante una joven de diez y siete años, de notable belleza, que recordaba a la infortunada Carlota Corday, y cuya intrepidez admiraba toda la ciudad. Precy la ponía por modelo a los soldados, porque su valor era tan notable como su modestia; pero su heroísmo sólo se manifestaba al entrar en fuego, siendo, lejos del bramido del cañón, una virgen: llamábase María Andrián.

—¿Cuál es tu nombre? — le preguntó uno de los jueces, conmovido por su juventud y deslumbrado por tantos encantos.

—María—contestó la acusada—, nombre de la inmaculada Virgen, en cuyas aras sacrifico mi vida.

—¿Qué edad tienes?

—Diez y siete años, la misma de Carlota Corday.

—¿Cómo, siendo tan joven, has tenido valor para disparar el cañón contra la patria?

—Disparaba para defenderla.

—Ciudadana — le dijo uno de los jueces —, nos admira tu valor. Si te concediéramos la vida, ¿cuál sería tu conducta?

—Os daría de puñaladas, porque sois los verdugos de mi patria — contestó, irguiendo altivamente la cabeza.

Luego bajó la vista, más intimidada por las miradas de la multitud que por la muerte, y subió las gradas del cadalso, rechazando la mano que le tendía el verdugo para que se apoyara, y gritando dos veces: ¡Viva el rey! El verdugo le encontró en el seno, al despojarla de los vestidos, un billete escrito con sangre; era la despedida de su amante, ametrallado algunos días antes en Brotteaux, y que decía así:

«Mañana, cuando señale el reloj la hora en que te escribo, ya no existiré. Antes de morir, deseo decirte una vez más que te amo. Si me concedieran la vida por decir lo contrario de lo que siente mi corazón, la rechazaría. Te escribo con la sangre de mis venas, porque no tengo tinta, y quisiera confundir eternamente

tu sangre con la mía. ¡Adiós, amada María! No llores: deseo que los ángeles te reciban en el cielo tan hermosa como me parecías acá en la tierra. En el cielo te espero; que sea corta nuestra separación.»

Y, efectivamente, sólo veinticuatro horas estuvieron separados los dos amantes. El pueblo la acogió con admiración, pero no supo perdonar. Cesaron los suplicios en masa porque los soldados se indignaban de que se les convirtiera en verdugos; pero continuaron los suplicios individuales, hasta el punto de embotar la cuchilla y cansar a los verdugos. «¿Necesitas un verdugo más activo? — le escribía a Collot el jacobino Achard—; yo me ofrezco a serlo.»

Los cadáveres arrojados en los lodazales del Ródano infestaban las orillas y amenazaban contagiar con los miasmas que despedían. Las ciudades y las aldeas del litoral se quejaban a la Convención por la fetidez del aire y por la corrupción del agua que bajaba de Lyon; pero los jacobinos y representantes permanecían sordos. Los banquetes patrióticos reanimaron su furor, y Dorfeuille, Achard, Grandmaison y los jueces, funcionarios y satélites, brindaron por la rapidez de la muerte y por la energía del verdugo. Parodiando la cena de Cristo, pasaron de mano en mano una copa de vino.

—Es la copa de la igualdad — dijo Grandmaison—, contiene sangre de reyes, tomad y bebed.

—¡Republicanos! — rugió la voz de Dorfeuille—, este banquete es digno del pueblo soberano. Reunámonos cada década los administradores, estados mayores, miembros de los tribunales y funcionarios públicos para beber juntos en un mismo cáliz la sangre de los tiranos.

Collot-d'Herbois, llamado a París cuando la opinión protestó contra los suplicios en masa, justificóse ante los jacobinos, diciendo:

—Nos llaman antropófagos los aristócratas. ¡Con mucha escrupulosidad se observa la muerte de los contrarrevolucionarios! ¡Se elevan quejas porque no mueren al primer golpe! ¿Cayó la cabeza del jacobino Chalier al primer golpe? Me aflige la menor gota de sangre de cualquier patriota y no tengo compasión para

los conspiradores. ¡Hemos ametrallado doscientos a la vez, y esto recae como un crimen sobre nosotros, cuando es una prueba de sensibilidad! Caiga sobre sus cabezas el rayo del pueblo y sólo quede la nada, cenizas.

Estas palabras fueron aplaudidas por los jacobinos.

Fouché, que permanecía aún en Lyon para purgar el Mediodía, escribió a Collot, felicitándole por su común triunfo: «También nosotros combatimos a los enemigos de la República que hay en Tolón, ofreciéndoles la perspectiva de millares de cadáveres. Exterminemos de un solo golpe a todos los rebeldes, a todos los conspiradores, a todos los traidores, y sea nuestra justicia imitación de la naturaleza. Venguémonos como pueblo francés, castiguenos como el rayo, y aventemos las cenizas de los enemigos del suelo de la libertad. Sea la República un volcán. Adiós, amigo mío: lágrimas de alegría que vierten mis ojos inundan mi corazón. Sólo de un modo podemos celebrar nuestras victorias; esta tarde dará muerte la metralla a doscientos trece rebeldes.»

Sin embargo, aun había en Lyon republicanos que osadamente condenaban el crimen y acusaban a los verdugos. Ciudadanos no sospechosos recurrieron a Robespierre como moderador de la República, y Couthón refería a algunos patriotas con quienes mantenía correspondencia, la indignación que Robespierre manifestaba en el comité de Salvación pública por las proscripciones de Collot y Fouché, y por la destrucción de la segunda ciudad de Francia. «Esos Marios de teatro, decía en sus intimidades con Duplay, aludiendo a la antigua profesión de su colega, sentarán muy en breve su trono únicamente sobre ruinas.» Fouché, en sus cartas a Duplay, pretendía sorprender a Robespierre, presentando a Lyon como una contrarrevolución permanente. Toda la República estaba ya enterada de las disensiones intestinas del comité entre el partido de Robespierre y el de Collot; unos buscaban en la revolución un orden social bajo las ruinas, mientras otros sólo deseaban depredaciones y venganzas. Algunos republicanos amigos de Robespierre se reunían miste-

riosamente en Lyon, espiando la más insignificante reacción de la opinión pública. Uno de ellos, Gillet, se atrevió a firmar la carta común. «Ciudadano representante, durante el sitio de mi ciudad me he ocultado, hambriento y muerto de sed en las cuevas y catacumbas, y con un día más de duración hubiera muerto víctima de mi entusiasmo por la Convención, que debe reunir a los buenos ciudadanos. Hoy tengo derecho a pedir justicia y moderación en favor de mis enemigos. Los verdaderos culpables son los que atentan contra la libertad de cultos. Apresúrate, ciudadano, a conseguir que se expida en breve un decreto que los condene a muerte, y libren de su presencia a la tierra de la libertad. Grande es el mal, profunda la llaga, y se requiere un medio violento y rápido. El esturpador domina en los campos, y el labrador siembra con la creencia de que no ha de recoger la cosecha. El rico oculta su oro sin atreverse a dar trabajo al indigente, y el comercio está paralizado. Las mujeres ahogan el instinto de la naturaleza y maldicen el día en que fueron madres. La voz del moribundo llama al sacerdote para que le prodigue palabras de consuelo, y la guillotina amenaza al que va a santificar el último suspiro. Las iglesias están devastadas y los altares profanados por infames que dicen que obran en nombre de la ley, pero la ley la reciben de otros malvados como ellos. ¡Gran Dios! ¡Qué tiempos hemos alcanzado! Antes, los buenos ciudadanos colmaban de bendiciones a la Revolución, hoy se arrepienten de haberla bendecido y la maldicen. Grande es la crisis y nos amenazan grandes desgracias. Tal vez alcance hasta la Convención el fuego de la mina próxima a estallar en este país si no te apresuras a apagarlo... Medita, Robespierre, las verdades que firmo con mi nombre, arrojando la muerte.»

XVIII

Los gritos insensatos del partido de Hebert, Chaumette y Collot ahogaban el remordimiento de los republicanos honrados. Robespierre, Couthón y Saint-Just enmudecieron, porque no se atrevían a atacar todavía a aquel virulento partido,

esperando que estallara la indignación pública para hacerla recaer sobre los terroristas; pero, mientras que arroyos de sangre regaban las cenizas de la ciudad lionesa, el incendio de la guerra se reanimaba en Tolón.

Tolón, el puerto más importante de la República, ciudad ardiente y variable como el sol y mar del Mediodía, pasó rápidamente del exceso del jacobinismo a la aversión y el tedio por la Revolución, y, siguiendo el ejemplo de Marsella, en 10 de agosto, lanzó también contra París la flor de la juventud, a la que acompañó la hez del pueblo. Provenza comunicó su fuego a París, pero aquel ardor tan funesto a Luis XVI, no podía someterse durante mucho tiempo al yugo de la República central y uniforme que pretendían erigir Robespierre, Danton, los franciscanos y los jacobinos. Eran antiguas colonias fundadas por los griegos y fenicios en las playas de Provenza, colonias que, al parecer, conservaban algo del perpetuo movimiento e insubordinación de las olas que se rompen en sus playas, ante cuyo espectáculo el hombre adquiere más energía y se hace indomable, porque las olas le recuerdan la imagen de la libertad.

Los toloneses abrigaban las mismas ideas que Burdeos y Marsella, por lo que se adherían a la Gironda, y se armaban para fomentar y provocar la insurrección. El roce con los oficiales de la escuadra, casi todos realistas, la dominación de los sacerdotes, tan poderosa en las imaginaciones meridionales; los ultrajes que los jacobinos inferían al culto, la indignación contra los excesos revolucionarios que el ejército de Carteaux acababa de cometer en Marsella, y, finalmente, la gran escisión de una República que se dividía en facciones y degollaba a sus fundadores, todo contribuía a excitar a los toloneses a la insurrección.

XVIII

Fomentaba estas predisposiciones el almirante inglés Hood, que navegaba por el Mediterráneo, por medio de la correspondencia que sostenía con algunos realistas de Tolón. Componíase la escuadra de veinte navíos de línea y veinticinco

fragatas, y Hood se presentaba a los toloneses como libertador y aliado y no como enemigo, prometiendo guardar la plaza, arsenal y escuadra, no como conquista, sino como depósito, y entregar la ciudad al sucesor de Luis XVI, después de aniquilar a los enemigos interiores de Francia. La opinión de los toloneses pasó con la rapidez del viento del jacobinismo al federalismo, del federalismo a los realistas, y de los realistas a la defección, crimen a que le indujeron los diez mil fugitivos marseleses, a quienes el terror lanzó de la patria, la impunidad de sus murallas, las baterías de sus buques y el pabellón inglés y español de las escuadras combinadas, dispuestas a proteger la insurrección.

Dos almirantes mandaban la escuadra en Tolón: Trogoff, que conspiraba con los realistas, y Saint-Julien, que fomentaba el republicanismo de la escuadra. Esta, dividida en opiniones, se neutralizaba con sus tendencias contradictorias, teniendo precisamente que seguir el movimiento del partido vencedor. Colocada entre la ciudad insurrecta y otra escuadra que la bloqueaba, no tenía otro arbitrio que sucumbir al cañón de los fuertes o al de los ingleses, o quizá al de ambos reunidos. Tolón, donde fermentaban a la vez muchos elementos combinados, se insurreccionó unánimemente a la aproximación de las avanzadas de Carteaux; cerró a los jacobinos, decapitando al jefe, encarceló a los comisionados representantes Bayle y Beauvais, y llamó en su ayuda a los ingleses, españoles y napolitanos.

Beauvais suicidóse al presentarse la escuadra enemiga, y, excepto algunos buques que Saint-Julien retuvo en su poder durante algunos días, el resto de la escuadra francesa enarboló la bandera blanca. Quince mil ingleses, napolitanos y toloneses ocuparon los fuertes y puestos avanzados. Carteau, que iba a Marsella con cuatro mil hombres, rechazó la vanguardia enemiga de las gargantas de Ollioules, y el general Lapoype, destacado del ejército de Niza con siete mil hombres, tomó posiciones al otro lado de Tolón. Los representantes del pueblo, Frerón, Barrás, Salicetti, Ricorí, Robespie-

rré el joven y Gasparín, vigilaban, dirigían y combatían al mismo tiempo; pero lo reducido del número de las fuerzas republicanas, el espacio inmenso que tenían que ocupar para cercar las montañas que hay a espaldas de Tolón, el fuego de los fuertes que desde arriba protegen este anfiteatro, y la inexperiencia de los generales, fueron causa de que durante largo tiempo el ataque fuese débil y la Convención se estremeciera ante el temor de tener que dejar impune aquella traición. Carnot llevó en seguida a Tolón las tropas de que Lyon pudo desprenderse, enviando, además, al general Doppet, vencedor de los lioneses. Frerón y Barrás estaban resueltos a demoler a Tolón, aunque, con la ciudad, pereciesen la marina y arsenales franceses.

Para reemplazar al comandante Donmartín, herido en el ataque de Ollioules, detuvieron, a su paso por Tolón, a un capitán de artillería, llamado Napoleón Bonaparte, a quien Carnot destinaba a los Alpes, y que debía encontrar allí el principio de su fortuna. Presentado por su compatriota Salicetti a Carteaux, en pocas palabras y en pocos días hizo brillar su genio, llegando a ser el alma de las operaciones. Hizo Bonaparte su primera aparición entre el humo de una batería, abatiendo con el mismo cañonazo al enemigo en la rada y a la anarquía en Tolón. En esta actitud estaba su porvenir: genio militar que abortó el fuego de la guerra civil para apoderarse del soldado, ilustrar la espada, ahogar la palabra, terminar la revolución y hacer que la libertad retrogradase más de un siglo. ¡Inmensa, pero funesta gloria, que la posteridad no juzgará del mismo modo que los contemporáneos!

XIX

Dugommier, que reemplazó a Carteaux, convocó un consejo de guerra, al que asistió Bonaparte. Este, ascendido ya a jefe de batallón, reorganizó la artillería, aproximó las baterías a la ciudad, señaló la verdadera posición y, atendiendo al fin, dirigió los golpes al corazón. El general inglés O'Hara, que salió del fuerte Malbosquet con seis mil hom-

bres, cayó en una emboscada que le preparó Napoleón, quedando herido y prisionero. A pesar de las órdenes expresas de los representantes, atacaron en dos columnas del fuerte Malbosquet, que domina la rada, y Bonaparte y Dugommier entraron los primeros por una tronera. La victoria los justificó.

—General — dijo Bonaparte a Dugommier, a quien los años y el cansancio abatían—, id a descansar que ya estamos en Tolón.

Al amanecer observó el almirante Hood que las baterías francesas coronaban las alturas y se disponían a batir la rada. Soplabla el viento de otoño, la mar era gruesa y todo anunciaba que las tempestades del invierno iban a cerrar la rada a los ingleses.

A la caída de la tarde, algunas chalupas enemigas remolcaron entre los buques franceses al brulote el *Vulcano*; se hacinaron inmensas cantidades de materias combustibles en los almacenes, arsenales y talleres, y los oficiales ingleses esperaron la señal del incendio con un botafuego en la mano. Dieron las diez en el reloj del puerto, y del centro de la ciudad vióse ascender un cohete que bajó despidiendo brillantes chispas; era la señal convenida. Los botafuegos inflamaron los barriles de pólvora, y el arsenal, los establecimientos, las provisiones marítimas, las maderas de construcción, la brea, el cáñamo y armamento de la escuadra, junto con el del apostadero naval, quedaron consumidos en algunas horas. El incendio que destruyó la mitad de la marina francesa, alumbró durante toda la noche las olas del Mediterráneo, las montañas, el campo de los representantes y el puente de los navíos ingleses. Vagaban por los muelles los habitantes de Tolón, que en el término de unas cuantas horas habían quedado expuestos a la venganza de los republicanos. Las explosiones de los almacenes de pólvora, de diez y seis navíos y veinte fragatas, que antes de sumergirse lanzaron al aire astillas y cañones, interrumpían el silencio que el horror del incendio introdujo en los dos campos. Esparcióse por la ciudad la noticia de la marcha de las escuadras combinadas y la rendición de la plaza; y, a los pocos instantes, bu-

llían en la playa, disputándose la vez para trasladarse, en las chalupas, a los navíos extranjeros, quince mil toloneses y refugiados marseleses, hombres, mujeres, niños, ancianos, enfermos y heridos, operación que hacían lenta y peligrosa lo proceloso del mar y los fragmentos del incendio que flotaban sobre las olas. Los gritos de los que se iban a fondo en alguna barca que zozobraba y los cadáveres que el mar arrojaba a la playa, desanimaban a los marineros, y caían sobre la multitud fugitiva los restos de la escuadra que expelía el incendio, matando a numerosos infelices, mientras que sobre el puerto y muelle lanzaba bombas y balas una batería del ejército republicano. Discurrían por entre el tumulto de voces y las ondulaciones de la multitud, personas de una misma familia, llamándose mutuamente, porque en la trágica confusión las esposas perdían a los maridos, las hijas a las madres, y las madres a los hijos. Algunos se arrastraban desesperados por el suelo negándose a embarcar en alguna lancha salvadora, porque aguardaban a sus parientes, que ya estaban embarcados, pero que creían aún en la ciudad, y no querían huir sin ellos; otros se precipitaron al mar para aligerar las lanchas y salvar, con el sacrificio de su vida, a las esposas, madres o hijos. ¡Noche de horror, que presencié dramas terribles y sorprendentes! Aquella multitud recordaba los antiguos pueblos de Grecia y Asia menor, que a la luz del incendio de sus ciudades, emigraban en masas, llevándose consigo las riquezas y los dioses. En los buques ingleses y españoles se refugiaron muy cerca de siete mil toloneses, sin incluir a los oficiales de la escuadra. Era imperdonable el crimen de haber enarbolado la bandera blanca y haber entregado a los enemigos de Francia sus ciudades y sus armas. Los fugitivos dirigieron desde el medio del mar un último adiós a la costa de Provenza, iluminada con el incendio que destruía sus moradas, siendo eco de esta suprema despedida la explosión de dos fragatas cargadas con miles de barriles de pólvora, que los españoles se olvidaron de sumergir y cuya explosión estalló como un volcán sobre la ciudad y el mar. ¡Terrible adiós de la guerra civil, cuyos

destrozos cayeron al mismo tiempo sobre los vencidos y los vencedores!

Al amanecer del siguiente día levaron ancla los ingleses, llevándose los buques que no pudieron incendiar, y se internaron en el alta mar. Casi todos los refugiados toloneses desembarcaron en Liorina, estableciéndose la mayor parte en Toscana. Todavía existen sus descendientes, y, por eso, desde aquella fecha se oyen nombres franceses en Liorina, Florencia y Pisa.

XX

Al día siguiente, 20 de diciembre de 1793, entraron en Tolón, a la cabeza del ejército, los representantes. Dugommier les hizo observar las ruinas de la ciudad y las casas abandonadas, rogándoles que se dieran por satisfechos con aquella venganza, ya que los verdaderos culpables habían huido, y los representantes se apiadaron de la magnanimidad del anciano general; pero, como su misión no era sólo vencer, sino aterrorizar, la guillotina entró en Tolón con la artillería, y corrieron, como en Lyon, arroyos de sangre. La Convención decretó borrar el nombre de la ciudad de los traidores, y Barrere dijo: «Destruya la pólvora las habitaciones de los comerciantes de Tolón, y, en lo sucesivo, sólo habrá un puerto militar, poblado por amigos de la libertad, en el sitio que ocupó la ciudad traidora.»

LIBRO LI

Continúan las ejecuciones en París.—La señora Roland en la prisión.—Escribe sus Memorias.—Su carta a Robespierre.—Su proceso.—Su condena.—Su muerte. Suicidio de Roland.

I

En París y en los departamentos continuaba la cuchilla revolucionaria su obra trágica segando cabezas, sin que debilitara su acción el aspecto de los feroces combates que la República sostenía con sus enemigos, ya en los campos de batalla, ya en el aterrador patíbulo, pareciendo que, desde la muerte de los girondinos, la guillotina había ascendido al rango de institución, exterminando sin

cesar a las víctimas que elegía en todos los partidos que la revolución dejaba tras sí, o que encontraba a su paso. Algunos sanguinarios demagogos de la corporación municipal y de la Montaña exigían con sus clamores que se erigiese una guillotina construida de piedra de sillería en la plaza de la Concordia, frente a las Tullerías, para recordar constantemente a todos que la vigilancia del pueblo era permanente, y eterna su venganza.

El tribunal revolucionario, esclavo de la más leve indicación del comité, entregaba a la cuchilla las víctimas que se le designaban, limitándose los procesos a una mera fórmula.

La señora Roland pudo evitar sólo momentáneamente el resentimiento popular, porque simbolizando su nombre un partido entero, y habiendo sido alma de la Gironda, cuyos miembros, en su mayoría, habían sido ya ejecutados, era preciso matar al ídolo para que los girondinos que hasta entonces habían podido librarse del cadalso, perdieran toda esperanza. Teniendo esto en cuenta, pidieron la corporación municipal y los jacobinos que la señora Roland fuera juzgada.

II

El comité de Salvación pública, pesoso alguna vez, pero siempre complaciente ejecutor de los deseos del pueblo, inscribió el nombre de la señora Roland en la lista que todas las noches remitía a Fouquier-Tinville, y Robespierre se conmovió al firmarla, porque el diputado por Arrás, al principio de su permanencia en París y cuando aún era desconocido su nombre, había frecuentado la casa de esta señora, que había adivinado su genio, alabado su obstinación y alentado su elocuencia desconocida, cuando la Constituyente humillaba su orgullo y rehusaba oírle. La señora Roland y Robespierre empezaron juntos la revolución, que condujo a uno a la cumbre del poder, y a la otra al abismo de la adversidad. Acaso Robespierre había llegado a dominar al pueblo por las excitaciones de aquella señora, y como este dominio le concedía derecho para sacrificarla o salvarla, aquella firma tenía necesariamente que impresionarle; pero

Robespierre era un estoico, que confundía el valor con la inflexibilidad, y llamaba voluntad a la obstinación, y antes se habría arrancado el corazón que ceder ante la menor debilidad. Sofocó en su alma los sentimientos humanitarios, y consideróse un ser superior, creyendo que merecía el concepto de justo.

La señora Roland estaba en la cárcel de la Abadía desde el 31 de mayo. Hay en el mundo destinos que, con preferencia a un imperio, atraen el interés de la posteridad, porque, en su situación, en su sensibilidad, en su elevación y en su caída, abrazan toda la historia de la época, y el destino de la señora Roland fué uno de éstos. Por su fervor, por su pasión, por sus ilusiones, por su martirio, por su esperanza inmortal y su abatimiento actual, personificaba toda la Revolución en el fondo del calabozo. Aislada en el universo, arrancada de los brazos de su padre, de su esposo y de su hija, apagaba con torrentes de lágrimas el fuego de una imaginación febril, fuego que alimentaba aún una astilla, como resto de un voraz incendio.

III

Los carceleros de la Abadía le proporcionaron cuanto consuelo es compatible con la reclusión en una cárcel. La persuasión alcanza sólo de lejos a ciertos seres; pero todo cede ante la belleza. Sin que de ello tuviesen noticia los comisarios, la destinaron a un aposento que bañaba el sol con sus rayos, y le proporcionaron flores, de las que se rodeaba en los felices días, porque su alma gozaba con aquel lujo que no exigía sacrificios. Las enredaderas tapizaron los hierros de su ventana, le concedieron permiso para conversar con alguno de sus amigos, le proporcionaron libros, y gozaba en el silencio del calabozo porque le infundía tranquilidad la suerte de su esposo, que estaba refugiado en Ruán, entre amigos fieles, y la de su hija, a quien el señor Bose, administrador del Jardín de Plantas, confió a la señora Creuzé de la Touche, y porque la enorgullecía ser mártir de la libertad. La naturaleza sugiere la calma cuando pesa el exceso del infortunio, reposo concedido para amortiguar lo

violento de la caída del desgraciado en el fondo del abismo. La señora Roland desafiaba al verdugo, porque desafiaba a los hombres que tras la muerte encomendaran a otro a la venganza, porque veía el límite del abismo que la devoraba, y porque estaba orgullosa de su valor, alentando todas estas circunstancias su energía. El cúmulo de sufrimientos que la agobiaban era aceptado por ella como teatro de la gloria, en el que la vida era el drama en el que desempeñaba el doble papel de espectador y heroína.

Renunció por un esfuerzo de imaginación al mundo, al tiempo y a sí misma en aquella actividad, para contemplar y gozar con anticipación de la vida que le reservaba la fama de la posteridad. Nada de lo presente, y nada cristiano le infundían resignación o la obligaban a dirigir la vista al cielo. Su aversión a las supersticiones había debilitado en ella hasta la fe en Dios presente y en la inmortalidad verdadera. En cuanto a las antiguas creencias cristianas, su virtud era romántica como sus opiniones, y para ella no había más providencia que la opinión de los hombres, ni otra bienaventuranza que la posteridad. El único Dios que invocaba era el porvenir, que con ese género singular de abstracción y estoicismo formaba su deber y su conciencia, ocupando en el corazón el lugar del consuelo y de la piedad; pero su alma era tan fuerte y tan pura, que esta virtud le bastaba para sostenerla en la adversidad y para contemplar con faz serena la vista del cadalso.

Muerta por el mundo, se reconcentró para pensar, y, habiendo conseguido de los carceleros que le proporcionaran papel, pluma y tinta, escribió en fragmentos su vida pública y privada. Cada día substrata una de estas páginas a la vigilancia de los guardianes y la entregaba a Bose, que la guardaba para cuando lucieran tiempos más bonancibles. La señora Roland creía que cada una de estas páginas robaba un año de vida a la muerte y a la nada, teniendo puesta toda su esperanza en el porvenir. Mezclaba en estos ayes del alma, con el desorden y precipitación del pensamiento que no tiene espera, los recuerdos más pueriles de la infancia, y las preocupaciones más lú-

gubres de la prisión. En una página describe a la joven que aspira a la gloria, en un piso alto del muelle de los Plateros, y en la otra la cautiva en el calabozo, separada de su esposo, de su hija y de su puro amor, deshojando una a una las ilusiones, los afectos y esperanzas, y entreviendo próximo el cadalso.

IV

La mano de la señora Roland escribía este libro para la posteridad, pero el corazón lo dirigía a un confidente desconocido, esperando que, tras de la muerte, leería alguno, entre líneas, los suspiros de su corazón y el objeto a que se dirigía su pensamiento. Las memorias reasumen una misteriosa conversación, de la que sólo llega a oído del público alguna que otra palabra. Incesante es el temor de que el verdugo ponga término a aquellas confidencias: el hacha está suspendida y el lector teme que corte la cabeza e interrumpa el pensamiento de la escritora.

Consolaban sus horas de tristeza las distracciones que la proporcionaban en la prisión. La palabra es una venganza, atenuándose la indignación que encierra un pecho cuando se ofrece un medio para desahogarla. Cada vez abrigaba mayor esperanza. Durante algunas horas la pusieron en libertad; y embriagada de alegría corrió a abrazar a su hija y a gozar en el hogar de su vida privada; pero aquella libertad momentánea de un día fué un lazo que le tendieron sus perseguidores, porque algunos satélites de la corporación municipal la espían para impedirle que se alegrara, esperándola en la escalera de su casa para evitar que pasara el umbral, oyera a su hija ni viera las lágrimas de sus servidores. La prendieron a pesar de sus invocaciones, y apenas libre de una cárcel, la encerraron en la de Santa Pelagia, sentina de vicios, destinada a castigar la prostitución. Querían envilecerla con el contacto, y ejecutarla ultrajando su pudor. Tuvo que respirar el infestado aire de aquellas prostitutas, cuyas maneras, palabras y lepra moral offendían su mirada, sus oídos y su pureza. Su alma aceptó la muerte, pero, ¡la condenaban a la infamia!

Al fin la aisló de este lodazal la compasión de los carceleros, que le concedieron un aposento, un mal lecho y una mesa, y pudo proseguir sus memorias y sus conversaciones con sus amigos Bose y Champagneux. Afectaron olvidarla el cobarde Lanthénas, su asiduo confidente en los días prósperos, y el ingrato Pache, a quien ella y su esposo habían encumbrado, el uno a la Montaña y el otro a la presidencia de la corporación municipal. Dantón, allá en Arcis-sur-Aube, se desentendía de su situación, y Robespierre no se atrevía a negar su cabeza al pueblo. La señora Roland abrigó durante un momento la esperanza de salvarse, al recordar su antigua amistad con Robespierre. Cayó enferma, y el médico que fué a visitarla hacia gala de ser amigo de Robespierre; giró la conversación respecto al terrible miembro del comité, y la señora Roland dijo lo siguiente al amigo de aquél:

—Anteriormente he conocido y apreciado mucho a Robespierre, pues siempre le he creído sincero y ardiente amigo de la libertad; pero lo considero susceptible de prevención, porque, en mi concepto, se apasiona con facilidad. Juzga culpables con mucha precipitación a los que no participan de sus ideas, y es muy tardía la rectificación de su juicio. Le he hablado con frecuencia, preguntadle si en el fondo de su conciencia me cree culpable.

Esta conversación le sugirió la idea de escribir a Robespierre, y así lo hizo.

V

«Robespierre — decía en aquella carta patética y provocativa a la vez—, voy a juzgar vuestro corazón: lo que de vos he dicho al amigo que os entregará esta carta, os lo va a repetir mi pluma. Conocéis perfectamente que no os dirijo una súplica, porque nunca he suplicado a nadie, y mucho menos lo haría desde un calabozo al hombre que tiene poder para ponerme en libertad. Queden las súplicas para los culpables y esclavos, pues la inocencia cumple su deber presentando descubierta la faz. Ni aun acepto la compasión, porque tengo valor para sufrir. No ignoro que, al fundarse las repúbli-

cas, la revolución elige por víctimas a los fundadores; tal es su destino, y la historia se encarga de vengarlos. Pero, ¿por qué singularidad ruge sobre una mujer la tempestad que sólo se cierne sobre las cabezas de los jefes de la Revolución?... Robespierre, no podéis dudar de la hombría de bien de Roland. Hace tiempo que me conocéis. Catón poseía la rudeza de la virtud, Roland la rigidez de ella. Hastiado del mundo y de los asuntos públicos, irritado por la persecución, abrumado por los trabajos y los años, habíase limitado a gemir y llorar en su ignorado retiro por evitar un crimen a su siglo, cubriéndose con un denso velo de obscuridad... Ridícula, ya que no atroz, sería mi pretendida complicidad. ¿Qué causa, pues, provoca esa animosidad contra mí? ¿Contra mí, que a nadie he perjudicado ni deseado mal? ¡Como mujer educada en la soledad, alimentaba mi alma con estudios serios, que han desarrollado un carácter propenso a sencillos placeres, entusiasta por la revolución, extraña a lo ajeno de mi sexo, pero hablando de ello con calor, desprecié las primeras calumnias, porque las creí un desahogo de la envidia que despertaba en ciertas almas raquíticas mi aparentemente elevada posición, posición a la que prefería mi anterior estado, que era origen de mis felices días!...

» ¡Cinco meses hace que estoy en un calabozo, privada de las caricias de mi hija, cuya cabeza no reposa sobre el seno que le dió la vida! ¡Estoy separada de las afecciones de mi corazón; soy blanco de las iras del pueblo; oigo la conversación de los centinelas, que versa siempre acerca de mi cercano suplicio y que leen las calumnias que contra mí vomitan escritores que nunca me han visto!... Ni una palabra ha salido de mi labio, a nadie he importunado con mis reclamaciones, porque me enorgullece el luchar con mi mala fortuna y el abatirla bajo mis plantas...

» Robespierre, no trazo ante vos este cuadro para despertar en vuestra alma una compasión, que tal vez me humillaría, sino para que nada ignoréis. ¡Volved la fortuna y voluble también la popularidad! Echad una rápida ojeada al destino de los favoritos de la fortuna y

del pueblo, desde Vitelio hasta César, desde Hippón, orador de Siracusa, hasta nuestros oradores parisienses... Mario y Sila proscribieron millares de caballeros, muchos senadores y un sinnúmero de desgraciados; pero sus esfuerzos fueron impotentes para ahogar la voz de la historia, que entregó sus nombres a la execración; la felicidad no habló nunca a sus corazones. Cualquiera que sea mi destino futuro, lo arrostraré de un modo digno de mí o acaso lo rehuya si mi alma abriga esta convicción. ¿Me amenaza también el martirio después de la persecución? Contestadme, Robespierre, y hacedlo persuadido de que la grandeza de mi alma puede mirar, frente a frente, lo horrible de mi suerte. Si sois justo y leéis mi carta con detenimiento, no será inútil y tal vez no lo será para mi patria. Cuantos me han conocido no pueden perseguirme sin sentir remordimientos, y esta afirmación incluye también a Robespierre.»

VI

Del estoicismo de esta carta se desprende una súplica a la compasión; era un medio que la señora Roland preparaba para la reconciliación. Una respuesta favorable de Robespierre la hubiera obligado a mostrar agradecimiento al verdugo de los que adoraba; pero prefería perder la vida, porque lo creía más honroso, que deberla al favor de aquél. Por esta razón, después de escribir la carta la hizo pedazos.

Guardó los pedazos como reliquia de una idea de salvación que sacrificaba a la dignidad de mujer de partido y al cariño de esposa y madre. Robespierre no vaciló en elegir entre sus remordimientos y su popularidad, y la prisionera se resignó a morir. Cuando la noche empezaba a tender su manto de negruras, dedicaba algunos ratos a la música, a la conversación y a la lectura. Con la música mitigaba la intensidad de su melancolía, y con la lectura sofocaba la terrible idea de su situación. Leía a Tácito con preferencia, sublime anatomista de las grandes vidas que cortó la muerte; Tácito, cuyo dedo señala en el cadáver las últimas pulsaciones que arrancó el dolor o el

heroísmo. En él estudiaba el suplicio para familiarizarse con la idea de él y arros-trarlo con tranquilidad. Habiéndosele ocurrido evitar el cadalso por medio del veneno, escribió a su esposo para que la perdonase, porque moría antes que él.

«Perdóname, hombre digno del res-peto de la posteridad — le decía—, porque corto una vida que juré consagrarte. ¡Si me fuera posible proporcionarte algún consuelo en tus desgracias, no tomaría esta resolución, pero, perdiéndome, pier-des únicamente un objeto que hace más amargo tu sufrimiento!» Luego se acordó de su hija, y prosiguió: «Perdóname, hija querida del corazón, hija cuya dulce imagen penetra en mi alma. Pongo tér-mino a mis días porque el destino ha de-cretado que muera la que debió ser tu guía. ¡Cruelos! ¿abrigan, acaso, piedad en el corazón para la inocencia? Amigos míos, velad por mi pobre huérfana. No lloréis por la resolución que da fin a mi vida; vuestra mirada aprecia la grandeza de mi alma y no abrigaréis la creencia de que el móvil de mi suicidio es la debili-dad o el temor. Si alguno me asegurara que ante el tribunal que tantos inocen-tes sentencia, se me concedería derecho para señalar a los tiranos, quisiera que fuera ya la hora de comparecer ante él.»

En aquel momento se le escapó un sus-piro, y exclamó: «¡Divinidad! ¡Ser su-premo! ¡alma del mundo! ¡principio de que emana lo justo, lo grande y lo inmor-tal que hay en mí! ¡ser cuya existencia creo, porque sólo un principio superior a mí pudo concederme la vida! ¡voy a unir-me a Ti!»

Hizo luego testamento, legando a su hija, a sus servidores y a sus amigos, el piano, el arpa, dos sortijas, los libros y algunos muebles que tenía en el cala-bozo, cuyos efectos constituían toda su riqueza, y recordando sus pasiones más naturales e intensas, la naturaleza, la campiña y el cielo. «Adiós — escribía—, ¡adiós, sol de mi ventana, cuyos brillan-tes rayos infundían la serenidad en mi alma, al recordarle la de los cielos! ¡adiós, campos solitarios de las orillas del Saona! ¡campos que tanto han conmovido el alma mía! ¡adiós, labradores de Thiz, cuyo sudor he enjugado, cuya miseria he socorrido y cuyas enfermedades he con-

tribuído a aliviar con mis auxilios! ¡Adiós, gabinetes, testigos de mis estu-dios, que en mi alma infundieron la ver-dad, y donde, en el silencio de la medi-tación, aprendí a dominar mis sentidos, y a despreciar la vanidad! ¡Adiós, hija mía, acuérdate de tu madre! ¡a ti no te aguardan penalidades iguales a las que ha sufrido la que te dió el ser! ¡Adiós, hija adorada, a quien he alimentado en mi seno, y en cuya alma quisiera inculcar mis principios!»

Esta idea la hizo variar de propósito y, arrojando el veneno, aceptó más horas de sufrir y de arrepentimiento, y decidió es-perar, para morir, que la condujeran al cadalso.

VII

La señora Roland entrevió su muerte en el suplicio de los girondinos. Ya no existían Vergniaud, ni Brissot. Ignoraba el destino de Buzot, Barbaroux y Lou-vet; pero presentía su muerte.

La trasladaron a la Conserjería; pero allí permaneció poco tiempo. Cuanto más próxima estaba a la muerte, más se su-blímaba su alma. La solemnidad de los grandes destinos brilló en su corazón, en su rostro y en sus palabras. Durante su breve permanencia en la Conserjería, di-fundió tal entusiasmo y tal desprecio a la muerte entre sus compañeros de cár-cel, que divinizó las almas más abatidas. La sombra del cadalso realzaba su be-lleza.

Los dilatados dolores de la prisión y las lágrimas que reprimía, pero que en el fondo eran palabras, daban a su voz el acento de las sensaciones que abrazan el corazón.

En el locutorio hablaba con los princi-pales hombres de la Gironda, que pobla-ban la Conserjería. En la cárcel le sirvió de tribuna un banco de piedra, en el que subía, y entrelazando los dedos con los barrotes de hierro que formaban la reja entre el claustro y el patio, dirigía la voz al auditorio, hablando con la fluidez y brillo de Vergniaud, pero dejando entre-ver un asomo de cólera y la afectación del desprecio, que acompaña siempre la pasión de la mujer a la elocuencia del razonamiento. Su memoria internábase

en la historia de la antigüedad para buscar imágenes que representaran lo terrible de los cuadros que brillaban en la escena pública, y los tiranos que se asemejaban a los tiranos de entonces.

Sus enemigos forjaban su proceso en las habitaciones que formaban el techo de su calabozo, y la voz de la señora Roland, semejante a la de la posteridad, resonaba en los vastos subterráneos de la Conserjería, vengándose antes de morir y legando su odio como parte de sí misma. No pedía ni deseaba lágrimas, pero arrancaba gritos de admiración del corazón de sus compañeros de cárcel, quienes la escuchaban durante horas enteras, y, al despedirse, gritaban ¡VIVA LA REPÚBLICA! No acriminaban la libertad, y aun en los calabozos, que se abrieron en su nombre, doblaban ante ella la rodilla. Cuando aquella mujer, tan grande y tan superior a su destino en público, se encontraba sola, en el silencio del calabozo, se abatía, como se abate todo lo humano. Su alma heroica la abandonaba y predominaba su corazón de mujer, que perdía la energía al descender del entusiasmo a la realidad. La caída era tanto mayor cuantos más elevados habían sido los espacios que cruzó su imaginación ardiente. Muchas mañanas las pasó apoyada en los hierros de la reja tapizados con flores, dirigiendo la mirada a un trozo de cielo que descubría y regando con abundantes lágrimas las flores, que alimentaban sus ilusiones. ¿En qué pensaba entonces? Algunas palabras entrecortadas que se leen en las últimas páginas de sus memorias lo revelan: pensaba en su hija, en su esposo, anciano que no podía dar un paso más en la senda de la vida sin que ella le sirviera de báculo; pensaba en su juventud que embelleció un amor puro, amor que consumió el fuego de las ambiciones políticas; en sus amigos, cuya imagen la perseguía constantemente, por quienes sentía abandonar la vida, si aun vivían, y por quienes anhelaba morir, si ya la esperaban en el sepulcro. Eran circunstancias que ignoraba y cuyo suplicio la mataba antes que la guillotina, mirando con indiferencia las demás incomodidades de la prisión. El calabozo que ocupaba era húmedo y sombrío, y únicamente le separaba un tabi-

que del que ocupó la reina: esta situación se asemejaba mucho a un remordimiento. Aunque por sendas diferentes, ambas llegaron, en el espacio de pocos meses, a un mismo subterráneo, subterráneo que fué dintel del cadalso para las dos: la una arrojada del trono por los esfuerzos de su rival; la otra ascendió a los primeros honores de la República, y fué alcanzada por la desgracia junto a la víctima. ¡Parecen casualidad estas venganzas del destino, y posiblemente sólo son justicia!...

VIII

El proceso e interrogatorio de la señora Roland no fueron otra cosa que una repetición del proceso de los girondinos y de las acusaciones que le dirigieron los jacobinos en sus discursos. Le hicieron cargos por ser la esposa de Roland y amiga de sus cómplices; pero ella aceptó los crímenes que le imputaban como motivos de gloria, hablando de su esposo con ternura, de sus amigos con respeto, y de sí misma con modesto orgullo. Cada vez que intentó desahogar la imaginación, tuvo que callarse, porque el auditorio la injuriaba y llenaba de improperios. Entonces el pueblo, como poder dominante, alternaba en el diálogo entre los jueces y acusados, y concedía o retiraba la palabra, siendo él quien realmente dirigía el juicio. Escuchó la sentencia como mujer que en el decreto de muerte entrevé un título para la inmortalidad; luego se levantó, se inclinó ligeramente, y con el acento de la ironía dijo a los jueces:

—Os doy las gracias porque me consideráis digna de participar de la gloria de los grandes hombres a quienes habéis asesinado.

Bajó las escaleras de la Conserjería con tanta precipitación, que parecía un niño que corre tras un objeto que al fin alcanza; ¡corría tras el cadalso! Miró con la sonrisa en los labios a los compañeros de prisión, que se agruparon para verla pasar, y llevóse la mano derecha al cuello imitando la acción de la cuchilla que corta una cabeza. Fué su única despedida; despedida trágica como su destino, y risueña porque satisfacía su deseo de abandonar el mundo. La comprendie-

ron perfectamente, y aquellos hombres que no vertían lágrimas por sí, las vertieron por aquella mujer. Aquel día eran muchas las carretas que conducían víctimas al cadalso, y la señora Roland fué colocada en la última, junto a un pobre y débil anciano llamado Lamarche, antiguo director de la fabricación de asignados. Vestía de blanco, protesta de inocencia que quería hacer ante el pueblo, y llevaba tendidos los hermosos cabellos negros que le caían hasta las rodillas. Su color, que había hecho pálido la larga cautividad, lo sonrosó con la frescura de la juventud el viento glacial de noviembre. Sus ojos reflejaban el fuego de su alma, y su rostro parecía radiante de alegría. Sus labios habríase dicho que dudaban si manifestar compasión o desdén, mientras el populacho la insultaba con salvaje gritería:

—A la guillotina, a la guillotina — gritaban las mujeres.

—Allá voy — contestó—. Dentro de un momento subiré al cadalso; pero no tardarán en seguirme los que a él me envían. Soy inocente, pero los que vengan tras mí vendrán manchados de sangre. Hoy aplaudís mi suplicio; mañana aplaudiréis el suyo.

De vez en cuando volvía la espalda a los insultos, y con ternura filial prodigaba consuelos a su anciano compañero de suplicio, que lloraba. La señora Roland consiguió distraer durante el fatal trayecto al infortunado que la acompañaba y hasta le hizo sonreír.

Entonces, se levantaba en medio de la plaza, en el sitio que hoy ocupa el obelisco, una estatua colosal de la Libertad, estatua de yeso, frágil como la libertad, de aquella época, y junto a esta estatua estaba el cadalso. Llegó la carreta y bajó al momento la señora Roland. Al agarrarla el verdugo por los brazos para que subiera la primera a la guillotina, realizó uno de esos actos de abnegación que sólo el corazón de una mujer puede sentir y es capaz de expresar en tales circunstancias:

—Os pido un favor, no para mí; concedédmelo — dijo resistiéndose a la acción del verdugo; y, volviéndose al anciano, agregó—: Subid primero; si vierais correr mi sangre, sufriríais dos veces

la muerte. Deseo evitaros el dolor de ver rodar mi cabeza.

El verdugo accedió. ¡Admirable sensibilidad que se inmola para evitar un minuto de agonía a un anciano desconocido! ¡Sensibilidad que demuestra la sangre fría del corazón en el heroísmo de la muerte! ¡Cuánto valor tiene ante Dios y ante la posteridad ese minuto de sublime abnegación!

Preseneió sin palidecer la ejecución de Lamarche, y, subiendo luego con ligereza los escalones del cadalso, se inclinó ante la estatua de la Libertad, como para tributarle su último acto de adoración, y dijo:

—¡Oh Libertad, Libertad! ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

Después el verdugo se apoderó de ella, y su cabeza cayó en el cesto.

IX

Así murió aquella mujer que había soñado la República cuando tenía quince años de edad, inculcó en el alma de un anciano su odio al trono, y dió vida a un partido de jóvenes, entusiastas, elocuentes, embriagados con teorías antiguas y con los bellos ideales, cuyo manantial inagotable brotaba de sus labios. El círculo mágico que en torno de ella retenía a hombres a veces tan opuestos entre sí por sus diversas opiniones, era el amor casto e involuntario que les inspiraba su genio y su belleza. Estaban encadenados por la aureola brillante de la señora Roland. Partido de imaginación, la imaginación de una mujer le sirvió de oráculo; pero a uno tras otro los arrastró a la muerte hasta que, al fin, la sufrió ella. Al exhalar la señora Roland el último suspiro, murió la Gironda. En el cadalso se asemejó, como se asemejará siempre en la posteridad, a la República prematura e ideal que había concebido, bella y elocuente. Su cuerpo, ídolo de tantos corazones, fué arrojado en las fosas de Clamart.

X

Cuando Roland tuvo noticia del fin trágico de su esposa, determinó morir también y, sin desplegar los labios, salió de

la casa en que hacía seis meses se hospedaba. Con el propósito de borrar las huellas de sus pasos y no comprometer a sus protectores, se alejó de la hospitalaria mansión, caminando gran parte de la noche. El cielo y la tierra le produjeron horror cuando los vio bañados por la luz del sol; sacó el estoque de su bastón, apoyó el puño en un manzano y se atravesó el pecho a la orilla de un camino. Unos pastores encontraron su cuerpo inanimado cerca de un foso, y en la ropa se le encontró un billete prendido con un alfiler que contenía estas palabras: «Cualquiera que seas, respeta estos restos; son los de un hombre virtuoso. Al enterarme de la muerte de mi esposa, no he querido vivir ni un día más sobre una tierra manchada de crímenes.» Así se confundían la conciencia de su republicanismo, el amor y la virtud en el epitafio que Roland escribió para sí mismo. Elevado a demasiada altura por el movimiento de una tempestad civil, sostenido por el genio de su esposa y embriagado con su papel, tomó la probidad por virtud, cuando ésta no es más que la base de aquélla. Sin embargo, disputó la República a la anarquía y las víctimas a los cadalsos, con un valor digno de la antigüedad. Su recompensa fué una muerte que parece una página arrancada a los grandes suicidios de otros tiempos. Murió como Catón y como Séneca: como Catón, por la libertad de la patria, y como Séneca, por el amor a una mujer. El corazón depuso una lágrima en el puñal republicano con que se atravesó el pecho. Este amor junto con el patriotismo da al sacrificio de Roland un carácter romántico y patético a la vez. Si la muerte es el acto más transcendental de la vida, este hombre, vulgar al principio, fué heroico al fin. No en vano vivió Roland para la libertad y para la gloria; le esperaba una muerte digna de los tiempos de la antigüedad.

LIBRO LII

Los Comisarios de la Convención Isabeau y Tallián en Burdeos.—Los girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Pethiön, Louvet, Valady, Salles y Guadet en Bec d'Ambès.—Buscan asilo en Saint Emiliön.—La señora Bouquey los recibe.—Se separan.—Valady se encamina a los Pirineos.—Louvet vuelve a París.—Grangeneuve y Biroteau son ejecutados en Burdeos.—Guadet y Salles, descubiertos, son conducidos a Burdeos y ejecutados.—Barbaroux se dispara un pistoletazo.—Es conducido, ensangrentado, a Burdeos y llevado al cadalso.—Encuéntranse en un campo los cadáveres de Buzot y de Pethiön.—Barnave, Dupont, Bailly.—Su condena.—Su muerte.—Largo suplicio de Bailly.—Ejecución de la señora Dubarry y de Birón.—El señor y señora Angrand d'Alleray.—La Convención es aventajada por el municipio.—Notas póstumas de Robespierre.—Medidas filantrópicas.—Calendario republicano.—El obispo Gobel.—Apostasías.—Hebert y Chaumette.—Profanaciones del culto católico.—Inauguración del culto de la Razón.—Destrucción de las tumbas de San Dionisio.—Exhumación de los restos mortales de los reyes.

I

Mientras Roland y su esposa morían, ¿qué hacían y dónde estaban Buzot, Barbaroux, Pethiön, Louvet, Valady, Guadet y Salles, a quienes hemos dejado desembarcando fugitivos en la Gironda?

Los comisarios de la Montaña, Isabeau y Tallián, que habían llegado antes que ellos a Burdeos, manejando con energía el jacobinismo y haciendo sentir el terror, habían ahogado en pocos días el federalismo, sublevado los arrabales de Burdeos contra la ciudad, encarcelado a los comerciantes, entregado el poder al pueblo, inaugurado la guillotina, reclutado los clubs y malquistado a todos contra los girondinos. La sumisión de Lyon, el exterminio de Tolón, el suplicio de Vergniaud y de los amigos de éste, habían consternado y convertido en apariencia la Gironda a la unidad de la República. En ninguna parte se afectaba patriotismo más riguroso, y en ninguna parte se recelaba más una sospecha de complicidad con los representantes proscritos, porque en ninguna parte tampoco había tanto peligro como allí de parecer sospechoso. El terror era más vigilante en Burdeos que en cualquiera otro punto. Todas las aldeas de la Gironda tenían comité de salud pública, ejército revolucionario, delatores y verdugos.

II

Al llegar a Bec d'Ambés, Guadet había dejado a sus colegas ocultos en casa de su padre político, pero como este asilo no ofrecía seguridad, había ido a buscar otro al pueblecito de Saint-Emilión, de donde era natural. Aquí no pudo encontrar refugio más que para dos, y se necesitaba para siete. El mensajero que les llevó esta noticia a Bec d'Ambés, encontró ya a los fugitivos rodeados por los batallones enviados de Burdeos, parapetados en su morada y armados con algunos pares de pistolas y un trabuco, armas que bastaban para vengarse, pero no para defenderse. La noche protegió, empero, su fuga, y se encaminaron hacia Saint-Emilión.

Los satélites de Tallián, que forzaron la casa donde en Bec d'Ambés se habían refugiado, escribieron a la Convención, diciendo que habían encontrado las camas calientes todavía.

El padre de Guadet, anciano de sesenta y dos años, les abrió generosamente la casa, pues los amigos de su hijo le parecían otros tantos hijos; pero no bien hubieron pasado algunas horas en aquella casa que inspiraba sospechas, cuando se les anunció la venida de cincuenta caballos que les habían seguido las huellas al través de los campos. Tallián acudía con los corchetes más diestros de la policía de Burdeos; pero los diputados girondinos tuvieron tiempo para escapar. Tallián puso al padre de Guadet bajo la vigilancia de dos hombres armados, encargados de espíarle, confiscó los bienes del hijo y organizó un club de terroristas en la misma población en que los girondinos se habían refugiado contra el terror.

Sólo una mujer se consagró a salvarlos: era una cuñada de Guadet, la señora Bouquey.

Noticiosa del peligro de su hermano político y de sus amigos, había acudido de París, donde vivía sin zozobras, para recoger a unos hombres, cuya mayor parte le eran desconocidos, pero algunos muy estimados. La compasión, esa debilidad de la mujer, se convierte en fuerza en las grandes circunstancias y con-

suela las revoluciones con el heroísmo de la abnegación. Guadet, Barbaroux, Buzot, Pethión, Valady, Louvet y Salles entraron secretamente de noche en el angosto subterráneo que les había preparado la señora Bouquey, pues sólo el centro de la tierra era bastante profundo y mudo para sepultar vivos a los girondinos. Este refugio era una catacumba que, por una parte, daba a un pozo de treinta pies de profundidad, y por la otra a una bodega de la casa. Ningún registro domiciliario podía revelar la entrada, de suerte que sólo el temor de ser encarcelada preocupaba a la generosa protectora de los girondinos. ¡Qué sería entonces de aquellos hombres sepultados en una tumba, cuya piedra sólo ella podía levantar! Temía también descubrirlos por la provisión de alimentos necesarios para tantas bocas. Los mercados estaban entonces escasos y el pan se distribuía a proporción de los habitantes de cada casa y mediante orden de la corporación municipal. La señora Bouquey sólo tenía derecho a una libra de pan diaria, pero se privaba de ella para distribuirla entre los ocho proscritos. Algunas legumbres, frutas secas y aves compradas furtivamente, constituían el alimento de aquellos hombres que disimulaban el hambre; pero la alegría, sal amarga del infortunio, sazónaba aquellas comidas de espartanos.

Cuando las pesquisas fueron siendo menos activas, la señora Bouquey sacaba a sus amigos del subterráneo, les hacía sentar a su mesa, respirar el aire y ver el cielo durante las noches. Les había proporcionado papel y libros, y Barbaroux escribía sus memorias y Buzot su defensa. Louvet llenaba algunas páginas con la ligereza con que había escrito sus novelas, y Pethión también escribía, pero con mano más austera. La pluma de éste revelaba los misterios de su popularidad, tan indignamente conquistada y abdicada con tanto valor. Es indudable que aquellas confidencias hubieran explicado el carácter de este hombre, pequeño en el poder, y grande en la adversidad.

El 12 de noviembre, día en que la señora Roland moría en París, circuló en Saint-Emilión el rumor de la presencia

de los girondinos en casa de la señora Bcuquey y, por consiguiente, se vieron obligados a dispersarse por grupos en busca de otros refugios, pareciendo la separación un postrer adiós. Ninguno sabía adónde iba. Valady tomó el camino de los Pirineos, donde le esperaba la muerte. Barbaroux, Pethión y Buzot se dirigieron, atravesando campos, hacia los páramos de Burdeos, con la esperanza de hacer perder sus huellas en aquel desierto. Guadet, Salles y Louvet pasaron el primer día en una cantera, adonde debía, un amigo del primero, ir a buscarlos al anochecer para conducirlos seis leguas de allí, a casa de una señora rica, cuyos pleitos había defendido en otra época Guadet, salvándole la fortuna; pero el amigo no tuvo valor y no acudió, por lo que Guadet y sus compañeros se marcharon solos y a la aventura. El frío, la nieve y la lluvia helaban sus miembros mal arropados. Habiendo por fin llegado, a las cuatro de la mañana, a casa de su cliente, Guadet llamó, dijo su nombre, y fué rechazado. Volvió, desesperado, adonde estaban sus amigos y encontró a Louvet medio muerto de hambre y de frío al pie de un árbol. Guadet volvió a la casa e implora en vano, primero una cama, después lumbre, y en seguida un vaso de vino para un amigo que estaba expirando; pero la ingratitud deja gemir y morir sin respuesta. Guadet volvió de nuevo al lado de Louvet, y sus esfuerzos y los de Salles restituyeron el calor al enfermo, quien tomó una resolución desesperada que lo salvó.

Perseguido por el recuerdo de la amiga que había dejado en París, decidió verla de nuevo o perecer, y, abrazando a Salles y Guadet, repartió con ellos algunos asignados que le quedaban y se arrastró solo por el camino de París.

III

Guadet, Salles, Pethión, Barbaroux y Buzot volvieron a encontrarse reunidos la noche siguiente en Saint-Emilión, merced a los cuidados de su bienhechora, en la casa de un honrado y pobre artesano. Allí fué donde supieron el trágico fin de Vergniaud y de sus amigos, y contaron estoicamente cuántos golpes tenía que

dar la guillotina para que todos los girondinos dejaran de existir. Cuando, pocos días después, les anunciaron el suplicio de la señora Roland, se enternecieron y derramaron lágrimas. Buzot sacó el cuchillo para herirse, y sufrió un prolongado ataque de delirio, durante el cual se le escaparon gritos que revelaban la explosión y desgarramiento del corazón. Sus amigos le arrancaron el arma de las manos y le calmaron, haciéndole jurar que soportaría la vida por la que tan dignamente había soportado la muerte. Buzot cayó desde aquel día en una melancolía y en un silencio, interrumpido sólo por suspiros y exclamaciones inarticuladas. La repercusión del hacha que había cortado la cabeza de la señora Roland, no abrumó a nadie tanto como a Buzot. La muerte no rompió del todo, pero abrió el sello de su corazón.

Los cinco proscritos permanecieron todavía algunas semanas en aquel asilo. Las oscilaciones del comité de Salvación pública movían a la Convención unas veces a la indulgencia, otras al terror. En Burdeos seguían siempre guillotinando, y Grangeneuve y Biroteau acababan de sucumbir, pero las víctimas eran menos buscadas. El fiel Troquart, hospedador de los refugiados en Saint-Emilión, los halagaba con la esperanza de que se mitigara la persecución; pero esta calma fué breve, pues la sed de venganza que se iba amortiguando, fué reanimada por otros comisionados más implacables llegados de París, jóvenes franciscanos y jacobinos en su mayor parte, imberbes aún, a quienes el partido de Hebert enviaba a Nantes, a Troyes, a Burdeos, para familiarizarlos con la sangre. Su corta edad ha hecho perdonar sus nombres.

Activaban los suplicios, enviando a la Convención boletines de la guillotina, semejantes a los de Collot d'Herbois en Lyon, Fouché en Tolón y Maignet en Marsella. La llegada de aquellos procónsules infundió temor y dejó sin asilo a los proscritos. Se enviaron de Burdeos a Saint-Emilión destacamentos del ejército revolucionario, dirigidos por un sicario llamado Marcou, que había instruído perros para la caza de los federalistas, imitando con esto la República la caza

de hombres que otra nación había practicado en los bosques de América. Marcou creyó que los girondinos se encontraban ocultos en las canteras de Saint-Emilión, y presentóse allí por la noche con la tropa; cercó las casas del padre, y lanzó los perros a las cuevas como si fueran a la pista de animales dañinos, ahumando la entrada de algunas grutas; pero los perros volvieron sin la presa. Entre tanto, otro agente de Tallián, llamado Favereau, penetró con sus esbirros en la morada del padre de Guadet. Estos habían registrado en vano la casa y se volvían ya con las cadenas desocupadas, cuando uno de los gendarmes, que se había quedado atrás, creyó observar que el granero era por la parte interior más estrecho que las paredes exteriores de la casa. Llamó a sus compañeros y se sondeó la pared, a culatazos; pegaron los oídos al muro y percibieron ruido: era Salles, que, viéndose descubierto, se armaba de una pistola para matarse o tomar venganza. Al oírlo, los esbirros intimaron a los proscritos la rendición; la pared se desplomó, y Guadet y Salles salieron arrastrándose. Encadenados, fueron conducidos a Burdeos. Ambos estaban fuera de la ley, y era, por consiguiente, superflua la sentencia.

Salles, condenado a morir el mismo día, pidió permiso para escribir a su mujer e hijos. La historia no ha podido menos de recoger su tierna despedida.

«Cuando recibas esta carta — escribió Salles a su mujer —, sólo viviré en la memoria de los hombres que me aprecian. ¡Qué carga te dejo! ¡Tres hijos y ningún recurso para educarlos! Sin embargo, consuélate; no habré muerto sin haberte compadecido, sin haber confiado en tu valor, y es uno de mis consuelos creer que querrás soportar la vida por tu inocente familia. Amiga mía, conozco tu sensibilidad y me complazco en creer que derramarás amargo llanto en memoria del hombre que deseaba hacerte feliz, y que cifraba su mayor placer en la educación de sus dos hijos y de su amada hija. Mas, ¿podrás olvidar que la mitad de tu corazón les pertenece? Se han quedado sin padre, y tus inocentes caricias podrán al menos reemplazar las que no podré ya

hacerte. ¡Carlota! No he omitido medios para salvarme, porque creía deberme a mí mismo y sobre todo a mi país, y, suponiendo que el pueblo estaba ciego respecto a los sentimientos de tu desgraciado esposo, esperaba que un día podría saber por mí cuán caros me eran sus intereses. También creía deber vivir para recoger respecto a mis amigos los monumentos que me parecían útiles para memoria suya. En fin, debía vivir por ti, por mi familia y por mis hijos; pero el Cielo lo dispone de otra manera y muero tranquilo. Había prometido en mi declaración, en los sucesos del 31 de mayo, que sabría morir al pie del cadalso, y creo poder asegurar que cumpliré mi promesa. Amiga mía, no me compadezcas, pues la muerte no me producirá angustias muy dolorosas. He hecho ya el ensayo. Durante un año entero he soportado trabajos muy penosos y no he murmurado. He intentado dos veces suicidarme, porque no quería entregarme vivo, y no he podido lograrlo. Tengo, sin embargo, la ventaja de haber apurado de antemano todas las heces de mi cáliz de amargura, y me parece que la muerte no es muy dolorosa. Carlota, reprime tus dolores y no inspires a nuestros hijos más que modestas virtudes. ¡Es tan difícil hacer el bien del país! Bruto, dando de puñaladas a un tirano, y Catón traspasándose el pecho para librarse de él, no impidieron que Roma fuera oprimida. Creo haberme sacrificado por el pueblo, y si, por recompensa, recibo la muerte, tengo la conciencia de mis buenas intenciones. Es grato pensar que llevo a la tumba mi propia estimación, y que un día, tal vez, el pueblo me devolverá la suya. ¡Amiga mía! te dejo en la miseria... ¡Qué dolor para mí! Y aun cuando te dejaran todo cuanto poseía, ni siquiera tendrías pan, porque ya sabes que, por más que se ha dicho, nada tenía. Sin embargo, Carlota, no te desespere por esto. ¡Trabaja, amiga mía, pues bien puedes hacerlo! Enseña a tus hijos a trabajar cuando sean mayores. ¡Oh querida mía! ¡si de este modo pudieras evitar el recurrir a los extraños! Mantente, si te es posible, tan noble como yo. Espera aún, espera en quien todo lo puede, en quien es mi consuelo en el postrer ins-

tante. Tiempo hace que el género humano ha reconocido su existencia, y necesito pensar que en alguna parte ha de existir el orden para creer en la inmortalidad de mi alma. Dios, ante cuyo tribunal voy a comparecer, es grande, justo y bueno, y voy a presentarle un corazón, si no exento de flaquezas, libre por lo menos de crímenes y puro en intenciones; y, como dice tan acertadamente Rousseau: «Quien se duerme en el regazo del padre, no experimenta inquietud por el despertar.»

»¡Besa a mis hijos, ámalos, edúcalos, consuélate, y consuella a mi madre y a mi familia! ¡Adiós, adiós para siempre! Tu amigo,

»SALLES.»

IV

—¿Y tú, quién eres? — preguntaron a Guadet.

—Soy Guadet — respondió el Esquileo de la Gironda—. Verdugo, desempeña tu oficio. Ve con mi cabeza en la mano a pedir tu salario a los tiranos de la patria. Nunca dejaron de palidecer al verla, y ahora también se estremecerán al contemplarla.

Al ir al cadalso, dijo Guadet al pueblo:

—Miradme bien: soy el último de vuestros representantes.

En el patíbulo también quiso hablar, pero los tambores ahogaron su voz.

—¡Pueblo — exclamó indignado—, ésa es la elocuencia de los tiranos, ahogan la voz del hombre libre para que el silencio encubra sus crímenes!

Barbaroux, Pethión y Buzot se enteraron en Saint-Emilión de la prisión y muerte de sus colegas. El suelo minado por todas partes en derredor suyo no podía tardar en sepultarlos. Salieron durante la noche del refugio en que se encontraban, llevándose por única provisión un pan, un pedazo de carne fría y algunos puñados de guisantes verdes. La prolongada inmovilidad en los lugares donde hacía ocho meses que languidecían, había enervado sus fuerzas, sobre todo las de Barbaroux, y esto, juntamente con su precoz obesidad, le imposibilitaban para andar.

Al despuntar el día encontráronse los tres amigos no lejos de Castillón, aldea cuya posición y nombre ignoraban. Era día de fiesta, y el tamboril, recorriendo los senderos, convocaba antes de la aurora a los habitantes para los banquetes y las danzas.

Algunos voluntarios pasaban cantando por el camino con el fusil al hombro, y, absorta la imaginación de los fugitivos en su situación y turbada por el insomnio de la calentura, creyeron que se tocaba llamada y que se recorrían los campos para perseguirlos. Detuvieronse agrupados al pie de un seto para deliberar, y unos pastores, que los observaban de lejos, vieron brillar de repente el cebo y oyeron la detonación de un arma de fuego. Uno de aquellos tres hombres sospechosos cayó boca abajo y los otros dos se escaparon y desaparecieron en la ladera de un bosque. Los voluntarios acudieron al ruido y encontraron a un joven de elevada estatura, de frente noble y de mirada no apagada aún, revolcándose en su sangre. Se había roto las mandíbulas de un pistoletazo, y no podía hablar más que por señas. Fué trasladado a Castillón, donde se observó que tenía la ropa marcada con las iniciales R. y B. Le preguntaron si era Buzot, y movió la cabeza negativamente; si era Barbaroux, e hizo una seña afirmativa. Conducido a Burdeos en una carreta y regando el suelo con la sangre que derramaba, fué reconocido por su belleza, y la cuchilla de la guillotina acabó de separarle la cabeza del cuerpo.

V

Nadie sabe lo que fué de Pethión y Buzot, ocultos en las selvas durante varios días y noches. ¿Les sirvió de ejemplo el suicidio de su joven compañero? ¿Se disparó cada uno un pistoletazo al acercarse algún animal cuyo ruido confundieron con los pasos de los hombres que los perseguían? ¿Se abrieron las venas al pie de un árbol? ¿Murieron de hambre, de fatiga o de frío? ¿Sobrevivió uno al otro? ¿Cuál de los dos fué el último en morir? ¿Murieron, acaso, en un nocturno y lúgubre combate contra las fieras? El misterio, la más terrible

de las relaciones, encubre los últimos momentos de Buzot y de Pethiön. Únicamente se sabe que algunos escardadores encontraron pocos días después de la muerte de Barbaroux, diseminados en un campo de trigo, a orillas de un bosque, sombreros destrozados, zapatos y algunos jirones de ropa que cubrían dos montones de huesos humanos roídos por los lobos. Aquella ropa, aquellos zapatos, y aquellos huesos habían sido de Pethiön y Buzot.

Ni aun sepultura daba la tierra de la República a los cadáveres de sus fundadores. Toda la Gironda había desaparecido con estos dos últimos tribunales que dejaban descifrar al tiempo el enigma de la popularidad. El uno, a quien habían llamado el *rey Pethiön*, y el otro, a quien se llamaba todavía por escarnio el *rey Buzot*, habían ido a buscar el destino desde París y Caen a un surco de los campos de la Gironda. ¡La guerra del federalismo devoraba a aquellos hombres, culpables de haber pensado contra la unidad de la patria! ¿Se necesita otro juicio? ¿Pueden ser juzgados por ventura unos huesos descarnados y dislacrados por las fieras en un campo? No; se compadecen, se entierran, y se prosigue adelante.

VI

La Revolución, en los últimos meses de 1793 y primero de 1794, parecía retroceder como un vencedor después de la victoria, para herir uno por uno a los que habían intentado moderarla o estacionarla, empezando por los más próximos a ella y terminando por los más apartados; primero los girondinos y sus partidarios, después los constitucionales, y, por último, los realistas puros. Los primeros odios de los partidos triunfantes se ceban en los que han estado más inmediatos a sus doctrinas o pasiones. En la revolución, así como en la guerra, se aborrece más a los que se separan de nuestro campo que a los que nos combaten. Los suplicios habían empezado por los moderados, porque la República no pensó en sus enemigos hasta después de haber sacrificado a sus fundadores.

Los grandes nombres de la Asamblea

constituyente parecían ser protestas vivas contra las teorías de la República. La monarquía constitucional, defendida por ellos, protestaba contra la tiranía del comité de Salud pública. La libertad legal, que habían hecho ver en perspectiva, contrastaba con la dictadura de la Montaña, y no era posible permitir que vivieran aquellos testigos y acusadores, aunque mudos. Mirabeau ya no existía: el Panteón lo había arrebatado al cadalso. Lafayette expiaba en los subterráneos de Olmütz su crimen de moderación. Clermont-Tonnerre había muerto degollado el 2 de septiembre. Cazalés y Maury estaban desterrados. Los Lameth vagaban por el extranjero, Sieyès callaba o afectaba dormir al pie de la Montaña. El partido de la derecha gemía en las cárceles. Barnave, Duport, Bailly, los constitucionales, vivían aún y, naturalmente, se pensó en ellos. Un recuerdo de los jacobinos equivalía a la muerte. ¡Desgraciado del nombre que se pronunciaba demasiado alto! El de Barnave resonaba todavía en la memoria de los reformadores de la monarquía.

VII

Desde el 10 de agosto, Barnave, inútil ya para los consejos secretos de la reina, habíase retirado a Grenoble, ciudad de su naturaleza, donde fué recibido como hombre que ha ilustrado a la patria con el brillo de su talento y con la probidad de su vida. Sin censurarle el haberse retirado del movimiento republicano, que no concordaba con sus opiniones, fué considerado como uno de los instrumentos que los pueblos echan a un lado, después de haber prestado servicio, pero sin romperlos. Barnave, sin aplaudir a la República, pero sin protestar contra ella, se limitó a cumplir sus deberes de ciudadano, negándose a emigrar, a pesar de serle fácil por estar la frontera a algunos pasos de la casa de su padre, y continuó gozando de la popularidad de aprecio que sobrevive durante algún tiempo a las situaciones perdidas, hasta que, habiendo sido complicado en París en las sospechas que se divulgaron en 1791 respecto a un pretendido comité austriaco, Fauchet lo hizo incluir, así como a los

Lameth, a Duport y a Montmorín, en el acta de acusación que emplazaba a estos consejeros secretos de Luis XVI ante el supremo tribunal nacional de Orleáns.

Barnave tuvo conocimiento de haber delinquido por el acta de acusación, y fué detenido durante la noche en su casa de campo de Saint-Robert, en las cercanías de Grenoble, a cuya cárcel fué conducido y donde consiguió verlo su madre disfrazada de criada. Desde el calabozo, siguió Barnave con la vista las fases de la revolución y los infortunios del rey, echando sólo de menos la voz para defender ante la Convención la cabeza del monarca.

La República no se detenía a escuchar estos arrepentimientos, y Barnave languideció diez meses en el fuerte de Barreaux, en un lugar alpestre y helado de las montañas que limitan a Francia y Saboya, desde donde veía la frontera. Las ventanas de su prisión no tenían rejas; la vigilancia no era mucha, y podía huir, pero no quiso hacerlo.

—Si fuera un cualquiera — decía — buscaría asilo; pero, célebre y responsable como soy de los grandes actos de la Revolución, debo permanecer aquí para responder de mis opiniones con mi cabeza y de mi honor con mi sangre.

VIII

Durante esas prolongadas incertidumbres, amplió las ideas y completó los estudios políticos, estudiando el espíritu de las revoluciones humanas, al rumor de las de Francia, y escribiendo meditaciones sociales e históricas que le han sobrevivido, y en las que hay más ciencia que inspiración. Barnave parece en ellas el representante de la sensatez general de una nación que señala los abismos, pero que a nadie se adelanta ni ilumina ninguna senda nueva al espíritu humano. El talento que en ellas revela es frío y pálido como la expresión de verdades algo triviales; pero la inspiración no hace palpitir ninguna fibra. Se admira la honradez de sus ideas, pero su grandeza no se da a conocer, por lo que asombra que esta voz hubiera podido hacer vacilar durante una hora la viril de Mira-

beau, y no se explica esa pretendida rivalidad entre ambos oradores, sino por el error de óptica de todos tiempos y de todos los pueblos, que nivela aparentemente a hombres sin nivel posible a los ojos del porvenir.

Barnave no merecía la gloria ni el ultraje de esta comparación, pues su inteligencia era limitada, siendo uno de los letrados para quienes la elocuencia es más bien arte del entendimiento que explosión del alma. Su verdadero honor fué el de haber sido digno de ser derrotado por Mirabeau. El deseo de sobrepasar en popularidad a quien estaba muy lejos de igualar en genio, le arrancó, durante algunos meses, condescendencias de palabra fatales a la monarquía y a su propia gloria; pero rescató, como hombre honrado, por la pureza de su vida pública y por su generosa adhesión al desgraciado rey, los aplausos mal conquistados de la multitud.

IX

Llegado Barnave a París, no supo el comité de Salvación pública qué hacer de él. Dantón, que había vuelto de Arcis-sur-Aube, quiso salvarlo, y así lo prometió a la madre y hermana del prisionero, las cuales lo habían seguido como dos suplicantes, pegadas a las ruedas del coche que lo conducía a la capital. No se atrevió Dantón a cumplir lo que había prometido, y la única gracia que obtuvo Barnave fué la de abrazar a su madre y hermana antes de morir. Se defendió ante el tribunal con gran afluencia de ideas y con notable elocuencia; pero, donde había fracasado la voz de Vergniaud, ¿qué podían los fríos argumentos de Barnave? Entró en el calabozo sentenciado ya, adonde el valeroso Baillet, su colega de la Asamblea constituyente, fué a consolarlo en los últimos momentos. Barnave, a quien encontró abatido, se quejó de verse privado de alimento por cálculo de los verdugos, presumiendo que trataban de deshonorarle atribuyéndole debilidad; pero no era verosímil este cálculo, porque al pueblo le importaba poco cómo morían las víctimas.

Duport-Dutertre, antiguo ministro de Justicia, fué asociado a Barnave en la

sentencia y en el suplicio, y después de oír el fallo, se limitó a decir a los jueces:

—En la revolución, el pueblo mata a los hombres, y la posteridad los juzga.

Duport demostró, al ser conducido al patíbulo, más valor que su compañero, a quien varias veces se inclinó para infundirle ánimo. La actitud de Barnave revelaba un cuerpo enfermizo y un alma hecha más para la tribuna que para el cadalso. Su nombre, corriendo de boca en boca; hacía callar al vulgo, y el pueblo, reflexionando en aquellas inmensas pérdidas de popularidad, no insultó al orador, lo dejó morir.

X

Faltaba Bailly, en quien pareció que el pueblo quiso vengar con ultrajes el aprecio que en otras ocasiones había demostrado a aquel alcalde de París. Los pueblos tienen venganzas de esta naturaleza, y es casi tan peligroso complacerles demasiado como ofenderlos, porque castigan en los ídolos el crimen de haberlos seducido.

Bailly, hombre honrado, filósofo, sabio, astrónomo ilustre, y apasionado por la libertad, porque era una verdad más conquistada a la tierra, profesaba la religión del género humano. Su culto, ilustrado por la razón, llegaba hasta la fe, pero no al fanatismo. Deseaba que las ideas y las revoluciones mismas caminaran como los astros en el espacio, con el poder, la majestad y la regularidad de un plan divino; creía que los pueblos debían ser conducidos normalmente hacia el progreso nacional por la mano de los mejores ciudadanos y no por las convulsivas sediciones de la multitud, y rechazaba la monarquía absoluta como una mentira social, pero quería debilitarla sin quebrantarla, desprender lentamente a la nación de sus cadenas, temeroso de que, mal preparado el pueblo, se sepultase bajo el trono y volviera, por medio de la anarquía, a la antigua servidumbre.

Presidente de la Asamblea nacional y habiendo sido el primero en prestar el juramento del Juego de Pelota, toda su conducta había sido desde entonces ajus-

tada a estos dos proyectos: arrebatarse el poder despótico a la corte y restituir parte de él al rey para conservar la gradación en la conquista y el orden en el movimiento. Era un Lafayette civil, uno de los hombres a quienes las ideas nuevas impelen coronándose de aprecio y de honores para acreditarse en su nombre.

El de Bailly era una inscripción con el frontispicio de la Revolución, y si no estaba a la altura de este destino por el talento, lo estaba por el carácter. Su administración había sido una serie de triunfos del pueblo sobre la corte, pero cuando las agitaciones sangrientas comenzaron a manchar las victorias populares, Bailly habló con cordura y obró como magistrado, perdiendo en un solo día la popularidad de tan preciosa vida. Fué el día en que los girondinos, unidos a los jacobinos, fomentaron la insurrección del Campo de Marte, pues, entonces, Bailly, en unión con Lafayette, enarboló la bandera roja, se puso al frente del paisanaje armado contra la sedición, y cañoneó al motín alrededor del altar de la patria. Después de derramada esta sangre, Bailly experimentó gran amargura, fué objeto de la execración de los jacobinos, y su nombre significó, en boca de ellos, el asesinato del pueblo. No pudiendo ya gobernar la ciudad en que la sangre derramada clamaba contra él, abdicó en manos de Pethión y se retiró por dos años a un lugar solitario en las cercanías de Nantes.

Pero no tardó en apoderarse de él el cansancio del reposo, suplicio de los hombres que han pasado mucho tiempo entregados a los negocios, y quiso aproximarse a París para escuchar desde más cerca los movimientos de la República. Reconocido por el pueblo, pudo a duras penas ser libertado del furor de la multitud, se le encerró en la Conserjería y fué enviado ante el tribunal revolucionario. El nombre que tenía lo condenaba. Marchó a la muerte entre un gran gentío y el suplicio fué un prolongado asesinato. Atravesó con lentitud y a través de una atmósfera de hielo los barrios de la capital, con la cabeza descubierta, el cabello cortado, las manos atadas a la espalda con una cuerda enorme, y sin más ropa que una camisa. La escoria y las

heces de París, a las que había contenido tanto tiempo como magistrado, parecían brotar y precipitarse en torrentes alrededor de la carreta. Los mismos verdugos, indignados de aquella ferocidad, reconvenían al pueblo por tales ultrajes, pero el populacho era cada vez más implacable. Las turbas habían exigido que la guillotina, instalada de ordinario en la plaza de la Concordia, se trasladara al Campo de Marte, para que la sangre — decían — lavase la sangre en el mismo suelo donde se había vertido. Algunos hombres que se decían parientes, amigos o vengadores de las víctimas del Campo de Marte, llevaban al lado de la carreta, como por escarnio, una bandera roja, colocada en la punta de una pértiga, y de vez en cuando la revolvían en el lodo del arroyo y azotaban con ella el rostro de Bailly; otros le escupían en el rostro, de suerte que sus facciones laceradas y manchadas de barro y sangre no tenían ya formas humanas. Estos horrores eran estimulados por carcajadas y aplausos, y la marcha, interrumpida por estaciones como la del Calvario, duró tres horas.

Llegados al lugar del suplicio, aquellos hombres, poseídos de refinado furor, hicieron bajar a Bailly de la carreta, le obligaron a dar a pie la vuelta al Campo de Marte, y le obligaron a lamer el suelo en que había corrido la sangre del pueblo; pero todavía no se dieron por satisfechos con esta expiación. Como la guillotina se había instalado en el recinto mismo del Campo de Marte, y el terreno de la federación pareció al pueblo demasiado sagrado para mancharlo con el suplicio, se mandó a los verdugos que desarmaran el cadalso y lo levantaran a orillas del Sena, sobre un muladar lleno de inmundicias acarreadas por las alcantarillas de París. Los ejecutores tuvieron que obedecer y la máquina se desarmó. Como para parodiar al suplicio de Cristo llevando la cruz, algunos monstruos cargaron sobre los hombros del anciano los largos maderos que sostenían las tablas del cadalso, obligándole a golpes a arrastrarse bajo aquel peso. Sucumbió Bailly a él desmayándose; pero, recobrando luego las fuerzas, se levantó, y la canalla se mofó a carcajadas de su vejez y flojedad. La infortunada víctima tuvo que

presenciar durante una hora la lenta reconstrucción del patíbulo.

La lluvia que caía, mezclada de nieve, inundaba su cabeza y helaba sus miembros. Su cuerpo temblaba, pero su alma permanecía incontrastable, y su semblante, grave y apacible, conservaba la serenidad. Su razón impasible prescindía de aquel populacho para ver la humanidad más allá. Experimentaba el martirio y no lo encontraba más fuerte que la esperanza por la que sufría. Hablaba sin turbarse con los circunstantes. Viéndole uno de ellos tiritar, le dijo:

—Estás temblando, Bailly.

—Sí, amigo mío, pero es de frío — le respondió el anciano.

El hacha puso término por fin a aquel suplicio, que había durado cinco horas. Bailly compadeció al pueblo, dió gracias al ejecutor y se confió a la inmortalidad. ¡Pocas víctimas tuvieron como él verdugos tan viles, y pocos verdugos tan excelsa víctima! ¡Vergüenza al pie del patíbulo, gloria sobre él, piedad en todas partes! Vergüenza de ser hombre al contemplar aquel pueblo; pero es glorioso serlo al contemplar a Bailly. Cuanto más feroz es el hombre, más debe ser amado; porque los crímenes del pueblo no son otra cosa que consecuencia de su degradación; las lecciones de los sabios no bastan para instruirlo; Bailly fué uno de los mártires más santos, porque, muriendo por mano de la libertad, murió también por ella. Creía en el pueblo a pesar del pueblo, y le acriminaba su injusticia, pero no su sangre.

XI

Por la noche, al oír el relato de esta muerte, Robespierre compadeció a Bailly:

—Así nos martirizarán a nosotros también — dijo cenando con Duplay.

Este, que era juez en el tribunal revolucionario, pretendió explicar por qué no había absuelto a tan gran acusado, y Robespierre repuso:

—Nunca me habléis de ello; no os pido cuenta de vuestros juicios, pero la República os pide cuenta de vuestra conciencia.

Duplay no volvió a hablar más a Ro-

bespierre de sentencias ni ejecuciones. Este mandó cerrar aquella noche la puerta de su casa en señal de luto. ¿Era dolor o presentimiento?

El hacha no escogía ya las víctimas y todas las clases iban a confundirse en el cadalso. La cortesana moría al lado del sabio, y el pueblo aplaudía del mismo modo, sin establecer diferencias entre el vicio y la virtud.

La señora Du Barry, querida de Luis XV, murió poco después de Bailly. Esta mujer había empezado desde niña a traficar con su cuerpo. Su maravillosa hermosura había llamado la atención de los proveedores de placeres del rey, quienes la apartaron del vicio obscuro para ofrecerla al escándalo del vicio coronado. Luis XV había hecho de la categoría de sus queridas una especie de institución de la corte, y la señorita Lange-Vaubernier, bajo el nombre de condesa Du Barry, había sucedido a la señora de Pompadour, pues aquel monarca necesitaba la sal del escándalo para sazonar sus gustos depravados. Hacía reinar el escándalo, siendo éste la majestad y el único respeto que imponía a la corte. La señora Du Barry había reinado en nombre suyo, y la nación, necesario es decirlo, se había sometido vergonzosamente a este yugo. Nobleza, ministros, clero, filósofos, todos habían incensado al ídolo del rey. Luis XIV había preparado los ánimos para esta servidumbre, obligando a los cortesanos a tributar adoración al despotismo de sus amores.

XII

Joven aún cuando murió Luis XV, la señora Du Barry fué encerrada en un convento por decoro; pero, emancipada luego de la clausura, había vivido en un espléndido retiro cerca de París, en el pabellón de Luciennes, junto a los bosques de San Germán. Las inmensas riquezas que Luis XV le había dado, hacían aquel destierro casi tan brillante como su reinado. El viejo duque de Brissac había quedado unido a la favorita a quien amaba por su belleza en la época en que otros la amaban por su elevación. La señora Du Barry aborrecía la revolución, reinado del pueblo que despreciaba

a las cortesanas y hablaba de virtud, y, aunque había sido rechazada de la corte por Luis XVI y por María Antonieta, había compadecido la desgracia de éstos, deplorado su caída y consagrándose a la causa del trono y de la emigración.

Después del 10 de agosto había hecho un viaje a Inglaterra y había llevado en Londres el luto de Luis XVI, empleando su inmensa fortuna en aliviar en el destierro las miserias de los emigrados; pero la mayor parte de sus riquezas había sido enterrada por ella y el duque de Brissac al pie de un árbol del parque de Luciennes. Después de la muerte del último, asesinado en Versalles, la señora Du Barry no quiso confiar a nadie el secreto de su tesoro y resolvió regresar a Francia para desenterrar sus diamantes y llevárselos a Inglaterra.

Durante su ausencia había confiado la custodia y administración de Luciennes a un joven negro llamado Zamora, a quien había educado por capricho de mujer como quien cría un animal doméstico. Se hacía retratar al lado del negro, para asemejarse por el contraste de los semblantes y de los colores a las cortesanas venecianas del Ticiano, y había manifestado por el negrito el interés de una madre; pero Zamora era ingrato y cruel y estaba embriagado de la libertad revolucionaria. Habiéndole sobrecogido el frenesí popular y tomado la ingratitud por la virtud del oprimido, vendió a su bienhechora, denunció sus tesoros y la entregó al comité revolucionario de Luciennes, del que era miembro.

La señora Du Barry, engrandecida y enriquecida por el favoritismo, pereció por un favorito. Juzgada y sentenciada sin discusión, presentada al pueblo como una de las manchas del trono de que debía purificarse la República, marchó a la muerte entre las rechiflas del populacho y el desprecio de los indiferentes. Se encontraba aún en el brillo apenas maduro de sus años, y su belleza, entregada al verdugo, era un crimen a los ojos del vulgo. Iba vestida de blanco, y sus cabellos negros, cortados por detrás de la cabeza por las tijeras del ejecutor, dejaban ver su cuello. Los rizos de la parte anterior de la cabeza, que el verdugo había respetado, caían ondulantes y le cu-

brían los ojos y las mejillas. Sacudía la cabeza, echándolos atrás, para que el rostro enterneciera al pueblo, y no cesaba de pedir compasión en los términos más humildes; de sus ojos rodaban al pecho inagotables lágrimas, y sus gritos desgarradores dominaban el ruido de las ruedas y los murmullos de la multitud, pareciendo que la cuchilla hería de antemano a aquella mujer y le arrancaba mil veces la vida.

— ¡La vida, la vida, la vida! — gritaba — ¡la vida por todos los arrepentimientos! ¡la vida por todo mi sacrificio a la República! ¡la vida por todas mis riquezas a la nación!

El pueblo reía y se encogía de hombros, señalando con la mano la almohada de la guillotina en que iba a dormir aquella hermosa cabeza. El camino de la cortesana al cadalso no fué más que un grito prolongado, que no cesó de resonar, aun estando la víctima bajo la cuchilla. La corte había destemplado aquella alma, y fué la única de las mujeres sentenciadas que murieron cobardemente, porque no moría por una opinión, ni por una virtud, ni por un amor, sino por un vicio. Deshonró el cadalso, como había deshonrado el trono.

XIII

El general Birón, tan famoso en la corte con el nombre de duque de Lauzún, murió también en la misma época, pero como soldado.

El duque de Lauzún había llevado en su juventud la temeridad hasta el último extremo. Su valor, su ingenio, sus gracias daban brillo a sus faltas, y el escándalo se convertía para él en celebridad. Pretendía haber sido amado por la reina, y sus memorias no son más que el relato de sus amores. Arruinado pronto por las prodigalidades, fué a la guerra en busca de otra gloria; siguió a Lafayette a América y se entusiasmó por la libertad, no por virtud, sino por moda. Amigo del duque de Orleans, le acompañó en sus rebeliones, y, como los partidos perdonan todo a quien les sirve, de los favores de la corte descendió a los del pueblo, variando de teatro. Sirvió con arrojo

en el ejército del Norte, en el del Rin, en el de los Alpes y últimamente en la Vendée. Precipitado en la Revolución, conocía que ya no tenía otro remedio que seguirla hasta el fin, pues era imposible detenerse en ninguna parte, por ser la corriente demasiado rápida. Ignoraba a dónde sería arrastrado por el oleaje, pero seguía caminando, guiado por el atolondramiento. Complacían a la República su nombre, su brazo y su sangre, y los soldados lo adoraban; pero los generales plebeyos estaban envidiosos de su crédito, porque no sufrían impunemente a los antiguos aristócratas, y, al suscitarse disensiones en la Vendée entre Rossignol, general jacobino, y Birón, éste fué sacrificado.

Conducido a París, encerrado en la Conserjería y sentenciado a muerte, entró en el calabozo como en una tienda de campaña la víspera de un combate. Tendió sobre la muerte el velo de la indiferencia y quiso saborear, hasta el último momento, los únicos deleites que quedan a los presos, los placeres de la mesa. Convidó a los carceleros y guardias, a falta de otros compañeros de placer, y se hizo servir ostras y vino blanco del que bebió mucho. Al llegar los ayudantes del ejecutor, les dijo Birón:

—Dejadme concluir las ostras. Para el oficio que ejercéis, debéis necesitar fuerzas; ¡bebed conmigo!

Esta muerte de un hombre de edad madura, que imita la indiferencia de un joven epicúreo, tiene más apariencia que dignidad. En el umbral de la eternidad no es la sonrisa oportuna, y la indiferencia en momento tan supremo no es la actitud de los verdaderos héroes, sino el sofisma de la muerte. El pueblo aplaudió los últimos momentos de Birón, porque, arrostrando la reflexión, arrostraba también la muerte. Murió como había querido vivir: valiente, altivo y aplaudido. Era el último día del año 1793.

Al día siguiente, 1.º de enero, debían subir al cadalso otras víctimas, porque la muerte no conocía ya el calendario y los años se confundían en los suplicios. La sangre no se detenía.

XIV

Sólo en París esperaban ser sentenciados cuatro mil seiscientos presos. Fouquier-Tinville no podía hacer tantas acusaciones, que extendía en masa y casi al acaso. Abrumado por el número de acusados y hostigado por la impaciencia del pueblo, no abandonaba ya el tribunal donde redactaba las acusaciones, comiendo precipitadamente en la misma mesa en que firmaba las sentencias de muerte. Dormía en el mismo tribunal, sobre un colchón, y no se permitía descanso alguno, por lo que se quejaba de no tener tiempo para ir a abrazar a su mujer e hijos. Consumíale el celo por la República sin dejarle ver que era el celo del exterminio: ¡lo llamaba su deber! Creyendo ser el brazo del pueblo, el hacha de la República y el rayo de la Revolución, una vida perdonada, un culpable olvidado o un acusado absuelto le eran gravosos. ¡Extraña perversión del corazón humano por el fanatismo! Fouquier recibía todas las tardes del comité de Salvación pública la lista de los sospechosos que era preciso encarcelar o juzgar. El mecanismo del terror era, por decirlo así, material. Fouquier-Tinville estaba cegado por la sangre que hacía derramar; pero en algunas ocasiones hasta él se consternaba del número prodigioso de ejecuciones que se le habían pedido y de los nombres de las víctimas que había condenado. Una o dos veces le ocurrió abrir a los acusados una puerta de salvación, sugiriéndoles respuestas que pudieran hacerlos aparecer inocentes, salvando de este modo a algunos hombres de la magistratura a quienes antes había conocido y respetado.

En varias ocasiones la virtud austera de estas víctimas rechazó la vida que se les ofrecía al precio de una mentira, y la religión de la verdad tuvo también mártires voluntarios. Citaremos un ejemplo, atestiguado por uno de los jueces, y digno de transmitirse a la posteridad.

XV

Casi todos los antiguos miembros de los parlamentos del reino iban muriendo uno por uno en el cadalso. Uno de ellos, el señor Angrand d'Alleray, anciano honrado y muy digno de aprecio, fué conducido, al mismo tiempo que su esposa, ante el tribunal revolucionario, acusados ambos de haber mantenido correspondencia con un hijo suyo que estaba emigrado y haberlo socorrido en el destierro. Fouquier-Tinville se enterneció e hizo una seña de inteligencia al acusado para dictarle con la vista y el ademán la respuesta que debía salvarlo:

—Aquí está — dijo en alta voz — la carta que te acusa; pero conozco tu letra, que he tenido ocasión de ver frecuentemente cuando te sentabas en el parlamento. Esta carta no es tuya; han imitado, indudablemente, tu letra.

—Dame esa carta — dijo el anciano a Fouquier-Tinville; y, después de mirarla con escrupulosa atención, respondió al acusador público: Te equivocas, esa carta ha sido escrita por mí.

Confundido Fouquier por esta sinceridad, que frustraba su propósito de salvar al acusado, le ofreció otro pretexto, diciendo:

—Hay una ley que prohíbe a los padres de los emigrados mantener correspondencia con ellos y enviarles auxilio bajo pena de muerte; pero tú desconocías esta ley, ¿verdad?

—Te equivocas otra vez — respondió el señor d'Alleray—. Tenía conocimiento de ella; pero también conozco otra anterior y superior, grabada en el corazón de todos los padres y de todas las madres, y es la que les manda sacrificar la vida para socorrer a los hijos.

El acusador, obstinado en salvarlo, no se desanimó con esta segunda respuesta, y ofreció cinco o seis excusas del mismo género al acusado; pero éste las frustró todas negándose a alterar la verdad o darle otro sentido. Adivinando al fin la intención de Fouquier-Tinville, le dijo:

—Te doy las gracias por los esfuerzos que para salvarme haces; pero sería preciso rescatar nuestra vida con una mentira, y mi esposa y yo preferimos morir.

Hemos envejecido juntos sin haber mentido jamás, y no mentiremos para salvar un resto de vida. Cumple tu deber; nosotros cumpliremos el nuestro. No te acusaremos a ti de nuestra muerte, sino a la ley.

Los jurados se enternecieron y lloraron, pero enviaron al virtuoso suicida al cadalso.

XVI

El año 1794 se inauguraba, pues, con sangre, pareciendo que la guillotina era la única institución de Francia. Dantón y Saint-Just habían hecho proclamar la suspensión de la Constitución y el gobierno revolucionario, y no había otra ley que el comité de Salvación pública, otra administración que la voluntad de los comisionados de la Convención, otra justicia que la sospecha o la venganza, otra garantía que la delación ni otro gobierno que el patíbulo. La Convención no podía cesar un momento de herir sin herirse a sí misma. Francia, fusilada en Tolón, ametrallada en Lyon, ahogada en Nantes, guillotina en París, y encarcelada, denunciada, secuestrada y aterrorizada en todas partes, parecía una nación conquistada y devastada por una de las grandes invasiones populares que barrían las antiguas civilizaciones a la caída del imperio romano, imponiendo otros dioses, otros dominadores, otras leyes y otras costumbres a Europa. Era la invasión de las nuevas ideas que al encontrar resistencia se habían armado de fuego y hierro. La Convención no era ya un gobierno, sino un campamento; la República ya no era una sociedad, sino una matanza de vencidos en un campo de carnicería. El furor de las ideas es más implacable que el de los hombres, porque éstos tienen corazón y aquéllas carecen de esta viscera. Los sistemas son fuerzas brutas que ni aun compadecen lo que destrazan; hieren como las balas en el campo de batalla, sin elección y sin justicia, derribando el objeto que se les ha designado. La Revolución desmentía las doctrinas con las tiranías; manchaba el derecho con las violencias y deshonraba el combate con los suplicios. Así se ensangrientan las causas más puras;

pero no lo decimos para excusar a los pueblos, sino para compadecerlos. Nada es más hermoso que ver brillar una idea nueva en el horizonte de la inteligencia humana, y nada es más legítimo que hacerle combatir y vencer las preocupaciones, los hábitos, y las instituciones viciosas que se le resisten; pero tampoco hay nada más horrible que verla martirizar a los enemigos. El combate entonces se convierte en suplicio, el libertador en opresor y el apóstol en verdugo. Tal era, involuntariamente en unos y teóricamente en otros, el papel de los miembros de la Montaña y del comité de Salvación pública. Las teorías protestaban, pero los arrebatos los arrastraban, y dejaban llegar las venganzas del pueblo, los furores de la anarquía y las crueldades de los procónsules hasta las rapiñas y asesinatos de Roma degenerada. El partido de la corporación municipal, compuesto por Hebert, Chaumette, Momoro, Ronsín, Vincent y los más desenfrenados demagogos, excedía y arrastraba a la Convención.

XVII

El partido de los legisladores ensayaba, de vez en cuando, el formular los grandes principios y las grandes innovaciones, como los oráculos al ruido del trueno, y Robespierre, que dominaba al comité de Salud pública, extendía en notas, reveladas posteriormente, los vagos diseños del gobierno de justicia y de igualdad. En esas notas, como en todo lo que Robespierre dijo, hizo o escribió, se advierte más al filósofo que al político.

«Es necesario que haya una sola voluntad — decía una de aquellas notas póstumas —, y que esa voluntad sea republicana o realista.

»Para que sea republicana debe haber ministros republicanos, periódicos republicanos, diputados republicanos y poder republicano.

»La guerra extranjera es un azote mortal.

»Los peligros interiores proceden de las clases acomodadas, y para triunfar de éstas, debe convocarse al pueblo. El pueblo debe unirse a la Convención, y la Convención servirse del pueblo.

»En los negocios extranjeros, alianza con las potencias pequeñas; pero toda diplomacia es imposible mientras no tengamos unidad de poder.»

Después de los medios he aquí el fin:

«¿Cuál es el fin? La ejecución de la Constitución en favor del pueblo.

«¿Quiénes son nuestros enemigos? Los ricos y los viciosos.

«¿Qué medios emplearán? La hipocresía y la calumnia.

«¿Qué debe hacerse? Ilustrar al pueblo. ¿Qué obstáculos se oponen a la instrucción del pueblo? Los escritos mercenarios que lo extravían con imposturas diarias e imprudentes.

«¿Qué debemos deducir de esto? Que deben proibirse los escritores como enemigos peligrosos de la patria y que se deben propagar con profusión los buenos escritos.

«¿Cuáles son los otros dos obstáculos que se oponen al establecimiento de la libertad? La guerra extranjera y la civil.

«¿Cuáles son los medios de terminar la guerra extranjera? Poner generales republicanos al frente de nuestros ejércitos y castigar a los traidores.

«¿Cuáles son los medios de terminar la guerra civil? Castigar a los conspiradores, especialmente a los diputados y administradores culpables; enviar tropas patrióticas al mando de patriotas e imponer castigos ejemplares a todos los malvados que han ultrajado la libertad y derramado la sangre de los patriotas.

«Por último, también son obstáculos las subsistencias y las leyes populares.

«¿Qué otra cosa se opone a la instrucción del pueblo? La miseria.

«¿Cuándo se ilustrará al pueblo? Cuando tenga pan, y los ricos y el gobierno hayan dejado de pagar plumas y lenguas pérfidas, para engañarlo; cuando el interés de los ricos y el gobierno estén confundidos con el del pueblo.

«¿Cuándo ocurrirá eso?

«¡Nunca!»

Al llegar a esta palabra terrible, puesta al fin de este diálogo interior de Robespierre, la pluma había dejado de escribir. La duda o el desaliento lo habían dictado, y es fácil conocer que en un alma obstinada en la esperanza, esa palabra quería decir: Es preciso sujetar por

fuerza al nivel de la justicia y de la igualdad a los que se nieguen a confundir su interés con el del pueblo. El imperio del terror era impuesto lógicamente por esta palabra: estaba llena de sangre.

XVIII

En las sesiones de la Convención y de los jacobinos, de noviembre y diciembre, desde 1793 hasta 1794, hay un número considerable de discusiones, de discursos y decretos en los que palpita el alma del gobierno popular. El egoísmo parece desaparecer ante el principio de abnegación por la patria. Las clases pobres, que de la patria no poseen otra cosa que a ella misma, sólo pueden darle la sangre; y la Convención parece escribir en aquellas sesiones legislativas un capítulo de la patria, porque no tiene otro porvenir. Los impuestos son proporcionales a las riquezas. Los pobres son declarados sagrados; los enfermos socorridos; los hijos sin padres adoptados por la República; la maternidad ilícita libertada de la vergüenza que mata al hijo deshonorando a la madre. Se proclama la libertad de conciencia; se toma por tipo de las leyes la moral universal; queda abolida la esclavitud y, por consiguiente, el tráfico de negros e invócase como ley suprema la conciencia del género humano. Una serie de medidas filantrópicas y populares pone la caridad pública en acción, como un tratado de alianza entre el rico y el pobre; el poder social se reparte equitativamente entre todos los ciudadanos; las enseñanzas elementales y transcendentales distribuyen, a expensas del Estado y como una deuda divina, la ilustración a toda la población; el amor del pueblo parece derramarse por todos los resortes de la administración, conociéndose que la revolución no se ha hecho para usurpar, sino para prodigar el poder, la moral, la igualdad, la justicia y el bienestar a las masas. La divinidad del espíritu de la revolución reside en todo: espíritu de luz y caridad en las deliberaciones de la Convención, y espíritu exterminador en los actos políticos. Ocurre preguntar involuntariamente: ¿en qué consiste el contraste entre las leyes sociales de la Convención y las medidas políticas; entre la

caridad y el verdugo; entre la filantropía y la sangre? En que las leyes sociales de la Convención emanaban de los dogmas, y los actos políticos de la cólera. Los unos eran principios; los otros, pasiones.

Ufana de la nueva era que inauguraba para el mundo, quiso que la República francesa fuera una de las fechas del género humano e instituyó el *calendario republicano* para recordar a los hombres que no lo fueron realmente hasta que se declararon libres. También lo hizo para borrar con la denominación de los meses y días en que se divide el tiempo, los vestigios de la religión marcados en el calendario gregoriano, y para que la división de los días en décadas, en vez de semanas, no confundiese durante más tiempo el día inicial del período de los días con el de oración y reposo exclusivamente consagrado al catolicismo. No quiso que la Iglesia continuara designando al pueblo los días de trabajo o de descanso, y pretendió reconquistar el tiempo mismo sobre el sacerdocio cristiano, que todo lo había marcado con su signo, desde que se había apoderado del imperio del mundo.

Según este sistema, los nombres de los días tenían la significación del lugar que ocupaban en el orden numérico de la década republicana y se derivaban del latín; llamábanse *primidi, duodi, tridi, quartidi, quintidi, sextidi, septidi, octidi, nonidi, decadi*. Estas significaciones, puramente numéricas, tenían la ventaja de presentar guarismos a la memoria, pero tenían también el inconveniente de no ofrecer imágenes al entendimiento, y las imágenes son las que imprimen los nombres en la imaginación del pueblo.

Las denominaciones de los meses, por lo contrario, tomadas de los caracteres de las estaciones y de los trabajos agrícolas, eran expresivas como pinturas, y sonoras como los ecos de la vida rural. Eran para el otoño: *vendimiario*, que vendimia las uvas; *brumario*, que obscurece el cielo; y *frimario*, que cubre las montañas de frígido hielo. Para el invierno: *nivoso*, que blanquea el suelo con la nieve; *pluvioso*, que lo riega con la lluvia; y *ventoso*, que desencadena las ventiscas. Para la primavera: *germinal*,

que hace brotar los gérmenes; *floreale*, que hace florecer las plantas; y *pradial*, que siega los prados. Y, por último, para el verano: *mesidor*, que recoge las mieses; *termidor*, que calienta los surcos; y *fructidor*, que madura las frutas.

Así, pues, todo se refería a la agricultura, que es la primera y última de las artes. Las faces de los imperios o las supersticiones de los pueblos no eran ya el tipo del tiempo, medida de la existencia. Todo procedía de la naturaleza. Lo mismo ocurrió respecto a la administración, a la hacienda, a la justicia criminal, y a los códigos civil y rural. Los hombres especiales de la Convención prepararon los planes de aquellas legislaciones tomando por bases la filosofía, la ciencia y la igualdad, bases establecidas ya por la Asamblea constituyente. Estos pensamientos, de que se apoderó después el despotismo organizador de Napoleón, sin hacer otra cosa que darles su nombre, habían sido todos concebidos, redactados o promulgados por la Convención. Bonaparte tuvo injustamente la gloria de tales concepciones, pero la historia no debe sancionar semejantes plagios y los restituye a la República. Jamás pertenecerán al despotismo los frutos de la filosofía y de la libertad. Los hombres a quienes Napoleón encargó que compusieran aquellos cuadros, Cambaceres, Sieyès, Carnot, Thibaudeau y Merlin, salieron todos de los comités, y, como operarios infieles, se llevaron a los talleres de la servidumbre las herramientas y las obras maestras de la libertad.

XIX

Pero mientras el comité de Salvación pública defendía las fronteras, sofocaba la guerra civil y proyectaba legislaciones humanas y morales, París y los departamentos ofrecían el espectáculo de las saturnales de la libertad.

El delirio y el furor parecían haberse apoderado del pueblo. En los hombres es más terrible la embriaguez de la verdad que la del error, porque dura más y profana las causas más sagradas. Las masas eran impulsadas por esta embriaguez a cometer excesos particularmente atroces contra los templos, altares, imá-

genes del culto antiguo y hasta contra los sepulcros de los reyes.

De las tres instituciones que la revolución deseaba modificar o destruir, el trono, la nobleza y la religión del Estado, sólo quedaba en pie esta última, porque, refugiada en la conciencia y confundiendo con el pensamiento, era imposible que los perseguidores la alcanzasen. La constitución civil del clero, el juramento impuesto a los sacerdotes y declarado cismático por la corte de Roma, las retractaciones que la mayoría de los sacerdotes había hecho de dicho juramento para seguir adicta al centro católico, la expulsión de estos presbíteros refractarios de sus curatos e iglesias, la instalación del clero nacional y republicano en vez de los ministros fieles a Roma, la persecución de los eclesiásticos que, por ser obedientes a la fe, eran rebeldes a la ley, su encarcelamiento, su proscripción en masa a los buques de la República en Rochefort, todos estos tormentos, violencias, destierros, ejecuciones y martirios de los sacerdotes católicos habían, aparentemente, ahuyentado el culto antiguo de la superficie de la República. El culto constitucional, inconsecuencia manifiesta de los eclesiásticos juramentados, que ejercían un pretendido catolicismo a pesar del jefe espiritual de la Iglesia, no era ya más que un juguete sagrado que la Convención había dejado al pueblo de las campañas para no transformar repentinamente sus costumbres; pero los impacientes filósofos de la Convención, de los jacobinos y del ayuntamiento se indignaban de que semejante simulacro de religión sobreviviera a los ojos del pueblo a la religión misma, y ansiaban inaugurar la adoración abstracta de un Dios sin forma, sin dogma y sin culto. La mayor parte proclamaban hasta el ateísmo como la única doctrina digna de las almas intrépidas en la lógica materialista del tiempo. Hablaban de virtud y negaban a Dios, cuya existencia puede sólo dar sentido a la palabra virtud. Hablaban de libertad, y negaban la justicia eterna, única que puede premiar la inocencia y castigar la opresión. El vulgo grosero se embriagaba con estas teorías de ateísmo y se consideraba libre de todo deber, viéndose libre de Dios. Tal es la marcha

de las deplorables oscilaciones del espíritu humano desde la superstición al anodamiento de las creencias, sin poder detenerse jamás en el equilibrio de la razón y de la verdad.

XX

Los agitadores del ayuntamiento, y especialmente Chaumette y Hebert, alentaban al pueblo en estos arrebatos de impiedad y en las sediciones contra toda clase de culto. El pueblo, decían, nunca volverá a entrar en los templos que haya derribado; nunca se arrodillará ante los altares que haya profanado; nunca adorará los símbolos y las imágenes que haya hollado en el pavimento de las iglesias, porque el sacrilegio nacional se interpondrá entre él y Dios. El resto de catolicismo ejercido públicamente en los templos cristianos importunaba a los que de esta manera discurrían, y, por consiguiendo, trataban de hacerlo desaparecer, pidiendo ruidosas apostasías a los clérigos, apostasías que obtenían con frecuencia. Algunos eclesiásticos, unos bajo el imperio del miedo, y otros por incredulidad real, subían al púlpito para declarar que hasta entonces habían sido unos impostores, y estos tránsfugas del altar eran acogidos con aclamaciones. Se parodiaban sacrilegamente las ceremonias antiguamente sagradas; se vestía un buey o un asno con las vestiduras pontificales y se paseaban por las calles; se bebía vino en los cálices y se cerraban las iglesias. Se inscribía en la puerta de los cementerios: *Sueño eterno*; se traían a los representantes que estaban en misión, o al distrito, los tesoros de las sacristías, y con ellos se hacían ofrendas patrióticas a la nación; los clubs se instalaban en los santuarios y el púlpito evangélico se convertía en tribuna de los oradores. ¡En pocos meses el inmenso material del culto católico, catedrales, iglesias, monasterios, presbiterios, torres, campanarios, sacerdotes y ceremonias había desaparecido!

Los representantes comisionados se admiraban en las cartas que dirigían a la Convención de la facilidad con que se desplomaba todo el aparato de las antiguas instituciones. Las religiones de donde se retiran el poder del Estado y la ri-

queza de las dotaciones, decían, pronto caen arruinadas y en completo desprestigio. Los filósofos del ayuntamiento resolvieron en el mes de noviembre acelerar este movimiento en París. Sabiendo que, si el pueblo renegaba con facilidad el espíritu del culto, no perdía tan pronto la costumbre de los espectáculos y ceremonias que recrean su vista, quisieron apoderarse de los templos para ofrecerle un culto nuevo, una especie de paganismo encubierto, cuyos dogmas no eran más que imágenes, el culto un ceremonial, y la divinidad suprema la razón, erigiéndose a sí propia en Dios y adorándose en sus atributos. Las leyes de la Convención, que sostenían el culto católico nacional, se oponían a la invasión violenta de la religión filosófica de Chaumette, en la catedral y en las iglesias de París, siendo, por consiguiente, necesario hacerles evacuar por medio de la renuncia espontánea del obispo constitucional y del clero. Los gritos de muerte que por todas partes perseguían a los clérigos, la sangre que corría a mares en todos los cadalsos de la República, los insultos del pueblo al traje talar, las cárceles llenas de sacerdotes y la guillotina que les amenazaba, inducíanlos a la renuncia del sacerdocio republicano, temiendo ser inmolados en el ejercicio de sus funciones. Lo único que contenía aún a parte de los clérigos era la asignación con que estaban dotados; pero se les ofreció un sueldo igual o funciones más lucrativas en las administraciones civiles y militares de la República, y la esperanza o las amenazas obtuvieron lo que se deseaba.

El obispo Gobel, débil de carácter, pero sincero en la fe, era el único que resistía; pero se le intimidó por una parte y, por otra, se le tranquilizó, diciéndole: que la renuncia al ejercicio público del culto no era, en el fondo, más que un sacrificio a la necesidad del momento; que la abdicación no envolvía la renuncia del carácter sacerdotal; que sólo era una abdicación de las funciones públicas, y que, después que abandonara el obispado, recobraría, lo mismo que el clero, el ejercicio individual y libre de la religión católica. Chaumette, Hebert, Momoro, Anacharsis Clootz y Bourdón de l'Oise

instaron al anciano hasta que obtuvieron de él lo que deseaban. Este acto de Gobel fué llamado apostasía; pero hay datos incontestables que demuestran el error de los historiadores respecto al particular. Fué Gobel a la sesión de la Convención acompañado por sus vicarios; Momoro los presentó y, arengando a la Asamblea en nombre de la corporación municipal, dijo:

—Ved ante vosotros unos hombres que vienen a despojarse de su carácter de superstición. Este ejemplo será imitado, y pronto no habrá en la República otro culto que el de la libertad y de la igualdad, tomado de la naturaleza, y que llegará a ser la religión universal.

Gobel, cuya situación falseaban las palabras de Momoro, sorprendiéndolo, se estremeció, pero no se atrevió a desmentirlo, porque las tribunas le hacían temblar.

—Ciudadanos —dijo, leyendo una declaración premeditada y convenida con el ayuntamiento—, nacido plebeyo, tuve desde niño en el alma los principios de la igualdad, y, llamado a la Asamblea nacional, fuí uno de los primeros que reconocieron la soberanía del pueblo, cuya voluntad me llamó a la silla episcopal de París. No he empleado el ascendiente que podían conferirme mi título y mi dignidad sino en acrecentar su adhesión a los principios eternos de la libertad, de la igualdad y de la moral, base necesaria de toda constitución verdaderamente republicana. Hoy que la voluntad del pueblo no admite otro culto público nacional que el de la santa igualdad, porque así lo quiere el soberano, renuncio a ejercer mis funciones de ministro del culto católico.

Los vicarios de Gobel firmaron la misma declaración, siendo saludado este triunfo con unánimes aclamaciones. A las del clero de París siguieron otras varias declaraciones, escritas o verbales, del mismo género. Roberto Lindet, obispo de Evreux, abdicó en estos términos: «La moral que he predicado es la de todos los tiempos, y la causa de Dios no debe ser motivo de guerra entre los hombres. Todo ciudadano debe ser considerado como el sacerdote de su familia. La supresión de las fiestas públicas producirá, sin em-

bargo, un vacío inmenso en los hábitos de las poblaciones; pero llenadlo reemplazando las suprimidas festividades con otras puramente nacionales que sirvan de transición entre el reinado de la superstición y el de la razón.»

Los obispos Gayverón y Lalande y muchos sacerdotes hicieron declaraciones de igual naturaleza, y la Asamblea aplaudió lo mismo que en la noche del 4 de agosto, cuando la nobleza abdicó sus derechos. Cuando sonaban los aplausos, Gregoire, obispo constitucional de Blois, entró en el salón, se informó del motivo de dichas aclamaciones, e instado para que imitara el ejemplo de sus colegas, fué llevado a la tribuna donde se expresó en estos términos:

—Ciudadanos, acabo de entrar y no tengo más que algunas nociones vagas respecto a lo que ocurre en este instante. ¿Se trata de sacrificios a la patria? Estoy acostumbrado a hacerlos. ¿De adhesión a la Revolución? Conocéis mis pruebas. ¿De la renta afecta a las funciones de obispo? La abandono sin pesar. ¿Se trata de la religión? Esta cuestión está fuera de vuestro dominio y no tenéis derecho a atacarla. Católico por convicción y sentimientos, clérigo por elección, y nombrado obispo por el pueblo, ni de él ni de vosotros depende mi misión. Se me atormentó para obligarme a aceptar la carga del episcopado, y ahora se me atormenta para obtener de mí una abdicación que no me será arrancada. Obrando según los principios sagrados que tan caros me son y que os provocho a arrebatarme, he procurado hacer el bien en mi diócesis, y continuó siendo obispo para proseguir haciéndolo. ¡Invoco la libertad de cultos!

Este valeroso acto de conciencia fué acogido con murmullos y sonrisas de compasión, se acusó a Gregoire de pretender cristianizar la libertad, y las rechiflas de las tribunas lo acompañaron al banco que ocupaba; pero el aprecio de las personas cuya filosofía elevaba al hombre hasta Dios, lo vengó de esos desdenes. Robespierre y Dantón, que se indignaban en secreto de las violencias del partido de Hebert contra la conciencia, le dieron muestras de aprobación; pero la corriente, que envolvía a todos los cul-

tos en la proscripción del catolicismo, era demasiado impetuosa entonces para poder contrarrestarla.

Sieyès habló para abdicar, no sus funciones, pues nunca las había ejercido, sino su carácter de sacerdote. Filósofo de todos los tiempos, le era permitido confesar la filosofía triunfante, así como la había confesado ante la victoria sobre el catolicismo.

—Ciudadanos — dijo —, hace tiempo que deseaba el triunfo de la razón sobre la superstición y el fanatismo. Ese día ha llegado y me alegro de ello como del mayor beneficio de la República. He sido víctima de la superstición, pero nunca fuí su apóstol ni su instrumento. He padecido el mismo error que los demás, pero a nadie se lo he impuesto, porque no hay ningún hombre en la tierra que pueda decir haber sido engañado por mí; antes bien, me han debido muchos el haber abierto los ojos a la luz. Si me he visto sujeto por las cadenas sacerdotales, es por la misma fuerza que sujetaba a las almas libres con las cadenas monárquicas; pero la Revolución las ha hecho caer a todas. No tengo títulos sacerdotales que ofreceros, porque hace tiempo que los he destruido; pero me despojo de la indemnización que se me daba a cambio de las antiguas dotaciones eclesiásticas que poseía.

Chaumette dijo que el día en que la razón había triunfado, no podía ser olvidado, y pidió que el comité de Instrucción pública lo mencionase en el nuevo calendario.

XXI

—Ciudadanos — dijo el presidente de la Convención —, hemos incluido entre los derechos naturales del hombre la libertad de cultos, y bajo esta garantía que os debíamos, acabáis de elevaros a la altura en que os esperaba la filosofía. No lo disimuléis, los juguetes sacerdotales insultaban al Ser Supremo, que no quiere otro culto que el de la razón. ¡En lo sucesivo, la religión nacional será ésta!

Dicho esto, el presidente abrazó al obispo de París. Los clérigos que acompañaban a éste, cubiertos con el gorro

encarnado, símbolo de emancipación, salieron en triunfo del salón y se dispersaron al rumor de las aclamaciones del vulgo en las Tullerías. Esta abdicación del catolicismo exterior por los clérigos de la nación es uno de los actos más característicos del espíritu de la Revolución. Si el ateísmo no hubiera ocasionado esta renuncia de los sacerdotes asalariados; si el terror no hubiera violentado la fe; si la libertad de cultos hubiera sido proclamada por el presidente de la Convención como una verdad en la República, habrían desaparecido las religiones de manos del Estado para entrar en el dominio de la conciencia individual y libre, fundando el orden religioso del porvenir. Pero, cuando la persecución proclama la libertad, cuando la conciencia es interrogada en presencia del instrumento de suplicio, ni la conciencia es libre, ni la libertad es otra cosa que tiranía. El ateísmo había exigido aquel acto y se apoderó de él considerándolo escandalosamente como un triunfo suyo, cuando sólo debió haber sido el de la razón y de la libertad.

Chaumette, Hebert y su partido, dieron desde aquel día mayor aliento a las profanaciones y devastaciones de los templos, a la dispersión de los fieles, y al encarcelamiento y martirio de los clérigos que preferían la muerte a la apostasía. Los adeptos del ayuntamiento querían extirpar del corazón de Francia todo lo que pudiera recordar la religión y el culto. Las campanas, esa voz sonora de los templos cristianos, se convirtieron en monedas y cañones. Las urnas, los relicarios, apoteosis populares de los apóstoles y santos del catolicismo, fueron despojados de las joyas que los adornaban y arrojados a los muladares. El representante Ruhl rompió en la plaza pública de Reims la *santa ampolla* que una antigua leyenda pretendía haber bajado del cielo para ungir a los reyes con el óleo divino. Los directorios de algunos departamentos prohibieron a los maestros pronunciar el nombre de Dios en la enseñanza a los hijos del pueblo, y Andrés Dumont, comisionado en los departamentos del Norte, escribió a la Convención: «He reducido a prisión a los clérigos que se toman la libertad de celebrar las fiestas y domingos, y he hecho desaparecer

las cruces y crucifijos, por lo que estoy loco de alegría. En todas partes se cierran las iglesias y se hacen cartuchos de cañón con los libros de la liturgia sagrada, y todos los ciudadanos gritan: ¡No más sacerdotes! ¡vivan la igualdad y la razón!»

En la Vendée, los representantes Lequinio y Laignelot perseguían hasta a los cereros que habían suministrado cirios para las ceremonias del culto. «Se están desbautizando a millares — decían—. Los sacerdotes queman su título de provisión, y el cuadro de los derechos del hombre substituye en los altares a los tabernáculos de los ridículos misterios.»

En Nantes se quemaron en la plaza pública las estatuas, las imágenes y los libros sagrados. En la Convención, presentábanse en todas las sesiones diputaciones de patriotas que ofrecían como tributo los despojos de los altares; y las poblaciones inmediatas a París acudían también conduciendo en carros los relicarios de oro, las mitras, los cálices, las patenas, los copones y los candeleros de las iglesias. Algunas banderas plantadas sobre los montones de despojos, ostentaban esta leyenda: *destrucción del fanatismo*.

El pueblo se vengaba, insultando, de lo que había adorado tanto tiempo, y confundía al Dios en el enojo contra el culto.

La corporación municipal quiso reemplazar con otros espectáculos las ceremonias religiosas, y el pueblo acudió a ellos, ansioso de presenciar algo nuevo. La profanación de los lugares sagrados, la parodia de los misterios, el esplendor pagano de los ritos atraían a aquellas pompas al pueblo, que creía que, al cabo de tantos siglos, se disipaban las tinieblas al influjo de la luz, de la libertad y de la razón; pero en aquellas funciones faltaba la sinceridad, en aquellos actos la adoración, en aquellas ceremonias el alma, porque las religiones no nacen en la plaza pública a la voz de los legisladores y de los demagogos. La religión de Chaumette y de la corporación municipal no era más que una ópera popular trasladada de la escena al tabernáculo.

La inauguración de este culto celebróse en la Convención el 9 de noviembre. Chaumette, acompañado por los miem-

bros del ayuntamiento y seguido por una inmensa turba, entró en el salón al compás de la música y de himnos patrióticos, llevando de la mano a una de las ramerías más hermosas de París, medio cubierta con un largo velo azul y seguida por un grupo de prostitutas, compañeras suyas, que escoltaban algunos sediciosos. Aquella turba impura se diseminó tumultuosamente por el recinto invadiendo los bancos de los diputados, presididos entonces por Lequinio. Chaumette avanzó hacia él, levantó el velo que encubría a la ramera y la expuso a las miradas de la Asamblea, exclamando:

—Mortales, no reconozcáis otra divinidad que la Razón, cuya más pura y bella imagen vengo a ofrecerlos.

Y, dicho esto, se inclinó e hizo ademán de adorar a la prostituta, afectando imitarlo el presidente, la Convención y el pueblo. Se decretó honrar a la Razón con una fiesta en la catedral de París, y el decreto fué saludado con cantos y danzas, en las que tomaron parte algunos miembros de la Convención, tales como Armonville, Drouet y Lecarpentier; pero la mayor parte de la Asamblea mostróse fría y desdeñosa; satisfecha de haber decretado estas saturnales, las dejaba abandonadas al pueblo, avergonzándose de intervenir en ellas. Robespierre, sentado junto a Saint-Just, fingió estar distraído e indiferente; en su rostro severo no se marcó una arruga, echó una mirada al desorden del salón, tomó notas y se puso a hablar con el colega que estaba a su lado. El envilecimiento de la Revolución le parecía el mayor de los crímenes, y ya meditaba cómo reprimirlo. En el momento en que con más aplauso era celebrada la orgía popular, levantóse con mal reprimido enojo y se retiró con Saint-Just, no queriendo autorizar con su presencia aquellas profanaciones; su partida desconcertó a Chaumette. El presidente levantó la sesión, restituyendo el decoro al templo de las leyes.

XXII

El 20 de diciembre, día señalado para la instalación del nuevo culto, la corporación municipal, la Convención y las autoridades de París presentáronse en

corporación en la catedral. Chaumette, ayudado por Lais, actor del Teatro de la Opera, había organizado el programa de la función. La señorita Maillard, actriz que estaba en todo el esplendor de la belleza y del talento, antigua favorita de la reina y siempre amada por el público, había sido obligada por las amenazas de Chaumette a representar el papel de divinidad del pueblo. Entró, conducida en una peana con dosel formado de ramas de encina, y precedida por algunas mujeres vestidas de blanco y adornadas con fajas tricolores. Rodeaban el trono las sociedades populares, las sociedades fraternales de mujeres, los comités revolucionarios, las secciones, grupos de comparsas y de cantores y bailarines de la ópera. Con el coturno teatral en los pies, la cabellera adornada con el gorro frigio y el cuerpo envuelto en una túnica blanca cubierta de una ondulante clámide de color celeste, fué llevada la sacerdotisa al son de instrumentos hasta el pie del altar, tomando asiento en el sitio mismo en que antes buscaban los fieles el pan místico transformado en Dios. Detrás de ella pusieron una antorcha inmensa para expresar que en adelante sólo la filosofía alumbraría el interior de los templos. La actriz encendió la antorcha, y Chaumette, recibiendo de manos de dos acólitos el incensario, se arrodilló y la incensó. Yacía a los pies de la artista una imagen mutilada de la Virgen, y Chaumette apostrofó al mármol, provocándole a recobrar el perdido respeto de las gentes. Recreáronse la vista y los sentidos de los espectadores con danzas e himnos, no faltando ninguna profanación en aquel antiguo templo cuyos fundamentos se confundían con los de la religión y la monarquía. Obligado a presenciar aquella fiesta, el obispo Gobel asistía en una tribuna a la parodia de los misterios que tres días antes había él celebrado en el mismo altar. Encadenado por el terror, no podía, sin embargo, reprimir el amargo llanto que corría de sus ojos. Este extraño culto fué celebrado también en todas las iglesias de los departamentos. La superficie ligera de Francia sigue todos los movimientos de París, sólo que en lugar de divinidades sacadas de los teatros, los repre-

sentantes comisionados obligaron a castas esposas e inocentes niñas a mostrarse en espectáculo expuestas a la adoración del pueblo, rescatando varias por este precio la vida del marido o del padre. El sacrificio santificaba, en su concepto, la impiedad, y hubo maridos patriotas que prostituyeron a sus mujeres, exponiéndolas a las miradas de la multitud. Momoro, miembro de la corporación municipal y satélite de Hebert, condujo personalmente la comitiva de su joven y bella esposa a San Sulpicio. Esta mujer, cuyo pudor y piedad estaban a la altura de su esplendente hermosura, lloraba y se desmayaba de vergüenza en el altar. Una joven de diez y seis años, hija de un encuadernador llamado Loiselet, entregada por su padre a la admiración del pueblo, murió de desesperación al despojarse de los adornos y flores de papel. Las familias honradas ocultaban la belleza de sus hijas o esposas para librarlas de los escándalos de estas adoraciones públicas.

XXIII

A la inauguración del culto alegórico de Chaumette, sucedió la devastación de los santuarios y la dispersión de las reliquias.

En la plaza de la Greve, lugar destinado a los suplicios, fueron quemados los restos de Santa Genoveva, patrona popular de París, cuyas cenizas fueron arrojadas al viento; y las tradiciones de la religión fueron perseguidas hasta en los sepulcros donde habían sufrido persecución las memorias, los respetos y las supersticiones de la patria. Ni la muerte pudo ser asilo inviolable para los restos de los reyes, pues por decreto de la Convención se dispuso que, por odio a la dignidad real, fueran destruidos los sepulcros regios existentes en San Dionisio. La corporación municipal, exagerando la medida política, había interpretado el decreto como un atentado contra la tumba, contra la historia y contra la humanidad, disponiendo la exhumación de los huesos, el despojo de los sudarios, y la fundición de los ataúdes de plomo para hacer balas.

Esta orden sacrílega fué ejecutada por los comisionados municipales con todas las circunstancias y escarnios propios para aumentar lo horrible del acto. El pueblo, encarnizado en las regias tumbas, parecía exhumar la historia y arrojarla a los vientos. El hacha rompió las puertas de bronce, regalo de Carlomagno a la basílica de San Dionisio; y las rejas, las techumbres, las estatuas, todo cayó en escombros bajo el martillo. Levantáronse las piedras, violáronse las bóvedas y rompiéronse los ataúdes. Buscóse entre los sudarios, con curiosidad burlona, los cuerpos embalsamados, las carnes consumidas, los huesos calcinados, los cráneos vacíos de los reyes, de las reinas, de los príncipes, de los ministros y de los obispos cuyos nombres habían dado esplendor a Francia; Pepino, fundador de la dinastía carlovingia y padre de Carlomagno, no era más que una pequeña porción de polvo ceniciento que el aire esparció. Rodaban por el pavimento las cabezas mutiladas de Turena, de Duguesclín, de Luis XII y de Francisco I. Se hollaban bajo los pies montones de cetros, de coronas, de báculos pastorales, de atributos históricos y religiosos. En uno de los cementerios, llamado de los Valois, abrióse una inmensa hoya, cuyas paredes estaban revestidas con cal viva para consumir los cadáveres. En los subterráneos ardían perfumes para purificar el aire. Detrás de cada golpe de hacha oíanse las aclamaciones de los sepultureros que encontraban los restos de algún rey y jugaban con sus huesos.

Bajo el coro estaban sepultados los príncipes y princesas de la primera dinastía y algunos de la tercera. Hugo Capeto, Felipe el Atrevido y Felipe el Hermoso fueron despojados de sus jirones de seda y arrojados a un montón de cal.

Enrique IV, embalsamado con el arte exquisito de los italianos, conservaba las facciones del rostro, y en el pecho se le veían aún las dos heridas por donde se había exhalado la vida. La barba, perfumada y extendida en forma de abanico, como puede verse en los retratos, revelaba el cuidado que tenía en acicalarse aquel rey voluptuoso, cuya memoria, querida por el pueblo, lo protegió momentáneamente contra la profanación, pasando

las turbas silenciosas durante dos días ante el cadáver, que conservaba aún popularidad. Colocado en el coro al pie del altar, recibió muerto los homenajes respetuosos de los mutiladores de la dignidad real. A Javogues, representante del pueblo, le irritó aquella superstición póstuma, y se esforzó en demostrar a los circunstantes que aquel rey valiente y enamorado, había sido más bien el seductor que el servidor del país.

—Ha engañado — decía Javogues — a Dios, a sus queridas y a su pueblo, y debemos evitar que engañe también a la posteridad y a vuestra justicia.

El cadáver de Enrique IV fué arrojado al fin en la fosa común, adonde le siguieron sus hijos y nietos Luis XIII y Luis XIV: el primero no era más que una momia, el segundo una masa negra e informe de aromas. La bóveda de los Borbones entregó las sepulturas: las reinas, delfinas y princesas fueron cogidas a brazadas por los operarios y arrojadas a la fosa, siendo Luis XV el último que salió de la tumba, y, como si hubiera brotado al mismo tiempo que él la infección del reino, fué preciso quemar gran cantidad de pólvora para disipar el olor mefítico del cadáver de aquel monarca, cuyos escándalos habían envilecido la dignidad real.

En la bóveda de los Carlos encontróse, al lado de Carlos V, un cetro y una corona de oro, y en el ataúd de la esposa de éste, Juana de Borbón, las ruecas y anillos nupciales.

La bóveda de los Valois estaba vacía, no pudiendo encontrar en ella el odio popular el cadáver de Luis XI, que buscó inútilmente. Este rey habíase hecho enterrar en uno de los santuarios de la Virgen, a quien con tanta frecuencia había invocado, hasta en los crímenes.

El cuerpo de Turena, mutilado por una bala, fué venerado por el pueblo, y se libró entonces de la profanación; pero permaneció luego durante nueve años en los desvanes del gabinete de Historia natural en el Jardín de Plantas, entre los restos disecados de varios animales. Un soldado, como él, dió a este héroe la tumba militar de los Inválidos. Duguesclín, Suger, Vendôme, héroes, abates, ministros de la monarquía, todos fueron arro-

jados indistintamente bajo tierra, quedando confundidos aquellos recuerdos de gloria con los de servidumbre.

Dagoberto I y su esposa Nanthilde, descansaban en el mismo sepulcro hacía más de doce siglos. Faltaba en el esqueleto de Nanthilde la cabeza, como en el de muchas reinas. El rey Juan cerró aquella lúgubre procesión de muertos, y las bóvedas quedaron vacías. Advirtiéndose la falta de un ataúd, el de una joven princesa, hija de Luis XV, que, huyendo de los escándalos del trono, había muerto en un monasterio bajo el hábito de carmelita, y la venganza de la revolución fué a buscar el cuerpo de la virgen al sepulcro del claustro donde había renunciado a las grandezas. El ataúd fué conducido a San Dionisio para hacerle sufrir el suplicio de la exhumación y consunción. Ningún despojo regio se respetó, pues todo cuanto había pertenecido a algún rey fué declarado criminal e infame. Este brutal instinto, que revelaba en la revolución el deseo de arrojar de Francia todo lo pasado, habría rasgado también todas las páginas de la historia para que todo lo existente llevara en lo sucesivo la fecha de la República.

LIBRO LIII

El terror en los departamentos.—Carrier en Nantes.—Fusilamientos, ahogamientos y matrimonios republicanos. —Carrier es llamado a París.—José Lebón en Arrás y en Cambrai.—Numerosas ejecuciones.—Maignet en el Mediodía.—Tallien en Burdeos.—La señora de Fontenay (Teresa Cabarrús).—Dulcifica a Tallien.—Robespierre el joven en Vesoul.

I

Al mismo tiempo que la ciudad de París era víctima de las devastaciones y furores de los demagogos, los representantes de la Convención y los agentes de la corporación municipal propagaban el terror por toda Francia. Carrier, en Nantes, pugnaba por sobrepujar el número y la ferocidad de los suplicios de Collot-d'Herbois en Lyon. Carrier estudiaba en el martirologio de los primeros cristianos y en la depravación del imperio romano los suplicios y refinamientos de muerte para distinguirse, resucitándolos, e in-

ventaba nuevos tormentos y obscenidades para sazonar a satisfacción la sangre de que estaba ansioso. La Convención apartaba la vista de Nantes, donde el furor del combate permitía toda clase de excesos, considerando a esta ciudad como un campo de carnicería. El paso del Loira por los vendeanos, la insurrección de los nobles, de los sacerdotes y de los campesinos, y la supuesta complicidad de los ciudadanos de Nantes, habían proporcionado a Carrier ocasión para sentenciar a todo un pueblo.

Carrier no era una opinión, sino un instinto depravado; no tenía ideas, sino furor; toda su filosofía era la matanza, toda su sensualidad la sangre. En todas las épocas históricas ha habido hombres sanguinarios, ya en el trono, ya en el pueblo, ya también entre los ministros de la religión, a quienes importó poco la causa por que mataron, con tal de satisfacer su feroz instinto. El crimen toma también parte en todas las grandes conmociones humanas, y semejantes hombres son los representantes del crimen de todos los partidos.

Carrier había nacido en las montañas de Auvernia, donde los hombres son fuertes, duros y ásperos como el clima; población aislada por la casta y las costumbres en medio de Francia, que parece tener en las fibras algo del fuego y del hierro de sus minas y volcanes. Nacido Carrier en una aldea y llevado al estudio de un letrado de Aurillac, endurecido por la práctica de la intriga subalterna que apaga el corazón, se había hecho declamador y agitador de su país, que lo eligió por la energía de sus palabras y la ferocidad de su alma, para enviarlo a la Convención, creyéndolo un soldado invencible de la Revolución, cuando, en realidad, no era otra cosa que un verdugo. Tenía entonces más de cuarenta años. Como carecía de talento, en la Convención no había hablado, sino vociferado, a pesar de lo cual obtuvo algunos aplausos al proponer medidas, algunas extraordinarias, y, entre otras, el establecimiento de un gobierno revolucionario, por todo lo cual la Montaña lo consideró a propósito para llevar el terror a las provincias sublevadas, y lo envió a Nantes para animar al ejército

republicano e inflamar su patriotismo. Carrier mostróse cobarde en el combate, pero fué terrible en la venganza, estableciendo en Nantes, después de la derrota del ejército realista, no un tribunal para juzgar a los culpables, sino una carnicería para exterminarlos. Habían sido ya fusiladas más de ocho mil víctimas en los depósitos de prisioneros, de enfermos, de mujeres y niños que el ejército fugitivo dejaba rezagados; pero, no siendo esto suficiente para satisfacer sus instintos sanguinarios, se presentó con el sable desenvainado a la sociedad popular de Nantes, arengó al club, vituperó su lentitud, le señaló los comerciantes y ricos como la peor especie de aristócratas, y pidió que se cortaran quinientas cabezas, escribiendo al general Haxo que lo que la Convención se proponía era despoblar e incendiar el país. Formó, con el nombre de *compañía de Marat*, una gavilla de mercenarios pagados con diez francos diarios para que guardaran su persona y ejecutaran sus órdenes, y se encerró, como Tiberio en Caprea, en una casa de campo de un arrabal de Nantes, donde se hizo inaccesible para acrecentar el espanto y el misterio, no permitiendo que se le acercaran otras personas que sus sicarios. Eligió de entre los miserables de la escoria de Nantes los miembros de los comités revolucionarios y de la comisión militar, y les confió el encargo de legalizar los crímenes con la apariencia de juicio. Impaciente ante los escrúpulos de estos hombres, los injurió, los amenazó con el sable, los hirió, los depuso, los volvió a nombrar, y los destituyó de nuevo, acabando por no tener otra formalidad que las palabras y los ademanes. Un sujeto llamado Lambertye, a quien nombró su ayudante general, era el instrumento de que se servía. Este llevaba las órdenes a la comisión militar, mandaba las tropas, reclutaba los verdugos, ejecutaba los asesinatos en masa, y repartía los despojos. No satisfecho con haber hecho fusilar sin forma de proceso a ochenta víctimas de una vez, ordenó Carrier al presidente de la comisión militar que entregara los depósitos y cárceles a Lambertye para entrar en ellos, sin trabas de ninguna especie. La compañía de Marat, con los destaca-

mentos de tropas que guarneceían a Nantes, vaciaban las prisiones, mientras los agentes civiles del procónsul las llenaban con las delaciones.

II

En la ciudad y en el departamento no quedaban ya más que asesinos y víctimas. La rapiña servía de incentivo al homicidio, y el asesinato absolvía al pillaje. Había cesado todo movimiento, el comercio estaba suprimido, los negociantes encarcelados y las propiedades secuestradas. La residencia era un lazo; la fuga, un crimen; la riqueza, una denuncia. En los calabozos estaban hacinados los principales ciudadanos, ya fueran republicanos, ya realistas. Los espías de Carrier y los satélites de Lambertye llevaban a rebaños los sospechosos de las aldeas y comarcas inmediatas a las prisiones de Nantes, en uno de cuyos depósitos fueron encerradas mil quinientas personas entre mujeres y niños, sin camas, sin paja, sin fuego, sin mantas, y, a veces, hasta dos días sin alimento. Vacíanse estos albañales humanos a fuerza de fusilamientos, de los que sólo podían librarse los hombres con las riquezas, y las mujeres con la prostitución. Las que rehusaban prestarse a esta infamia eran enviadas al suplicio aunque estuviesen embarazadas. Gran número de mujeres vendeanas, que siguieron a sus maridos hasta más allá del Loira, fueron recogidas en los campos y fusiladas con las criaturas que debían dar a luz. Los verdugos llamaban a esto atacar al realismo en el germen.

Setecientos clérigos sufrieron el martirio, unos por la fe, otros por la opinión, y todos por el traje. Siendo demasiado lentos y multiplicados los simulacros de juicio para Carrier, porque con ellos se corría el riesgo de despertar la complacencia o compasión de la comisión militar, como, en efecto, empezaba ya el tribunal a murmurar de su servilismo, llamó aquél a los miembros sospechosos, los llenó de invectivas y de golpes, agitó ante ellos el sable desenvainado y les pidió, o las cabezas designadas, o las suyas propias. Los verdugos temblaron, o, por lo menos, se irritaron se-

cretamente contra él, quien, conociendo que aquel instrumento de muerte empezaba a gastarse, inventó otro.

El parricida Nerón, ahogando a Agripina en una galera sumergida, a fin de atribuir el crimen a las olas, sugirió a uno de los sicarios de Carrier una idea que éste adoptó. La muerte por el fuego y el hierro hacía ruido, derramaba sangre, y dejaba cadáveres que sepultar y que contar; pero las aguas silenciosas del Loira eran mudas y no podían llevar la cuenta de las víctimas, cuyo número sabría sólo el fondo del mar. Carrier ordenó a varios marineros, tan despiadados como él, que abrieran trampillas en cierto número de barcos pontones, para que éstos pudieran sumergirse a voluntad con los cargamentos de seres vivientes en los trayectos del río que él indicara, bajo el pretexto de trasladar los presos de un depósito a otro. Como uno de estos marineros le pidiera una orden por escrito, dijo Carrier:

—¿No soy un representante? ¿No debes tener confianza en mí por los trabajos de que te encargo? En fin, basta de misterio — añadió —; es preciso arrojar al agua esos cincuenta clérigos cuando estés en medio de la corriente.

III

Aquellas órdenes fueron ejecutadas, al principio, en secreto, bajo el pretexto de accidente de navegación; pero, después, estos asesinatos, cuyo testimonio llevaban las aguas del Loira hasta su desembocadura, se convirtieron en espectáculo para Carrier y sus adictos. Compró un barco de lujo, que regaló a Lambertye, bajo el pretexto de que tenía que vigilar las orillas del río, y este buque, adornado con los muebles más primorosos, y provisto de todos los vinos y manjares necesarios para los festines, llegó a ser el teatro más común de las ejecuciones. Carrier se embarcaba en él muchas veces con los ejecutores y algunas cortesanas para dar paseos por el agua; y mientras en la cubierta se entregaba a los placeres de la bebida y de la sensualidad, las víctimas amontonadas en la cala veían, a cierta señal, abrirse las válvulas para que las aguas del Loira los sumergieran. Un

gemido ahogado anunciaba a la tripulación que acababan de sucumbir centenares de desgraciados, pero la orgía continuaba sobre aquel sepulcro vivo.

Algunas veces, Carrier, Lambertye y sus cómplices tenían el cruel placer de contemplar el espectáculo de la agonía; hacían subir a la cubierta parejas de víctimas de diferentes sexos, y, desnudándolas, las ataban una con otra, cara con cara, un sacerdote con una religiosa o un mancebo con una joven; las colgaban desnudas y enlazadas, por una cuerda que les pasaba por debajo de los sobacos, en las poleas del buque, y con horribles sarcasmos, complacíanse en contemplar aquella parodia del himeneo en la muerte, concluyendo por precipitarlas en el río. Daban a esta diversión de caribes el nombre de *matrimonios republicanos*.

Los ahogamientos en Nantes duraron varios meses, pereciendo, además, poblaciones enteras en algunas ejecuciones militares, cuyas carnicerías referían los autores y ejecutores del siguiente modo:

«Hemos visto a los voluntarios, conforme a la orden de los jefes, arrojar los niños de mano en mano, hacerlos volar de bayoneta en bayoneta, incendiar las casas, abrir en canal a las mujeres embarazadas y quemar vivos a los niños de catorce años.»

Pero todavía no saciaban estos actos de salvajismo las ansias exterminadoras de Carrier, que, loco y desenfrenado, no conseguía apaciguar su sed de sangre. Los nanteses, testigos y víctimas de semejantes furores, viendo que la Convención guardaba silencio, no se atrevían a tachar de locura los actos que los satélites del procónsul llamaban patriotismo, pues el más leve murmullo se reputaba como crimen. Habiendo sabido Carrier que se habían enviado denuncias secretas al comité de Salvación pública, mandó prender a doscientos de los principales comerciantes de Nantes, los encerró en un calabozo y después los hizo llevar atados de dos en dos hasta París. Un joven comisario de Instrucción pública, hijo de un representante llamado Julián, fué enviado a Nantes por Robespierre, para investigar cuál era la conducta de Carrier; pero, al dar cuenta de las crueldades con que éste deshonoraba al mismo terror, se

le retiró la comisión. Sin embargo, la Montaña no se atrevió a desaprobare su conducta.

La impunidad de Carrier es uno de los cargos que con más justicia se hacen a Robespierre, porque no vengar a la humanidad de semejantes atentados, era declararse demasiado débil para castigarlos, o suficientemente cruel para aceptarlos.

IV

José Lebón diezmaaba en Arrás y Cambrai los departamentos del Norte y del Paso de Calais, testimoniando que el vértigo se apodera de las almas débiles en las grandes oscilaciones de la opinión. Los hombres tienen, como los tiempos, sus crímenes. La sangre es contagiosa como el aire, y la fiebre de las revoluciones tiene delirios. Lebón los experimentó manifestando todos sus accesos durante las cortas fases de sus treinta años de vida. En tiempos tranquilos hubiera dejado fama de hombre honrado; pero en días siniestros dejó el nombre de tirano sin piedad.

Nacido en Arrás, compatriota de Robespierre, Lebón había entrado en la orden del Oratorio, plantel de los hombres que se dedicaban a la enseñanza pública; pero, cansado de esta orden por la austeridad de la regla, obtuvo el curato de Vernois, cerca de Beaune, al principio de la Revolución. Su piedad, sus costumbres, y su compasión por las miserias humanas, hacían de Lebón, entonces, un modelo de sacerdotes. Confundiendo las doctrinas filantrópicas de la Revolución con el espíritu de libertad, de igualdad y de caridad del cristianismo, creyó ver al siglo incendiando la antorcha de las verdades políticas en la de la fe divina, y se apasionó con celo y esperanza de la nueva religión del pueblo tan semejante a la de Cristo. La fe lo excitó contra la fe, y se separó de Roma para unirse a la iglesia constitucional; pero, cuando la filosofía repudió la iglesia cismática, también la desechó él, se casó y volvió a la patria. Las garantías que Lebón había dado a la Revolución, lo hicieron merecedor de empleos públicos, y la influencia de Robespierre y de

Saint-Just en Arrás, lo llevó a la Convención. El comité de Salvación pública no creyó poder confiar a otro hombre más seguro la misión de vigilar y poner término a las tramas contrarrevolucionarias de aquellos departamentos inmediatos a las fronteras, dominados por los clérigos, y minados por las conspiraciones de Dumouriez. Lebón, al principio mostróse indulgente, paciente y justo; y suavizó su mano para reprimir, sin herirlos, a los enemigos de la Revolución y a los sospechosos, pero, denunciado a los jacobinos como moderado, el comité de Salvación pública lo llamó a París para reconvenirle.

Ya porque esta reconvencción hiciera penetrar en el alma de Lebón el terror que le mandaban ejercer en Arrás, ya porque se hubiera encendido en él el furor cívico, volvió al Norte completamente transformado. Las cárceles, que estaban vacías, se llenaron inmediatamente por mandato suyo. Nombró por jueces y jurados a los más feroces republicanos de los clubs, dictó las sentencias, paseó la guillotina de ciudad en ciudad, honró al verdugo como primer magistrado de la libertad y lo hizo comer públicamente a su mesa, como para rehabilitar la muerte. Nobles, sacerdotes, parientes de emigrados, campesinos, agricultores, criados, mujeres, ancianos, niños que no tenían edad, para cometer crímenes, extranjeros que ni aun sabían leer las leyes de la patria, a todos confundía en los fallos que dictaba y a cuya ejecución asistía personalmente. La sangre, que tanto horror le había causado, habíase convertido en agua a sus ojos. Presenciaba desde un palco, construido a la altura de la guillotina, los suplicios de los sentenciados, y pretendía acostumbrar a su esposa a presenciar la muerte de los enemigos del pueblo. Pareciendo arrepentirse de su conducta humanitaria anterior como de una flaqueza, no había para él otro crimen que la indulgencia con los contrarrevolucionarios, y, sobre todo, con los sacerdotes cómplices de su fe primera. Entraba triunfalmente en las ciudades, precedido del instrumento del suplicio y acompañado por los jueces, delatores y verdugos; insultaba y destituía a las autoridades, substituyéndolas con los

denunciadores, y hacía poner en la puerta de su casa esta inscripción: «Los que entren aquí para pedir la libertad de los presos, saldrán para substituirlos en la cárcel». Además, despojaba de sus bienes a los sospechosos, y a las mujeres condenadas, de sus joyas; confiscaba los legados que hacían las víctimas en el suplicio, en beneficio de la República; expulsaba de las sociedades populares a las mujeres, cuyo pudor no les permitía tomar parte en las danzas patrióticas, ordenadas bajo pena de encarcelamiento, y las hacía exponer en un estrado a las rechiflas del pueblo. No perdonó de este suplicio infamante a una prima suya, de diez y siete años de edad, que se había negado a bailar en los coros cívicos, insultándola y amenazándola con hacerle expiar su negativa en los calabozos. Registraba y maltrataba con sus propias manos a las niñas y mujeres que leían libros aristocráticos; y hacía condenar y guillotinar a familias enteras y caer veinte cabezas a la vez, llevando a veces la venganza hasta más allá del cadalso.

El marqués de Vielfort, en cuya casa se había encontrado una carta de un sobriño emigrado, fué condenado a muerte. Estaba ya en el patíbulo, cuando Lebón recibió una carta del comité de Salvación pública que le anunciaba la victoria que acababan de obtener las tropas de la República. Inmediatamente mandó suspender el suplicio al verdugo, y, subiendo él a un tablado construido al nivel de la guillotina, leyó al pueblo y al sentenciado la comunicación del comité, a fin de añadir a la tortura de la ejecución del anciano el dolor de las victorias de la República.

Igualmente mandó suspender el suplicio de dos jóvenes inglesas que iban a ser ajusticiadas en su presencia, para pronunciar un largo discurso y leer al pueblo los partes del ejército. Después, dirigiéndose a las víctimas, exclamó:

—¡Es preciso que las aristócratas como vosotras oigan en los últimos momentos de su vida la noticia del triunfo de nuestros ejércitos!

Una de las dos sentenciadas, la señora Plunket, volviéndose hacia Lebón, le contestó indignada:

—¡Monstruo, crees añadir más amar-

gura a nuestra muerte y te equivocas, porque, aunque mujeres, sabemos morir con valor! En cambio, tú morirás como un cobarde.

Temiendo Lebón no hacer lo suficiente todavía para complacer a la Convención, exclamaba, tratando de justificarse de las atrocidades que cometía:

—¡Delicias de la amistad! ¡Sentimiento delicioso de la naturaleza! ¡Especáculo encantador de una familia naciente bajo los auspicios del amor más tierno y de la unión más perfecta! Os emplazo para cuando se haga la paz. El deber, el odioso deber, nada más que el odioso deber, es el que he de tener continuamente a la vista. ¡Oh esposa mía! ¡oh hijos míos! ¡Sé muy bien que estoy perdido si la República cae, y, aun cuando triunfe, me expongo a ser víctima de los enojos particulares!

En esta perplejidad escribió al comité de Salvación pública, que respondió lo siguiente: «Perseverad en vuestra actitud revolucionaria, porque tenéis poderes ilimitados, y tomad todas las medidas exigidas por la salvación de la causa pública. La amnistía es un crimen, y los crímenes contra la República no se rescatan; necesariamente tienen que ser castigados por la cuchilla. Descargad la espada sobre los traidores, y caminad siempre con energía, ciudadano colega, por la senda que os habéis trazado. El comité aplaude vuestros trabajos.»

V

En el Mediodía, el procónsul Maignet, nacido, como Carrier, en las montañas de Auvernia, cediendo al impulso sanguinario de los asesinos de Aviñón, incendió, por orden del comité de Salvación pública, la pequeña ciudad de Bedouin, señalada como foco de realismo, después de haber expulsado de ella a los habitantes, y creó en Orange una comisión popular para purificar el Mediodía, ascendiendo a diez mil víctimas que cayeron, más que bajo el hacha de la República, bajo la venganza de las enemistades personales, pues en aquel clima abrasador todas las ideas son pasiones, y todas las pasiones crímenes. Maignet, escribiendo a Couthón, mezclaba promeno-

res familiares y domésticos, con los cuadros siniestros que le refería al hablarse de su comisión en el departamento del Vaucluse: «Tengo encarcelados a más de quince mil ciudadanos — decía—. Sería necesario hacer una revista para poder prender a todos los que merecen ir al cadalso; pero, como no puede hacerse esta elección sino por medio de un juicio, habría que enviarlos todos a París, y ya comprendes los peligros, los gastos y la imposibilidad de semejante viaje. Por otra parte, es preciso aterrar, y nunca es el golpe más ejemplar que cuando se da en presencia de los que han vivido con los criminales... Tu azúcar, tu café, tu aceite — añadía inmediatamente después — están ya en camino. Saluda en mi nombre a tu querida esposa, y da un beso de mi parte a tu pequeñuelo Hipólito.»

VI

La sangre parece más roja cuando se pone en parangón con el sentimiento familiar de quien habla de ella al mismo tiempo que se ocupa en pequeños detalles domésticos; pero, sin duda, el sistema de aquellos hombres lo había degradado hasta el extremo de hacerlos impasibles. Además, los crímenes cometidos en nombre de la República, provocaban grandes reacciones en aquellos departamentos, utilizando los realistas, los moderados, y los patriotas las mismas armas, y convirtiéndose las opiniones en manos de todos en odios personales o en asesinatos. Habiéndose introducido de noche unos enmascarados en la casa de campo de uno de los principales republicanos de Aviñón, ataron a los criados, a la esposa y a las hijas, lo arrastraron a él a la bodega y lo fusilaron en presencia de su hijo, joven a quien obligaron a tener la lámpara para alumbrar la catástrofe. Maignet aprovechó esta ocasión para mandar prender a todas las mujeres de quienes se sospechaba que se interesaban por los proscritos. El Mediodía, reprimido por una colonia de montañeses y por la comisión revolucionaria de Orange, no se atrevía ya a moverse bajo el poder de la Convención.

En Burdeos, habían caído ya bajo la

cuchilla setecientas cabezas de federalistas. El triunvirato de Ysabeau, de Baudot y de Tallián pacificaba la Gironda; el primero, que como Fouché había pertenecido a la orden del Oratorio, era hombre de vigor, pero no asesino; Baudot, diputado por el Saona y Loira, llevaba el ardor republicano hasta el delirio, pero no hasta la crueldad; y, por último, Tallián, joven, bello, ufano de su crédito, vanagloriándose de su amistad con Dantón, unas veces terrible y otras indulgente, hacía temer la venganza a unos, y esperar conmiseración a otros. Tallián gobernaba a Burdeos como soberano de una provincia conquistada, más que como delegado de una democracia popular. Quería hacerse temer y adorar a un tiempo. Hijo de un padre nutrido en la servidumbre de una familia ilustre, bajo cuya protección se había educado, Tallián conservaba en la República los gustos, la elegancia, el orgullo y hasta la corrupción de la aristocracia.

VII

Al llegar Tallián a Burdeos, una joven española, de espléndida belleza, de alma tierna y de imaginación apasionada, encontrábase allí detenida en su viaje a España, por haber sido preso su marido. Se llamaba entonces la señora de Fontenay y era hija del conde de Cabarrús, francés de origen, establecido en España, que, por sus conocimientos administrativos y bancarios, había ocupado los empleos más altos de la monarquía durante el reinado de Carlos III. La hija tenía diez y nueve años de edad. Nacida en Madrid, de madre valenciana, la joven había reunido en su persona el fuego del Mediodía, la languidez del Norte y la gracia de Francia, y podía considerarse como el tipo de la belleza de todos los climas, siendo una de esas mujeres cuyos encantos son poderes, y de las que se sirve la naturaleza, como de Cleopatra y de Teodora, para dominar a los que avasallan al mundo y para tiranizar el alma de los tiranos. Las persecuciones que había sufrido en Madrid el padre, como recompensa de sus servicios, habían enseñado desde la niñez a la joven española a detestar el despotismo y ado-

rar la libertad. Francesa de origen, lo era también de corazón por el patriotismo, y creía que la República era la Némesis de los reyes, la providencia de los pueblos, y la restauración de la naturaleza y de la verdad.

En los teatros, en las revistas, en las sociedades populares, el pueblo de Burdeos la veía expresar su entusiasmo, por lo que la consideraba el genio femenino de la República.

Pero la sangre horrorizaba a la señora de Fontenay, que no podía ver derramar lágrimas. Creyendo que la generosidad era la causa del poder, y deseando conquistar popularidad para aprovecharla en beneficio de la clemencia, compareció algunas veces en los clubs y tomó en ellos la palabra. Vestida de amazona y con la cabellera cubierta con un sombrero con penacho tricolor, pronunció varios discursos republicanos, despertando en el pueblo una embriaguez que se parecía mucho al amor.

Burdeos temblaba a la sazón con sólo oír el nombre de Tallián, quien se consideraba implacable; pero la señora de Fontenay creyó poseer bastante valor para arrostrar el enojo de este representante del pueblo, y suficientemente seductora para cautivarlo. Tentábala la imagen de las mujeres antiguas que habían dominado a los tiranos para arrebatárles las víctimas, y ambicionó avasallar a uno de los hombres que dominaban entonces.

Conquistó a Tallián con la primera mirada, y él, que hacía temblar a muchos, se humilló a los pies de la joven, que llegó a ocupar en su alma el lugar que él ocupaba en la República. Desde entonces, Tallián sólo ambicionó el poder para compartirlo con la señora de Fontenay, la grandeza para enaltecerla y la gloria para coronarla. Blasonó de flaqueza como todos los hombres apasionados hasta el delirio, y gozó de la publicidad de aquel amor que ostentaba orgullosamente ante el pueblo y con insolencia ante sus colegas. Mientras las cárceles rebosaban de presos, los emisarios del representante perseguían a los sospechosos en los campos y la sangre corría a mares en el cadalso. Tallián, embriagado de amor por *doña Teresa*, la paseaba en espléndidos trenes entre los aplausos de Burdeos.

Vestida con ligeros tejidos que, como en las estatuas griegas dejan ver la belleza de las formas, con una pica en la mano, y apoyando graciosamente la otra en el hombro del procónsul, doña Teresa tomaba la actitud de la diosa de la libertad.

Pero la joven española experimentaba más placer en desempeñar en secreto el papel de la divinidad del perdón. Como imperaba en el corazón del que disponía de la vida y de la muerte, se veía suplicada y adorada como la providencia de los perseguidos. Al cadalso no subieron ya más que las personas designadas por el comité de Salvación pública como peligrosas a la República, y los jueces, a imitación del representante, templaron su sanguinario furor. El amor de aquella mujer consiguió atenuar el terror, y el genio entusiasta de los habitantes de Burdeos mostróse risueño al proconsulado oriental de Tallián. Robespierre desconfió de él, pero no insistió en llamarlo a París, porque le agradaba más como sátrapa en Burdeos, que como conspirador en la Convención. Hablando de Tallián despectivamente, dijo:

—Estos hombres sólo son buenos para rejuvenecer los vicios, inocular en el pueblo las malas costumbres de la aristocracia; pero paciencia, libraremos al pueblo de estos corruptores, así como lo hemos libertado de los tiranos.

VIII

Robespierre, que no apartaba la vista de estos procónsules, prorrumpió en convenciones contra las crueldades de Fouché, cuando éste regresó del Mediodía, después de desempeñar la comisión que se le había confiado.

—¿Cree, por ventura — decía —, que la espada de la República es un cetro, y que no puede volverse contra los que la empuñan?

Fouché hizo vanas tentativas para acercarse a Robespierre. Este envió a su hermano a Vesoul y Besanzón, pero el joven Robespierre no usó de la omnipotencia que le daba su nombre más que para calmar a sus colegas, aminorar los suplicios y abrir las cárceles. Después de pronunciar un discurso ensalzando la clemencia, en la sociedad popular de Ve-

soul, puso en libertad a ochocientos presos, acto de clemencia que escandalizó a su colega Bernardo de Saintes. El joven representante no dejó por eso de mostrar conmiseración. Habiéndole hablado un día en sesión, el presidente del club de Besanzón, noble de nacimiento, del lustre de su familia llamada a ocupar altos puestos, Robespierre el joven contestó:

—Los servicios que mi hermano ha prestado a la República son completamente personales y tienen su recompensa en el amor del pueblo; yo nada tengo que reivindicar en mi favor... Estás hablando el lenguaje de la aristocracia, cuya época ha pasado ya. ¿No estás presidiendo esta sociedad, tú que llevas en las venas sangre aristocrática y que tienes un hermano entre los traidores a la patria? ¡Si el nombre de mi hermano me otorgara aquí algún privilegio, el del tuyo te enviaría a la muerte!

Instado por los parientes de los presos, que se quejaban de las injusticias y tiranías de sus colegas, pero, careciendo de poder fuera de los límites del alto Saona, Robespierre el joven les prometió presentar sus quejas a la Convención y hacerles justicia.

—Volveré aquí — les dijo — con el ramo de olivo o moriré con vosotros, porque voy a defender mi cabeza al mismo tiempo que la de vuestros parientes.

Este joven exaltado oía con respeto filial las confidencias de su hermano. Estaba fanatizado por los principios de la Revolución, pero le ruborizaban los rigores y le repugnaban los crímenes. Llevaba impreso en el rostro el sello débil del carácter de su hermano. Su elocuencia era monótona, fría, sin color y sin imagen, advirtiéndose que se inspiraba más en un sistema que en los propios sentimientos. Su aspecto y sus palabras tenían cierto matiz místico. Acompañábalo a todas partes una joven que pasaba por su querida, y a quien creían sus confidentes dotada del don de inspiración y profecía.

Los republicanos, cansados ya del ateísmo, pensaban hacer del principio democrático una religión y divinizar la libertad con más derecho que la Edad Media había divinizado a los reyes.

LIBRO LIV

Saint-Just y Lebás comisarios de la Convención en el ejército.—Saint-Puet reprime el terror en Estrasburgo.—Carta íntima de Lebás.—El poder de Robespierre contrabalanceado por el de Dantón.—Chaumette y Hebert.—El padre Dacheene.—Club de mujeres.—Las calceteras de Robespierre.—La sociedad fraternal.—La sociedad revolucionaria.—Rosa Lacombe.—Los clubs de mujeres cerrados por decreto de la Convención.—Facción de Hebert.—El padre Duchesne y el Viejo Franciscano.—Camilo Desmoulins.—Origen del Viejo Franciscano.—Robespierre defiende la libertad religiosa en el club de los jacobinos.—Depuraciones en el club de los jacobinos.—Dantón da cuenta de sus actos.—Robespierre lo defiende protegiéndolo.—Ataque a Anacarsis Klotz.—Disculpa a Camilo Desmoulins.—Informe de Robespierre a la Convención.—Conducta de Dantón adivinada por Robespierre.—Fragmento del Viejo Franciscano.—Tentativa de reconciliación entre Hebert y Robespierre.—Proposición de un triunvirato rechazada.—Política del comité de salvación pública.—Dantón se engaña.—Doctrinas profesadas por Robespierre en la Convención.—Tentativa de insurrección de Hebert.—Aborta.—Informe de Saint-Just a la Convención.—Herbert y sus cómplices son reducidos a prisión.—Su muerte.—Amigos de Dantón encarcelados.

I

Durante los primeros meses de 1794, los dos confidentes íntimos de Robespierre, Saint-Just y Lebás, fueron unas veces reunidos y otras separados del ejército del Norte al del Rin, de Lila a Estrasburgo, para reorganizar las fuerzas, vigilar a los generales y reanimar y dirigir la opinión pública en los departamentos amenazados. No sólo se distinguía Saint-Just en los tribunales por su fuerza de voluntad inflexible, sino que llevaba también al campo de batalla el entusiasmo de su juventud y el ejemplo de su intrepidez, con lo que asombraba a los soldados, no importándole derramar su sangre con tal de afianzar su reputación. «Saint-Just — decía su colega Baudot, al volver de los ejércitos — carga al frente de los escuadrones republicanos, ostentando la faja de representante y el penacho tricolor en el sombrero, y se lanza a la pelea en medio de la metralla y del arma blanca, con la indiferencia y fogosidad de un húsar.»

Al joven representante le mataron varias veces el caballo que montaba, y no salía de la embriaguez de la guerra sino para entregarse a las vigiliias y asiduos

trabajos de organizador. No le distraía ninguno de los recreos que pudiera haberle hecho apetecer la juventud, ni conocía otro placer que el del triunfo de la causa que defendía. Este procónsul de veinticuatro años, dueño de la vida de millares de ciudadanos, a cuyos pies se postraban las mujeres e hijas de los presos, mostraba la austera continencia de Escipión, y escribía desde el campamento a la hermana de Lebás cartas en que se traslucía un amor casto. Terrible en el combate, desapiadado en el consejo, respetaba en sí a la Revolución como un dogma, del que nada le era permitido sacrificar a sentimientos humanos. Tan implacable con los que mancillaban la República como con los que la vendían, mandó al patíbulo al presidente del tribunal revolucionario de Estrasburgo, por haber imitado e igualado en Alsacia las ferocidades de Lebón. Saint-Just en Estrasburgo salvó millares de cabezas, y, disgustado del terror al contemplarlo de cerca, escribió a Robespierre: «El uso del terror ha degenerado en crimen, como los licores fuertes depravan el paladar. Sin duda no ha llegado todavía el momento de hacer el bien, aunque el bien particular que se hace no es más que un paliativo. Es preciso esperar que el mal se generalice y sea bastante grande para que la opinión reaccione. La Revolución debe proseguir su marcha hasta haber afianzado por medio de leyes la perfección del bienestar y de la libertad pública. Sus convulsiones no tienen otro objeto que el de destruir todo lo que se oponga a su paso.»

«Se habla de la altura de la Revolución — escribe en una nota de sus meditaciones íntimas—. ¿Quién será capaz de fijarla? Es movable, y ha habido pueblos que cayeron de más alto.»

II

Lebás, amigo y colega de Robespierre casi en todas partes, había sido su condiscípulo, y a él se había consagrado con el doble culto que tributaba a sus principios como revolucionario y a su persona como amigo. Nacido en Frevent, en las cercanías de Arrás, patria de Robespierre, había sido nombrado miembro

de la Convención por los talentos oratorios que demostró poseer en algunas causas populares. Probo, modesto, silencioso y sin más ambición que de servir las ideas de Robespierre, en cuya virtud e infalibilidad creía y en cuyas manos había puesto su conciencia y sus votos, seguía el pensamiento de su ídolo como si fuera una estrella fija de sus opiniones. Algunas relaciones de familiaridad, y casi de parentesco, aumentaban la intimidad política. Lebás, introducido por Robespierre en casa de Duplay, había llegado a ser comensal de esta familia, casándose con la más joven de las hijas. La mano que empuñaba el sable al frente del ejército y que firmaba la prisión o la libertad de tantos proscritos, escribía a su futura, pensando en la felicidad doméstica bajo el mismo techo en que Robespierre proyectaba sus planes sanguinarios. «¿Cuándo podré sellar nuestra vida? ¡Oh! ¡cuán dichoso será el instante en que vuelva a verte! ¡Qué sacrificios tan crueles exige de mí la patria con estas ausencias! Pero las cosas van muy mal y aquí hacen falta diputados patriotas. Ayer ordené la prisión de dos generales. ¡Prestando en París todos los servicios de que soy capaz, gozaría de la felicidad de estar a tu lado! Di a Robespierre que mi salud no puede resistir durante mucho tiempo el rudo oficio que estoy desempeñando aquí. Perdona la brevedad de mis cartas; pero es la una de la noche y acabo de llegar rendido de cansancio... voy a dormir soñando en ti... Cuando vamos en el coche, y mi colega Duquesnoy, rendido de fatiga, cesa de hablar y se duerme, mi pensamiento vuela a ti, pues nada me es más grato que evocar tu imagen cuando me veo libre de los negocios políticos. Ahora que mi presencia ya no es tan necesaria, ¿no tendrá Couthón bastantes miramientos para su joven colega? ¿No considerará Robespierre que ya he hecho bastante para abreviar el término de mi sacrificio? Ocupate, querida Isabel, en el arreglo de nuestra casa futura... Ayer escribí apresuradamente a Robespierre. Estoy contento de Saint-Just; tiene talento y excelentes cualidades. Abraza a toda la familia, de cuyo número es Robespierre. Saint-Just está tan impaciente como yo

por volver a París; ya sabes la causa... Hemos ido esta mañana, Saint-Just y yo, a visitar una de las más elevadas montañas, en cuya cima existe un antiguo fuerte arruinado, asentado sobre una peña aguda. Allí experimentamos ambos, paseando la vista alrededor, un sentimiento delicioso; es el único día en que hemos tenido un momento de descanso. Yo hubiera querido estar a tu lado para participar contigo de la emoción que experimentaba, ¡y estás a cien leguas!... No cesamos, Saint-Just y yo, de tomar las medidas necesarias para el triunfo del ejército, corriendo durante noche y día y ejerciendo la más infatigable vigilancia. Cuando menos lo espera, nos ve un general llegar a pedirle cuenta de su conducta. Me alegro que no tengas prevención contra Saint-Just, a quien he prometido una comida hecha por tu mano, pues es persona excelente, a quien amo y estimo cada día más. No tiene la República un defensor más fogoso e inteligente que él. Entre nosotros reina la concordia más perfecta. Lo que me lo hace más estimable aún, es que me habla de ti con frecuencia, y me consuela todo cuanto puede. Voy a escribir a Enriqueta. Presumo que siempre os queréis bien.»

Enriqueta era la hermana de Lebás y novia de Saint-Just. El interés que le inspiraba su colega era reflejo del que experimentaba por su hermana; pero la joven, que al principio correspondía al sentimiento que Saint-Just le manifestaba, titubeó al darle la mano, entibiándose, por consiguiente, la amistad de ambos, sin que por eso aminorara el afecto que profesaba a Robespierre. Dícese que esta circunstancia fué, algunos meses más tarde, el motivo de la salida de Saint-Just del comité de Salvación pública, salida que debilitó al partido de Robespierre, y que causó la caída y muerte del jefe. Alguna parte tuvo, por consiguiente, una contrariedad amorosa en la catástrofe que arrastró a Robespierre y a la República.

III

IV

Estos detalles íntimos revelan la sencillez de las pasiones e intereses que se agitaban alrededor del dueño de la República. Robespierre el menor, Saint-Just, Couthón, el italiano Buonarrotti, Lebas, algunas jóvenes ingenuas en su patriotismo, algunos artesanos pobres y honrados y algunos sectarios fanatizados por las doctrinas democráticas, componían toda la corte de Robespierre, que tenía por palacio la casa de un artesano, escuela de un filósofo más que residencia de un dictador. Sin embargo, éste tenía la espada en la mano, pero le faltaban fuerzas para imponer su voluntad a la Convención. Dantón vivía y podía competir con él en la Montaña; Hebert, Pache, Chaumette, Vincent, Ronsín lo desafiaban en la tribuna; y el comité de Salvación pública no era bastante suyo, porque el tribunal revolucionario era instrumento dócil de todos los partidos. El populacho de París, desencadenado, intimidaba al verdadero pueblo; la escoria se desbordaba. La libertad era el escándalo de los mismos republicanos, no siendo ya aquél el reinado sino las saturnales de la República.

Hebert y Chaumette continuaban fomentando los escandalosos excesos, el uno en las columnas del *Padre Duchesne*, y el otro en los discursos que pronunciaba. Filósofos de la escuela de Diderot, aquellos dos hombres, que eran ateos, excitaban a la crápula del corazón humano. El diálogo perpetuo que mantenían con el pueblo iba sazonado con juramentos y palabras obscenas, que son, a la lengua del hombre, lo que las inmundicias a la vista y al oído, corrompiendo el vocabulario de la libertad. El cinismo y la ferocidad se comprenden, porque ésta es el cinismo del corazón. El pueblo bajo se vanagloriaba de ver elevar su trivialidad a la dignidad de lenguaje político. Este disfraz le hacía reír como si fuera una mascarada de palabras; la lengua había perdido el pudor, pues, en lugar de ruborizarse de las desnudeces, alardeaba de ellas como una prostituta.

Las mujeres del pueblo habían sido las primeras en aplaudir la desvergüenza de Hebert. Mirabeau las había puesto en movimiento con una sola palabra pronunciada en Versalles, la víspera de los días 5 y 6 de octubre. «Si las mujeres no intervienen — decía por lo bajo a los emisarios de la insurrección parisiense —, no podrá hacerse nada.» Sabía que, inflamado el furor de las mujeres, éstas superan la audacia de los hombres. La inspiración antigua, especie de furor sagrado, estaba en efervescencia, especialmente en las sibilas. Los demagogos sabían también que las bayonetas se embotan ante el pecho de una mujer, y que las manos desarmadas son las que más fácilmente desarman al soldado. Las mujeres de París, figurando a la cabeza de las turbas de la capital, habían sido, efectivamente, las primeras en asaltar el palacio del rey, alzar el puñal sobre el lecho de la reina y llevar a París, en la punta de las picas, las cabezas de los guardias de corps asesinados. Theroigne de Méricourt y sus partidarias habían contribuido al asalto de las Tullerías el 20 de junio y el 10 de agosto, y, terribles durante el combate y crueles después de la victoria, habían asesinado a los vencidos, mutilado los cadáveres y exprimido la sangre. La Revolución, sus agitaciones, sus jornadas, sus sentencias, sus suplicios habían llegado a ser para aquellas furias un espectáculo tan necesario como lo fueron los combates de gladiadores para las patricias de Roma. Avergozándose aquellas mujeres de verse excluidas de los clubs de hombres, habían fundado clubs femeninos, primero con el título de *sociedades fraternales*, y después con el de *sociedades de mujeres republicanas y revolucionarias*. Había, junto al lugar de reunión de ellas, hasta clubs de niños de doce a quince años, llamados los *Niños Rojos*. En las sociedades de mujeres no faltaban oradores. La corporación municipal de París, en virtud del informe de Chaumette, decretó que aquellas heroínas de las grandes jornadas de la Revolución, ocuparan un sitio de honor en las

ceremonias cívicas, y marcharan precedidas de una bandera con esta inscripción: *¡Han barrido a los tiranos ante ellas!*

«Asistirán a las fiestas nacionales — decía la orden del ayuntamiento — con sus esposos e hijos y en ellas harán calceña.»

De aquí provino el nombre de *Calceteras de Robespierre*, nombre que mancilló aquella manifestación del trabajo manual y del hogar doméstico. Diariamente, algunos destacamentos de las mercenarias, pagadas por el ayuntamiento, se distribuían por las cercanías del tribunal y por la carrera que recorrían los condenados, y hasta en los escalones del cadalso, para aplaudir la muerte, insultar a las víctimas y saciar de sangre la vista. Así como la antigüedad tenía para los funerales plañideras pagadas, la corporación municipal tenía furias a sueldo.

V

La *Sociedad fraternal* de mujeres celebraba las sesiones en un salón próximo al de los jacobinos, y estaba formada por literatas, que discutían con más decoro las cuestiones sociales relativas a su sexo, tales como el matrimonio, la maternidad, la educación de los hijos, y las instituciones de socorro y alivio a la humanidad. Eran consideradas como las filósofas de su sexo, y tenían por oráculo y por ídolo a Robespierre. El carácter teórico y vago de las instituciones femeninas estaba en armonía con el genio de las mujeres, más capaces de meditar acerca de la felicidad social que de formular el mecanismo de las sociedades.

La *Sociedad revolucionaria* se reunía en San Eustaquio, y estaba formada por mujeres perdidas, aventureras reclutadas en el vicio, en los asilos de la miseria, o en los cepos de la locura, y el escándalo de sus sesiones, el tumulto de sus mociones, la extravagancia de sus discursos y la audacia de sus peticiones, importunaban al comité de Salvación pública. Estas mujeres iban a dictar leyes con el pretexto de dar consejos a la Convención; pero no podía dudarse que sus actos eran sugeridos por los turbulentos del ayuntamiento y por los franciscanos. Compone-

nían la vanguardia de un nuevo 31 de mayo. Afiliadas especialmente al club de los franciscanos, que, desde el eclipse de Dantón, había sido abandonado a los más frenéticos demagogos, tomaban, además, por tipo de sus doctrinas agrarias, las del club de los *Rabiosos*. Estos tres clubs eran, para el ayuntamiento, como los jacobinos para la Convención, tan pronto azote como freno, y algunas veces espada. Hebert era el Robespierre y Chaumette el Dantón de aquellas arpias.

VI

Una joven, hermosa, y, si puede aplicarse este calificativo a la inspiración desordenada del alma, elocuente, presidía este último club. Se llamaba Rosa Lacombe. Hija sin madre, nacida entre los bastidores de un teatro de provincia, había crecido representando comedias en coliseos subalternos. La vida para ella no había sido más que un papel, y la palabra una perpetua declamación. El entusiasmo revolucionario había arrastrado con facilidad en su torbellino aquella naturaleza inquieta y turbulenta. Distinguida, admirada y aplaudida en las primeras agitaciones de París, aficionóse a aquel amplio escenario del pueblo hasta el extremo de que llegaran a disgustarle todos los demás. Había pasado, repentinamente, como Colot-d'Herbois, del teatro a la tribuna, y como él también usaba en las tragedias reales de la República los acentos y gestos de su oficio. Al pueblo, naturalmente, apasionado por los caracteres declamatorios, lo gigantesco le parece sublime, y, más sensible al ruido que a la verdad, cree que sobrepuja a la naturaleza, lo que no hace más que contrariarla.

Las socias del club revolucionario jactábanse de poseer una mujer que hablaba como un hombre, que accionaba como una actriz y que deslumbraba con su hermosura. Era la pitonisa de los arrabales, y las prostitutas que frecuentaban los clubs se vanagloriaban de tener por jefe un ser marcado desde la niñez con el mismo sello que ellas. Una mujer honrada las habría humillado. Rosa Lacombe rehabilitaba, a juicio de ellas, la prostitu-

ción por el exceso de republicanismo. Tenía sobre la corporación municipal poderoso ascendiente, y Bazire y Chabot se encorvaban ante ella, siendo Robespierre el único de los jefes de la opinión que le cerraba la puerta. Rosa Lacombe abría las cárceles, denunciaba o absolvía, y obtenía prisiones o perdones. Y como las lágrimas la afectaban fácilmente, a veces intercedía por los acusados.

El amor la había sorprendido en uno de los calabozos que visitaba. Impresionada por la belleza de un joven prisionero, sobrino del alcalde de Tolosa y con él encarcelado, Rosa Lacombe había intentado todo para salvar a su protegido, llegando hasta injuriar a la Convención.

Bazire y Chabot la denunciaron a los franciscanos como intrigante que pretendía sobornar el patriotismo.

—Es peligrosa porque es elocuente y bella — dijo Bazire.

—Me ha pedido la libertad del alcalde de Tolosa, amenazándome si no la complazco — exclamó Chabot—; pero me ha confesado que no era este magistrado, sino el sobrino, quien la interesaba. Yo, a quien se acusa de dejarme dominar por las mujeres, he resistido, pues, por lo mismo que amo a las mujeres, no quiero que corrompan o calumnien la virtud. Han tenido la osadía de atacar a Robespierre.

Al oír esto, Rosa Lacombe se levantó, pidiendo que la dejaran hablar. El club se agitó; los espectadores se dividieron, pidiendo unos que la oyeran y otros que la expulsaran. El presidente levantó la sesión cubriéndose, y el club decidió dirigir una representación al comité de Seguridad general, pidiendo la purificación de la sociedad de mujeres revolucionarias. La Convención no se atrevió todavía a disolverlas.

VII

Robespierre mostróse indignado de estos extravíos de la opinión, en que, bajo pretexto de enardecer el patriotismo, se pervertía la naturaleza. Chaumette temía la cólera de Robespierre, y deseando conjurarla, preparó una escena teatral con el propósito de representar en ella la austeridad del tribuno de las costumbres

contra los excesos que él mismo había provocado. A fines de enero, una columna de mujeres revolucionarias reclutadas y dirigidas por Rosa Lacombe, tocadas con gorros encarnados y vistiendo un traje escandaloso, entró violentamente en la sala del consejo municipal y turbó la sesión con sus peticiones y gritos. Algunos murmullos de indignación, previamente convenidos, oyéronse en el seno de la Asamblea.

—Ciudadanos — exclamó Chaumette—, con estos murmullos ejercéis un gran acto de razón. La entrada del recinto en que deliberan los magistrados del pueblo debe cerrarse a los que ultrajan a la nación.

—No — replicó un miembro del consejo—; la ley permite entrar a las mujeres.

—Léase la ley. — replicó Chaumette—. La ley manda respetar las costumbres y hacerlas respetar; pero aquí son vulneradas. ¿Desde cuándo se permite a las mujeres abjurar de su sexo, abandonar los piadosos cuidados de la casa y la cuna de sus hijos, para ir a la plaza pública, a la tribuna, a la barra del senado y a las filas del ejército, usurpando derechos que la naturaleza ha concedido al hombre? ¿A quién ha confiado, pues, la naturaleza los cuidados domésticos? ¿Nos ha dado pechos, por ventura, para amamantar a los hijos? ¿Ha dado, acaso, flexibilidad a nuestros músculos para emplearnos en las pacíficas tareas domésticas? No: ha dicho al hombre, sé hombre, y a la mujer, sé mujer, y de este modo serás la divinidad del hogar. Mujeres imprudentes, que queréis haceros hombres, ¿no tenéis ya bastantes dotes? ¡Nos domináis en todos los sentidos! Vuestro despotismo es el amor y, por consiguiente, el de la naturaleza.

Al oír esto, las mujeres se quitaban de la cabeza los gorros encarnados. Chaumette prosiguió diciendo:

—Recordad las malas mujeres que han promovido tantas turbulencias en la República. La ciudadana Roland, mujer altanera, esposa de un hombre pérfido, que, creyendo poseer dotes suficientes para gobernar la nación, corrió a la ruina; ¡aquella mujer-macho, la impúdica Olimpia de Goujes, que fundó la primera so-

ciudad de mujeres y a quien los crímenes llevaron al cadalso! Las mujeres no son algo sino cuando los hombres son nada, como lo demuestra Juana de Arco, que, si fué grande, debiólo a que Carlos VII era menos que hombre!

Las mujeres retiráronse aparentemente convencidas por la alocución de Chaumette, pero no por eso dejó Rosa Lacombe, instigada por Hebert, de agitarlas. Grupos de mujeres, vestidas con pantalones epurados y con la cabellera adornada con escarapelas, insultaron y azotaron en los parajes públicos a niñas inocentes, a quienes sorprendieron sin las divisas de los patriotas.

Amar, provocado por Robespierre, dijo en la Convención:

—Os denuncio más de seis mil mujeres que se titulan jacobinas y pertenecen a una supuesta sociedad revolucionaria. La naturaleza, por la diferencia de fuerza y de conformación les ha señalado otros deberes, y el pudor les impone como ley la obligación de permanecer en el hogar, en el seno de la familia.

La Convención cerró los clubs de mujeres, y Rosa Lacombe volvió al abismo de donde la había sacado la pasión revolucionaria, quedando el partido de Hebert privado de las turbas de mujeres, a quienes se ejercitaba en promover motines, unas veces suplicando y otras pretendiendo imponerse a los representantes del pueblo.

VIII

El partido de Hebert, en la corporación municipal, aspiraba abiertamente a continuar y hasta a exceder al partido de Marat, por lo que empezaba ya a inspirar temores al comité de Salvación pública y a cansar a Robespierre y a Dantón. Hebert, dueño del ayuntamiento por Pache, Payán y Chaumette; dueño del pueblo por los jefes subalternos de motines; dueño del ejército revolucionario por Ronsín; dueño del club de los franciscanos por los nuevos oradores, entre los que se distinguía el joven Vincent, secretario general del ministerio de la Guerra, y dueño, en fin, de las más tumultuosas sublevaciones de la multitud, por medio del periódico el *Padre Du-*

chesne, en el que atizaba el fuego de la sedición, atacaba con timidez a Robespierre y abiertamente a Dantón. Minadas estas dos grandes popularidades, esperaba Hebert imponer fácilmente a la Convención su demagogia, pues su ideal no era la libertad, ni la patria, sino la subversión total de todas las ideas, de todas las religiones, del pudor, y de las instituciones sobre las que había estado fundado hasta entonces el orden social. Se proponía imponer la tiranía absoluta y sanguinaria de París al resto de la nación; la decapitación de todas las clases nobles, ricas, ilustradas y morales que hasta entonces habían dominado por el talento, por la categoría, o por las preocupaciones; la supresión de la representación nacional; y, por último, el establecimiento de una dictadura, absoluta como el pueblo e irresponsable como el destino.

Cada uno de los miembros principales de este partido, Hebert, Chaumette, Vincent, Momoro y Ronsín, abrogábase mentalmente aquella magistratura suprema, y, mientras tanto, se la conferían al alcalde Pache, de carácter abstracto, misterioso, taciturno, cuyo aspecto tenía una terrible analogía con la omnipotencia vengadora, implacable y muda que se trataba de personificar en él.

La sed insaciable de sangre, que no se hartaba jamás de suplicios; los frecuentes motines contra los ricos y los comerciantes; los gritos contra los acaparadores, la imposición de la tasa del precio de las subsistencias, exigida a la Convención; las demoliciones, las exhumaciones, la violación de las sepulturas, las apostasías impuestas a Gobel y al clero bajo pena de muerte; la proscripción de cien mil clérigos perseguidos, encarcelados y martirizados; la profanación de las iglesias, las parodias de los cultos, las proclamaciones de ateísmo, los honores tributados a la inmoralidad; y, en fin, el catecismo crapuloso y sanguinario que las hojas del *Padre Duchesne* lanzaban a la publicidad todas las mañanas, eran los síntomas que revelaban a Robespierre y a Dantón los propósitos de aquel partido que, amparado por el ayuntamiento, podía arrostrarlo todo. Dantón, casi siempre retirado en una casa de campo que

acababa de comprar en Sevres, abandonaba la tribuna de los franciscanos a sus enemigos; y rara vez aparecía en los jacobinos, y no como en otro tiempo, para destruir y anonadarlo todo, sino para justificarse y lamentarse. Rodeado de una pequeña corte de personas sospechosas, adictos a él por interés, parecía estar espionando en la inacción el amortecimiento del gobierno para apoderarse de él, y afectaba gran indiferencia al poder y mucho desdén a los partidos. El triunvirato subalterno de Hebert, Chaumette y Ronsín parecía demasiado pequeño, a pesar de lo cual lo creía un medio para contrapesar, en caso necesario, la fortuna siempre creciente de Robespierre. Dantón limitábase, por lo tanto, a defenderse de los ataques de Hebert y la cuadrilla de éste, que no cesaba de vociferar contra él.

Este encarnizamiento impolítico del partido de Hebert contra Dantón, en el momento de pretender despopularizar a Robespierre y dominar al comité de Salvación pública, provenía de la rivalidad periodística que había entre Hebert y Camilo Desmoulins, quien respondía a Hebert con folletos que, como un hierro candente, imprimía la injuria en la frente de sus enemigos.

IX

Mudo desde la muerte de los girondinos, Camilo Desmoulins acababa de tomar de nuevo la pluma y de lanzar a la publicidad algunas hojas, tan dignas de Tácito como de Aristófanes, contra los excesos del terror y las doctrinas de Hebert, tratando de ridiculizar el crimen; pero la muerte no se ríe. La publicación de estas hojas sueltas había sido, como todos los actos de Camilo Desmoulins, un arranque de cólera y una caricia secreta a dos grandes popularidades. Veamos su origen.

Una de las últimas noches de enero, Dantón, Souberbielle, jurado del tribunal revolucionario, y Camilo Desmoulins, salieron juntos del Palacio de Justicia. La jornada había sido sangrienta. Quince cabezas habían caído por la mañana en la plaza de la Revolución y veintisiete habían sido sentenciadas a la misma pena,

contándose entre ellas las más notables de la magistratura de París. Estos tres hombres, con la frente abatida y el corazón oprimido por las impresiones siniestras del espectáculo que acababan de presenciar, caminaban silenciosos. La noche, que da vigor a las reflexiones y deja escapar los secretos del alma, era tenebrosa y fría. Cuando Dantón llegó al Puente Nuevo, dijo, volviéndose de pronto hacia Souberbielle:

—¿Sabes que al paso que van, pronto no habrá seguridad para nadie? Se confunden sin elección los mejores patriotas con los traidores, y la sangre derramada por los generales en el campo de batalla no los dispensa de verter en el cadalso la que les queda. Estoy cansado de vivir. ¡Mira! Parece que el río lleva sangre.

—Es verdad — contestó Souberbielle —, ¡el cielo está encendido; todavía hay más lluvias de sangre detrás de esas nubes! Habían pedido jueces inflexibles, y ya no quieren más que verdugos complacientes. Cuando niego una cabeza inocente a la cuchilla del verdugo, me censuran. Pero, ¿qué puedo hacer? — continuó Souberbielle abatido—. No soy más que un patriota sin importancia. ¡Ah! ¡si fuera Dantón!

—¡Dantón está durmiendo, calla! — respondió a Souberbielle el rival de Robespierre—. Se despertará cuando llegue el momento oportuno, porque esto empieza a horrorizarme. Soy revolucionario y no carnicero. Pero tú — prosiguió Dantón, dirigiéndose a Camilo Desmoulins —, ¿por qué guardas silencio?

—Ya estoy cansado del silencio — respondió Camilo —, la mano me pesa y tengo ganas algunas veces de convertir mi pluma en puñal para asesinar a esos miserables; pero que se guarden, porque mi tinta es más indeleble que su sangre; con ella mancho para la inmortalidad.

—Bravo, Camilo — replicó Dantón —; empieza desde mañana. Tú has impulsado la Revolución, y tú debes contenerla. No tengas cuidado — continuó con voz más baja —, esta mano te ayudará, y ya sabes la fuerza que tiene.

Los tres amigos se separaron a la puerta del domicilio de Dantón.

Al siguiente día, escribió Camilo Des-

moulin el primer número del *Viejo Franciscano*. Después de haberlo leído a Danton, lo llevó a Robespierre, pues sabía que un ataque a los *rabiosos* no desagradaría al dominador de los jacobinos, que secretamente aborrecía a Hebert. Había en la temeridad de Camilo Desmoulins cierta prudencia oculta, y adulación hasta en el valor. Robespierre, indeciso aún entre las disposiciones de los jacobinos y de la Montaña, no aprobó ni vituperó el pensamiento de Camilo; pero éste comprendió su pensamiento, a pesar de su reserva, y supuso fundadamente que, si la audacia no era aplaudida, sería, al menos, perdonada.

X

Pero si Robespierre no se decidía a atacar a los terroristas, temiendo abatir y desarmar al comité de Salvación pública, no vacilaba en luchar solo cuerpo a cuerpo contra los que adulteran la Revolución, y pretendían cambiar los cultos en ateísmo. Concurrente más asiduo que nunca del club de los jacobinos, a pesar de la fiebre lenta que lo consumía, deteníalos en la pendiente adonde el ayuntamiento y los franciscanos querían arrastrar todo. Hacía mucho tiempo que esperaba la ocasión de poder lavarse las manos de las inmundicias e impiedades de Chaumette y Hebert. Este, animado por la complicidad de una parte de la Montaña, no tardó en ofrecer a Robespierre la ocasión que anhelaba, haciendo desfilar ante la Convención una procesión de hombres y mujeres adornados con los despojos de las iglesias, y presentándose al día siguiente en el club de los jacobinos para repetir el espectáculo, donde se atrevió a dirigir manifiestas alusiones contra el jefe: «La política de los tiranos — dijo — es la de dividir para reinar; pero la de los patriotas como nosotros es, por lo contrario, la de reunirnos para aniquilar a los tiranos. Os he advertido ya que algunos intrigantes pretenden malquistarnos mutuamente. Se citan frases de Robespierre contra mí, y diariamente me preguntan cómo no estoy preso todavía. Yo respondo: ¿Existe aún, por ventura, la comisión de los Doce? No desprecio, sin embargo, lo bastan-

te esos rumores. Algunas veces, antes de oprimir, se pulsa la opinión pública, y por eso se propalan voces de que Robespierre debe denunciarme a la Convención y de que yo he de ser arrestado con Pache. También se auguraba que Danton había emigrado, cargado con despojos del pueblo y que estaba en Suiza, y esta mañana lo he encontrado en las Tullerías. Puesto que se encuentra en París, es preciso que venga a explicar amistosamente su conducta a los jacobinos, pues todos los patriotas deben desmentir los rumores injuriosos que se divulgan contra ellos, y, mientras, conviene seguir con rigor el proceso de los cómplices de Brissot. Después de haberse juzgado al perverso, deben ser juzgados los cómplices; ¡después de haber juzgado a Capeto, hay que juzgar a su raza!

Momoro pidió el exterminio de todos los clérigos. Al oír esta moción, Robespierre, que esperaba el momento oportuno para tener una explicación con Hebert, y que la veía aplazada por la especie de apelación a la concordia de este jefe del ayuntamiento, se apresuró a aprovecharla.

—Yo había creído — dijo levantándose — que Momoro sometería la cuestión presentada por Hebert a la atención de la Asamblea; pero, como ni siquiera la ha abordado, nos corresponde investigar las verdaderas causas de los males que afligen a la patria. ¿Será verdad que nuestros más crueles enemigos son los restos impuros de la raza de los tiranos, los prisioneros cuyo nombre sirve aún de pretexto a los rebeldes y a las potencias extranjeras? Deseo de corazón que la raza de los tiranos desaparezca de la tierra; pero, ¿podré engañarme respecto a la situación del país hasta el punto de creer que la muerte de la hermana de Capeto bastará para extinguir el foco de conspiraciones que nos aquejan? ¿Será verdad que el fanatismo es la causa principal de nuestros males? ¡El fanatismo está expirando, y casi podría decirse que ha muerto! ¡Decís que teméis a los clérigos, cuando éstos se apresuran a abdicar los cargos que desempeñan para cambiarlos por los de municipales, administradores, y hasta por los de presidentes de las sociedades populares! No, no es el

fanatismo el que más recelos debe inspirarnos en los actuales momentos, pues cinco años de revolución, durante los cuales no han cesado de ser perseguidos, demuestran su impotencia. El único medio de despertar el fanatismo, es el de creer que tiene fuerza. El fanatismo es un animal feroz y caprichoso, que huye ante la razón; pero perseguido a gritos y lo veréis volver de nuevo. ¿Y qué otra cosa puede esperarse del celo exagerado y aparatoso con que hace tiempo se le persigue? ¿Con qué derecho personas desconocidas hasta hoy en la carrera de la Revolución, pretenden ahora, por medio de las persecuciones al clero, usurpar una falsa popularidad, de obligar a los patriotas a adoptar perniciosas medidas y de introducir entre nosotros disturbios y disensiones? ¿Con qué derecho pretenden impedir la libertad de cultos en nombre de la libertad, y atacar el fanatismo con otro fanatismo nuevo? ¿Con qué derecho pretenden que degeneren en farsas ridículas los homenajes solemnes tributados a la verdad pura? ¿Por qué se les permite jugar de este modo con la dignidad del pueblo y atar los cascabeles de la locura al cetro mismo de la filosofía? Se ha supuesto que la Convención, al acoger las ofrendas cívicas de las iglesias, había proscrito el culto católico; pero la Convención no ha incurrido en semejante temeridad, la Convención no cometerá jamás semejante acto. Su intención es la de mantener la libertad de cultos que ha proclamado, y castigar al mismo tiempo a cuantos abusen de ella para turbar el orden público. No permitirá que sean perseguidos los pacíficos ministros del culto. Se han denunciado sacerdotes por haber dicho misa; pero, cuanto más se les prohíba, más tiempo seguirán diciéndola. El que desea impedir que se celebre esta ceremonia, es más fanático que el que la practica. Hay personas que intentan todavía ir más lejos, y que, bajo el pretexto de destruir la superstición, hacen una especie de religión del ateísmo. La Convención nacional aborrece este sistema, porque no es confesionadora de libros ni inventora de sistemas metafísicos, sino un cuerpo político y popular encargado de respetar, no sólo los derechos, sino el carácter del pueblo

francés. ¡No en vano ha proclamado la declaración de los derechos del hombre ante el Ser Supremo! El ateísmo es aristocrático, y la idea de un gran Ser que vela por la inocencia oprimida y que castiga el crimen triunfante, es absolutamente popular.

Los jacobinos de la clase indigente aplauden con entusiasmo, y Robespierre prosigue:

—El pueblo, los desgraciados me aplauden; sólo los ricos y viciosos podrían censurarme aquí. Desde mi niñez profeso las ideas morales y políticas que acabo de exponeros. Si Dios no existiera, sería preciso inventarlo... Hablo en la tribuna en que un imprudente girondino se atrevió a calificar de crimen el haber pronunciado la palabra Providencia, y ¿en qué tiempo? cuando con el corazón ulcerado por los crímenes de que éramos testigos y víctimas; cuando derramando amargas lágrimas por el pueblo eternamente vendido y eternamente oprimido, procuraba sobreponerme a la turba de conspiradores que me rodeaban, invocando contra ellos la venganza celeste, a falta del rayo popular. ¡Ah! mientras existan tiranías, ¿qué alma enérgica y virtuosa no apelará, en secreto, del sacrilego triunfo, ante esa justicia eterna que parece haber escrito en todos los corazones la sentencia de muerte de todos los tiranos? El último mártir de la libertad moriría más tranquilamente si albergaba en el alma esta idea consoladora. Este sentimiento, que es el de Europa y del universo, es el del pueblo francés. ¿No veis el lazo que os tienden los enemigos secretos de la República y los emisarios de los tiranos extranjeros? Los miserables pretendieron justificar de este modo las calumnias groseras cuya imprudencia reconoce Europa, y separar de vosotros, por las prevenciones y opiniones religiosas, a los que eran atraídos, por la moral y el interés común, a la causa sublime y santa que defendemos.

Robespierre pidió la expulsión de Proty, de Dubuissón y de Pereira, que fué decretada. Robespierre, escuchado al principio con asombro y últimamente con frialdad, había atacado a Hebert y Chaumette, al atacar al ateísmo, sacando fuerza de su valor y rayos del instinto eterno

del alma humana que atestigua la existencia de Dios. Proclamando la existencia de Dios, creaba Robespierre para sí y para la Revolución una conciencia y un juez. Si hubiera sido un malvado vulgar, habría procurado ocultar al pueblo la luz divina, en vez de avivarla. En este discurso arriesgó su popularidad contra su profesión de fe.

El partido de Hebert, vencido en el club de los jacobinos, se vengó en el ayuntamiento, persiguiendo con mayor intolerancia la libertad de cultos. Dantón habló en la Convención contra estos perseguidores; pero lo hizo como político que desea se respete una costumbre sagrada del pueblo, y no como filósofo que adora la idea más elevada de la mente humana. Este discurso, sin embargo, por odio común a Hebert y Chaumette, estableció, por el momento, buenas relaciones entre Robespierre y Dantón.

El primero, prosiguiendo la tarea de conitar a los jacobinos contra los energúmenos del ayuntamiento, denunció a los intrigantes y a los exagerados.

—En el movimiento súbito y extraordinario en que nos encontramos—dijo—, adoptaremos cuanto el pueblo puede confesar, y rechazaremos los excesos con que los enemigos pretenden deshonorar nuestra causa. Quieren promover disensiones religiosas; pero nosotros las ahogaremos. Confundiremos el ateísmo y respetaremos las creencias sinceras.

Intimidado Hebert por el valor de Robespierre, desmintióse, fingiendo reprobar las persecuciones y escándalos que había promovido. Chaumette se apresuró también a retractarse en el consejo municipal. El comité de Salvación pública se aprovechó del terror de los hebertistas para proclamar, por boca de Robespierre, los principios del gobierno en contestación a los manifiestos de los reyes coligados contra la República.

XI

Conforme había quedado decidido en la sesión anterior, en el club de los jacobinos continuaba depurándose la conducta de sus miembros, cada uno de los cuales, citado por turno a la tribuna, tuvo

que someterse a un examen público de sus opiniones y de su vida.

Cuando se presentó Dantón a dar cuenta de sus actos, prodújose en la sala un murmullo de reprobación. El eco de la mala reputación que tenía había llegado hasta la tribuna. Dantón turbóse al principio; pero, recobrando luego la serenidad de la desesperación, y armándose con la imperturbabilidad de una virtud que carecía, dijo:

—He oído rumores, han circulado contra mí denuncias graves, y deseo justificarme ante el pueblo. Intimo a todos los que hayan concebido sospechas contra mí a que formulen sus acusaciones, porque quiero responder a ellas públicamente. He sufrido una especie de disfraz al presentarme en la tribuna. ¿Habré variado acaso? ¿No soy yo el mismo Dantón que ha permanecido a vuestro lado en todos los momentos críticos? ¿No soy aquel a quien tantas veces habéis abrazado como vuestro amigo y que debe morir a vuestro lado? He sido uno de los más intrépidos defensores de Marat, e invoco la sombra del *amigo del pueblo*. Os admiraréis cuando os relate mi vida privada, al ver que la fortuna colosal que me suponen mis enemigos, se reduce a la pequeña porción de bienes que siempre he poseído, y reto a los calumniadores a que presenten contra mí la prueba de algún crimen. Todos sus esfuerzos no podrán conmoverme; quiero permanecer de pie con el pueblo, en cuya presencia me juzgaréis. ¡No rasgaría una página de mi historia, sin arrancar también las de la vuestra, que ha de inmortalizar los fastos de la libertad!

Después de este exordio, que rompía, por decirlo así, el sello de su alma, hasta entonces cerrado, Dantón pronunció una improvisación tan rápida, que la pluma de los taquígrafos no pudo seguirla. Pasó revista a su vida, a la que puso por pedestal sus actos revolucionarios, retando a los calumniadores a que lo derribaran de él, y concluyó pidiendo el nombramiento de dos comisarios que examinaran su conducta. Esta súplica fué silenciosamente acogida. Se advertía que el pueblo, conmovido por la elocuencia del orador, creía más en el talento que en la conciencia de Dantón.

Robespierre podía precipitar o levantar a Dantón, con una sola palabra; pero, comprendiendo que aun tenía necesidad de él para contrapesar la popularidad de Hebert, decidió salvarlo. Subió a la tribuna, no con la calculada calma con que de ordinario lo hacía, sino con la precipitación de quien va a parar un golpe ya inminente.

— ¡Dantón — le dijo con voz severa —, pides que se formulen las acusaciones que te dirigen, y, como todos guardan silencio, yo voy a hablar! Dantón; te han acusado de haber emigrado, que habías ido a Suiza y que tu enfermedad era fingida para ocultar al pueblo la fuga. Han dicho que ambicionabas ser regente bajo el reinado de Luis XVII; que en cierta época todo estaba dispuesto para proclamar tu dictadura; que eres el jefe de las conspiraciones; que no eran Pitt, ni Coburgo, ni Inglaterra, ni Austria, ni Prusia nuestros más crueles enemigos, sino tú, tú solo; que los miembros de la Montaña eran cómplices tuyos; ¡en una palabra, que era preciso degollarte! La Convención sabe que mis opiniones eran contrarias a las de Dantón; que, cuando Dumouriez traicionó a la patria, mis sospechas se habían anticipado a las suyas. Entonces le reconvine por no haberse irritado bastante contra aquel monstruo; también le censuré el no haber perseguido a Brissot y a los cómplices de éste con bastante vehemencia. Juro que éstos son los únicos cargos que le hago... ¡Dantón! ¿no sabes — continuó con voz casi enternecida — que cuanto más valor y patriotismo tiene una persona, con más encarnizamiento la persiguen los enemigos de la causa pública? Los enemigos de la patria parecen llenarme de elogios exclusivamente, pero los rechazo. ¿Green, por ventura, que entre esos elogios no veo oculta la cuchilla con que se ha querido degollar a la patria? La causa de los patriotas es mancomún. Quizá me equivoque respecto de Dantón, pero visto en el seno de la familia, no merece más que elogios. También lo he observado desde el punto de vista político. La diferencia de opiniones me hacía espiarlo con atención y algunas veces con encono. Dantón desea que lo juzguen y tiene razón, Júz-

gueseme también a mí. ¡Que se presenten los que pretenden ser más patriotas que nosotros!

XII

Este testimonio salvó a Dantón, pero no le devolvió el crédito perdido, y eso es lo que deseaba Robespierre, que lo necesitaba como protegido, pero no como igual. Necesitábalo en la Montaña para aterrar al ayuntamiento, y, vencido éste, Dantón, reducido a un papel subalterno en el club de los jacobinos, veríase precisado a servir o temer. Robespierre no tuvo la misma consideración con los demás miembros de la Convención que dominaban en los clubs de los jacobinos y de franciscanos. Llegado el turno de Anacarsis Kloodtz, *orador del género humano*, exclamó Robespierre:

— ¿Podemos considerar como patriota a un barón alemán? ¿Ni como demócrata a quien tiene cien mil libras de renta? ¿Ni como republicano a quien frecuenta las casas de los banqueros extranjeros y de los contrarrevolucionarios enemigos de Francia? ¡Kloodtz, pasas la vida con los agentes y espías de las potencias extranjeras (Proly, Dubuissón, Pereira), eres un traidor como ellos y es preciso vigilarle! ¡Ciudadanos, lo habéis visto tan pronto a los pies del tirano y de la corte como de rodillas ante el pueblo! Ha hecho la corte a Brissot, a Dumouriez y a la Gironda; quería que Francia atacara al universo, y ha publicado un folleto titulado: *Ni Marat, ni Roland*, en el que abofeteaba a Roland al mismo tiempo que a la Montaña. Sus opiniones extravagantes, su obstinación en hablar de una república universal y en sugerir los furor de las conquistas, son otros tantos lazos tendidos a la República para darle por enemigos a todos los pueblos y elementos; ha fomentado el movimiento contra el culto, y hace visitas nocturnas a Gobel, obispo de París, de acuerdo con el cual preparó la mascarada filosófica. Ciudadanos, ¿consideráis como patriota a un extranjero que pretende ser más demócrata que los franceses y a quien se ha visto, tan pronto más arriba como más abajo de la Montaña, sin pertenecer jamás a ella? ¡Ah! patriotas desgraciados,

¿qué podemos hacer, rodeados de enemigos que para combatirnos forman en nuestras filas? Se disfrazan, nos desgarran y sentimos los golpes sin ver la mano que los asesta. ¡No hay remedio, nuestra misión ha terminado! ¡Nuestros enemigos, fingiendo sobrepasar la Montaña, nos cogen por retaguardia, haciéndonos disparos más mortales!

Enterneciéndose después hasta verter lágrimas y parodiando las palabras de Cristo en la agonía, exclamó:

—¡Vigilemos, porque la muerte de la patria no está lejos!

El desgraciado Klotz, inclinando la frente al pie de la tribuna a la voz de Robespierre, no se atrevió a rechazar el peso de reprobación que lo anonadaba. Fanático sincero y decidido de la libertad, Klotz no era culpable más que de tener relaciones con los hombres corrompidos de la Convención, como Fabre y Chabot, y con los demagogos materialistas del partido de Hebert; pero lo era, en concepto de Robespierre, por la proclamación de la república universal que amenazaba a todos los tronos y a todas las naciones. Robespierre, que siempre había deseado la paz con los extranjeros, seguía deseándola, y, al sacrificar a Klotz como insensato y ateo, creía quitar una piedra de escándalo entre Europa y la República francesa, porque él no quería otra conquista que la de las ideas.

La indulgencia política que había favorecido a Dantón alcanzó también a Fabre d'Eglantine, poeta y cortesano del pueblo, cuya rápida fortuna hacía sospechar de su honradez.

Camilo Desmoulins, otro de los afiliados de Dantón, vióse también obligado a dar explicaciones acerca de la compasión que había manifestado en el tribunal revolucionario cuando oyó la sentencia de los girondinos.

—Es verdad — dijo Camilo — que tuve un movimiento de sensibilidad al oír la sentencia de los veintuno; pero los que me lo censuran estaban lejos de encontrarse en la misma posición que yo. Quiero la República, pero me he equivocado respecto a muchos hombres, tales como Mirabeau y Lameth, a quienes creía verdaderos defensores del pueblo, y que han acabado por venderlo. La fatalidad ha

hecho que de las sesenta personas que firmaron mi contrato de matrimonio, sólo quedan dos con vida, Robespierre y Dantón, pues todos los demás se han fugado o han subido al cadalso. A este número pertenecían siete de los veintuno. He sido el primero en denunciar a los amigos, siempre que he visto que obraban mal, sofocando la voz de la amistad que me habían inspirado algunos hombres de gran talento.

Esta excusa, tímidamente formulada por Camilo Desmoulins, no acalló los rumores de los jacobinos, y Robespierre, que apreciaba tanto como despreciaba a aquel joven, arrebatado como una mujer y voluble como un niño, se levantó para calmarlos.

—Debemos considerar a Camilo Desmoulins con sus virtudes y fragilidades. Tímido algunas veces y confiado, animoso con frecuencia, y siempre republicano, lo hemos conocido alternativamente amigo de Mirabeau, de Lameth y de Dillón; pero también lo hemos visto destrozar los ídolos que había incensado. ¡Le aconsejo que siga su carrera, pero también le recomiendo que no sea tan voluble y procure no equivocarse más respecto a los hombres que desempeñan gran papel en la escena política!

Esta amnistía de Robespierre cerró la boca a los amigos de Hebert, que deseaban herir a Camilo Desmoulins, pues nadie se atrevió a proscribir al que era escudado por Robespierre.

XIII

Las polémicas de Camilo Desmoulins y de Hebert en los periódicos, mantenían viva la discordia. No faltaban indicios que revelaban a Robespierre y al comité los sordos murmullos de Dantón, cuya abdicación y silencio inspiraban recelos al comité de Salvación pública. Desde que había regresado de Arcis-sur-Aube, permanecía inactivo, y esta actitud inspiraba sospechas. La sangre de septiembre que le manchaba las manos, no podía verosímilmente haber inspirado tanta conmiseración al alma de Dantón, en cuya simulada indulgencia veíase, más que un sentimiento, un cálculo que podía considerarse como amenaza contra

los hombres que llevaban al cadalso a los enemigos. Dantón, fingiendo separarse de éstos, parecía esperar una reacción de la opinión pública para volver la guillotina contra ellos, recriminarles el derramamiento de sangre y el sacrificio de las víctimas, aprovechar los sentimientos que hubieran provocado, y apoderarse de la Revolución para entregarlos a las venganzas populares. Estas sospechas de Robespierre y del comité contra Dantón parecían justificarlas el carácter de éste, su situación, su política profunda y el temple de su alma, que, con la inconsecuencia de una sensación, pasaba del impulso del terrorista a la generosidad y compasión. Concurrían, pues, simultáneamente a perder a Dantón, sus crímenes y sus virtudes. El fausto de la vida ociosa y afeminada que hacía en Sevres, cuando la República estaba en efervescencia, y la fortuna inexplicable que se le atribuía comparada con la indigencia de Robespierre, lo designaban como sospechoso. Las temeridades de la pluma de Camilo Desmoulins acusaban también a Dantón, y no podía creerse que aquel joven fuera capaz de atreverse a tanto, a no estar protegido por un coloso, de tal suerte, que sus audacias de estilo eran tenidas por inspiraciones del protector.

Camilo Desmoulins había pretendido adular a Robespierre dirigiendo el *Viejo Franciscano* contra el partido de Hebert; pero, lejos de eso, había, por lo contrario, ofendido al receloso rival de Dantón, ¡extraño error de la adulación que hiere cuando desea acariciar! Todo el nudo del drama que va a desenlazarse estriba en esta inconveniencia de un folletinista, cuya inexperta pluma, queriendo combatir a los enemigos, anticipó la hora crítica de los amigos y la suya. La impaciencia de figurar lo arrastró a la perdición, siendo su muerte, como su vida, un atolondramiento; pero honrado al menos, sublime a veces y rescatando, en apariencia, muchas prostituciones y bajezas del talento.

XIV

Camilo Desmoulins empezó el primer número del *Viejo Franciscano*, adulando a Robespierre.

«Los jacobinos han obtenido la victoria — decía, refiriendo la justificación de Dantón — porque, en medio de tantas ruinas de reputaciones colosales de civismo, la de Robespierre permanece en pie. Fuerte ya por el terreno ganado durante la enfermedad y ausencia de Dantón, el partido de los acusadores, al escuchar las palabras más interesantes y convincentes de la justificación, se mofaba, movía la cabeza y sonreía compasivamente como si oyera el discurso de una persona que ya ha sido condenada por todos.

»Sin embargo, hemos vencido, porque después de los contundentes discursos de Robespierre, cuyo talento parece crecer con los riesgos de la República, y después de la impresión profunda que había dejado en los ánimos, era imposible atreverse a levantar la voz contra Dantón, sin dar, por decirlo así, un recibo público de las guineas de Pitt.»

Más adelante simulaba rendir culto a Marat, para guarecerse con el renombre póstumo de este demagogo contra los que le culparan de lenidad.

«Desde la muerte de este patriota esclarecido, de este gran carácter, a quien me atreví a llamar hace tres años el *divino* Marat, ésa es la única marcha que siguen los enemigos de la República. Y me refiero a sesenta de mis colegas, ¡cuántas veces me he lamentado en sus brazos de las funestas consecuencias de esa marcha! En fin, Robespierre ha descorrido el velo en uno de sus últimos discursos, cuya remisión a toda Europa ha decretado la Convención. A su valor y popularidad correspondía pronunciar, como lo ha hecho, la gran palabra, la palabra saludable, a saber: que Pitt ha cambiado de baterías; que ha empezado a hacer, por medio de la exageración, lo que no pudo obtener por el moderantismo, y que había hombres, políticamente contrarrevolucionarios, que trabajaban para extraviar, como Roland, el espíritu público, falseando la opinión en sentido contrario, pero hacia otro extremo no menos fatal a la libertad. Posteriormente, en dos discursos no menos elocuentes, pronunciados en el club de los jacobinos, Robespierre se ha declarado contra los intrigantes que, con alabanzas péfidas, esperaban separarlo de todos

sus antiguos compañeros de armas y del batallón sagrado de los franciscanos, con el que tantas veces había arrollado al ejército real. ¡Para vergüenza de los clérigos, ha defendido al Dios que éstos abandonaban cobardemente!»

Camilo Desmoulins describía luego los crímenes modernos con el genio de Tácito, imprimiendo al idioma francés la concisión y lustre del latín.

«Después del sitio de Perusa, dicen los historiadores, a pesar de la capitulación, Augusto respondió: «¡Todos debéis morir!» Conducidos al palacio de Julio César, allí fueron degollados, el día de los idus de marzo, trescientos de los principales ciudadanos, después de lo cual, se pasó indistintamente a cuchillo al resto de los habitantes, y la ciudad, que era una de las más hermosas de Italia, quedó reducida a cenizas y borrada, como Herculano, de la superficie terrestre. Había antiguamente en Roma, dice Tácito, una ley que designaba los delitos de Estado e imponía la pena capital. Estos crímenes de lesa majestad reducíanse, en tiempo de la República, a cuatro, que eran: abandonar al ejército en territorio enemigo, provocar sediciones, administrar mal los caudales públicos, y envilecer la majestad del pueblo romano. Los emperadores sólo necesitaron algunos artículos adicionales a esta ley para incluir a los ciudadanos y a las ciudades enteras en la proscripción. Luego que se consideraron las palabras como crímenes de Estado, ya no quedaba más que un paso para convertir en delitos las simples miradas, la tristeza, la compasión, los suspiros y hasta el silencio, llegándose a reputar crimen de lesa majestad o de contrarrevolución el monumento que Mursa había erigido a los que murieron en el sitio de Módena, combatiendo bajo las órdenes de Augusto; pero, por combatir entonces Augusto con Bruto, Mursa sufrió la misma suerte que Perusa.

»Como crímenes de contrarrevolución fueron reputados el hecho de preguntar Libonio Druso, a los que decían la buena ventura, si poseería algún día cuantiosas riquezas; el de denominar el publicista Cremucio Cordo a Bruto y Casio los últimos romanos; el de tener en su casa un descendiente de Casio un retrato de su

bisabuelo; el de escribir Mamercio Escauro una tragedia en que había cierto verso que podía tener dos interpretaciones; el de gastar mucho dinero Torcuato Silano; el de haber visto Petrio, en sueño, a Claudio; el de haber soñado la mujer de Apio Silano con su marido; el de haber ido un amigo de Seyano a buscar asilo en una de las casas de campo de Pomponio; el de quejarse de las desgracias de los tiempos, porque esto era juzgar al gobierno; el de no invocar el genio de Calígula (por haber dejado de hacerlo, muchos ciudadanos fueron destrozados a golpes, condenados a las ruinas o a las fieras, y algunos aserrados por medio del cuerpo), y como crimen, en fin, fué reputado, el hecho de haber llorado la madre del cónsul Favio Geminio por la muerte funesta de su hijo.

»El que no quería exponerse a sucumbir, tenía que mostrarse alegre ante la muerte de un pariente o de un amigo. En tiempos de Nerón, muchas personas, a cuyos deudos había hecho matar, iban a dar gracias a los dioses; y; además, encendían luminarias, porque tenían que mostrarse contentos y tranquilos. Se temía que el miedo hiciera a uno culpable. Todo inspiraba sospechas al tirano. Si un ciudadano tenía popularidad o era rival del príncipe y podía suscitar una guerra civil, sospechoso.

»¿Era pobre? Debía ser vigilado de cerca, pues nadie es tan emprendedor como el que nada posee: sospechoso. ¿Tenía, acaso, carácter sombrío, melancólico o vestía con descuido? Estaba afligido porque los negocios públicos iban bien... sospechoso.

»Si era virtuoso y austero en las costumbres, era otro Bruto que pretendía censurar la corte: sospechoso. Si era filósofo, orador o poeta, era porque aspiraba a tener más fama que los que gobernaban. ¿Podía permitirse que se hiciera más caso de un autor que del emperador? Sospechoso.

»En fin, si alguno había adquirido reputación en la guerra, era considerado como más peligroso por tener talento. Había recursos para el general inepto. Si era traidor, no podía entregar el ejército al enemigo sin que volviera alguno; pero si el general, como Corbulón o Agrí-

cola, hacían traición, arrastrarían consigo a todos. Valía más deshacerse de él, o, al menos, convenía alejarlo cuanto antes del ejército: sospechoso. De esta suerte, no era posible tener cualidad alguna, a no ser utilizándola como instrumento de la tiranía, sin despertar los celos del déspota y sin exponerse a morir. Era crimen desempeñar un gran destino o renunciarlo; pero, el más grave de todos los delitos, era el de ser incorruptible. Uno era acusado por su nombre o el de sus antepasados; otro por su hermosa casa de Alba; Valerio Asiático, porque sus jardines habían gustado a la emperatriz; Itálico, por haberle disgustado su cara; y otros muchos sin saber por qué. Toranio, el tutor, el antiguo amigo de Augusto, estaba proscrito por su pupilo, sin otro motivo que el de ser hombre honrado y amante de su patria. Ni el pretorado ni la inocencia pudieron libertar a Quinto Galio de las sangrientas manos del ejecutor; ese Augusto, cuya clemencia se ha ensalzado tanto, le sacó los ojos con sus propias manos. Era uno vendido y asesinado por sus esclavos o por sus enemigos; y, si no tenía enemigos, se encontraba un homicida en un huésped, en un amigo, y hasta en un hijo. En resumen, durante aquellos reinados, tan extraña era la muerte natural de un hombre célebre o de un funcionario, que se publicaba como un grande acontecimiento, transmitiéndolo el historiador a la memoria de los siglos. En este consulado, dice el analista, hubo un pontífice: Pisón, que murió en su cama, lo cual fué reputado por prodigio.

»A tales acusadores, tales jueces. Los tribunales protectores de la vida y de la propiedad, habíanse convertido en carnicerías, donde lo que llevaba el nombre de suplicio y confiscación no era más que robo y asesinatos. Si no se podía enviar un sospechoso al tribunal, se recurría al asesinato o al veneno. Céler Elio, la famosa Locusta, y el médico Aniceto eran envenenadores de profesión, titulares, del séquito de la corte y especie de grandes dignatarios de la corona. Si no eran suficientes estos medios, el tirano recurría a una proscripción general. De esta suerte, Caracalla, después de matar con su propia mano a Geta, declaró enemigos de

la República a todos sus amigos y partidarios, en número de veinte mil; Tiberio, enemigo de la República, mató treinta mil, y Sila, en un solo día, prohibió el uso del agua y del fuego a setenta mil romanos. Si un emperador hubiera tenido una guardia pretoriana de tigres y panteras, no habría despedazado más personas que con los delatores, libertos, envenenadores y sicarios de César, porque la calamidad ocasionada por el hambre cesa con el hambre, pero la producida por el terror, la codicia o las sospechas de los tiranos no tiene límites. ¡Hasta qué grado de envilecimientos y bajeza podrá llegar la especie humana, cuando se considera que Roma permitió el gobierno de un monstruo que se quejaba de no ver su reinado distinguirse con calamidad de peste, de hambre o terremoto; que envidiaba a Augusto el haber tenido en su reinado un ejército destrozado; a Tiberio los desastres del anfiteatro de Fidenas, donde habían perecido cincuenta mil personas; y, para decirlo todo de una vez, ¡que deseaba ver al pueblo romano con una sola cabeza para derribarla de un golpe!»

XV

Al llegar aquí elévase a la filosofía de Fenelón para dar a la Revolución el colorido de religión política.

«Hay quien cree que la libertad necesita, como la infancia, pasar por gritos y lágrimas para llegar a la edad madura: antes, por lo contrario, es propio de la libertad desearla gozar para conseguirlo. Todo pueblo es libre cuando quiere serlo. La libertad no conoce vejez ni infancia, sólo tiene una edad, la de la fuerza y el vigor: de lo contrario, los que se dejan matar por la República serían tan estúpidos como los fanáticos de la Vendée, que se hacen matar por las delicias del paraíso de que no han de gozar. ¿Cuándo hayamos perecido en los combates, resucitaremos también a los tres días, como creen esos aldeanos estúpidos? No; la libertad que adoro no es el Dios desconocido. Nosotros combatimos por defender bienes de que la libertad, pone en posesión inmediatamente a los que la invocan, y son la declaración de los derechos

del hombre, la dulzura de las máximas republicanas, la fraternidad, la santa igualdad y la inviolabilidad de los principios. Tales son las huellas que dejan los pasos de la Diosa.

»¡ Oh amados conciudadanos! ¿ Nos envileceremos hasta el punto de adorar a semejantes divinidades? No; la libertad, esa libertad bajada del cielo no es una ninfa de opereta, no es un gorro encarnado ni una camisa sucia o andrajosa; la libertad es la dicha, la razón, la igualdad, la justicia; ésta es vuestra sublime Constitución. ¿ Queréis que la reconozca, que me postre ante ella, que derrame toda mi sangre en su defensa? Abrid las cárceles a los doscientos mil ciudadanos que llamáis sospechosos, porque en la declaración de derechos del hombre no hay amenazas de sospechas, sino sólo casas de detención. La sospecha no tiene cárcel, sino acusador público. ¡ No hay gentes sospechosas; sólo hay acusados de delitos previstos por la ley! Y no creáis que esta medida sería perjudicial a la República, sino que sería, por lo contrario, la más revolucionaria de cuantas habéis tomado. Queréis exterminar a los enemigos por la guillotina; pero, ¿ se ha visto en ningún tiempo semejante locura? ¿ Podéis conducir a nadie al patíbulo, sin haceros enemigos de su familia y de sus amigos? ¿ Creéis que son peligrosos las mujeres, los ancianos, los achacosos, los egoístas, los rezagados de la Revolución? De vuestros enemigos sólo han quedado entre vosotros los cobardes y enfermos; los valientes y esforzados han emigrado o han perecido en Lyon o en la Vendée. Los demás no merecen vuestra cólera. La multitud de fuldenses, de rentistas, de comerciantes que encarceláis en la lucha entre la Monarquía y la República, no se parece sino al pueblo de Roma cuya indiferencia describe Tácito en el combate entre Vitelio y Vespasiano.»

XVI

La palabra *comité de clemencia* que había propuesto a la opinión, lisonjeaba la generosidad de los vencedores, consolando la miseria y debilidad de los vencidos. «¡ Cuántas bendiciones brotarán en

tonces de todas partes! Opino de modo distinto que los que os dicen que el terror debe ponerse a la orden del día, pues, por lo contrario, estoy seguro de que la libertad se consolidaría y Europa quedaría vencida si tuvierais un comité de clemencia. Este comité es el que terminaría la Revolución, porque la clemencia es la medida revolucionaria más eficaz cuando se practica sabiamente. Llámenme en hora buena moderado los imbéciles y bribones, pues no me avergüenzo de no ser más rabioso que Marco Bruto, cuando escribía: *¡ Mejor hariais, querido Cicerón, en emplear vuestro rigor en terminar las guerras civiles, que en ejercer vuestra cólera contra los vencidos!* Se sabe que Trasíbulo, después de apoderarse de Atenas, al frente de los desterrados, y de condenar a muerte a los tiranos que no habían perecido con las armas en la mano, se mostró en extremo indulgente para el resto de los ciudadanos y hasta decretó una amnistía general. ¿ Se dirá por esto que Trasíbulo y Bruto eran fuldenses o brissotinos? ¡ No me importa pasar por moderado a la manera que lo fueron aquellos grandes hombres!»

Volviendo luego a hablar del comité de clemencia, decía:

«¿ Qué patriota no se conmueve ante la idea de crear un comité de clemencia, porque no hay que olvidar que el patriotismo es el conjunto de todas las virtudes, y no puede, por lo tanto, existir donde no hay humanidad ni filantropía? ¡ Oh! querido Robespierre, ¡ a ti es a quien dirijo la palabra, porque he visto el momento en que Pitt ya no tenía a otro que vencer que a ti, y sin ti perecía el navío Argos, la República entraba en el caos, y la sociedad de los jacobinos y la Montaña se convertían en torre de Babel! Robespierre, tú, cuyos elocuentes discursos pasarán a la posteridad, ten presentes estas lecciones de historia y de filosofía: que el amor es más fuerte, más constante que el temor; que la admiración y la religión son beneficiosas; que los actos de clemencia son la escala de la mentira, como nos decía Tertuliano, por donde los miembros del comité de Salvación pública se han elevado hasta el cielo, adonde nunca se llegó por escalones ensangrentados. Ya te has acercado

mucho a esta idea con la medida que has hecho decretar hoy en la sesión del decadi 30 de frimario. Es verdad que más ha sido un comité de justicia el que se ha propuesto; pero, ¿por qué ha de ser la clemencia un crimen en la República?»

Por último, dirigiéndose osadamente a Barrere, secretario del comité de Salvación pública, escribía:

«Los moderados, los aristócratas, dice Barrere, ya no se encuentran sin preguntarse: «¿Habéis visto al viejo franciscano?» ¡Yo, patronode los aristócratas! ¡De los moderados! ¡Que la nave de la República, al correr entre los dos escollos de que he hablado, se acerque demasiado al moderantismo, y verán si ayudo a la maniobra, verán si soy moderado! He sido revolucionario antes que todos vosotros; he sido más; he sido un forajido, de lo que blasono, cuando en la noche del 12 al 13 de julio de 1789, el general Danicán y yo obligamos a abrir las tiendas a los armeros, para armar al primer batallón de descamisados. Entonces tenía yo la audacia de la revolución. Ahora, como diputado de la Asamblea nacional, la audacia que me conviene es la de la razón, es la audacia de exponer francamente mi opinión.

»Pero, ¡oh colegas míos!, os diré, como Bruto a Cicerón: Tememos demasiado la muerte, el destierro y la pobreza: *Nimium timemus mortem, et exilium et paupertatem*. ¿Merece esta vida que un representante la prolongue a expensas del honor? No hay entre nosotros nadie que no haya llegado ya a la cumbre de la montaña de la vida, y sólo nos resta bajarla por entre mil precipicios inevitables. Este descenso no nos abrirá ninguna senda, ningún paso que no se haya mostrado mil veces más delicioso a Salomón, quien decía en medio de sus setecientas mujeres y despreciando todo este aparato de felicidad: «He averiguado que los muertos son más felices que los vivos, y que el más dichoso es el que no ha nacido.»

XVII

Hebert, tan severamente atacado, lanzó gritos de dolor y de rabia, y desde entonces no cesó de provocar la expulsión

de Camilo Desmoulins del club de los jacobinos y de denunciarlo a los franciscanos, como escritor pagado por la superstición y la aristocracia. Barrere vociferaba también contra él en el comité de Salvación pública y en la tribuna de la Convención, acusándolo de difamar el patriotismo y de comparar la energía penosa de los fundadores de la libertad con la crueldad de los tiranos. Camilo, abandonado por Dantón y reconvenido por Robespierre, empezó a comprender que había puesto la mano entre dos colosos que iban a estrellarlo en el choque; pero, avergonzándose de retroceder ante la opinión pública, que aplaudía los primeros llamamientos a la clemencia, perseveró en su conducta, agravando su ya comprometida situación.

Hebert, Ronsín, Vincent, Momoro y Chaumette, faltos de resolución en el momento de la lucha, se esforzaban como Camilo Desmoulins por desarmar a Robespierre o atraerlo con adulaciones. La mujer de Hebert, religiosa exclaustrada por la Revolución, pero digna de mejor esposo, frecuentaba la casa de Duplay; y Robespierre, que profesaba a esta mujer el aprecio y respeto que negaba a Hebert, no desatendió las tentativas que ella hizo para reconciliarlo con su marido. Convidada a comer en casa de Duplay, se esforzó por desvanecer las sospechas que abrigaba contra los franciscanos. A Robespierre, quien, por la noche, franqueándose con Hebert, le insinuó que la concentración del poder en un triunvirato compuesto de Dantón, Hebert y él afianzaría tal vez la República, próxima a desmoronarse, Hebert respondió que se consideraba incapaz de desempeñar otro papel que el de Aristófanes del pueblo. Robespierre lo miró con desconfianza, y la mujer de Hebert dijo, al salir, a su marido, que semejante insinuación recibida y rechazada, era un peligro mortal para él.

—Tranquilízate — contestó Hebert—; tan poco temo a Robespierre como a Dantón. Que vengan, si se atreven, a buscarme al ayuntamiento.

Alternativamente medroso o temerario, no hablaba Hebert con menos desconfianza de Dantón en el periódico y en la tribuna del club de los franciscanos.

Los aplausos del populacho, la audacia de Vincent, las armas de Ronsín, las turbas mal disciplinadas de Maillard, alentaban a Hebert, que desacreditaba abiertamente al comité de Salvación pública, no quedando, por consiguiente, al gobierno otro medio que herir a este faccioso o ser herido por él. La Convención veíase amenazada por otro 31 de mayo, pues mientras Hebert pedía la prisión y el suplicio de los sesenta y tres diputados cómplices de los girondinos, Vincent fijaba en el club de los franciscanos carteles en los que se decía que era necesario reducir a mil quinientas almas la población de Lyon, compuesta de cincuenta mil, y arrojar al Ródano los cadáveres. Chaumette enviaba gente al ayuntamiento para que pidiera abiertamente la expulsión de la parte gangrenada de la Convención, y el comité de Salvación pública sabía, por medio de agentes secretos, las tramas anárquicas de Ronsín, que ya era tiempo de cortar. Debía aprovecharse el momento en que los conspiradores amenazaban a Dantón, y a esto se debieron las contemplaciones e indulgencias que tuvo Robespierre en el club de los jacobinos, para Dantón y Camilo Desmoulins. Resuelto a perder a ambas facciones, el comité de Salvación pública se abstenía de atacarlas a un mismo tiempo, creyendo que convenía dejar la esperanza a unos para exterminar fácilmente a los otros. El secreto de esta política del comité no se traslució, pues hasta Dantón, tan perspicaz como era, cayó en el lazo, tomando la longanimidad de Robespierre por alianza, cuando no era más que una celada en la que cayó. Esto es lo que revelaron algunos días después sus palabras: «Morir no es nada, pero, ¡morir juguete de Robespierre!»

XVIII

Por orden del comité de Salvación pública habían sido reducidos a prisión los principales jefes de los franciscanos, Vincent, Herón, Ronsín y Maillard, en virtud de una denuncia de Fabre d'Eglantine; pero luego se les devolvió la libertad a consecuencia de un informe de Robespierre, quien, ocupado, al parecer, únicamente en el predominio del gobierno so-

bre todos los partidos, leyó a la Convención un dictamen acerca de los principios del gobierno revolucionario, que daba alguna luz respecto a sus planes y los del comité.

«La teoría del gobierno revolucionario, decía, es tan nueva como la revolución que la ha producido. El objeto del gobierno constitucional es el de conservar la República, y el del revolucionario el de fundarla.

»La revolución es la guerra de la libertad contra los enemigos, y la Constitución es el reinado de la libertad victoriosa y pacífica.

»El gobierno debe a los buenos ciudadanos toda la protección nacional, y a los enemigos del pueblo, la muerte.

»Ha de navegar entre dos escollos: la debilidad y la temeridad; el moderantismo y el exceso.

»El poder del gobierno debe de ser inmenso; pero, si llega a caer en manos impuras o pérfidas, concluirá la libertad.

»La fundación de la República francesa no es un juego de niños; ¡desgraciados de nosotros si en vez de apretar las haces las desunimos! Sacrifiquemos a esta obra nuestro amor propio. Escipión, después de haber vencido a Aníbal y a Cartago, se enorgulleció de servir bajo las órdenes de su enemigo. Si entre nosotros las funciones del gobierno revolucionario son objeto de ambición, en vez de ser deberes penosos, la República puede considerarse perdida.

»Tan pronto como hemos reprimido los excesos falsamente filosóficos contra los cultos, tan pronto como hemos pronunciado aquí la palabra *ultrarrevolucionarios*, los partidarios de la monarquía han pretendido aplicarla a los patriotas ardientes que habían cometido de buena fe algunos errores. Buscan jefes entre vosotros, y abrigan la esperanza de enemistarnos a unos contra otros. Esta lucha funesta vengaría a los aristócratas y girondinos, pero debemos desvanecer sus esperanzas haciendo juzgar a sus cómplices.»

Este discurso de doble filo, dirigido evidentemente contra los hebertistas que acusaban al comité de Salvación pública de lenidad, y contra los dantonistas que le censuraban el exceso de rigor, con-

clufa con un decreto que ordenaba el rápido procesamiento de Dietrich, alcalde de Estrasburgo, de Custine, hijo del general, y de cierto número de generales acusados de complicidad con el extranjero. Casi todos eran víctimas inocentes sacrificadas a la paz entre los tres partidos, sangre arrojada a la anarquía en la Convención para apaciguarla; pero este sacrificio resultó estéril.

XIX

Los jacobinos eran, para el comité de Salvación pública, el instrumento de la derrota o de la victoria, y Robespierre se encargó de aliarlos con la Convención. Se multiplicó, ocupando continuamente la tribuna para fascinarlos, llegando a ser esta tribuna el único punto sonoro de la República, pues la Convención afectaba hablar poco, desde que ejercía el poder supremo, acaso porque la soberanía no necesitaba hablar, sino herir. Temía, además la Convención, dividirse con discusiones, ante los enemigos, pues su dignidad y su fuerza residían en el silencio. La opinión no retumbaba ni se manifestaba más que en el club de los jacobinos, donde Robespierre no dejaba pasar ocasión alguna para confundir o amenazar a los hebertistas. Un día, mirando el grupo formado por Ronsín, Vincent y los franciscanos, exclamó:

—¡Vean aquí el presagio de su ruina los que desean degradar a la Convención! ¡Oigan el oráculo de su muerte! ¡Serán exterminados!

Camilo Desmoulins había sido citado para justificar las sangrientas insinuaciones que había hecho en el periódico contra el terror; compareció y, al ser vencido, se excusó diciendo:

—Mirad, ciudadanos, ya no sé lo que me pasa. Por todas partes me rodean acusaciones y calumnias; he creído durante mucho tiempo en las acusaciones contra el comité de Salvación pública, pero Collot-d'Herbois me ha asegurado que tales acusaciones eran una farsa. Voy a volvérmelo loco. ¿Es un crimen haber sido engañado?

—Explicaos respecto al *Viejo Franciscano* — le dijo una voz.

Camilo titubeó; Robespierre lo miró con severidad, y, luego, dijo:

—Hace algún tiempo que tomé la defensa de Camilo Desmoulins acusado por los jacobinos; la amistad me permitía hacer algunas reflexiones que atenúa su carácter; pero hoy me veo en la necesidad de hablar de distinto modo. Había entonces prometido Camilo Desmoulins abjurar las herejías políticas de que están plagadas las páginas del *Viejo Franciscano*; pero, obcecado por la venta prodigiosa de su folleto y por los elogios que los aristócratas le prodigan, no ha abandonado la senda del error. Sus escritos son peligrosos, porque alimentan la esperanza de nuestros enemigos, lisonjeando la pública malignidad. Es admirador de los antiguos, y son sus delicias los inmortales escritos de Cicerón y Demóstenes. Le gustan las Filípicas; es un niño a quien han pervertido las malas compañías. Es preciso destruir sus escritos, que Brissot no hubiera desaprobado, y conservar su persona. Pido que los ejemplares de sus folletos sean quemados.

—¡Quemar no es responder! — exclamó el imprudente folletinista.

—¿Cómo te atreves — replicó Robespierre — a aprobar unas páginas que hacen la delicia de los aristócratas? Has de saber que, si no fueras Camilo, no podría tenerse tanta indulgencia contigo.

—Me condenáis aquí — replicó Desmoulins —; ¿pero no estuve en tu casa? ¿No te leí mis escritos, conjurándote, en nombre de la amistad, que me ilustrases con tus consejos y me indicaras el rumbo que debía seguir?

—Sólo me has leído una parte — le respondió con severidad Robespierre —, y, como no acepto disputas de ninguna especie, no quise leer las demás para evitar que se dijera que las había dictado.

—Ciudadanos — dijo entonces Dantón —, a Camilo Desmoulins no deben asustarle las lecciones algo severas que le da Robespierre. ¡Que la justicia y sangre fría presidan siempre vuestras decisiones! ¡Al condenar a Camilo, tened en cuenta no asestar un golpe funesto a la libertad de imprenta!

XX

Estas luchas, preludios de otras más terribles, no impedían a Robespierre dictar las doctrinas que profesaba a la Convención.

«Pongamos al universo al corriente de nuestros secretos políticos — decía en un discurso respecto al espíritu del gobierno republicano—. ¿Cuál es nuestro objeto? El reinado de la justicia eterna, cuyas leyes se han escrito, no en mármoles ni en piedras, sino en el corazón de todos los hombres, y hasta en el del esclavo que las olvida, y en el del tirano que las niega. Queremos substituir en Francia la moral al egoísmo, la probidad al honor, los deberes al bien parecer, la razón a las preocupaciones; es decir, todas las virtudes y maravillas de la República a todos los vicios y mentiras de la monarquía. Sólo el gobierno democrático y republicano puede realizar estos prodigios; pero la democracia no es un estado en que el pueblo, constantemente reunido, dirige por sí todos los negocios públicos, ni tampoco aquel en que cien mil fracciones del pueblo deciden, por medios rápidos, aislados y contradictorios, la suerte de la sociedad entera. Semejante gobierno no puede existir sino para precipitar al pueblo en el despotismo. La democracia es un estado en que el pueblo soberano, sometido a las leyes que él se ha dado, hace por medio de sus delegados cuanto no puede hacer por sí.

»No sólo es la virtud el lema de la democracia, sino que no puede existir más que en esta clase de gobierno. En la monarquía sólo existe un individuo que puede amar a la patria, y éste es el monarca, porque es el único que tiene patria. ¿No se encuentra sólo él en lugar del pueblo? ¡Los franceses son el primer pueblo del mundo que ha establecido la verdadera democracia, invitando a todos los hombres a la igualdad y plenitud de derechos de ciudadanos y por eso triunfará de los tiranos! No pretendemos vaciar la República francesa en el molde de Esparta; pero las tormentas retumban y nos amenazan todavía. Si el resorte del gobierno popular es en los tiempos pacíficos virtud, en las revoluciones es virtud y te-

rror. No siendo el terror otra cosa que la justicia rápida, severa e inflexible, debe ser considerado y es emanación de la virtud. El gobierno actual es el despotismo de la libertad sobre la tiranía para fundar la República. La naturaleza impone a todo ser físico y moral su propia conservación. ¡Reine un solo día la tiranía y mañana no existirá un patriota! Gracia a favor de los realistas, nos dicen. No; ¡gracia para la inocencia, para los débiles, para los desgraciados, para la humanidad! Los conspiradores ya no son ciudadanos, sino enemigos. Se quejan de la detención de los enemigos de la República; se buscan ejemplos en la historia de los tiranos, y se nos acusa de precipitar los juicios y de violar las formas. En Roma, cuando el cónsul descubrió la conjuración y la sofocó inmediatamente condenando a morir a los cómplices de Catilina, fué acusado de haber violado las formas... ¿por quién? ¡por el ambicioso César, que deseaba aumentar su partido con la horda de los conjurados!»

Esta alusión a Dantón y a sus cómplices, estremeció a la Convención e hizo palidecer al aludido.

«Dos facciones nos agitan — prosiguió Robespierre—; una que nos impele a la lenidad, y otra al exceso; la una quiere convertir la libertad en bacante, la otra pretende que se prostituya. Algunos intrigantes subalternos, y a veces algunos buenos ciudadanos engañados, se afilian en uno u otro partido; pero los jefes pertenecen a la causa de los reyes. Los unos se llaman moderados; los otros falsos revolucionarios. ¿Queréis contener a los sediciosos? Los primeros os recuerdan la clemencia de César. Ponderan que alguno ha sido noble mientras servía a la República; pero no se acuerdan de él cuando la vendió. Los otros sobrepujan las locuras de Heliogábalo y de Calígula; pero, ¿deja de ser menos imponente el Océano, porque arroja a las playas la espuma impura?»

XXI

Este discurso fué el toque de alarma de la Convención contra los hebertistas y dantonistas. El comité de Salvación pública ordenó la prisión de Grammont, de

Duret y de Lapalús, amigos de Vincent y de Ronsín, acusados por Couthón de haber deshonrado el terror, convirtiendo el patriotismo en maldad y la justicia nacional en asesinatos.

Los hebertistas temblaron. Robespierre, atacándolos de frente en el club de los jacobinos, pulverizó todas sus mociones y expulsó a todos sus agentes. Refugiados en el club de los franciscanos, pasaron de la cólera a las quejas y de la amenaza a las súplicas. Saint-Just, encargado por Robespierre de comentar sus principios de gobierno en informes, en que la palabra tuviera el filo del acero y la concisión del mando, los leyó a la Convención. El primero de estos informes era referente a los detenidos. «Habéis querido una República, decía Saint-Just; pero si al mismo tiempo no queréis lo que la constituye, sepultará al pueblo bajo los escombros.» Estas demostraciones de severidad de Saint-Just hicieron creer a los partidarios de Hebert que el comité de Salvación pública temblaba ante ellos, y afectaba el mismo lenguaje para amortiguar su oposición. Couthón estaba en cama por haberse agravado los achaques que padecía; y la enfermedad de consunción, que hacía algunos días tenía a Robespierre ausente del comité, les daba aliento para ser osados. Hebert, provocado por Ronsín y Vincent, proclamó en el club de los franciscanos la necesidad de la insurrección; pero, al oírlo, los rostros se demudaron y los concurrentes se fueron marchando sucesivamente. En vano intentó Vincent tranquilizar a los débiles y contener a los fugitivos, y en vano cubrió la estatua de la libertad con un crespón negro, porque sólo una sección, la de la Unidad, donde dominaba Vincent, fraternizó con ellos; las restantes no se movieron. El mayor número, al saber la enfermedad de Robespierre, manifestó inquietud y alarmas por aquella vida que estaba identificada con la de la República. Las secciones nombraron diputaciones para que fueran a informarse del estado de Robespierre, y darles cuenta de la enfermedad. Esta concurrencia extraordinaria del pueblo, a la puerta de un simple ciudadano, reveló a Robespierre su fuerza.

Dantón era admirado, pero no tan honrado.

—Soy un ejemplo de la justicia del pueblo, que puede alentar a los que verdaderamente la sirven — dijo Robespierre a Duplay, que le anunciaba las citadas diputaciones—. Hace cinco años que ni un solo día me ha abandonado a mis enemigos. En sus peligros iría a buscarme hasta en la muerte. ¡Ojalá no sea un día ejemplo de la versatilidad humana!

XXII

Collet d'Herbois, a quien encargó el comité de Salvación pública que substituyera a Robespierre en la sesión del club de los jacobinos, habló en términos vagos de la agitación del pueblo y conjuró a los buenos ciudadanos a permanecer tranquilamente adheridos al centro del gobierno. Cómplice en esperanza del movimiento de Hebert si éste hubiera tomado cuerpo, Collet d'Herbois lo sofocó al advertir que había abortado. Fouquier-Tinville fué llamado a la Convención para dar cuenta de las disposiciones del pueblo. Saint-Just pronunció un discurso aterrador contra las facciones denominadas del extranjero, de las que hizo cómplices a Chabot, Fabre d'Eglantine, Ronsín, Vincent, Hebert, Momoro, Ducroquet, el coronel Saumur y algunos otros intrigantes, menos famosos, del partido de los franciscanos, afectando confundirlos con los realistas.

—¿Dónde está — dijo — la roca Tarpeya? Engañados están los que esperan de la Revolución el privilegio de ser tan perversos como los nobles y los ricos de la monarquía. Una esteva, un campo, una choza al abrigo del fisco, una familia libre de la lubricidad de un forajido, tal es la felicidad. ¿Qué queréis vosotros, los que recorréis las plazas públicas para que os miren y digan de vosotros: ese que habla es fulano, ese que pasa se llama así? ¿Queréis abandonar el oficio de vuestros padres para convertirlos en personas influyentes? ¿Sabéis cuál es el último partido de la monarquía? La clase que no trabaja, que no puede pasar sin lujo ni sin locuras, y que, no teniendo nada en que pensar, piensa mal; que se arrastra en medio del tedio, de los goces

y del disgusto de la vida común; que pregunta: ¿qué hay de nuevo?; que hace suposiciones; que pretendé adivinar el pensamiento del gobierno, y está dispuesta siempre a cambiar de partido por curiosidad. Son hombres que es preciso reprimir. Hay otra clase corrompida, y son los funcionarios. Al día siguiente de ocupar alguno un destino público, toman un palacio y criados; la mujer adquiere joyas, y el marido sube desde el patio a un brillante palco en el teatro. Nunca se ven satisfechos; se necesita otra revolución para proporcionarles otros lujos.

»El ansia de riqueza tiene también sus mártires como la de la gloria. Hay hombres que, como Eróstrato, quemarían el templo de la libertad para conquistar la fama, y de aquí provienen esas tormentas tan bruscamente formadas. Hay quien cree ser el mejor y más útil de los patriotas, pretendiendo que la Revolución se ha terminado, y que debe concederse amnistía a todos los malvados. Esta proposición oficial es acogida por todos los interesados y ya tenemos un héroe. Fijad, pues, límites a las autoridades, porque el espíritu humano los tiene como el mundo, y fuera de ellos están la muerte y la nada. También la sabiduría los tiene. Más allá de la libertad está la esclavitud, como más allá de la organización está el caos. Estos tiempos borrascosos pasarán. ¿No veis la tumba de los que conspiraban ayer? Ya se han adoptado las precauciones necesarias para asegurar a los culpables. Están cercados.

El momento estaba próximo. Durante la noche, fueron detenidos y conducidos a la Conserjería, el general del ejército revolucionario Ronsín, Hebert, Vincent, Momoro, Ducroquet, el banquero holandés Kook, Saumur, coronel de infantería y gobernador actual de Pondichery, Lelerc, Pereira, Anacarsis Clootz, Défiex, Dubuissón y Proly, que fueron tratados como criminales vulgares y no como conspiradores políticos. Acogidos con aplausos irónicos y rechiflas de desprecio en las cárceles, que ellos habían llenado de víctimas, no obtuvieron ni los consuelos de la compasión, ni el decoro de la desgracia, de lo que se lamentaron llorando. Un espía de Robespierre, encarcelado como

cómplice de ellos, para que revelara sus confidencias, refiere su actitud del modo siguiente, en los partes secretos del comité de Salvación pública: «Sólo Ronsín se ha mostrado tranquilo. Al ver escribir a Momoro le ha dicho: ¿Qué estás escribiendo? Todo eso es inútil. Este es un proceso político; has hablado a los franciscanos cuando se debía obrar. Sin embargo, tranquilizaos, añadió, dirigiendo la palabra a Hebert y Vincent, el pueblo y el tiempo nos vengarán. He adoptado un hijo y le he inculcado los principios de la libertad. Cuando sea mayor, no olvidará la muerte injusta de su padre, y dará de puñaladas a los que nos arrancan la vida. No necesitará para eso más que un cuchillo. Es preciso morir.»

XXIII

Los hebertistas fueron conducidos al cadalso en cinco carros, la mañana del 24 de marzo de 1794, sin que el pueblo los honrara siquiera con su atención. Sólo cuando pasó el último carro, en el que iban Anacarsis Clootz, Vincent, Ronsín y Hebert, algunos hombres, que llevaban en la punta de un palo hornillos encendidos, símbolos de los *hornillos* de carbonero del *Padre Duchesne*, los arrimaron al rostro de Hebert, insultándolo con las mismas burlas con que él había ultrajado a tantas víctimas. Hebert parecía insensible, y Vincent lloraba, siendo Anacarsis Clootz el único que iba tranquilo al cadalso. Indiferente al rumor de la multitud, fué predicando materialismo a sus compañeros hasta los umbrales de la nada.

Así concluyó este partido, más digno de la denominación de bando que de la de facción. El aprecio que profesaba Robespierre a Pache, le eximió de esta muerte. Aquél no creyó que el alcalde de París fuera bastante perverso, ni tuviera audacia suficiente para inquietar al gobierno. Después de haber sido diezmado el consejo municipal, Pache era en el ayuntamiento un ídolo sin brazos, conveniente para asegurar la obediencia del pueblo a la Convención. Poco después fueron reducidos a prisión Chaumette, el obispo Gobel, Herault de Sechelles y Si-

món, su colega en la misión de Saboya, desapareciendo así, poco a poco, todos los partidarios de Dantón, quien no veía nada, o conociendo tal vez que no podía impedirlo, afectaba no reparar en nada. Robespierre, encerrado después de haber triunfado de los hebertistas, proseguía su propósito de purificar la República, y, al efecto, escribió un proyecto de informe respecto al asunto de Chabot, que se encontró sin terminar entre sus papeles. Este informe, que daba a unas miserables intrigas carácter de conspiraciones, convertía a Chabot en conjurado, cuando, en realidad, no era otra cosa que un alma vulgar. La sombría imaginación de Robespierre lo abultaba todo; su política, de acuerdo con sus recelos, creía en la necesidad de mantener el terror en la Convención para disponerla a los grandes sacrificios y arrancarle a Dantón, favorito de la Montaña.

«Los representantes del pueblo, decía Robespierre en el citado informe, sólo pueden encontrar la paz en la tumba: los traidores mueren, pero la traición sobrevive.» Después de este grito de desaliento, sondeaba las miserias de la patria, las debilidades de la Convención y las corrupciones de muchos de sus miembros, atribuyéndolas todas a un plan sugerido por el extranjero para seducir y extraviar a la República y conducirla por medio de vicios y desórdenes a la monarquía. Después refería que Chabot, o seducido o cómplice, había contraído matrimonio con la hermana del banquero austriaco Frey, recibiendo en dote doscientos mil francos; que había estado encargado de sobornar a fuerza de oro al diputado que debía extender el informe relativo a la compañía de Indias para favorecer los intereses de los especuladores extranjeros; y que, por último, Chabot había denunciado tarde esa maniobra, de la que era agente, al comité de Seguridad pública. La enfermedad de Robespierre retrasó este informe; pero Fabre d'Eglantine, Bazire y Chabot, encarcelados por orden del comité como cohechados o cohechadores, entraron en los calabozos. Los nombres de estos tres diputados que, como todos sabían, sostenían íntimas relaciones con Dantón, parecían indicar a la opinión pública que

los adictos a éste no eran honrados, que sus amigos no eran inviolables, y que las conspiraciones alcanzaban quizás hasta él.

LIBRO LV

Robespierre, Dantón.—Su entrevista.—Saint-Just en casa de Robespierre.—Inacción de Dantón.—Sesión secreta de los tres comités.—Discurso de Saint-Just.—Pide el encarcelamiento de Dantón y de sus cómplices.—Dantón, Camilo Desmoulin, Philippeaux, Lacroix y Westermann son reducidos a prisión.—Llegan al Luxemburgo.—Sesión de la Convención.—Discurso de Legendre.—Respuesta de Robespierre.—Informe de Saint-Just.—Proyecto de decreto contra Dantón y sus cómplices.—Votación unánime.—Dantón en la prisión.—Camilo Desmoulin.—Su mujer.—Proceso de los acusados.—Su condena.—Su ejecución.—Juicio acerca de Dantón.

I

Sin embargo, Robespierre vacilaba todavía en herir a Dantón con el rayo de su venganza, y esta indecisión, lo mismo que la de Saint-Just y la de Couthón, a quienes dominaba, tenían suspendida la guadaña invisible de la muerte sobre la cabeza de su antiguo rival. Robespierre no lo quería, pero tampoco lo odiaba, porque no le inspiraba ya temor alguno. Si Dantón hubiera sido más incorruptible, Robespierre lo habría asociado de buena gana a su dominación. Aquel Antonio hubiera completado a este Lépido. Dantón estaba precisamente dotado por la naturaleza de facultades de que carecía Robespierre, poseyendo, entre otras, la mirada certera e inspiración, siendo uno el pensamiento, el otro el brazo de la Revolución. El valor cívico era más instintivo y más impetuoso en Dantón. Reunidos ambos, habrían sido el cuerpo y el alma de la República; pero el pensamiento de Robespierre rechazaba la alianza impura del materialismo de Dantón. «La virtud vencida, pero pura, es más fuerte que el vicio triunfante», decía Robespierre, quien experimentó viva ansiedad durante los días que tardó en adoptar una resolución definitiva.

—¡Ah! ¡Si Dantón fuera hombre honrado! — exclamaba con frecuencia—. ¡Si fuera verdaderamente republicano!... ¡Cuánto diera yo por tener la linterna del filósofo griego, para leer en el cora-

zón de Dantón, y para saber que es más amigo que enemigo de la República!

Los jacobinos procedían más rápidamente. Dantón no era, en su concepto, más que la estatua de barro del pueblo, que se desplomaría a los primeros embates.

—Preciso era — decían — arrebatar este dios a la muchedumbre, para obligarla a adorar la virtud revolucionaria. Este Pericles de la corrompida Atenas le convenía a Esparta.

Robespierre lo confesaba, pero no se atrevía a decidirse, preguntándose si la poderosa popularidad de Dantón en la Montaña, después de la muerte de éste, no recaería en otras personas tan viciosas, pero menos fuertes y más pérfidas que Dantón; si no era mejor equilibrar con él el ascendiente en la Convención, que entregarlo al azar de otras popularidades; si, muerto el vicioso, moriría con él el vicio en la República; si en los grandes asaltos que el gobierno tendría que sostener contra las facciones que se multiplicaban, faltarían a la patria la presencia, la voz y la energía de Dantón; si la sangre, en fin, del segundo de los revolucionarios que él iba a derramar, despertaría a otro desalmado asesino la sed de la sangre del primero; si al pie de la tribuna estaría siempre abierta la tumba del colega inmolado, como una celada, donde encontraría la tumba de Vergniaud; si era buen ejemplo para el porvenir y buen augurio para la fortuna propia cavar de este modo la huesa en medio de la Convención, y utilizar como escabel los cadáveres de los rivales.

La naturaleza, que llegaba a ser vencida, pero no sofocada, en el corazón de Robespierre, rebelábase interiormente contra las crueles necesidades de la política. Verdad es que Dantón era su rival; pero también era el más antiguo y el más ilustre compañero de su carrera revolucionaria. Durante cinco años de luchas, de derrotas, de victorias, no habían cesado de combatir juntos para derrocar el trono, para salvar al país y para fundar la República. Sus almas, sus palabras, sus vigiliass, sus sudores, habíanse confundido en las fatigas, en los peligros y en los cimientos de la Revolución.

Se sentaban en los mismos bancos; se encontraban en los mismos clubs; jamás habían disputado; constantemente habían manifestado el uno hacia el otro, fingidamente al menos, cariño y admiración, y se habían defendido mutuamente contra los enemigos comunes. El lugar era bastante amplio para que en él cupiesen dos grandes y diversas ambiciones de la República.

Además, Dantón era joven, padre de algunos hijos, que no tardarían en ser huérfanos, y estaba enamorado de su esposa, a quien prefería al sumo poder y que amortiguaba su ambición.

Couthón, Lebás y Saint-Just eran testigos de la irresolución de Robespierre, quien, al parecer, deseaba que la violencia moral le arrancase el consentimiento que no podía decidirse a dar espontáneamente. Una noche entró en su casa con la sonrisa en los labios y la satisfacción reflejada en el rostro, como quien acaba de realizar una buena acción, y le dijo a Souberbielle:

—Les he arrebatado una presa grande, quizá un gran criminal; pero yo soy como tú el jurado del pueblo, y las nieblas de mi inteligencia no permitían proceder de otro modo.

Souberbielle comprendió más tarde que se trataba de Dantón.

II

Dantón, como queda dicho, se había retirado voluntariamente del comité de Salvación pública, ya para sofocar la envidia, que empezaba a encontrarle demasiado grande, ya para gozar tranquilo del descanso que apreciaba más que la ambición. El amor, el estudio, la amistad, alguno que otro trabajo para la Convención, algunas fútiles intrigas, y algunas ilusiones demasiado manifestadas de su vuelta al poder, eran su constante ocupación diaria. Reunía muchas veces en Sevres a Philippeaux, Legendre, Lacroix, Fabre d'Eglantine, Camilo Desmoulins, Bazire, Westermann y algunos políticos de la Montaña, quienes, no siendo más que alegres convidados, pasaban por conspiradores. Dantón, poco comedido, se desahogaba criticando amarga y sangrientamente al gobierno. Era demasiado

tímido para desear derrocar una dictadura, y demasiado osado para acechar la ocasión de atacarla. Afectaba el tono de un conspirador paciente que tiene en su mano la fuerza para destruirlo todo, pero que no quiere usarla, y parecía que dejaba obrar al comité de Salvación pública, sólo para patentizar su insuficiencia, y únicamente hasta el punto en que a él le conviniera detenerlo.

— ¡Francia cree que podrá olvidarme: ya veremos! — decía muy frecuentemente.

A Dantón no le inspiraba el menor cuidado Robespierre, que, en su concepto, no era más que un metafísico embozado en la virtud, embarazado con los sistemas filosóficos y en la actualidad ENCENAGADO EN LA SANGRE.

— Dantón — le dijo un día Fabre d'Eglantine —, ¿sabes de qué te acusan? De haber lanzado el carro de la Revolución sólo para enriquecerte, mientras que Robespierre permanece pobre en medio de los tesoros de la monarquía derramados a sus pies.

— ¡Bien! — le respondió Dantón —; ¿sabes lo que prueba eso? Que a mí me gusta el oro y a Robespierre la sangre. A Robespierre — añadía — le da miedo el dinero, porque mancha las manos.

Se decía que Dantón había hecho señalar fondos considerables por la Convención al comité de Salvación pública, a fin de empañar la incorruptibilidad de Robespierre con las sospechas que él mismo inspiraba. Dantón y Lacroix habían traído, según se aseguraba, ricos despojos de sus misiones en Bélgica, y no queriendo poseerlos francamente, los habían prestado a una antigua directora de los teatros de la corte, la señorita Montansier, quien los empleaba en provecho de los verdaderos dueños, en la construcción del salón de la Opera. Asegurábase también que algunos de los diamantes extraídos del guarda-muebles de la corona habían quedado en manos de un agente de Dantón.

Desde que el comité de Salvación pública gobernaba con la cuchilla del verdugo, Dantón fingía horror a la sangre, y se esforzaba por dar a sus parciales el nombre de partido de la clemencia. Después de haber buscado la popularidad en

el rigor, procuraba alcanzarla por el camino de la magnanimidad. Hacía signos de inteligencia a las víctimas, y se constituía en vengador para lo futuro; inspiraba a Camilo Desmoulins sus filípicas contra el terror y sus alusiones contra Robespierre, y hacía de la humanidad una facción, que era una acusación permanente contra Collot-d'Herbois, Billaud-Varenes y Barrere, inspiradores o instrumentos del terrorismo. Desde el momento en que semejante sistema encontraba acusador en la persona de Dantón, aquel sistema estaba amenazado. Bajo este gobierno, cuya única fuerza consistía en ser desapiadado, el que invocaba piedad invocaba la insurrección.

III

La inminencia de un choque entre Robespierre y Dantón era evidente a juicio de los montañeses perspicaces, quienes, obligados a decidirse por uno de los dos, pertenecían a Dantón por el corazón, y a Robespierre por lógica. Adoraban al primero, cuya voz tantas veces les había electrizado con el fuego del patriotismo, y temían al segundo más de lo que le amaban. Su carácter reservado y su palabra imperiosa rechazaban la familiaridad, y desviaban la inclinación. Era hombre a quien era preciso ver en perspectiva a alguna distancia para temerle y odiarle menos. El pueblo en masa podía apasionarse por este ídolo; pero sus colegas no se atrevían a amarle. Los diputados patriotas de la Montaña no ocultaban, sin embargo, que, si Dantón era el patriota, Robespierre era el legislador, y que, faltando éste, la República sería una dictadura sin unidad y un barco sin timón en medio de la borrasca. Sólo Robespierre poseía los secretos del rumbo, e indicaba a la democracia el puesto siempre lejano al que esperaban llegar por este mar de sangre. Los montañeses, pues, no podían decidirse a perder ninguno de estos dos hombres; pero, en la alternativa, seguirían a Robespierre llorando a Dantón. Todavía tenían esperanzas de conservar a los dos.

Negociadores oficiosos empeñáronse en promover entre ambos una explicación, que Robespierre no rehusó, porque de-

seaba sinceramente que Dantón fuera completamente inocente para no tener que perderle. Los dos caudillos convinieron celebrar una entrevista, que tuvo lugar en una comida en Charentón, en casa de Panís, amigo de ambos. Los convidados, pocos en número, y animados por el ardiente deseo de evitar esta gran dislaceración a la República, alejaron cuidadosamente de las primeras conversaciones todos los temas de división que pudieran enojarlos, y el principio del banquete fué cordial. Dantón se mostró franco y Robespierre permaneció tranquilo. Auguróse bien de esta unión sin choque, entre dos hombres cuyas disposiciones personales podían apagar la lucha de dos partidos.

Pero, al fin de la comida, ya fuera porque el presuntuoso Dantón vió en la presencia de Robespierre un síntoma de debilidad, ya porque la indiscreción del vino le desató la lengua, o ya porque no pudo ocultar el desprecio que le inspiraban Robespierre y sus amigos, todo varió de aspecto, entablándose entre ambos rivales un diálogo que, penoso al principio, y amargo luego, fué, al fin, amenazador.

—Nosotros dos somos la paz o la guerra para la República — dijo Dantón—. ¡Desgraciado de aquel que la declare! Yo abogo por la paz y ansío la concordia, pero no entregaré mi cabeza a los treinta tiranos.

—¿A quiénes llamáis los treinta tiranos? — preguntó Robespierre—. Bajo la República no hay más tiranía que la de la patria.

—¡La patria! — exclamó Dantón—. ¡La patria existe en un conciliábulo de dictadores, algunos de los cuales desean derramar mi sangre, y a los otros les falta valor para rehusarla!

—Os equivocáis — replicó Robespierre—. El comité no está sediento más que de justicia, y sólo vigila a los malos ciudadanos. Pero, decidme, ¿son buenos ciudadanos los que pretenden desarmar la República en medio del combate; los que se engalanan con las gracias de la indulgencia, cuando nosotros aceptamos lo odioso y la responsabilidad del rigor?

—Eso es una alusión — dijo Dantón.

—¡No, es una acusación! — rectificó Robespierre.

—Vuestros amigos desean mi muerte.

—Los vuestros quieren la muerte de la República.

En este punto intervinieron los amigos de ambos, consiguiendo apaciguarlos.

—No solamente no quiere vuestra cabeza el comité de Salvación pública — dijo Robespierre—, sino que, por lo contrario, desea ardientemente dar nuevas fuerzas al gobierno con el más poderoso influjo de la Montaña. ¿Estaría yo aquí si quisiera vuestra cabeza? ¿Ofrecería mi mano a aquel cuyo asesinato estuviera meditando? ¡Tened cuidado, Dantón, que siembran entre nosotros la calumnia! Equivocando los amigos con los enemigos, fácil es que los primeros lleguen a ser los segundos. Veamos: ¿no podremos comprendernos? ¿El poder tiene o no necesidad de ser terrible cuando los peligros son extremos?

—Sí — repuso Dantón—; pero no debe ser implacable. La cólera del pueblo es un movimiento. Vuestros cadalsos son un sistema. El tribunal revolucionario, que yo he inventado, era un antemural, y vosotros lo convertisteis en una carnicería. ¡Dais el golpe sin elegir la víctima!

—Septiembre no elegía — objetó Robespierre, mofándose.

—¿Septiembre? — replicó Dantón—. Fué un instinto irreflexivo, un crimen anónimo, que nadie absuelve, pero que nadie puede castigar en el pueblo. El comité de Salvación pública derrama la sangre gota a gota, como si quisiera mantener el horror y el hábito de los suplicios.

—Hay gentes — respondió Robespierre — que prefieren derramarla a ríos.

—Vosotros hacéis morir lo mismo a los inocentes que a los culpables.

—¿Ha muerto una sola persona sin ser juzgada? ¿Se ha cortado una sola cabeza que no haya sido proscrita por la ley?

Al oír esto, Dantón prorrumpió en una carcajada amarga y provocadora.

—¡Inocentes! ¡inocentes! — exclamó—. ¡Delante de ese comité que ha dicho a las balas que escogieran a Lyon, y al Loira que eligiese a Nantes! ¡Tú te burlas, Robespierre! ¿Llamáis crimen al

odio que os tienen? ¿Declaráis culpables a todos vuestros enemigos?

—¡No! — protestó Robespierre—, ¡y la prueba es que vives todavía!

Al proferir Robespierre estas palabras, se levantó, y salió dando muestras inequívocas de impaciencia y de enojo, guardando profundo silencio mientras recorría la distancia que hay desde Charentón a la calle de Saint-Honoré. Al llegar a la puerta de su casa, dijo al amigo que lo acompañaba:

—Ya lo ves: no hay medio de atraer a este hombre al gobierno, pues desea adquirir popularidad a expensas de la República. Dentro, la corrompe; fuera, la amenaza. No somos bastante fuertes para despreciar a Dantón, y sí demasiado valerosos para temerle. Queríamos la paz; pero él prefiere la guerra. ¡Cúmplase su deseo!

Apenas había entrado en su habitación, Robespierre mandó llamar a Saint-Just, con quien permaneció encerrado parte de la noche, y muchas horas durante los dos días siguientes. Se cree que en estas largas conferencias prepararon y convinieron las noticias y discursos que debían conducir al cadalso a Dantón.

IV

Dantón pasó dos días en Sevres, sin que, al parecer, preveyese, o sin querer conjurar la tormenta que le amenazaba. En vano Legendre, Lacroix el joven, Rousselin, Camilo Desmoulins y Westermann le suplicaron que reflexionara acerca de su posición, y que se anticipara al comité de Salvación pública, sino por medio de la fuga, por la audacia.

—La Montaña es tuya — le decía Legendre.

—Las tropas son tuyas — le decía Westermann.

—La opinión pública es nuestra—decía Rousselin.

—A tu voz se convertirá en ira la conmiseración del pueblo.

Dantón sonreía con indiferencia y con orgullo, respondiendo:

—No es tiempo. Además, sería preciso derramar sangre, y yo estoy cansado de ella. Ya he gozado bastante de la vida, y no quiero conservarla a ese pre-

cio. Prefiero ser guillotinado a ser guillotinado. Además, no se atreverán a atacarme, ¡porque soy más fuerte que ellos!

Decía esto, quizá sin creerlo, fingiendo tener confianza para justificar la inacción; pero, en realidad, si no obraba era por el convencimiento de que no podía. Dantón era una fuerza inmensa; pero esta fuerza carecía de punto en que apoyar la palanca para levantar la República. ¿La encontraría en los jacobinos? Los había entregado a Robespierre. ¿En los franciscanos? Los había abandonado a Hebert. ¿En la Convención? La había sujetado, retirándose, al comité de Salvación pública. Estaba cercado y desarmado por todas partes, y no contaba con otra fuerza que con la de los más fríos y más activos sentimientos públicos, porque tales son la compasión y el miedo. No podía invocar más que un murmullo todavía vago de la opinión. Y, además, ¿el hombre de septiembre podía ser dignamente el hombre de la clemencia? ¿Podía personificarse en un Mario una revolución humanitaria? ¿Tenía derecho a sublevar la conciencia pública con las manos teñidas de sangre? ¿No le aplastarían bajo el peso de los hechos pasados? ¿No le convencerían de la mentira? Todo esto lo conocía sin confesárselo, adormeciéndose en una seguridad imaginaria, y envolviéndose en su desvanecida popularidad, como en una túnica inviolable que conciliaba el sueño.

Saint-Just, Robespierre, Barrere y todo el comité estaban persuadidos de que la elocuencia de Dantón podía, por sorpresa, malparar a la Convención y recobrar el ascendiente no del todo extinguido en la Montaña, por lo que deseaban desarmar al gigante, antes de combatirlo. El azar de una sesión les parecía demasiado arriesgado para arrostrarlo, porque, en tales casos, ninguna voz, ni aun Robespierre, tenía la irresistible atracción que la de Dantón. Creyendo, pues, que el silencio era más prudente, y más seguro el misterio, obraron como el senado de Venecia, y no como los comicios de Roma, utilizando el calabozo en lugar de servirse de la tribuna.

V

El comité de Salvación pública convocó durante la noche a sesión secreta a los miembros del comité de Seguridad general y a los del comité de Legislación. Ninguno sospechaba el complot terrible a que se les asociaba. Dantón tenía algunos amigos en ambos comités, amigos débiles, que habían de temer declarar inocente al que Robespierre declarara culpable. Los semblantes estaban taciturnos, se evitaban las miradas, y todos guardaban silencio. Saint-Just, con el acento más incisivo y la voz más metálica que nunca, comenzó manifestando que eran un secreto de Estado la reunión que se celebraba y el acuerdo que se adoptase, cualquiera que éste fuese, y, después, sin parecer afectado por la crítica posición en que se encontraba, dijo «que la República estaba minada hasta en la Convención misma; que un hombre que, durante mucho tiempo había sido útil, era entonces peligroso, y, siempre egoísta, había fingido retirarse de los comités del gobierno, para separarse de sus colegas, e imputarles después como crimen la salvación de la patria; que este hombre, metido en conspiraciones, saciado de riquezas, convencido de traidor, primeramente con la corte, luego con Dumouriez, después con la Gironda, y con los falsos aduladores de la revolución, por fin, tramaba ahora la más peligrosa de todas, ¡la traición de la clemencia! que, afectando hipócritamente sentimientos humanitarios, pervertía la opinión, daba pábulo a las murmuraciones, irritaba los espíritus, fomentaba la división en la representación nacional, y mantenía la esperanza de la Vendée; que reunía en torno suyo, en inacción aparente, todas las personas viciosas, débiles o veleidosas de la República; que les trazaba la línea de conducta que debían seguir, y les comunicaba las calumnias que él inventaba contra los saludables rigores de los comités; que la revolución fracasaría si los servicios pasados y dudosos de este hombre pudieran escudarlo ante los buenos patriotas, contra los crímenes presentes, y, sobre todo, contra los crímenes futu-

ros; que la peor de las contrarrevoluciones sería la que pérfidamente indujeran a hacer al pueblo; que el más pernicioso de los gobiernos sería una República que cayera en manos de los más corrompidos y falsos demagogos; que este hombre, y únicamente él, era la contrarrevolución por el pueblo... Este hombre, todos le habéis nombrado ya — agregó, después de una pequeña pausa—. ¡Este hombre es Dantón! ¡Sus crímenes están escritos en el silencio que guardáis al oír su nombre! Si fuera honrado, ya me habrían ensordecido vuestros murmullos y protestas. Ninguno le cree inocente. Todos lo consideran peligroso. ¡Tengamos el valor de nuestras convicciones! ¡Tengamos la inflexibilidad de nuestros deberes! ¡Pido que Dantón y sus principales cómplices, Lacroix, Philippeaux y Camilo Desmoulins, sean reducidos a prisión durante la noche y conducidos ante el tribunal revolucionario!»

Al oír esto, todos miraron a Robespierre, quien se había levantado lleno de indignación la primera vez que Billaud-Varennes propuso la prisión de Dantón, y, en esta ocasión, guardaba silencio. Comprendieron que Saint-Just había hablado por ambos, y nadie se atrevió a mostrar indecisión cuando Robespierre parecía decidido. Barrere y sus colegas firmaron la orden. El silencio era instintivo, pues la menor indiscreción hubiera parecido complicidad, y la complicidad era la muerte.

Un empleado subalterno de las oficinas del comité, llamado París, que había oído algunas palabras del discurso de Saint-Just al través de las hendiduras de la puerta, corrió a casa de Dantón, y le dijo que, habiéndose pronunciado muchas veces su nombre en la reunión de los tres consejos, temía que se adoptara una resolución siniestra contra él, y le ofreció asilo seguro donde podía esperar que pasara la tempestad. La joven esposa de Dantón se arrojó a los pies del marido, bañada en llanto, y le rogó por su amor y el de sus hijos que no despreciara este aviso de la suerte, y se ocultara durante algunos días. No se sabe si por no dar crédito al aviso, si por considerar humillante huir, o por falta de ánimo para soportar una vida azarosa y que, según

César, era peor que la muerte, Dantón rehusó.

—Mucho discutirán antes de descargar el golpe contra una persona como yo — decía —; se entretendrán discutiendo y, al fin, seré yo quien les sorprenda.

Despidió a París, leyó algunas páginas y se durmió. A las seis de la mañana llamaron a la puerta de su casa seis gendarmes, que le presentaron la orden del comité.

—¿Conque se atreven? — dijo, estrujando el papel entre las manos—. ¡Bien! Son más osados que lo que suponía.

Se vistió, abrazó convulsivamente a su esposa, la tranquilizó respecto a su suerte, le suplicó que viviera, y siguió a los gendarmes, que lo condujeron a la prisión del Luxemburgo.

A la misma hora arrancaban a Camilo Desmoulins de los brazos de Lucila.

—Voy a los calabozos — dijo éste al salir — por haberme condolido de las víctimas. ¡Si muero, mi único pesar será no haber podido salvarlas!

Philippeaux, Lacroix y Westermann entraban al mismo tiempo en el Luxemburgo, donde Herault de Sechelles, Fabre d'Eglantine, Chabot y de Launay los esperaban ya. El nombre de Dantón admiró a los presos. Los encarcelados de todos los partidos y especialmente los realistas, se agruparon para contemplar al que era escarnio de la República. Esta burla del destino era el sentimiento que parecía humillar más a Dantón, y el que más se esforzaba por rechazar.

—Bien, sí — decía irguiendo la cabeza y prorrumpiendo en fingidas risotadas, que contrastaban con su situación—. ¡Soy Dantón, miradme bien! La treta está bien jugada, lo confieso, pues jamás habría creído que Robespierre me escamoteara de este modo. ¡Es necesario saber aplaudir a los enemigos cuando se portan como hombres de Estado! Por lo demás, ha hecho bien — añadía, dirigiéndose a los realistas que lo rodeaban —; pero dentro de algunos días os libertaré a todos. Yo estoy aquí por haber querido poner término a vuestras miserias y esclavitud.

Al hablar así es de suponer que trataba de disminuir el horror que inspiraba su nombre, y de conciliar el interés de

sus víctimas. Su afectada bondad captaba todos los corazones. Los realistas estaban reducidos a no encontrar afecto ni preferencia más que entre los enemigos.

VI

Dantón fué encerrado en el mismo calabozo que su amigo Lacroix.

—¡Presos nosotros! — exclamaba Lacroix—. ¿Quién lo habría previsto?

—Yo — le contestó Dantón.

—¡Qué! ¿Lo sabías y permaneciste quieto? — replicó Lacroix.

—Su cobardía me tranquilizaba — volvió a decir Dantón—. ¡He sido engañado por sus bajezas!

Hacia el mediodía pidió que le dejaran pasear por los corredores, como a los demás presos, y los carceleros no se atrevieron a prohibir que diera algunos pasos por la cárcel al que el día antes dominaba en la Convención. Herault de Sechelles corrió hacia él y le abrazó, y Dantón fingió indiferencia y alegría.

—Cuando los hombres cometen necesidades — decía a Herault de Sechelles, encogiendo los hombros —, es preciso saber reírse de ellas.

Viendo después a Tomás Payne, el demócrata americano, le dijo con tristeza:

—Lo que tú has hecho por tu patria, he intentado hacer yo por la mía. He sido menos feliz que tú, pero no más culpable.

Se volvió en seguida hacia un grupo de amigos suyos que lamentaban su suerte, y, dirigiéndose a Camilo Desmoulins, que daba con la cabeza contra las paredes, le dijo:

—¿A qué vienen esas lágrimas? Ya que nos mandan al cadalso, marchemos a él con alegría.

No duró mucho tiempo a los acusados el consuelo de estar juntos, porque se dió orden de encerrarlos a todos en distintos calabozos. El de Dantón estaba cerca de los de Lacroix y Camilo Desmoulins. Pegado constantemente a los hierros de la ventana, no cesaba Dantón de hablar en voz alta para que le oyeran los presos que habitaban otros pisos o que se paseaban por los patios. Como su valor necesitaba espectadores, hacía de

la ventana tribuna, para estar en escena hasta en el calabozo; la fiebre de su alma se revelaba en las pulsaciones de su pensamiento y en la agitación de sus discursos. Hombre de tumulto, no era de esas naturalezas que recogen la fuerza en el silencio, y que no necesitan más testigo que la conciencia. Le faltaban un ruidoso infortunio y la popularidad de la desgracia. Su locuacidad importunaba a los demás presos.

VII

La noticia de la prisión de Dantón cundió rápidamente por París; pero todos se resistían a creer que el comité de Salvación pública hubiera incurrido en semejante temeridad, porque, Dantón aprisionado, parecía el sacrilegio de la Revolución. Esta temeridad, a pesar de todo, revelaba una fuerza inmensa en los que la habían llevado a cabo, y no se sabía si había que murmurar o aplaudir. Todos guardaban silencio esperando la explicación.

La Convención tardaba en reunirse, pero sordos murmullos anunciaban que sus miembros se comunicaban a media voz las novedades, las conjeturas y las impresiones de los sucesos de la noche. Los pensamientos se leían en la frente de todos; pero todos se preguntaban interiormente si había ya seguridad en alguna parte, si podía prometerse alguna independencia, ante el poder oculto que se atrevía a hacer desaparecer a Dantón. Los miembros del comité de Salvación pública no estaban en sus bancos, y, como soberanos que se hacen esperar, dejaban desvanecerse la impresión antes de arrostrarla.

Apareció Legendre, el amigo más valeroso de Dantón. Era el Dantón subalterno, agitador unas veces, otras pacificador del pueblo, de donde procedía, y de quien se creía que tenía el talento de aquél, que era como él turbulento, como se le creía dotado del denuedo de aquél, porque poseía el mismo furor. Al enterarse de la prisión de su amigo, Legendre se creyó amenazado y pensó citar la tiranía a la barra de la Convención. Su figura desencajada manifestaba la lucha

que sostenía su alma, entre el arrojo y el temor, entre la incitadora amistad y el servilismo que guardaba silencio. Legendre subió precipitadamente las gradas de la tribuna.

—Ciudadanos — dijo —, cuatro miembros de esta Asamblea han sido arrestados durante la pasada noche. Dantón es uno: ignoro los nombres de los demás. ¿Qué importan los nombres si son culpables? Pero pido que sean oídos, juzgados, condenados o absueltos por vosotros. Ciudadanos, yo sólo soy el fruto del genio de la libertad; yo no soy más que su obra, y no desarrollaré mi proposición sino con gran sencillez. No esperéis de mí otra cosa que la explosión de un sentimiento. ¡Declaro, ciudadanos, que Dantón es tan honrado como yo, y jamás nadie ha sospechado, en este sitio de mi probidad!...

Estas palabras fueron acogidas con un murmullo de desaprobación, que reveló la falsa posición de Dantón. Legendre empezó a turbarse. El presidente impuso silencio, y el orador continuó:

—No me dirigiré a ningún miembro del comité de Salvación pública, pero tengo derecho a temer que los odios personales priven de libertad a los hombres que han prestado los más grandes y más útiles servicios a la patria. Esto debo decirlo del hombre que en 1792 provocó un alzamiento en Francia entera con las medidas enérgicas de que se sirvió para conmover al pueblo; del hombre que hizo decretar la pena de muerte contra cualquiera que no entregara sus armas o que no las empleara contra el enemigo. No, no puedo, lo confieso, creerlo culpable; y aquí conviene recordar el juramento recíproco que hicimos en 1790, juramento mediante el cual cualquiera de nosotros dos que advirtiera que el otro era traidor a la causa del pueblo, se comprometía a asesinarlo al instante; ¡juramento que me complace en recordar hoy! Lo repito: creo a Dantón tan inocente como yo, pero ha sido encarcelado esta noche porque temieron, sin duda, que su voz confundiera a los acusadores. Pido, por consiguiente, que antes de oír ninguna otra causa, sean llamados los presos y escuchados por nosotros.

VIII

Robespierre se habría perdido si no hubiera llegado a la sesión en el momento en que hablaba Legendre. Convirtiéndose el estupor de la asamblea en indignación al oír a Legendre, estaba dispuesta a citar a Dantón como un testigo de la audacia del comité. El alma de Dantón, templada en el aire del calabozo y empapada en la cólera, podía provocar una de esas explosiones que derrocan la tiranía; y la Asamblea no hubiera resistido al espectáculo de Dantón prisionero, mostrando a sus colegas los brazos encadenados, invocando a los amigos, y confundiendo a los acusadores. Robespierre comprendió el peligro con el instinto adquirido en la actualidad de las asambleas populares y en la voluntad de vencer, y se lanzó a la tribuna.

— Ciudadanos — dijo —, por la confusión, mucho tiempo desconocida, que reinó en esta Asamblea; por las agitaciones que produjeron las primeras palabras del que ha hablado antes del último preopinante, fácil es advertir que se trata de una cuestión de interés; que se trata de saber si algunos hombres deben poner hoy sus intereses particulares sobre los de la patria. ¿Qué evolución es ésta que han hecho los miembros de esta Asamblea, y especialmente los que se sientan en un lado que se vanagloria de haber sido el asilo de los más intrépidos defensores de la libertad? ¿Por qué? ¿por qué se desea saber hoy si el interés de algunos hipócritas debe preferirse al interés del pueblo francés? (Aplausos.) ¿No hemos hecho nosotros sacrificios heroicos, en cuyo número es preciso contar esos actos de severidad dolorosa; no hemos hecho esos sacrificios más que para volver a someternos al yugo de algunos intrigantes que no desisten de sus pretensiones de dominio? ¿Qué me importan los discursos, los elogios que se tribute a sí mismo, y a sus amigos? La experiencia, demasiado prolongada y penosa, nos ha enseñado a apreciar esas fórmulas oratorias. No queremos que nos cuenten lo que un hombre y sus amigos se alaban de haber hecho en tal época o en tal circunstancia particular de la Revolución;

queremos que nos digan lo que han hecho en el transcurso de su carrera política. (Aplausos.) Parece que Legendre ignoraba los nombres de los presos; pero toda la Convención los sabe. Lacroix ha sido también encarcelado. ¿Por qué finge ignorarlo? Porque sabe perfectamente que no se puede defender a Lacroix más que careciendo de pudor. Ha hablado de Dantón, porque supone, sin duda, que éste tiene algún privilegio. No, no queremos privilegios, no queremos ídolos. (Aplausos repetidos.) Veremos si la Convención sabe hacer pedazos un ídolo hueco, carcomido desde hace mucho tiempo, o si, al desplomarse, aplastará con su peso a la Convención y al pueblo francés. ¿Lo que se ha dicho de Dantón no era aplicable a Brissot, a Pethiön, a Chabot, ni a Hebert, ni a otros muchos que han ensordecido a Francia con el ruido fastuoso de su fingido patriotismo? ¿Qué privilegios le escudarán? ¿En qué ventaja Dantón a Chabot, y a Fabre d'Eglantine, su amigo y confidente, de quien es ardiente defensor? ¿Qué superioridad tiene sobre sus conciudadanos? ¿Es porque algunos individuos alucinados o no alucinados se han agrupado en torno suyo para marchar tras de él a la fortuna y al poder? Cuanto más ha engañado a los patriotas que en él depositaron su confianza, más debe sufrir el rigor de los amigos de la libertad.

» Ciudadanos, ha llegado el momento de hablar claro. En todo lo que se ha dicho no veo más que un presagio de la ruina de la libertad y de la decadencia de los principios. ¿Qué son estos hombres que sacrifican a relaciones personales, al temor quizá, los intereses de la patria, y que, cuando la igualdad triunfa, pretenden invalidarla en este recinto? ¿Qué habéis hecho vosotros, que no haya sido hecho libremente, que no haya salvado la República, que no haya sido aprobado por toda Francia? Quieren inspirarnos temor de que el pueblo perezca víctima de los comités que han obtenido la confianza pública, y que son emanados de la Convención nacional, de la que se intenta separarlos, porque todos los que defienden su dignidad son víctimas de la calumnia. Se teme que los presos sean oprimidos; eso es lo mismo que descon-

fiar de la justicia nacional y de los hombres que han obtenido la confianza de la Convención. ¡Desconfían de la Convención que ha depositado en ellos esta confianza, y de la opinión pública que la ha sancionado! Cualquiera que tiemble ahora, es culpable, porque la inocencia jamás teme ser vigilada. (Aplausos.)

»También han pretendido inspirarme terrores a mí, han pretendido hacerme creer que, acercando a Dantón el peligro, lo atraía hacia mi persona. Me lo han presentado como persona a quien debía abrazarme como a un escudo, como a un baluarte que, una vez derribado, me dejaría expuesto a los ataques de mis enemigos. Me han escrito en este sentido los amigos de Dantón y me han abrumado con sus discursos, creyendo que el recuerdo de una antigua amistad y que una fe antigua en las falsas virtudes, podrían entibiar mi celo y mi pasión por la libertad. Pues bien, declaro que ninguno de estos motivos ha producido en mi alma la más ligera impresión; declaro que, si fuera verdad que los peligros de Dantón eran los míos propios, y que ellos hubieran hecho adelantar a la aristocracia un paso más para alcanzarme, ¡no consideraría esta circunstancia como una calamidad pública! ¡Qué me importa el peligro! ¡Mi vida pertenece a la patria, mi corazón no conoce el temor, y, si yo muriera, sería sin mancha y sin ignominia! (Prolongados aplausos.) En las lisonjas que me han tributado, en los halagos de los que rodeaban a Dantón, no he visto más que señales ciertas del terror que habían concebido, antes de ser amenazados.

»Yo también he sido amigo de Pethión; pero, al quitarse la máscara, lo he abandonado. También he tenido relaciones con Roland; pero, al enterarme de que era un traidor, le denuncié. Dantón desea recuperar su puesto; y, en mi concepto, no es más que un enemigo de la patria. (Aplausos.) Aquí es, sin duda, donde hacen falta valor y grandeza de alma. Los espíritus vulgares o los hombres culpables temen siempre ver caer a sus semejantes, porque, no teniendo delante de sí una barrera de delincuentes, quedan más expuestos a la luz de la verdad. Pero, si existen almas vulgares, también las hay

heroicas en esta asamblea, puesto que dirige los destinos de la patria y destruye todas las facciones.

»¡Los culpables no son tan numerosos!»

IX

Este discurso tenía, por lo menos, la grandeza del odio. Si Robespierre hubiera sido hipócrita, como se le creía, habría guardado silencio, dejando a un comité anónimo la responsabilidad, la odiosidad y el riesgo del acto. Se presentó solo para amparar al comité y para luchar cuerpo a cuerpo con la poderosa reputación de Dantón, sofocando con su discurso los murmullos y las veleidades de independencia de la Montaña. Todos reconocieron la superioridad, y fingieron convicción. Legendre, cuyo valor desmayaba ante las interpelaciones y la mirada amenazadora de Robespierre, temía que cada palabra fuera una acusación contra él, razón por la que se dió prisa a aplacar al que acababa de hacer frente. Balbucoó algunas frases entrecortadas por el espanto, y suplicó a Robespierre que no lo creyera capaz de posponer la libertad a un hombre. Nunca el corazón fué más débil en el amigo, ni más cobarde la lengua en el orador. Legendre se desprestigió por completo ante la asamblea, y con él quedó frustrada la tentativa de los amigos de Dantón.

Subió entonces Saint-Just a la tribuna. Su confianza y su impasibilidad aparente daban a lo arbitrario apariencias de intrépida justicia. Pronunció con voz grave y monótona el informe previamente redactado por él y Robespierre acerca de las conspiraciones que amenazaban a la República, a las que agregó la supuesta conspiración de Dantón, cuidando de establecer cierta correlación entre todos los conspiradores, a fin de que el realismo de los emigrados, el anarquismo de Herbert, la venalidad de Chabot, la corrupción de Fabre y el moderantismo de Herault de Sechelles, se reflejaran en Dantón. Conocíase bien que el acusador no creía en la acusación, que Dantón no era, en opinión suya, más que la víctima responsable de todos los males de la República, y que, en el fondo, el informe de

Saint-Just se limitaba, por toda prueba, a decir a la Convención: Entregadnos este hombre, porque sospechamos que conspira contra la libertad.

—Ciudadanos — dijo Saint-Just —, la revolución está en el pueblo, y no en la celebridad de algunas personas. Hay algo terrible en el sagrado amor de la patria, que, es tan exclusivo, que todo lo inmolaba, sin piedad, sin temor y sin respeto humano, al interés público. Precipitó a Manlio, arrastró a Régulo a Cartago, arrojó a un romano en un abismo, y coloca a Marat en el Panteón.

»Vuestros comités de Salvación pública y de seguridad personal, inducidos por este sentimiento, me han encargado que pida justicia, en nombre de la patria, contra los traidores a la causa popular.

»¡Quiera el Cielo que este ejemplo de vuestra inflexibilidad sea el último que os deis a vosotros mismos!

»Hemos sufrido todas las borrascas que suelen desencadenarse en la ejecución de los vastos designios. Una revolución es una empresa heroica, cuyos autores marchan entre el suplicio y la inmortalidad.»

Pasando luego revista a todos los partidos, desde Mirabeau hasta Chabot, Saint-Just exclamó: «Tú responderás, Dantón, a la justicia inevitable e inflexible. Examinemos tu conducta pasada, y demostremos que, cómplice de todos los atentados, fuiste siempre contrario al partido de la libertad, y que conspiraste con Mirabeau y Dumouriez, como con Hebert y con Herault de Sechelles.

»Dantón, tú has servido a la tiranía; es verdad que fuiste enemigo de Lafayette, pero también lo fueron Mirabeau, d'Orleáns y Dumouriez. ¿Te atreverías a negar que te has vendido a los tres conspiradores más violentos contra la libertad? Por la protección de Mirabeau fuiste nombrado administrador del departamento de París, cuando la Asamblea electoral era decididamente realista, y todos los amigos de Mirabeau se alababan de haberte hecho callar. Por eso permaneciste mudo mientras vivió aquel personaje.

»En los albores de la revolución mostraste a la corte una frente amenazadora y hablaste violentamente contra ella. Mirabeau, que proyectaba un cambio de

dinastía, valuó el precio de tu audacia, y se apoderó de ti. Desde entonces dejaste a un lado los severos principios, y no hemos vuelto a oír hablar de ti hasta la mortandad del Campo de Marte, en cuya ocasión apoyaste la moción de los jacobinos, que fué un pretexto pagado por la corte, para desplegar la bandera roja y ensayar la tiranía. Los patriotas que no estaban iniciados en la trama, habían combatido inútilmente tu opinión sanguinaria. Contribuiste con Brissot a redactar la petición del Campo de Marte, y escapasteis al furor de Lafayette, que hizo asesinar a dos mil patriotas; Brissot permaneció después pacíficamente en París, y tú te marchaste a gozar a Arcis-sur-Aube... si es que puede gozar quien conspira contra la patria.

»¿Es concebible la tranquilidad en Arcis-sur-Aube? ¡Tú, uno de los autores de la petición! ¡Mientras que los que la habían firmado, unos habían sido cargados de grillos, y otros asesinados, tú y Brissot erais objeto de agradecimiento para la tiranía, ya que no lo erais de odio ni de terror!

»¿Y qué diré de tu inconstante y cobarde abandono por la causa pública en medio de la crisis, durante la cual abrazabas siempre el partido de retirarte?

»Muerto Mirabeau, conspiraste con los Lameth y los contuviste. Te mostraste neutral durante la Asamblea legislativa, y has tenido cerrados los labios en la penosa lucha de los jacobinos con Brissot y la facción de los girondinos. Al principio apoyaste su opinión respecto a la guerra; pero, apurado después por los vituperios de los más dignos ciudadanos, declaraste que observabas a los dos partidos y que te atrincherabas tras del silencio.

»Tú celebraste, Dantón, una conferencia con Dumouriez, después del 10 de agosto, en la que os jurasteis amistad a toda prueba, y en la que unisteis vuestras fortunas.

»Tú has sido el que, de regreso de Bélgica, te atreviste a hablar de los vicios y de los crímenes de Dumouriez con la misma admiración que pudiera expresarse hablando de las virtudes de Catón.

»¿Qué conducta has observado en el comité de Defensa general? Allí recibías

a los cómplices de Guadet y de Brissot, y decías a éste: Tenéis talento, pero no os faltan pretensiones. He aquí la indignación contra los enemigos de la patria.

»En la misma época te declarabas partidario de los principios moderados, y tus formas atléticas parecían encubrir la debilidad de tus consejos. Decías que las máximas severas atraerían demasiados enemigos a la República. Conciliador banal, todos tus exordios empezaban en la tribuna con la furia del trueno, para concluir haciendo transigir a la verdad con la mentira.

»A todo te acomodabas. Brissot y tus cómplices salían siempre satisfechos de ti. Cuando se censuraba tu silencio, les dabas desde la tribuna avisos saludables para que disimularan más. No les amenazabas con indignación, sino con bondad paternal, dándoles antes consejos para corromper la libertad para salvarse, con objeto de engañarlos mejor, que los dabas al partido republicano para perderlos. — EL ODO, decías, NO PUEDE SOPORTARLO MI CORAZÓN. — ¿Y no serás criminal y responsable de no haber odiado a los enemigos de la patria?

»Viste con horror la revolución del 31 de mayo.

»Eres mal ciudadano, falso amigo y hombre ruin, porque has conspirado; porque hace dos días hablabas mal de Camilo Desmoulins, que se ha perdido por defenderte, y a quien has contagiado de tus vicios vergonzosos, y porque has comparado a la opinión pública con una prostituta, y has dicho que el honor era ridículo, que la gloria y la posteridad son una tontería. Estas máximas debían conciliarte con la aristocracia: eran las máximas de Catilina. Si Fabre es inocente, si d'Orléans, si Dumouriez fueron inocentes, lo eras tú sin duda. Pero ya he dicho demasiado; tú responderás a la justicia.»

Pasando de Dantón a los cómplices, Saint-Just los señaló colectivamente al rigor de la Convención.

«Estoy convencido, dijo, de que el partido de los indulgentes fué hipócrita en todos los tiempos, pues ha hecho todo lo posible para destruir la República, amortiguando todas las ideas de libertad.

»Camilo Desmoulins, que al principio

fué incauto, y que concluyó siendo cómplice, fué un instrumento de Fabre y de Dantón, como Philippeaux. Contaba Dantón, de Fabre, como prueba de su buen corazón, que, encontrándose en casa de Desmoulins, en ocasión en que él leía un manuscrito en el que se pedía un comité de clemencia para la aristocracia y llamaba a la Convención la corte de Tiberio, Fabre prorrumpió en llanto. ¡También el cocodrilo llora!...

»Todas las reputaciones que han fracasado, eran reputaciones usurpadas. Los que reprenden nuestra severidad quisieran mejor que fuéramos injustos. Poco importa que el tiempo haya empujado hacia el cadalso a muchas y diversas vanidades, que las haya confundido en el cementerio, en la nada; con tal que quede la libertad, aprenderemos a ser modestos, avanzaremos hacia la gloria verdadera, hacia el bien positivo, que es la obscura probidad.

»El tiempo de cometer crímenes ha pasado ya! ¡Malditos sean los que sostengan lo contrario! ¡Perezca todo lo que fué criminal! No se fundan Repúblicas con contemplaciones, sino con el rigor feroz, con el rigor inflexible para todos los traidores. Denúnciense a sí mismos los cómplices alistándose en el partido de la maldad. Lo que hemos dicho nosotros, no será en vano. Puede arrancarse la vida a los hombres que, como nosotros, nos hemos atrevido a todo por la verdad; pero no es posible arrancarles los corazones ni la tumba hospitalaria, en cuyo recinto evitan la esclavitud y la vergüenza de ver el triunfo de los malvados.

»Ciudadanos, propongo que aprobéis el siguiente decreto:

»La Convención nacional, oído el informe del comité de Seguridad general y del de Salvación pública, acusa a Camilo Desmoulins, Herault, Dantón, Philippeaux y Lacroix, cómplices de d'Orléans y Dumouriez, de Fabre d'Eglantine y los enemigos de la República, del crimen de haber tomado parte en la conspiración fraguada para establecer la monarquía, y para disolver la representación nacional y el gobierno republicano. En su consecuencia, ordena que comparezcan ante el tribunal correspondiente para ser juzgados juntamente con Fabre d'Eglantine.»

X

El citado decreto fué aprobado por unanimidad, y la fama, la libertad, la vida y la muerte de los representantes fueron entregadas por aclamación al comité de Salvación pública.

Fouquier-Tinville fué llamado al comité, que le confió el encargo de trasladar inmediatamente a los dantonistas al tribunal revolucionario. Flexible y cortante como la espada de doble filo, Fouquier-Tinville no hizo más que redactar como acta de acusación el discurso de Saint-Just.

Dantón, entretanto, se calmaba en la prisión y afectaba indiferencia por su suerte, bromeando al través de las rejas con los demás presos, y haciendo en términos grotescos el retrato de los miembros del comité.

—La República los aplastará — decía—. Si yo pudiera dejar mis piernas al paralítico Couthón y mi virilidad al impotente Robespierre, aun podría sostenerse la situación durante algún tiempo. En cuanto a mí — añadía —, no echo de menos el poder, porque en las revoluciones triunfan los más desalmados.

Estas palabras revelan que las revoluciones jamás habían sido para él otra cosa que una lucha de ambición, y no de principios.

Otras veces, filosofando acerca de las agitaciones de su vida, y respecto a la inutilidad de la ambición, decía:

—¡ Es preferible ser un pobre pescador, que gobernar hombres!

Recordando luego con placer los días dichosos que había pasado en Arcis-sur-Aube, hablaba de los goces del campo, de la serenidad que el contacto de la naturaleza derrama en el corazón del hombre, de la felicidad doméstica, y del amor que le inspiraba una mujer, que le hacía olvidar hasta la patria. Se enternece al ver tantas madres, tantas esposas, tantas jóvenes inocentes, encerradas en el Luxemburgo, y fingía haber ignorado este abuso del tenebroso poder de la Convención.

—¡ Pues qué! — dijo uno de los presos a Lacroix, que se paseaba con Dantón —, ¿no sabíais que hay miles de personas en-

cerradas en estas mazmorras? ¿Nunca habéis visto las carretadas de condenados que llevan al cadalso?

—No — respondió Lacroix —, jamás se cruzaron en mi camino; jamás he visto derramar la sangre: eso me hubiera horrorizado. Dantón y yo deseamos una República sin ilotas.

XI

Así se deslizaron los días que precedieron al proceso. Dantón inspiraba respeto; y Lacroix, Bazire y Camilo Desmoulins, compasión. Herault de Sechelles tenía la tranquilidad del justo que ha pesado su vida y su muerte, y se gloria del martirio por la libertad. Joven, rico, elocuente, aristócrata de nacimiento, uno de los hombres más hermosos de su tiempo, Herault de Sechelles dejaba detrás de sí un amor que debía contribuir a desgarrarle el alma. Durante su misión en Saboya, había enamorado de una joven de esclarecida cuna y extraordinaria belleza, que había sido para él en Chambery lo que Teresa Cabarrús para Tallián en Burdeos. Esa joven se consumía llorando a las puertas de la prisión, sin lograr enternecer a Robespierre.

Fabre d'Eglantine, a quien consolaban de vez en cuando las visitas de su esposa, se encontraba enfermo.

Chabot, solo, abandonado de todos, puesto en ridículo y despreciado por los demás presos, no podía soportar este suplicio de infamia. Lejos de morir gloriosamente, como había ansiado, moría atormentado por el escarnio. Se proporcionó un veneno, lo ingirió, y, no pudiendo aguantar los dolores de la agonía, atrajo con los gemidos a los guardianes al calabozo, que le devolvieron la vida para que pudiera ser conducido al cadalso.

XII

Camilo Desmoulins inspiraba el sentimiento de compasión que todo el mundo experimenta ante la debilidad. Ligerero y caprichoso hasta en la cólera, tenía siempre en los labios la sonrisa cerca de la imprecación. Los odios que había inspirado eran leves como él, odios que ape-

nas podían resistir a las lágrimas que no cesaba de derramar, invocando en alta voz el nombre de su esposa, la bella Lucila. Esta joven, desesperada, privada en el breve término de cinco días de padre y esposo, vagaba constantemente alrededor del Luxemburgo para ver a Camilo, o para que él la viera desde lejos, siendo los gestos su único medio de comunicación al través del espacio. La separación de este matrimonio había sido tan desgarradora como imprevista.

Lucila era hija de la señora Duplessis, una de las mujeres más hermosas de la época, y del señor Duplessis, antiguo oficial de Rentas y celoso patriota. Una pasión de mucho tiempo y una penosa espera de largos años, había precedido a la unión de los jóvenes esposos, siendo el jardín del Luxemburgo, donde lloraban ahora los dos amantes, el lugar de su primer encuentro, de sus citas, y de sus amores. Brissot, Dantón y Robespierre, amigos íntimos en aquella época de la casa de Duplessis, habían firmado como testigos y como amigos el contrato matrimonial. De estos hombres, a quienes separaban ahora las facciones y el cadalso, el uno era ocasión y el otro instrumento de las desgracias y de la próxima viudez de la joven.

La noche del 30 al 31 de marzo, cuando reposaba en los brazos de su esposa, los golpes de la culata de un fusil, dados contra la puerta de su casa, despertaron sobresaltado a Camilo Desmoulins.

—¡Vienen a prenderme! — exclamó, y, saltando apresuradamente del lecho conyugal, abrió la puerta a los soldados.

Estos le mostraron la orden de arresto, Camilo la leyó y, estrujándola con furia entre las manos, exclamó:

—¿Esta es la recompensa que se otorga a la primera voz de la Revolución?

Luego, estrechó por última vez a su esposa, abrazó a su hijo que dormía en la cuna, y siguió a los soldados al Luxemburgo. Nada sabía aún, ni del crimen que le imputaban, ni de los cómplices que le suponían. Al través de las grietas de la pared del calabozo, oyó la voz conocida de un hombre que lanzaba dolorosos gemidos.

—¿Eres tú, Fabre? — le gritó.

—Sí — le respondió el enfermo —; pe-

ro, tú, Camilo, ¿cómo estás aquí? ¡Tú, el amigo de Dantón y de Robespierre! ¿Se ha hecho la revolución?...

Fabre d'Eglantine y Camilo Desmoulins conversaron luego hasta el día, sin poder descifrar el enigma de la situación en que se encontraban. El alma delicada del libelista no había recibido un temple a propósito para soportar, sin lacerarse, los trágicos sacudimientos de las revoluciones, y, en vez de endurecerse, se ablandaba. Dejaba tras sí demasiado amor y demasiada felicidad, para no tender la mirada hacia la vida. Su esposa, que no podía creer en una separación eterna, exclamaba delante de los que pretendían consolarla:

—¡Ay de mí! Lloro como una mujer, porque él sufre, porque le dejan carecer de todo, porque no nos ve; pero tendré el valor de un hombre y lo salvaré. ¿Por qué me han dejado libre, a mí? ¿Se imaginan que no me atreveré a levantar la voz? ¿Han contado con mi silencio? Iré al club de los jacobinos, iré a casa de Robespierre, que fué nuestro huésped, nuestro amigo, y el confidente de nuestros sentimientos republicanos. ¡Su mano ha unido las nuestras! ¡El nos sirvió de padre, y es imposible que sea nuestro asesino!

Al saber que Dantón se encontraba también preso, corrió a casa de la esposa de aquél, quien contaba a la sazón diez y siete años de edad y llevaba ya en el seno el primer fruto de su unión, el cual dió a luz un mes después de la muerte del marido. Lucila Desmoulins echóse en los brazos de su joven amiga y le rogó que la acompañara a casa de Robespierre, para arrojarle juntas a sus pies y pedirle la vida de sus esposos. La señora Dantón confundió sus lágrimas con las de Lucila, pero se negó a dar paso alguno que pudiera envilecer el nombre que llevaba.

—Yo seguiría a Dantón al cadalso — decía —; pero no humillaré su memoria a los pies de su enemigo. Si debiera la vida al perdón de Robespierre, no me lo perdonaría ni en este mundo, ni en el otro. Me ha confiado la mitad de su honor y mi deber es conservarlo intacto.

Desesperada Lucila, corrió sola a la puerta del comité de Salvación pública,

de donde fué rechazada. No pudiendo ver a Robespierre, le escribió la siguiente carta:

«¿Eres tú quien nos acusa de proyectos de traición contra la patria; tú, que tanto te has aprovechado de los esfuerzos que hemos hecho por ella? Camilo ha visto nacer tu orgullo y previó la marcha que había de seguir; pero al recuerdo de vuestra antigua amistad retrocedió ante la idea de acusar a un amigo y compañero de fatigas. ¡Su mano, que ha apretado la tuya, dejó la pluma cuando ya no podía hacer tu elogio; y tú lo envías a la muerte! ¿Luego has comprendido por qué guardaba silencio? Debe darte las gracias.

»Pero, Robespierre, ¿podrás llevar a cabo los funestos proyectos que, sin duda, te han inspirado las almas viles que te rodean? ¿Has olvidado la amistad que Camilo no puede recordar sin enternecimiento, tú, que hiciste votos por nuestra unión; que enlazaste nuestras manos con las tuyas; tú, que has sonreído a mi hijo y a quien sus manos infantiles han acariciado tantas veces? ¿Podrás desoír mi súplica, despreciar mis lágrimas y atropellar la justicia? Tú lo sabes, nosotros no merecemos la suerte que nos preparan, y en tu mano está el cambiarla. Si nos es fatal, será porque tú lo habrás querido así. ¿Pero cuál es, por último, el crimen de mi Camilo?

»Yo no tengo su pluma para defenderlo; pero la voz de los buenos ciudadanos y tu corazón, si es sensible, abogarán por mi causa. ¿Crees que confiarán en ti, al ver que llevas al cadalso a los amigos? ¿Crees que bendecirán al que no se preocupa por las lágrimas de una viuda, ni por la muerte de un huérfano? Si fuera mujer de Saint-Just, le diría: La causa de Camilo es la tuya, es la de todos los amigos de Robespierre. ¡Qué lejos estaba el pobre Camilo de pensar en la suerte que se le reservaba! Se figuraba que trabajaba para tu gloria, designándote lo que falta aún a nuestra República. Indudablemente le han calumniado, Robespierre, porque no es posible que tú puedas creerlo culpable. Ten presente que nunca te ha pedido la muerte de ninguna persona, ¡que jamás ha pretendido perjudicar a nadie valiéndose de tu

poder, y que tú eras su más antiguo, su mejor amigo! ¡Y tú nos vas a matar a los dos! ¡Porque el golpe que le hiera a él me matará a mí también!...»

Esta carta, que no se acabó de escribir, no llegó a manos de Robespierre.

XIII

Camilo Desmoulins había conseguido, por la complacencia de un visitador de las prisiones, los medios raros y secretos de comunicarse con su esposa, a quien, en el intervalo de dos interrogatorios, escribió lo siguiente:

«Mi suerte quiere que, desde la prisión, pueda contemplar el jardín en que pasé ocho años de mi vida viéndote; un rincón de mi ventana sobre el Luxemburgo aviva en mi mente una porción de recuerdos de nuestros amores. Estoy incomunicado; pero nunca estuve, con el pensamiento, con la imaginación, casi con el tacto, más cerca de ti, de tu madre y de mi Horacio. Te escribo este primer billete con el único objeto de pedirte las cosas de primera necesidad; pero quiero pasar todo el tiempo de mi prisión escribiéndote, porque no necesito tomar la pluma para otra cosa, ni aun para mi defensa. Mi completa justificación está en mis ocho tomos republicanos, que son a manera de una mullida almohada, sobre la que se duerme mi conciencia en expectación de la sentencia del tribunal y del juicio de la posteridad. Me arrojo a tus plantas, extendiendo los brazos para abrazarte, y no encuentro más... (En este punto de la carta hay vestigios de lágrimas.) Mándame el vaso marcado con una *C* y una *D*, nuestros dos nombres, y un libro que compré hace algunos días, en el que hay páginas en blanco, a propósito para escribir notas en ellas. Este libro trata de la inmortalidad del alma. Necesito convencerme de que existe un Dios más justo que los hombres, y de que no dejaré de verte. No te afecten demasiado mis ideas, querida amiga, porque todavía no desespero de los hombres. Sí, amada mía, podremos volver a vernos aún en el jardín del Luxemburgo; pero envíame ese libro. ¡Adiós, Lucila! ¡adiós, Horacio! No me es posible

abrazaros, pero el fuego de mis lágrimas me hace creer que os estrecho todavía contra mi corazón... (aquí se advierte la impresión de una lágrima.)

»TU CAMILO.»

Una hora después volvía el prisionero a tomar la pluma para escribir a su esposa:

«El Cielo se ha compadecido de mi inocencia, pues, al dormirme, me ha sugerido un sueño en el que os he visto a todos. Envíame un rizo de tus cabellos y tu retrato. ¡Oh! te lo suplico, porque únicamente pienso en ti, sin acordarme jamás de que estoy preso por motivos que no acierto a adivinar.»

Mientras tanto, el comité, al que Robespierre y Saint-Just habían hecho triunfar en la Convención, se admiraba de la popularidad inquietante que seguía a Dantón al calabozo. Deseaba sorprender al pueblo con la grandeza de la víctima y con la prontitud del golpe. Los acusados fueron trasladados durante la noche a la Conserjería. Al entrar Dantón por aquel pórtico del cadalso, no pudo continuar mostrando indiferencia, y su rostro adquirió una expresión sombría como la estancia. Fuera por casualidad o por ironía, señalóse a los dantonistas el mismo calabozo en que habían estado encerrados los girondinos, lo que era el cumplimiento de una venganza y de una profecía al mismo tiempo. Dantón reconoció en este detalle la mano de la justicia divina, cuya existencia empezaban las desgracias a demostrarle.

—En un día como éste — exclamó al entrar — hice constituir el tribunal revolucionario; pido por ello perdón a Dios y a los hombres. Sólo me propuse evitar un nuevo septiembre, y no descargar ese azote sobre la humanidad.»

XIV

Empezó la vista del proceso. Todos los jueces, escogidos por Fouquier-Tinville y presididos por Hermann, eran conocidos de los acusados, y hasta Fouquier-Tinville, pariente de Camilo Desmoulins, debía su destino de acusador público a la influencia de éste; pero el ojo perspicaz del comité dominaba a todos estos hom-

bres e imperaba en sus conciencias. Nadie esperaba, por consiguiente, que hicieran justicia, sino que condenaran a muerte a todos los acusados.

El pueblo, que adoraba a Dantón, sitiaba el palacio de Justicia, desbordándose la muchedumbre hasta los malecones circunvecinos para asistir al triunfo del gran patriota, quien compareció ante los jueces con dignidad, algo teatral. Habiéndole preguntado el presidente cómo se llamaba, la edad que tenía y cuál era el lugar de su residencia, respondió:

—Yo soy Dantón, demasiado conocido en la revolución; tengo treinta y cinco años; mi residencia será bien pronto la nada y mi nombre vivirá en el panteón de la historia.

—Y yo — dijo Camilo Desmoulins — tengo treinta y tres años, edad fatal para los revolucionarios, porque es la misma que tenía Jesucristo cuando murió.

Habiendo hecho sentar Fouquier en los mismos bancos a Chabot, Fabre d'Eglantine y a los intrigantes sus cómplices, Dantón y los amigos de éste se pusieron en pie y se separaron, indignados de que les confundieran en un mismo proceso con hombres llenos de infamias. Se empezó por éstos. Fabre d'Eglantine se defendió con la habilidad de un hombre consumado en el arte de dar colorido a la palabra. El testimonio de Chambón no dejó la menor duda respecto al hecho que se imputaba a estos acusados de haber falsificado un decreto de Hacienda. El joven e infortunado Bazire no había cometido otro delito que ser amigo de Chabot y haber guardado silencio para no perderlo. Confidente involuntario, murió Bazire por no haber querido hacerse delator.

XV

Herauld de Sechelles, interrogado antes que Dantón, respondió como quien desprecia la vida tanto como la acusación, sometiéndose al juicio del porvenir. Hermann llamó en seguida a Dantón, le censuró el haber mantenido relaciones con Dumouriez y el pretender secretamente restablecer la monarquía sobornando al ejército y llevándolo a París. Dantón, al oír esto, irguióse con afec-

tada indignación, y repuso en voz suficientemente alta para que la oyera el comité de Salvación pública.

—Preséntenme a los cobardes que me calumnian. ¿Se atreverían a atacarme frente a frente? ¡Preséntense, e inmediatamente los desenmascararé! Además — prosiguió con tal desdén y volubilidad que demostraban la fermentación de ideas —, ya he dicho, y lo repito, mi mansión será pronto la nada, y mi nombre quedará en el Panteón. Allí estará mi cabeza para responder a todo... La vida es para mí un peso, y ya tardan en librarme de él... Las personas de mi temple no tienen precio... En sus frentes está impreso con caracteres indelebles el sello de la libertad y el genio republicano... ¡Y es a mí a quien se acusa de humillación a los pies del trono! ¡de haber conspirado con Mirabeau, con Dumouriez! ¡Saint-Just, tú responderás de las calumnias lanzadas contra el mejor amigo del pueblo! ¡Al leer esta lista de horrores, siento que se estremera toda mi existencia!

Estas frases, evidentemente preparadas de antemano y encontradas en retazos inconexos y en una memoria, revelaban más orgullo que inocencia. El presidente hizo observar al acusado que Marat, acusado como él, se había defendido de otro modo y había rechazado la acusación con pruebas fríamente discutidas.

—Bien — replicó Dantón —, pues voy a descender a justificarme.

Después, abandonando de repente su defensa razonada, volvió a entregarse a nuevos arrebatos, exclamando:

—¿Yo vendido a Mirabeau, a Orleáns, a Dumouriez?... ¡Todos saben que he combatido a Mirabeau y que he defendido a Marat! ¿No me presenté cuando querían robarnos al tirano para llevárselo a Saint-Cloud? ¿No hice que los franciscanos publicaran la necesidad de alistarse? ¡Seguro estoy de que tengo razón, puesto que provoqué así a mis acusadores, y quiero medirme con ellos! ¡Que comparezcan y los reduciré a la nada, de donde jamás volverán a salir! ¡Presentaos, viles impostores; quiero arrancaros el antifaz que os oculta a la vindicta pública!...

Como el presidente le recordara de nue-

vo el decoro y la modestia propia de la situación en que se encontraba, replicó Dantón:

—El acusado que conoce las palabras y las cosas, responde ante el jurado, pero no le habla. Me acusan de haberme retirado a Arcis-sur-Aube. A lo que debo contestar, que en la citada época declaré que el pueblo francés vencería, o que yo dejaría de existir. ¡Le son indispensables —añadió— laureles o la muerte! ¿Dónde están los hombres de quienes Dantón ha recibido la energía? ¡Dos días hace que el tribunal conoce a Dantón! ¡Mañana espero dormirme en el seno de la gloria!... ¡Pethión! — continuó inmediatamente, como un hombre extraviado que recobra el camino —, Pethión salió de la corporación municipal y fué a los franciscanos, donde dijo que el toque de alarma debía sonar a media noche, y que la mañana del día siguiente sería la tumba de la tiranía. Han depositado en mí, cuando era ministro, cincuenta millones, lo confieso; pero ofrezco rendir exacta cuenta de ellos. Eran para dar impulso a la revolución. Verdad es que Dumouriez ha intentado alistarme en su partido y que trató de lisonjear mi ambición proponiéndome el ministerio; pero le manifesté que no quería ocupar semejante puesto sino entre los estampidos del cañón. También se me habla de Westermann, persona con quien nunca he tenido relaciones. Sé que en la jornada del 10 de agosto, Westermann salió de las Tullerías todo manchado de sangre de los realistas, cuando decía que con diez y siete mil hombres dispuestos con arreglo a mi plan se hubiera podido salvar a la patria...

Dantón hablaba tan apresuradamente, que las palabras se atropellaban unas a otras en sus labios, como bajo el peso y la incoherencia de las ideas. Le faltaban la verdadera elocuencia del acusado, la sangre fría de la verdad y el acento de la conciencia, falta que trataba de suplir con la agitación y el ruido, elevándose hasta el delirio, pero no hasta la verdadera indignación. Las convulsiones del rostro, el desorden de las palabras, la teatralidad del gesto, la espuma que le teñía los labios y el aire que faltaba a su respiración, revelaban que no podía

hablar más tiempo, y los jueces, espantados o enternecidos, le dijeron que necesitaba descanso. Dantón se calló.

Pasaron a Camilo Desmoulins, acusado de haberse burlado de la justicia popular, comparándola a los crímenes de los tiranos.

—No he podido defenderme de mis enemigos — dijo — sino con una arma muy afilada, y he probado más de una vez mi adhesión de siempre a la causa de la revolución.

Interrogado Lacroix respecto a su misión en Bélgica y especialmente acerca de la desaparición de un carro que contenía 400,000 francos en objetos preciosos, respondió:

—Dantón y yo habíamos comprado lienzo para el uso de los representantes del pueblo. Teníamos un carro de plata labrada, que fué robado en una aldea.

Después de esto, reclamó para sí la parte principal en la jornada del 31 de mayo.

Philippeaux demostró su inocencia con el aplomo y dignidad de un hombre limpio de toda mancha.

—Os es permitido hacerme perecer — dijo —, pero os prohibo que me ultrajéis.

Westermann respondió como quien no disputaba la vida, y sólo desea salvar el honor.

XVI

Al día siguiente se reanudaron los debates. Camilo Desmoulins había escrito durante la noche la postrera carta a su esposa. Era el testamento de un corazón, que se entregaba al amor antes de sucumbir bajo el hacha del verdugo.

El citado testamento decía así:

«2 de germinal, a las cinco de la mañana.

»Un sueño benéfico ha suspendido todos mis padecimientos. Cuando se duerme se es libre, y no se siente la esclavitud. El Cielo se ha compadecido de mí. No hace un momento que te veía en sueño, y creía abrazaros uno después de otro, a tu madre, a Horacio, a todos... Al despertar reconocí mi calabozo, en donde penetraba ya la luz del día naciente. No pudiendo verte más ni oírte,

porque tú y tu madre no hablabais, me levanté para escribirte y hablar de este modo contigo; pero al abrir mi ventana, vencieron toda mi firmeza de alma el pensamiento de mi soledad, los horribles barrotes y los cerrojos que nos separan. Rompí a llorar, o, por mejor dicho, he sollozado gritando en mi sepulcro: ¡Lucila! ¡Lucila! ¡mi querida Lucila! ¿Dónde estás?

»Ayer por la tarde tuve un momento parecido, y mi corazón sufrió también gran tortura cuando distinguí a tu madre en el jardín. Un movimiento maquinal me hizo caer de rodillas contra la reja, y junté las manos como implorando piedad, la piedad de la que llora, estoy seguro, en tu seno. He visto ayer su dolor en el pañuelo empapado en lágrimas y en su velo, que dejó caer sobre el rostro, no pudiendo resistir el espectáculo. Cuando vengáis, ruégale que se siente un poco más cerca contigo, para que os pueda ver mejor. Me parece que no corréis ningún peligro. Sobre todo, te suplico, por nuestro eterno amor, que me mandes tu retrato; que tu pintor tenga compasión de mí, que sólo sufro por haber compadecido mucho a los demás; que te conceda dos ratos cada día. En medio del horror de la prisión, contemplar tu imagen será para mí un paraíso, y el día en que tenga tu retrato en mis manos, será un día de embriaguez y de locura. Mientras tanto, envíame un rizo tuyo, para ponerlo sobre mi corazón. ¡Mi querida Lucila, he vuelto a la época de mis primeros amores, cuando todos los que salían de tu casa me interesaban! Ayer, cuando el ciudadano que te llevó mi carta estuvo de vuelta, «¡bien! ¿la habéis visto?», le pregunté, y gozaba contemplándolo, como si en los vestidos o en su persona hubiera quedado algo de ti, alguna cosa tuya. Este mensajero es para mí un alma caritativa, porque te ha entregado mi carta en seguida. Según lo que me dijo, lo veré dos veces al día, por la mañana y por la noche. ¡Este mensajero de mis dolores me es tan estimado como lo habría sido en otro tiempo el de mis placeres!

»He descubierto una hendidura en mi habitación: apliqué el oído y escuché gemidos; pronuncié algunas palabras, y me

contestó la voz de un hombre que padecía. Me preguntó cómo me llamo, y se lo dije. «¡Oh Dios mío!», exclamó al oírlo, cayendo sobre el lecho, del que se había levantado. He reconocido claramente la voz de Fabre d'Eglantine. «Sí, soy Fabre, me dijo, ¡pero tú aquí! ¿Se ha hecho la contrarrevolución?»

»Sin embargo, no nos atrevemos a hablar, temiendo que el odio nos arrebatase este débil consuelo, y que, si llegan a oírnos, nos separen y encierren más estrechamente, porque hay una habitación con hogar, y la mía sería bastante hermosa si un calabozo pudiera serlo. ¡No puedes imaginarte lo que es estar incomunicado sin saber por qué, sin haber sido interrogado, sin recibir un solo diario! ¡Esto es vida y es muerte a un tiempo mismo; es vivir únicamente para conocer que está uno en el ataúd! ¡Y es Robespierre el que ha firmado la orden de mi prisión! ¡Y esto lo debo a la República, después de cuanto he hecho por ella! ¿Es éste el precio que recibo por tantas virtudes y sacrificios? ¡Yo, que he arrostrado durante cinco años tantos odios y peligros por la República, que he continuado siendo pobre en medio de la Revolución, que de nadie tengo que implorar perdón sino de ti, y tú me lo concediste, porque sabes que mi corazón, a pesar de sus debilidades, es bueno, yo soy a quien los hombres que se decían mis amigos, que se titulan republicanos, han sumergido en un calabozo e incomunicado como si fuese un conspirador! Sócrates bebió la cicuta, pero al menos veía en la prisión a los amigos y a la esposa.

»¡Cuánto más duro es estar separado de ti! Para el criminal más grande sería demasiado castigo separarle de una Lucila de otro modo que con la muerte; porque en ésta sólo hay un momento de dolor. Me llaman...

»Acaban de interrogarme los comisarios del tribunal revolucionario, que no me han preguntado más que si había conspirado contra la República. ¡Qué vergüenza! ¿Y pueden insultar de este modo al más honrado republicanismos? Sé la suerte que me espera. Adiós, Lucila, di adiós a mi padre. Mis últimos momentos no te deshonrarán. Muero a los treinta y tres años. Veo claramente

que el poder ciega a los hombres; que todos dicen como Dionisio de Siracusa: ¡La tiranía es un hermoso epitafio! Pero consuélate, que el epitafio de tu pobre Camilo es algo más glorioso: es el de Bruto y Catón. ¡Oh mi querida Lucila! Yo había nacido para hacer versos, para defender a los desgraciados, para hacerte dichosa, y para componer con mi madre, mi padre y algunas personas más un Otaiti según nuestro corazón. Yo había soñado una República en la que todos vivieran felices, y no podía creer que en los hombres cupiera tanta injusticia y tanta crueldad. Muero víctima, me consta, de mi amistad con Dantón, y agradezco a los asesinos que me hagan morir con él y Philippeaux. Perdón, querida amiga, mi verdadera vida, porque no vivo desde el momento en que nos separaron; pero me ocupo en mi memoria, debiendo más bien ocuparme en hacértela olvidar, ¡Lucila mía! Te suplico que no me llares con tus gritos: me atormentarían en el fondo del sepulcro. ¡Vive para nuestro hijo! ¡Háblale de mí; le dirás... lo que él no puede comprender, que yo le hubiera amado mucho! No obstante mi suplicio, creo que Dios existe. Mi sangre lavaré mis faltas; las flaquezas de la humanidad, y lo que he tenido de bueno, mis virtudes, mi amor a la libertad, Dios lo recompensará. ¿Te volveré a ver algún día, Lucila? ¡Adiós, mi vida, mi alma, mi divinidad sobre la tierra! ¡Adiós, Lucila, mi Lucila, mi amada Lucila! ¡Adiós, Horacio, Anita, Adela! ¡Adiós, padre mío! Se desvanece ante mi vista la imagen de la vida. ¡Aun veo a Lucila, la veo, amada mía, Lucila mía!... Mis manos atadas te abrazan, y mi cabeza, separada del tronco, continúa posando en ti sus ojos moribundos.»

XVII

Animado Dantón por el interés que el pueblo le demostraba, parecía, más que acusado, un faccioso que da a las masas la señal de la insurrección. Las ventanas del tribunal estaban abiertas, motivo por el cual Dantón oía el murmullo de la muchedumbre que se agrupaba alrededor de los muros, hablando él de manera que

su voz se oyera fuera del recinto. Algunas veces exhalaba tales rugidos, que el eco, salvando la orilla del Sena, llegaba hasta los curiosos que ocupaban el malecón de la Ferraille. Las palabras que pronunciaba corrían de boca en boca entre los grupos.

—¡Pueblo — gritaba Dantón al público que murmuraba en torno suyo—, cállate! Ya me juzgarás cuando lo haya dicho todo. ¡Mi voz no debe ser oída solamente por vosotros, sino por toda Francia!

Parecía que el toque de alarma sonaba en su pecho, su gesto asustaba a los jueces, a los jurados y al auditorio; la campanilla del presidente Hermann no dejaba de repicar para imponer silencio.

—¿No oyes la campanilla? — le preguntó una vez.

—Presidente — le respondió Dantón—, la voz de un hombre que defiende su vida debe sonar más que tu campanilla.

Al través de una ventanilla de la imprenta del tribunal, que daba a la sala de sesiones, muchos miembros de los comités asistían invisibles a este drama. Hermann y Fouquier-Tinville parecían desconcertados, porque la opinión pública se manifestaba a favor de Dantón, y éste, al conocerlo, redoblaba la insolencia, y los miembros del comité hicieron una seña al presidente para que terminara el peligroso diálogo entre él y los acusados. El presidente negó la palabra a Camilo Desmoulins, que se levantaba para leer la defensa que había preparado. Volvió a sentarse, indignado, y, rasgando el manuscrito que tenía en la mano, arrojó los pedazos al suelo; mas de pronto, como si hubiera pensado otra cosa, los recogió, y haciendo bolas con ellos, se puso a tirarlos a la cabeza de Fouquier-Tinville. Dantón se bajó e hizo lo mismo, no por juego, como se ha creído hasta ahora, indigno del hombre y del momento, sino con el gesto significativo y trágico del acusado que, al verse privado de probar su inocencia, arroja, en un acceso de indignación, con los restos despedazados de su defensa, su sangre y la de sus co-acusados al rostro de los jueces, como una venganza o como una maldición.

Estos fragmentos de la defensa de Ca-

milo Desmoulins, recogidos del suelo después de la sesión por uno de los amigos de Dantón, fueron enviados a la señora Duplessis, suegra de Camilo, quien los ordenó para pedir venganza o compasión a la posteridad.

Los acusados volvieron nuevamente a los calabozos. Alarmado el comité de Salvación pública, no se atrevía a arrostrar ni a interrumpir el proceso. La ley exigía que los debates duraran tres días por lo menos, y la sesión siguiente podía ser la satisfacción y el triunfo de los dantonistas; pero una circunstancia fatal calmó la impaciencia del comité.

Los encarcelados en el Luxemburgo, llenos de confianza en la popularidad de Dantón, resolvieron aprovechar la emoción causada por el proceso de éste, para intentar un movimiento en el pueblo, abatir la tiranía y escapar a la muerte, a cuyo efecto celebraron una conferencia nocturna, en la estancia del general Dillón, Chaumette y algunos de los principales presos, quienes estaban en inteligencia con algunas personas de afuera. La esposa de Camilo Desmoulins debía mezclarse entre las masas y sublevar a la muchedumbre con su hermosura, con su dolor y con su voz, para conducirla contra la Convención. Antonelle, antiguo presidente del tribunal revolucionario, estaba enterado del proyecto.

Un prisionero llamado Laffote lo descubrió, y Saint-Just se apresuró a convocar la Convención, en la que Billaud-Varennés leyó la carta de Laffote. La Convención decretó que todo presunto reo de conspiración que hubiera insultado a la justicia nacional, fuera inmediatamente privado del derecho de defensa. Vadier, Amar y Vouland, miembros de los comités, corrieron a llevar el decreto, o, mejor dicho, la sentencia de muerte de los acusados, a Fouquier-Tinville, quien la leyó ante los jurados. Dantón, al oírla, se puso en pie diciendo:

—Pongo por testigo al auditorio de que no hemos insultado al tribunal.

El auditorio confirmó con sus aplausos la afirmación de Dantón. El pueblo indignado se agitó y arremolinó como queriendo llevarse a los acusados, lo que habría conseguido si la mujer de Camilo Desmoulins no hubiera sido arrestada du-

rante la noche, impidiendo de esta manera que, con su presencia, diera a las turbas un nuevo motivo para oponerse al comité.

Se restableció la calma, siendo inútil que Dantón protestara.

—Día llegará — exclamó — en que la verdad resplandezca. Veo acumularse grandes calamidades sobre Francia. ¡ Ved allí la dictadura!

Y, descubriendo después al extremo de un pasillo a Amar y Voulant, dos adictos de Robespierre, que espían la escena, agregó, señalándolos con el dedo:

—Ved esos cobardes asesinos; no nos abandonarán hasta la muerte.

—¡ Malvados! — gritó Camilo Desmoulins—. ¡ No contentos con degollarme, quieren hacer también lo mismo con mi esposa!

El tribunal levantó la sesión, y a la mañana siguiente, se declararon cerrados los debates, por haber ya transcurrido los tres días señalados por la ley. Camilo Desmoulins se aferró a un banco, y no pudieron llevarlo más que a viva fuerza.

Reunieronse los jurados y deliberaron durante mucho tiempo, comunicándose, mientras deliberaban, con los enemigos de los acusados. Una ansiedad terrible pesaba sobre sus conciencias, pues ninguno creía que Dantón era criminal, aunque todos estaban persuadidos de sus vicios y de su poder. La mayoría parecía indecisa, celebrándose coloquios sinietros para arrebatarse unos a otros la vida o la muerte de los acusados. Souberbielle, amigo antiguo de los acusados, dudaba más que nadie: quería a Dantón, temía a Robespierre y adoraba sobre todas las cosas la República. Profundamente preocupado, paseábase a pasos interrumpidos por un corredor que precedía a la sala de las deliberaciones, cuando Topino-Lebrún, uno de sus amigos, se acercó a él y le dijo:

—Y bien, Souberbielle, qué haces ahí?

—Medito acerca del acto terrible que quieren obtener de nosotros — respondió Souberbielle.

—Pues yo ya he meditado — replicó el jurado.

—¿Qué has decidido? — le preguntó Souberbielle.

—Yo me he dicho a mí mismo — re-

puso el jurado — que esto no es un proceso, sino una medida de gobierno, porque las circunstancias nos han colocado a una altura en que la justicia desaparece, para dejar paso a la política. Más que jurados, somos hombres de Estado.

—¡ Pero qué! ¿hay dos justicias? — inquirió Souberbielle—. ¿Hay una para el vulgo y otra para los hombres superiores? ¿Lo que en unos es inocencia resulta crimen en otros?

—¡ Bah! No se trata de argucias, sino de buen sentido y de patriotismo. O somos o no somos. La República está colocada en uno de los extremos en que el juicio no es justicia, sino elección. Dantón y Robespierre no pueden ponerse de acuerdo, y para salvar a la patria es preciso que perezca uno de los dos. Ahora bien, pregunto como buen patriota y respondo concienzudamente: ¿cuál crees más necesario en este momento a la República, Robespierre o Dantón?

—¡ Robespierre! — respondió Souberbielle, sin vacilar.

—Perfectamente, tú has fallado — dijo Topino-Lebrún, y se alejó.

XVIII

Al entrar nuevamente los condenados en los calabozos para esperar allí la hora de ser conducidos al cadalso, se despojaron del disfraz con que habían comparecido ante el pueblo, y mostráronse sin velo ante la muerte. Herault de Sechelles se manifestó tan impasible como los romanos cuya imagen tenía grabada en el corazón. Discípulo de Juan Jacobo Rousseau, sacó del bolsillo un tomo de este filósofo, leyó algunas páginas, y se felicitó de salir de un mundo en donde había combatido la superstición y las preocupaciones, para hacer prevalecer en él la naturaleza y la razón.

—¡ Oh maestro mío! — exclamó, cerrando el libro —, ¡tú has sufrido por la verdad, y yo voy a morir por defenderla! ¡Tú tienes el genio, y yo tengo el martirio; tú eres más grande! Pero, ¿cuál de los dos es más filósofo?

Este era el pensamiento que el joven representante del pueblo había hecho grabar, compendiado en algunos versos, sobre la puerta de la casita que habitó

Juan Jacobo Rousseau y la señora de Varennes, en el valle de Charmettes, cerca de Chambéry, donde puede leerse todavía.

Esta imagen de la soledad y del amor presentábase al espíritu de Herault de Sechelles, en el momento de abandonar la vida. Ni una lágrima ablandó su constancia, ni necesitó de afectada firmeza para fortalecerla.

Westermann era intrépido. Philippeaux sonreía como la conciencia que confía en las buenas acciones. Camilo Desmoulins quiso leer a Young y a Hervey, los dos poetas de la agonía.

—¡Quieres morir dos veces! — le dijo Westermann, bromeando.

Pero el libro caíasele muy a menudo a Camilo de las manos, porque acudían constantemente a su memoria las imágenes de su adorada esposa prisionera, de su hijo huérfano, y de su suegra abandonada.

—¡Oh mi Lucila! ¡Oh mi Horacio! — exclamaba, arrasándosele los ojos en lágrimas—. ¡Qué va a ser de vosotros!

Dantón afectaba indiferencia, y hablaba para sobrevivirse, como si arrojara medallas con su efigie desde el borde de la tumba a la posteridad.

—Se figuran que podrán olvidarme — decía — y se equivocan, porque yo era el hombre de Estado de Europa. No advierten el vacío que va a dejar esta cabeza — decía apretando las mejillas entre las palmas de las manos—. Yo me río — añadía cínicamente—. He gozado bastante en el transcurso de mi existencia; he medido bastante ruido sobre la tierra; he saboreado bien la vida, y llegó la hora de dormir.

Y hacía con la cabeza y los brazos movimientos, como los de quien va a recostar la cabeza en una almohada.

XIX

A las cuatro presentáronse los ayudantes del verdugo para atar las manos de los condenados y cortarles el cabello. A esta operación no opusieron la menor resistencia, comentando con sarcasmos la fúnebre *toilette*.

—Esto es muy bueno para los imbéciles que van a vernos en la calle — dijo

Dantón—; pero de otra manera compareceremos ante la posteridad.

No manifestó otro culto que el de la fama, ni mostró deseos de sobrevivir de otro modo que en la memoria de las gentes. La inmortalidad era su constante preocupación.

Camilo Desmoulins no podía creer que Robespierre dejara ejecutarlo, y esperó hasta el último momento que tuviera un impulso de amistad. Sin duda por eso habló de él con respeto mientras estuvo en la prisión. Solamente le había dirigido quejas, pero ninguna de las injurias de que el orgullo impida desdecirse. Cuando los ejecutores quisieron coger a Camilo para maniatarlo como a los demás, luchó como un desesperado contra aquellos preparativos que ya no le permitían dudar que iba a morir, y sus imprecaciones y furiosos hicieron que, por un momento, pareciera el calabozo una carnicería, siendo preciso arrojarlo a tierra para encadenarlo y cortarle los cabellos. Rendido y atado, suplicó a Dantón que le pusiera en la mano un rizo de la cabellera de Lucila, que llevaba bajo la ropa con objeto de poder apretar algo suyo al morir. Dantón le prestó este piadoso servicio, y se dejó atar sin resistencia.

En una sola carreta fueron conducidos los catorce condenados al cadalso. El pueblo se manifestaba favorable a Dantón, respetándose a sí mismo al respetar a la víctima. Había alguna cosa que hacía que este suplicio se pareciera a un suicidio del pueblo. Un reducido número de hombres andrajosos y de mujeres asalariadas seguían las ruedas de la carreta, ultrajando a los condenados, y Camilo Desmoulins no cesaba de vociferar y hablar a la canalla.

—¡Generoso pueblo, pueblo desdichado — gritaba—, te engañan, te pierden, sacrifican tus mejores amigos! ¡Reconóceme y sálvame! ¡Yo soy Camilo Desmoulins! ¡Yo soy el que os llamé a las armas el 14 de julio! ¡Yo soy quien os ha dado la escarapela nacional!

Así hablando y haciendo esfuerzos con las espaldas para romper las ligaduras, de tal manera había desgarrado el vestido y la camisa, que su busto delgado y huesoso apareció casi desnudo sobre la carreta. Desde la ejecución de la señora

Dubarry no se habían oído tales gritos ni contemplado tales convulsiones en la agonía, a los que la muchedumbre contestaba con insultos. Dantón, sentado al lado de Camilo Desmoulins, obligaba a tomar asiento al joven, censurándole aquel vano alarde de súplicas y desesperación.

—¡Permanece tranquilo — le decía severamente—, y deja a esa vil canalla!

Dantón acosaba a la plebe, no con palabras, sino con la indiferencia y el desprecio. Al pasar bajo las ventanas de la casa que habitaba Robespierre, arreciaron los insultos de la chusma, que pareció hacer al ídolo homenaje del suplicio de su rival. Los postigos de la casa de Duplay se cerraban a la hora en que habitualmente pasaban las carretas por la calle; pero estos gritos hicieron palidecer a Robespierre, quien tuvo que alejarse de las habitaciones donde podían oírse. Confundido con tanta implacabilidad, y humillado con tanta sangre, que recaía tan frecuente y justamente sobre él, sintió arrepentimiento o vergüenza.

—¡Que no haya podido — exclamó — salvar al pobre Camilo! ¡Pero él ha querido perderse! En cuanto a Dantón — añadía —, bien sé que me abre el camino; pero es preciso que, inocentes o culpables, demos nuestras cabezas a la República. La Revolución reconocerá a los suyos al otro lado del cadalso. El hipócrita fingía condolerse de lo que calificaba de exigencia de la patria.

XX

Herault de Sechelles fué el primero que descendió de la carreta. Con el valor y la sangre fría de una amistad que impulsa a un corazón hacia otro, aproximó su rostro al de Dantón para abrazarlo; pero el verdugo los separó.

—¡Bárbaro! — le dijo Dantón —, ¡no impedirás, al menos, que nuestras cabezas se besen pronto en el cesto!

Subió en seguida Camilo Desmoulins, que, al fin, había recobrado la calma en aquel postrer momento. Revolvía entre los dedos los cabellos de su esposa, como si quisiera desprenderse de las ligaduras para aproximarse esta reliquia a los labios. Se acercó al instrumento de la muer-

te, y contempló fríamente la cuchilla chorreando la sangre de sus amigos; después, volviéndose hacia el pueblo, y alzando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Ved el fin del primer apóstol de la libertad! Los monstruos que me asesinan no me sobrevivirán mucho tiempo. Haz que estos cabellos lleguen a manos de mi suegra—dijo en seguida al verdugo.

Estas fueron sus últimas palabras, e inmediatamente después rodó su cabeza por el tablado.

Dantón subió el último. Jamás había-se mostrado más altivo y más imponente que al subir las gradas de la tribuna, cuadrándose luego sobre el cadalso, como si tomara la medida a su pedestal. Miró a derecha e izquierda al pueblo con ojos de compasión, y con el gesto pareció decirle:

—Contéplame bien, que no verás otros que se me parezcan.

Sin embargo, la naturaleza venció el orgullo, y un grito varonil, arrancado por el recuerdo de su joven esposa, se escapó al moribundo:

—¡Oh amada mía! — exclamó con los ojos humedecidos—, ¡ya no te veré más!

Después, reprendiéndose esta reminiscencia de la vida, se dijo a sí mismo en alta voz:

—¡Vamos, Dantón, nada de flaqueza! — y, dirigiéndose al verdugo, le dijo autoritariamente—: Muestra mi cabeza al pueblo, pues bien vale la pena de contemplarla.

Cayó al fin su cabeza, y el ejecutor, cumpliendo el último deseo del reo, la cogió del cesto y la paseó alrededor del cadalso. El pueblo palmoteó. Tal fué el fin de los favoritos de la canalla.

De este modo murió ante el pueblo aquel hombre, para quien hasta el cadalso fué un teatro, y que deseó morir aplaudido al fin del sangriento drama de su vida, como lo fué al principio y en el medio, y a quien no faltó ninguna de las cualidades de los grandes hombres, más que virtud. Tuvo carácter, elocuencia, numen, aspecto exterior, destino y muerte; pero le faltó conciencia. Hizo el papel de grande hombre, pero no lo fué, porque no cabe grandeza en el fingimiento; únicamente existe en la fe. Dantón

tuvo el sentimiento, muchas veces la pasión de la libertad, pero careció de fe, porque no profesaba otro culto que el de la gloria.

La revolución fué para él instinto, pero no religión, y la sirvió como sirve el viento a la tempestad, haciendo volar la espuma y jugando con las olas, no comprendiendo de ella más que el movimiento, sin conocer su dirección, y sintiendo la embriaguez más bien que el amor. Representó a las turbas y no a las personas superiores de la época, y experimentó, sucesivamente, la agitación, la fuerza, la ferocidad y la generosidad de la chusma. Hombre de complexión más que de idea, elemento más que inteligencia, fué, sin embargo, mejor hombre de Estado que todos los demás que pretendieron manejar los negocios públicos en aquel tiempo de utopías, hasta mejor que Mirabeau, si se entiende por hombre de Estado el que comprende el mecanismo del gobierno, independientemente del ideal. Dantón tenía el instinto político, y había agotado las máximas de Maquiavelo, que enseña todo el poder o toda la tiranía que a los Estados se les puede hacer tolerar. Conociendo las flaquezas y los vicios de los pueblos, sin comprender sus virtudes, no sospechaba siquiera que existe algo que constituye la santidad de los gobiernos, porque no veía a Dios en los hombres, sino la casualidad. Era un admirador de la ANTIGUA FORTUNA, que no adoraba en ella más que la divinidad del triunfo, y sabía cuánto valía como hombre de Estado, con tanta más complacencia, cuanto más abajo veía la democracia. Admirábase como un gigante en medio de los pigmeos del pueblo; ostentaba su superioridad como un favorito del genio; se pasmaba de sí mismo; destruía a los demás; se proclamaba la única cabeza de la República; después de haber acariciado la popularidad, la insultaba como a una bestia feroz a quien desafiaba a devorarlo; tenía el vicio audaz como la frente; había llevado la provocación política hasta el crimen en las jornadas de septiembre; había desafiado los remordimientos, pero había sido vencido; se encontraba acosado, porque la sangre le seguía los pasos, y un secreto horror se mezclaba con la admiración que inspira-

ba; hasta él mismo experimentaba este horror, por lo que habría querido librarse de su pasado; naturaleza inculta, había experimentado accesos de humanidad como los había sufrido de furor. Tuvo vicios bajos, pero pasiones generosas... en una palabra, tuvo corazón, y, encontrándose cerca del fin, se encaminó al bien por medio de la piedad y del amor. Dantón mereció ser maldecido y compadecido al mismo tiempo. Fué un coloso de la Revolución, con la cabeza de oro, el pecho de carne, el tronco de bronce, y los pies de lodo. Abatido él, pareció menos alta la cima de la Convención. Fué la nube, el relámpago y el rayo. Al perderlo la Montaña, perdió la cúspide.

LIBRO LVI

Recrudescimiento del terror.—El general Dillón, Chaumette, el obispo Gobel, la viuda de Hebert, Lucila Desmoulins. —Carta de la señora Duplessis a Robespierre.—Dominación del comité de salvación pública.—Saint-Just en el ejército.—Fuerzas y plan de los coligados en 1794.—Fuerzas del ejército francés.—Pichegru.—Souham.—Moreau.—Victoria de Turcoing.—Marceau.—Duhesme.—Kleber.—Bernadotte.—Jourdan, general en jefe.—Lefebvre.—Macdonald.—Toma de Charleroi.—Batalla de Fleurús.—Lefebvre y Championnet.—Globo de observación.—Se resuelve invadir a Holanda.—Indecisión de la corte de Viena.—Hoche.—Se levanta el bloqueo de Landau.—Los austríacos repasan el Rin.—Los prusianos se retiran a Maguncia.—Prisión de Hoche.—Es conducido a París.—Garantización de las fronteras.—Dumas.—Maesena y Serrurier.—Bonaparte.—Angereau.—Perignon.—Dugommier.—La escuadra de Brest.—Su insubordinación.—El almirante Morard de Galles es reemplazado por Villaret-Joyeuse.—Encuentro de las escuadras francesa e inglesa.—Combate del 1.º de junio de 1794.—El navío *Vengador*.—La escuadra francesa vuelve a Brest.—El *Canto de partida*.—El terror y las ejecuciones aumentan.—Las insultadoras públicas.—El hijo de Custine es condenado y ejecutado.—Suicidio de Claviere.—Envenenamiento de su mujer.—Ejecución de Lamourette, obispo de Lyon.—Condorcet.—Su retirada.—Su fuga.—Su prisión.—Se envenena.—Louvét.—Lareveillere-Lepeaux.—El señor de Mallesherbes y su familia, Luckner, Douval-Depremenil y los hombres más ilustres de la monarquía son llevados al patíbulo.—Hornadas de la guillotina.—Las jóvenes de Verdún.—Las religiosas de Montmartre.—La guillotina es transportada desde la plaza de Luis XV a la barrera del Trono.—Suplicio del abate Feneón a los ochenta y nueve años.—Palabras de Collot d'Herbois a Fouquier-Tinville.

I

Al morir Dantón, recrudescióse el terror con los mismos esfuerzos que él había hecho para aplacarlos. Veintisiete acu-

sados de todas las categorías, de todas las opiniones y de todos los sexos, amontonados confusamente en la prisión del Luxemburgo, so pretexto de conspiración, fueron conducidos ante el tribunal revolucionario. Figuraban entre ellos el general Arturo Dillon, Chaumette, los ayudantes de campo de Ronsín, el general Beysser, el obispo de París Gobel, los dos cómicos Grammont padre e hijo, Lapalús, la viuda de Hebert y la esposa de Camilo Desmoulins. Estos veintisiete acusados no habían cometido otro crimen que algunos conatos imprudentes para libertarse, o libertar a las personas que les eran queridas; pero la verdadera causa de su prisión era la inquietud que la conmoción del pueblo había ocasionado la víspera, a la voz de Dantón, a los jefes de la Convención.

Casi todos fueron condenados. La joven religiosa que llevaba el nombre de Hebert no tenía dudas acerca de su suerte; pero tampoco deseaba prolongar su vida, ahogada desde la infancia en el claustro, ajada en el mundo por el nombre que llevaba, combatida entre el horror y el afecto que inspiraba la memoria de su marido, y desgraciada en todas partes.

—No he debido a la Revolución — decía a su compañera de infortunio Lucila Desmoulins — más que un relámpago de libertad y de dicha. ¡Es espantoso amar a un hombre a quien todo el mundo aborrece! No me perdonarán su memoria, y quizá moriré para expiar los tumultos que más que nadie he deplorado. Vos, señora—agregaba—, sois feliz, porque no se os puede hacer cargo alguno. ¡No os arrebatarán a vuestros hijos, viviréis!

Lucila Desmoulins no aceptaba esta esperanza, porque la muerte de su marido le había hecho conocer lo que valía la amistad de Robespierre.

—Me matarán como a él esos cobardes — respondió a su compañera de cadalso —; ¡pero no saben que la sangre de una mujer provoca la indignación del pueblo! ¿No fué la sangre de una mujer la que arrojó para siempre de Roma a los Tarquinos y decenviros? ¡Que me maten, y que sucumba la tiranía conmigo!

Estas viudas de dos hombres que se habían despedazado mutuamente pocos

días antes, y cuyo encarnizamiento había perdido a ambos, eran uno de los más crueles sarcasmos del destino. Quizá ellas habían aplaudido, algunos meses antes, la muerte de la reina y la de la señora Roland, y ahora comprendían la desgracia. Las faltas y las venganzas se tocaban en estas catástrofes del terror, en las que los días realizaban una obra para la que en otras circunstancias habrían sido necesarios muchos años.

En vano la madre de Lucila, la bella e infortunada señora Duplessis, acudía a todos los amigos de Robespierre para que le recordaran sus antiguas relaciones de amistad, porque todas las puertas se cerraban a los parientes de Camilo y Dantón. «¡Robespierre — le escribió ella por fin —, ¿no te basta haber asesinado a tu mejor amigo, sino que quieres derramar también la sangre de su mujer, de mi hija?... Fouquier-Tinville acaba de ordenar que la conduzcan al cadalso, y dentro de dos horas ya no existirá. ¡Robespierre, si no eres un tigre con figura humana, si la sangre de Camilo no te ha embriagado hasta el punto de hacerte perder por completo la razón; si te acuerdas todavía de nuestras noches de intimidad, si te acuerdas de las caricias que prodigabas al pequeño Horacio, a quien tenías con gusto en tus rodillas; si no olvidaste que debías haber sido mi yerno, perdona a una víctima inocente! Pero, si tu furor es el del león, ven a apoderarte de todos nosotros, de mí, de Adela, de Horacio; ven a desgarrarnos con tus manos todavía humeantes con la sangre de Camilo. ¡Ven, ven, y que nos sepulquen a todos en la misma tumba!»

II

Esta carta quedó sin respuesta, pues Robespierre, a quien sus fatales concesiones a una popularidad que no debió haber aceptado a tan alto precio, no permitían tener memoria, ni indulgencia, ni piedad, o no la recibió, o fingió no recibirla, y permaneció callado. Sentada Lucila al lado de la señora Hebert en la carreta de los ajusticiados, fué conducida al cadalso. Más afortunada que su compañera, que iba abrumada de humillaciones y con la frente inclinada por el

nombre de Hebert, la señora Desmoulins podía al menos erguir la cabeza, y decir al pueblo que moría por haber inspirado indulgencia a su esposo. Su talle esbelto, su rostro infantil, la palidez que pugnaba en sus mejillas con la frescura de la juventud, las invocaciones a su marido, a su madre y a su hijo, el sentimiento de la vida, interrumpido por sus exclamaciones amorosas a la muerte que iba a reunirla con la víctima amada, enternecían todas las almas. Menos severa que la señora Roland, inspiraba más interés. No moría por la gloria, sino por el amor. La muerte hería en ella a la naturaleza, no a la opinión. Todos la lloraron. Quizá fué ésta la víctima más completamente vengada algunos meses después. Su sangre de mujer empalidecía la otra, y este suplicio alistó a todo un sexo contra los asesinos de la juventud, de la inocencia y del amor. La muerte de Lucila fué la página más elocuente del *Viejo Franciscano*.

III

Los comités, temiendo en París y en los departamentos la reacción de la muerte de Dantón, temblaron, pues el suplicio de éste había sido un golpe de Estado, que ignoraban cómo sería recibido. Como los comités no conocían bastante el servilismo del miedo, el buen éxito excedió a su confianza, pues todos los clubs de la República prorrumpieron en un grito de adulación. La memoria de Dantón no tuvo ningún amigo, pues hasta Legendre trató de apagar la chispa de independencia que se había atrevido a lanzar, e importunó a Robespierre con sus protestas de arrepentimiento, fastidiándole con su servilismo.

—He sido amigo de Dantón mientras que le he creído honrado — decía — ; pero ahora no hay en toda la República un hombre que esté más convencido de sus crímenes que yo.

El comité de Salvación pública, seguro de dominar en lo sucesivo en el interior de Francia, fijó toda su atención en las fronteras.

Saint-Just, el brazo de Robespierre, partió para el ejército, pues el principio de la campaña de 1794 reclamaba el ojo

y la mano de la Convención. Los coligados, observándose siempre con envidia y contando con las divisiones intestinas de Francia, habían permanecido inactivos durante el invierno, limitándose a conservar sus posiciones y concentrar sus fuerzas. Su plan consistía en marchar en masa sobre Landrecies, y desde allí sobre París por Laón. Sus ejércitos, en el mes de marzo, se componían de sesenta mil hombres austriacos o emigrados, en el Rin, al mando del duque de Saxe-Teschen; de sesenta y cinco mil prusianos, alrededor de Maguncia, en el Luxemburgo y en el Sambre, mandados por Beaulieu, Blankeinstein y el príncipe de Kaunitz, y de ciento veinte mil hombres de los diferentes contingentes de la coalición, bajo las órdenes del príncipe de Coburgo y de Clairfayt, maniobrando entre el Quesnoy y el Escalda.

El ejército francés se dividía en ejército del alto Rin, compuesto de sesenta mil hombres; ejército del Mosela, formado por cincuenta mil; ejército de Ardenas, de treinta mil, y ejército del Norte, de ciento cincuenta mil hombres. Empezaron las hostilidades por una marcha de los aliados en Landrecies, haciendo retroceder al ejército republicano. El enemigo puso sitio a Landrecies. Atacado de este modo el centro, dejaba las dos alas del ejército francés al descubierto y sin comunicación con el cuerpo principal. No habiendo podido Pichegrú restablecer su centro en el primer ataque, y convencido de que no lograría con una acción directa levantar el cerco de Landrecies, resolvió invadir la Flandes marítima, llamando así de este lado la atención de las fuerzas principales del enemigo. Su genio reflexivo, asociado al de Carnot, veía la guerra en conjunto, estudiando en el vasto horizonte de un mapa de Europa, el efecto de una operación sobre la otra. Además de la inspiración del momento, poseía Pichegrú la fría resolución.

Disfrazó este movimiento con un ataque general de toda la línea francesa, propio para llevar las fuerzas coligadas lejos de la orilla del mar, donde él deseaba ocupar una posición estratégica; pero estos ataques brillantes, pero sin resultado, no impidieron a los coligados

bombardear a Landrecies y apoderarse de la llave de nuestras provincias.

Mientras se libraban estos combates, los generales Souham y Moreau pasaron el Lys y el canal de Loo con cincuenta mil combatientes, sorprendieron a Clairfayt y se apoderaron de Courtray y Menín. Prevaliéndose Pichegrú de estos primeros triunfos, no temió descubrir completamente el camino de París, lanzando todo su ejército a apoyar a Moreau y a Souham. Si Coburgo se atrevía a penetrar en Francia, pensaba Pichegrú, se encontraría entre París y un ejército francés de ciento veinte mil hombres, que lo aislaría de Flandes y de Alemania.

Esta temeridad fué coronada por el éxito. El príncipe de Coburgo no aceptó el reto, y retrocedió para seguir a Pichegrú y arrollarlo con su ejército.

IV

Un consejo de guerra celebrado en Tournai, al que asistió el emperador, acordó un nuevo plan de campaña, que se llamó el plan de destrucción del ejército francés. Acosado y destruido éste, lisonjeábanse los coligados de que el territorio francés, agotados el patriotismo y la sangre, no podría prolongar la lucha, y que, mutilados los brazos de la Revolución, sería posible herirla de muerte. Avanzaron con seis columnas contra el ejército del Norte, al que debían encontrar entre Menín y Courtrai. Pichegrú estaba ausente revistando sus tropas en el Sambra. Moreau y Souham desbarataron los planes de los coligados, combatiendo unidos a las diversas columnas separadas, cuya unión evitaron de este modo. Consiguieron la victoria de Turcoing, convirtiendo en derrota en Waterloo la marcha del ejército inglés. El duque de York, que mandaba este ejército, debió la salvación a la velocidad del caballo que montaba, quedando en poder de los republicanos tres mil prisioneros y sesenta piezas de artillería. La gloria de Francia brillaba, gracias a Moreau y Pichegrú, allí donde más tarde debía oscurecerla, después de tanto esplendor, Napoleón Bonaparte. El sitio de Waterloo estaba señalado con el triunfo y la desgracia en la carta del destino de Fran-

cia. Esta victoria, ganada con un número de soldados inferior al de los enemigos, acrecentó el entusiasmo y el valor de los republicanos. Pichegrú llegó al día siguiente para recoger los frutos de la victoria, disputados con encarnizamiento en un combate de quince horas, en el que el nombre de Macdonald empezó a hacerse ilustre entre los de Moreau, Hoche y Pichegrú, de Marceau y Vandamme. Encargado Moreau del sitio de Ipres, rechazó a Clairfayt que venía en auxilio de la ciudad, a la cabeza de treinta mil soldados; tomó la plaza después de repetidos asaltos, y aprisionó a seis mil combatientes enemigos.

V

Mientras se verificaban estas operaciones, tenía Carnot la vista fija en el Sambra, tantas veces pasado y vuelto a pasar, como si fuera el límite fatal disputado entre la coalición y la República. Había Carnot enviado allí a Jourdan, tan injustamente destituido del mando del ejército del Norte, y nombrado entonces por Carnot general del ejército del Sambra y Mosa. Jourdan no sabía vengarse de la ingratitud de la patria de otro modo que defendiéndola con su gente y con su espada. Saint-Just y Lebas encontrábase en medio de los débiles cuerpos apostados en este río, y no cesaban de empujarlos al otro lado para llevar la guerra al suelo enemigo. Al llegar Jourdan con cincuenta mil hombres del ejército de Ardenas, resolvió, por indicación de los representantes, pasar el Sambra. Marceau y Duhesme atacaron a los austriacos en Thuin y Lobbes, favoreciendo de esta suerte el paso del Sambra al ejército que les seguía; pero, abandonados por las tropas del general Desjardins, detenidas por mal combinadas disposiciones, volvieron a pasar el río para unirse al cuerpo principal. El impaciente Saint-Just puso nuevamente en la alternativa de pasar el Sambra o morir a los generales Charbonnier y Desjardins, quienes se lanzaron el 20 de mayo al lado opuesto del río. Acampados en la orilla extranjera y apoyados en el Sambra, Charbonnier y Desjardins destacaron a Kleber y a Marceau, cumpliendo órdenes del

consejo de guerra, para que fueran a socorrer al ejército del lado de Francia. Al hacer este imprudente desmembramiento, fueron atacados por los austriacos y arrojados al río, debiendo sólo la salvación al regreso de Kleber y al valor de Bernadotte, atraídos por el ruido del cañón. El Sambre, teñido en sangre francesa, interpuso una vez más su corriente entre ambos ejércitos.

Jourdán se aproximaba; pero el ardor bélico de Saint-Just no admitía dilaciones.

—¡Charleroi, Charleroi! — repetía sin cesar en el consejo de guerra a los generales, como Catón a los romanos—. ¡Arregladlo como queráis, pero la República necesita una victoria!

Kleber volvió a pasar el río el 26 de mayo, y esperó durante tres horas a las columnas que debían seguirle, sufriendo la metralla de veinte bocas de fuego; pero, atacado al fin por nuevas baterías que desgarraban los flancos de su vanguardia, vióse obligado a replegarse. El 29 hizo pasar Saint-Just a Marceau y a Duhesme. Chocando y despedazándose las cabezas de estas columnas contra treinta y cinco mil hombres del príncipe de Orange, volvieron derrotados. Cuando se hacían estas inútiles tentativas llegó Jourdan, a quien Saint-Just proclamó inmediatamente general del ejército del Sambre y Mosa y de todo el Norte, le entregó todos los generales y todos los cuerpos, y le confirió la dictadura de la campaña. Jourdan, que al instinto militar de Saint-Just sumó la ciencia del general y el número de los batallones, atravesó por sexta vez el Sambre, y marchó contra Charleroi, seguido de ochenta mil combatientes.

Comenzaba Jourdan a bombardear la ciudad, situando al ejército con la previsión del que espera un combate próximo, cuando, atacado antes de tiempo, sin municiones, sin baterías, sin apoyo, y sin estar de acuerdo consigo mismo, y acribillado a balazos por los tres ejércitos reunidos, vióse obligado, a pesar de los prodigios de inteligencia y de valor de Kleber, de Marceau, de Duhesme, de Lefebvre y de Macdonald, a replegarse precipitadamente en el valle del Sambre, y a poner por medio las aguas del río.

Irritado Saint-Just, aunque había presenciado la intrepidez de las tropas y la obediencia de los generales, temió que la noticia de este revés quitara la popularidad al comité y a Robespierre. El mismo había luchado como un héroe, pero la gloria no era nada sin el triunfo. La victoria para Saint-Just era la de la política, y su campo de batalla estaba en París. Nada para él era imposible, con tal de que fuera necesario a la República. Carnot no cesaba de escribirle: «Es absolutamente necesario obtener una victoria en el Sambre para evitar la anarquía en París.»

Por fin, habiendo reunido Jourdan en dos días sus parques de artillería y sus refuerzos y municiones, pasó nuevamente el Sambre el 18 de junio, aprovechándose de la confianza que la victoria había dado al príncipe de Coburgo, para avanzar contra Charleroi. El príncipe de Coburgo había, en efecto, destacado la mayor parte de su ejército para auxiliar a Clairfayt contra Pichegrú. Jourdan atacó a Charleroi, atrincheró las aldeas que cubrían el frente de su campo, y especialmente a Fleurús, y armó en el centro de la línea un reducto de diez y ocho piezas de grueso calibre, apagando así el fuego de Charleroi. La plaza se rindió aquel mismo día a Saint-Just, que se mostró generoso con la guarnición, dejándola salir con armas y bagajes. En el momento en que evacuaba la plaza, desfilando ante el representante del pueblo, el estampido del cañón, que rugía a lo lejos, anunció a Charleroi un socorro tardío, y a Jourdan una próxima batalla.

VI

Era el príncipe de Coburgo que se aproximaba, y que, reunido con el príncipe de Orange, empezaba a batir a cañonazos los puestos avanzados del ejército francés. Jourdan había colocado sus tropas en forma de media luna y sus dos alas se apoyaban en el Sambre, que no podían pasar, viéndose obligados de este modo a elegir entre la victoria y el abismo. Marceau, Lefebvre, Championnet y Kleber mandaban estos diferentes cuerpos, y en esta batalla empezó la gloria de sus nombres. Trincheras unidas por fuer-

tes reductos y defendidas por tropas escogidas cubrían las dos extremidades avanzadas del ejército republicano y el centro de la posición.

El príncipe de Coburgo renovó en esta ocasión la rutina eterna de la antigua guerra, diseminando las fuerzas y los ataques. Con los ochenta mil hombres de que se componía su ejército, formó cinco columnas, que avanzaron en semicírculo para atacar al ejército francés en todos los puntos al mismo tiempo. Mandaban estas diversas columnas de ataque el príncipe de Orange, el general Quasnodowich, el príncipe de Kaunitz, el archiduque Carlos, hermano del emperador, y el general Beaulieu. Se adelantaron todas, después de triunfos y reveses momentáneos, contra las tropas republicanas. Desordenado Championnet, se retiró detrás de las trincheras; pero el espacio que él dejó fué ocupado inmediatamente por numerosa caballería austriaca, pasando a ser el centro del campo de batalla.

La suerte del combate que contra estas masas tenían empeñado Lefebvre y Championnet permanecía oculta a Jourdan bajo densas nubes de humo, cuando vió elevarse sobre el humo un globo en el que iban varios oficiales del estado mayor francés. A Carnot se le había ocurrido aplicar al arte de la guerra la invención, hasta entonces infecunda, de la aerostática. Este punto movable de observación, cerniéndose sobre los campos y burlando las balas, debía esclarecer el genio del general en jefe. Los austriacos lanzaron proyectiles al globo, obligándolo a elevarse a una altura prodigiosa para evitarlos. Los oficiales que lo tripulaban concieron, sin embargo, la situación peligrosa de Kleber, y descendieron para informar a Jourdan, quien marchó inmediatamente con su reserva, compuesta de seis batallones y seis escuadrones, al socorro de Championnet, y volvió a ocupar con él al paso de carga y sobre montones de cadáveres las posiciones abandonadas. La reconquista del gran reducto abrió claros enormes en las espesas líneas de los austriacos, contra los que se lanzó al galope la caballería francesa, agrandó a sablazos las brechas vivientes y se apoderó de cincuenta piezas de arti-

llería. Pero en el momento en que Jourdan rompía el centro enemigo, el príncipe de Lambesc, a la cabeza de los carabineros y coraceros imperiales, cayó sobre la caballería francesa y le arrebató la victoria y los despojos. Empezaban los franceses a retroceder, cuando el príncipe de Coburgo, divisando el estandarte tricolor que ondulaba en los muros de Charleroi, y viendo así el fruto de la jornada y de la campaña arrebatado al ejército coligado, hizo tocar retirada, y, al ceder el campo, cedió también el nombre de Fleurús y el honor de la victoria a Jourdan.

VII

Veinte mil cadáveres quedaron en el campo de batalla. Esta victoria devolvió a los franceses Bélgica, y no tardó en poner bajo las leyes de la Convención las ciudades francesas que habían sido invadidas por el extranjero. Pichegrú, Carnot y Saint-Just acordaron reunir el ejército del Norte al del Sambre y Mosa, enviar a Pichegrú a conquistar Holanda, separar a Clairfayt del duque de York, fraccionando de este modo el grande ejército de la coalición, sublevar las provincias del Rin y de los Países Bajos, aprovechar la perplejidad de la Prusia, eliminar a Austria del número de los enemigos de la República, y oír las proposiciones de paz que el emperador comenzaba a hacer a Robespierre. En efecto, el carácter paciente de Robespierre había impresionado vivamente a los hombres de Estado de la corte de Viena, quienes, cansados de esfuerzos inútiles, atemorizados por la preponderancia de Prusia, inquietos por la inacción de Rusia, e impacientes por las exigencias de Pitt, proyectaban separarse de la coalición. Solamente la anarquía y la inestabilidad del gobierno revolucionario impedían al emperador entrar en negociaciones, esperando, para descubrirse, que el advenimiento de Robespierre a la dictadura restituyera la unidad a la República, dando ocasión a las negociaciones y garantía a la paz.

VIII

El único peligro real de la República en los últimos meses de la campaña había sido el bloqueo de Landau y la ocupación de las líneas de Wissemburgo, puertas de los valles franceses del Rin y Vosgos. El comité de Salvación pública resolvió entonces realizar esfuerzos desesperados para reconquistar esta posición, y para levantar el bloqueo de Landau, siendo *Landau o la muerte* las palabras de la orden para los tres ejércitos del Rin, Ardennes y Mosela. Los alistamientos en masa y el arrojo unánime de las poblaciones de la Alsacia, de los Vosgos y del Jura, llevaron rápidamente grandes refuerzos a los tres ejércitos. El del Rin lo mandaba Pichegrú, cuyo carácter áspero y cuyo republicanismo le granjearon la confianza de Robespierre, de Saint-Just y de Lebás, quienes lo creían hombre de virtud y modestia antiguas, capaz de salvar a la República e incapaz de pretender dominarla. El alma ambiciosa de Pichegrú encubría bajo un profundo disimulo los pensamientos de dominación que su genio ocultaba ya.

El mando del ejército del Mosela, destinado a reunirse con el de Pichegrú, atravesando los Vosgos, fué confiado por Carnot al joven general Hoche, cuyas proezas en el ejército del Norte habían llamado la atención de la República. A los veintiséis años de edad tenía Hoche el ardor propio de la juventud y la madurez de los generales veteranos. El fuego de la Revolución se alimentaba en su alma. No veía en la gloria más que el esplendor de la libertad, razón por la que se hizo cargo del mando del mismo modo que se acepta un deber, ofreciendo su vida a la República, a cambio del honor que le dispensaba. La tropa, que veía en él hasta qué altura podía elevarse un soldado, ratificó con aclamaciones la elección del comité. En pocos días templó con el fuego que le devoraba el espíritu del ejército, y se lanzó con treinta mil hombres a la cumbre de los Vosgos; combatió al principio con felicidad; sufrió después algunos reveses en Kaiserslautern; se retiró; le honraron en la

derrota los representantes, testigos de su valor; recibió refuerzos de las Ardenas; recobró el ánimo; se arrojó contra Werdt para sorprender y deshacer a Wurmser, a quien dejó atónito; cayó sobre el ala derecha de este general austriaco; arrolló sus posiciones; hizo prisionero un cuerpo considerable de ejército, y se reunió con el ejército del Rin.

Asombrados Baudet y Lebás de la decisión y fortuna de los movimientos de Hoche, le confiaron, sin consideración a Pichegrú, el mando de los dos ejércitos reunidos. Hoche atacó simultáneamente a los prusianos, formados en masa alrededor de Wissemburgo, y a los austriacos acampados delante de la Lauter, entre Wissemburgo y el Rin. Desaix y Michau, sus segundos, atacaron estas líneas, las desbarataron, y entraron victoriosos en Wissemburgo. Landau vióse libre del bloqueo; los austriacos volvieron a pasar el Rin; los prusianos se retiraron a Maguncia, y el anciano duque de Brunswick, que los mandaba, dimitió el cargo, no pudiendo soportar la humillación de haber sido derrotado por un general de veintiséis años.

IX

Pero después de estas hazañas, que habían purificado el suelo de la República y puesto dos ejércitos en las manos de un adolescente, la envidia persiguió al general Hoche. Saint-Just y Robespierre, envidiosos de su ascendiente sobre las tropas y cediendo a las insinuaciones de Pichegrú, le habían hecho arrebatarse, como a Custine, del medio del campamento. Enviado desde allí al ejército de los Alpes, fué detenido nuevamente al llegar a Niza, desde donde lo llevaron a París, y fué encarcelado en los Carmelitas. Algunos días después fué trasladado a la Conserjería, maniatado como un vil criminal. En la época a que nos referimos en esta narración, hacía cinco meses que se consumía en la prisión el hombre que había salvado a la República y que no había cometido otro crimen que el de conquistar la gloria, esperando ser conducido al cadalso como recompensa por los servicios hechos a la

patria. Recién casado Hoche con una joven de diez y siete años, que no había aportado al matrimonio más dote que su amor y su hermosura, se comunicaba con ella por medio de billetes lacónicos, substraídos a la vigilancia de los guardianes. Vivía con el pan de la prisión, viéndose obligado a vender su caballo de batalla para atender a sus más imperiosas necesidades. Soportaba esta privación, esta indignidad, esta perspectiva del cadalso, sin blasfemar, ni interiormente siquiera, de la República. «En las repúblicas, escribía a su esposa, el general demasiado querido por los soldados que están bajo sus órdenes, es siempre sospechoso a los que gobiernan, tú lo sabes; es cierto que la libertad podría correr gran riesgo por la ambición de semejante hombre, si fuera ambicioso. ¡Pero yo!... No importa: mi ejemplo podrá ser útil a la patria. Después de haber salvado a Roma, Cincinato volvió a labrar el campo. Estoy lejos de igualarme a tan grande hombre, pero quiero a mi patria como él, y nada deseo más que volver a ocupar cuanto antes la posición de que la casualidad y mi trabajo me han obligado a salir demasiado temprano para mi tranquilidad.»

«Si lees la historia de las repúblicas antiguas, escribía en otra ocasión, verás cómo la maldad de los hombres atormenta a los que como yo han servido a la patria.»

Estas cartas confidenciales de Hoche están llenas del sentimiento de la antigüedad. En tiempos en que la impiedad filosófica, unida a la ligereza soldadesca, borraba en todas partes de la lengua y del corazón el sentimiento religioso, es admirable ver a un joven héroe de la República elevar a cada momento el pensamiento al cielo, invocar a la Providencia, y hablar con acento de profunda convicción a su mujer y a sus amigos del GRAN SER que lo protege en los peligros, y al que atribuye su heroísmo como origen de todo sacrificio.

La prisión y la sombra del cadalso iban formando en Hoche al héroe que debía sofocar poco después la guerra civil, tanto con la generosidad como con la fuerza.

X

Después de los cuarteles de invierno de 1793 y 1794, las demás fronteras ofrecían la misma seguridad, que las del Rin. El general Dumas se apoderaba de Saboya, de la altura de los Alpes, y amenazaba desde la cumbre de San Bernardo y del Monte-Cenis a los piemonteses, aliados de Austria. El comité de Salvación pública proyectaba la invasión de Italia. Massena y Serrurier abrían paso al acceso del lado de Niza. Bonaparte, que no era entonces más que jefe de batallón, enviaba planes a Carnot y a Barrás, planes que revelaban en el joven y desconocido oficial el futuro genio invasor.

Las columnas incendiarias de los republicanos, llevando en la Vendée por doquiera el fuego y la muerte, hacían prisionero al general en jefe d'Elbee, quien moría fusilado en Nantes.

En los Pirineos, abandonado al ejército de España por la muerte de los generales Ricardos y O'Reilly, pasaba el río Tech para evitar los ataques de Augereau, de Perignón y de Dugommier. El viejo general Dagobert, impaciente por la inacción a que se veía reducido en Cerdeña, invadía a Cataluña, triunfaba en Montello, y moría de fatiga en la Seo de Urgel, a la edad de setenta y ocho años. Después de haber impuesto grandes contribuciones a los territorios conquistados, y encerrado el importe en la caja del ejército, Dagobert expiraba en la mayor pobreza, viéndose obligados los oficiales y soldados del ejército a hacer un escote para sufragar los gastos de sus humildes, pero gloriosos funerales. El general La Unión, expulsado de posición en posición hasta la cima de los Pirineos, abandonaba todos los valles, guareciéndose bajo el cañón de Figueras.

El rey de España proponía la paz sin más condiciones que la libertad de los hijos de Luis XVI y una asignación decorosa para el Delfín en las provincias limítrofes de España; pero el comité de Salvación pública escribía al representante del pueblo que le había comunicado estas proposiciones:

—¡Que responda el cañón! ¡avanzad, herid!

Obedeciendo Dugommier estas órdenes, moría victorioso, rota la cabeza por un casco de bomba.

—Ocultad mi muerte a los soldados — dijo a sus dos hijos y a los oficiales que le ayudaban a levantarse — a fin de que la victoria sea, al menos, el consuelo de mi último suspiro.

Perignón, nombrado general en jefe en lugar de Dugommier, completaba la victoria.

Los generales Bon, Verdier y Chabert, arrollaban las columnas y llegaban a la bayoneta hasta el campo enemigo. La muerte del general en jefe español y la de otros tres generales vengaron la muerte de Dugommier y trajeron en pos de sí la derrota. Diez mil españoles cayeron prisioneros, y la plaza de Figueras quedó en poder de Augereau y de Victor. La frontera quedaba franca, y por todas partes retrocedían los enemigos ante la constancia y el valor de los batallones republicanos. El tesón de Robespierre, el genio de Carnot y la inflexibilidad de Saint-Just habían llevado la guerra al territorio enemigo.

XI

La República mantenía en el Océano, si no su poder, al menos su heroísmo. La guerra marítima no es solamente guerra de valor y de número, porque el hombre no basta, son precisos, además, madera, bronce, aparejos, maniobras y disciplina: se improvisa un ejército, pero una armada con hombres capaces de tripularla no se organiza sino con mucha lentitud. La marina francesa, que carecía absolutamente de oficiales, porque todos estaban emigrados, y de barcos, a causa del desastre de Tolón, acababa de sufrir un nuevo golpe. La escuadra de Brest, mandada por el almirante Morard de Galles, recorriendo las costas de la Bretaña, falta de víveres, de municiones y de confianza, se sublevó contra los jefes y, obligándoles a entrar de nuevo en Brest, adujo el pretexto de que se les alejaba del puerto para entregarlos, como Tolón, a los ingleses.

El comité de Salvación pública envió tres comisionados a Brest: Prieur de la Marne, Treilhard y Jean-Bon Saint-André, quienes fingieron dar razón a los marineros, y buscar en los jefes de la armada los conspiradores imaginarios, introduciendo el terror en la escuadra, con la misma vehemencia que se experimentaba en el interior del país. La destitución, la prisión y la muerte diezmaron a los oficiales, siendo Morard de Galles reemplazado por Villaret-Joyeuse, simple capitán de navío, encumbrado por la insubordinación a la categoría de jefe de escuadra. Los buques rebeldes recibieron de los jefes hasta nombres nuevos sacados de las grandes circunstancias de la Revolución.

Mientras tanto, esperábanse de América en las costas del Océano doscientos barcos cargados de grano, y Villaret-Joyeuse recibió la orden de hacer salir de nuevo la armada, y de situarla a cierta altura en el mar, para proteger la entrada de las doscientas velas en las aguas francesas, y de adiestrar a las tripulaciones, durante este tiempo, en las grandes maniobras. Contaba la escuadra francesa veintiocho buques de línea, restos impotentes del armamento de América y de las Indias. Villaret-Joyeuse y Jean-Bon Saint-André montaban el navío la *Montaña*, de ciento treinta cañones. Apenas habíase hecho a la mar la escuadra, majestuosa por el número, por el valor y por el patriotismo, cuando fué divisada por el almirante Hoüe, que recorría con treinta y tres buques ingleses las costas de Normandía y de Bretaña. El almirante francés deseaba evitar el combate, conforme a las órdenes que había recibido de proteger antes que nada la arribada de los granos al famélico litoral de Francia; pero el entusiasmo de los marineros, alentado por el valor revolucionario de Jean-Bon Saint-André, forzó la mano de Villaret-Joyeuse, y la escuadra encaminóse por sí sola al combate, movida por la impulsión que arrastraba entonces a las tropas republicanas.

Fingieron los ingleses al principio no aceptar el combate, para fomentar la ignorancia de nuestros representantes. Villaret-Joyeuse, por su parte, no quería para la escuadra sino los honores del

fuego, sin el peligro de una batalla naval, y esperaba satisfacer la sed de gloria de Jean-Bon Saint-André largando unas cuantas andanadas. Unicamente las dos retaguardias se empeñaron en la lucha. El navío francés el *Revolucionario*, escapó despedazado a duras penas de tres navíos ingleses, guareciéndose demantelado en Rochefort. La noche separó las dos armadas, y al siguiente día amanecieron nuevamente una enfrente de la otra. Tres navíos ingleses, lanzados al centro de la línea francesa, arrimáronse como brulotes al navío el *Vengador*, y le incendiaron los aparejos; iba a entablarse el combate general, cuando una espesa niebla extendióse sobre el Océano, sumergiéndolo durante dos días las escuadras en una incesante noche que hacía imposible toda maniobra. Pero el almirante Howe, valiéndose de esta obscuridad, había maniobrado, y había tomado la flota francesa a sotavento; ventaja inmensa, que permitió a la escuadra favorecida acrecentar sus fuerzas y movilidad con toda la fuerza y movilidad de un elemento.

XII

Ocurrió esto al amanecer del día 1.º de junio de 1794. El cielo estaba claro, brillante el sol, había marejada, pero no tan fuerte que impidiera la maniobra, y el valor era igual por ambos lados; valor desesperado por parte de los franceses, y confiado y tranquilo por la de los ingleses. A los gritos de viva la República y viva la Gran Bretaña, pusieron en movimiento las dos escuadras. El viento corrió de una a otra, llevando en sus alas el eco de los himnos patrióticos de las dos naciones.

El almirante inglés, en vez de abordar de frente la línea francesa, hizo un movimiento oblicuo y, cortándola en dos trozos, separó la izquierda y la abrasó con todos los cañones de que disponía, mientras que la derecha, teniendo contrario el viento, veíase reducida a contemplar inmóvil el incendio de sus navíos. ¡Jamás un ardor de muerte parecido había impulsado unos contra otros los barcos de las dos naciones rivales!

Los cascos y las velas parecía que palpitaban con la misma impaciencia de encontrarse que los marinos. Chocaban como arietes, acercándose y separándose alternativamente al capricho de las olas. Cuatro mil cañones, correspondiéndose desde puntos opuestos, vomitaban la metralla a una distancia de tiro de pistola. Los palos estaban hechos astillas, las velas ardiendo, los puentes cubiertos de miembros mutilados y de restos de la arboladura. Howe combatía personalmente sobre el navío *Reina Carlota*, como en un gran duelo, al buque almirante francés la *Montaña*, que había quedado al descubierto, porque una falsa maniobra del *Jacobino* había roto la línea. La izquierda francesa estaba destrozada, y había inscrito en su pabellón: VICTORIA O MUERTE. El centro sufrió poco. La noche, al llegar, puso término a la carnicería.

Seis navíos republicanos habían sido separados de la armada y acribillados por los de Howe, y la lucha debía ser decisiva para ellos: o la rendición o el incendio. El almirante francés deseaba salvarlos o perecer con sus restos. La reflexión había moderado al representante del pueblo Jean-Bon Saint-André, que conociendo que la armada había hecho bastante por la gloria, y que la victoria disputada era ya un triunfo para la República, ordenó que se retirara, por lo que le acusaron de cobarde y quisieron arrojarle al mar. El navío la *Montaña* no era ya más que un volcán apagado; había recibido tres mil balazos en los flancos, todos los oficiales estaban heridos o muertos y apenas sobrevivía una tercera parte de la dotación. Una bala había quitado al almirante el banco de guardia, cuando se encontraba sentado en él. Todos los artilleros estaban acostados sobre las piezas, y lo mismo sucedía en todos los barcos que habían peleado.

El *Vengador*, rodeado por tres buques enemigos seguía combatiendo, con el capitán hecho dos pedazos, los oficiales mutilados, los soldados diezmados por la metralla, los mástiles caídos, y el velamen reducido a cenizas. Los buques ingleses separábanse de él como de un cadáver, cuyas últimas convulsiones debían

ser peligrosas, pero que no podía escapar a la muerte. La tripulación, embriagada de sangre y de pólvora, llevó el orgullo del pabellón hasta el suicidio en masa. Clavó el pabellón en un pedazo de mástil, rechazó toda negociación, y esperó que el agua, que penetraba en la cala, subiendo de minuto en minuto, lo hiciera zozobrar. Mientras el buque se sumergía puente tras puente, la intrépida tripulación disparaba andanada tras andanada con todos los cañones que el mar iba tragándose. Cuando un puente había desaparecido bajo el agua, subían los marineros a la batería superior y la descargaban contra el enemigo. Al fin, las olas barrieron el puente, brilló el fulgor de la última andanada al nivel del agua, y la tripulación se sepultó, con el barco, en el profundo abismo, gritando ¡VIVA LA REPÚBLICA!

Llenos de admiración los ingleses, apresuráronse a salvar a los naufragos, entre los que fué recogido el hijo del ilustre presidente Dupaty, que prestaba servicio en el *Vengador*. La escuadra volvió a Brest, donde entró como un herido triunfante. La Convención decretó que había merecido bien de la patria, y dispuso que una reproducción del *Vengador*, estatua naval del barco sumergido, fuera colgada de la bóveda del Panteón. Los poetas José Chenier y Lebrún lo inmortalizaron en sus versos. El naufragio del *Vengador* inspiró uno de los cantos populares de Francia, llegando a ser para los marinos republicanos la marsellesa de la mar.

XIII

De este modo triunfaba, haciéndose famosa, la República en todas partes. La Convención invitaba a todas las artes, y a todos los genios a celebrar los primeros triunfos de la libertad. Así como los peligros de 1793 habían tenido un Tirteo en Rouget de Lisle, las victorias de 1794 tenían el suyo en J. Chenier y en Lebrún. Entonces fué cuando Chenier compuso el *Canto de la partida*, en cuyas notas palpitaba el triunfo como en las de la *Marsellesa* palpitaba el furor. He aquí este canto:

UN DEPUTÉ DU PEUPLE (1)

La Victoire en chantant nous ouvre la
[barrière]

La liberté guide nos pas;
Et du nord au midi la trompette gue-
[rrière]

A sonné l'heure des combats.
Tremblez, ennemis de la France,
Rois ivres de sang et d'orgueil,
Le peuple souverain s'avance;
Tyrans, descendez au cercueil!
La republique nous appelle,
Sachons vaincre, sachons périr;
Un Français doit vivre pour elle,
Pour elle un Français doit mourir!

CHŒUR DES GUERRIERS

La république, etc.

UNE MÈRE DE FAMILLE

De nos yeux maternels ne craignez pas
[les larmes.]

Loin de nous les lâches douleurs!
Nous devons triompher quand vous pre-
[nez les armes:]

C'est aux rois à verser des pleurs.
Nous vous avons donné la vie,
Guerriers, elle n'est plus à vous:
Tous vous jours sont à la patrie,
Elle est votre mère avant nous.

CHŒUR DES MÈRES DE FAMILLE

La république, etc.

En las fronteras francesas despejábase el horizonte, mientras que en París se

(1) UN DIPUTADO DEL PUEBLO.—La victoria cantando nos abre la barrera, la libertad guía nuestros pasos, y desde el Norte al Mediodía la trompeta guerrera anuncia la hora del combate. ¡Temblad, enemigos de Francia! Reyes ebrios de sangre y de orgullo, el pueblo soberano avanza; ¡tiranos, a la tumba! La República nos llama, sepamos triunfar o morir. ¡Un francés debe vivir para ella y por ella debe morir!

CORO DE GUERREROS.—La República nos llama, etc.

UNA MADRE DE FAMILIA.—No temáis las lágrimas de nuestros ojos maternos; lejos de nosotras los cobardes dolores. Debemos triunfar cuando tomáis las armas. Los reyes son los que deben llorar. Nosotras os hemos dado la vida, guerreros, ya no os pertenece. Todos vuestros días son de la patria, que es vuestra madre antes que nosotras.

CORO DE LAS MADRES DE FAMILIA.—La República, etc.

obscurecía cada vez más. La sangre de las víctimas mezclábase con la de los defensores de la patria.

XIV

Cuanto más terrible habíase mostrado el comité de Salvación pública contra el partido de Hebert y de Dantón, más obligado estaba a ser implacable con los sospechosos de todas las opiniones, creyendo que solamente el terror podía servir de excusa al terror. Después de haber llevado al cadalso a los más ilustres defensores de la República, era necesario mostrarse inexorable con los enemigos, siendo la guillotina el único medio de gobierno, y dejándole el poder al comité a condición de que concediera la muerte al pueblo. Entre los miembros del comité, unos como Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois y Barrere convertían esta ferocidad de circunstancias en sistema; otros, como Couthón, Saint-Just y Robespierre, cerraban los ojos y concedían la sangre al pueblo para aficionarlo, por medio de los malos instintos a la República, esforzándose en persuadirse de que impedirían que la Revolución degenerara en anarquía, apoyando la República en el cadalso. Se lisonjearan de sacar de la sangre fuerzas para restañarla, aunque quizá ninguno quería sumergir en ella, por sistema, las manos y manchar su nombre. Pero una vez implantado el terror, creía que debía atropellar a todo el que intentara dificultarle la marcha. El ejemplo de los girondinos, el de Dantón, el de Camilo Desmoulins, estaban aún demasiado recientes para poder ser olvidados. Robespierre y los amigos de éste esperaban con ansia que llegara el momento de poner término a la carnicería; pero los jacobinos lo contemplaban, y la hora propicia no acababa de sonar en la historia de la revolución francesa. Preciso es, decían, deshacerse de tales o cuales hombres sospechosos, peligrosos o feroces. Couthón, Saint-Just y Robespierre aplazaban la clemencia, velaban la justicia y transigían con el cadalso; pero su crimen no consistía tanto en consentir el terror, como en haberlo implantado. Esperando, derribaban sin elegirlos, y sin justicia ni piedad, tanto las cabezas más

ilustres como las más humildes, porque el nivel de la guillotina había bajado, y cortaba indistintamente todos los rangos. La filosofía de Robespierre habíase convertido en homicidio permanente, el abismo le atraía... ; Terrible lección para el que da el primer paso en la senda del crimen y de la injusticia! El comité de Salvación pública se había reservado solamente en la distribución de los juicios y de los suplicios una especie de función mecánica, reducida a una siniestra formalidad, siendo pocas veces el denunciador, excepto en las graves circunstancias en que los procesos adquirían el carácter y gravedad de un crimen de Estado. El comité recibía las denuncias de París, de los representantes en comisión, de los clubs, de los departamentos, y les dirigía una mirada o fiaba en lo que le decía uno cualquiera de sus miembros, volviendo a enviar al acusado al tribunal revolucionario, y así iban amontonándose los acusados en las diez y ocho prisiones de París. Los nombres, los procesos, las delaciones, llenaban el archivo de FABRICIUS y los cuadernos de Fouquier-Tinville. Todas las noches presentábase el acusador público al comité a recibir órdenes; si el comité deseaba con urgencia alguna proscripción, remitía a Fouquier-Tinville la lista de los acusados que era necesario condenar. En el caso de no tener el comité alguna cabeza que enviar con predilección al verdugo, dejaba al arbitrio de Fouquier-Tinville agotar, ordenadamente o a capricho, las innumerables listas de acusación. El acusador público no se entendía con el presidente del tribunal; juntaba por analogía de acusación los procesos; redactaba y sostenía la acusación, y proveía a la inmediata ejecución de los reos.

Este mecanismo de muerte funcionaba por sí solo. Las carretas, proporcionadas al presunto número de condenados, estacionábanse a una hora fija en los patios del Palacio de Justicia. Las INSULTADORAS públicas se amontonaban junto a las ruedas de los vehículos; los ejecutores bebían a la puerta de los calabozos; el pueblo se estrujaba en las calles a la hora de ser conducidos al cadalso los sentenciados; la guillotina esperaba, y la muerte tenía señalada la víctima como

una costumbre que había llegado a convertirse en función diaria.

Desde los últimos días del mes de noviembre de 1793 hasta el mes de julio de 1794, el almanaque de Francia marcaba diariamente muchas cabezas cortadas, cuyo número aumentaba de semana en semana. A fines de mayo ya se había perdido la cuenta.

XV

El hijo de Custine, de 24 años de edad, encarcelado por haber llorado a su padre, había sido encerrado en un calabozo para esperar que lo sentenciaran. Su juventud, su hermosura, las lágrimas de su esposa, que lo visitaba libremente, habían enternecido a la hija de un carcelero. Esta joven cómplice había facilitado a Custine vestidos de mujer, bajo cuyo disfraz debía evadirse al anocheecer. Treinta mil francos de oro, entregados ya por la señora Custine a los cómplices de la evasión, el coche preparado y seguro el lugar en que el prisionero debía refugiarse, hacían suponer que no fracasara la fuga; pero, llegado el momento de poner en práctica el proyecto, enteróse Custine de que un decreto de la Convención condenaba a muerte al que favoreciera la fuga de un prisionero, y se despojó del disfraz que ya vestía, rechazando las súplicas de su mujer y las de su joven cómplice, que juró seguir y morir por él si era preciso. Nada fué capaz de convenirlo, permaneció en el calabozo y fué condenado, pasando la última noche de su vida ocupado en enjugar las lágrimas de su mujer, y pedirle que viviera para el hijo de sus amores. La primera luz del día produjo un vértigo a la joven, que entonces fué sacada del calabozo de los condenados. Custine fué conducido al cadalso, donde murió víctima de su amor filial, de su generosidad y de su nombre.

Informado Claviere en el calabozo del suicidio de su amigo Roland, pasó la noche departiendo filosóficamente con los compañeros de prisión, a la luz de una lámpara, acerca de las conjeturas o incertidumbres de la inmortalidad. Estudió los medios más seguros de escapar voluntariamente a la muerte sobre el cadalso, con objeto de dejar una herencia a sus hijos; buscó con la punta del pu-

ñal en el pecho el lugar en que palpita el corazón, para no errar el golpe, y entró en su estancia. Al otro día los carceleros encontraron a Claviere sobre un charco de sangre, con la mano sobre el puñal, y el puñal en el corazón. Su esposa, ginebrina como él, al enterarse de la muerte de éste, se envenenó, después de haber salvado un resto de su fortuna y asegurado otra familia a sus hijos.

El obispo de Lyon, Lamourette, afrentado por los realistas por haber confiado en la bondad de los hombres, y proscrito por los revolucionarios por haber querido conservar la conciencia a la Revolución, convertía en la prisión los impíos a Dios e infundía esperanza a los desgraciados.

—No, amigos míos — exclamaba el día antes de morir, golpeándose la frente—, no se puede matar el pensamiento, y el pensamiento es el hombre todo. ¿Qué es la guillotina? — agregaba, burlándose del suplicio—, un capirotazo en el cuello.

El último suspiro de este varón justo fué un suspiro de paz.

Sólo dos ilustres girondinos habían escapado, durante seis meses, a las proscripciones de la Montaña: Louvet y Condorcet.

XVI

La mañana del 31 de mayo esperaba Condorcet a los gendarmes que debían vigilarle en su casa. Los montañeses dudaron un momento ante aquel hombre tan grande, temiendo deshonorar la Revolución si proscribían al filósofo, pero los jacobinos echaron en cara a los montañeses esta debilidad. Cuanto más grande es el hombre, más peligroso es el conspirador. El respeto es una preocupación, y las cabezas más altas deben caer las primeras. Cediendo Condorcet a las lágrimas de su esposa, dejóse conducir por su amigo, el señor Pinel, a la calle Servandoni, núm. 21, una de esas moradas oscuras de París, ocultas bajo la sombra de los elevados muros y por las torres de San Sulpicio. Allí, una viuda pobre, sensible a la desgracia, poseía una casita cuyas habitaciones alquilaba a gentes pacíficas, desconocidas como ella, y a esta vivienda condujo el señor Pinel a Con-

dorcet al obscurecer el día. Al intentar revelar a la señora Varnet, que así se llamaba aquella honrada viuda, el nombre del amigo que confiaba a su hospitalidad, respondióle, generosa, la mujer:

—No, no quiero saber su nombre: me basta saber que es desgraciado para salvarlo por amor a Dios y en atención a usted. Así estará más seguro, y mi servicio será más desinteresado.

Condorcet encerróse con algunos libros en una habitación del último piso. Tomó nombre supuesto y jamás salió de casa, no abriendo la ventana sino de noche, y bajando para alimentarse, como un convidado de familia, a la mesa de su huésped. Un día, creyendo reconocer en la escalera a un convencional del partido de la Montaña, llamado Marcós, dijo a la señora Varnet:

—Estoy perdido; hay un montañés hospedado en vuestra casa. Dejadme huir, porque yo soy Condorcet.

—Quedaos — le respondió la intrépida mujer —; conozco a Marcós, y respondo de él. Voy a encadenarle, para salvarme yo, diciéndole: «Condorcet, que está proscrito, se encuentra aquí; yo lo sé, y le doy asilo. Si se le descubre, pereceré con él. Sólo una persona conoce este secreto; si Condorcet muere en la guillotina, la sangre de este hombre y la mía caerán sobre vuestra cabeza.»

El convencional fué discreto. El proscrito y el proscrito se encontraban todos los días en la escalera, y pasaban uno al lado del otro fingiendo no conocerse.

Condorcet permaneció en este ignorado asilo durante el otoño y el invierno de 1793 y los primeros meses de la primavera de 1794, en cuyo tiempo escribió su libro *De la perfectibilidad del género humano* en medio de la locura y los furores de la libertad; ¡la esperanza del filósofo superaba a la desesperación del ciudadano! Sabía que las pasiones son transitorias, y que la razón es eterna, y la distinguía como el astrónomo distingue al astro hasta en el eclipse. Se consolaba en la soledad con el trabajo, y, sobre todo, con las asiduas visitas de su joven esposa, cuya brillante hermosura y alma elocuente habían sido el encanto de su juventud y el atractivo de su casa. Esta

joven, que pertenecía a la noble familia de Grouchy, estaba sumida en la indignancia desde la caída de su familia y la proscripción de su marido, y, después de haber vivido con gran lujo, véfase obligada a ganarse el sustento retratando los personajes célebres del terror, quienes se complacían en ver reproducidos sus rostros por la mano de una aristócrata. Llegada la noche, la señora Condorcet se deslizaba por las callejuelas sombrías que conducían a la casa del esposo amado, y le proporcionaba en el misterio horas de consuelo y de felicidad: horas tanto más gratas, cuanto que eran robadas a la muerte. Condorcet hubiera sido dichoso y se habría salvado si hubiese sabido esperar; pero la impaciencia de su imaginación ardiente le consumía y lo perdió. Se apoderó de él, al llegar la primavera, y ver la reverberación del sol de abril en las paredes de su habitación, tal necesidad de libertad y de movimiento, tal deseo de volver a contemplar la naturaleza y el cielo, que la señora Varnet vióse obligada a vigilarlo como a un verdadero preso, por temor de que huyera. Condorcet no hablaba más que de la felicidad de recorrer los campos, sentarse a la sombra de un árbol y escuchar el canto de los arroyuelos. Cuando vió reverdecer los árboles del Luxemburgo desde su ventana entreabierta, el ansia de contemplar el cielo y de moverse se elevó hasta el delirio, por lo que la puerta de la casa estaba cuidadosamente cerrada para que no pudiera salir.

XVII

El 6 de abril, por fin, a las diez de la mañana, estando el tiempo más delicioso que de ordinario, bajó Condorcet con el pretexto de sentarse a la mesa a la sala-comedor, habitación baja que estaba próxima a la puerta de la calle. No bien se hubo sentado, cuando fingió haber olvidado un libro en su estancia. La señora Vernet fué a buscarle, y Condorcet, aprovechándose de esta ausencia, lanzóse fuera del umbral.

A algunos pasos de la casa encontró Condorcet, en la calle de Vaugirard, a un comensal de la huésped, llamado

Serret, quien, temblando por el fugitivo, lo acompañó. Pasaron la barrera, se abrazaron y se separaron. Condorcet vagó durante todo el día por los alrededores de París gozando con embriaguez de la libertad, y, llegada la noche, llamó a la puerta de una casa de campo, en la que vivían retirados sus amigos los señores Suard en la aldea de Fontenay-aux-Roses, quienes le franquearon la entrada. Nadie sabe lo que sucedió en aquella entrevista nocturna entre el proscrito que mendigaba asilo, y los amigos que temían comprometerse ocultando a un acusado; pero es lo cierto que Condorcet, después de una breve conferencia en voz baja, salió a media noche por una puerta secreta del parque.

Se asegura que volvió algunas horas después, y que encontró cerrada con cerrojo la puerta que debía encontrar abierta; pero este extremo no está completamente esclarecido.

XVIII

La noche ocultó los pasos de Condorcet. Al día siguiente, ya muy avanzada la tarde, vióse entrar en una taberna de Clamart a un hombre muerto de fatiga, con los pies llenos de lodo, pálido el semblante, la mirada vaga y la barba larga. La chaqueta de jornalero, el gorro de lana y los zapatos herrados que llevaba contrastaban con la delicadeza de sus manos y la blancura de su tez. Pidió huevos y pan, y comió con la avidez del que ha ayunado mucho tiempo. Preguntado por la tabernera respecto a su profesión, respondió que era criado de una persona que acababa de morir; y, para demostrar esta afirmación, sacó del bolsillo una cartera que contenía papeles falsos; pero la elegancia de ésta, que desmentía la pretendida domesticidad y la pobreza del vestido de Condorcet, lo denunció. Los miembros del comité revolucionario, que estaban alrededor de una mesa en la sala común, lo detuvieron como sospechoso, y lo hicieron conducir a la prisión de Bourg-la-Reine. Con los pies lastimados por la penosa marcha de la víspera y de la noche precedente, agotadas sus fuerzas, encontrábase absolutamente imposibilitado para andar y caía desmayado a

cada momento, viéndose obligados los campesinos a subirlo al caballo de un pobre viñador que pasaba por el camino. Encerrado en la prisión de Bourg-la-Reine, el filósofo ingirió un veneno que siempre llevaba consigo, y se durmió. Los guardias nacionales que hacían centinela en la puerta, y que no percibieron ningún ruido en el calabozo, encontraron un cadáver en lugar de su prisionero. Así murió este Séneca de la escuela moderna. Situado entre los dos campos para combatir el mundo antiguo y moderar el nuevo, pereció en el choque, sin extrañar y sin gemir; sabía que las verdades no se dan gratuitamente a la humanidad sino que se compran, y que la vida de los filósofos es el rescate de la verdad. La época del reconocimiento no ha llegado todavía para él, pero llegará para enaltecer, como es debido, la memoria del filósofo.

XIX

El mismo día en que Condorcet expiraba en Bourg-la-Reine, Louvet entraba en París. Después de haberse separado en Saint-Emilión, a media noche, de Barbaroux, de Buzot y de Pethión a la puerta de la casa de aquella cruel mujer que había negado una gota de agua a un moribundo, Louvet anduvo toda la noche. Al despuntar el día había atravesado, antes de que despertara el vecindario, la aldea de Monpont, última frontera de la Gironda: ya fuera del departamento sospechoso, la vigilancia era menos activa. Disfrazado con el uniforme de voluntario, afectando el jacobinismo en la actitud y en las palabras, herido en una pierna, y valiéndose para hacer el viaje de los carros cargados de paja y heno que llevaban las requisiones a las ciudades, consiguió Louvet, a fuerza de disfraces y de astucia, acercarse a París, donde entró, por fin, gracias a la adhesión de un guía fiel. Allí despreciaba la cólera de Robespierre desde el seno del misterio y del amor. Cada nuevo día era portador de la noticia de la muerte de uno de sus amigos, haciéndole paladear la vida como se saborea la última hora de una felicidad próxima a extinguirse. Lareveillere-Lepeaux, diputado

girondino como Louvet, era uno de los pocos que hasta entonces habían escapado a la guillotina.

La Revolución había encontrado a Lareveillere jurisconsulto en Mortagne, su patria, en el bajo Poitou. Los nuevos principios habían sido para él una religión; discípulo de los filósofos, soñaba con el advenimiento de la razón humana a los cultos lo mismo que a las leyes: pero esta razón no era, como la de Diderot, una burla amarga contra las instituciones y los dogmas, sino un amor ardiente a la ilustración y una aspiración apasionada de la humanidad hacia Dios. Estas doctrinas habían contribuido a que Lareveillere se afiliase en el partido de los girondinos, no porque fueran menos erédulos, sino porque eran menos sanguinarios que los montañeses. Denunciado al otro día de la caída de aquéllos, como cómplice, una voz gritó despectivamente de lo alto de la Montaña:

—Dejadle morir solo; no le restan dos días de vida.

Y, efectivamente, Lareveillere estaba entonces a las puertas de la muerte. Esta voz lo salvó; pero, pronto, proscrito con los setenta y tres diputados sospechosos de adhesión a los girondinos, vióse obligado a huir bajo disfraces diversos y por lugares desconocidos.

Bosc, amigo de la señora Roland, y Lareveillere habíanse refugiado primero en una cabaña abandonada, en el bosque de Montmorency, donde pasaron el invierno, y como ninguno de los dos había llevado consigo dinero, se mantenían con patatas y caracoles, constituyendo su única riqueza una gallina y un gallo. Un día, extenuados por la privación y el hambre, resolvieron matar la gallina; pero un ave de rapiña, más famélica que ellos, precipitóse sobre el animal, y se lo arrebató.

Cuando los administradores del Sena-y-Oise iban a cazar a aquella selva, Lareveillere y Bosc metíanse bajo haces de heno o entre montones de hojarasca, por lo que llegaron a hacerse sospechosos a los guardas, viéndose entonces obligados a separarse; Lareveillere se encaminó hacia el Norte, donde un amigo menos sospechoso que él le había ofrecido en otro tiempo la hospitalidad. Vestido de

harapos, con los pies desnudos, y deteriorado el rostro por el insomnio y la fatiga, el proscrito encontró en la carretera al representante del pueblo Bouchotte, con el gorro encarnado en la cabeza, en un coche arrastrado por cuatro caballos, y cubierto de laureles y de banderas tricolores. Temiendo haber sido reconocido, abandonó el camino real para internarse en los campos, donde un pastor compartió con él su exiguo alimento y su cabaña ambulante. Al siguiente día un campesino le dió un pan que llevaba para su hijo. A la puerta de la pequeña ciudad de Roye, cerca de Buire, encontró el fugitivo un grupo de gente que conducía a la ciudad, en una angarilla, a un proscrito como él, que se había suicidado en el camino real, siniestro augurio que le heló el corazón. Lareveillere vagó por los campos durante la noche, internándose durante el día en los bosques, hasta que llegó, por fin, moribundo, a las puertas de la casa de su amigo, donde fué acogido como hermano, escondido y esmeradamente cuidado por una familia generosa, en cuya compañía pasó los malos tiempos, bajo un nombre supuesto, y entregándose en paz al estudio de las plantas, su pasión favorita. Allí fué donde Lareveillere, inspirado por la divinidad que se revela y que habla en las maravillas de la vegetación, vislumbró la religión sencilla y pastoral, de la que fué más tarde apóstol, bajo el nombre de THEOFILANTROPÍA. Esta filosofía piadosa, y no este culto, compuesta de dos dogmas elementales sacados del Evangelio, el amor de Dios y el amor a los hombres la predicó primeramente el señor Haüy, hermano del abate del mismo apellido, célebre naturalista.

Lareveillere, cuyo nombre llevó esta religión, no tuvo en ella más parte que la de protector de sus ceremonias y aprobador de su moral, cuando la fortuna lo elevó a la primera magistratura de la República. La ligereza burlona de la opinión atribuyó esta tentativa de culto a Lareveillere-Lepeaux, cuyo nombre ridiculizó. Proclamar la divinidad en medio del materialismo, la moral al pie del cadalso, el amor en el seno de las discordias civiles, no podía motivar semejante desprecio, pues lo que tiende a realzar

la humanidad a los ojos de Dios no debe ser objeto de irrisión, ya que todos los pensamientos religiosos encierran la inmortalidad de la misma naturaleza, aun cuando aborten en el tiempo. El nombre de Lareveillere-Lepeaux será honrado, y no escarnecido, por el pensamiento que elevó a Dios desde lo más profundo de las teorías de la nada.

XX

Otro filósofo, Malesherbes, sufrió las mismas desgracias y obtuvo más gloria. Desde el acto de fidelidad suprema, que llevó a cabo defendiendo a Luis XVI ante la Convención, Malesherbes habíase retirado al campo, donde vivía como un patriarca, rodeado de sus hijos y nietos. Suponiendo que su virtud fuera una conspiración contra la época, se apoderaron de él, al mismo tiempo que de Rosambeau, su yerno, de sus dos nietas y de los esposos de éstas, uno de los cuales era Chateaubriand, hermano mayor del famoso escritor. Todos fueron encerrados en la prisión de Port-Libre y conducidos ante el tribunal. Malesherbes había aprendido a morir en el Temple, y murió sin indignarse contra los asesinos: el tiempo y la justicia de los hombres no eran para él otra cosa que paciencia y esperanza. Cuando se disponía a subir al tribunal, tropezó en el umbral de la cárcel.

—Mal agüero — dijo—. Un romano se volvería a casa.

Los prisioneros de la Conserjería pidieron que los bendijera, y él les complació sonriendo.

—Os ruego, sobre todo, que no me lloréis — dijo—. He sido desgraciado por haber querido aventajar a la Revolución por las reformas populares. Voy a morir por haber permanecido fiel a mi rey; pero moriré en paz con el pasado y el porvenir.

Pocos días después le siguió toda su familia al cadalso. Mientras el generoso anciano caminaba a la muerte por haber defendido a su señor, Clery se consumía en la fuerza por haberle servido y consolado en la prisión. Con el prolongado suplicio que había aceptado en el Tem-

ple, y con el cruel encarcelamiento que sufría como realista, desvaneció las dudas respecto a su adhesión al trono, dudas contra las que protesta la vida entera de este modelo de servidores de los reyes destronados.

El anciano Luckner, olvidado durante mucho tiempo en los calabozos; el diputado Mazuyer, acusado del crimen de haber hecho salvar a Pethión y a Lanjuinais; Duval Depremenil, uno de los primeros tribunos del parlamento; Chapelier y Thouret, relator de la primera Constitución el primero, y uno de los reformadores más esclarecidos de los códigos franceses el otro, siguieron de cerca a Malesherbes. Al subir a la carreta que iba a conducirlos a la guillotina, dijo Chapelier a Depremenil:

—Este pueblo va a plantear ahora un problema difícil de resolver.

—¿Y cuál es ese problema? — inquirió Depremenil.

—Averiguar a cuál de nosotros dos debe maldecir y escarnecer con preferencia.

—A los dos — respondió Depremenil.

Ya no se juzgaba más que por clases, por categorías, por funciones, por generaciones, por familias. Todos los miembros del parlamento de París, todos los recaudadores generales de rentas, toda la nobleza de Francia, toda la magistratura, todo el clero, eran arrancados de los castillos, de los altares, de los hogares, encerrados en las veintiocho cárceles de París, sacados sucesivamente de los calabozos, trasladados por categorías al tribunal, y arrastrados desde allí al cadalso.

Más de ocho mil sospechosos había en las prisiones de París un mes antes de la muerte de Dantón, habiendo sido encerradas en ellas en el transcurso de una sola noche trescientas familias del barrio de San Germán, todos los grandes hombres de la Francia histórica, militar, parlamentaria y episcopal. No se tomaban ya los delatores la molestia de atribuirles un crimen cualquiera, pues el nombre les bastaba, las riquezas los denunciaban y la clase los entregaba. Eran culpables por barrios, por categorías, por fortuna, por parentesco, por familia, por religión, por opinión, por presuntos sentimientos, o, por mejor decir, no había inocentes ni culpables, no había más que verdugos y

víctimas. Ni la edad, ni el sexo, ni la ancianidad, ni la infancia, ni las enfermedades que hacían materialmente imposible todo género de criminalidad, salvaban de la acusación ni de la condena. Los ancianos paralíticos seguían a los hijos, los hijos de corta edad seguían a los padres, las esposas a los maridos, las hijas a las madres; unos morían por el nombre, otros por la fortuna; unos por haber manifestado una opinión, otros por guardar silencio, por haber servido al trono, por haber abrazado con ostentación la República, por no haber adorado a Marat, por haber sentido la muerte de los girondinos, por haber aplaudido los abusos de Hebert, por haber aprobado la clemencia de Dantón, por haber emigrado, por permanecer quietos en sus casas, por haber introducido la miseria en el pueblo sin gastar su patrimonio, por haber mostrado un lujo que insultaba a la penuria pública, y todos para satisfacer la sed de sangre de los transformadores del orden social. Razones, sospechas, pretextos contradictorios, todo era bueno, bastando los delatores hablar en su sección, animados por la ley que les daba parte en las confiscaciones. El pueblo, delator, juez y heredero de las víctimas al mismo tiempo, creía enriquecerse con los bienes confiscados. Cuando faltaban a los proscriptores pretextos para dictar sentencias de muerte, espían en las prisiones las conspiraciones verdaderas o falsas, valiéndose de gentes que provocaban las confidencias, los deseos de libertad, los planes de evasión entre los encarcelados; y algunas veces hasta inventaban a su antojo para tener algo que revelar a Fouquier-Tinville. Inscribían en las listas de delación centenares de nombres de sospechosos, que sólo se enteraban de que eran criminales cuando oían la acusación. A estas ejecuciones en masa dábanseles el nombre de **HORNADAS** de la guillotina. Dejaban en los calabozos grandes vacíos, y hacían creer al pueblo que se acababa de castigar un enorme crimen, y que, gracias a la vigilancia y severidad de la República, se había conjurado un peligro inminente. Mantenían el terror e imponían silencio a los murmullos. El número de vehículos destinados a conducir los sentenciados al cadal-

so era cada día mayor, empezando a rodar a las cuatro por el Pont-au-Change y por la calle de Saint-Honoré más o menos cargados, con dirección hacia la plaza de la Revolución. Se alargaba el camino para prolongar el espectáculo al pueblo y el suplicio a las víctimas.

Estos fúnebres vehículos conducían juntos muchas veces al esposo y a la esposa, al padre y al hijo, a la madre y a las hijas. Los rostros llorosos que se contemplaban mutuamente con la ternura suprema de la última mirada, las cabezas de las doncellas apoyadas en el regazo de las madres, las frentes de las mujeres inclinadas, como para cobrar ánimo, sobre el hombro de los maridos, los corazones apretándose contra otros corazones que iban a cesar de latir, los cabellos blancos y los cabellos rubios cortados por las mismas tijeras, las cabezas venerables y las cabezas seductoras segadas por la misma cuchilla, la marcha lenta del cortejo, el chirrido monótono de las ruedas, los sables de los gendarmes formando una muralla de hierro alrededor de los vehículos, los comprimidos sollozos, los sarcasmos del populacho, la venganza fría y periódica, que se encendía y se apagaba, a hora fija, en las calles por donde pasaba la comitiva, imprimían a estas ejecuciones algo más siniestro que el asesinato, porque éste era el asesinato dado como espectáculo y como placer al pueblo. Así murieron, diezmadas, todas las clases de la población, la nobleza, el clero, la clase media, la magistratura, el comercio, y hasta el pueblo mismo; así murieron todos los ilustres y humildes ciudadanos que representaban en Francia las categorías, las profesiones, la ilustración, las posiciones, las riquezas, las industrias, las opiniones, los sentimientos proscritos por la regeneración sangui-naria del terror. Así cayeron, una a una, cuatro mil cabezas en el transcurso de algunos meses, y entre ellas las de los Montmorency, los Ncailles, los La Rochefoucauld, los Maily, los Mouchy, los Lavoisier, los Nicolaï, los Sombreuil, los Brancas, los Broglie, los Boigelin, los Beauvilliers, los Maillé, los Montalembert, los Roquelaure, los Roucher, los Chenier, los Gramont, los Duchâtelet, los Clermont-Tonnerre, los Thiard, los

Moncrif, los Molé-Champlatreux. La democracia se abría paso con el hierro, horrorizando a la humanidad.

XXI

El tránsito regular de estas procesiones patibularias, después de haber sido durante mucho tiempo un espectáculo y una especie de siniestra ilustración para las calles por donde pasaban, y sobre todo para la de Saint-Honoré, habíase convertido en un suplicio y en una deshónra. Los transeúntes huían de ellos, y todas las ventanas, almacenes y tiendas se cerraban a la aproximación de los convoyes. Los gritos de la muchedumbre llegaban amenazadores hasta los hogares de los ciudadanos que habitaban aquellas calles, y aterrORIZABAN a los niños. Los inquilinos abandonaban sus domicilios; los propietarios principiaban a quejarse a la corporación municipal, de que sus casas se habían transformado en palcos privilegiados del suplicio. La sangre de dos o tres mil víctimas, corriendo a chorros desde la primavera por el pavimento de la plaza de la Revolución, convertida en matadero de hombres, manchaba la tierra e infestaba el aire. Había desertado de las Tullerías y de los Campos Elíseos la muchedumbre que antes se paseaba en ellos, y los miasmas de la muerte corrompían hasta las sombras de los árboles.

Dos ejecuciones más siniestras y más solemnes que las demás colmaron la indignación de estos barrios contra el lugar de la guillotina. Cuando la toma de Verdún por el rey de Prusia, en 1791, la ciudad obsequió con fiestas a los libertadores de Luis XVI, y los vecinos llevaron a sus hijas a un baile, unos espontáneamente, y otros obligados por el miedo. Después de la entrega de Verdún a la República, recordáronse los festejos a que estas jóvenes habían concurrido y, para castigarlas, fueron conducidas a París, y entregadas al tribunal, ante el que no les sirvieron de excusas ni la edad, ni la hermosura, ni la obediencia a los padres, ni la antigüedad de la injuria, ni los triunfos vengadores de la República, siendo todas condenadas a muerte. La mayor de ellas tenía diez y ocho años, y,

como todas vestían de blanco, la carreta que las conducía, semejaba un canastillo de azucenas. Hasta los verdugos se enternecieron y lloraron al cortarles la cabeza.

XXII

Al pueblo le asombraba este rigor; pero, al día siguiente, las carretas, en número más crecido, condujeron al suplicio a todas las religiosas del monasterio de Montmartre, cuya abadesa era la señora de Montmorency. Estas pobres vírgenes de todas edades, desde la tierna joven hasta la anciana de plateados cabellos, encerradas en el monasterio cuando todavía eran niñas, no habían cometido otro crimen que el de obedecer a sus padres y ser fieles a los votos que habían hecho. Agrupadas en torno de la abadesa, entonaron los cantos sagrados al subir a las carretas, y los salmodiaron en coro hasta el pie del cadalso. Así como los girondinos habían cantado el himno de la muerte, estas vírgenes cantaron el himno del martirio hasta que con la vida se extinguió su voz. Aquellos cantos turbaron, sin embargo, como un remordimiento, el corazón del pueblo. La infancia, la belleza, la religión, asesinadas al mismo tiempo en estas dos ejecuciones, obligaron a la muchedumbre a apartar la vista.

La corporación municipal, temiendo fatigar el patriotismo de los barrios opulentos, puso su confianza en la implacabilidad de los arrabales, y eligió el de San Antonio, suelo natal de la revolución del 14 de julio, para instalar la guillotina que levantó en la barrera del Trono, donde, más seguros de no afectar la compasión del vecindario, los proscriptores inauguraron el nuevo calvario con numerosas ejecuciones. La fila de los convoyes aumentaba en longitud todos los días, llegando a conducir al cadalso, en una ocasión, a cuarenta y cinco magistrados de París y treinta y tres miembros del parlamento de Tolosa; y, en otra, a veintisiete comerciantes de Sedán, siendo muy frecuentes las veces que los condenados sumaban sesenta y hasta ochenta.

Una de las carretas apareció, en los últimos tiempos, escoltada por niños po-

bres y harapientos que, al parecer, bendecían y lloraban a un padre. El anciano, sentado en el fúnebre vehículo, era el abate de Fenelón, descendiente del autor de *Telémaco*, germen cristiano de una revolución extraviada que bebía ahora la sangre de su familia. El abate de Fenelón había instituido en París una obra de misericordia en favor de las criaturas nómadeas que todos los inviernos acuden de las montañas de la Saboya a ganarse la vida en Francia, en la domesticidad común a las grandes ciudades. Sabiendo estos niños que el bondadoso anciano, que era su providencia, iba a perecer, acudieron en tropel, por la mañana, a la Convención para implorar humanidad a los representantes y el perdón de la virtud. Su juventud, su lenguaje, sus lágrimas enternecieron a los representantes, que ya estaban a punto de ceder a las instancias de los pequeños peticionarios, cuando exclamó el inflexible Billaud-Varennés:

—¿Por ventura, sois vosotros también niños para que os dejéis dominar por el llanto? ¡Transigid una vez con la justicia, y mañana os asesinarán sin piedad los aristócratas!

XXIII

¡Este Billaud-Varennés, que de tal modo negaba compasión a unos huérfanos, necesitó más tarde, en el destierro, en Cayena, ser compadecido por un esclavo negro!

Después de oírlo, la Convención no se atrevió a conceder el perdón solicitado, y Fenelón marchó al cadalso, escoltado por sus hijos adoptivos. Tenía ochenta y nueve años, y fué preciso ayudarle para que pudiera subir los escalones de la guillotina. Puesto en pie sobre el cadalso, rogó al verdugo que lo desatara para abrazar por última vez con un ademán a los pobres niños. El verdugo, conmovido, obedeció. El abate Fenelón extendió las manos, los saboyanos se postraron de rodillas, inclinaron las cabezas descubiertas bajo la bendición del moribundo, y el pueblo aterrado les imitó, y la ejecución revistió todos los caracteres de un sacrificio.

El arrabal de San Antonio se indignó

también de haber sido elegido para modera de la muerte. El país rechazaba al verdugo; pero los proscripores no creían que fuese la muerte bastante pronta a sus deseos.

XXIV

Una noche fué llamado Fouquier-Tinville al comité de Salvación pública, donde le dijo Collot:

—El pueblo comienza a hastiarse y es preciso despertar sus sensaciones por medio de espectáculos más importantes. Procura que de hoy en adelante caigan ciento cincuenta cabezas cada día.

—Cuando he salido de allí — respondió Fouquier-Tinville — estaba tan horrorizado, que me pareció, como a Danton, que el río llevaba sangre en su corriente.

En el cementerio de Mousseaux había una hoya espaciosa, siempre abierta, y cuyos bordes estaban llenos de toneles de cal, a donde eran arrojadas diariamente, en confuso tropel, las cabezas y los troncos de los decapitados. Sumidero de sangre, a cuya entrada había grabado la inscripción de la nada: DORMIR, como si los verdugos hubiesen pretendido asegurarse a sí mismos, afirmando que las víctimas no habían de despertar jamás.

LIBRO LVII

Aspecto de las prisiones.—Roucher, Andrés Chénier.—Los Carmelitas.—Señoras de Aiguillon, Beauharnais y Cabarrús.—El Temple.—Madama Isabel.—Madama Real.—El Delfín.—Madama Isabel ante el tribunal revolucionario.—Es condenada a muerte.—Su ejecución.—Robespierre domina en el ayuntamiento y en la Convención.—Sus dudas.—Sus amigos Saint-Just, Couthón, Lebás.—Sus enemigos secretos.—Disensiones en los comités.—Discurso de Robespierre acerca de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma pronunciado en la Convención.—Decreto.—Los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau son trasladados al Panteón.

I

El carácter de los pueblos sobrevive a sus revoluciones. La seguridad de morir no inspiraba ya horror en las prisiones de París, porque la sensación de la muerte había perdido su vehemencia, a fuerza de renovarse constantemente, siendo cada

día de olvido un festín de la vida que se consagraba afanosamente al placer. La indiferencia por la propia suerte elevaba a los prisioneros hasta la apariencia del estoicismo, y la ligereza de carácter era un remedio de la intrepidez. Las sociedades, las amistades y los amores se anudaban por una hora entre los presos de ambos sexos, quienes empleaban el breve tiempo que los separaba de la tumba en amar y divertirse. Las conversaciones, las citas, las cartas misteriosas, las piezas de teatro representadas en los calabozos, la música, los versos y el baile los distraía hasta última hora. Si arrancaban a uno del juego, dejaba las cartas al compañero; si de la mesa, acababa de apurar el vaso que tenía en la mano; si lo separaban de los brazos de la esposa o de la amante, gozaba del encanto de la última mirada, y estrechaba por última vez a la mujer adorada. Jamás había jugado tan de cerca con el peligro la juventud francesa, a quien el suplicio hacía sublime. La religión, visitadora de los infortunados, consolaba a la mayor parte. Los sacerdotes encarcelados, o los que conseguían entrar en los calabozos a favor de los disfraces, celebraban los misterios del culto, que eran más conmovedores por la similitud del sacrificio. La poesía, suspiro articulado del alma, guardaba para la inmortalidad las últimas palpitaciones del corazón de los poetas.

El señor de Montjournain, jefe de batallón de la guardia nacional, dedicó la víspera de su muerte las siguientes estrofas a su joven esposa a quien iba a dejar viuda:

L'heure approche où je vais mourir;
L'heure sonne et la mort m'appelle;
Je n'ai point de lâche soupir,
Je ne fuirai point devant elle.
Demain mes yeux inanimés
Ne s'ouvriront plus sur tes charmes;
Tes beaux yeux à l'amour fermés
Demain seront noyés de larmes.

Si dix ans j'ai fait ton bonheur,
Garde de briser mon ouvrage;
Doane un moment à la douleur,
Consacre au bonheur ton jeune âge,
Qu'un heureux époux à son tour
Vienne rendre à ma douce amie
Des jours de paix, des nuits d'amour,
Je ne regrette plus la vie.

Si le coup qui m'attend demain
N'enlève pas ma pauvre mère,
Si l'âge, l'ennui, le chagrin,
N'accablent pas mon pauvre père,

Ne les tuis pas dans la douleur,
Reste à leur sort toujours curieux;
Qu'il me retrouvent dans ton cœur,
Ils aimeront encore la vie (1).

El autor del *Poema de los meses*, Roucher, el Ovidio moderno, se disponía a retratarse cuando recibió la orden de comparecer ante el tribunal. Semejante orden equivalía a una condena, pero Roucher no había cometido otra culpa que la de poseer algún mérito. Sabiendo que la demagogia no perdonaba ni a la aristocracia del talento, suplicó a los carceleros que esperaran a que el retrato, dedicado a su esposa e hijos, se concluyera. Mientras que el pintor daba las últimas pinceladas, escribió sobre las rodillas la inscripción siguiente para explicar la causa de la melancolía que se reflejaba en sus facciones:

Ne vous étonnez pas, objets chéris et doux,
Si quelque air de tristesse obscurcit mon visage;
Quand un crayon savant dessinait cette image,
On dressait l'échafaud, et je pensais à vous (2).

II

Andrés Chenier, alma romana, imaginación ática, a quien su acendrado patriotismo había robado a la poesía para sumirlo en la política, había sido encarcelado como girondino, y en la prisión se había enamorado de la señorita de Coigny, encarcelada también, a quien tributaba culto de entusiasmo y de respeto. Se escribían versos, que son el suspiro más melódico de cuantos hayan salido de las hendiduras de un calabozo.

Habla la doncella, quejándose en la lengua de Jephthá.

(1) Se aproxima la hora de mi muerte; el reloj del tiempo señala ya el momento de morir, pero la cobardía no me arrancará un solo suspiro. Mañana mis ojos inanimados no contemplarán ya tus encantos; tus hermosos ojos cerrados al amor estarán mañana arrasados en lágrimas.

Si durante diez años te he hecho feliz, no destruyas mi obra: dedica un momento al dolor, pero consagra a la felicidad tu juventud. ¡Que otro esposo afortunado proporcione a mi dulce amiga días de paz y noches de amor, y dormiré tranquilo mi sueño eterno!

Si el golpe que me espera mañana no arrebatara a mi pobre madre; si la edad, el fastidio y el disgusto no abrumaran a mi pobre padre, no te separes en medio del dolor, y vive siempre a su lado, porque si creen encontrarme en tu corazón, volverán a amar la vida.

(2) No os admiréis, queridos y dulces objetos, de que la tristeza oscurezca mi rostro; cuando el lápiz diseñaba hábilmente mis facciones, levantaban el cadalso para mí y yo pensaba en vosotros.

LA JEUNE CAPTIVE

Saint-Lazare.

III

L'épi naissant mûrit de la faux respecté;
Sans crainte du pressoir, le pampre tout l'été
Boit les doux présents de l'aurora,
Et moi, comme lui belle et jeune comme lui,
Quoi que l'heure présente ait de trouble et d'ennui,
Je ne veux pas mourir encore!

Qu'un stoïque aux yeux secs vole embrasser la mort,
Moi je pleure et j'espère. Au noir souffle du nord
Je plie et relève ma tête,
S'il est des jours amers, il en est de si doux!
Hélas! quel miel jamais n'a laissé de dégoûts?
Quelle mer n'a point de tempête?

L'illusion féconde habite dans mon sein;
D'une prison sur moi les murs pèsent en vain,
J'ai les ailes de l'espérance.
Échappée au réseau de l'oiseleur cruel,
Plus vive, plus heureuse, aux campagnes du ciel
Philomèle chante et s'élance!

Est-ce à moi de mourir? Tranquille je m'endors
Et tranquille je veille, et ma veille aux remords
Ni mon sommeil ne sont en proie.
Ma bienvenue au jour me rit dans tous les yeux.
Sur des fronts abattus, mon aspect dans ces lieux
Ranime presque de la joie.

Mon beau voyage enfin est si loin de sa fin!
Je pars, et des ormeaux qui bordent le chemin
J'ai passé les premiers à peine.
Au banquet de la vie à peine commencé,
Un instant seulement mes lèvres ont pressé
La coupe, en mes mains encor pleine.

Je ne suis qu'au printemps, je veux voir la moisson;
Et comme le soleil, de saison en saison,
Je veux achever mon année.
Brillante sur ma tige, et l'honneur du jardin,
Je n'ai vu luire encor que les feux du matin;
Je veux achever ma journée.

O mort, tu peux attendre; éloigne, éloigne-toi:
Va consoler les cœurs que la honte, l'effroi,
Le pâle désespoir dévore.
Pour moi Palès encore a des asiles verts,
Les amours des baisers, les muses des concerts:
Je ne veux pas mourir encore.

Ainsi, triste et captif, ma lire toutefois
S'éveillait, écoutant ces plaintes, cette voix,
Ces vœux d'une jeune captive;
Et secouant le joug de mes jours languissants,
Aux douces lois des vers je pliais les accents
De sa bouche aimable et naïve (1).

(1) LA JOVEN CAUTIVA.—La espiga naciente va madurando respetada por la hoz; el pámpano bebe durante todo el verano el dulce néctar de la aurora sin temor al lagar, y yo, joven y bella como él, no quiero, por más inquietud y disgusto que tenga en la hora presente, no quiero todavía morir.

Corra el estoico, con los ojos enjutos, a abrazar la muerte; yo lloro y espero. Al helado soplo del Norte repliego y levanto la cabeza. ¡Si hay días amargos, también los hay dulces! ¡Ah! ¿Qué miel habrá que no deje sedimentos de amargura? ¿Qué mar tan tranquilo que no haya sufrido alguna tempestad?

Alenta en mi seno una ilusión fecunda. En vano me oprimen los muros de la prisión, porque tengo las alas de la Esperanza. Filomena libre de las redes del cazador cruel se lanza cantando más viva y más feliz a las inmensidades del espacio.

¿A mí es a quien amenaza la muerte? Velo tranquila; duermo tranquila, porque ni velando ni durmiendo pueden los remordimientos atormentarme. Mi bienvenida a la luz me sonríe en todas las miradas. Mi presencia en estos sitios hace reanimar casi la alegría en las frentes abatidas por el dolor.

¡Está todavía tan lejos del fin mi hermoso viaje! Apenas he pasado los primeros árboles que bordean la senda. Apenas he tomado asiento en el banquete de la vida; apenas he libado la copa; todavía la tengo rebosando en las manos.

Estoy en la primavera y deseo llegar a la época de la recolección; quiero terminar el año como el sol pasando

En un calabozo estrecho y obscuro de los Carmelitas, al que se bajaba por dos escalones, y que recibía la luz de una buharda enrejada que daba al jardín del antiguo monasterio, estaban encerradas tres mujeres, que habían disfrutado de una elevada posición. Jamás la escultura reunió en un grupo rostros, encantos ni formas más propias para enternecer a los verdugos. Una de ellas era la señora de Aiguillón, esposa de un hombre ilustre; la sangre de su familia humeaba todavía sobre el cadalso. Otra era Josefina Tascher, viuda del general Beauharnais, que hacía poco tiempo que había sido guillotinado por haber sido desgraciado en el ejército del Rin, y la última y la más hermosa de todas, era la joven Teresa Cabarrús, amante de Tallián, y cuyo delito consistía en haber ablandado el republicanismo del representante en Burdeos y de haber sustraído muchas víctimas a la proscripción. El comité de Salvación pública acababa de arrancarla a la protección del procónsul, encerrándola en un calabozo, por sospechas de ejercer todavía influencia sobre Tallián. Una amistad estrecha unía a dos de estas mujeres, a pesar de que muchas veces se habrían disputado la admiración pública y la de los jefes del ejército o de la Convención. Una de las dos últimas estaba predestinada al trono, adonde debía elevarla el amor del joven Bonaparte; la otra debía trastornar la República, inspirando a Tallián el valor de atacar a los comités en la persona de Robespierre.

Un colchón tendido en el pavimento del calabozo, servía de lecho a las tres hermosas prisioneras, que se consumían con los recuerdos, con la impaciencia y con el ansia de vivir. Escribían con la

de estación en estación. Brillante sobre el tallo, y siendo el honor del jardín, no he visto todavía resplandecer más que la luz de la aurora; quiero llegar al término natural de la vida.

¡Oh muerte! tú puedes esperar; aléjate, aléjate, ve a consolar los corazones devorados por la ignominia, por el terror, o por la desesperación. Para mí todavía hay misteriosas guardias en las selvas; en los amores besos, y en las musas concierto. No, no quiero morir todavía.

De esta manera encontrándose triste y prisionero, se despertaba siempre mi lira al oír las endechas, la voz y los deseos de una joven cautiva, y, entonces, sacudiendo el yugo de mi pesada existencia acomodaba a las dulces leyes del ritmo los acentos de su boca encantadora.

punta de las tijeras, con las púas de sus peines, en el révoque de las paredes, cifras, iniciales, nombres llorados o implorados, y aspiraciones amargas a la libertad perdida. Todavía hoy pueden leerse estas inscripciones: «Libertad, ¿cuándo dejarás de ser una palabra vana?», dice en un sitio. En otro: «Hoy hace cuarenta y ocho días que estamos encerradas.» Más allá: «Dicen que saldremos mañana.» En otro lugar: «¡Una esperanza!» Un poco más abajo tres firmas juntas: «Ciudadana TALLIÉN, ciudadana BEAUHARNAIS, ciudadana D'AIGUILLÓN.»

La imagen de la muerte, siempre presente ante ellas, no detenía sus miradas ni su imaginación. El calabozo en que se encontraban era una de las celdas en que los asesinos de septiembre habían degollado más sacerdotes. Dos de los homicidas, cansados de sangre, habían descansado un momento y apoyado los sables, con la punta en tierra, contra la muralla, para recobrar fuerzas, y el perfil de los dos sables, desde el puño hasta la extremidad de la hoja, quedó impreso con sangre en el húmedo enyesado, destacándose como las espadas de fuego que los ángeles exterminadores representan vibrar alrededor de los tabernáculos. Aun se perciben los contornos trazados con tanta limpieza y tan recientes, como si estos vestigios no debieran desaparecer nunca. Jamás se habían reunido en semejante cuadro de sangre, la juventud, la hermosura y el amor.

IV

Había una prisión en París donde desde hacía ocho meses no penetraban el ruido exterior, ni los consuelos de la amistad, ni las imágenes del amor, ni las últimas sonrisas de la vida, siendo una tumba cerrada antes de la muerte. Esta prisión era el Temple, cuyas puertas se habían abierto un momento para que la reina saliera al cadalso ocho meses antes, volviendo a cerrarse tras ella. El Delfín era ya en aquella época víctima de la ferocidad de Simón. Esta criatura profanada, este inocente pervertido y atontado por las torpezas y el cinismo de Simón, no tenía comunicación alguna con su hermana ni con su tía, quienes a

veces lo veían desde las murallas de la torre, adonde iban a respirar el aire libre, y lo oían, con horror, entonar los cantos obscenos que Simón le enseñaba, cantos que el desgraciado niño repetía sin comprender.

Madama Isabel, instruída por algunas palabras sueltas del proceso y de la muerte de María Antonieta, no había revelado toda la verdad a su sobrina, a quien mantenía en la duda que supone las mayores catástrofes, pero que no cierra el corazón a la esperanza. Encerradas en el aposento más estrecho y lóbrego, privadas del movimiento, de los libros, del fuego, casi hasta de alimentos, vigiladas por los agentes cada vez más subalternos de la corporación municipal, las princesas habían pasado el otoño y el invierno ignorando los movimientos interiores y exteriores de la República. La nueva visita que les hicieron cuatro delegados del ayuntamiento y las nuevas y más severas indagaciones que se practicaron las enteraron de que iban a ser tratadas con más extremado rigor. Les quitaron el papel, bajo el pretexto de que con él hacían asignados falsos; y lo mismo hicieron con las barajas y los juegos de ajedrez con que se habían distraído durante las largas noches de invierno, porque estos juegos recordaban los nombres del rey y de la reina, proscritos por la República.

El 19 de enero, antevíspera del aniversario de la muerte de Luis XVI, recluyeron al Delfín, como a una bestia feroz, en un aposento elevado de la torre, en el que nadie penetraba, y donde Simón, entreabriendo la puerta, le arrojaba el alimento. Tenía para beber un cántaro de agua, que rara vez se le renovaba, y no salía del lecho, que nunca se mudaba. Durante un año no le dieron vestidos, ni camisas, ni zapatos nuevos, y su ventana, cerrada con un candado, no se abría nunca para dar paso al aire exterior, por lo que respiraba continuamente una atmósfera infecta; no se le permitían libros ni juguetes, ni instrumentos con que ocupar las manos; sus facultades activas, atacadas por la inercia y el aislamiento, se depravaban; sus miembros se encogían; su inteligencia se asfixiaba por la perpetuidad del terror, pareciendo que

Simón había recibido orden de demostrar hasta qué grado de embrutecimiento y de miseria se puede hacer descender al hijo de un rey.

V

Las princesas no cesaban de gemir y llorar por el Delfín, no obteniendo otra respuesta a sus preguntas que groseras injurias. El tuteamiento, mandado por la autoridad revolucionaria de Hebert y de Chaumette, fué una de las cosas que más les mortificaron; había prurito en usarlo todas las veces que se les dirigía la palabra. Durante la cuaresma no le daban otros alimentos que carne, para obligarlas a violar los preceptos de la religión cristiana, pero ellas no comieron en cuarenta días más que el pan y la leche que guardaban del desayuno. Les quitaron la luz en los primeros días de la primavera, por economía nacional, viéndose obligadas a acostarse al anochecer. Este rigor no alteraba, sin embargo, la belleza naciente de la joven princesa, ni el carácter apacible de su tía, triunfando la naturaleza y la juventud, en una, de la persecución; y la fe religiosa, en la otra, del infortunio. La ternura mutua y los sufrimientos experimentados y compartidos simultáneamente, les inspiraban una paciencia que se asemejaba a la paz.

Ya hemos dicho que Hebert, para dar al pueblo una prenda más de seguridad, había pedido el enjuiciamiento de las princesas, y que Robespierre rechazó esta moción; pero después de la ejecución de Hebert, que hacía a Robespierre sospechoso de tendencia a la moderación, los miembros de los comités de Salvación pública y Seguridad general quisieron demostrar al pueblo que eran iguales, al menos en inflexibilidad contra los ídolos del realismo, al partido de Hebert. Robespierre, Couthón y Saint-Just afectaron el rigor que días antes habían vituperado en los enemigos, y dióse la orden de juzgar a Madama Isabel, que fué un reto de crueldad, lanzado por los hombres de la situación para ver quién se mostraba más implacable contra la sangre de Borbón. Únicamente se salvaron la joven princesa y su hermano.

VI

El 9 de mayo, cuando las princesas, medio desnudas, oraban al pie de sus lechos antes de dormirse, oyeron en la puerta de sus aposentos golpes tan fuertes y repetidos, que la hicieron vacilar sobre los goznes. Madama Isabel se apresuró a vestirse y a abrir.

—¡Baja al instante, ciudadana! — le dijeron los llaveros.

—¿Y mi sobrina? — les preguntó la princesa.

—Ya se ocuparán de ella más tarde.

La tía, preveyendo la suerte que le esperaba, se precipitó hacia la sobrina, y la estrechó entre los brazos, como disputándola a la separación. Madama Real lloraba y temblaba:

—¡Tranquilízate, hija mía! — le dijo Madama Isabel—, voy a volver al instante.

—¡No, ciudadana! — replicaron brutalmente los carceleros—, no volverás a subir; ponte el gorro, y baja.

Como retardaba con los abrazos la ejecución de la orden, aquellos hombres le dirigieron los más groseros insultos. Madama Isabel dió, en pocas palabras, el último adiós y piadosas recomendaciones a su sobrina; invocó, para dar más autoridad a sus palabras, la memoria del rey y de la reina; inundó de lágrimas el rostro de la joven y salió, volviéndose aún, desde la puerta, por última vez, para bendecirla. Cuando descendió al piso bajo, encontró a los comisarios, que la registraron de nuevo y la hicieron subir a un coche que la condujo a la Conserjería.

Era media noche. Hubiérase dicho que el día no tenía horas bastantes para que el tribunal ejerciera su trágica misión. El vicepresidente esperaba a Madama Isabel, a quien la interrogó sin testigos, dejándola luego gozar de algunas horas de sueño sobre el mismo lecho en que María Antonieta habíase adormecido en la agonía. Al otro día la llevaron al tribunal, en compañía de otros veinticuatro acusados, de todas edades y sexos, escogidos para recordar al pueblo el odio contra la corte. De este número eran las

señoras de Senozán, de Montmorency, de Canisy, de Montmorín, la hija de ésta, de edad de diez y ocho años, el señor de Lomenie, antiguo ministro de la Guerra, y un anciano cortesano de Versalles, el conde de Sourdeval.

—¿De qué se quejará ella? —dijo el acusador público al ver la comitiva de mujeres ilustres, agrupadas alrededor de la hermana de Luis XVI—. Cuando se encuentre al pie de la guillotina, rodeada por esta fiel nobleza, podrá todavía hacerse la ilusión de que está en Versalles.

VII

Las acusaciones formuladas contra Madama Isabel fueron irrisorias; pero las respuestas revelaban el más absoluto desdén:

—Llamáis tirano a mi hermano —dijo la hermana de Luis XVI al acusador y a los jueces—; ¡si hubiera sido lo que decís, ni vosotros estaríais ahí, ni yo me encontraría en vuestra presencia!

Luego oyó la sentencia sin admirarse y sin dolor, y pidió como única gracia un sacerdote, para que le diera la absolución, pero se le negó este consuelo, y ella suplió esta falta con la oración y el sacrificio de su vida. Mucho antes de la hora del suplicio, entró en el calabozo común para animar a sus compañeras; presidió con afectuosa solicitud el fúnebre tocado de las mujeres que iban a ser conducidas al cadalso con ella. Su último pensamiento fué un escrúpulo de pudor: dió la mitad de su pañoleta a una joven sentenciada, y se la anudó para que el pudor no fuera profanado ni aun en la muerte.

Se cortó en seguida los cabellos, que cayeron a sus pies como corona de juventud, y se los repartieron las mujeres de la comitiva fúnebre y los mismos ejecutores. Le ataron las manos, y la hicieron subir después de todas al último banco de la carreta que cerraba la patibularia comitiva, porque querían que el suplicio se multiplicara por los veintidós golpes que caerían sobre aquellas cabezas aristócratas. El pueblo reunido para insultar, permaneció, sin embargo, mudo cuando pasaba. La hermosura de la prin-

cesa, transfigurada por la paz interior, su inocencia respecto a todos los desórdenes que habían despopularizado la corte, su juventud sacrificada al cariño que profesaba a su hermano, su voluntaria adhesión al calabozo y al cadalso de su familia, la convertían en la víctima más pura del trono. ¡Glorioso era para la familia real ofrecer esta víctima inmaculada! Un secreto remordimiento corroía todos los corazones. El verdugo iba a dejar reliquias al trono y una santa a la monarquía. Sus compañeras la veneraban ya en el cielo. Orgullosas de morir con la inocencia, todas se acercaron humildemente a la princesa, antes de subir al cadalso, y le pidieron el consuelo de abrazarla, y los ejecutores no se atrevieron a negarles lo que habían rehusado a Herault de Sechelles y a Dantón. La princesa abrazó a todas las sentenciadas al paso que subían la escalera, y entregó su cabeza a la cuchilla después de este fúnebre besamanos. Casta en medio de las seducciones de la belleza y de la juventud, piadosa y pura en medio de una corte frívola, paciente en los calabozos, humilde en la prosperidad, orgullosa ante el suplicio, Madama Isabel dejó, con su vida y con su muerte, un ejemplo a la amistad, una causa de admiración al mundo y una mancha eterna a la República.

VIII

El número y la barbarie de los suplicios, la inocencia de las víctimas, la repartición de los despojos, la farsa de los juicios, los arroyos de sangre, y los montones de cadáveres, transformaban la nación en verdugo y al gobierno en máquina homicida. Gobernar no era ya otra cosa que matar, y Francia presentaba el espectáculo de un pueblo que se diezmaba a sí mismo. Sin embargo, el gobierno no se atrevía a abandonar la guillotina, temiendo que la volvieran contra él. Unicamente abrigándose bajo el cadalso podía conservar algunos días de poder. Un gobierno de esta especie era imposible que subsistiera por más tiempo, porque era un asesinato prolongado, y el crimen no es duradero en la natu-

raleza. No se consolidan el furor, ni la venganza, ni la expoliación, ni la impiedad, como no se consolidan los asesinatos; se atraviesan estas calamidades; se sonroja uno y sacude de sus pies la vergüenza. Tal es el orden divino de las sociedades humanas. La Revolución, armada para destruir las antiguas y odiosas desigualdades y para marchar ordenadamente a la fraternidad democrática, no podía desnaturalizarse a sí misma impunemente, y convertirse en opresión sanguinaria. Después de haber derrocado el trono, debía buscar otro poder regular en el pueblo y organizarlo con instituciones, y no con proscripciones. El terror no era poder, sino tiranía; y la tiranía no podía ser el gobierno de la libertad.

Estos pensamientos hervían en la cabeza de Robespierre, quien se devanaba los sesos para resolver el problema del poder que debía establecerse para la República.

Este problema se presentaba en todas las fases de la Revolución, ante los hombres reflexivos; pero todos habían sucumbido ensayando la resolución. Mirabeau, después de haber descendido del trono al nivel de la nación, y después de haber hecho pedazos el cetro, murió cuando soñaba en quiméricas y pueriles reedificaciones. La Asamblea legislativa habíase ahogado en la Constitución de 1791 imaginando un vano equilibrio. Los girondinos habían perecido aplastados bajo el peso de una República mal fundada, que se empeñaban en sostener con leyes débiles. Hebert y Ronsín habían muerto por haber inventado, a imitación de Marat, una dictadura popular, personificada en un verdugo supremo. Dantón había sucumbido por haber buscado el poder en el furor, y después en el vano arrepentimiento del pueblo. Robespierre, heredero de todas estas impotentes tentativas y de todas estas reputaciones destruidas, preguntábase qué debía hacer de su opinión omnipotente, y qué gobierno convenía dar a la democracia. ¿Tendría el genio de la invención y el poder para asegurarla, o sucumbiría, como los demás, intentando transformar la anarquía en unidad y la violencia en ley? ¿Sería únicamente el ídolo siniestro, o sería el hombre de Estado de la Revolución? Es-

ta era la cuestión que toda Europa planteaba contemplándolo, y la que él se planteaba a sí mismo.

IX

La muerte de Hebert había hecho a Robespierre dueño de la corporación municipal, así como la de Dantón lo hizo árbitro de la Convención. La perseverancia y el espiritualismo de sus doctrinas lo sujetaban a los jacobinos; su talento, aumentado por perseverantes estudios y por los cinco años pasados casi por completo en la tribuna, daba a su pensamiento y a su palabra una fuerza y una autoridad sin rival. Nadie podía luchar en elocuencia con él, que era la única voz grave de la República; y los jacobinos y la Convención a nadie más que a él escuchaban. Aunque él no tuviera ni afectase tener todavía dominio absoluto sobre el comité de Salvación pública, la opinión de Francia le atribuía la superioridad, que es la dictadura de la naturaleza. Sus colegas se indignaban de concedérsela, pero fingían someterse a ella espontáneamente. La Convención disimulaba el entusiasmo para disfrazar el servilismo; los franciscanos estaban dispersos; los restos vencidos se refugiaban en los jacobinos; la municipalidad, en absoluto subordinada a los agentes del partido de Robespierre, le respondía de las secciones, como éstas le respondían del pueblo, y Hanriot, de la guardia nacional. Robespierre no reinaba, pero reinaba su nombre; sólo necesitaba realizar su reinado y organizar su dictadura; pero vacilaba al dar este paso.

Los motivos de esta vacilación eran en el alma de Robespierre virtud y vicio al mismo tiempo.

—¿Por qué he dedicado mi vida, mi pensamiento, mis vigilijs, mi palabra, mi nombre y mi sangre a la Revolución? — preguntaba a sus confidentes—. Para destronar a los reyes y a los aristócratas, para restituir el poder al pueblo, y para hacer al pueblo capaz, digno de ejercer por sí mismo y por sí solo su soberanía natural. Y, ¿qué se me propone hoy que los tiranos y los aristócratas están abatidos y que el pueblo reina por medio de la representación nacional? Que me pon-

ga en el lugar de los tiranos que hemos destruído, que restablezca mi persona, a nombre del pueblo, la tiranía derribada.

»Es cierto—seguía diciendo—que no abuso del poder supremo y que mi dictadura no será otra cosa que la dictadura de la razón y de la verdad sobre la República; pera habré dado, tomándola o aceptándola, un ejemplo tentador a los ambiciosos y fatal a la libertad. Mi reinado será breve, pues sé que mi pecho es el blanco secreto de cien mil puñales; y, muerto yo, ¿quién responde de mi sucesor? El peligro de la dictadura no existe tanto en el dictador como en la institución misma, porque esta magistratura es la de la desesperación de las naciones. Fundada contra la tiranía, se convierte involuntariamente en tiranía perpetua. Salva un día para perder un siglo. ¡Piérdase el día, y preservemos el porvenir! Dejemos al pueblo extraviarse, volver, caer, levantarse, herirse si así lo quiere, y prefiramos estos inconvenientes a darle una tutela que lo encadene, so pretexto de dirigirlo. Las naciones tienen infancia, como la libertad tiene cuna, y es preciso vigilar esta infancia de la libertad, sin esclavizarla. Convengo en que la unidad es necesaria a la República; pero establézcase en una institución y no en un hombre, y que, muerto uno, la unidad reviva en otro, con la condición de que no se perpetúe en el poder, y de que el primer magistrado vuelva a descender a la categoría de simple ciudadano. Algunos hombres son útiles, pero ninguno es necesario. Sólo el pueblo es inmortal.»

Así hablaba Robespierre a sus confidentes, y sus manuscritos demuestran que hablaba también del mismo modo consigo mismo. Su repulsa del poder era sincera por los motivos que alegaba, pero tenía otras causas que le hacían repugnar la elevación al poder, y éstas, no las confesaba. Era porque había llegado a la cumbre de sus pensamientos sin saber, en realidad, qué forma convendría dar a las instituciones revolucionarias. Hombre de ideas más que de acción, Robespierre tenía el sentimiento de la Revolución y carecía de la fórmula política. El alma de las instituciones futuras existía en sus teorías, pero le fal-

taba el mecanismo del gobierno popular. Sus teorías, sacadas todas de los libros, eran brillantes y vagas como las perspectivas, y nebulosas como la lontananza; al contemplarlas, se desvanecían y jamás conseguía tocarlas con la mano firme y precisa de la práctica. Ignoraba que la libertad debe ser protegida por un poder fuerte, y que este poder necesita una cabeza para querer y miembros para ejecutar. Creía que las palabras *libertad*, *igualdad*, *desinterés*, *adhesión* y *virtud*, repetidas constantemente, eran por sí solas un gobierno. Confundía la filosofía con la política y se indignaba de sus errores, atribuyendo siempre sus decepciones a las tramas de la aristocracia o de la demagogia. Se figuraba que, suprimiendo de la sociedad a los aristócratas y a los demagogos, suprimiría los vicios de la humanidad y quitaría los obstáculos al juego de las instituciones. Había apreciado al pueblo ilusoriamente en lugar de juzgarlo con la formalidad de la práctica. Se irritaba de encontrarlo siempre tan débil, tan cobarde, tan cruel, tan versátil, tan indigno del rango que la naturaleza le había señalado, y se enfurecía, y encargaba al cadalso que resolviera las dificultades; pero, indignándose luego de los excesos del cadalso, invocaba las palabras justicia y humanidad. Se lanzaba nuevamente a las ejecuciones, invocaba la virtud y evocaba la muerte, flotando unas veces en las nubes y otras en la sangre; desesperaba de los hombres y se aterraba de sí mismo.

—¡La muerte! ¡Siempre la muerte — exclamaba con frecuencia en la intimidad—, y los malvados la arrojan sobre mí! ¡Qué memoria dejaré si esto subsiste! ¡Me pesa la vida!

Una vez, por fin, rasgando la verdad el velo, exclamó Robespierre con el gesto propio del desaliento:

—¡No! No he nacido para gobernar, sino para combatir a los enemigos del pueblo.

X

Saint-Just, su único confidente, iba entonces muchas veces al día a encerrar-se con Robespierre, tratando de imbuirle

una política menos vaga y designios más preciosos.

Tenía Saint-Just, aunque joven, si no en las ideas, por lo menos en el carácter, la madurez consumada del hombre de Estado. Había nacido tirano; poseía la insolencia del gobierno antes de tener la fuerza; daba a sus palabras la forma de mandatos, y era lacónico como la voluntad. Las misiones que había desempeñado en los campamentos y en el imperioso uso de autoridad que había hecho sobre los generales, en medio del ejército, habían enseñado a Saint-Just cuán fácilmente se someten los hombres a la dirección de una sola persona. Su valor y la costumbre de arrostrar el fuego de los combates le habían dado la actitud de un tribuno militar, tan dispuesto a ejecutar como a concebir un proyecto, siendo Robespierre el único hombre ante quien se inclinaba como ante el pensamiento superior y regulador de la República. Al paso que le censuraba la lentitud, respetaba hasta sus irresoluciones, sacrificándose él mismo en la caída, pues caer con Robespierre le parecía que era caer con la causa de la Revolución. Discípulo impaciente, pero siempre discípulo, instaba al oráculo, pero no lo violentaba.

Couthón, Lebas, Coffinhal y Buonarrotti eran admitidos con frecuencia a estas conferencias. Aunque todos eran republicanos sinceros, conocían como Saint-Just que la hora crítica se acercaba, y que, si la República tenía horror a un tirano, también tenía necesidad de un poder menos vacilante, menos irresponsable que el de los comités.

—La opinión se ha encarnado en ti— decía Buonarrotti a Robespierre—. Si rehusas, no solamente haces traición a ti mismo, sino también al pueblo. Si intentas detenerte, arrastrando tras de ti al pueblo con el impulso que le has dado, pasará sobre tu cuerpo, y para que lo conduzcan buscará a los malvados que lo precipitarán en una anarquía próxima a la tiranía.

Así fué que en todas las crisis en que Robespierre había confiado en el tiempo y la fortuna más que en la resolución, adoptó el partido de dejarse hacer violencia por el momento, suponiendo que las circunstancias eran un oráculo, y con-

fiando en la fatalidad, superstición de los hombres que han sido dichosos durante mucho tiempo.

XI

Convinieron, sin embargo, Robespierre y sus amigos, en que la República tenía necesidad de instituciones; que era preciso establecer sobre los comités un director supremo de la complicada máquina del poder ejecutivo; y que, si los jacobinos, la Convención y el pueblo se decidían a dar una cabeza al gobierno, Robespierre se ofrecería a desempeñar esta magistratura temporal. Convinieron además en la necesidad de arrancar pronto el poder a los miembros de los comités; en vigilar y purificar a los jacobinos, punto de apoyo indispensable para remover la Convención; en apoderarse del consejo general de la municipalidad, que tenía a sus órdenes la insurrección; en quedar dueños, por medio de Hanriot, de la fuerza armada de París; en agasajar, por medio de Saint-Just y Lebas, al ejército; en ir llamando sucesivamente de los departamentos a los diputados que desempeñaban alguna misión y en quienes no se tuviera confianza; en alejar de la Convención o malquistar con la opinión pública a los sospechosos de designios ambiciosos; y, en fin, en preparar con anticipación un arma legal tan arbitraria, tan absoluta y tan terrible, que Robespierre nada tuviera que pedir cuando fuera elevado a la magistratura suprema, para hacer que todas las cervices se doblaran bajo la ley de la unidad y el nivel de la muerte. Robespierre se obligaba, no obstante, reservadamente, a no proceder sino conforme a la fuerza de la opinión, a no recurrir a la insurrección, a respetar la soberanía nacional, y a no aceptar ningún título ni poder que no le confiriera la representación nacional. Couthón fué el encargado de preparar el decreto dando la dictadura a los comités. Acordada esta dictadura por la Convención, se arrancaría de manos de los comités, y necesariamente se volvería contra ellos. Tal fué el decreto inexplicable que más tarde se llamó el decreto del 22 de radial. Saint-Just suspendió por algunos días la marcha para unirse al ejér-

cito del Rin, a fin de lanzar antes en el comité y en la Convención algunos de los axiomas que caen desde lo alto en el pensamiento de una Asamblea, que hacen presentir profundos designios; y que preparan las imaginaciones a lo desconocido.

XII

La circunstancia era crítica; el paso, resbaladizo. La muerte de Dantón había dejado acéfala a la Montaña, y los montañeses se admiraban aún de haber permitido que le arrebataran, por un golpe tan súbito, tan atrevido e imprevisto, un hombre que estaba asido a ellos con todas sus raíces, y cuya ausencia los entregaba sin alma, sin voz y sin brazo a la omnipotencia de los comités. Robespierre había conquistado con este golpe de Estado autoridad y respeto que llegaban hasta el miedo dentro de los convencionales, pero también hasta el odio. El hombre que había anonadado y muerto a Dantón podía acometer y consumir cualquiera empresa. Hasta entonces habíase creído en el desinterés de Robespierre, pero desde aquella época se creía en su ambición; y solamente esta sospecha era una fuerza para él, porque hay vicios que la miseria de los hombres respeta más que la virtud. Desde que Robespierre se preparaba para reinar, todos se disponían a obedecer, porque jamás faltan esclavos a los tiranos, ni ánimos a la tiranía. La Montaña fingía idolatrar a Robespierre; pero este culto aparente no estaba exento de temor ni de cólera. Los numerosos amigos de Dantón avergonzábanse interiormente de haberle abandonado, siendo el nombre de Dantón para ellos un remordimiento. Su puesto, que permanecía vacío, y que nadie se atrevía a ocupar, les acusaba, pareciéndoles que a cada instante iba a alzarse del mudo banco, para censurarles su bajeza y servilismo. Su memoria debía serles importuna hasta que la hubieran vengado.

Pero, a excepción de algunas miradas de inteligencia y de medias palabras cambiadas entre algunos, nadie se atrevía a confiar al que estaba a su lado sus quejas interiores. Robespierre veíase reducido a indagar el favor o el odio que se

le profesaba, examinando los rostros, y para descubrir una oposición le era preciso adivinarla.

XIII

Entre las figuras significativas que ofendían o que inquietaban a Robespierre, se contaba Legendre, aunque se disfrazaba con la máscara de la complacencia; Leonardo Bourdón, que ocultaba mal el resentimiento; Bourdón (de l'Oise), demasiado inmoderado en las palabras por el mutismo de la servidumbre; Collot-d'Herbois, excesivamente declamador para soportar la superioridad del talento; Barrere, cuya ambigua fisonomía dejaba indecisa a la sospecha; Sieyes, en cuyo rostro dominaba la noche de su alma, para que no pudiera leerse en ella más que la insensibilidad de un autómata; Barrás, que fingía imparcialidad; Frerón, que ocultaba las lágrimas de que su corazón estaba inundado desde el suplicio de Lucila Desmoulins; Tallián, disfrazando mal la tristeza, desde la prisión de Teresa Cabarrús, que escribía su nombre en los calabozos de los Carmelitas; Carnot, cuya frente austera y marcial desdefiaba el fingimiento; Vadier, acariciador unas veces, agresivo otras; Luis (del Bajo-Rin), ostentando el valor de sus violencias; Billaud-Varennes, figura de Bruto, acechando a César, cuyo rostro pálido y prolongado, frente arrugada, labios delgados, y mirada acerada y tenebrosa como la asechanza, revelaban un carácter difícil de conocer, penoso de reducir e imposible de dominar; y Courtois, diputado de Aube, amigo de Dantón, que jamás había aplaudido sus crímenes ni traicionado su memoria, hombre honrado, cuyo republicanismo íntegro y moral no le encallecía el corazón.

Algunos amigos de Marat y de Hebert, diputados como Carrier, Fouché y otros convencionales, llamados de las misiones que desempeñaban, obedeciendo a los clamores del pueblo contra las atrocidades que cometían, se agrupaban o se sentaban descontentos en las filas de la Montaña. La Llanura, compuesta de los restos de los girondinos, más obediente y más servil que nunca desde que la ha-

bían diezmado, callaba, votaba y se admiraba; pero, como el nombre solo de facción era un crimen, ninguno confesaba el partido a que pertenecía. Todos estos hombres fingían el entusiasmo; todos trataban de confundirse por temor a significarse. El aislamiento se hubiera creído oposición, y la oposición trama.

XIV

Tocándose más de cerca los partidos en el seno de los dos grandes comités, se caracterizaban mejor, sin declararse más. Vadier, Amar, Jagot, Luis (del Bajo-Rhin), David, Lebás, Lavicomterie, Moisés Bayle, Elías Lacoste y Dubarrán constituían el comité de seguridad general. Hombres de mediano talento, no imprimían movimiento alguno, limitándose a seguir el de los demás. No comenzaron a rivalizar en atribuciones con el comité de Salvación pública, hasta que las divisiones de este supremo comité obligaron, primero a Billaud-Varennes y sus amigos, después a Robespierre y los suyos, a provocar la reunión de los dos consejos, para que se pronunciase una mayoría. Casi todos los miembros del comité de Seguridad general demostraban gran respeto a las opiniones de Robespierre, a pesar de lo cual algunos se acordaban amargamente de Dantón, otros de Hebert y otros, como Amar, Jagot, Luis (del Bajo-Rhin) y Vadier, procuraban darse importancia personal y luchar con el comité de Salvación pública, donde David y Lebás representaban únicamente la voluntad del dominador de los jacobinos; el primero por servilismo, y el segundo por convicción.

XV

En el comité de Salvación pública, centro y foco del gobierno, la ausencia de los representantes que se encontraban desempeñando alguna comisión, dejaba oscilar las deliberaciones y el poder entre un reducido número de miembros que reasumían la República. Estos eran entonces Robespierre, Couthón, Saint-Just, Billaud-Varennes, Barrere, Collot-d'Herbois, Carnot, Prieur y Roberto Lindet.

Robespierre, Couthón y Saint-Just

eran los hombres políticos; Billaud-Varennes, Barrere y Collot-d'Herbois, los revolucionarios; y Carnot, Roberto Lindet y Prieur los administradores del comité. Los primeros gobernaban, los segundos herían, los últimos servían a la República.

Sordas disensiones, pero profundas, empezaban a surgir entre el partido de Robespierre y el de Billaud-Varennes. Carnot, Lindet y Prieur procuraban ahogar estas disensiones en el misterio de sus sesiones, temiendo fomentar las facciones exteriores fatales al bien común. Estos tres decenviros uníanse a veces a Robespierre, y con más frecuencia a Billaud-Varennes y a Barrere. El orgullo de Robespierre, la aspereza de Couthón y el dogmatismo de Saint-Just ofendían a los convencionales sumergiéndolos, por la repulsión de caracteres, en una apatía muda que se asemejaba mucho a la oposición. Cuando Robespierre estaba ausente, se pronunciaba la palabra tirano. «El abusa—decían—de la palabra y del silencio; manda como señor, o calla como superior que desdeña discutir, dejando al comité la responsabilidad de sus actos, después de habérselos inspirado; vituperaba en el club de los jacobinos lo que había realizado en las Tullerías; representaba la moderación y predicaba la clemencia; defendía a las víctimas cuya sangre era más indispensable a su propia grandeza; todo lo odioso del gobierno lo echa sobre los colegas; los difama con el aislamiento; usurpa solo todas las popularidades; dificulta la guerra en manos de Carnot; se ríe con desprecio de las baladronadas de Barrere; no disimula algunos pensamientos ocultos que llevan más allá de lo justo su influencia en el comité; en las sesiones adopta actitudes despectivas o mayestáticas, y no hay familiaridad que atenúe su autoridad; llega tarde, entra con paso negligente; se sienta sin hablar; baja los ojos; apoya la frente en las manos; no aprueba ni censura nada, y fingé habitualmente distracción, y, a veces sueño, para motivar la indiferencia o la impasibilidad.»

Tales eran las acusaciones que se lanzaban en los comités contra Robespierre.

XVI

Pero Robespierre reinaba en la corporación municipal como soberano por medio de Fleuriot-Lescot y Payán, alcalde de París el uno, y agente nacional el otro. El tribunal revolucionario era adicto por Dumas, por Hermann, por Souberbielle, por Duplay y por todos los jurados, hombres escogidos entre la gente del pueblo, que divinizaba el nombre de Robespierre.

XVII

Robespierre reinaba por sí mismo en el club de los jacobinos. Desdenoso en el comité y negligente en la Convención, mostrábase siempre asiduo, infatigable, elocuente, agasajador y terrible en las sesiones de esta sociedad, donde estaba su imperio, que se consolidaba por medio del ejercicio. Acostumbraba a la opinión a obedecerle para disponer de la República y obtener se entregara voluntariamente en sus manos. Pocos días después del suplicio de Dantón, empezó a ejercer la soberanía de la tribuna.

Dufourny, presidente habitual de los jacobinos, desde hacía muchos años, atreviéndose a interrumpir a veces al orador o contradecirle en medio de los discursos. Había además murmurado contra el informe de acusación de Saint-Just y contra la proscripción de los dantonistas. Atacado por Vadier, Dufourny trató de justificarse, y Robespierre, dejando desbordar el resentimiento que desde algún tiempo acumulaba contra él, le dijo:

—¡Acuérdate de que Chabot y Ronsín fueron impudentes como tú y que la impudencia se imprime en la frente, como el estigma del crimen!

—No hay otro estigma en mi frente que el de la tranquilidad — respondió Dufourny.

—¡La tranquilidad! — exclamó Robespierre—. No, la tranquilidad no se alberga en tu alma. Resumiré todas tus palabras para arrancarte el velo ante los ojos del pueblo. ¡La tranquilidad! Los conjurados la invocan siempre, pero no la obtendrán. ¡Pues qué! ¿se atreve a llo-

rar a Dantón, a Lacroix y a sus cómplices, cuando sus crímenes están escritos con nuestra sangre; cuando Bélgica humea aún con sus traiciones? ¡Tú pretendes extraviarnos con tus pérfidas intenciones; pero no has de lograrlo! ¡Tú fuiste amigo d'Eglantine!

Después de este apóstrofe, Robespierre retrató a Dufourny como a un intriguante, ambicioso y mendigo de popularidad, y pidió que fuera expulsado; y Dufourny, confundido por una cólera que era entonces el presentimiento del suplicio, lamentó de no haber conocido antes el poder y el odio de Robespierre. Fué trasladado al comité de Seguridad general..

VIII

Saint-Just daba a conocer cada día más su papel en la Convención, esforzándose por elevar el alma de la República a la altura de una completa regeneración social. Sus máximas tenían el dogmatismo y casi la seguridad de un revelador, creyéndose ver en él, tan joven, tan hermoso y tan inspirado, el precursor de una época nueva. «Es preciso—decía en un discurso hablando de la política general—edificar una ciudad nueva, pues se debe comprender que el gobierno revolucionario no es el estado de conquista ni el estado de guerra, sino el tránsito del mal al bien, de la corrupción a la probidad, de las máximas perniciosas a las honradas. Un revolucionario es inflexible, pero es sensible, amable, político y frugal. Hiere en el combate, y defiende la inocencia ante los jueces. Juan Jacobo Rousseau era revolucionario. ¿Habría quien pueda acusarlo de insolencia o de grosería? ¡Imitémosle sin esperar otra recompensa que la inmortalidad! Ya sé que los que han querido el bien han perecido. Codro murió precipitado en un abismo; a Licurgo le arrancaron un ojo los malvados de Esparta y murió en el destierro; Foción y Sócrates bebieron la cicuta, y la ciudad de Atenas se coronó de flores aquel día. No importa, ellos habían hecho el bien. ¡Si este bien fué estéril para su país, no se ocultó a la divinidad! Formar una buena conciencia pública, tal debe ser la política. Esta con-

ciencia, uniforme como el corazón humano, se compone de la inclinación del pueblo al bien general. Habéis sido severos, porque habéis debido serlo. Ha sido preciso vengar a nuestros padres y ocultar bajo los escombros la monarquía, fétido inmenso de tantas generaciones esclavizadas. ¿Qué sería de una República indulgente contra los enemigos encarnizados? Hemos opuesto cuchilla a cuchilla, y hemos fundado la libertad, libertad, que ha salido de las tempestades y de los padecimientos, como el mundo que sale del caos, y como el hombre que llora al nacer.» (La Convención aplaudió con entusiasmo.)

»Que lean los demás pueblos su historia. ¿Se agitaron menos en la cuna? Pueblos hay que cuentan siglos de demencia, y nosotros sólo llevamos cinco años resistiendo la opresión y sufriendo la adversidad que produce los grandes hombres. Todo tiene principio bajo el cielo.

»Optemos por la vida humilde. ¡Ambiciosos, id a meditar al cementerio donde yacen confundidos los conjurados y los tiranos, y decidid vosotros entre la fama, que es el ruido de las lenguas, y la estimación propia! Expulsad de vuestro suelo a los que echan de menos la tiranía. El universo no es inhospitalario. Sería una injusticia sacrificarle un pueblo entero; sería inhumanidad no hacer distinción entre los buenos y los malos. Se acusa al gobierno de dictador; pero, ¿desde cuándo los enemigos de la Revolución se muestran tan solícitos para mantener la libertad? No hubo en Roma una sola persona tan sin pudor que censurara la severidad que Cicerón demostró con Catilina. ¡Solamente César echó de menos a aquel traidor! ¡A vosotros corresponde imprimir en el mundo las huellas de vuestro genio! ¡Cread instituciones civiles en que no se haya pensado todavía y así proclamaréis la perfección de vuestra democracia. ¡No lo dudéis! Todo lo que hoy existe a nuestro alrededor debe desaparecer, porque todo es injusto. La libertad imperará en el mundo. ¡Desaparezcan las facciones y que la Convención domine todos los poderes! Los revolucionarios deben ser romanos, pero no bárbaros!»

XIX

Estas máximas líricas parecía que presagiaban en medio de los horrores del tiempo la serenidad del porvenir. La Convención las aplaudió con delirio, porque estaba fatigada de los rigores, y acogía las más mínimas indicaciones de clemencia, aspirando a la reconstrucción.

Los amigos de Robespierre aventajaban a la Convención en este sentimiento, porque sabían que las palabras de Saint-Just eran las confidencias de aquél, expuestas a la tribuna para pulsar la opinión. Había dos seres distintos en Robespierre: el enemigo del orden antiguo y el apóstol del nuevo: la muerte de Dantón había puesto término al primer papel, y estaba ya impaciente por representar el segundo. Cansado de la guillotina, quería fundamentar el gobierno, según decía, en la moral y en la virtud, elementos del alma, y para que no fuesen palabras vanas y no se perdieran en el vacío, era preciso revelar al pueblo la grande idea de Dios. Le ley es nada, si no es más que la expresión de la voluntad humana; para que sea santa, es necesario que sea la expresión de la voluntad divina. La obediencia a la voluntad humana no es otra cosa que la *servidumbre*; el sentimiento que hace elevarse la obediencia a Dios, es lo que constituye el *deber*. De esta manera, de tiranía que es a los ojos del ateo, la sociedad se transforma en religión para el deísta. Este título, consagrando la ley, la hace también más fuerte, porque tiene por juez y vengador a Dios.

La idea de Dios, tesoro común de todas las religiones de la tierra, había sido extirpada con la destrucción de las creencias; había sido mutilada y pulverizada en el espíritu del pueblo por las proscripciones y las parodias del culto católico que Hebert y Chaumette habían representado contra los pueblos, contra los sacerdotes y contra las creencias religiosas. El pueblo, que confunde fácilmente el símbolo con la idea, había llegado a creer que Dios era un antecedente contrarrevolucionario. La República había expulsado, al parecer, de la tierra y del

cielo de Francia, la inmortalidad del alma. El ateísmo, predicado abiertamente, había sido, para unos, venganza de la larga sujeción a un culto que repudiaban; y, para otros, teoría propicia a todos los crímenes. Sacudiendo el pueblo esa cadena divina de la fe en Dios, había creído sacudir todos los lazos del deber. El terror en la tierra debió remplazar a la justicia en el cielo. Ahora que se deseaba suprimir el cadalso e inaugurar instituciones, era indispensable dar una nueva conciencia al pueblo. La conciencia sin Dios es un tribunal sin juez. La luz de la conciencia no es otra cosa que la reverberación de la idea de Dios en el alma del género humano. Prescindid de Dios, y sumiréis en la sombra al hombre; puede tomarse al azar la virtud por crimen y el crimen por virtud.

XX

Robespierre comprendía claramente estas verdades; pero, preciso es decirlo, aunque repugne creerlo, no las comprendía únicamente como político que saca del cielo una cadena para asegurar más a los hombres, sino como sectario convencido, que es el primero en postrarse ante la idea que desea hacer adorar al pueblo. Tenía algo de Mahoma en los pensamientos. La hora de la reedificación empezaba, y antes que todo quería reorganizar el alma de la nación; porque de la misma mano de que emanaba todo poder, debía surgir toda luz. Una república que no debía tener otra soberanía que la moral, no podía fundarse más que en un principio divino.

En el estado de desorganización intelectual y de descrédito de las ideas religiosas a que los materialistas del siglo XVIII, sus discípulos los girondinos, y los ateos sus verdugos, habían hecho descender el espíritu público al frente del cómico Collot-d'Herbois, del burlón escéptico Barrere, del destructor implacable Billaud-Varennes, del procaz materialista Lequinio, de los amigos de Hebert, de los comensales de Dantón, de aquella porción de hombres indiferentes a todos los cultos, que se sentaban en los comités y en la Convención, era preciso el prestigio de Robespierre

para arrostrar la cólera o la sonrisa que tentativa semejante podía provocar en la opinión. A Robespierre no se le ocultaba esto, y no quería disminuir el terror sino después de dar este paso. Sentía sobre sí una gran verdad, y en esta verdad una fuerza grande; osó, pero osó con incertidumbre y con ánimo a la vez.

—Sé—dijo a uno de sus amigos—que la idea que voy a exponer al pueblo puede aniquillarme.

Muchos de sus amigos trataron de hacerle desistir de esta empresa; pero no lo consiguieron. A principios de abril fué a pasar algunos días al bosque de Montmorency, donde visitaba frecuentemente la cabaña que Juan Jacobo Rousseau había habitado. En esta casa y en el jardín fué donde acabó de escribir su proyecto, bajo los mismos árboles que dieron sombra al maestro cuando tan magníficamente escribió de Dios.

XXI

El 21 de floreal subió a la tribuna con su producción en la mano. Nunca su actitud, dicen los que le vieron aquel día, había expresado más fuerza de voluntad; jamás su voz había arrancado al alma acentos de autoridad moral más sublimes. Hablaba, no como tribuno que subleva o acaricia al pueblo, ni como legislador que promulga leyes perecederas, sino como mensajero que trae a los hombres una verdad. El legislador que restaura en el corazón humano una idea oscurecida o mutilada por los siglos, parecía en Robespierre igual al filósofo que la concibe. La Convención, muda y recogida, ya por temor en unos, ya por respeto en otros, revelaba exteriormente la gravedad de la idea que iba a tocar.

«Ciudadanos — dijo Robespierre después de un exordio relativo a las circunstancias—, todas las doctrinas que consuelan y elevan las almas deben ser acogidas; desechad las que tienden a degradarlas y corromperlas. Reanimad, exaltad todos los sentimientos generosos y todas las grandes ideas morales que se ha pretendido extinguir. ¿Quién te ha dado la misión de anunciar al pueblo que la divinidad no existe, ¡oh! a ti, que te apasionas por esta árida doctrina, y que jamás

te apasionas por la patria? ¿Qué ventaja encuentras en persuadir al hombre de que una fuerza ciega preside su destino y confunde el azar, el crimen y la virtud? ¿que su alma no es sino una débil luz que se apaga a las puertas del sepulcro!

»¿La idea de la nada le inspirará sentimientos más puros y más elevados que la de la inmortalidad? ¿Le inspirará más respeto hacia los semejantes y hacia sí mismo, más adhesión a la patria, más audacia para desafiar la tiranía, más desprecio de la muerte? ¡Vosotros los que lloráis a un amigo virtuoso, vosotros gozáis al pensar que la parte más pura de su ser no ha muerto! ¿Para los que lloráis sobre el féretro de un hijo o de una esposa, es bastante consuelo que os digan que nada resta de lo que tanto amabais, más que vil polvo? ¡Desgraciados que expiráis bajo el puñal de un asesino, vuestro último suspiro es una invocación a la justicia eterna! La inocencia hace desde el cadalso palidecer al tirano en su carro triunfal; pero, ¿ejercería esta influencia, si la tumba igualara al opresor con el oprimido? Cuanto más sensibilidad y genio tiene un hombre, tanto más se apeg a las ideas que lo engrandecen y elevan su corazón; y la doctrina de los hombres de este temple llega a ser la del universo.

»La idea del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma es una invocación constante a la justicia; y, por consiguiente, esta idea es social y republicana. ¡Jamás ha habido ningún legislador a quien se le haya ocurrido nacionalizar el ateísmo! Sólo sé que los más sabios se han permitido mezclar con la verdad algunas ficciones, ya para impresionar la imaginación de los pueblos ignorantes, ya para atarlos más fuertemente a sus instituciones. Licurgo y Solón recurrieron a la autoridad de los oráculos, y hasta Sócrates, para acreditar la verdad entre sus conciudadanos, creyóse obligado a persuadirles de que le era inspirada por un genio familiar.

»No deduciréis de aquí, sin duda, que sea preciso engañar a los hombres para instruirlos, sino solamente que tenéis la dicha de vivir en un siglo y en un país cuyas luces no nos dejan otro trabajo

que hacer que el de atraer a los hombres a la naturaleza y a la verdad.

»Os guardaréis bien de romper los lazos sagrados que les unen al autor de su existencia.

»¿Y qué es lo que los conjurados habían colocado en lugar de lo que habían destruido? Nada, si no es el caos, el vacío y la violencia. Despreciaban demasiado al pueblo para tomarse el trabajo de persuadirlo; en vez de ilustrarlo, deseaban irritarlo o depravarlo.

»Si los principios que he desarrollado hasta ahora son errores, me equivoco al menos con todo lo que el mundo venera. Tomemos lecciones de la historia. Os ruego que notéis cómo los hombres que han influido en el destino de los Estados se pronunciaron por uno o por otro de los dos sistemas opuestos por su carácter personal y por la naturaleza de sus aspiraciones políticas. Ved con qué arte profundo César, abogando en el Senado romano a favor de los cómplices de Catilina, se pierde en una digresión contra el dogma de la inmortalidad del alma: tan propias le parecían estas ideas para apagar en el corazón de los jueces la energía de la virtud, y tan unida le parecía la causa del crimen con la del ateísmo. Cicerón, por lo contrario, invocaba contra los traidores la cuchilla de la ley y los rayos de los dioses. Al morir Sócrates, discurría con los amigos acerca de la inmortalidad del alma. Leónidas, en las Termópilas, cenando con sus compañeros de armas, en el momento de ejecutar el proyecto más heroico de todos los que haya podido concebir la virtud humana, les invitaba para el día siguiente a otro banquete en una vida nueva. Hay una distancia inmensa de Sócrates a Chaumette y de Leónidas al Padre Duchesne. (Aplausos.)

»El hombre grande, el verdadero héroe se estima demasiado para que le complazca la idea de su anonadamiento. El malvado, despreciable a sus propios ojos, horrible a los de los demás, conoce que la naturaleza no puede hacerle obsequio más bello que la nada. (Aplausos.)

»Una secta propagó con mucho celo la opinión del materialismo que prevaleció entre los grandes y bellos espíritus, y a

ella se debe en gran parte esa especie de filosofía práctica que, reduciendo a sistema el egoísmo, considera a la sociedad humana como una guerra de astucia, al éxito como la regla de lo justo e injusto, a la probidad como un negocio de gusto y de decoro, y al mundo como el patrimonio de hábiles tunantes.

»Entre todos los que, en la época a que me refiero, se distinguieron en las letras y en la filosofía, uno solo, Rousseau, se mostró digno del ministerio de preceptor del género humano, por la elevación de su alma y por la grandeza de su carácter. Atacó a la tiranía frecuentemente; habló con entusiasmo de la divinidad; su elocuencia enérgica describió con rasgos de fuego los encantos de la virtud, y detendió los dogmas consoladores que la razón ofrece por apoyo al corazón humano. La pureza de su doctrina, bebida en la naturaleza y en el odio profundo al vicio, lo mismo que su desprecio invencible hacia los sofistas intrigantes que usurpaban el nombre de filósofos, le atrajeron el odio y la persecución de sus rivales y de sus falsos amigos. ¡Ah! Si él hubiera presenciado esta revolución que le ha abierto el panteón y de la que ha sido precursor, ¡quién puede dudar que su alma hubiera abrazado con transportes de júbilo la causa de la justicia y de la igualdad! ¿Pero qué han hecho por ella sus cobardes adversarios? La han combatido desde que temieron que se elevara sobre ellos.

»El traidor Guadet denunció a un ciudadano que había pronunciado el nombre de la Providencia. Hemos oído a Herbert algún tiempo después acusar a otro por haber escrito contra el ateísmo. ¿No fueron Vergniaud y Gensonné los que, en presencia vuestra y en vuestra tribuna, pretendieron que se borrara del preámbulo de la Constitución el nombre del Ser Supremo que en él habíais puesto? Dantón, que oía con sarcástica compasión las palabras virtud, gloria y posteridad; Dantón, cuyo sistema consistía en envilecer cuanto puede elevar el alma; Dantón, que era frío y mudo en los más grandes peligros de la libertad, habló después de ellos con mucha vehemencia en favor de la misma opinión.

»¡Fanáticos! ¡Nada esperéis de nos-

otros! Hacer que los hombres tributen culto al Ser Supremo, es dar un golpe de muerte al fanatismo. Todas las ficciones desaparecen ante la verdad, y todos los abusos se postran ante la razón. Todas las sectas deben confundirse por sí solas en la religión universal de la naturaleza, sin violencias ni persecuciones. (Aplausos.)

»Sacerdotes ambiciosos, ¿no oís que trabajamos para restablecer vuestro imperio? Semejante empresa está más allá de nuestros alcances. (Aplausos.) ¡Os habéis suicidado, y, así como no se vuelve a recuperar la vida física, tampoco la vida moral puede recobrase!

»Y además, ¿qué relaciones existen entre Dios y los ministros del culto católico? ¡Cuán diferente es el Dios de la naturaleza del Dios de los sacerdotes! No hay nada que se parezca más al ateísmo que la religión que ellos han creado; a fuerza de desfigurar al Ser Supremo, lo han aniquilado tanto como lo estaba ya en sus corazones; ya hicieron de él un globo de fuego, ya un buey, ya un árbol, ya un hombre, ya un rey. Los sacerdotes han creado un Dios a su imagen; lo han hecho envidioso, voluble, avaro, cruel, implacable; lo han tratado como en otro tiempo los mayordomos de palacio trataron a los descendientes de Clodoveo, para reinar bajo su nombre y colocarse en su lugar; lo han relegado al cielo, como a un palacio, y lo llaman a la tierra únicamente para pedir en beneficio propio riquezas, honores, placeres y poder. (Entusiastas aplausos.) El verdadero ministro del Ser Supremo es la naturaleza; su templo, el universo; y su culto, la virtud; sus festividades, el júbilo de un gran pueblo reunido bajo sus ojos para estrechar los dulces lazos de la fraternidad universal, y para ofrecerle el homenaje de los corazones sencillos y puros.

»Pero dejemos a los sacerdotes y volvamos a la Divinidad. Sujetemos la moral a bases eternas y sagradas; inspiremos al hombre el respeto religioso a sus semejantes y el sentimiento profundo de sus deberes, que es la única garantía de la felicidad social.

»¡Desgraciado de aquel que pretenda apagar este sublime entusiasmo y de so-

focar con desoladoras doctrinas este instinto moral del pueblo, que es el principio de todas las grandes acciones! ¡A vosotros, representantes del pueblo, corresponde hacer triunfar las verdades que acabamos de manifestar! ¡Arrostrad los clamores insensatos de la presuntuosa ignorancia o de la perversidad hipócrita! ¡Cuál será la depravación que nos rodea, cuando es necesario tener valor para proclamarla! ¿Podrá creer la posteridad que las facciones vencidas han llevado su audacia hasta el extremo de acusarnos de moderantismo y de aristocracia, por haber invocado la idea de Dios y de la moral? ¿Creerá que han osado decir, hasta en este recinto, que habíamos hecho retroceder la razón humana muchos siglos?

»No nos asombre que los malvados coligados contra nosotros nos preparen la cicuta; antes de beberla, salvaremos la patria. El bajel que encierra la fortuna de la República no está destinado a naufragar; navega bajo vuestros auspicios, y será respetado por las borrascas. (Nuevos aplausos.)

»Los enemigos de la República son todos los hombres corrompidos, porque el patriota es un hombre íntegro y magnánimo, en toda la extensión de la palabra. (Aplausos.) Aniquilar a los reyes es poco, es preciso hacer respetar a todos los pueblos el carácter del pueblo francés. Inútil sería que lleváramos al fin del universo la fama de nuestras armas, si todas las pasiones desgarrasen impunemente el seno de la patria. Desconfiemos también de la embriaguez de las victorias. Seamos terribles en los reveses, modestos en nuestros triunfos, y establezcamos en nuestro centro la paz y la dicha por medio de la sabiduría y la moral. Tal es el verdadero objeto de nuestros trabajos, tal es la obra más heroica y más difícil que hemos realizado. Creemos contribuir a este objeto, proponiéndoo el siguiente decreto:

»Art. 1.º El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma.

»Art. 2.º Reconoce que el culto digno del Ser Supremo es la práctica de los deberes del hombre.»

Unánimes aplausos acogieron esta primera conversión de la Revolución a Dios. Se acordó celebrar fiestas solemnes para volver a llamar al hombre a la idea de Dios y a sus consecuencias, la primera y la más pomposa de las cuales debía celebrarse diez días después de esta profesión de fe.

Las diputaciones de la sociedad, de los jacobinos felicitaron a la representación nacional por haber hecho elevar la justicia y la libertad a su origen. Cambón, cristiano íntegro y convencido, pidió que los templos fueran vengados de las profanaciones del ateísmo. Couthón, en una elocución entusiasta, desafió a los filósofos materialistas a negar el soberano arbitrio del universo ante la majestad de sus obras, y a negar la providencia ante la regeneración del pueblo envilecido. El espectáculo de este hombre enfermo y casi moribundo, sostenido en la tribuna por los brazos de dos de sus colegas, confesando, en medio de la sangre derramada, a su juez en el Cielo, y confesando la inmortalidad del alma, demostraba en Couthón la fe fanática que le ocultaba la atrocidad de los medios ante la santidad del fin.

Cualquiera que fuera el contraste entre la celebridad sanguinaria de Robespierre y el papel de restaurador de la idea divina, lo cierto es que salió de la sesión más grande que había entrado. Había arrancado con mano valerosa el sello de la conciencia pública, y ésta le respondía en la nación y en Europa con un aplauso secreto. Se había hecho más fuerte, y había, por decirlo así, intentado consagrarse haciendo alianza con el pensamiento más elevado de la humanidad. El que confesaba a Dios a la faz del pueblo, no tardaría, decían, en abjurar del crimen y la muerte. Todos los ecrazones, cansados del odio y de los combates, deseaban íntimamente que Robespierre empuñara las riendas del poder supremo; y este deseo general, en un gobierno de opinión, es ya la omnipotencia. Había adquirido en aquel día la dictadura moral sobre el altar de la

idea que había proclamado, y la fuerza y la grandeza del dogma que acababa de restituir a la República, parecían irradiar sobre su nombre. Al día siguiente se trasladaron al Panteón los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau, para que el maestro fuera enterrado en el triunfo del discípulo. Robespierre fué el que sugirió esta apoteosis, verdadero homenaje tributado a la filosofía religiosa y casi cristiana de Juan Jacobo Rousseau, que daba verdadero sentido a la Revolución.

LIBRO LVIII

Ladmiral.—Tentativa de asesinato contra Collot d'Herbois.
—Cecilia Renault en casa de Robespierre.—Es arrestada.
—Discurso de Robespierre en la Convención.—Fiesta del Ser Supremo.—Triunfo de Robespierre.—Irritación de los comités.—Proyectos de leyes filantrópicas de la Convención.—Decretos del 22 de pradiar.—Altercados en el comité de salvación pública.—Robespierre se separa de sus colegas.—Sus notas secretas acerca de varios miembros de la Convención.—Conjuración secreta.

I

Las esperanzas de que resplandecieran de nuevo la justicia y la humanidad, concebidas en la sesión que acabamos de referir, quedaron en suspenso por dos circunstancias accidentales, que impidieron a Robespierre revelar sus proyectos y moderar el gobierno revolucionario elevándose sobre los comités. No se atrevía a realizar al mismo tiempo dos empresas, de las que una sola bastaba para comprometer su popularidad. Acababa de volverse contra el ateísmo, y proyectaba hacer otro tanto contra el terror; pero consideraba necesario conceder todavía algunos días a la dominación de los terroristas, a fin de asegurarse la fuerza de opinión necesaria para someter a todos sus colegas a su voluntad. Los comités estaban llenos de enemigos secretos, a quienes veía dispuestos a abusar contra él del menor síntoma de moderación, y a aniquilarlo con la mano de la Montaña bajo una acusación de demencia que disfrazarían como traición. Delante de Billaud-Varennes, Barrere, Collot-d'Herbois y Vadier, fingía una inflexibilidad que desafiaba la de los decenviros, pues no podía, en su concepto, sujetarlos sino con sus propias armas, y,

para volverse contra ellos, necesitaba sobrepasarlos en apariencias. Así, el deseo de poner término al terror, lo acrecentaba, habiendo un reto continuo de sospechas, de proscripciones y de crueldad; la sangre corría más que nunca, y las víctimas odiosamente guillotinas durante este lapso revelaban igualmente la barbarie de los unos y el disimulo de los otros. Dejar continuar las proscripciones sanguinarias para prevenir otras, no es dejar de proscribir.

Los comités, que sospechaban los propósitos de moderación en Robespierre, complacíanse en confundirlos invocando su nombre como égida, y el temor de sus reprensiones servía de pretexto para llevar la gente al cadalso. Este es uno de los momentos en que Robespierre debió sondear su corazón, experimentar más remordimientos y más humillación que nunca, y arrepentirse del modo más doloroso de haber emprendido un camino de sangre para conducir al pueblo a su regeneración. Los hombres que él había lanzado, lo arrastraban. Los detestaba; pero se veía obligado a complacerlos.

II

Uno de estos aventureros cuya suerte lo había envuelto en la miseria; uno de los que atribuyen a los hombres lo que sólo es culpa de las circunstancias, acababa de llegar a París con el propósito de matar a Robespierre. Se llamaba Ladmiral, y había nacido en las montañas del Puy-de-Dôme, en donde ciertas almas son ásperas y calcinadas como el suelo. Había pertenecido antes de la Revolución a la servidumbre del antiguo ministro, y después había sido colocado por Dumouriez en Bruselas, en uno de esos empleos modestos que la conquista crea en los países conquistados; pero las peripecias de la guerra y de la Revolución le habían vuelto a dejar cesante. Impaciente por su caída, se irritaba contra la miseria, creyendo que el descontento era una opinión; se indignaba contra los opresores de la patria y quería morir arrastrando tras de sí a alguno de los tiranos célebres, cuyo nombre se une al del asesino y lo inmortaliza.

Robespierre fué el primero de quien

se acordó Ladmiral. El terror estaba —Un hombre público — decía — debe marcado con el nombre de aquél, consi- recibir a todas horas a los que necesitan derándolo responsable de todo lo ocu- acercársele.

Habíase hospedado Ladmiral, casual- Llamóse a la guardia, que prendió a mente, al llegar a París, en la casa ha- la desconocida y, registrado el cestillo bitada por Collot-d'Herbois. Se armó de que llevaba, encontróse en él alguna ropa y dos cuchillos pequeños, armas in- suficientes para dar muerte una mano infantil. Conducida al comité revolucio- nario de la calle de Piques, se la inte- rrogó con todo el aparato y solemnidad de un gran crimen.

—¿Para qué habéis ido a la casa de Robespierre?

—Para ver — respondió la niña — cómo es un tirano.

Fingiendo ver en esta respuesta la confesión de un complot, unióse la prisión de la joven a la tentativa de Ladmiral, y se divulgó la noticia de que el gobierno inglés la había armado con el puñal. Se habló también de un baile de máscaras en Londres, donde una mujer disfrazada con el traje de Carlota Corday, había dicho, blandiendo un cuchillo: «Busco a Robespierre». Otros supusieron que el comité de Salvación pública había hecho morir al amante de esta joven, y que el asesinato no era otra cosa que una venganza de amor. Todo esto carecía en absoluto de fundamento. El asesinato no existe en la imaginación de una niña que, guiada por el delirio, desea experimentar si la presencia de un hombre famoso le inspirará odio o amor. Reminiscencia de Carlota Corday, vaga en el objeto, e inocente como una puerilidad.

III

Al mismo tiempo presentábase en casa de Robespierre solicitando obstinadamente audiencia una joven de diez y siete años, de figura infantil. Llevaba un cestito en una mano. Su edad, su continente y el candor que reflejaba su rostro, no inspiraron desconfianza alguna, por lo que la hicieron entrar en la antecámara del diputado, donde esperó mucho tiempo; pero la inmovilidad y la obstinación de la joven despertaron, por fin, la inquietud de las mujeres de la casa de Robespierre. La mandaron que se retirara, pero ella insistió en quedarse.

Esta niña se llamaba Cecilia Renault, y era hija de un comerciante de papel de la Cité. El nombre de Robespierre, continuamente repetido en su presencia por algunos parientes realistas, le había sugerido el deseo, no exento de horror, de conocer personalmente al hombre del día, y las respuestas que dió en el interrogatorio a que fué sometida, ratificaron esta ingenuidad y candidez de valor.

—¿Para qué llevabais — le preguntaron — este lío de ropa de mujer?

—Porque esperaba que me prendieran.

—¿Y para qué los dos cuchillos? ¿Pre- tendíais asesinar a Robespierre?

—No, jamás he querido hacer mal a nadie.

—¿Por qué os obstinabais en ver a Robespierre?

—Para convencerme por mis propios ojos de si el hombre se parecía a la imagen que me he forjado.

—¿Por qué sois realista?

—Porque prefiero un rey a sesenta tiranos.

La encerraron lo mismo que a Ladmiral, en un calabozo, y Fouquier-Tinville hizo esfuerzos extraordinarios para transformar la inocencia en conjuración y en imaginar cómplices.

IV

La noticia de estos dos atentados produjo, en la Convención y en el club de los jacobinos, una explosión de furor contra los realistas, de enajenamiento por parte de los diputados y de idolatría hacia Robespierre. Collot-d'Herbois se elevó, a juicio de sus colegas, con toda la altura del peligro que había corrido, pareciendo que el puñal había señalado al pueblo la importancia de estos dos jefes del gobierno, eligiéndolos entre todos. El asesinato frustrado ha sido siempre una fortuna para los ambiciosos, convirtiéndose de este modo en víctimas o escudos del pueblo, como si la cuchilla de los enemigos públicos necesitara atravesarles el corazón para alcanzar hasta la patria. El puñal de Carlota Corday había divinizado a Marat, la pistola de Ladmiral hacía ilustre a Collot-d'Herbois, y el puñal de Cecilia Renault consagró a Robespierre.

La Convención, informada inmediatamente del primer atentado, recibió a Collot como el Senado envilecido de Roma recibía a los tiranos del imperio protegidos por la clemencia de los dioses, y las secciones, creyendo ver por todas partes facciones organizadas de LIBERTICIDAS, tributaron acciones de gracias al genio de la República, llegando algunas a proponer que se diese guardia, para que los defendiese, a los miembros del comité de Salvación pública. El temor de perder la libertad les precipitaba en la servidumbre. El día 6 se reunieron los jacobinos y se congratularon en el abrazo fraternal de hombres que vuelven a encontrarse después de circunstancias desesperadas.

Collot, llevado en brazos de la muchedumbre, dió gracias al Cielo por haberle conservado una vida que estaba consagrada a la patria.

—Los tiranos — exclamó — pretenden deshacerse de nosotros por medio del asesinato; ¡pero no saben que, cuando un patriota expira, los que le sobreviven juran sobre el cadáver la venganza del crimen y la eternidad de la libertad!

Legendre deseaba todavía borrar con más servilismo la imprudencia cometida el día de la prisión de Dantón, y renovó la moción de dar guardia a los miembros del gobierno. Couthón temió una asechancia bajo la adulación, y respondió que los miembros del comité no aceptaban otra guarda que la Providencia divina que velaba por ellos, y que, en caso necesario, los republicanos sabrían morir.

Robespierre compareció el último. Subió a la tribuna, e intentó inútilmente hacerse oír en medio del delirio de entusiasmo y de amor que ahogaba su voz. Lágrimas de enternecimiento humedecieron sus ojos, y las palabras salieron entrecortadas de su boca. Al fin, recobró la palabra, y dijo en medio de un silencio religioso:

—Yo soy uno de los que menos amenazados se han visto por los disparos homicidas; pero no puedo menos de hacer algunas reflexiones. Que los defensores de la libertad sean el blanco de los puñales de la tiranía, era cosa de esperar. Ya os lo había dicho: si perseguimos las facciones, si batimos a los enemigos, seremos asesinados. Lo que había previsto ha sucedido. Los soldados de los tiranos han mordido el polvo, los traidores han perecido en el cadalso y los puñales se han aguzado para herirnos. Siempre he creído que será más fácil asesinarlos que vencer nuestros principios y derrotar a nuestros ejércitos... He reflexionado más de una vez que cuanto más incierta es la vida de los defensores del pueblo, más deben apresurarse a ocupar sus últimos momentos con acciones útiles a la libertad. ¡Los crímenes de los tiranos y el hierro de los asesinos me han hecho más libre y más temible a los enemigos del pueblo!...

Al oír estas palabras, con las que el

vencedor pretendió transformarse en aplausos interrumpieron a Robespierre mártir, y elevarse sobre la muerte por durante largo rato. Ya no se veía en él la contemplación de su gran proyecto, los a un hombre, sino a la personificación de los corazones estallaron en demostraciones de admiración, y Robespierre se precipitó en los brazos de los jacobinos.

Luego, volvió a subir a la tribuna, y combatió con desdén la proposición de Legendre, en la que sospechaba la intención oculta de asemejar los defensores del pueblo a un triunvirato de tiranos. Cuanto más se humillaba Robespierre, más grande era su triunfo, porque el alborozo del pueblo le devolvía en culto cuanto el ídolo rehusaba en majestad.

V

En la sesión celebrada por la Convención el día siguiente, 7 de junio, Barrere exageró los peligros que corrían los representantes de la nación, en dos discursos enfáticos, atribuyendo a los gobiernos extranjeros y especialmente a mister Pitt, el haber suscitado la demencia de Ladmiral y la puerilidad de Cecilia Renault. La Convención fingió dar crédito a estos complots y asegurar la salvación de la patria, escudando a Robespierre con su adhesión. Barrere concluyó presentando un proyecto de decreto atroz, por el que se condenaba a muerte a todos los prisioneros ingleses y hannoverianos que en adelante se hicieran por los ejércitos de la República.

Robespierre, provocado por todas las miradas y por todos los gestos, siguió a Barrere en el uso de la palabra, y dijo:

—Este será un tema curioso de entretenimiento para la posteridad; y, en verdad, que ya es un espectáculo digno de la tierra y del Cielo ver a la Asamblea de los representantes del pueblo francés colocada sobre un volcán inagotable de conspiraciones, conducir con una mano a los pies del Eterno, autor de todas las cosas, los homenajes de un gran pueblo, y lanzar con la otra el rayo sobre los tiranos conjurados contra él; fundar la primera democracia del mundo y volver a implantar la libertad, la justicia y la virtud, que estaban abolidas.

Al oír estas palabras, que de una cuestión individual ponían a la Convención a la altura de una cuestión general, los

—¡Perecerán! — continuó diciendo—; ¡perecerán los tiranos armados contra el pueblo francés! ¡Perecerán las facciones que se apoyan en las potencias para destruir nuestra libertad! ¡No haréis la paz, sino que la daréis al mundo, rehusándola al crimen! Sin duda no son bastante insensatos para creer que la muerte de algunos representantes hubiera podido asegurar su triunfo. Si han creído que al hacernos bajar a la tumba iba a salir de ella triunfante el genio de los Brissot, de los Hebert y de los Dantón para entregarnos por cuarta vez a la discordia, se han equivocado completamente.»

Este insulto a la memoria de Dantón produjo un movimiento de descontento en la Montaña: Robespierre, advirtiéndolo, se detuvo.

—Cuando hayamos caído bajo sus golpes — dijo con tono de indiferencia que parecía sobreponerle a sí mismo—, ¡queréis concluir vuestra empresa sublime o compartir nuestra suerte! Sí — añadió, conteniendo los aplausos que habían empezado a provocar la energía de su voz y de su ademán—. ¡Sí, no hay uno solo de vosotros que no desee venir sobre nuestros cuerpos ensangrentados, a jurar el exterminio de los últimos enemigos del pueblo!

Todos los representantes se levantaron con un movimiento unánime e hicieron ademán de jurar.

—¡Esperaban — dijo — aniquilar de hambre al pueblo francés! El pueblo francés vive todavía, y la naturaleza, fiel a la libertad, le promete abundancia. ¿Qué les queda, pues? ¡El asesinato! ¡Esperaban exterminarnos los unos por los otros y por medio de revueltas promovidas por el dinero! Este proyecto ha tenido mal éxito. ¿Qué les queda? ¡El asesinato! ¡Han creído concluir con nosotros por el esfuerzo de su liga armada y, sobre todo, por la traición! y los traidores tiemblan o perecen; sus cañones caen en nuestro poder y sus satélites huyen delante de nosotros. ¿Qué recursos les quedan? ¡El asesinato! ¡Han procurado disolver la Convención por medio

del cohecho! y la Convención ha castigado a sus cómplices; ¡pero todavía les queda el asesinato! Han tratado de corromper la República y de extinguir en nosotros los sentimientos generosos de que está compuesto el amor de la patria y de la libertad, desterrando de la República el buen sentido, la virtud y la divinidad!; pero nosotros hemos proclamado la divinidad y la inmortalidad del alma, y hemos prescrito la virtud en nombre de la República. Sin embargo, ¡todavía les queda el asesinato!

»Regocijémonos, pues, y demos gracias al Cielo por habérsenos creído dignos de los puñales de la tiranía.

Las aclamaciones que arrancó esta explosión de magnanimidad de los tiempos antiguos, hicieron temblar el salón.

—Así, pues—prosiguió—, estamos rodeados de peligros gloriosos, que se encuentran lo mismo en la ciudad que en el campo de batalla. ¡Nada, por lo tanto, tenemos que envidiar a nuestros valientes hermanos de armas, pues de mil modos pagamos nuestra deuda a la patria! ¡Oh reyes! no seremos nosotros los que nos quejemos de la clase de guerra que nos hacéis, pues, cuando los poderosos de la tierra se coligan para matar a un débil individuo, no debe éste obstinarse en vivir. Así es que no hemos hecho entrar en nuestros cálculos la ventaja de vivir mucho tiempo, y no es por vivir por lo que se declara la guerra a los tiranos y a los vicios. ¿Qué hombre ha defendido nunca impunemente a la humanidad? ¡Rodeado de mis asesinos — prosiguió Robespierre con voz más solemne — me he situado en el nuevo orden de cosas en que me quieren colocar! ¡No tengo ya apego a esta vida pasajera sino por amor a la patria y por sed de justicia; y ajeno más que nunca a toda consideración personal, estoy mejor dispuesto a atacar con brío a los malvados que conspiran contra el género humano! ¡Cuanto más deseo tienen de poner término a mi carrera en este mundo, tanto más me afano en emplearla en acciones útiles a la felicidad de mis semejantes, a quienes, por lo menos, dejaré un testamento cuya lectura hará temblar a los tiranos y a sus cómplices!

Al oír este apóstrofe, que pareció colo-

car la tribuna más allá del sepulcro, la Convención, que había estado muda durante mucho tiempo, salió de su sorpresa por medio de una aclamación prolongada.

Desligándose entonces Robespierre de su personalidad, dió, como desde otra vida, consejos supremos a la República, diciendo:

—Lo que constituye la República no es la victoria, ni la fortuna, ni la conquista, ni el entusiasmo pasajero, sino la sabiduría de las leyes y, sobre todo, la virtud pública. Las leyes están por hacer, y las costumbres por regenerar. ¿Queréis saber quiénes son los ambiciosos? Pues examinad quiénes son los que protegen a los malvados y corrompen la moral pública. Perseguir al crimen, es el camino de la tumba y de la inmortalidad. ¡Condescender con el crimen, es la senda del trono y del cadalso! Algunos hombres perversos han conseguido sumergir la República y la razón del pueblo en el caos, y es necesario volver a crear la armonía del mundo moral y la del político.

Esta definición de la Revolución fué aceptada por unanimidad por todos los miembros de la Convención.

«Si Francia estuviera gobernada durante algunos meses por una legislación errónea o corrompida, se perdería la libertad.»

Esta insinuación clara de la necesidad de una magistratura suprema para regularizar la Convención, concitó contra Robespierre las miradas irritadas de sus enemigos; pero él los desafió valientemente, prosiguiendo con altanería:

—Al decir estas cosas aguzo tal vez el filo de los puñales contra mí; pero esta persuasión es, precisamente, la que me impulsa a decirlas. He vivido ya bastante; he visto al pueblo francés pasar desde el seno de la corrupción y de la servidumbre a la cumbre de la gloria y de la virtud republicana; he visto rotas sus cadenas, y los tronos culpables que pesan sobre la tierra, derrocados o conmovidos bajo sus manos triunfantes; he visto, en fin, una Asamblea investida de la omnipotencia de la nación francesa, caminando con paso rápido y seguro hacia la felicidad pública, y dando el ejem-

plo de toda clase de valor y de todas las virtudes. ¡Concluid, ciudadanos! ¡Dad la última mano a vuestros sublimes destinos! Nos habéis colocado en la vanguardia para sostener el primer esfuerzo de los enemigos de la humanidad, y merecemos esta honra porque estamos dispuestos a señalaros con nuestra sangre el camino de la inmortalidad.

VI

Quizá nunca se habían oído semejantes palabras en una Asamblea, palabras que eran la política elevada a la altura del tipo religioso del filósofo; eran el heroísmo en la elocuencia, y la muerte en el apostolado. La Convención ordenó la impresión, en todos los idiomas, de este discurso, que preparó los ánimos para la solemnidad que debía celebrarse dos días después. Hasta el ridículo, que todo lo mancilla en Francia, veíase precisado a fingir entusiasmo al verse puesto frente a frente con doctrinas que se atrevían a arrostrar la muerte, y a testificar la divinidad.

Robespierre esperaba aquel día con la impaciencia de quien encubre un gran propósito y teme que la muerte se lo arrebatase antes de haberlo llevado a término. De todas las misiones a que creía estar llamado, la más alta y la más santa, en su concepto, era la regeneración del sentimiento religioso en el pueblo. Para él el complemento de la revolución era renovar la unión entre el Cielo y la tierra, por medio del lazo de una ley y de un culto racional que la República había roto, creyendo que la razón y la libertad serían inmortales cuando se relacionasen con Dios. La satisfacción interior de su obra terminada, se revelaba en sus facciones, desde que había presentado su informe a la Convención. Los que lo visitaban y sus confidentes se sorprendían de la serenidad desacostumbrada que revelaba. La contemplación de la naturaleza rejuvenecida por la primavera, adornándose de flores como para el himeneo que deseaba hacerle contraer con el Hacedor, le proporcionaba ratos de éxtasis. Al recorrer con sus amigos las calles del jardín de Mousseaux, el

corazón le rebosaba de esperanza, y hablaba sin cesar del 8 de junio, pensando con dolor en las víctimas que no podrían ver aquel hermoso día. Sus deseos eran, según decía, que una era de fraternidad y de clemencia sucediera a los días trágicos del cadalso. En compañía de Villate y del pintor David, examinaba personalmente los preparativos de la ceremonia que deseaba que impresionara el alma del pueblo por los ojos y que fuera la expresión de imágenes majestuosas y agradables como el poder supremo que sólo se manifiesta por los beneficios.

—¿Por qué — decía la víspera a Souberbielle — ha de haber todavía un cadalso en pie sobre la superficie de Francia? Sólo la vida debería aparecer mañana delante de la fuente de toda la vida.

Así es que exigió que se suspendieran las ejecuciones el día de la ceremonia.

VII

La Convención había nombrado a Robespierre, por excepción, presidente, para que el autor del decreto fuera al mismo tiempo el actor principal. Al amanecer fué a las Tullerías para esperar allí que se reunieran sus colegas y dar las últimas órdenes a los encargados de la ceremonia religiosa. Entonces, por primera vez en su vida política, vistióse el traje de representante en comisión. Llevaba casaca azul, más pálido que el que usaban los miembros de la Convención, chaleco blanco, calzones amarillos de piel de gamuza, botas de campaña y sombrero redondo con flotante plumero tricolor. Este traje atraía sobre él todas las miradas. En la mano llevaba como primicias del año un gran ramillete de flores y espigas. En su apresuramiento había olvidado hasta la condición de la humanidad, pues estaba ya reunida la Convención en la sala de sesiones y el cortejo se disponía a salir, sin que hubiera aún tomado ningún alimento. Villate, que vivía en las Tullerías, le propuso que almorzara junto a su habitación, y Robespierre aceptó.

El azul del cielo era de pureza oriental, y el sol brillaba sobre los árboles de las Tullerías, las cúpulas y las paredes

de los monumentos de París con tanta limpieza y resplandor como sobre los templos del Ática. La luz primaveral prestaba a París la belleza del cielo griego.

Al entrar en casa de Villate, echó Robespierre el sombrero y el ramillete sobre un confidente, y en seguida se puso de codos en una ventana, pareciendo que la satisfacción le enajenaba al contemplar el espectáculo de la muchedumbre inmensa que se apiñaba en los parterres y calles del jardín para asistir a aquellos misterios, presagio de lo desconocido. Allí las mujeres vestidas con sus mejores galas llevaban a sus hijos de la mano, y la alegría rebosaba en todos los semblantes.

—Mirad ahí — dijo Robespierre — la parte más dulce de la humanidad. El universo está aquí reunido por medio de estos testigos. ¡Qué elocuente y majestuosa es la naturaleza! ¡Semejante fiesta debe hacer temblar a los tiranos y malvados!

Comió poco y no pronunció más que las anteriores palabras. Al fin de la comida, cuando se levantó para colocarse a la cabeza del cortejo que principiaba a desfilar, entró una mujer joven amiga de la casa, con un niño pequeño. El nombre de Robespierre asustó al principio a la recién venida; pero aquél le dijo que no tuviera cuidado y se puso a jugar con el niño. Desvanecido el recelo, el pequeño empezó a jugar alrededor de la mesa y se apoderó del ramillete del presidente de la Convención. Era ya más de mediodía, y Robespierre permanecía aún involuntaria o intencionadamente, en casa de Villate. Hacía ya tiempo que sus colegas estaban reunidos y empezaban a murmurar de su tardanza, cuando al fin se presentó.

VIII

Arrimado a las paredes del palacio de las Tullerías, se había erigido un inmenso anfiteatro semejante a las gradas de un circo de la antigüedad, que bajaba de escalón en escalón hasta el parterre. La Convención tenía entrada en él por las ventanas del pabellón del centro, y por

allí entraba a pie firme como los césares en los coliseos. En medio de este anfiteatro había una tribuna más alta que las gradas y casi semejante a un trono, que estaba reservada para Robespierre. En frente del asiento de éste, había un grupo colosal de figuras emblemáticas que representaban el ateísmo, el egoísmo, la nada, los crímenes y los vicios. Estas figuras, hechas por David, de materias combustibles, estaban destinadas a ser quemadas como las víctimas del sacrificio: la idea de Dios debía reducir las a cenizas. Todos los diputados, que vestían uniformes azules con vueltas encarnadas, y llevaban en la mano un ramo simbólico, se fueron colocando lentamente en las gradas. Se presentó Robespierre, y su aislamiento, su asiento elevado, su penacho y su ramillete, más voluminoso que el de los demás, le daban apariencia de superioridad. El pueblo, dominado por su nombre, como su trono dominaba a la Convención, creyendo que se le iba a proclamar dictador, lo saludó con aclamaciones imperiales, que anublaron las frentes de sus colegas. La muchedumbre aguardaba oírlo, esperando unos una amnistía, y otros la organización de un poder fuerte y clemente. Como el tribunal revolucionario estaba suspendido y el cadalso no funcionaba aquel día, las imaginaciones se recreaban en perspectivas consoladoras. Jamás hubo pueblo mejor dispuesto a recibir un salvador y leyes humanitarias.

IX

—¡Franceses, republicanos — dijo Robespierre, con voz forzada para que llegase a todo el auditorio—; al fin llegó el día, por siempre afortunado, que el pueblo francés consagra al Ser Supremo! Jamás el mundo que Él ha creado, ofreció a su autor espectáculo más digno de sus miradas. Ha visto reinar sobre la tierra la tiranía, el crimen y la impostura; pero, ahora, ve a toda una nación, en lucha con los opresores del género humano, suspender el curso de sus heroicos trabajos, para elevar su pensamiento y sus plegarias al Gran Ser que le dió

la misión de emprenderlos, y la fuerza de realizarlos...

»No ha creado a los reyes para devorar a la especie humana; no ha creado a los sacerdotes para uncirnos, como animales irracionales, a los carros de los reyes, ni para dar al mundo ejemplos de bajeza, de orgullo, de perfidia, de avaricia, de disolución y de mentira; ha creado a los hombres para que se presen mutua ayuda, para que se amen unos a otros, y para llegar a la felicidad por el camino de la virtud.

»El ha puesto en el seno del opresor triunfante el remordimiento, y la calma en el corazón del inocente oprimido; El hace que el hombre justo aborrezca al malvado y que éste respete al hombre justo; El adorna con el pudor la frente de la hermosa, dándole así mayor realce; El hace palpar de ternura y de alegría las entrañas de las madres; El baña de lágrimas deliciosas los ojos del hijo estrechado contra el seno maternal; El hace callar las pasiones más imperiosas y las más tiernas ante el amor sublime de la patria; El ha llenado la naturaleza de encantos, de riquezas y de majestad. Todo lo bueno es obra suya; el mal es obra del hombre depravado que oprime a sus semejantes o consiente su opresión.

»El autor de la naturaleza había unido a todos los mortales por medio de una cadena inmensa de amor y de felicidad: ¡mueran los tiranos que se han atrevido a romperla!...

»Ser de los seres, no tenemos que dírte oraciones injustas; conoces a las criaturas salidas de tus manos; sus necesidades, sus más secretos pensamientos te son bien conocidos. El odio a la hipocresía y a la tiranía arde en nuestros corazones juntamente con el amor a la justicia y a la patria. Nuestra sangre corre por la causa de la humanidad. ¡Estas son nuestras oraciones, éstos son nuestros sacrificios y éste es el culto que te ofrecemos!»

El pueblo aplaudió más el acto que las palabras, y los coros de música llevaron hasta el cielo las estrofas siguientes de Chenier, confundidas con el sonido de millares de instrumentos:

LES VIEILLARDS ET LES ADOLESCENTS (1)

*Dieu puissant d'un peuple intrépide
C'est toi qui défends les remparts;
La victoire a, d'un vol rapide
Accompagné nos étendards.
Les Alpes et les Pyrénées
Des rois ont vu tomber l'orgueil;
Au Nord, nos champs sont le cercueil
De leurs phalanges consternées.
Avant de déposer nos glaives triomphants,
Jurons d'anéantir le crime et les tyrans!*

LES FEMMES

*Entends les vierges et les mères,
Auteur de la fécondité!
Nos époux, nos enfants, nos frères,
Combattent pour la liberté;
Et si quelque main criminelle
Terminait des destins si beaux,
Leurs fils viendront sur des tombeaux
Venger la cendre paternelle.*

LE CHŒUR

*Avant de déposer nos glaives triomphants,
Jurez d'anéantir le crime et les tyrans.*

(1) LOS ANCIANOS Y ADOLESCENTES: —Dios poderoso tú defiendes las murallas de un pueblo intrépido; la victoria ha acompañado con rápido vuelo nuestras banderas. Los Alpes y los Pirineos han visto abatir el orgullo de los Reyes. En el Norte nuestros campos son la tumba de sus falanges aterradas. Antes de envainar nuestras victoriosas espadas, juremos extirpar el crimen y aniquilar a los tiranos.

LAS MUJERES: —¡Padre de la vida, atiende a las vírgenes y a las madres! Nuestros esposos, nuestros hijos y nuestros hermanos están luchando por la libertad; y, si alguna mano criminal pusiera término a su hermoso destino, sus hijos vengarán sobre las tumbas la ceniza paterna.

CORO: —Antes de envainar nuestras espadas gloriosas, juremos extirpar el crimen y aniquilar a los tiranos.

HOMBRES Y MUJERES: —Guerreros, ofreced al Ser Supremo vuestro valor; vírgenes, ofrecedle flores; madres, ancianos, ofrecedle como homenaje vuestros hijos vencedores, bendecid en este día glorioso el hierro consagrado por sus manos. El Eterno grabó la victoria en el hierro vengador de la humanidad.

LES HOMMES ET LES FEMMES

*Guerriers, offrez votre courage;
Jeunes filles, offrez des fleurs;
Mères, vieillards pour votre hommage,
Offrez vos fils triomphateurs.
Bénissez dans ce jour de gloire
Le fer consacré par leurs mains;
Sur ce fer, vengeur des humains,
L'éternel grava la victoire.*

LE CHŒUR

*Avant de déposer nos glaives triomphants,
Jurons } d'aneantir le crime et les tyrans.
Jurez }*

Robespierre bajó inmediatamente después del anfiteatro para dar fuego al grupo del ateísmo. La llama y el humo se esparcieron por el aire en medio de las aclamaciones de la multitud. Los miembros de la Convención, siguiendo a larga distancia al presidente, se adelantaron en dos columnas hacia el Campo de Marte, por entre el pueblo. Entre las dos columnas de la Convención marchaban carros antiguos arrastrados por bueyes, llevando emblemas de la agricultura, y de las artes y oficios. La Convención llevaba por única guardia una doble fila de jóvenes vestidas de blanco y enlazadas unas a otras con cintas tricolores. Robespierre iba solo delante, volviendo frecuentemente la cabeza para apreciar la distancia que lo separaba de sus colegas, como para habituar al pueblo a separarse de ellos por el respeto, como él se separaba por el intervalo. Todas las miradas se dirigían a él, en cuya frente reflejábase el orgullo y en cuyos labios bullía la sonrisa de la omnipotencia.

X

En el centro del Campo de Marte, en el sitio que ocupaba el antiguo altar de la patria, levantábase una montaña simbólica, cuyo acceso era estrecho y difícil. Robespierre, Couthón, conducido en silla de manos, Saint-Just y Lebás colocáronse solos sobre la cumbre, y el resto de la Convención se esparció confusa-

mente sobre la falda pareciendo humillado de estar en presencia de la muchedumbre, dominado por aquel grupo de triunviros. Desde allí y en medio del ruido de las salvas de artillería, proclamó Robespierre la profesión de fe del pueblo francés.

La multitud estaba enajenada; la Convención, sombría. La presidencia majestuosa de Robespierre, el entusiasmo exclusivo del pueblo por su representante; el sitio subalterno que el presidente había señalado a los miembros de la Convención sobre la Montaña; la distancia dictatorial en que se había mantenido, separado de ellos, durante la carrera; la inclinación del pueblo a las ideas religiosas, de las que, en su volubilidad, podía pasar naturalmente a las supersticiones antiguas; el nombre de Robespierre asociado a la proclamación del Ser Supremo, consagrándose, en cierto modo, en el ánimo de la nación por la divinidad del dogma que restituía a la República; y, finalmente, la idea de la restauración de la inmortalidad que repugnaba a los sectarios de la nada, y, sobre todo, el poderoso ascendiente de un hombre que cimentaba la popularidad en el instinto fundamental de la especie humana, y que se apoderaba de la conciencia de la nación como pontífice, para hacerlo tal vez al siguiente día como César; todos estos pensamientos, todos estos temores, todas estas ambiciones murmuradas al principio sordamente, de la boca al oído, concluyeron por manifestarse en murmullo inmenso y en pronunciado descontento. Al volver del Campo de Marte a las Tullerías, advirtió Robespierre que le dirigían miradas amenazadoras, vió ademanes sospechosos, y llegaron a sus oídos palabras equívocas y máximas de doble sentido.

—Del Capitolio a la roca Tarpeya no hay más de un paso — le decía uno.

—Aun existen Junos Brutos — murmuraba otro.

—¿Ves ese hombre? — decía un tercero—. Ya se cree un Dios y quiere acostumbrar la República a que le tribute adoración, para hacer que se la profesen en lo sucesivo.

—Ha inventado un Dios porque es el tirano supremo — añadía un cuarto—.

Pretende ser el sacrificador y podrá su-
ceder que sea la víctima.

Estas conversaciones en voz baja, y estos apóstrofes sordos persiguieron a Robespierre hasta la Convención. Fouché, Talliën, Barrere, Collot-d'Herbois, Lecointre, Leonardo Bourdón, Billaud-Varennes, Vadier y Amar aprovechábanse de aquella oposición naciente para agriar el resentimiento y convertirlo en rebelión. Lamentábanse de la próxima tiranía de quien tan mal disfrazaba su insolencia a la Convención; que halagaba las más inveteradas preocupaciones del pueblo; que ponía de rodillas a la Revolución, y que se colocaba entre la nación y Dios, para ponerse mejor entre la Convención y el pueblo. Estas palabras llegaban a todas las almas hiriéndolas cual dardos envenenados. Robespierre acababa de perder el prestigio y la popularidad sobre el mismo altar en que había restituido el Ser Supremo. Aquel día se engrandeció ante el pueblo, y se arruinó en la Convención. Tuvo el presentimiento de los odios que acababa de concitar contra sí y volvió pensativo a su casa, donde todo el día estuvo recibiendo felicitaciones anónimas. En él veían el restaurador de la justicia en el restaurador de la verdad. Las aclamaciones prolongadas bajo las ventanas de su domicilio le agradecieron haber devuelto el alma al pueblo, y Dios a la República; pero muchos de los billetes que recibió no contenían más que esta palabra: «¡Atrevos!»

Y, efectivamente, aquél era el momento a propósito para que Robespierre se hubiera atrevido. Si al volver de la ceremonia de la mañana hubiera provocado por algunas insinuaciones directas la expulsión del amor del pueblo, que ansiaba manifestarse; si las diputaciones de algunas secciones, llevando tras sí al gentío que recorría las calles, hubieran ido a pedir a la Convención que se creara un poder unitario y regulador y se confiara a su favorito, la dictadura o la presidencia, se habría adjudicado por aclamación a Robespierre; y si éste hubiera tenido la osadía de proclamar que el poder revolucionario había concluido, que empezaba el poder popular y que se abolía el cadalso, habría reinado al día si-

guiente, atribuido a los enemigos la sangre vertida, usurpado la popularidad de la clemencia y salvado a la República que iba a perder por su indecisión. Pero no hizo nada, dejándose acariciar por aquel soplo vago de favor público y de omnipotencia, y sólo cogió viento entre las manos.

XI

Saint-Just deseaba más. Al ver que no podía decidir a Robespierre a que se alzara con el poder supremo de manos del pueblo, resolvió hacérselo conferir por el comité de Salvación pública. Saint-Just se acordaba de César cuando hacía que le ofreciesen la corona, dispuesto a desaprobar a Antonio si el Circo murmuraba; preparado para ceñírsela, si el pueblo aplaudía.

Saint-Just, en ausencia de Robespierre, trazó en una sesión secreta un cuadro desesperado del estado de la República, diciendo: «El mal ha llegado al colmo; si la monarquía nos destruya, las leyes con que inundamos a Francia sólo son armas de muerte que aguzamos en las manos de todas las facciones. Cada representante del pueblo en los ejércitos y en los departamentos es un rey, y, mientras ellos reinan, nosotros no somos aquí otra cosa que unos vanos simulacros de la unidad. La sangre nos ahoga; el oro desaparece; las fronteras están indefensas; la guerra se hace sin plan, y hasta nuestras victorias son azares gloriosos que nos honran sin salvarnos. En el interior nos matamos unos a otros; y cada facción, al devorarse, devora a la patria. ¿Podemos permitir que pase de unas manos a otras la República sin que al fin el pueblo le cobre horror y los reyes desprecio? ¿Tantas convulsiones deben degenerar en debilidad o parar en fuerza? ¿Queremos vivir, o pretendemos morir? ¡La República vivirá o morirá con nosotros! ¡Sólo existe un medio de que todos nos salvemos, y es concentrando este poder incoherente, dispersado y desgarrado por tantas manos como parcialidades y ambiciones hay entre nosotros! Es la unidad de gobierno personificada en un hombre.

»Pero, ¿quién será, preguntaréis, ese

hombre bastante superior a las flaquezas y a las sospechas de la humanidad para que se le confíe el poder supremo de la República? Lo confieso, el papel es sobrehumano, la misión terrible, el peligro inmenso, si nos equivocamos en la elección. Es preciso que ese hombre tenga el espíritu de la época en la cabeza, las virtudes de la República en las costumbres, la inflexibilidad de la patria en el corazón, la pureza de los principios en la vida, y la incorruptibilidad de nuestros dogmas en el alma; es preciso que haya nacido a la vida pública el mismo día que la Revolución, que haya seguido paso a paso todas sus fases creciendo siempre en patriotismo y virtud. Es preciso que tenga perfecto conocimiento de los hombres y de las cosas que hace cinco años se agitan en nuestra escena; es preciso, en fin, que haya conquistado gran popularidad, que la voz pública le confiera la dictadura que nosotros no haremos más que indicar. Al retratar a este hombre nadie hay entre vosotros que vacile en nombrar a Robespierre, porque sólo él reúne por el genio, por las circunstancias y por la virtud las condiciones que pueden legitimar tan absoluta confianza de la Convención y del pueblo. Reconozcamos nuestra salvación doquiera que se encuentre, y sometamos a la ostensible necesidad que tenemos de él nuestro amor propio, nuestras envidias, nuestras repugnancias. ¡No soy yo quien ha nombrado a Robespierre, sino sus méritos! No seremos nosotros quienes lo haremos dictador, sino la Providencia de la República.»

Al oír la palabra *dictador*, los rostros se contrajeron, pero nadie se atrevió a poner en duda el genio y la virtud de Robespierre. Todos desecharon respetuosamente la idea de Saint-Just, como uno de esos delirios calenturientos de patriotismo que perturban la razón más sana y hacen buscar la salvación en el suicidio.

—Robespierre es grande y sabio — exclamaron —; pero la República es más grande y sabia que un hombre. La dictadura sería el trono del desaliento, y nadie se sentará en él mientras los republicanos respiren.

Saint-Just insistió en vano, y Lebás

intentó inútilmente explicar el pensamiento de su colega, porque los comités se separaron irritados e inquietos, pero advertidos ya. La imprudencia de Saint-Just fué atribuída como crimen a Robespierre.

—El poder supremo no se pide — dijo Billaud a sus amigos —, se toma; que se apodere de él si se atreve.

Desde aquel día los comités nutrieron contra Robespierre sospechas, que no pocas veces se tradujeron en rumores y violencias en la sombra de los consejos

XII

Al siguiente día de la fiesta del Ser Supremo, la Convención, a excitaciones de Robespierre y sus amigos, comenzó a expedir decretos que revelaban el verdadero espíritu de la Revolución. La Convención, apaciguada durante un momento, parecía querer señalar con leyes benéficas la inspiración de fraternidad que había sacado de las doctrinas filosóficas para comunicarla a la República, y sus leyes, durante algunos días, respiraron ternura como el corazón humano.

La Convención, no pudiendo establecer violentamente la igualdad democrática por la destrucción y la nivelación de la propiedad, propendió a crearla por la caridad política, haciendo del Estado lo que debe ser, la Providencia visible del pueblo. Impuso a lo superfluo de las riquezas los impuestos y subsidios necesarios para socorrer, alimentar e instruir la indigencia. Realizó en fraternidad práctica la fraternidad teórica de sus principios, haciendo de la nación una sola familia. Creó en la escuela de Marte una institución, democrática y militar al mismo tiempo, donde el ejército debía reclutar con igualdad los oficiales entre todos los hijos de la nación. Declaró que la mendicidad era una acusación contra el egoísmo de la propiedad y contra la imprevisión del Estado. Honró el trabajo; acogió la niñez; facilitó educación a la juventud; alimentó la vejez; socorrió al enfermo a expensas del tesoro; abolió la miseria; distribuyó las propiedades nacionales en lotes accesibles a los más pequeños capitales para fomentar la propiedad y el cultivo; clasificó la pobla-

ción; declaró sagrados a los infelices; abrió asilos para las mujeres embarazadas; proporcionó socorros a las que amantaban a sus hijos, y subsidios a las familias numerosas que el trabajo del padre no alcanzaba a sostener; regularizó el impuesto de los pobres, haciéndolo uno de los deberes de la propiedad; se esforzó en crear el único comunismo verdadero y compatible con la propiedad, ese instinto vital de la familia, sacando por medio de impuestos lo superfluo del propietario y repartiéndolo en subsidios a los proletarios por mano del Estado; fundó talleres para los artesanos sin trabajo; substituyó los hospitales, esos cuarteles de moribundos, por las visitas de médico y donativos de medicamentos a domicilio, para no afligir a la familia ni convertir en tristeza el amor del hogar; adoptó a los hijos sin padre; concedió honores y pensiones a las mujeres, madres e hijas de los defensores de la patria, muertos o heridos por ella; hizo desmontar terrenos; favoreció a las aldeas a expensas de las ciudades, receptáculos de ociosidad, de lujo y de vicios que deseaba restringir; fomentó las artes y ciencias útiles; abrió un gran libro de Beneficencia Nacional y creó inscripciones productivas de rentas para distribuir las entre los labradores inválidos, y, por último, convirtió la beneficencia en deber y la caridad en institución.

Estos decretos hicieron al pueblo esperar que había conquistado con la sangre el principio democrático, y que la filosofía, por mucho tiempo eclipsada durante la lucha revolucionaria, iba a proporcionar la victoria y a transformarse en gobierno. El patíbulo era lo único que contradecía estas tendencias.

XIII

Robespierre expresaba constantemente, aunque en secreto, el deseo de abolirlo; pero no podía, según afirmaba, poner término al terror sino con otro terror más grande. Sabedor, por los murmullos que contra él se habían suscitado en la fiesta del Ser Supremo, y por las confidencias de Saint-Just y de Lebas, del odio que abrigaban los comités contra él, resolvió, por último, asombrar

a todos con la audacia y adelantarse a ellos con la actividad.

El 22 de pradiel, dos días después de la ceremonia del Ser Supremo, propuso inesperadamente a la Convención, de acuerdo con Couthón, un proyecto de decreto reorganizando el tribunal revolucionario. Este proyecto draconiano sólo había sido comunicado en parte a los comités. ¡Era el código de la arbitrariedad, sancionada en cada disposición por la muerte y ejecutada por el verdugo!

Las categorías de los enemigos del pueblo comprendían a todos los ciudadanos, indistintamente, aunque fueran miembros de la Convención, sobre quienes recayera alguna sospecha. Ya no había inocencia en la nación ni inviolabilidad en los miembros del gobierno. Era la omnipotencia de las sentencias y penas, la dictadura, no de una persona, sino del patíbulo. Ruamps, después de haber oído este proyecto de decreto, exclamó:

—Si se aprobara ese decreto sin aplazamiento, me saltaría la tapa de los sesos.

Barrere, a quien tamaña audacia había convencido de la fuerza de Robespierre, defendió la urgencia del decreto. Bourdón de l'Oise se atrevió a contradecir. Robespierre insistió en que se discutiera en el acto.

—Desde que nos hemos desembarazado de las facciones — dijo, haciendo un ademán de cabeza que indicaba el puesto vacío de Dantón — discutimos y votamos en el acto, y esas peticiones de aplazamiento están fuera de su lugar.

El asombro hizo votar el decreto; pero aquella misma noche comprendió la Convención que había votado en contra suya. Celebraron algunos conciliábulos los principales adversarios de Robespierre, y algunas veces se reunieron en casa de Courtois, diputado moderado, que odiaba a aquél con toda la fuerza del sentimiento que en él producía el recuerdo de Dantón, compatriota y amigo suyo.

Al abrirse la sesión del siguiente día, Bourdón de l'Oise subió a la tribuna para pedir que la Convención explicara el alcance del decreto que había votado la víspera y se reservara a ella exclusivamente el derecho de acusar a los representantes de la nación. Merlín apoyó a

Bourdón de l'Oise y se acordó explicar el decreto en forma que desarmara a Robespierre y a los comités.

En la sesión siguiente, Delbres y Mallarmé pidieron otras explicaciones que tendían a debilitar todavía más el decreto, y el cobarde Legendre se apresuró a combatir estas atenuaciones para complacer a los que no se perdonaba de haber inquietado. Couthón defendió enérgicamente su obra, aduló a la Convención, tranquilizó a los comités y reprendió a Bourdón de l'Oise.

—¿Qué más hubieran dicho Pitt y Coburgo? — exclamó.

Bourdón de l'Oise dió excusas pero con arrogancia, diciendo:

—Sepan los miembros de los comités, que, si son patriotas, lo somos nosotros tanto como ellos. Aprecio a Couthón y aprecio al comité; pero también aprecio la indestructibilidad de la Montaña, que ha salvado la libertad.

Robespierre, irritado, se levantó, diciendo:

—El discurso que acabáis de oír demuestra la necesidad de explicarse más claramente. Bourdón trata de separar el comité de la Montaña; pero la Convención, el comité y la Montaña son una misma cosa. ¡Ciudadanos! Cuando los jefes de una facción sacrílega, los Brissot, los Vergniaud, los Gensonné, los Guadet y demás malvados cuyo nombre nunca pronunciará el pueblo francés sino con horror, se pusieron al frente de una parte de esta augusta Asamblea, fué, sin duda, cuando la Convención debió unirse para combatirlos. Entonces el nombre de la Montaña, que les servía como de asilo en medio de aquella tempestad, se hizo sagrado porque comprendía a los representantes del pueblo que luchaban contra la mentira; pero, desde que cayeron aquellos hombres bajo la cuchilla de la ley, desde que se pusieron a la orden del día la honradez, la justicia y las buenas costumbres, no puede haber en la Convención más que dos partidos: el de los buenos y el de los malos. Si tengo derecho a hablar así a la Convención en general, también creo tener el de dirigirme a esa célebre Montaña, a la que no soy, indudablemente, extraño, y creo que este homenaje tributado por mi co-

razón, vale tanto como otro cualquiera. Sí, montañeses, siempre seréis el baluarte de la libertad pública, pero nada tenéis de común con los intrigantes y perversos, sean quienes fueren. La Montaña no es otra cosa que las alturas del patriotismo, y un montañés no es más que un patriota honrado, razonable, sublime. Sería ultrajar a la Convención el consentir que ciertos intrigantes, más despreciables que los otros, porque son más hipócritas, se esforzaran en arrestar a algunos individuos de esa Montaña, erigiéndose jefes de partido.

Bourdón de l'Oise, interrumpiendo al orador, exclamó:

—Nunca he tenido la intención de hacermee jefe de partido.

—Sería el exceso del oprobio — prosiguió Robespierre con mayor fuerza — que algunos de nuestros colegas extraviados por la calumnia respecto a nuestras intenciones y al objeto de nuestros trabajos...

Bourdón de l'Oise volvió a interrumpir:

—Pido que se pruebe lo que se está afirmando. Acaban de decir con bastante claridad que soy un malvado.

—Pido en nombre de la patria — replicó Robespierre — que se me ampare en el uso de la palabra. No he nombrado a Bourdón. ¡Desgraciado del que se nombre! Pero, si se reconoce en el retrato general que el deber me ha obligado a trazar, no puedo impedirselo. Sí — continuó con tono más amenazador —, la Montaña es honrada, es sublime, pero los intrigantes no pertenecen a la Montaña.

—¡Nombrádllos, nombrádllos! — gritaron varias voces

—Los nombraré cuando sea necesario — replicó Robespierre, prosiguiendo después la pintura de las intrigas que se agitaban en la Convención, y concluyendo por decir—: Venid en nuestro auxilio y no permitáis que se nos distinga de vosotros, porque no somos más que una parte de vosotros mismos, y nada somos sin vosotros. Dadnos la fuerza de llevar el peso inmenso y casi superior a los esfuerzos humanos, que nos habéis impuesto. Permanezcamos siempre unidos

a despecho de nuestros comunes enemigos...

Los aplausos de la mayoría de la Convención no dejaron oír la conclusión. Se pidió que se votara el decreto. Lacroix, Merlin y Tallián se retractaron. Robespierre desmintió a Tallián respecto a un hecho de espionaje de los comités que éste acababa de denunciar.

—Ese hecho es falso — dijo Robespierre —; pero hay un hecho cierto, y es que Tallián habla constantemente de la guillotina con espanto, como de cosa que le concierne para inquietar y envilecer a la Convención.

—La imprudencia de Tallián es extremada — añadió Billaud-Varennes —. Miente con increíble audacia; pero, ciudadanos, quedaremos unidos; los conspiradores perecerán y la patria podrá salvarse.

El comité y Robespierre, unidos por el común peligro, aliáronse momentáneamente en esta sesión para arrancar a la Convención a viva fuerza el arma que debía diezmarla. El triunfo de Robespierre fué completo, y, aquella misma noche, Tallián, que temía morir, escribió a Robespierre una carta confidencial humillándose. Esta carta, que demuestra la omnipotencia de Robespierre y el servilismo del representante, no se encontró en los papeles de Robespierre hasta después de haber muerto.

«Robespierre — decía Tallián en la citada epístola —: las palabras terribles e injustas que has pronunciado, continúan resonando en mi alma lacerada. Voy a darte algunas explicaciones con la franqueza de un hombre honrado. Hace tiempo que algunos intrigantes, complaciéndose en ver divididos a los patriotas, te rodean inspirándote prevenciones contra varios de tus colegas y especialmente contra mí, y no es la primera vez que esto sucede. Debe recordarse mi conducta en tiempos en que hubiera podido ejercer muchas venganzas; me refiero a ti. Pues bien, Robespierre, no he variado de principios ni de conducta; amigo constante de la justicia, de la verdad y de la libertad, no me he desviado de esta senda jamás. En cuanto a las palabras que se me atribuyen, las niego. Sé que me han pintado a los comités y a tus amigos

como hombre inmoral; pero que vengan a mi casa y me encontrarán con mi anciana y respetable madre, en la reducida habitación que ocupábamos antes de la Revolución, y de la que está desterrado el lujo, no habiendo crecido en un solo sueldo mi patrimonio, si se exceptúan algunos libros. Habré podido cometer algunos errores, pero han sido involuntarios e inseparables de la flaqueza humana. Esta es mi profesión de fe, de la que nunca me separaré; mal ciudadano es el que retarde la marcha de la Revolución. Tales son, Robespierre, mis sentimientos. Viviendo solo y aislado, tengo pocos amigos; pero siempre lo seré de los verdaderos defensores del pueblo.»

Robespierre, despreciando esta carta, no se dignó contestar. No estimaba bastante a Tallián para creer que semejante pluma pudiera convertirse alguna vez en puñal. En tiempos de revolución, nunca está de más desconfiar de los hombres serviles, porque éstos son los peligrosos.

XIV

Robespierre, algunos días después, atacó imprudentemente a Fouché, persona más astuta y temible aún que Tallián, haciéndolo excluir de la sociedad por haber predicado el ateísmo en Nevers.

—¿No teme ese hombre presentarse ante vosotros? — dijo a los jacobinos —. ¿No teme la presencia y el odio del pueblo? ¿No teme que en su triste rostro se refleje el crimen? ¿Que seis mil miradas fijas en él no le descubran en los ojos el alma entera, y que a despecho de la naturaleza que los ha ocultado, no lean en ellos sus pensamientos?

Los odios que por todas partes acumulaba contra sí, empezaban a fermentar más a las claras en el seno de los comités. Robespierre, Couthón y Saint-Just les pedían imperiosamente que utilizaran el decreto para enviar al tribunal revolucionario a los agitadores de la Convención. Estaban principalmente indicados como tales: Fouché, Tallián, Bourdón de l'Oise, Frérón, Thuriot, Rovere, Lecointre, Barrás, Legendre, Cambón, Leonardo Bourdón, Duval, Audouin, Carrier y José Lebón; pero los comités, in-

decisos, vacilaban, y Couthón apeló a los jacobinos.

—Las sombras de Dantón, Hebert y Chaumette se agitan aún entre nosotros — les dijo en la sesión del 26—. Tratan de perpetuar los males que nos han causado estos conspiradores. La República ha puesto su confianza en la Convención, que, en efecto, la merece; pero hay todavía en su seno algunos espíritus díscolos, a quienes se debe combatir y castigar. Por fortuna — añadió — son pocos, y acaso no pasen de cuatro a seis. ¡Caigan y perezcan los malvados!

Entre Robespierre y los miembros del comité de Salvación pública, se suscitaban frecuentes y violentos altercados. Billaud-Varennes ya no desconocía el uso que los triunviros se proponían hacer del decreto de pradiad.

—¿Quieres, pues, guillotinar a toda la Convención? — preguntó un día a Robespierre.

Carnot y el mismo Collot-d'Herbois reconvenían en términos injuriosos a Robespierre por la presión que hacía sobre el gobierno. Carnot estaba irritado contra Saint-Just, que afectaba desorganizar sus planes militares con el atolondramiento de un joven. Vadier, presidente del comité de Seguridad general, participaba del odio de sus colegas y lo expresaba con mayor aspereza.

La víspera del día en que Elías Lacoste debía informar respecto a los cómplices de Ladmiral y de Cecilia Renault, Vadier fué al comité y dijo a Robespierre:

—Mañana informaré yo también respecto a otro asunto y propondré que se acuse a la familia Sainte-Amaranthe.

—No lo harás — le dijo Robespierre imperiosamente.

—Lo haré — replicó Vadier—. Tengo en mi poder todos los documentos que demuestran la conspiración, y la descubriré por completo.

—Con pruebas o sin ellas, si lo haces, te ataco — contestó Robespierre.

—¡Eres el tirano del comité de Salvación pública! — exclamó Vadier.

—¡Ah! ¡Soy el tirano del comité de Salvación pública! — respondió Robespierre levantándose y no pudiendo refrenar apenas las lágrimas de ira que se es-

capaban de sus ojos—. Pues bien, os libro de mi tiranía. Me retiro; ¡salvad a la patria sin mi concurso, si podéis hacerlo! En cuanto a mí, estoy resuelto; no quiero renovar el papel de Cromwell.

Se retiró, efectivamente, pronunciando estas últimas palabras, y no volvió a presentarse al comité de Salvación pública.

Unos atribuyeron esta ausencia y esta abdicación voluntaria a debilidad, y otros las creyeron un recurso de suma destreza. El valor que hasta entonces había manifestado Robespierre y que más tarde mostró ante la muerte, no permitía atribuir su conducta a debilidad. No pudiendo dominar a los comités por el ascendiente de su voluntad y de su popularidad, pareció prudente separarse ostensiblemente de sus colegas, pues así evitaba que recayera sobre él la responsabilidad de los crímenes que iban a cometerse, declarándose de hecho en oposición con el gobierno. Puesto que proyectaba derribar al comité, no podía, a los ojos de la opinión, seguir siendo cómplice de sus actos. Abandonar los comités era una denuncia muda, más elocuente y amenazadora que las palabras. Iba a verse hacia qué parte se inclinaría la opinión pública, y si un hombre podría más que la anarquía.

XV

Pero la retirada de Robespierre no lo desarmaba completamente en el seno del comité, puesto que conservaba una mano invisible en el foco del gobierno. Saint-Just acababa de marcharse al ejército del Rin, dejando vacante la presidencia de la sección de policía general en el comité de Salvación pública, y Robespierre se encargó de substituirlo teniendo por este medio en las manos el hilo de todas las tramas que podían urdirse contra él, y pudiendo, con el auxilio de los numerosos espías de policía, envolver a los enemigos en sus propias maquinaciones. Los papeles secretos encontrados en su casa después de su muerte demuestran la vigilancia que ejercía sobre todos los miembros temibles de la Convención y de los comités. Conservaba el principal resorte de un gobierno perseguidor: la delación. Ya no era la mano, sino el

oído y la vista del gobierno revolucionario, y, además, la voz única que llegaba al pueblo. No ignoraba que el día en que la elevase acusando a los enemigos, derribaría el débil edificio de los odios e intrigas que ensayaban contra él; pero quiso dejarlos enredar más y más en el lazo que, con su ausencia, les tendía, para que ellos mismos se hirieran de muerte con las armas que aparentemente les dejaba abandonadas. Acumulaba en silencio los partes confidenciales sobre sus opiniones, seguía sus diligencias, contaba sus pasos, anotaba sus palabras e interpretaba sus pensamientos. Véanse los testimonios o sospechas que recogía o consultaba para escoger en la hora de la venganza entre las víctimas y partidarios.

«A Legendre, le escribían los espías, lo han visto ayer paseando con el general Perrin, con quien habló misteriosa y animadamente. Se separaron a las once. Legendre ha entrado a las doce en la Convención y ha salido a la una. Se ha observado, mientras se paseaba en las Tullerías, que su rostro reflejaba inquietud y aburrimiento. Se ha acercado a él un desconocido y han hablado en voz baja.

»Thuriot ha salido a las siete, con una mujer, de una casa desconocida, a quien ha conducido al palacio Igualdad, donde han paseado bajo los árboles; después han entrado en otra casa a cenar. A media noche no habían salido aún.

»Tallien estuvo ayer en el club de los jacobinos hasta que se concluyó la sesión; al salir esperó a un hombre que, armado con un garrote, suele acompañarlo. Se agarraron del brazo hablando en voz baja, y alejándose hacia el jardín Igualdad, donde estuvieron conversando hasta media noche. De allí fué Tallien en coche de alquiler a la calle de la Belle-Perle. El hombre del garrote se escabulló y no pudimos dar con la calle ni la casa en que entró. Lleva chupa encarnada y blanca con listas anchas. Es rubio y, próximamente, de la edad de Tallien.

»Tallien no salió ayer de su casa hasta las tres de la tarde. Uno de sus confidentes nos ha dicho que, al preguntarle por qué no procuraba ya distinguirse en la Convención, Tallien le respondió que estaba disgustado desde que le habían

censurado el no haber hecho guillotinar bastante gente en Burdeos. Tiene agentes afiliados que le participan cuanto ocurre en los comités. Cuando sale, se hace escoltar por cuatro o cinco hombres que lo siguen a distancia.

»Thuriot, Charlier, Fouché, Bourdon (de l'Oise), Gastón y Breard han estado juntos esta mañana en la Convención, donde conversaron en secreto.

»Bourdon de l'Oise fué visto ayer en la calle, inmóvil, reflexivo e indeciso respecto al punto a que debía encaminarse.

»Tallien ha estado comprando libros esta mañana durante una hora, a un librero del pretil. Miraba constantemente a uno y otro lado con aire inquieto y celoso.»

XVI

Estos partes instruían hora por hora a Robespierre de los pasos que daban sus enemigos. Couthon observaba en su nombre al comité de Salvación pública; David y Lebas al de Seguridad general; Coffinhal al tribunal revolucionario; y Payán a la corporación municipal. Ningún movimiento, ningún síntoma podía escapársele. Las notas escritas de su puño y letra revelan que meditaba constantemente respecto a los caracteres y antecedentes de los hombres a quienes se disponía a anonadar con los comités o a elevar al gobierno. En sus manuscritos secretos traza el catálogo de sus sospechas o de sus confianzas:

«Dubois-Clancé, se lee en una de las notas, se encuentra en el caso de la ley que destierra fuera de París al que ha usurpado títulos de nobleza, despedido como intrigante del ejército de Cherburgo. Ha dicho que debía exterminarse hasta al último vandeano. Fué amigo de Danton y partidario de Orleáns, con quienes estuvo estrechamente relacionado.

»Delmás, antes noble, intrigante gastado, coligado con la Gironda, amigo de Lacroix, afiliado de Danton, tiene relaciones con Carnot.

»Thuriot no fué jamás otra cosa que partidario del de Orleáns. Su silencio desde la caída de Danton está en contradicción con su eterna charla antes de esta época. Agita por debajo de mano

a la Montaña y fomenta las facciones. Concurría a las comidas de Dantón y Lacroix en casa de Guzmán y otros lugares sospechosos.

»Bourdón de l'Oise ha cometido muchos crímenes en la Vendée, donde se ha entregado, en orgías, con el traidor Tunk, al placer de matar soldados con su propia mano. Reúne la perfidia al furor. Ha sido el defensor más entusiasta del sistema del ateísmo. El día de la fiesta del Ser Supremo, ha proferido con este motivo ante el pueblo los sarcasmos más groseros. Hacía observar intencionadamente a sus colegas las muestras de favor que me tributaba el pueblo. Hace diez días que, estando en casa de Boulanger, encontré allí una joven sobrina suya. Tomó dos pistolas que estaban sobre la chimenea, y la joven le advirtió que estaban cargadas, a lo que contestó: «¡Pues bien, si me mato, dirán que me has asesinado y te guillotinarán!» Luego, disparó los tiros a la muchacha, pero no salieron porque se había tenido la precaución de quitar el cebo. Este hombre se pasea constantemente preocupado y su aspecto es el de un asesino que medita un crimen. Parece estar perseguido por la imagen del patíbulo y por las furias.

»Leonardo Bourdón, intrigante despreciado en todos los tiempos, cómplice inseparable de Hebert, amigo de Cloatz. Nada es comparable a las intrigas que pone en juego para aumentar el número de sus pensionistas y apoderarse de los alumnos de la patria. Fué uno de los primeros que introdujeron en la Convención la costumbre de envilecerla con exterioridades indecentes, como las de tener el sombrero puesto y concurrir a ella con traje indecoroso.

»Merlín, famoso por la capitulación de Maguncia, y de quien se sospecha fundadamente que recibió el precio de dicha acción.

»Montaut, antes marqués, trata de vengar la humillación de ejecutoria haciendo constantemente denuncias contra el comité de Salvación pública.»

XVII

En oposición a estos hombres y desconfianzas, inscribía los nombres de los que se proponía llamar para conferirles los grandes cargos de la República. Eran Hermann para la administración; Payán o Julién para la instrucción pública; Fleuriot para la alcaldía de París; Buchot o Fourcade para los negocios extranjeros; d'Albarade para la marina; Jaquier, cuñado de Saint-Just; Coffinhal, Subleyrás, Arthur, Darthé y otras muchas personas humildes, escogidas hasta entre los artesanos, pero llenas de celo, de patriotismo y de virtudes cívicas.

Junto a estos nombres, llovían a centenares las cartas firmadas o anónimas que consagraban a un tiempo al tirano de la Convención la apoteosis o la muerte. Estas cartas revelaban, tanto por el entusiasmo como por las invectivas, la inmensa importancia de aquel personaje que ocupaba solo tantas imaginaciones en la República.

«Tú, que ilustras al universo con tus escritos, dice una de las cartas, llenas el mundo con tu fama; tus principios son los de la naturaleza, tu lenguaje el de la humanidad; devuelves a los hombres su dignidad natural. ¡Segundo creador, tú regeneras el género humano!»

«Robespierre, Robespierre, dice otra, ya se ve; aspiras a la dictadura y pretendes sofocar la libertad. Has conseguido hacer perecer los más firmes apoyos de la República. Así es como Richelieu logró reinar, derramando en el caldoso la sangre de los que se oponían a sus planes. Has sabido anteponer a Dantón y Lacroix, ¿pero sabrás evitar el golpe que mi mano y las de otros veintidós Brutos te preparan? He intentado ya treinta veces sepultarte en el pecho un puñal emponzoñado; pero he querido participar de esta gloria con otros. ¡Te dará muerte una mano que estrecha la tuya y de la que no sospechas!»

«Te he visto, se lee en otra, al lado de Pethión y de Mirabeau, esos padres de la libertad, y sólo tú has quedado ileso en medio de la corrupción, de pie en medio de las ruinas. No confíes más que

a ti solo la ejecución de tus designios. Serás considerado en los siglos futuros como la piedra angular de nuestra constitución.»

«¡Todavía vives, tigre sediento de la sangre de Francia!, dice otra. ¡Todavía vives, verdugo de tu país, pero tu hora se acerca; esta mano, que tu vista extraviada procura en vano descubrir, está levantada sobre ti! Todos los días estoy contigo, y todos los días, a todas horas, busco el sitio en que herirte. Adiós, ¡esta misma noche, mirándote, voy a gozar de tu terror!»

En otro anónimo le decían: «¡Robespierre, columna de la República, alma de los patriotas, capacidad incorruptible, montañés esclarecido que todo lo ves, que todo lo prevés y lo burlas, verdadero orador, verdadero filósofo, a ti, a quien no conozco, como a Dios, sino por las maravillas que haces, la corona y el triunfo te son debidos, mientras el incienso cívico humee ante el altar que te erigiremos, y que la posteridad reverenciara mientras los hombres conozcan el precio de la libertad y de la virtud!»

«¡No podéis escoger momento más favorable—le escribía Payán, su confidente más ilustrado en el ayuntamiento— para herir a todos los conspiradores! Os repito que conviene que informéis extensamente acerca de todos los conspiradores, descubriendo todas las conspiraciones reunidas hoy día en una sola, en la que figuran los fayetistas, los realistas, los federalistas, los hebertistas, los dantonistas y los *bourdonistas*... ¡Trabajad en grande escala!... ¡Esta carta podría perderme, quemadla!»

XVIII

De estas correspondencias públicas distraían al hombre de Estado las privadas, llamándole la atención respecto a las divisiones de su familia: «Nuestra hermana, le escribía su joven hermano, no tiene una sola gota de sangre que se parezca a la nuestra. He sabido y he visto en ella tantas cosas que la considero nuestra mayor enemiga. Abusa de nuestra reputación para imponernos la ley amenazándonos con dar un paso escandaloso que nos perdería. Hay que to-

mar contra ella una resolución: hacedla marchar a Arrás y alejemos de nuestro lado una mujer que es nuestra común desesperación. ¡Quisiera darnos la reputación de malos hermanos!»

«Conviene a vuestra tranquilidad que viva separada de vos, le escribe esta hermana; conviene, según se dice, a la causa pública que no resida yo en París, y debo libertaros de un objeto odioso. Desde mañana podréis entrar en vuestro aposento sin temor a encontrarme. No os ocasione inquietudes mi residencia en París; no quiero envolver a mis amigos en mi desgracia. Sólo necesito algunos días para calmar el desorden de mis ideas, y decidirme respecto al lugar de mi destierro. El barrio que habita la ciudadana Laporte, en cuya casa me hospedo provisionalmente, es el sitio de toda la República en que puedo vivir más ignorada.»

Pero, si a Robespierre no le distraían de la vigilancia a sus enemigos, ni las inquietudes domésticas, ni su extraordinaria indigencia, ni las adoraciones, ni las amenazas, tampoco los comités dejaban dormir sus oídos, ni sus alarmas, ni sus conspiraciones contra él. Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois, Barrere, Vadier, Amar y Elías Lacoste procuraban, acrecentando el terror, prepararse ante la Convención y los jacobinos contra las acusaciones de indulgencia que Robespierre había pretendido hacer recaer sobre ellos. Por otra parte, afectaban presentarlo como única causa de las ejecuciones del tribunal revolucionario, y en sus confidencias lo pintaban como el diezmaador insaciable de sus colegas.

—¡Que nos pida las cabezas de Tallián, Bourdón y Legendre, puede pasar—decía Barrere—; pero las de todos los jefes de la Convención que le ocasionan inquietudes, es demasiado, y no es posible acceder a estas exigencias de sangre!

Se repartían por los bancos la lista de las cabezas pedidas por Robespierre, a fin de excitar por el terror a los que no estaban estimulados por la envidia. Moisés Bayle, miembro influyente del comité de Seguridad general, confesó un día la doblez del comité en sus relaciones con Robespierre.

—Tallián—decía Moisés Bayle—ha

cometido tantos crímenes, que aunque tuviera quinientas mil cabezas, no le quedaría una sola si se le hiciera justicia. El comité tiene las pruebas y los documentos; pero basta que éste se vea atacado por Robespierre, para que guardemos silencio.

Las personas amenazadas por Robespierre recibían avisos del comité, que los enviaba hasta a los que le eran más indiferentes. Se celebraban conciliábulos nocturnos, unas veces en casa de Tallián, y otras en la de Barrás, entre Lacombe, Fréron, Barrás, Tallián, Garnier de l'Aube, Rovere, Thirion, Gufroy y los dos Bourdón, para concertar los medios de despopularizar la fama y detener o prevenir los golpes de Robespierre, de combatir su ambición y de poner de relieve su tiranía. El peligro extremo, el misterio profundo, el cadalso levantado e inminente, daban a esta oposición naciente el carácter, el secreto y la desesperación de una conjuración, cuya alma eran Tallián, Barrás y Fréron. Estos tres diputados, relevados de las misiones que desempeñaban en Burdeos, en Marsella y en Tolón, y amenazados con la cuenta severa que les exigía Robespierre, habían dejado con disgusto la omnipotencia de sus funciones. Procónsules absolutos durante mucho tiempo, árbitros de la vida y de los despojos, no podían resignarse a volver a ser simples diputados y temblar bajo un dominador. El poder dictatorial que habían ejercido en el ejército, el hábito de los combates, el orgullo de las victorias, los servicios prestados a la República, el uniforme que habían llevado al frente de las tropas, imprimían a sus resoluciones un carácter más marcial y activo, porque los campamentos enseñan a despreciar las tribunas. Barrás, Fréron y Tallián desarrollaban en medio de aquellos hombres el germen y núcleo de un partido militar dispuesto a cortar con el sable el nudo de la trama que se urdía en torno suyo. Tallián imprimía desesperación, Fréron venganza, y Barrás aliento a los conjurados. Eran tres hombres de acción, tanto más a propósito para los golpes de mano, cuanto que tenían menos temor a la ley y eran menos escrupulosos ante la libertad. Conspiradores, a la manera de Dantón, olvidando

en las revoluciones los principios para atender sólo a las circunstancias, más amantes de poder y de goces que de instituciones, y deseando salvar a toda costa sus cabezas en vez de llevarlas resignadamente al cadalso, toda su táctica se reducía a obrar, precaver y herir.

LIBRO LIX

Los termidorianos.—El terror aumenta.—Barrere, el Anacreonte de la Guillotina.—Tendencias supersticiosas.—Catalina Theot.—Don Gerle.—Señora de Sainte-Amaranthe.—Señor y señora de Sartines.—Señorita Grandmaison.—Quesvremont.—Trial.—Robespierre en casa de la señora de Sainte-Amaranthe.—Prisión de ésta y de su familia.—La complican en la conspiración del extranjero con Cecilia Renault y Ladmiral.—Los acusados ante el tribunal.—Su condena.—Su ejecución.—Robespierre en el club de los jacobinos.—Tentativa de reconciliación entre los miembros de los comités.

I

Mientras los hombres, llamados más tarde los *termidorianos*, preparaban los medios de destruir por la fuerza la tiranía, los comités ocupábanse con más astucia en comprometer, aislar y asediar a Robespierre ante la opinión pública y la Convención. Para luchar contra la influencia de éste en el club de los jacobinos, era preciso aplicar con rigor y ferocidad la ley terrible del 22 de pradiel, y, por esto, el terror hería ahora a mayor número de culpables, sospechosos e inocentes, a pesar de que Robespierre había resuelto poner coto a las ejecuciones. Fouquier-Tinville, los jurados y los verdugos no eran suficientes para guillotinar al número de víctimas que exigían diariamente los comités. El de Seguridad general, sobre todo, que hasta entonces había estado obscurecido sin ejercer más que un papel secundario, mientras que Robespierre dominaba y eclipsaba todo en el de Salvación pública, se manifestaba insaciable de proscripciones desde que éste se había ausentado, existiendo entre ambos comités una emulación de rigor y de muerte. Vadier, Amar, Jagot, Louis (del Bajo Rin), Voulland, Elías Lacoste, miembros dominantes del comité de Seguridad general, igualaban en vehemencia a Collot-d'Herbois y Billaud-Va-

rennes. La muerte se sazónaba con sarcasmos.

—Esto marcha; la cosecha es buena; las cestas se llenan — decía uno firmando las listas de los que eran enviados al tribunal revolucionario.

—Te he visto en la plaza de la Revolución asistiendo al espectáculo de la guillotina — decía otro.

—Sí — respondía —, me he ido a reír de los gestos que hacen estos malvados.

—Van a estornudar al saco — replicaba un tercero—. Yo asisto con frecuencia a los suplicios.

—Vamos mañana — decía otro más sanguinario—; habrá una soberbia decoración.

Estos hombres iban, efectivamente, a contemplar algunas veces las ejecuciones desde las ventanas de las casas inmediatas. Pródigos de sangre, eran, sin embargo, íntegros de despojos. Billaud-Varennes, muriendo de miseria en Cayena, no tenía que reprocharse el haber hurtado un ochavo a la República diezmada por él.

Vadier, después de haber llegado a una edad muy avanzada, desterrado y mendigando en el extranjero, decía al hijo de uno de los que habían sido enviados al cadalso por él:

—Tengo noventa y dos años; la fuerza de mis opiniones prolongan mis días. No hay en mi vida un solo acto del que me arrepienta, sino es el de haber desconocido a Robespierre, creyéndolo un tirano.

Levasseur, montañés exaltado, proscripto e indigente en Bruselas, exclamaba ante un compatriota suyo que iba a compadecerlo en la vejez:

—Id a decir a los republicanos de París que habéis visto al anciano Levasseur haciéndose él mismo la cama para ayudar a su fiel compañera de ochenta años, y espumando con su propia mano el puchero de habichuelas, único alimento en su miseria.

—¿Y qué pensáis hoy de Robespierre? — le preguntó el joven francés.

—¡Robespierre! — respondió Levasseur—. No pronunciéis ese nombre: éste es nuestro único remordimiento: la Montaña estaba ofuscada cuando lo condenó a muerte.

El viejo Souberbielle hablaba en el lecho de muerte, y se expresaba en igual sentido, exclamando:

—Las revoluciones más sangrientas, son las concienzudas. Robespierre era la conciencia de la Revolución. Lo mataron porque no lo comprendieron.

De este modo se habían confundido en el alma de aquellos hombres la conciencia y la opinión, que hasta después de muchos años, confundían una con la otra, y mostrando sus manos exentas de depredaciones, creían llevar a Dios y a la posteridad una vida sin tacha, orgullosa por la constancia de una teoría fanática, que ni aun la vejez había podido ilustrar o aminorar.

II

Pero algunos de los perseguidores habíanse acostumbrado a la sangre de tal manera, que mezclaban la muerte con las elegancias, las delicias y los desórdenes de su vida. Tan sanguinarios por la mañana como voluptuosos por la tarde, salían de los comités, del tribunal o de la plaza del cadalso para ir a sentarse alrededor de mesas suntuosas, saborear la música y la poesía en palcos con celosías, o respirar, en los jardines inmediatos a París, en compañía de mujeres condescendientes, el olvido de los negocios públicos, la serenidad de la estación, la molicie y la paz. Parecían apresurarse a dar a los goces horas que no habían de tener mañana, y que las facciones podían a cada minuto abreviar. Manejaban el hacha con igual indiferencia contra los enemigos, que la esperaban resignadamente para sí. Aquellas casas de campo se convertían a veces en conciliábulos como los de los dantonistas en Severs.

Barrere, sobre todo, era hombre de refinamiento y elegancia, servidor de la República más que apóstol de la virtud republicana. Le habían llamado el *Anacreonte de la guillotina*, porque en los informes mezclaba hermosas imágenes con los siniestros decretos como flores lívidas sobre sangre. Había amueblado lujosamente, en la aldea de Clichy, una casa de recreo, a donde se retiraba dos veces a la semana para refrescar las

ideas y templar la pluma, y allí era donde, según dicen, preparaba los informes, arteros como su alma, en que sabía dar a su estilo el acento, el tono y las formas de todos los partidos dominantes. Allí era donde llevaba también a los epicúreos de la Revolución, y entre otros al financiero Dupín, famoso por el informe que hizo acerca de los sesenta asentistas generales a quienes había hecho condenar a muerte. Era famoso por su inclinación a los refinamientos gastronómicos. En los festines de Clichy tomaban parte mujeres hermosas y artistas, que se envanecían de tratar con los caudillos de la República. Ligeras como el placer, pero discretas como la tumba, aquellas mujeres lo oían todo, y de nada se acordaban. Amar, amigo particular de Dupín, Voulland, Jagot, Barrás, Frérón, Collot-d'Herbois y hasta el severo Vadier iban a veces a aquella casa para ponerse de acuerdo con Barrere y otros diputados enemigos de Robespierre, encubriendo el pretexto del placer la conjuración. No inspiraban aquellos desahogos sospechas del complot que se iba, sin embargo, anudando.

III

Barrere y sus colegas creíanse obligados a fingir patriotismo cada día más severo para evitar la sospecha de moderantismo, no cesando de inspirar a la Convención los más implacables rigores. Robespierre, por su parte, para conservar el ascendiente en los comités, e intimidarlos con sus acusaciones, creíase obligado a exagerar el tipo del patriota inflexible. Los jacobinos no parecían ya reconocer la pureza revolucionaria sino en el exceso de las sospechas. El que primero de ambos partidos hubiera mitigado el terror, podía estar seguro de sucumbir inmediatamente bajo la acusación de tibieza o de complicidad con los enemigos de la República. Este era el decreto de aquellos últimos tiempos de homicidio político. La situación era tanto más apurada, cuanto más próxima estaba a dar un estallido. El terror, ya no era sólo un arrebató de exaltación, sino una táctica. Cuando menos lo querían, más procuraban fingirlo ambos par-

REVOLUCIÓN 19.—TOMO III

tidos, y la sangre de innumerables víctimas sólo servía para teñir la máscara de esa execrable hipocresía de patriotismo.

Ya se ha dicho que, después de la tentativa de asesinato de Collot-d'Herbois y la sombra de homicidio contra Robespierre, los miembros exaltados de los comités de Seguridad general habían resuelto complicar en la acusación de Ladmiral y de Cecilia Renault a una multitud de supuestos cómplices completamente extraños a los dos acusados. De esta manera aparentaban una solicitud cruel por la vida de Robespierre y una venganza ruidosa de los peligros. Elías Lacoste había terminado el informe con el auxilio de Vadier. Téngase presente que éste había implicado en la acusación a muchos inocentes; que Robespierre se había opuesto con energía a esta parte del informe; que Vadier había resistido con la rudeza de un inquisidor que asegura su presa, y que, degenerando este altercado en riña y violencia, había ocasionado la derrota de Robespierre, sus lágrimas de furor y su retirada definitiva del comité. Tales fueron las circunstancias, las causas secretas y las consecuencias de la doble conspiración que se tramaba, por una parte, en la intimidad de Robespierre, y por otra, en los conciliábulos de ambos comités. El tiempo ha descubierto el enlace de unos sucesos que entonces no parecían presentar ninguna analogía entre sí.

IV

El alma humana necesita lo sobrenatural, porque la razón sola no basta para explicar su triste condición en la tierra; por eso son necesarios las maravillas y los misterios. Estos son la sombra de lo infinito proyectado sobre la mente humana; demuestran lo infinito sin explicarlo.

El hombre trata continuamente de penetrar en esas tinieblas. Todos los pueblos, todas las edades, todas las civilizaciones han tenido misterios, que, pueriles en el pueblo, y sublimes en los filósofos, se remontan desde las sibilas a Platón y se abaten desde éste a los más abyectos charlatanes. Desde que la filo-

sosfía del siglo XVIII había minado las supersticiones de la Edad Media en el espíritu europeo, la pasión de lo sobrenatural había variado, no de naturaleza o credulidad, sino de objeto. Nunca habían fascinado al mundo intelectual mayor número de doctrinas ocultas, de filosofías quiméricas o de teosofías transcendentales. Swedenborg en Suecia, Weishaupt en el Rin, el conde de San Germán, Bergasse, San-Martín en Francia, los francmasones, los rosa-cruz, los iluminados y los deístas, habían fundado escuelas por todas partes, reclutado adeptos e imaginado misterios. Las credulidades rústicas sucedían por doquier a las populares. La Revolución, conmoviendo la imaginación de los hombres, no había aminorado el atractivo instintivo de la humanidad hacia lo maravilloso, sino que, por lo contrario, lo había exaltado hasta el delirio en ciertas almas y hasta en las multitudes. Cuanto más grandes son los acontecimientos, más generales son las catástrofes, y cuanto más trágicos son los destinos, más patente ve el hombre su insuficiencia, creyendo distinguir la mano de Dios moviendo los sucesos, los hombres y las cosas que se agitan, que caen o surgen alrededor de nosotros. De esta disposición del espíritu humano hacia lo sobrenatural, y de este vacío que la desaparición del culto antiguo dejaba en las almas, habíase formado en la sombra una secta religiosa y política, que reclutaba millares de adeptos en la población, ansiosa de novedades.

V

Vivía entonces en un barrio apartado y sombrío de los extremos de París, en la calle de Contrescarpe, una anciana llamada Catalina Theos, o la Madre de Dios. Esta mujer, dominada toda la vida por su propia imaginación, y debilitada, además, por la caducidad de la inteligencia, creía o fingía creer que estaba dotada de los dones sobrenaturales de visión y profecía. Antigua pitonisa de otro Endor, había visto en Robespierre un nuevo Saúl, y lo proclamaba como elegido por Dios. Mostraba en él a sus adeptos el Salvador de Israel, el rege-

nerador de la verdadera religión y el fundador del orden perfecto en la tierra. Un antiguo cartujo, llamado dom Gerle, confundiendo en su cabeza, estrecha y perturbada, el misticismo de su primer estado, con la pasión de una transformación religiosa del mundo, se había relacionado con la profetisa de la calle Contrescarpe, por el incentivo que atraía la curiosidad hacia lo maravilloso. Dom Gerle, que era el primer discípulo de la inspirada, recogía y explicaba sus oráculos, y había instituido una especie de iglesia a donde los fieles acudían en tropel a recibir la iniciación y las revelaciones del nuevo culto. Extrañas ceremonias, lenguaje metafórico, inspiraciones convulsivas, obsesiones del Espíritu Santo, niñas de celestial hermosura, apariciones, cantos, músicas, besos fraternales, y el misterio que envolvía al santuario, daban a esta religión naciente el prestigio del alma y de los sentidos. En todas las comunicaciones sobrenaturales de la sacerdotisa con los neófitos, se proponía la Revolución como el advenimiento del espíritu divino sobre la cabeza del pueblo. Los sacerdotes y los reyes debían desaparecer de la superficie terrestre, y Robespierre era representado en términos claros como el Mesías, religioso y político a un tiempo, que había de regularizarlo y referirlo todo a Dios. El pueblo se apresuraba a iniciarse en esta fe.

VI

Dom Gerle había sido miembro de la Asamblea constituyente, donde había manifestado su inclinación a las creencias místicas, hablando en la tribuna de las supuestas revelaciones de una joven, llamada Susana Labrousse. Estas puerilidades habían sido acogidas con risa general, y la joven, rechazada de París, había ido a profetizar a Roma, donde murió mártir inocente de su fascinación, en los calabozos del castillo de Sant'Angelo. Dom Gerle obstinábase en sostener la verdad de sus visiones. Sentado junto a Robespierre en la Asamblea, y tomando parte en las teorías regeneradoras del diputado de Arrás, no había cesado desde aquella época de mantener con él re-

laciones de familiaridad que llegaban hasta el entusiasmo y el culto. Robespierre recibía con frecuencia al antiguo monje en casa de Duplay con el afecto e indulgencia que un genio superior concede a la credulidad que lo admira. Se perdona fácilmente la superstición de que se es objeto.

Dom Gerle hablaba muchas veces a Robespierre de las profecías de Catalina Theos acerca de su futura grandeza; pero Robespierre no era supersticioso, no profesando otra religión que la lógica, y considerando a la razón tan divina que la proclamaba constantemente como dogma único y como providencia del género humano. El objeto de sus trabajos y el espíritu de sus instituciones eran hacerla reinar sola y sin auxilio en las naciones. Pero fuera que su elevación le comunicara al fin cierta superstición acerca de su persona, fuera que inspirase a los demás, para robustecer su popularidad, un prestigio sobrenatural, o, por último, que quisiera atraerse el favor de aquella parte de la nación que suspiraba por los antiguos templos, permitiéndole esperar la rehabilitación del cristianismo, lo cierto es que toleraba, si no favorecía, las reuniones de Catalina Theos. Era indudable que trataba de adquirir como una de las fuerzas sociales un punto de contacto con el catolicismo y el espíritu religioso. Recibía cartas de la profetisa y de sus adeptos, dictadas, según decían, por el espíritu revelador. Había en la proclamación del Ser Supremo, en los símbolos de esta ceremonia, en los nombres que había dado a Dios y a la naturaleza, semejanzas con los hombres, ceremonias y signos del culto encubierto. Creía el pueblo, con fundamento o sin él, que Robespierre pretendía realizar en su persona un pontificado supremo; que las tentativas de dom Gerle, confidente suyo, eran un ensayo de organización religiosa, y que hacerse iniciar en ellas era adular al dictador en su debilidad o en su ambición. Esta preocupación atraía al cenáculo de la casa de la calle Contrescarpe más neófitos que la fe.

VII

Habitaba a la sazón en uno de los palacios más suntuosos del centro de París, recién edificado por el filósofo Helvecio, una señora joven, de belleza que no habría tenido rival si no hubiera tenido una hija de diez y seis años de edad que competía con ella. Llamábase esta señora madama de Sainte-Amaranthe, y a pesar de titularse viuda de un caballero muerto en las jornadas del 5 y 6 de octubre, defendiendo el aposento de la reina en Versalles, y, a pesar de afectar las maneras, el tono y el lujo de una persona de gran posición, advertíanse en ella, en su origen y en sus hábitos, un misterio y una duda que hacían vacilar la opinión entre la admiración de su belleza, el respeto a sus desgracias y la ambigüedad de su papel en sociedad.

Su casa, por tantos títulos atractiva, había reunido, por la afición a las artes, al juego y a los placeres, desde el principio de la Revolución, a los hombres más eminentes de todos los partidos. Habíanla, sucesivamente, frecuentado los realistas, los constituyentes, los orleanistas, los girondinos, Mirabeau, Sieyès, Pethión, Chapelier, Buzot, Louvet y Vergniaud; las gracias de la señora de Sainte-Amaranthe y la seducción de su talento habían hecho olvidar en torno suyo los matices políticos haciendo desaparecer los abismos entre las opiniones.

Conservaba, sin embargo, apego ostensible a los recuerdos y a las esperanzas de la monarquía; se relacionaba con los realistas de la antigua aristocracia, y tenía en sus salones los retratos del rey y de la reina, no disimulando la veneración que profesaba a estas imágenes proscritas. El prestigio de sus encantos alejaba de ella el peligro. La naturaleza la protegía contra el cadalso.

Acababa de casarse con la hija de la señora de Sainte-Amaranthe un joven de la antigua corte, hijo del señor de Sartines, ministro de la policía de París. Este joven había tenido relaciones con una actriz del teatro italiano, la señori-

ta de Grandmaison, quien, aunque abandonada por su amante, seguía escribiéndole e informándole de los progresos o decaimientos del terror. Conmovido Sartines por tanta constancia, iba de vez en cuando a París, donde visitaba secretamente a su antigua amiga, y se enteraba por medio de ella de los secretos de la política, que la artista lograba arrancar a uno de sus compañeros de escena llamado Trial, patriota fogoso y amigo de Robespierre.

Las esperanzas de clemencia concebidas al proclamarse el Ser Supremo, eran un lazo en que los realistas, los sospechosos y los proscritos se complacían en dejarse coger. En ninguna parte se hablaba más que de la omnipotencia del moderno Cromwell o del nuevo Monk; de sus tentativas para aminorar las persecuciones religiosas; de sus deseos de abolir el cadalso; de su talento para restablecer el orden; y de las ideas reaccionarias de reinado o de restauración de la monarquía que algunos se complacían en atribuirle. Los restos diseminados del partido religioso y del realista consolábanse con estas ilusiones, y la popularidad de Robespierre era mayor, quizá, entonces, en el partido de las víctimas que en el de los verdugos, llegando hasta el extremo de deslumbrar a la señora de Sainte-Amaranthe, que concibió la idea de volver a París y abrir su casa a las fiestas y placeres en medio del luto general. Confiaba en el talento de Robespierre y ardía en deseos de conocerlo, seducirlo y atraerlo a sus opiniones. La señora de Grandmaison, temblando por su amante, le escribió, aunque inútilmente, que la ocasión para regresar a París era mala, que los comités y Robespierre estaban en lucha, y que el hacha de la guillotina vacilaba entre la esperada templanza y el terror más activo. La señora de Sainte-Amaranthe sólo prestó oído a sus ilusiones, y arrastró consigo a París a su hija, a su yerno y a un hijo de quince años.

VIII

Allí fué informándose, por lo que decían algunos amigos, de las disposiciones que suponía en el triunviro, y pudo

muy bien ocurrir que le insinuaran estas ideas los mismos agentes de Robespierre, quien, entonces, por lo incierto de sus esperanzas, procuraba asociar a su nombre hasta a los mismos realistas.

El señor de Quesvremont, antiguamente relacionado con la casa de Orleans y que ambicionaba tener familiaridad con Robespierre, hizo a la señora de Sainte-Amaranthe partícipe de su entusiasmo por el hombre predestinado que, según decía, estaba esperando la hora en que ya estuvieran maduros sus proyectos, y que sólo concedía al terror lo que ya no era permitido arrebatarse. Como era discípulo fanático de Catalina Theos, el señor de Quesvremont habló a la señora de Sainte-Amaranthe del nuevo culto, considerándolo como un profundo pensamiento del restaurador del orden, y le inspiró, así como a la hija y al yerno de ésta, el deseo de iniciarse en el acto que, según aseguraba, había de contribuir a captarse la confianza de Robespierre. La marquesa de Chastenay, ardiente realista y fervorosa iniciada de la *Madre de Dios*, acabó de decidir a la señora de Sainte-Amaranthe a que se afiliase. Sartines, su madre política y su esposa, fueron introducidos de noche en el desván de la *Madre de Dios*, y aquellas dos hermosas realistas recibieron en la frente el ósculo de paz de la caduca sibila, ósculo que tan pronto había de ser para ellas el de la eterna despedida.

Ya porque esta condescendencia fuera una prenda para Robespierre, ya porque le halagaran el deseo y el orgullo el ver a las dos beldades más famosas de París inclinarse ante su genio, o ya, al fin, porque pretendiera procurarse por este medio tender un lazo a los partidos proscritos para asociarlos al orden normal que proyectaba implantar, consintió en celebrar una entrevista con sus dos admiradoras. Trial, artista teatral y amigo común, presentó a Robespierre en casa de la señora de Sainte-Amaranthe, donde fué recibido como dictador que consiente dejar entrever sus designios. Se sentó a la mesa entre un círculo de convidados escogidos por él mismo, y allí respiró el entusiasmo, permitiendo que le reprendiesen blandamente por no abolir inmediatamente el cadalso. Habló co-

mo hombre que volvería contra los únicos culpables la guillotina que todavía continuaba degollando inocentes. Indicó a medias sus propósitos para dejar entrever la esperanza.

IX

Fuera por indiscreción de los de la casa, o por infidelidad de los convidados, el comité de Seguridad general tuvo noticia de estas semiconfidencias. Vadier había logrado ya introducir a uno de sus agentes, Senart, en las reuniones de la *Madre de Dios*, para observar los pensamientos y anotar los nombres de los principales iniciados. Vadier sabía que Robespierre era el ídolo, y lo suponía el instigador. Desde el 26 de pradiar, abrigaba Vadier la sospecha de que éste deseaba atraerse al pueblo por medio de las supersticiones, y halagar a las clases elevadas con presagios de clemencia, y quería patentizar a la vez la ridiculez y la traición de Robespierre; pero no se atrevía a atacar de frente a una persona que rechazaba la sospecha y desconcertaba la agresión, no obstante lo cual abrigaba la esperanza de hacer recaer sobre él una ridiculez superior a su poder. Era, además, una empresa atrevida el demostrar a la Convención que los amigos de Robespierre no eran honrados ni sus sectarios inviolables.

El comité de Seguridad general, concertado en secreto con la mayoría del de Salvación pública y con los conspiradores de la reunión de Tallián, ordenó el arresto de Catalina Theos y de los principales iniciados en las doctrinas de la profetisa, disponiendo también el de la marquesa de Chastenay, del señor de Quesvremont, del señor de Sartines y de toda la familia Sainte-Amaranthe, sin exceptuar al hijo que apenas contaba diez y seis años de edad. También se mandó arrestar a la señorita de Grandmaison y su criado Biret. Se resolvió unir todas esas acusaciones extrañas a otras en el acta que Elías Lacoste redactaba contra Ladmiral y Cecilia Renault, con el nombre genérico y vago de *conspiración del extranjero*. Vadier había sido encargado de redactar el informe preliminar contra la secta de Catalina

Theos, y los comités confiaban en que la malicia de este anciano daría a las puerilidades de dom Gerle los colores sombríos de una conjuración, que, extendiéndose sobre el nombre de Robespierre, le diera un barniz de ridiculez que lo destiñese.

X

Este nombre, que, según todos sabían, estaba oculto en el fondo de aquel asunto, debía resaltar tanto más cuanto menos lo pronunciase Vadier. Robespierre había conocido anticipadamente el tiro; pero el puñal iba encubierto de respeto y no podía tomar francamente la defensa de estos sectarios cuando a él también se le acusaba de querer reanimar las supersticiones para santificar su dictadura. Había intentado hacer aplazar, con pretexto de desprecio, la lectura del informe de Vadier a la Convención; pero éste se mostró inflexible, y vióse obligado a sufrir en silencio los sarcasmos del informante, las sonrisas del auditorio y las insinuaciones maliciosas contra su papel de Mahoma. La ridiculez había empezado a minar aquella terrible reputación, y la sospecha proyectaba ya sombra sobre aquella incorruptibilidad. Los amigos de Robespierre lo habían advertido y avisáronle confidencialmente que se guardara de Vadier, especie de Bruto que fingía rusticidad para disfrazar el odio. «Esforzaos — escribía Payán a Robespierre — por disminuir ante la opinión la importancia que se pretende dar al asunto de Catalina Theos, para convencer al pueblo de que sólo es una puerilidad que no merece otra cosa que la risa y el desprecio de los hombres formales.»

Finalmente, Elías Lacoste hizo poco después el informe del decreto que proponía la remisión al tribunal revolucionario de todos los acusados, y en el que aparecían unidos al asesino Ladmiral y a Cecilia Renault, el padre, la madre, y hasta los hermanos de esta joven, el señor Sartines, las señoras de Sainte-Amaranthe, y de Sartines, el hijo y la hija de ésta, los señores de Laval-Montmorency, de Rohán-Rochefort, el príncipe de Saint-Maurice, los señores de

Sombreuil, padre e hijo, libertados de los asesinos de septiembre, el señor de Pons, Michonis, municipal del Temple, culpable de haberse compadecido de las prisioneras; la señora de Lamartinière, la viuda de Depremenil, la actriz Grandmaison, castigada por amor a Sartines, y hasta el criado de esta última, culpable por haberse interesado por su señora. Unieronse a estos sesenta acusados el portero de la casa en que Ladmiral había pretendido asesinar a Collet-d'Herbois, y la mujer de dicho portero, *culpables ambos*, decía el acusador, *por no haber manifestado bastante alegría cuando fué detenido el asesino.*

XI

Robespierre guardó silencio al oír los nombres de la señora de Sainte-Amaranthe y de su familia, temiendo figurar como protector de los contrarrevolucionarios, pues sabía bien que era su propio nombre el herido, pero lo retiraba para no declararse culpable él mismo; ¡situación deplorable de los hombres que toman la popularidad en vez de la conciencia por árbitro de su política! ¡Se parapetan tras el cuerpo de víctimas inocentes en lugar de escudarse con su valor!

Estos sesenta y dos acusados, supuestos cómplices, vieron por vez primera en el tribunal revolucionario. Ladmiral se mantuvo firme; Cecilia Renault, ingenua e interesante. Pidió perdón a su padre, a su madre y a sus hermanos por haberlos envuelto con su ligereza en la apariencia de un crimen que nunca había concebido, asegurando ante la muerte que su pretendido proyecto de asesinato no había sido más que la curiosidad de ver a un tirano.

Los Montmorency, los Rohán, los Sombreuil conservaron la dignidad de su inocencia y de sus nombres, no desmintiendo ante la muerte la nobleza de su sangre, y muriendo tan valerosamente como sus abuelos habían combatido.

La señora de Sainte-Amaranthe se desmayó entre los brazos de sus hijos. Sartines, al pasar delante de la señorita Grandmaison, regó las manos de la actriz con sus lágrimas, suplicándole que

le perdonara la muerte a que la arrastraba el amor que le profesaba. La esposa, muy superior a su edad por su resignación y a su belleza por su ternura, alegróse de morir con su madre, y con su esposo y hermano, a quienes estrechó alternativamente en sus brazos. Después, abrazó también a todos los demás acusados, incluso a la señorita Grandmaison, asociada a su infortunio por el cruel destino, desapareciendo ante la muerte los celos y las distancias, como si todos los condenados constituyeran una sola familia.

Para impresionar al pueblo con mayor aspecto de culpabilidad, habíase puesto, por primera vez, desde Carlota Corday, a todos estos reos la túnica de lana encarnada, traje de los asesinos, y una escolta de caballería y algunas piezas de artillería cargadas con metralla precedían y seguían a la comitiva, compuesta de ocho carretas. En la primera iban las señoras de Sainte-Amaranthe y de Depremenil, ocupando el primer banco, y la señora de Sartines y la señorita Grandmaison el otro, ¡víctimas ambas de un mismo amor! En la carreta siguiente iban el señor de Sartines y su cuñado, y los señores de Sombreuil, padre e hijo. Otras tres carretas llevaban junto a los Montmorency y Rohán, al pobre y fiel criado de la señorita Grandmaison, Biret, que lloraba, no por él, según decía, sino por su señora. La marcha era lenta, el cadalso distante, el cielo primaveral; la muchedumbre, inmensa. Todas las miradas se dirigían al grupo de mujeres que iban a ser ajusticiadas. Los ardientes reflejos de la túnica roja realzaban la blancura de su garganta y el brillo de su tez, y la multitud embriagábase contemplando aquel esplendor de belleza que iba a extinguirse. Las víctimas se comunicaban mutuamente tristes sonrisas, palabras a media voz, y miradas de conmiseración. Ladmiral se indignaba y compadecía de la suerte de sus supuestos cómplices.

—Ni uno solo de éstos — exclamaba — ha conocido mi proyecto, pues he querido vengar solo a la humanidad.

Y, después, dirigiéndose a Cecilia Renault, que rezaba con fervor, le decía con irónica piedad:

—Habéis deseado ver a un tirano; ¡pues bien, contempladlos! Ahí los tenéis a centenares en vuestra presencia.

La comitiva tardó tres horas en llegar al cadalso. Los condenados menos conocidos fueron guillotinado los primeros; después siguieron Cecilia Renault, la señorita Grandmaison, Ladmiral, la señora de Depremenil, los nobles de la antigua monarquía y el joven Sainte-Amaranthe. La madre y hermana de éste vieron precipitar su cuerpo decapitado en una cesta; su turno iba llegando. Hija y madre se abrazaron dándose un prolongado y último beso, interrumpido por el ejecutor. La cabeza de la hija siguió a la de su joven hermano. La señora de Sainte-Amaranthe murió la penúltima y Sartines el último. Había visto caer en tres cuartos de hora, las cabezas de su querida, de su cuñado, a quien quería como a un hijo, de su madre política y de su esposa. Todos estos sentimientos le habían dado muerte antes que la cuchilla.

Esta carnicería encolerizó al pueblo contra Robespierre, haciendo recaer sobre él el crimen de sus enemigos. No se le creía tan falto de influencia en los comités que no hubiera podido impedir unas ejecuciones que no hubiera deseado; ni se le creía tampoco tan vil que soportara crímenes que reprobara en el fondo de su corazón. Los que confiaban en él se indignaron; los amigos se asombraron y los enemigos cobraron aliento, pues acababa de demostrarles su debilidad. Con esto acrecentaron su ferocidad y lo cubrieron durante cuarenta días con la sangre derramada. El, por su parte, no se atrevía a aprobar ni a rechazar esta repetición de asesinatos, tratando en vano de desprenderse de la responsabilidad del terror, pues la opinión entera la hacía recaer sobre él. ¡Situación cruel, intolerable, pero merecida! ¡Lección eterna dada a los hombres populares sobre quienes la posteridad acumula con justicia todos los crímenes contra los que no se atrevieron a protestar!

XII

En el lenguaje de Robespierre en el club de los jacobinos durante aquellos cuarenta días reflejábase la opresión de

su alma. Era vago, obscuro y ambiguo como la situación en que se encontraba, no pudiendo comprenderse si acusaba a los comités de crueldad o de indulgencia, pues tan pronto censuraba sus abusos como su moderación. Sus palabras de doble sentido amenazaban siempre y nunca herían. Su cólera vacilaba, y no podía vislumbrarse si caería sobre los verdugos o sobre las víctimas. El hombre político que no se atreve a explicar sus proyectos, se capta simultáneamente el odio de ambos partidos.

—Ya es tiempo, ciudadanos — exclamó al fin, pocos días antes de la crisis—, de que la verdad haga oír en este recinto acentos tan libres y enérgicos como los que han resonado en los grandes días de la Revolución. ¿Iremos como los conspiradores a concertar en obscuras guaridas los medios de defendernos contra los esfuerzos de los malvados? Denuncio ante los hombres de bien un sistema que tiende a librar a la aristocracia de la justicia nacional y a perder a la patria hiriendo a los patriotas. Cuando las circunstancias se desarrollen, me explicaré con más claridad; por ahora digo lo bastante para los que comprenden. Nunca podrá nadie impedirme declarar la verdad en el seno de la representación nacional y de los republicanos, porque no está en poder de los tiranos ni de sus sicarios hacer caer mi valor. Difúndanse libelos contra mí; no por eso dejaré de ser el mismo. ¡Si se me obligara a renunciar una de las funciones de que estoy encargado, aun me quedaría la cualidad de representante del pueblo y ésta me bastaría para combatir a los tiranos y conspiradores!

Los tiranos y conspiradores designados aquí vagamente eran Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois, Barrere, Carnot, Leonardo Bourdón, Vadier y todos los miembros de los comités, los cuales no se atrevían a aparecer en el club de los jacobinos desde que Robespierre reinaba solo o iban en silencio para espiar y denunciar sus palabras. Al salir lo acusaban de insinuar al pueblo la existencia de un foco de maquinaciones en la Convención y de predicar la necesidad de una purificación violenta e insurreccional como la del 31 de mayo.

XIII

Algunos días más tarde, Robespierre se explicó más claramente, considerándose como víctima y llamando hacia él el interés y casi la conmiseración de los patriotas.

—Esos monstruos — exclamó — entregan al oprobio a todo hombre cuya austeridad de costumbres e inflexible probidad les atemorizan; pero es preferible que nos retiremos a las selvas a disputarnos así los honores, la fama, y las riquezas en la República. No podemos fundarla más que por medio de instituciones protectoras, las cuales no pueden establecerse sino sobre la ruina de los enemigos, incorregibles, de la libertad y de la virtud. ¡Pero estos malvados no triunfarán — continuó — y será necesario que esos cobardes conjurados renuncien a sus tramas, o nos quiten la vida! ¡Sé que lo intentarán, como lo hacen todos los días; pero el genio de la libertad protege a los patriotas!

Estos acentos apasionaban vivamente al reducido número de jacobinos que se agrupaban en torno suyo todas las noches, los cuales estaban dispuestos a marchar con Robespierre al objeto que les indicara. Se anteponian a su impulso, aspirando abiertamente con impaciencia a una insurrección, conjurando a su dominador a que nombrara los enemigos, y jurara sacrificarlos a su causa. Buonarrotti, Lebás, Payán, Couthón, Fleuriot-Lescot, Hanriot y Saint-Just le reprendían constantemente su contemporización y sus escrúpulos. El pueblo estaba dispuesto a levantarse a su voz y a poner en sus manos el poder y la venganza; pero Robespierre continuaba rechazando la dictadura con inexplicable obstinación. El nombre de faccioso le horrorizaba, alzándose constantemente ante él la sombra de Catilina. Respetaba, decía, en la Convención la patria, la ley y el pueblo. Atentar por la fuerza contra la representación, manifestándose violador de la soberanía nacional que toda su vida había defendido, era, en su concepto, una especie de sacrilegio, y no quería manchar con la usurpación ni

su vida republicana ni su memoria, prefiriendo ser la víctima antes que el tirano de la patria. No hay duda que ambicionaba el poder, pero lo quería dado y no arrebatado, confiando mucho en sí mismo, en la omnipotencia de su palabra y en su inviolabilidad popular. No dudaba que la Convención, por la sola fuerza de la verdad y de la persuasión, le concedería la autoridad que no quería desgarrar disputándola con mano traidora en una sedición, y creyendo que la República reconocería en él la supremacía del talento y de la integridad. Ídolo de la opinión, educado por la opinión, y engrandecido, adulado, deificado durante cinco años por ella, quería que la opinión sola le proclamara la última palabra y el primer hombre de la República.

—Desgraciados de los hombres — decía muchas veces a sus amigos — que reasumen en sí a la patria, apoderándose de la libertad como de un bien que les pertenece. La patria muere con ellos, y las revoluciones que se han apropiado no son más que cambios de servidumbre. ¡No — añadía constantemente —; ni Cromwell ni yo!

XIV

Con este propósito, Robespierre iba lentamente preparando un discurso para pronunciarlo en la Convención, en el que se proponía atacar a sus enemigos, demostrando al pueblo las tramas de éstos y la integridad propia; discurso profundamente estudiado, tan vasto como la República, tan teórico como la filosofía, tan apasionado como la Revolución. Reasumía en él con pluma digna de Tácito el cuadro de todos los crímenes, de todas las corrupciones, de todos los peligros que degradaban, mancillaban o amenazaban a la República, haciendo recaer con alusiones continuas la responsabilidad de los desastres sobre el gobierno y los comités, y pintando retratos tan parecidos y personales de los vicios de la Convención, que sólo faltaba ponerles al pie el nombre de los enemigos. En fin, concluía hablando vagamente de la reforma de las instituciones revolucionarias, sin precisarlas, e in-

vitaba a la Convención a que reflexionara.

Esta conclusión, más imperativa que si él hubiera formulado el decreto de muerte contra sus enemigos, debía arrancar resoluciones más terribles contra los envidiosos, y conferirle poderes más absolutos que él los hubiera deseado. La tiranía tiene pudor, y es preciso también violentarla; lo que se le concede supera siempre a lo que ella se atrevería a pedir.

Este discurso, dividido en dos partes, debía ocupar dos sesiones. En la primera, Robespierre amenazaba sin herir y designaba sin nombrar. En la segunda parte, que reservaba para contestar, en el caso de que alguno tuviera la audacia de contradecirle, desgarraba la nube, estallando como el rayo y estrechando hombre a hombre, y cuerpo a cuerpo a los miembros hostiles de los comités. Precisaba las acusaciones y los crímenes. Nombraba, atacaba, hería, y arrastraba de la tribuna al cadalso a los culpables, dejados hasta entonces en la sombra. Para esto había bosquejado en las notas secretas de su policía los retratos que debían sacar a la vergüenza pública. Armado con estos dos discursos, esperaba Robespierre la lucha confiadamente, y sus adversarios comenzaban a perder aliento. Ninguno tenía suficiente fuerza para luchar cuerpo a cuerpo con el ídolo de los jacobinos, pues se sabía que el pueblo le era fiel todavía; que su ascendiente intimidaba a la Convención, y que, con uno de sus ademanes, podía hacer caer la guillotina sobre todas las cabezas. En tal perplejidad, Barrere insinuaba transacciones; Collot-d'Herbois hablaba de malas inteligencias; y Billaud-Varennes pronunciaba la palabra concordia. Los comités propendían a dejarse vencer por el solo hecho de su ausencia, interviniendo algunos mediadores oficiosos para evitar el rompimiento. Legendre halagaba, siendo Barrás, Bourdón, Frérón y Tallián los únicos que conservaban la acritud de sus odios y avivaban el fuego de la conjuración, fomentado en el último por el amor. Al entrar Tallián una noche en su casa, le entregó un desconocido, en la esquina de la calle de la Perla, una esquela de Teresa Cabarrús.

Esta esquela, que un carcelero seducido había permitido dejar salir de la prisión de los Carmelitas, estaba escrita con sangre, y sólo contenía las siguientes palabras: «Acaba de salir el empleado de policía, que ha venido a decirme que mañana subiré al tribunal, es decir, al patíbulo. Esto se parece muy poco al sueño que he tenido esta noche. Robespierre ya no existía, y las cárceles estaban abiertas... Pero, gracias a vuestra cobardía insigne, pronto no habrá en Francia una persona capaz de realizarlo...»

Cuando el heroísmo está apagado en todas partes, la antorcha del amor lo enciende de nuevo. Tallián respondió lacónicamente: «¡Sed tan prudente como yo seré animoso y tranquilizad vuestra cabeza!»

XV

Los negociadores habían conseguido, mientras tanto, que celebraran una entrevista Robespierre y los principales miembros de ambos comités, los cuales consintieron en reunirse en el de Salvación pública. Couthón, Saint-Just, David y Lebás estaban con Robespierre; los rostros estaban contraídos, los ojos bajos, las bocas mudas; ambos partidos revelaban que al prestarse a una tentativa de reconciliación, temían dejar igualmente traslucir sus ideas. Elías Lacoste expuso los agravios de los comités, diciendo a Saint-Just, a Couthón y a Robespierre:

—Vosotros formáis un triunvirato.

—Un triunvirato — respondió Couthón — no se forma con tres personas que son de una misma opinión; los triunviros usurpan todos los poderes y nosotros, por lo contrario, os los abandonamos.

—De eso precisamente os acusamos — exclamó Collot-d'Herbois —. Retirar del gobierno en tiempos tan azarosos una fuerza como la vuestra, es venderlo y entregarlo a los enemigos de la libertad.

Y, volviéndose después a Robespierre, y adoptando ante él el tono y el gesto teatral de un suplicante, afectó querer arrojarse a sus pies, y agregó:

—Te conjuro en nombre de la patria

y de tu propia gloria, para que te dejes convencer por nuestra franqueza y abnegación. Eres el primer ciudadano de la República, nosotros somos los segundos, y te profesamos el respeto debido a tu honradez, a tu elocuencia y a tu genio. Vuelve a nosotros; pongámonos de acuerdo; sacrifiquemos a los intrigantes que nos dividen, y salvemos la libertad con nuestra unión.

Robespierre mostróse sensible a las protestas de Collet-d'Herbois. Se quejó de las sordas acusaciones que se divulgaban contra su imaginaria dictadura; manifestó completo desinterés del poder; propuso renunciar a la dirección de la sección de policía, cuya dominación se le atribuía, y habló con vaguedad de los conspiradores a quienes, ante todo, era preciso anonadar en la Convención.

Carnot y Saint-Just tuvieron una explicación muy acre con motivo de los diez y ocho mil hombres que el primero había separado del ejército del Norte, que tenía que luchar contra todas las fuerzas de Coburgo, para enviarlos a invadir la Flandes marítima.

—Todo lo queréis usurpar — exclamó Carnot—; desconcertáis todos mis planes; destituís a los generales que están a mis órdenes, y desorganizáis las campañas. Os he dejado el interior, dejadme a mí el campo de batalla; o, si queréis tomarlo como lo demás, cargad también con la responsabilidad de defender las fronteras. ¿Qué será de la libertad si perdéis la patria?

Saint-Just se justificó modestamente, declarando profesar gran deferencia al genio militar de Carnot. Barrere halagó mostrándose conciliador. Sólo Billaud callaba, inquietando con su silencio a Saint-Just.

—Hay hombres — dijo el joven fanático — a quienes, por su carácter sombrío y la palidez de su rostro, Licurgo hubiera desterrado de Lacedemonia.

—Hay hombres — respondió Billaud — que ocultan la ambición bajo la juventud, y representan el papel de Alcibíades para erigirse en Pisistratos.

Al oír esto, dióse Robespierre por aludido y quiso retirarse, pero Roberto Lindet intervino con palabras prudentes y conciliadoras. Billaud afectó desenojar-

se, y, alargando la mano a Robespierre, le dijo:

—Por lo demás, no tengo otra cosa que censurarte que tus incesantes recelos; pero depongo gustoso los que había concebido contra ti. ¿Qué tenemos que perdonarnos? ¿No hemos pensado o hablado siempre del mismo modo en todas las grandes cuestiones que han agitado la República y los consejos?

—Es verdad — confirmó Robespierre—, pero sacrificas al acaso a los culpables y a los inocentes, a los aristócratas y a los patriotas.

—¿Por qué no estás con nosotros para escogerlos?

—Ya es tiempo — añadió Robespierre — de establecer un tribunal de justicia, que no elija, sino que actúe, con la imparcialidad de la ley y no con los azares o los odios de los partidos.

Entablóse luego discusión sobre este punto, poniéndose en juego las cabezas de millares de ciudadanos; Robespierre quería regularizar y mitigar el terror, y los demás lo declaraban más necesario que nunca para exterminar y extirpar los conspiradores.

—¿Por qué has forjado, pues, la ley del 21 de pradiel? ¿Era para darla al olvido?

—No — respondió Robespierre—, sino para amenazar desde lo más alto a los enemigos de la Revolución, sin excepción, y a mí mismo, si alguna vez llegaba a levantar la cabeza sobre las leyes.

Asegúrase que convinieron en hablar detenidamente de la suerte del reducido número de hombres peligrosos que había en la Convención, y de sacrificarlos, si eran culpables, a la seguridad de la República y a la concordia del gobierno, acordándose también que Saint-Just extendiera un informe respecto a la situación de las circunstancias, que apagara la afariencia de discusiones y demostrara a la República que quedaba restablecida la armonía más completa entre los hombres. La reunión se disolvió con síntomas reconciliadores.

LIBRO LX

La reconciliación es falsa.—Deliberación de los conjurados.—Los jacobinos y los seccionarios eligen a Robespierre por jefe y por divisa.—Síntomas de un nuevo 31 de mayo.—Primeros días de termidor.—Robespierre permanece aislado.—Su peregrinación a la ermita de Juan Jacobo Rousseau.—El 7 de termidor.—El 8 de termidor.—Robespierre lee un discurso en la Convención.—La Asamblea niega la impresión.—Robespierre en el club de los jacobinos.—Lee el discurso rechazado por la Convención.—Su testamento de muerte.—Agitación.—Manifestaciones tumultuosas.—Payán propone suprimir los comités.—Saint-Just en el comité de salvación pública.—Escena violenta.—Collot d'Herbois y Saint-Just.—Los conjurados se aperciben para la crisis del día siguiente.—Carta de Teresa Cabarrús a Tallián.—Respuesta de Tallián.—Indecisión de los diputados de la Llanura.—No se dejan arrastrar por los conjurados.—9 de termidor.—Los jacobinos se preparan para los sucesos del día.—Colfinhal, Fleuriot, Payán, Henriot.—Sesión de la Convención.—Collot d'Herbois presidente.—Saint-Just en la tribuna.—Es interrumpido por Tallián.—Billaud-Varennes denuncia los proyectos de los jacobinos contra la Asamblea.—Prolongada agitación.—Ataca a Robespierre.—Es vivamente aplaudido.—Robespierre se lanza a la tribuna.—Clamores de la Montaña.—Tallián quita la palabra a Robespierre y pide la prisión de Henriot, y la permanencia de la sesión.—Estas proposiciones son aprobadas por aclamación.—Barrere sube a la tribuna y se pronuncia contra Robespierre.—Vadier sucede a Barrere.—Robespierre no puede hacerse oír.—Baja de la tribuna.—Es rechazado de todos los bancos.—Voces.—Tumulto.—Se decreta la acusación de Robespierre.—Robespierre el joven, Couthón, Saint-Just y Lebas participan de su suerte.—Los acusados son conducidos a la barra.—Suspende la sesión.—Los acusados son enviados a la prisión.—Ejecuciones.—Roucher, Andrés Chenier.

I

Los síntomas de reconciliación que acababan de manifestarse en la última entrevista de Robespierre y el comité de Salvación pública eran falsos, y apenas Fouché, Tallián, Barrás, Frerón, Bourdon, Legendre y sus amigos tuvieron noticia de aquellas tentativas de paz, comprendieron que sus cabezas serían el precio de la concordia.

—Una vez cedidas nuestras cabezas—dijeron a Billaud-Varennes, a Collot y a Vadier—, ¿qué tendréis que defender? ¡Las vuestras! La tiranía no se disfraza sino para poder echarse sobre vosotros sin ser vista. Después que le hayáis concedido las cabezas de vuestros únicos defensores en la Convención, la ambición de Robespierre tomará incremento sobre

nuestros cadáveres y os herirá a vosotros con el arma que le habéis prestado.

Billaud, Collot y Vadier estaban muy ilustrados por el odio para no comprender estos peligros, y juraron que no se concedería la cabeza de ningún miembro de la Convención. Las entrevistas secretas entre los representantes amenazados y los miembros de ambos comités fueron haciéndose más frecuentes y misteriosas, deliberándose de día y conspirando de noche. La perdición de Robespierre era discutida a algunos pasos de su casa, en la de Courtois, bastante animoso para prestar su aposento a los conjurados, y a quien también halagaban con la idea de querer suprimir el terror.

II

Los confidentes de Robespierre, por su parte, le insinuaron que aquella tendencia a la concordia era un lazo que le tenían los comités.

—Se humillan porque tiemblan — le decían—. Si tu silencio los ha abatido, ¿qué sucederá cuando te levantes para acusarlos? Pero, si aceptas hoy la fingida reconciliación con ellos, ¿de qué podrás acusarlos sin aparecer tú como cómplice? Si te conceden los enemigos más insignificantes y desacreditados, es para defender a los más peligrosos y arteros. Ofréceles el combate diariamente en la tribuna de los jacobinos; si no lo admiten, los acusará y deshonrará la cobardía, y, si lo aceptan, el pueblo combatirá a tu lado.

Saint-Just, impaciente por las temporizaciones de Robespierre, marchóse de repente por quinta vez al ejército de Sambre y Mosa.

—Quiero hacerme matar—dijo a Couthón—. No resta ya a los republicanos otro lugar que la tumba.

Couthón entonces vociferaba mucho en el club de los jacobinos.

—La Convención — decía — está dominada por cuatro o cinco malvados. En cuanto a mí, declaro que no me subyugarán. Cuando decían que Robespierre se debilitaba, pretendían que yo también estaba paralizado; pero les demostraré que todavía conserva mi corazón toda su fuerza.

Los jacobinos y los seccionarios, Pa-yán, Fleuriot, Dobsent, Coffinhal, sobre todo, Hanriot y su estado mayor hablaban en voz alta de un ataque a mano armada contra la Convención.

—Si Robespierre no quiere ser nuestro jefe — decían los municipales —, su nombre será nuestra bandera. Debemos hacer violencia a su desinterés o que perezca la República. ¿Dónde está Danton? Ya habría salvado al pueblo. ¿Por qué ha de ser la virtud más escrupulosa que la ambición? El desinterés que pierda la libertad es más culpable que la ambición que la salva. ¡Ojalá — añadían — tuviera Robespierre la sed de poder de que le acusan! La República necesita ambiciosos y Robespierre no es más que un sabio.

III

Estas palabras, que resonaban constantemente en los oídos de Robespierre; la fermentación progresiva de que era testigo en el club de los jacobinos; los partes secretos de los espías que seguían a tientas las huellas de un tenebroso complot en la Convención; los síntomas de un nuevo 31 de mayo que se advertían en el ayuntamiento; el temor de que la insurrección sin jefe ni límites, estallara de pronto, arrastrando a la Convención, que él consideraba como el centro único de la patria, decidieron al fin a Robespierre a hablar, prefiriendo dar la batalla en la tribuna, con riesgo de su caída, antes que combatir al frente de un pueblo insurreccionado, exponiéndose a mutilar la representación nacional. Sólo contó con Saint-Just, con su hermano y con Lebás, para auxiliarle en la crisis o morir con él.

Nada revelaba que Robespierre tuviera un gran proyecto. Exceptuando cuatro o cinco hombres del pueblo, armados ocultamente, a quienes, sin saberlo él, habían encargado los jacobinos que lo siguieran, para que lo guardasen, su comitiva era la del más humilde ciudadano. Nunca había afectado más sencillez ni más modestia en las costumbres. Se aislaba cada día más, absorbiéndose, al parecer, en los goces contemplativos de la naturaleza, ya para

consultar, como Numa, el oráculo en la soledad, ya para saborear los últimos días de vida que el destino incierto le dejaba. No iba ya a los comités, se presentaba raras veces en la Convención y ni asistía con exactitud al club de los jacobinos. Su puerta sólo se abría a cierto número de amigos; ya no escribía; leía mucho, y parecía estar entregado al desencanto de la imaginación. Hubiérase dicho que se le había colocado en el estado de quietud filosófica a que los hombres, en la víspera de las grandes catástrofes, se entregan a veces para dejar obrar sólo al destino y ver desarrollarse los sucesos. Una expresión de desaliento amortiguaba sus miradas, comúnmente muy penetrantes, y embotaba sus facciones, por lo regular muy pronunciadas. Un acento de tristeza dulcificaba el sonido de su voz; evitaba encontrarse con las hijas de Duplay, especialmente con la que debía casarse después de la borrasca. Ya no hablaba de la perspectiva de una vida humilde en el campo, después de que contrajera matrimonio; el horizonte, al acercarse, se había oscurecido; había mucha sangre derramada entre la felicidad y él. La dictadura terrible o el patíbulo solemne eran las únicas imágenes en que podía fijarse en adelante, y procuraba desvanecerlas en los primeros días de terror, haciendo largas correrías por las inmediaciones de París. Acompañado de un confidente o solo, vagaba días enteros bajo los árboles de Meudón, de Saint-Cloud, o de Viroflay, pareciendo que, al alejarse de París, por donde rodaban las carretas llenas de víctimas, trataba de poner límites entre el remordimiento y la imaginación. Comúnmente llevaba a estas excursiones un libro que solía ser de algún filósofo como Rousseau, Raynald, Bernardino de Saint-Pierre, o algunos poetas sentimentales, como Gesner y Young, ¡extraño contraste entre la dulzura de las imágenes, la serenidad de la naturaleza y la aspereza del alma! Meditaba como filósofo cuando se desarrollaban escenas de muerte y dictaba proscripciones como Mario.

IV

Cuéntase que el 7 de termidor, víspera del día en que Robespierre esperaba a Saint-Just, y en que había resuelto jugarse la vida contra la restauración de la República, fué por última vez a la ermita de Juan Jacobo Rousseau, lindante con el bosque de Montmorency. ¿Iba por ventura a buscar inspiraciones políticas bajo los árboles a cuya sombra el maestro había escrito el *Contrato social*, código de la democracia? ¿Iba a tributar al filósofo espiritualista el homenaje de la vida que intentaba dar por su causa? Nadie lo sabe. Se asegura que pasó horas enteras con la frente entre las manos, apoyado en la rústica pared que circunda al pequeño jardín. Su rostro tenía el aspecto del suplicio y la lividez de la muerte. ¿Fué aquello la agonía del remordimiento, de la ambición o la del desaliento? Robespierre tuvo tiempo de abarcar con una sola y postrer mirada su pasado, su presente, su porvenir, el del pueblo y la suerte de la República. Si murió de angustia, de arrepentimiento y ansiedad, fué en aquella meditación silenciosa.

V

La intención recta al principio; el sacrificio voluntario hecho al pueblo, que, según él, representaba la porción oprimida de la humanidad; el interés apasionado por una revolución que diera libertad a los oprimidos, igualdad a los humillados, fraternidad a la familia humana, razón a los cultos, trabajos infatigables realizados para merecer un puesto distinguido entre los principales artífices de aquella regeneración; crueles humillaciones sufridas con resignación en su nombre, en su talento, en sus ideas y en su fama, para salir de la obscuridad a que le confinaban las superioridades de Mirabeau, de Barnave y de Lafayette; la popularidad conquistada palmo a palmo y siempre menoscabada por la calumnia; el retiro voluntario entre las clases más humildes del pueblo; la vida gastada en toda clase de privacio-

nes; la indigencia, que sólo le permitía partir con su familia, más indigente aún, el pedazo de pan que la nación daba a los representantes; la misma virtud erigida en acusadora suya; el desinterés, calificado de hipocresía por los que eran incapaces de comprenderlo; el triunfo, en fin; el trono derribado; el pueblo emancipado; su nombre unido a las victorias y a las bendiciones de la multitud; pero la anarquía desgarrando al momento el seno del pueblo; rivales indignos, tales como Hebert y Marat, disputándole la dirección de la Revolución y encaminándola a la ruina; la impía lucha de venganzas y crueldades, entablada con sus rivales disputándose el imperio de la opinión; sacrificios culpables hechos con repugnancia, pero durante tres años, a la popularidad que había querido nutrirse con sangre; la cabeza del rey, pedida y obtenida; la de la reina; la de millares de vencidos sacrificados después del combate; los girondinos guillotizados a despecho del aprecio que le merecían sus principales oradores; Dantón, su altivo émulo, y Camilo Desmoulins, su joven discípulo, entregados al pueblo por una sospecha, para que en boca de los patriotas no anduviera ya más nombre que el suyo; la omnipotencia, en fin, obtenida sobre la opinión, pero a título de conquistarla constantemente por medio de nuevos sacrificios; el pueblo no queriendo ya por legislador supremo más que un acusador; aspiraciones a la clemencia rechazadas por la necesidad de seguir sacrificando; las cabezas pedidas o entregadas a la necesidad de cada día; la victoria tal vez por la mañana, pero nada resuelto en la mente para consolidarla y utilizarla; ideas confusas, contradictorias; el horror a la tiranía y la necesidad de la dictadura; planes imaginarios llenos del alma de la Revolución, pero sin organización para establecerlos, sin apoyo ni fuerza para hacerlos duraderos; palabras en vez de instituciones; virtudes en los labios y sentencias en la mano; el pueblo frenético; la Convención servil; los comités corrompidos; la República descansando en una sola cabeza; una vida odiosa; una muerte estéril; una memoria indecisa; un nombre fu-

nesto; el grito de sangre imposible de acallar, resonando en la posteridad contra él; todos estos pensamientos asaltaron indudablemente el alma de Robespierre durante aquel examen de sus ambiciones. No le quedaba ya más que un recurso, y era el de ofrecerse como ejemplo a la República, denunciar al mundo a los hombres que corrompían la libertad, morir combatiéndolos, y legar al pueblo, si no un gobierno, al menos una doctrina y un mártir. Es evidente que se forjó esta postrer ilusión; pero sólo fué una ilusión. La intención era sublime, y el valor grande, pero la víctima no era todavía bastante pura para sacrificarse. ¡Eterna desgracia de los hombres que se han manchado con la sangre de sus semejantes, es la de no poder lavarse ni aun con la sangre propia!

VI

Saint-Just, vuelto ya del ejército, había ido varias veces durante la noche a conferenciar con Robespierre, y, cansado de esperararlo, se presentó, lleno todavía de polvo, al comité de Salvación pública. El silencio lúgubre y la observación llena de inquietud con que lo habían acogido, le convencieron de que no cabía ya reconciliación en los ánimos y de que los corazones albergaban la muerte. Dícese que al día siguiente Saint-Just confirmó a Robespierre en la idea de dar el último golpe. Los comités, por su parte, esperaban un ataque inminente, y sus miembros, que se apercebían para él, conociendo la importancia del presidente en una asamblea donde puede a voluntad sostener o desarmar al orador, habían hecho elegir a Collot-d'Herbois para que presidiera la Convención.

Robespierre volvió a leer y, verosíblemente, corrigió su discurso muchas veces. Al salir de casa, se despidió de sus patrones con semblante más conmovido que de ordinario. Sus amigos, Duplay y sus hijas se agruparon en torno suyo, llorando.

—Vais a exponeros hoy a grandes peligros — le dijo Duplay —; permitid que os acompañen algunos amigos y llevad armas.

—No — respondió Robespierre —, mi nombre me protege y voy armado con los sufragios del pueblo. Por otra parte, la mayoría de la Convención es honrada, y nada tengo que temer en medio de la representación nacional, a la que no quiero imponer sino inspirar la salvación.

Iba vestido con el mismo traje que llevó a la ceremonia de la proclamación del Ser Supremo, afectando el decoro que había intentado introducir en las costumbres, como si deseara que el pueblo lo reconociese en aquel traje como su bandera viviente. Lebas, Couthon, Saint-Just y David, habían ido a la sesión antes que él. El número de diputados era mayor que de ordinario, y las tribunas estaban ocupadas por los jacobinos. Al entrar Robespierre pidió la palabra; su presencia en la tribuna, cuando llevaba el secreto y la suerte de la situación en el pensamiento, era un acontecimiento notable. Los conjurados, sorprendidos al verlo, se apresuraron a bajar de los asientos para avisar a los miembros de los comités y a los amigos esparcidos por los jardines y las salas, trayéndolos precipitadamente a la sala. Precedió al discurso un profundo silencio, sin duda porque las multitudes tienen inmensos presentimientos.

VII

En aquel momento, Robespierre parecía ocultar premeditadamente el rostro en una nube y contener la explosión de su pensamiento, durante tanto tiempo oculto. Arrollaba lentamente el manuscrito entre las manos como arma con la que iba a exterminar a los enemigos. De esta manera indicaba que su cólera era meditada y que había pensado las palabras que iba a pronunciar. He aquí este discurso, que reproducimos con cierta extensión, porque conviene tener conocimiento de unas palabras que resumían toda la situación, y que ocasionaron un cambio tan notable:

«Ciudadanos, dejaré que otros os pinten cuadros halagüeños; yo vengo a decir os verdades útiles. No vengo a describir terrores ridículos divulgados por la perfidia, sino a ahogar, si es posible, las teas de la discordia con la sola fuerza de

la verdad. Voy a defender ante vosotros vuestra autoridad ultrajada y la libertad violada. También me defenderé a mí mismo, y esto no os producirá sorpresa, porque no os parecéis a los tiranos que combatís. Los clamores de la inocencia ultrajada no importunan vuestros oídos, ni ignoráis que esta causa no es extraña a vosotros.

»Las revoluciones que hasta ahora transformaron la faz de los imperios, sólo tuvieron por objeto un cambio de dinastía, o la trasmisión del poder de una a muchas manos. La Revolución francesa es la primera que se ha fundado en la teoría de los derechos de la humanidad y en los principios de la justicia. Las demás revoluciones no exigían más que ambición; para la nuestra se necesitan virtudes. La Revolución se ha deslizado, digámoslo así, entre todas las agrupaciones políticas; pero, como ha encontrado el poder de éstas organizado en torno suyo, no ha cesado de ser perseguida desde que nació en la persona de los hombres de buena fe que han combatido por ella.

»Los amigos de la libertad procuraron derribar el poder del tirano por la fuerza de la verdad; los tiranos pretenden destruir a los defensores de la libertad por la calumnia, y dan el nombre de tiranía al mismo ascendiente de los principios de la verdad. En cuanto este sistema prevalezca, no habrá esperanza para la libertad, porque, por la naturaleza misma de las cosas, existe una influencia en cualquier lugar donde haya hombres reunidos, sea la de la tiranía, sea la de la razón. Cuando ésta se proscribiera como crimen, la tiranía reina; y, cuando los buenos ciudadanos son condenados al silencio, necesariamente dominan los malvados.

»Necesito desahogar aquí mi corazón y vosotros necesitáis también oír la verdad.

»¿Cuál es el fundamento del odioso sistema de terror y de calumnia que lanzan contra mí? ¡Yo, temible a los patriotas! ¡Yo, que los he arrancado de manos de las facciones conjuradas en su contra! ¡Yo, que los disputo diariamente, por decirlo así, a los intrigantes hipócritas que se atreven todavía a oprimirlos!

¡Yo, temible a la Convención nacional! ¿Y qué soy yo sin ella? ¿Quién la ha defendido con riesgo de la vida? ¿Quién se ha sacrificado por su conservación cuando execrables facciones trataban de arruinarla a la faz de Francia? ¿Quién se ha sacrificado por su gloria cuando los viles sostenedores de la tiranía predicaban en nombre de ésta el ateísmo, cuando tantos otros guardaban silencio respecto a los delitos de sus cómplices, y, al parecer, sólo esperaban la señal de matanza para bañarse en la sangre de los representantes del pueblo? ¿Y a quién destinaban los primeros golpes los conjurados? ¿Cuáles eran las víctimas designadas por Chaumette y Ronsín? ¿A qué lugar debía dirigirse preferentemente la gavilla de asesinos después de abrir las cárceles? ¿Cuál es el objeto de las calumnias y de los atentados de los tiranos armados contra la República? ¿No hay ningún puñal para nosotros en el cargamento que Inglaterra envía a Francia y a París? ¡A nosotros es a quienes asesinan y nos pintan temibles! ¿Cuáles son, pues, esos grandes actos de severidad que se nos atribuyen? ¿Cuáles han sido las víctimas? Hebert, Ronsín, Chabot, Dantón, Lacroix, Fabre d'Eglantine y algunos otros cómplices. ¿Se nos hacen ahora cargos porque los hemos castigado? ¡Nadie se atreva a defendernos! ¡No, no hemos sido demasiado severos; dígalo la República, que respira aún!

»¿Somos nosotros quienes hemos encerrado en los calabozos a los patriotas, y sugerido el terror a todas las clases? Son los monstruos a quienes hemos acusado. ¿Somos nosotros quienes, olvidando los crímenes de la aristocracia y protegiendo a los traidores hemos declarado la guerra a los ciudadanos pacíficos, y calificado de crimen las preocupaciones incurables o cosas indiferentes, para encontrar en todas partes culpables, y hacer a la Revolución temible al pueblo mismo? Son los monstruos a quienes hemos acusado. ¿Somos nosotros los que en busca de antiguas opiniones hemos guillotinado la mayor parte de la Convención nacional? Son los monstruos a quienes hemos acusado. ¿Se habrá dado ya al olvido que somos nosotros los que

nos hemos interpuesto entre los monstruos y los verdugos?

»Tal es, sin embargo, el fundamento de los proyectos de dictadura y de atentados que se atribuyen a la representación nacional. ¿Por qué especie de fatalidad se ha hecho recaer repentinamente tan grande acusación sobre uno solo de los miembros de la Convención? ¡Extraño proyecto es el de hacer que la Convención se degüelle individualmente con sus propias manos, para abrirle el camino del poder absoluto! Examinen otros lo que hay de ridículo en esas inculpaciones; a mí me incumbe ver más su atrocidad. Al menos daréis cuenta a la opinión pública de vuestra horrorosa tenacidad en llevar adelante el proyecto de degollar a todos los amigos de la patria, monstruos, que tratáis de arrebatarle el aprecio de la Convención nacional, premio el más glorioso de los trabajos, que no he usurpado ni sorprendido, sino que he tenido que conquistar! ¡Ser objeto de terror para lo que se reverencia y ama, es para una persona sensible y honrada el más horroroso de los suplicios! ¡Hacérselo experimentar, es el mayor de los crímenes!

»Suponía la Convención que la Montaña estaba amenazada, porque algunos de los que se sientan en esa parte del salón se creían en peligro, y para interesar en la misma causa a toda la Convención nacional, se sacaba a luz la cuestión de los sesenta y dos diputados detenidos, atribuyéndome sucesos que me eran completamente extraños. Se decía que yo quería perder la otra parte de la Convención nacional, designándoseme aquí como el principal persecutor de los sesenta y dos diputados detenidos, y acusándoseme allí de defenderlos.

»¡Ah! Ciertamente, cuando, con peligro de ofender a la opinión pública, libraba yo solo de una decisión precipitada a aquellos cuyas ideas me habrían conducido al patíbulo si hubieran triunfado; cuando en otras ocasiones, me oponía a todos los furiosos de una agrupación hipócrita para reclamar los principios de estricta equidad en favor de los que me habían juzgado con demasiada precipitación, estaba muy lejos de pensar que se llegara a pedirme cuenta de tal conduc-

ta, pero más distante me encontraba aún de creer que se me acusaría algún día de ser el verdugo de aquellos en favor de quienes he cumplido los deberes más indispensables de la honradez, y el enemigo de la representación nacional, a la que he servido resueltamente.

»Produce, sin embargo, esta palabra *dictadura*, efectos mágicos. Mancilla la libertad; envilece el gobierno, destruye la República y degrada todas las instituciones revolucionarias que son obra de un hombre solo. Hace odiosa la justicia nacional, que presenta como instituida por la ambición de una sola persona, y concentra en un solo punto todos los odios y todos los puñales del fanatismo y de la aristocracia.

»¡Qué uso tan terrible han hecho los enemigos de la República del nombre de una magistratura romana! Y si tan fatal nos es su erudición, ¿qué diremos de sus intrigas? No hablo de su ejército; pero séame permitido enviar al duque de York y a todos los escritores monárquicos las patentes de esa dignidad, ridícula que han sido los primeros en conferirme. ¡Hay demasiada insolencia por parte de unos reyes, que no tienen seguridad de poder conservar sus coronas, en arrogarse el derecho de distribuir las a otros!

»Me llaman tirano... ¡Si lo fuera, se arrastrarían a mis pies, los henchiría de oro; les garantizaría el derecho de cometer toda clase de crímenes y me estarían agradecidos! ¡Si lo fuera, los reyes a quienes hemos vencido, lejos de denunciarme el interés que se toman por nuestra libertad, me prestarían su apoyo, transigiría con ellos! Se llega a la tiranía con la ayuda de los bribones. ¿Adónde se dirigen los que los combaten? A la tumba o a la inmortalidad. ¿Cuál es el tirano que me protege? ¿Cuál es la agrupación a que pertenezco? Sois vosotros mismos. ¿Cuál es el partido que desde el principio de la Revolución ha exterminado y hecho desaparecer a tantos traidores insignes? Sois vosotros, es el pueblo, son los principios. Esa es la agrupación política a que pertenezco y contra la que están ligados todos los crímenes.

»La verdad tiene, indudablemente, poder, cólera y despotismo, tiene acentos interesantes, terribles, que resuenan así

en los corazones puros como en las conciencias culpables, y que no es a la mentira menos imposible remedarlos, que a Salmoneo imitar los rayos del cielo.

»¿Quién soy yo, a quién se acusa? Un esclavo de la libertad, un mártir viviente de la República, y una víctima al mismo tiempo que un enemigo del crimen. Todos los malos me ultrajan; las acciones más indiferentes, las más legítimas en otros, son delitos en mí; basta que cualquiera me conozca para que sea blanco de la calumnia. Se perdonan los crímenes de otros, y se atribuye mi celo a delito. Arrebatadme la conciencia y será el más desgraciado de los hombres.

»¿Cuando las víctimas de su perversidad se quejan, ellos se disculpan diciendo: *Robespierre lo quiere, nosotros no podemos dejar de obrar así*. Los infames discípulos de Hebert hablaban del mismo modo cuando los denunciaba; se titulaban amigos míos y después me declararon convencido de moderantismo: la misma especie de contrarrevoluciones es la que sustenta todavía la persecución contra el patriotismo. ¿Hasta cuándo estarán a merced de estos hombres el honor de los ciudadanos y la dignidad de la Convención nacional? Pero lo que acabo de citar no es más que una rama del sistema de persecución más vasto de que soy objeto... Desarrollando la acusación de *dictadura* puesta a la orden del día por los tiranos, se han consagrado a atribuirme todas las iniquidades, todos los agravios de la fortuna y todos los rigores exigidos por la salvación de la patria. Se ha dicho a los nobles: *El os ha proscrito*; al mismo tiempo que se decía a los patriotas: *Quiere salvar a los nobles*; se aseguraba a los eclesiásticos: *Él es el único que os persigue; a no ser por él estaríais tranquilos y triunfadores*; se afirmaba a los fanáticos: *Él es quien destruye la religión*, y se decía a los patriotas perseguidos: *Él es quien lo ha mandado o quien no lo quiere impedir*. Lanzaban contra mí a todos los agravios por causas que no estaba en mi mano el remediar, diciéndoles: *Vuestra suerte depende sólo de él*. Este sistema se iba propagando por gentes apostadas en los parajes públicos, hasta en la sala de sesiones del tribunal revolucionario,

y en los lugares en que los enemigos de la patria espían sus crímenes. *Estos condenados, decían, son, realmente, dignos de lástima; ¿quién es la causa de esta desgracia? Robespierre*. Se han dedicado especialmente a probar que el tribunal revolucionario era un *tribunal de sangre* creado por mí solo, y al que yo dominaba absolutamente para hacer degollar a todas las personas de bien, juntamente con todos los bribones: querían suscitar contra mí enemigos de todas especies. Este grito resonaba en todas las cárceles.

»A cada uno de los diputados que han vuelto de los departamentos donde desempañaban alguna comisión, se ha dicho que yo había provocado su llamamiento, repitiéndoles fielmente todo lo que yo había dicho y todo lo que no había dicho. Después de fraguar esta tempestad de odios, de venganza, de terror y de amor propio irritado, creyóse que ya era tiempo de hacerla estallar. Pero, ¿quiénes eran los calumniadores?

»Puedo responder que los autores de este plan de calumnia son, primero, el duque de York, Pitt y todos los tiranos que nos hacen la guerra. ¿Quiénes más?...

»¡Ah! No me atrevo a nombrarlos en este momento ni en este lugar, no puedo decidirme a rasgar del todo el velo que cubre ese profundo misterio de iniquidades; pero lo que puedo asegurar positivamente es, que, entre los autores de ese plan, poderoso sistema de corrupción y extravagancia inventado por el extranjero para perder la República, se cuentan los apóstoles del ateísmo y de la inmoralidad a que sirve de base.

»La tiranía sólo había pedido a los hombres los bienes y la vida; éstos nos pedían hasta la conciencia, presentándonos con una mano todos los males, mientras con la otra nos arrebataban la esperanza. El ateísmo, acompañado de todos los crímenes, sumía al pueblo en el luto y en la desesperación, y hacía cargar a la representación nacional con las sospechas, el desprecio y el oprobio. Justa indignación, reprimida por el terror, fermentaba en los ánimos; erupción terrible, inevitable, agitábase en las entrañas del volcán, mientras que algunos mezquinos filósofos jugaban estúpida-

mente en la cumbre de sus posiciones con los malvados. La situación de la República era tan crítica, que ora sometiese el pueblo al yugo de la tiranía, ora lo sacudiera con violencia, la libertad se perdía de todos modos; porque con la reacción hubiera herido de muerte a la República, y por la paciencia se hubiera hecho indigno de ella. Por eso, de todos los prodigios de la Revolución, el que menos comprenderá la posteridad será el de haberos evitado correr ese riesgo. ¡Gracias infinitas os sean dadas, habéis salvado la patria! ¡vuestro decreto del 18 de floreal es toda una revolución! Habéis herido con el mismo golpe el ateísmo y el despotismo sacerdotal; habéis anticipado medio siglo la hora fatal de los tiranos; habéis unido a la causa de la Revolución todos los corazones honrados y generosos, y le habéis mostrado al pueblo todo el esplendor de su celestial belleza. ¡Oh! ¡Día para siempre afortunado fué aquel en que todo el pueblo francés se levantó unánime a rendir al autor de la naturaleza el único homenaje digno de El! ¡Qué conjunto más interesante el de todos los objetos que pueden encantar la vista y el corazón de los hombres! ¡Ser de los seres! ¿El día en que el universo salió de tus manos omnipotentes, brilló con luz más halagüeña para ti que el en que, rompiendo el yugo del crimen y del error, compareció ante tu presencia digno de tus miradas y de tus destinos?

»Este día había dejado en Francia una impresión profunda de tranquilidad, de dicha, de sabiduría y de bondad; pero, cuando el pueblo, ante quien desaparecían todos los crímenes privados, volvía a entrar en sus hogares, los intrigantes reanudaron su papel de charlatanes. Desde entonces se los ha visto agitarse con nueva audacia y procurar castigar a todos los que habían desconcertado la más peligrosa de todas las tramas. ¿Podrá creerse que en medio de la alegría hubiese personas que respondieran con ademanes de furor a las entusiastas aclamaciones del pueblo? ¿Podrá creerse que el presidente de la Convención nacional, hablando al pueblo, fuera insultado por algunos representantes del pueblo?

»¿Qué se diría si los autores del com-

plot de que acabo de hablar eran del número de los que condujeron a Dantón, Fabre y Desmoulins al patíbulo? ¡Cobardes! ¡Deseaban hacerme bajar a la tumba con ignominia! ¡Con qué perfidia abusaban de mi buena fe! ¡Qué bien dispuestos parecían a adoptar los principios de todos los buenos ciudadanos! ¡Cuán ingenua y halagüeña se mostraba su fingida amistad! De repente sus rostros se anublaron, brillando en sus ojos una alegría feroz; era el momento en que creían tener bien tomadas sus medidas para anonadarme. Hoy me adulan de nuevo, y su lenguaje es más afectuoso que nunca; hace tres días que estaban dispuestos a denunciarme como un Catilina y hoy me creen dotado de las virtudes de Catón. Necesitan tiempo para volver a reanudar sus criminales tramas. ¡Cuán atroz es su propósito, pero cuán despreciables sus medios! Juzgado por sólo un hecho: he estado circunstancialmente encargado durante la ausencia de mis colegas de dirigir la sección de policía general, recién y débilmente organizada en el comité de Salvación pública, en el desempeño de cuyo cargo no he hecho más que provocar unas treinta órdenes para poner en libertad a algunos patriotas perseguidos o para asegurar a algunos enemigos de la Revolución. ¡Pues bien! ¿Creéis que esta sola palabra de *policia general* ha sido suficiente para atribuirme la responsabilidad de todas las operaciones del comité de Seguridad general, de los errores de las autoridades constituidas, y de los crímenes de todos mis enemigos? No hay quizá un individuo en la cárcel, ni un ciudadano vejado a quien no se haya dicho de mí: *Ése es el autor de tus males, serías feliz y libre si Robespierre no existiera.* ¿Cómo referiros todas las especies de imposturas que se han insinuado clandestinamente, en la Convención nacional y en todas partes, para hacerme odioso y temible? Me limitaré a decir que hace más de seis semanas que la naturaleza y la fuerza de la calumnia, la impotencia de hacer el bien y poner coto al mal, me han obligado a abandonar en absoluto mis funciones de miembro del comité de Salvación pública, y juro que en el desempeño de estas funciones no

he consultado otra cosa que mi razón y el interés de la patria.

»Como quiera que sea, ya hace lo menos seis semanas que expiró mi dictadura, y que no tengo en el gobierno ninguna influencia. ¿Ha sido más protegido el gobierno? ¿las facciones se han intimidado? ¿la patria es más feliz? lo deseo ardientemente. Pero esta influencia se ha limitado siempre a defender la causa de la patria ante la Representación nacional y en el tribunal de la razón pública; me ha sido permitido combatir las facciones que os amenazaban; he querido desarraigar el sistema de corrupción y de desorden que habían establecido, y que considero como el único obstáculo para el afianzamiento de la República, creyendo que no podía afirmarse más que en las bases eternas de la moral. Todo se ha coligado contra mí y contra los que defienden los mismos principios que yo.

»¡Oh! ¡les abandono la vida sin pesar! ¡poseo la experiencia de lo pasado y veo el porvenir! ¿Qué amigo de la patria puede desear sobrevivir al momento en que ya no es permitido servirla ni defender la inocencia oprimida? ¿Para qué seguir viviendo en una situación en que la intriga triunfa eternamente de la verdad, en que la justicia es una mentira, y en que las pasiones más viles y los temores más ridículos ocupan en los corazones el lugar de los intereses sagrados de la humanidad? ¿cómo soportar el suplicio de ver la horrible sucesión de traidores más o menos hábiles en ocultar su alma horrible bajo el velo de la virtud y hasta de la amistad, pero que todos legarán a la posteridad la dificultad de decidir cuál de los enemigos de mi patria fué el más cobarde y atroz? Contemplando la multitud de vicios que el torrente de la Revolución ha arrastrado mezclado con las virtudes cívicas, he temido alguna vez, lo confieso, verme manchado a los ojos de la posteridad por el contacto impuro de los perversos que se introducían entre los amigos sinceros de la humanidad, y me complazco al ver que el furor de los Verres y Catilinas trazan una línea de demarcación entre ellos y los hombres de bien. En la historia, todos los defensores de la libertad

aparecen atacados por la calumnia; pero los opresores han muerto también, porque los buenos, como los malos, desaparecen de la tierra, aunque en diferentes condiciones. ¡Franceses, no permitáis que vuestros enemigos se atrevan a humillar vuestras almas y enervar vuestras virtudes con sus desoladoras doctrinas!... ¡No, Chaumette, no, la muerte no es un sueño!... ¡Ciudadanos, borrad de las tumbas esa máxima grabada por manos sacrílegas, que cubre a la naturaleza con un fúnebre crespón y que desalienta a la inocencia oprimida e insulta a la muerte! Grabad esta otra: *La muerte es el principio de la inmortalidad*.

»Hace algún tiempo que prometí escribir un testamento, que será terrible para los opresores del pueblo, y voy a publicarlo ahora con la independencia que conviene a la situación en que me he colocado. Les lego la verdad terrible y la muerte.

»¿Por qué los que antes os decían, *os declaro que caminamos sobre volcanes*, creen pisar hoy rosas? Ayer creían en las conspiraciones, y yo declaro que ahora creo en ellas. Los que os aseguran que la fundación de la República es una empresa fácil, os engañan o, mejor dicho, no pueden engañar a nadie. ¿Dónde están las instituciones sabias, dónde el plan de regeneración que justifican tan pretencioso lenguaje? ¿Ha habido quien se haya ocupado en esta gran cuestión? ¿Qué digo? ¿No se trató de proscribir a los que lo habían preparado? Ahora son alabados, por creerse los contrarios más débiles, pero si mañana son éstos más fuertes volverán a proscribirlos. Se afirma que dentro de cuatro días quedarán reparadas las injusticias. ¿Por qué, entonces, se han cometido impunemente de cuatro meses a esta parte? ¿Y cómo en cuatro días podrán ser corregidos o arrojados los autores de nuestros males? Se habla mucho de las victorias del ejército con ligereza académica, que daría motivo para creer que no han costado a Francia ni sangre ni penalidades. Referidas con más sencillez, parecerían más grandes. No con frases retóricas, ni con hazañas guerreras subyugaremos a Europa, sino con la sabiduría de las leyes, con la majestad de las deliberaciones y

con la grandeza de los caracteres. ¿Qué es lo que se ha hecho para que las proezas militares redunden en provecho de nuestros principios, para precaver los peligros de la victoria o asegurar sus frutos?

»Esta es una parte del plan de conspiración. ¿Y a quién debemos imputar estos males? Desgraciadamente a nosotros mismos, a nuestra cobarde lenidad en castigar el crimen, a nuestro culpable olvido de los principios que hemos proclamado. No nos alucinemos; fundar una inmensa República sobre las bases de la razón y de la igualdad; estrechar con lazos vigorosos todas las partes de este gran imperio, no es una empresa que pueda realizarse con ligereza: es la obra maestra de la virtud y de la razón humana. Del seno de una gran Revolución surgen en tropel las facciones políticas; pero, ¿cómo reprimirlas si no sometéis todas las pasiones a la justicia? No tenéis otra garantía de libertad que la observación rigurosa de los principios de moral universal que habéis proclamado. ¿Qué nos importa vencer a los reyes, si somos vencidos por los vicios que nos conducen de nuevo a la tiranía?

»En cuanto a mí, cuya existencia parece a los enemigos de mi patria un obstáculo para sus odiosos proyectos, consiento gustoso en sacrificarla si ha de durar más tiempo el horrendo imperio de aquéllos. ¿Quién podrá desear continuar viendo esa horrible sucesión de traidores, más o menos hábiles en ocultar su alma asquerosa bajo la máscara de la virtud, hasta que su crimen haya madurado, todos los cuales legarán a la posteridad la difícil tarea de decidir cuál de los enemigos de Francia fué el más cobarde y más atroz?

»¡Pueblo, recuerda que si en la República no impera en absoluto la justicia, y que si esta palabra no significa igualdad y amor patrio, la libertad no es más que un nombre vano! ¡Pueblo, tú a quien se teme, a quien se adula y a quien se desprecia; tú, soberano reconocido, a quien se continúa tratando como esclavo, recuerda que donde no impera la justicia dominan las facciones de los magistrados, y que el pueblo, en este

caso, ha cambiado de cadenas pero no de destino!

»Has de saber que todo el que se levante para defender la causa de la moral pública, será abrumado de ultrajes y proscrito por los malos; has de saber que todo amigo de la libertad se verá siempre colocado entre el deber y la calumnia, que los que no pueden ser acusados de traidores, lo serán de ambiciosos; que la influencia de la probidad y de los principios se comparará con la fuerza de la tiranía y con la influencia de las parcialidades; que la confianza y aprecio serán títulos de proscripción para todos los amigos; que los clamores del patriotismo oprimido se llamarán gritos de sedición, y que, no atreviéndose a atacarte, te proscribirán en la persona de todos los buenos ciudadanos, hasta que los ambiciosos hayan organizado la tiranía. Este es el imperio de los tiranos armados contra nosotros, ésta la influencia de la liga formada por todos los hombres corrompidos y siempre dispuestos a servirlos. Así, pues, los malvados nos ponen en la alternativa de hacer traición al pueblo, o de ser considerados como dictadores. ¿Subscribiremos esta ley? ¡No! ¡Defendamos al pueblo con probabilidad de merecer el aprecio público, y vayan ellos al cadalso por la senda del crimen, mientras nosotros vamos por la de la virtud!»

VIII

Este largo discurso, del que sólo hemos reproducido lo más importante, fué escuchado con aparente respeto, propio para ocultar los pensamientos y los rostros. Nadie se habría atrevido a expresar un murmullo aislado contra la sabiduría y autoridad de semejante hombre, esperando todos que estallase un murmullo general para acrecentarlo, porque significarse en tales circunstancias era perderse. Todos temblaban ante todos. La fingida admiración general parecía aprobación unánime.

Robespierre fué a sentarse, pasando por entre filas de hombres que se inclinaban y rostros que se esforzaban por sonreír. La Convención, dudosa, no sabía aún si iba a indignarse o aplaudir,

pues rebelarse era empeñar un combate, y aplaudir era someterse a la servidumbre. La irresolución tenía en silencio a todos, silencio a que puso término Leconte, proponiendo que el discurso de Robespierre se imprimiera; esto equivalía a hacerlo adoptar por la Convención.

Iba a votarse esta proposición, cuando Bourdón de l'Oise, que se había creído aludido en todas las reticencias de Robespierre, sabiendo que otra nueva audacia no le proscibiría más, resolvió interrogar al valor o la cobardía de los demás miembros de la Convención. Acostumbrado a observar los síntomas de las grandes asambleas, el silencio de la Convención parecióle un principio de emancipación, que una palabra podía cambiar en sublevación, y pronunciar esta palabra, si daba el golpe en vago, era jugar la cabeza. Bourdón de l'Oise la jugó.

—Me opongo — exclamó — a la impresión de ese discurso, por contener materias bastante graves y que merecen ser examinadas, pues lo mismo puede haber en él errores que verdades, y conviene a la prudencia de la Convención remitirlo al examen de los comités de Salvación pública y de Seguridad general.

Nadie protestó contra aquella objeción que la víspera hubiera parecido una blasfemia. Los conjurados cobraron aliento y Robespierre se asombró de haber caído de tan alto. Barrere lo miró, y creyendo que no había adulación más halagüeña que la que alargaba la mano al orgullo humillado, defendió la impresión del discurso en términos que los dos partidos podían igualmente aceptar.

Couthón, alentado por la defección de Barrere, pidió, no sólo la impresión, sino la remisión a todos los consejos de la República, y la impresión del discurso fué triunfalmente aprobada. La derrota de los enemigos de Robespierre estaba consumada si no conseguían que se volviera sobre esta votación. Vadier se levantó y Robespierre intentó cortarle la palabra, pero aquél insistió, diciendo:

—Hablaré con la tranquilidad que conviene a la virtud.

Ratificó el informe que había hecho respecto a Catalina Theos, atacado por Robespierre, dando a entender claramente que tenía las manos llenas de miste-

rios, en los que los acusadores serían envueltos y defendiendo al comité de Seguridad general.

—Y yo también entro en liza — exclamó entonces el austero e íntegro Cambón—, aunque nunca he tratado de formar partido que siga mis inspiraciones. No vengo armado con escritos preparados con anticipación. Todos los partidos me han encontrado en su senda, oponiendo a su ambición la barrera de mi patriotismo. Ha llegado el momento de decir la verdad. Un solo hombre paraliza la Convención nacional, y ese hombre es Robespierre.

Al oír estas palabras, que estallaron como el pensamiento comprimido de un hombre honrado, Robespierre se levantó disculpándose de haber atacado la integridad de Cambón.

Billaud-Varenes pidió que los dos comités acusados pusieran de manifiesto su conducta.

—No es al comité a quien ataco — respondió Robespierre—; pero, para evitar altercados, deseo explicarme más completamente.

—¡Lo deseamos todos! — exclamaron, levantándose, doscientos miembros de la Montaña.

Billaud-Varenes continuó:

—Sí, Robespierre tiene razón; es preciso arrancar la máscara a cualquier rostro en que se encuentre; y, si es cierto que ya no somos libres, prefiero que mi cadáver sirva de trono a un ambicioso, antes que hacerme, por el silencio, cómplice de sus crímenes.

París, que fué durante mucho tiempo amigo de Robespierre, y a quien éste proscribió en el club de los jacobinos, le censuró el reinar en todas partes, y condenar a los que le eran sospechosos, agregando:

—Mi corazón está oprimido y tiene necesidad de desahogarse. Se me pinta como un malvado chorreando sangre y henchido de rapiñas, y no he adquirido en la revolución recursos para comprar un sable a mi hijo cuando marchó a las fronteras, ni un vestido a mis hijas. Robespierre ha formado una lista en que ha inscrito mi nombre, destinándome a formar parte del primer grupo de condenados que sea conducido al cadalso.

Un murmullo de indignación contenida estalló entonces contra el tirano; pero Robespierre lo arrostró con impertérrita actitud.

—He tirado mi adarga — dijo — y me he presentado a los enemigos al descubierto. Nada retracto, no adulo a nadie; no temo a nadie; no solicito apoyo ni indulgencia de nadie. No trato de formar un partido. He cumplido mi deber, y esto basta; a los demás corresponde cumplir el suyo... ¡Y qué! — continuó — ¿habré tenido valor para venir a exponer en el seno de la comisión verdades que creo necesarias para la salvación de la patria, y mi acusación ha de ser examinada por aquellos a quienes acuso?

—¡Cuando se blasona de tener el valor de la virtud — le gritó Charlier — es preciso tener también el de la verdad; nombrad a los que acusáis!

—Sí, sí, nombradlos, nombradlos — repitió, levantándose con ademanes provocativos, un grupo de montañeses; pero Robespierre guardó silencio.

—Este discurso ataca a los dos comités — dijo Amar — y es preciso que el acusador nombre a los miembros que desea designar. Un hombre no debe ponerse en lugar de todos; no debe perturbarse a la Convención por los intereses de un orgullo lastimado. ¡Que formule las inculpaciones y juzgaremos después!

Thirion dijo que la remisión de semejante discurso a los departamentos sería dictar anticipadamente un fallo contra los acusados por Robespierre. Barrere, al observar la vacilación de la asamblea, procuró rectificarse, pronunciando palabras menos respetuosas para Robespierre, a quien antes había adulado.

—Responderemos a esa declaración con victorias — exclamó.

Breard sostuvo que convenía al decoro de la Convención revocar el decreto que ordenaba la impresión y remisión de tan peligroso discurso a los departamentos de la República, y una inmensa mayoría de representantes de la nación votaron con él.

IX.

Robespierre, humillado, pero no vencido, conoció que había perdido su influencia en la Convención. Se marcha,

yendo a arrojarle, rodeado por un grupo de adictos, a la tribuna de los jacobinos, donde los amigos lo acogieron como el mártir de la verdad y el herido por el pueblo. Conducido a la tribuna en brazos por los jacobinos, Robespierre leyó, entre aplausos y lágrimas de entusiasmo, el discurso que la Convención acababa de rechazar, siendo interrumpido frecuentemente por gritos de furor y acentos de rabia, señales de adoración. Apaciguadas estas demostraciones, Robespierre, casi sin voz, y tomando la actitud resignada de un mártir de la democracia, dijo:

—Hermanos, el discurso que acabáis de oír es mi testamento.

—¡No! ¡no! Vivirás o moriremos todos — le respondieron las tribunas, tendiendo los brazos al orador.

—Sí, es mi testamento de muerte — añadió con profética solemnidad —; ¡éste es mi testamento de muerte! ¡hoy lo he visto! La liga de los malvados es tan fuerte, que no puedo abrigar esperanza de librarme de ellos; pero muero sin pesar, legándoos mi memoria, que os será querida y la defenderéis.

Estas palabras supremas, este funesto presagio de muerte, este adiós, que contenía a la vez una inculcación y una resignación, arrancaron sollozos al pueblo y a los jacobinos. Coffinhal, Duplay, Payán, Buonarotti, Lebás y David se levantaron e interpellaron a Robespierre, instándole a defender la patria defendiéndose a sí mismo; y Harriot exclamó frenético, diciendo que había aún bastantes artilleros para hacer volar a la Convención. Robespierre, conmovido por este entusiasmo, e impulsado por lo crítico de las circunstancias, indicó, por señas, que deseaba hablar. Cuando se hubo restablecido el silencio, dijo:

—Pues bien, sí, es preciso separar a los malos de los débiles. Librad a la Convención de los malvados que la oprimen. ¡Devolvedle la libertad que espera de vosotros como en el 31 de mayo y 2 de junio! ¡Marchad, si es necesario, y salvad a la patria! Si, a pesar de esfuerzos tan generosos sucumbimos, entonces, amigos míos, me veréis beber la cicuta tranquilamente...

David le interrumpió diciendo con honrada, pero impolítica, agarró a Payán enérgico y entusiasta ademán: del brazo, y, llevandoselo fuera de la sala, le dijo:

—Robespierre, si bebes la cicuta, la beberé contigo.

—¡Todos! ¡todos! ¡Contigo pereceremos todos! — exclamaron millares de hombres decididos—. Morir contigo es morir con el pueblo.

Couthón, que observaba con sangre fría la efervescencia general, quiso aprovecharse de aquella ocasión para comprometer a los jacobinos, separándolos de la Convención por medio de un ultraje, y, al efecto, pidió que los miembros indignos de la Convención que veía en un rincón de la sala fueran expulsados. Al oír estas palabras, Collot-d'Herbois, Legendre y Bourdon, que habían ido a la sesión para observar las disposiciones y síntomas del espíritu público, viéndose descubiertos, se alarmaron. Los jacobinos los señalaron con el dedo, les interpellaron y les invitaron a retirarse de las filas de los patriotas, y algunos lo hicieron así; pero Collot subió a la tribuna para defenderse, alegando ser el primero de los republicanos en antigüedad, y mostrando las cicatrices de las heridas que Ladmiral le infirió en el pecho. Sus palabras fueron acogidas con una rechifla general, se parodiaron sus gestos y agitáronse los cuchillos sobre su cabeza, salvándose milagrosamente del furor de los jacobinos. Payán, entonces, acercándose al oído de Robespierre, le propuso poner al pueblo en movimiento para sorprender a los dos comités reunidos en aquel momento en las Tullerías.

X

El impulso estaba dado; la marcha era corta; el éxito fácil y el golpe decisivo. La Convención, sin jefe, habría caído el siguiente día a los pies de Robespierre, dándole gracias al vengador; pero el dominador de los jacobinos volvió a experimentar, durante la borrasca suscitada por la expulsión de Collot, escrúpulos de legalidad. Creyó que la Convención no se atrevería nunca a atentar contra su vida, estando, como estaba, protegida por el fanatismo. Rehusó. Coffinhal, al oír la negativa de Robespierre,

—Ya ves que su virtud no consiente la insurrección; pues bien, ya que no quiere que lo salven, dispongámonos a defendernos y a vengarle.

Dicho esto, Coffinhal y Payán encamináronse al ayuntamiento, donde pasaron la noche organizando, con Hanriot, una insurrección popular para el día siguiente. Coffinhal, natural de las montañas de Auvernia, tenía el volumen, la estatura y el vigor muscular de las razas alpestres de su país. Era un coloso semejante al campesino de Tracia, a quien los soldados hicieron emperador, admirados de la fuerza física de su brazo. La energía de su alma correspondía a la de sus músculos, y, como todos los hombres de este temple, apelaba pronto a la acción cuando no bastaba la palabra. Payán fué el pensamiento, y Coffinhal la mano de los sucesos de aquella noche y del siguiente día.

XI

Mientras Robespierre exaltaba y entibiaba alternativamente a los jacobinos, Saint-Just habíase presentado en el comité de Salvación pública después de la sesión de la Convención. El comité estaba reunido, y Saint-Just fué recibido con frialdad.

—¿Qué es lo que te ha movido a venir del ejército? — le preguntó Billaud-Varennés.

—El informe que me habéis encargado que dé a la Convención — respondió Saint-Just.

—Pues bien, léelo — repuso Billaud.

—No lo tengo concluido — replicó el joven representante—; vengo a concertarlo con vosotros.

El rostro de Saint-Just no reflejaba el menor rencor contra sus colegas. Barre le instó con palabras insinuantes a que no se dejara arrastrar por la amistad en las prevenciones de Robespierre contra el comité, y evitara a la República tan gran desquiciamiento. Saint-Just escuchaba a Barrere pensativo, pareciendo vacilar entre la adoración a Robespierre y las súplicas amistosas de sus cole-

gas, cuando Collot-d'Herbois, empujando violentamente la puerta, precipitóse en el salón con rostro desencajado, los pasos extraviados y la ropa rasgada. Volvió entonces del club de los jacobinos, y creía ver aún los cuchillos que acababan de amenazarle.

—¿Qué pasa, pues, en el club de los jacobinos? — le preguntó Saint-Just.

—¡Lo preguntas! — exclamó Collot, arrojándose sobre Saint-Just—; ¡lo preguntas! ¡tú, el cómplice de Robespierre! ¡tú, que con Couthón y él habéis formado un triunvirato cuyo primer acto es el de asesinarlos!

Collot refirió entonces en pocas palabras la escena del club de los jacobinos, la lectura del discurso, los llamamientos a la insurrección, la expulsión de los miembros de la Convención, las rechiflas, imprecaciones, los puñales, y volviéndose luego hacia Saint-Just, lo agarró por el cuello de la casaca, y, sacudiéndolo como el lidiador que quiere derribar al enemigo a sus pies, le dijo:

—Estás aquí para espiar y denunciar a tus colegas; tienes las manos llenas de notas que vienes a tomar contra nosotros, y ocultas en la ropa el infame informe cuyas conclusiones son nuestra muerte. ¡No saldrás de aquí sin habernos mostrado esas notas y manifestado tu infamia!

Al hablar así, Collot se esforzaba por arrancar de manos de Saint-Just y sacarle de los bolsillos los papeles que, según creía, contenían las pruebas de su perfidia. Carnot, Barrere, Roberto Lindet y Billaud-Varennes se precipitaron entre los dos adversarios, protegieron a Saint-Just y restituyeron el decoro a Collot, haciéndole arrepentirse de la violencia que había cometido. Se limitaron a declarar a Saint-Just que no saldría del comité sin haber jurado que su informe no contendría nada contra sus colegas y que se lo daría a conocer antes de leerlo a la Convención.

Saint-Just lo juró, y les dijo con franqueza que pediría a la Convención que fueran llamados Collot y Billaud-Varennes para poner término a las divisiones que agitaban al comité, negándose a continuar en la sesión, donde su presencia era sospechosa.

—Habéis llenado de angustia mi corazón — dijo al salir — y voy a desahogarlo a la Convención.

Después de la partida de Saint-Just, los miembros del comité decretaron, en virtud de una proposición de Collot-d'Herbois, que Hanriot fuera arrestado al siguiente día por las palabras que había pronunciado en el club de los jacobinos, y que Fleuriot, agente nacional de París, fuera llamado a la barra de la Convención. Se separaron al salir el sol, y todos corrieron a casa de sus respectivos amigos para informarles de las resoluciones que habían adoptado y de los peligros que les amenazaban.

XII

Tallien, Fréron, Barrás, Fouché, Dubois-Crancé, Bourdón y los amigos de éstos, cuyo número iba en aumento, no habían dormido. Testigos el día anterior de las oscilaciones de la Convención, instruidos de los tumultos ocurridos en el club de los jacobinos, seguros de que al día siguiente iba a entablarse una lucha a muerte, habían empleado en conferenciar, en enviar emisarios y en otras diligencias encaminadas a salvar sus cabezas, las pocas horas de que disponían. La suerte del combate iba a depender, en lo exterior, de la energía de los hombres de armas a cuyo cargo estuviera el defender a la Convención con un puñado de bayonetas contra un bosque de picas y piezas de artillería, y, en lo interior, del resultado de la próxima sesión. Para lo exterior, convinieron en entregar el mando a Barrás, la espada del partido; en cuanto a la sesión, resolvieron arrebatársela a Robespierre, apoderándose de la tribuna. Combatir la palabra con la palabra era incierto; sofocarla por medio del silencio era cosa más segura. Para esto se necesitaban dos cosas: un presidente cómplice de los enemigos, que lo era Collot-d'Herbois, y una mayoría resuelta de antemano a sacrificarlo; esta mayoría podía obtenerse dividiendo la Montaña, reanimando la venganza sangrienta que abrigaban aún los amigos de Dantón, atrayéndose el centro, dócil hasta entonces a la voz de Robespierre, pero, dócil más por temor

que por afecto, y, por último, evocando todas las víctimas y todos los odios para acumularlos sobre una sola persona. Empleáronse emisarios hábiles e influyentes para que destruyeran durante la noche las esperanzas que la Llanura tenía cifradas en Robespierre, y para borrar del alma de los restos de la Gironda el reconocimiento que le profesaban por haber salvado la vida de los sesenta y dos contra las exigencias de los comités. Tres veces fracasaron las negociaciones y tres veces fueron entabladas. Sieyés, Durand-Maillane, y algunos convencionales que tenían influencia sobre el centro, guiados por ellos, vacilaban entre unos comités que aborrecían y un hombre que había salvado la vida a sus sesenta y dos colegas, que los protegía a ellos con su indulgencia, y cuya dictadura sería, además, un abrigo más seguro para ellos que la anarquía de la Convención. El poder que no encuentra oposición se modera; pero la lucha encarnizada de la ambición no promete seguridad ni a los actores ni a los espectadores del combate.

El resto de los girondinos, agrupados en el centro, resignábanse fácilmente a la servidumbre, con tal de estar seguros, porque ya se encontraban cansados de crisis y todavía más de cadalsos, y no pedían más que la vida. Los más intrépidos, como Boissy-d'Anglós, esperaban la hora de la reacción para destronar simultáneamente a los anarquistas y a los tiranos de los comités. Los otros se inclinaban al partido que les prometiera, ya que no mayor influencia, vida más larga; pero cada partido les aseguraba que era el suyo. La Llanura temía equivocarse y no se decidió hasta última hora. Bourdón de l'Oise convenció a los jefes de los antiguos girondinos que su salvación estaba en la libertad y equilibrio restituidos a la Convención; que entregarse a un dictador como Robespierre, era entregarse a un vil esclavo del pueblo; que el pueblo que le había pedido ya las cabezas de tantos colegas, se las pediría inevitablemente todas; que Robespierre no disponía para reinar de otra fuerza que la de los jacobinos; que la fuerza de éstos era una sed insaciable de sangre; que Robespierre no podría contar con ellos más que saciándolos diaria-

mente; que entregarle el poder supremo, era otorgarle el cuchillo con el que los había de degollar a todos. Bourdón tranquilizó a aquellos hombres vacilantes respecto a las intenciones del comité, demostrándoles que, extirpado Robespierre de aquel grupo de decenviros, el haz se rompería, y que los comités, desarmados, renovados, ensanchados y compuestos de miembros del propio partido, no serían, en lo sucesivo, más que la mano y no la espada de la Convención. Estas razones decidieron, al fin, a Boissy-d'Anglós, a Sieyés, a Durand-Maillane y a los amigos de éstos, quienes juraron la alianza de una hora con la Montaña.

XIII

Robespierre ignoraba esta traición de la Llanura, que hasta entonces había sido tan dócil a su palabra:

—¡Nada espero de la Montaña! — decía al amanecer a los amigos, que lo rodeaban enumerando las probabilidades de triunfo—. Ven en mí un tirano de que quieren librarse porque intento ser moderador; pero cuento seguramente con la mayoría de la Convención.

Y en esta confianza lo sorprendió el día, que vio amanecer con tranquilidad. Los jacobinos le presagiaban el triunfo y la fortuna; Coffinhal recorría los arrabales; Fleuriot arengaba a la corporación municipal, a cuyos miembros convocaba Payán para una reunión permanente; Hanriot, seguido de sus ayudantes y tremulo ya en el caballo a consecuencia de la embriaguez, recorría las calles inmediatas a la casa consistorial y colocaba las baterías de cañón en los puentes y en la plaza del Carrousel. Los diputados, fatigados por el insomnio, y todavía más por la incertidumbre de la jornada, acudían de todas partes a su puesto. El pueblo, ocioso y ondulante, vagaba por las calles y plazas como en expectativa de un gran acontecimiento. Robespierre hacía esperar en la Convención, y ya se divulgaba el rumor de que, humillado por la sesión última, rehusaba el combate de la tribuna y que sólo entraría en la Asamblea con las armas en la mano y al frente de la insurrección, pero su

presencia y la de Saint-Just y Couthón pusieron término a estos rumores.

Robespierre, vestido con más esmero aún que lo que generalmente acostumbraba, presentóse con paso lento, áctitud resuelta y frente serena. Leíase en sus miradas la certidumbre del triunfo. Se sentó sin hacer un gesto, ni dirigir una sonrisa, ni una mirada en torno suyo. Couthón, Lebás, Saint-Just y Robespierre el joven expresaban la misma resolución, adoptando ya el continente de acusados o dominadores, pero más aún el de colegas o iguales. Los jefes de la Llanura, llegando los últimos, paseábanse, antes de entrar, por los corredores con los caudillos de la Montaña. Estos dos partidos, separados hasta entonces por el horror y desprecio mutuos; estrechábanse la mano haciéndose señales de inteligencia. Como encontrara Bourdón de l'Oise a Durand-Maillane en la galería que precedía a la sala, exclamó:

— ¡Qué hombres tan honrados los de la derecha!

Tallien se multiplicaba, dirigiéndose a todos los diputados dudosos en la sala de la libertad, desde donde se veía la tribuna. Alentaba a unos y amedrentaba a otros, anunciando medidas combinadas y la seguridad del triunfo. Derramaba su alma en el alma de todos; pero, viéndolo de repente a Saint-Just dispuesto a usar de la palabra, dijo:

— Entremos, porque ya está Saint-Just en la tribuna, y preciso es acabar de una vez.

Y se precipitó a ocupar su asiento.

XIV

Saint-Just, en efecto, comenzaba a hablar entre los últimos murmullos de la asamblea que iba apaciguándose; su discurso, que la muerte le arrebató de las manos, estaba lleno de borrones. Las numerosas correcciones y supresiones del manuscrito revelaban que este discurso era fruto de una mente perturbada; que la mano había retrocedido veinte veces y que la reflexión había predominado al acaloramiento. El discurso de Saint-Just tenía la forma de un enigma, cuya significación era la muerte de los enemigos de Robespierre; pero el orador deseaba

que la Convención lo descifrara. Señalaba como causa de la perturbación sensible que se manifestaba en los órganos del gobierno, la envidia de algunos individuos de los comités contra alguno de sus colegas. Hablaba de los abismos a que ciertos hombres impelían a la República; de los peligros que provocaba sobre sí con su franqueza; del valor que le movía a arrostrar tales peligros; del poco sentimiento que tenía en abandonar la vida, puesto que era necesario ser cómplice o testigo mudo del crimen, y, por último, se defendía de la sospecha de adular a Robespierre, jurando que no lo defendía, sino que personificaba la virtud.

«Hace algún tiempo — decía — que Collot y Billaud toman poca parte en nuestras deliberaciones, dando a entender que obedecen a miras particulares. Billaud guarda silencio, o habla bajo el imperio de la pasión, contra aquellos cuya pérdida parece desear. Cierra los ojos y finge dormir; pero hace algunos días que ha sucedido la agitación a tan taciturna actitud. Su última palabra expira siempre en sus labios; vacila, se irrita, y rectifica en seguida lo que ha dicho. A uno lo llama Pisistrato en la ausencia, y amigo cuando está presente. Está silencioso, pálido; fija la mirada y compone sus facciones alteradas. La verdad no tiene este carácter ni esta política... ¡El orgullo es el que engendra las facciones!

» ¡Por éstas, comúnmente, perecen los gobiernos! Si la virtud no se ostentara alguna vez con el rayo en la mano, la razón sucumbiría a impulso de la fuerza. ¡La virtud no se reconoce sino después del suplicio! ¡Después de transcurrido un siglo, la posteridad derrama lágrimas sobre la tumba de los Gracos y sobre el camino de Sidney!... ¡La fama es un ruido vano! ¡Prestemos atención a los siglos que pasaron, y nada oiremos! ¡Los que en tiempos venideros se paseen entre nuestras urnas cinerarias tampoco oirán! ¡El bien es lo único que debemos hacer!...

» ¡Si no recobráis el imperio sobre las facciones; si no os investís del poder supremo, necesario es abandonar el mundo en que la inocencia no está ya garantida en las sociedades; es preciso huir al

desierto para encontrar independencia y amigos entre las fieras! ¡Es preciso abandonar la tierra, donde ya no existen la energía del crimen ni de la virtud!...

»Cuando regresé esta última vez del ejército, no reconocí los rostros. Las deliberaciones del comité estaban entregadas a dos o tres hombres, que, durante la soledad, han concebido la idea de abrogarse el imperio. No he podido aprobar el mal, y me he explicado en los comités, diciendo: Ciudadanos, abrigo presagios siniestros; todo se disfraza ante mí; pero todo lo estudiaré, y lo que no se parezca al amor honrado del pueblo y de la República será objeto de mi abominación. Manifesté que, si me encargaba del informe que se me quería confiar, me remontaría al verdadero origen. Collot y Billaud insinuaron que no debía hablarse en este informe del Ser Supremo ni de la inmortalidad del alma: examináronse estas ideas, y juzgáronse indiscretas, avergonzándose de la Divinidad.»

Y, después de algunas insinuaciones encubiertas, pero mortales, contra los enemigos de Robespierre, Saint-Just terminó así:

«El hombre separado de los comités por los tratamientos más amargos, se justifica ante vosotros. Es verdad que no se explica claramente, pero pueden dispensárselo en atención al alejamiento y amargura de su alma. Se le califica de tirano de la opinión, y su elocuencia es reputada como crimen. ¿Y qué derecho exclusivo tenéis sobre la opinión, vosotros que llamáis tiranía al arte de convencer a los hombres? ¿Quién os impide disputar la estimación de la patria a vosotros que lleváis a mal que un hombre se la capte? ¿Hay triunfo más inocente y desinteresado? Catón habría expulsado de Roma al mal ciudadano que hubiera hablado como vosotros. Así, pues, la envidiosa medianía trata de enviar el genio al patíbulo. ¿Habéis visto oradores bajo el cetro de los reyes? No; el silencio reina alrededor de los tronos; la persuasión es el alma de las naciones libres. Sacrificad a los más elocuentes y no tardaréis en coronar a los más envidiosos.

»Robespierre no se ha explicado ayer bastante. Ha existido el plan de usurpar el poder sacrificando a algunos miembros

de los comités. Billaud-Varennes y Collot-d'Herbois son los culpables, y los acuso. Deseo que se justifiquen y nos volvamos más cuerdos.»

Es de advertir que este discurso insinuaba la muerte, pero no la exigía. Saint-Just, imitando en esto a su maestro, sólo pretendió mostrar el acero y designar las víctimas, aludiendo al espanto y servidumbre de la Convención para herir con el hierro a los que hubiera herido con la sospecha.

XV

Pero Saint-Just no debía terminar su declamación, porque no bien había subido a la tribuna y pronunciado algunas frases, cuando Talliën, no pudiendo dominar su impaciencia, se levantó e, interrumpiendo al orador, pidió la palabra para encauzar la discusión.

Collot-d'Herbois, temiendo el ascendiente que Saint-Just ejercía sobre la Asamblea, se apresuró a conceder la palabra a Talliën:

—Ciudadanos — dijo éste —, Saint-Just acaba de deciros que no pertenece a ninguna facción, y yo os digo lo mismo. Por eso voy a exponer la verdad. Por todas partes no se ven más que disturbios. Ayer, un miembro del gobierno se ha aislado pronunciando un discurso exclusivamente personal; hoy hace otro lo mismo, y con esto se agravan los males de la patria, desgarrándola, precipitándola en el abismo. Pido que se rasgue de una vez el velo.

Un inmenso aplauso repetido tres veces anunció a Talliën que su cólera retumbaba y estallaba en el seno de la Convención. Billaud-Varennes se levantó más pálido y en actitud más trágica que de costumbre, diciendo:

—Ayer, la sociedad de los jacobinos estaba atestada de gente, y allí se ha manifestado el propósito de degollar a la Convención...

Un movimiento de horror interrumpió la denuncia de Billaud, quien señaló con un gesto a la Montaña:

—En la Montaña — exclamó —, está uno de los que amenazaban a los representantes del pueblo...

—¡Prendedlo! ¡prendedlo! — gritaron

de todos los bancos. Los ujieres acudieron, detuvieron a la persona aludida y la sacaron del salón.

—Ha llegado el momento de decir la verdad — continuó entonces Billaud—. Después de lo que ha ocurrido, me admiro de ver a Saint-Just en la tribuna. Había prometido a los comités mostrarles su informe. La Asamblea no debe desconocer que se encuentra entre dos muertes. ¡Si es débil, perecerá!

—¡No, no! — protestaron a la vez todos los miembros de la Convención, levantándose y agitando los sombreros en el aire.

Las tribunas, arrastradas por este movimiento, respondieron con gritos de: ¡Viva la Convención! ¡y viva el comité de Salvación pública!

—¡Y yo también — prosiguió Billaud — pido que todos los miembros den explicaciones en esta Asamblea! El que tiene en su favor la justicia, la honradez y los derechos del pueblo, es muy fuerte. Os estremeceréis de horror al conocer la situación en que os encontráis; al saber que la fuerza armada está a disposición de manos parricidas; ¡que Hanriot ha sido denunciado al comité como cómplice de los conspiradores! ¡Os estremeceréis al saber que hay aquí un hombre (mirando de reojo a Robespierre) que, cuando se trató de enviar representantes del pueblo a los departamentos, no encontró en la lista que le fué presentada, veinte miembros de la Convención a quienes considerara dignos de desempeñar esta misión!

Una conmoción de orgullo herido recorrió todos los bancos que ocupaban los diputados aludidos.

—Cuando Robespierre os asegura que se ha separado del comité, porque se le oprimía—continuó Billaud—, tiene buen cuidado de ocultaros la verdad. No os dice que es porque, después de haber dominado él solo durante seis meses el comité, ha encontrado resistencia al pretender hacer adoptar el decreto de 22 de pradiar, decreto que en las manos impuras que había escogido, podía ser funesto a los patriotas...

El furor y espanto reprimidos estallaron e interrumpieron a Billaud.

—Sí, sabed — prosiguió — que el presidente del tribunal revolucionario ha propuesto ayer abiertamente en el club de los jacobinos la expulsión de los miembros de esta Asamblea a quienes se debe sacrificar. ¡Pero el pueblo está ahí!

—¡Sí, sí! — respondieron las tribunas, preparadas por Tallián.

—Pero los patriotas sabrán morir para salvar la representación.

Nuevos aplausos suspendieron la palabra en los labios del orador.

—Lo repito — prosiguió Billaud-Varennes—, sabremos morir. No hay un solo representante que desee vivir bajo el imperio de un tirano.

—¡No, no! ¡mueran los tiranos! — respondió el clamor unánime.

—Los que tienen constantemente en los labios las palabras «justicia y virtud» — siguió diciendo Billaud — son los que las conculcan. He pedido que se arreste a un secretario del comité de Salvación pública, que había robado a la nación, y Robespierre lo ha protegido.

El público que ocupa las tribunas hace violentas señales de indignación contra el pretendido protector del robo.

—¡Y nos acusa a nosotros! — exclamó Billaud, exhalando un prolongado gemido—. ¡Cómo! Los que no conocen a nadie, pasan los días y las noches en el comité, y organizan las victorias... (Todas las miradas se dirigen al íntegro y laborioso Carnot.) ¿Esos habían de ser conspiradores? ¿Y los que sólo han abandonado a Hebert, cuando no les ha sido posible favorecerlo, serán los hombres virtuosos? (La Llanura da muestras de indignación.)

»Cuando denuncié la primera vez a Dantón en el comité—añadió el orador—, Robespierre se levantó furioso preguntando si yo deseaba perder a los mejores patriotas. (La Montaña y los antiguos amigos de Dantón se asombran de la revelación que disculpa a Robespierre.)

»Pero el abismo está debajo de vosotros — les gritó Billaud — y es preciso llenarlo con nuestros cadáveres o precipitar en él a los traidores.»

Una salva estruendosa de aplausos acogió estas palabras de Billaud, que fué a ocupar su asiento.

XVI

Robespierre, pálido y convulsivo, subió entonces a la tribuna donde acababa de sucumbir su inviolabilidad.

—¡Abajo el tirano! ¡Abajo el tirano! —vociferó la Montaña, gritos que cada movimiento de labios de Robespierre tenía la virtud de acrecentar, por lo que le fué imposible hacerse oír.

Tallién saltó a la tribuna, apartó a Robespierre con el codo y habló en medio de un silencio de favor general.

—Hace poco que pedí se rasgara completamente el velo — dijo Tallién —, y ya está, por fin, rasgado; se ha quitado la máscara a los conspiradores, que serán anonadados, y la libertad triunfará...

—¡Sí! ¡sí! ya triunfa. Completad el triunfo — le respondieron los montañeses.

—Todo presagia — prosiguió Tallién — que el enemigo de la representación nacional va a caer bajo sus golpes. Hasta ahora me había impuesto silencio porque sabía que el tirano había extendido una lista de proscripciones. ¡Pero ayer asistí a la sesión de los jacobinos, vi, oí, y me estremecí por la patria! He visto formarse el ejército del nuevo Cromwell, y me he armado con un puñal para traspasarle el pecho si la Convención nacional no tenía el valor de mandar arrestarlo.

Hablando así, Tallién mostró un puñal desenvainado, que llevaba oculto, prenda de libertad o de venganza que le había entregado la mujer a quien amaba, y lo agitó sobre el pecho de Robespierre, que retrocedió, pero sin abandonar la tribuna. El ademán y el movimiento desesperado de Tallién decidieron a los más irresolutos, comprendiendo todos que, después de desenvainado el acero, no podía volver a la vaina más que teñido con la sangre de Robespierre, o con la del que esgrimía el arma.

—Pero nosotros republicanos — prosiguió diciendo Tallién con más tranquilidad —, acusamos al tirano con la lealtad del valor ante el pueblo francés. No; por más que lo esperen los partidarios de la persona a quien denuncio, no habrá un

31 de mayo: no habrá proscripciones. ¡La justicia nacional sólo herirá a los malvados!... (El salón entero se adhirió con los aplausos al voto de venganza y de clemencia de Tallién.)

»Pido el arresto de Hanriot para que la fuerza armada no sea extraviada por los jefes. Después pediremos el examen del decreto de 22 de pradiar, aprobado en virtud de la sola proposición del hombre de quien hablamos. (Los labios de Tallién negábanse a pronunciar el nombre de Robespierre, y el centro aplaudió esta seguridad ofrecida a la Convención.)

»No somos moderados — prosiguió Tallién, dirigiéndose a la Montaña... (La Montaña aplaudió esta declaración), pero queremos que la inocencia no sea oprimida... (La Llanura se levantó a aplaudir esta promesa de humanidad.) Ayer se tuvo la osadía de ultrajar a un representante del pueblo que siempre ha estado en la brecha de la Revolución. ¡Despiértense todos los patriotas! ¡Convoco a todos los antiguos amigos de la libertad, a todos los antiguos jacobinos, a los periodistas republicanos! ¡Vengan con nosotros a salvar la libertad!... Se había pensado en mí. Yo hubiera llevado mi cabeza al cadalso con valor porque habría dicho: ¡Llegará el día en que mis cenizas sean recogidas con los honores debidos a un patriota sacrificado por un tirano! ¡La persona que está junto a mí en la tribuna es un nuevo Catilina y los que lo rodeaban son otros Verres. No se dirá que estoy en inteligencia con los miembros de los comités, porque no los conozco. Desde que fui a desempeñar la comisión que se me confió, me he visto abrumado de disgustos; Robespierre deseaba aislarnos y atacarnos alternativamente para quedarse solo con los crapulosos y llenos de vicios. Pido que se decrete la permanencia de esta sesión hasta que la espada de la ley haya consolidado la República, hiriendo a los que la denigran.

XVII

Aprobada por aclamación la proposición de Tallién, Billaud-Varennes añadió a la lista de los arrestos decretados a Dumas, vicepresidente del tribunal revo-

lucionario, y Delmás incluyó también todo el estado mayor de Hanriot. Robespierre intentó hablar; pero fué rechazado por los gritos de: ¡Abajo el tirano!

Invitado Barrere insistentemente a hablar, éste subió a la tribuna en nombre del comité de Salvación pública. Las circunstancias le habían hecho variar de opinión y atacó a Robespierre, a quien había defendido la víspera.

—Se trata — dijo — de soliviantar al pueblo, se pretende obtener el poder nacional a favor de una crisis preparada; pero los comités son el escudo, el asilo del gobierno, y mientras llega el momento de refutar los hechos enunciados por Robespierre, propongo que se adopten medidas encaminadas a garantizar la tranquilidad pública; estas medidas son la supresión del comandante de la fuerza armada y de su estado mayor.

Barrere propuso que se notificaran estas medidas al pueblo por medio de una proclama.

«Ciudadanos — decía esta proclama —, la libertad está perdida si ponemos en la balanza algunos hombres y la patria. El gobierno revolucionario se encuentra atacado en medio de nosotros. Si no os adherís a la representación nacional, el pueblo francés será víctima de la venganza de los tiranos.»

La opinión de Barrere, que sólo abandonaba a los débiles, decidió a los más irresolutos, y los que no temían el dominio de Robespierre, fingieron horrorizarse. Se aprobó la proclama al pueblo, y Robespierre se sonrió, permaneciendo impertérrito en la tribuna, como si su situación no fuera desesperada, mientras la borrasca no lo hubiera precipitado de allí. Apoyado en la balaustrada, cruzado de brazos, con los labios contraídos, los músculos de las mejillas palpitantes, la vista fija en la Montaña y la Llanura alternativamente, advertíase que su rostro pasaba de la impaciencia a la resignación y de la cólera al desprecio. Víctima abatida, pero no sacrificada aún, podía levantarse de nuevo y cobrar ascendiente sobre sus enemigos. Miraba con frecuencia hacia la entrada del salón y parecía querer escuchar las voces del exterior o los pasos del pueblo que ya tardaba en acudir a auxiliarle.

El anciano Vadier, presidente del comité de Seguridad general, durante mucho tiempo amigo, y en aquel momento el más encarnizado de los enemigos de Robespierre, a quien dió con el codo al subir a la tribuna, sucedió a Barrere.

—Hasta el 22 de pradiel — dijo Vadier — no había conocido a este astuto personaje que ha sabido disfrazarse con toda clase de máscaras, y que, cuando no ha podido salvar a sus hechuras, las ha enviado a la guillotina. Nadie ignora que ha defendido abiertamente a Bazire, Chabot, Camilo Desmoulins y a Dantón. El tirano, tal es el nombre que le doy, pretendía dividir los dos comités. Si se dirigía especialmente a mí, es porque hice contra la superstición un informe que le disgustó. ¿Sabéis por qué? Debajo de los colchones de la madre de Dios, Catalina Theos, encontré una carta dirigida a Robespierre, en que se le anunciaba que su misión estaba escrita en las profecías y que restablecería la religión sin sacerdotes y sería el pontífice del nuevo culto...

La Asamblea acogió estas palabras con una estruendosa carcajada; la ridiculez degradaba al tirano más que el ultraje, y Vadier gozó maliciosamente de la impresión que produjo. Robespierre se encogió de hombros, y el orador prosiguió:

—Si damos crédito a ese hombre, él es el único defensor de la libertad; pero lo va a abandonar todo, porque tiene una modestia poco común... Su eterno estribillo es: *¡Estoy oprimido, se me impide hablar!*, y nadie habla más que él, porque cada una de sus palabras es un deseo realizado. Si dice: Fulano conspira contra mí, hay que entender que Fulano conspira contra la República. Ponía espías en seguimiento de cada diputado; el mío me seguía hasta las mesas a que me sentaba.

Como Vadier abusaba con estos retratos y pormenores de la paciencia de los conspiradores, prolongando demasiado tiempo el golpe sobre la cabeza de Robespierre, y la reflexión podía amortiguarse, Tallián, para precipitarlo, dijo:

—Pido que se encauce la discusión.

—Bien; la encauzaré yo — exclamó Robespierre, adelantándose algunos pasos.

Pero los gritos, las patadas y el tumulto promovido por la Montaña, sofocaron nuevamente la voz del dictador: Tallián se precipitó y lo apartó a un lado, diciendo:

—Dejemos esas particularidades por importantes que sean, pues no hay uno de nosotros que no tenga que quejarse contra él de algún acto de inquisición o tiranía; pero reclamo todo vuestro horror contra el discurso que pronunció ayer en el club de los jacobinos, donde el tirano se puso de relieve. Ese hombre, cuya virtud y patriotismo eran tan ensalzados; ese hombre, que en la época del 10 de agosto apareció tres días después de la revolución; ese hombre, que debía ser en los comités el defensor de los oprimidos, los ha abandonado hace seis semanas para venir a calumniarlos mientras salvaban la patria.

—¡Eso es, eso es!—ratificaron todos.

—¡Ah! Si quisiera — terminó Tallián — referir todos los actos de opresión que se han verificado, demostraría que la mayor parte se han cometido durante el tiempo en que Robespierre ha estado encargado de la policía general.

Robespierre se lanzó irritado al lado de Tallián, exclamando:

—Es falso, yo...

El tumulto volvió a cortarle la palabra y desarmó a Robespierre hasta del valor. Más irritado de la injusticia que desconcertado por los enemigos, descendió precipitadamente las gradas de la tribuna, subió a los bancos de la Montaña, se lanzó en medio de sus antiguos amigos, los interpeló, les echó en cara su traición, y les suplicó que hiciesen que le concedieran la palabra; pero todos volvieron hacia otro lado la cabeza.

—Retírate de estos bancos, de donde te rechazan las sombras de Dantón y de Camilo Desmoulins — exclamaron los montañeses.

—Luego, ¿es a Dantón a quien queréis vengar? — respondió Robespierre, como sobrecogido de asombro y remordimientos.

Las filas, que se estrecharon, fueron la única respuesta de la Montaña. Entonces, baja al centro y, dirigiéndose en actitud suplicante a los restos de la Gironda, les dijo:

—¡Pues bien! A vosotros, que sois personas honradas, pido protección y no a esos forajidos — y, al decir esto, señaló con el brazo a Fouché, Bourdón y Legendre, tomando luego asiento en un sitio vacío del centro.

—¡Miserable — le gritaron los girondinos—, ése era el asiento de Vergniaud!

Al oír este nombre, Robespierre se levantó sobresaltado y se apartó con espanto.

Rechazado por todos los partidos, volvió a refugiarse en la tribuna, desde donde se dirigió encolerizado al presidente, mostrándole el puño.

—¡Presidente de asesinos! — le gritó con voz enronquecida por el último esfuerzo—, ¿quieres hacerme conceder la palabra?

—¡La tendrás cuando te corresponda! — le respondió Thuriot, a quien Collot-d'Herbois acababa de ceder la presidencia.

—¡No, no, no! — gritaron a una los conjurados, decididos ya a herirle sin escuchar.

Robespierre se obstinó en hablar, pero el tumulto lo anonadó, no oyéndose más que agudos chillidos que desgarraban el aire, ni viéndose más que ademanes alternativamente suplicantes o amenazadores. Las palabras no se distinguieron, y la voz de Robespierre, cada vez más enronquecida, concluyó por extinguirse completamente.

—¡La sangre de Dantón te ahoga! — le gritó Garnier de l'Aube, amigo y compatriota de Dantón.

Estas palabras anonadaron a Robespierre, y la voz desconocida de un representante, llamado Louchet, pronunció, al fin, el grito que fluctuaba en los labios de todos, pero que nadie se atrevía a lanzar:

—¡Pido — exclamó Louchet — que se decrete el arresto contra Robespierre!

XVIII

La trascendencia de la resolución, el peligro exterior y el prolongado respeto paralizaron por el pronto a la Convención, pareciendo que en la persona de Robespierre se iba a atentar a la majestad y divinidad del pueblo, y un silencio

imponente precedió a la explosión. La Asamblea vaciló; los conjurados comprendieron el peligro que se corría, pero algunas manos dieron en la Montaña la señal de aplausos a la proposición de Louchet. Estas palmadas se propagaron, se prolongaron, aumentaron y estallaron, por fin, en un aplauso unánime.

Entonces levantóse un joven, a pesar de los esfuerzos de sus colegas, que lo sujetaban por la ropa. Era Robespierre el joven, inocente, apreciado, y ajeno a los crímenes y tiranías de que se acusaba a su hermano.

—¡Soy tan culpable como mi hermano — dijo con arrogancia —; he participado de sus virtudes y quiero participar de su suerte!

Algunas exclamaciones de admiración y piedad respondieron a este sacrificio fraternal. La multitud, indiferente o acosada por la impaciencia, aceptó el sacrificio sin honrarle siquiera con su atención.

Robespierre esforzóse nuevamente por hablar, no en su favor, sino en el de su hermano, pudiendo decir:

—¡Acepto vuestra condenación, porque he merecido vuestro odio; pero, crimen o virtud, mi hermano no es culpable de lo que me reprocháis!

Un obstinado tumulto de pataleos e invectivas sordas le respondió. En vano se dirigió, ora al presidente, ora a la Montaña, ora a la Llanura, para obtener el derecho de defender a su hermano. Su voz fué desoída.

—Presidente—exclamó Duval—, ¿consentiremos que un hombre solo domine a la Convención?

—¡La ha dominado ya demasiado tiempo! — dijo una voz.

—¡Ah! ¡cuánto cuesta derribar a un tirano! — exclamó por fin Frerón, haciendo el ademán de clavar un hacha.

Estas palabras y este ademán parecieron desarraigar a Robespierre de la tribuna y sublevar a la Convención.

—¡La votación! ¡La votación! ¡El arresto!

Este sufragio general violentó la fingida longanimidad del presidente, y por unanimidad acordóse arrestar a Robespierre. Todos los miembros se levantaron gritando: ¡Viva la República!

—¿La República? — exclamó con ironía Robespierre—. Está perdida, porque triunfan los malvados — y cruzóse de brazos al pie de la tribuna.

Lebás, sentado junto al joven Robespierre, se levantó también, separándose generosamente de los acusadores de su amigo.

—No quiero — dijo — participar del oprobio de ese decreto; ¡pido que se me arreste!

Se concedió a Lebás la muerte que solicitó, incluyéndolo en el decreto que ordenaba el arresto de los dos Robespierre, de Couthón y de Saint-Just. Barrere, instrumento impasible y mecánico de la Convención, redactó apresuradamente los decretos contra sus colegas de la víspera.

Mientras Barrere escribía, dijo Frerón:

—¡Compañeros, ahora es cuando la patria y la libertad van a salir de ruinas! ¡Se pretendía formar un triunvirato que hubiera recordado las proscripciones de Sila! ¡Esos triunviros, Robespierre, Couthón y Saint-Just, deseaban que nuestros cadáveres les sirvieran de escalones para subir al trono!...

—¿Yo aspirar al trono? — respondió con melancólica ironía Couthón, levantando la capa que cubría sus rodillas, y mostrando sus piernas imposibilitadas.

Collet subió de nuevo al sillón presidencial y dijo:

—¡Ciudadanos, acabáis de salvar a la patria, que con el pecho desgarrado no os ha hablado en vano! ¡Se decía que era preciso renovar contra vosotros el 31 de mayo!...

—¡Mientes! — le gritó Robespierre desde el pie de la tribuna.

A esta voz, que la Convención fingió tomar por un ultraje, los gritos de la Montaña aumentaron, exigiendo que se llevaran a los acusados a la barra. Los ujieres vacilaron en llevarse a Robespierre, por la costumbre que tenían de respetarlo; él se resistió, y los gendarmes lo agarraron del brazo y lo llevaron con los demás acusados. Robespierre marchó como combatiente, animado aún por el calor de la lucha; Saint-Just, como discípulo ufano de participar de la suerte de su maestro; Couthón, como víctima

ya mutilada, y los otros dos como inocentes que aceptan voluntariamente la pena del crimen ajeno, por no renegar de sus doctrinas ni de sus amigos. Allí, mudos y degradados del rango de representantes, se les obligó a oír, a la vista de las tribunas, las largas declamaciones de Collot-d'Herbois y las felicitaciones que su caída arrancaba a los aduladores de la víspera. A las tres, después de levantada la sesión, los gendarmes condujeron a los acusados por la plaza del Carrousel al palacio de Brionne, donde estaba el comité de Seguridad general. La multitud de curiosos y de diputados los siguió para contemplar el gran contraste de la fortuna. Los hermanos Robespierre, agarrados del brazo, en señal de amistad indivisible aun ante la muerte, iban los primeros; seguíanles Saint-Just y Lebás, serenos y tristes, y dos gendarmes llevaban a Couthón en una silla. Acompañábanlos los sarcasmos, las carcajadas y las maldiciones.

XIX

Al mismo tiempo, una larga fila de carretas, que llevaban al cadalso a cuarenta y cinco condenados, salía del patio del Palacio, avanzando por el arrabal de San Antonio. Algunos amigos de los sentenciados y algunos ciudadanos generosos, enterados de lo que acababa de ocurrir en la Convención, esperando que la clemencia surgiera de la tiranía destruida, habíanse precipitado en seguimiento de las carretas, haciéndolas retroceder a las voces de: ¡Gracia!, repetidas por el pueblo. Hanriot, para quien la continuación del terror era la señal del poder, montó a caballo con un grupo de satélites, dispersó a sablazos a los ciudadanos compasivos e hizo ejecutar el suplicio.

Sesenta y dos cabezas habían rodado la víspera entre el primer discurso de Robespierre y su caída. Entre ellas se contaban la de Roucher, autor del poema de los *Meses*, los *Fastos franceses*, y la del joven poeta Andrés Chenier, esperanza entonces, y luto eterno después, de la poesía francesa. Estos dos poetas estaban sentados, uno al lado del otro, en el mismo banquillo, con las manos atadas a la espalda. Hablaban tranquila-

mente del otro mundo y con desdén del que abandonaban; apartaban la vista del tropel de esclavos, y recitaban sus versos, inmortales como sus nombres, mostrando la firmeza de Sócrates. Sólo Andrés Chenier, al verse en el patíbulo, se dio con la frente en un poste de la guillotina, diciendo:

—¡Es lástima, algo tenía yo aquí!

Única y tierna reconversión al destino, con la que se quejó, no de que le quitaran la vida, sino de que segaran en flor un genio poético que tan hermosas composiciones podía haber producido aún. Terminado el suplicio, Hanriot volvió lentamente y como triunfador por el arrabal. Francia, como Ofelia, la loca de Shakespeare, se arrancaba de la cabeza, para arrojársela a los pies, entre la sangre, las flores de su propia guirnalda.

LIBRO LXI

Niéganse en las prisiones a recibir a los acusados.—Son puestos en libertad y conducidos triunfalmente a la casa consistorial.—Esta se convierte en centro de la insurrección.—Toque de rebato.—Henriot en la puerta del Carrousel.—Es arrestado en nombre de la Convención.—Robespierre en el depósito del ayuntamiento.—Coffinhal entra en la casa consistorial.—Coffinhal libra a Henriot.—La sedición es reprimida en la Convención.—Bourdón de L'Oise en la tribuna.—Merlin de Thionville.—Tumulto exterior.—Henriot quiere mandar derribar las puertas.—Es puesto fuera de la ley.—Se retira a la casa consistorial.—Barrás es nombrado por la Convención ayudante general.—Movimiento en sentido contrario de los agentes de la Convención y del ayuntamiento.—Indecisión del pueblo.—Barrás rodea la casa consistorial.—Robespierre insiste en su inacción.—Henriot es abandonado por las tropas.—Gritos de viva la Convención.—Delac derriba las puertas de la casa consistorial.—Lebás se dispara un pistoletazo en el corazón.—Robespierre, el joven, se arroja de una ventana.—Coffinhal precipita a Henriot desde el piso segundo al patio.—Leonardo Bourdón invade la casa consistorial.—Robespierre recibe un balazo que le fractura la mandíbula.—Comitiva de los vencidos.—Son conducidos a la Convención.—Robespierre es depositado en el salón de descanso.—Los presos son transportados a la Conserjería.—Saint-Just y el general Hoche en el encierro.—Arresto de la familia Duplay.—Fouquier-Tinville lee los decretos que ponen fuera de la ley a los presos y acredita su identidad.—Los sentenciados son conducidos al cadalso.—Imprecaciones y aplausos de los espectadores.—La casa de Duplay.—La señora Duplay estrangulada en la prisión.—Actitud de Robespierre.—Cae su cabeza.—Juicio acerca de Robespierre y de la Revolución.

I

El momento era crítico. Los comités de gobierno habían permanecido en las Tullerías mientras había estado suspen-

dida la sesión de la Convención, pues esta suspensión era un peligro, por cuanto que no tenía la Convención en aquel momento otra fuerza que la propia. Ceder a la reflexión, habría sido sucumbir a la tiranía. El valor no es más que un acceso a los cuerpos políticos. Por eso los conjurados contra Robespierre, a quienes inspiraban inquietud los caprichos de la mayoría y las irresoluciones de opinión de la Asamblea, cuya fuerza estaba ya gastada, habían preferido el peligro de obrar solos al de consultar a la Convención cada medida que reclamara la necesidad.

Después de un breve interrogatorio en el comité de Seguridad general, Robespierre fué enviado al Luxemburgo, su hermano a San Lázaro, Saint-Just a los Escoceses, Lebás a la Force y Couthón a la Bourbe, siendo cada uno de ellos acompañado por una reducida escolta de gendarmería; pero ninguno fué recibido en la prisión a que fué destinado.

Se ha dicho que el terror inspirado por estos grandes hombres infundió tal respeto a los carceleros, que ninguna cárcel quiso recibir a los dominadores del día anterior; pero el calabozo que había recibido a Dantón podía abrirse para Robespierre. Además, si el nombre de éste podía hacer vacilar al carcelero del Luxemburgo, no tenían el mismo prestigio Lebás, Robespierre el joven, Saint-Just y Couthón. ¿Por qué los carceleros de tan diversas prisiones, situadas a los extremos ópuestos de París, que se jugaban la vida desobedeciendo las órdenes de los comités, se vieron sobrecogidos todos por el mismo respeto, a la misma hora, bajo idéntica forma y ante tan diversos acusados? El secreto de este misterio podría, tal vez, explicarse en la política temeraria, pero astuta de los directores del movimiento, quienes, según refieren los contemporáneos, supusieron, con el instinto del odio y del miedo, que el tribunal revolucionario, adicto a Robespierre, absolvería a los acusados; que cambiar este tribunal era una medida que requería tiempo; que, aun haciendo esto, sería el proceso largo y terrible; que el pueblo, agrupado durante muchos días al derredor del tribunal, no se dejaría arrebatar al acusado; y, en fin, que

no había motivos formales de acusación contra Robespierre, y que, si volvía absuelto a la Convención, como Marat, entraría como acusador. Estos motivos indujeron a obrar, como lo hicieron, a los termidorianos, quienes necesitaban una acción rápida y un delito aparente. Habían impelido a Robespierre hasta el borde del crimen, y era preciso precipitarlo en él dando al sacrificio irremisible del tirano de la Convención el pretexto de una insurrección popular fraguada por él.

Mientras los comités enviaban a los acusados separadamente, en medio del día y por los barrios más poblados a las cárceles, algunos emisarios confidenciales llevaban a los diferentes carceleros la insinuación verbal y secreta de no recibir a los acusados, quienes, rechazados de las puertas de la prisión, no podían dejar de provocar la formación de grupos alrededor de ellos, que los acompañaran en triunfo, con lo que se les podría recriminar su aparente desobediencia. Se les proporcionaba la sedición como lazo, y, por peligrosa que fuera, lo era menos para los enemigos de Robespierre que las oscilaciones de la Convención, el juicio y la ejecución. Esta es la explicación del suceso que dan los ancianos, testigos o actores de aquella misteriosa jornada, admisible a pesar de su inverosimilitud, aunque también es probable que algunos partidarios de Robespierre se hubieran marchado de la Convención al aprobarse el decreto de arresto, corriendo a hacer a los carceleros la amenazadora recomendación de no encerrar a los acusados. Tal vez coincidieron estas dos ideas. Como quiera que sea, el éxito justificó la profundidad y el pérfido arrojé de semejante plan. Cada uno de los acusados, rechazado del umbral de la cárcel adonde fué conducido, vióse pronto libre de los gendarmes, rodeado por un grupo de jacobinos y conducido triunfalmente al ayuntamiento. Payán y Coffinhal, por su parte, habían enviado algunos grupos en seguimiento de los acusados para libertarlos, saliendo igual pensamiento, aunque con contraria intención, en el mismo instante, de la casa consistorial y del comité de Seguridad general, deseando aquéllos dar jefe, y éstos pretexto a la insurrección.

II

Lejos estaba, por consiguiente, de ser la insurrección un juego inocente para los enemigos de Robespierre, sino que era, por lo contrario, un peligro inminente, y había sido organizada desde por la mañana en parte del pueblo de París, que sólo aguardaba la señal. El foco estaba en la casa consistorial, donde se encontraban Fleuriot, Payán, Dobsent, Coffinhal y Hanriot desde por la mañana. También los jacobinos estaban en sesión permanente presididos por Vivier. El ayuntamiento había recibido de minuto en minuto, por medio de varios emisarios, noticias de lo que ocurría en la Convención. A la primera noticia de la derrota de Robespierre, habíase nombrado un comité de ejecución compuesto de doce miembros, cada uno de los cuales corrió a arengar, insurreccionar y armar a las secciones. La plaza del Consejo estaba atestada de bayonetas; los artilleros de Hanriot y la gendarmería nacional juraban libertar a la Convención de los opresores; se tocaba a rebato en algunos campanarios de los extremos de París y llamada en las calles populosas de los barrios de San Antonio y de San Marcelo; la guardia nacional, acostumbrada a los triunfos de la corporación municipal, se presentaba en todas partes; y los pretilles, los puentes y las plazas que rodean la casa consistorial hasta el Puente Nuevo no eran más que un campamento.

Los alrededores de las Tullerías, por lo contrario, estaban vacíos, desiertos, silenciosos como terreno sospechoso; los arrabales acudían en turbas amenazadoras convocadas por los ayudantes de Hanriot y los emisarios de Coffinhal; y todo anunciaba la victoria a los vengadores de Robespierre, quienes obraban ya con insolencia. Habiéndose presentado un mensajero de la Convención con la orden de arrestar a Hanriot y de llamar a Payán y Fleuriot a la barra, fué silbado, insultado y golpeado en las escaleras de la casa consistorial, y, al pedir un recibo del decreto:

—Ve a decir a los que te envían —

respondió el alcalde Fleuriot — que en días como hoy no se dan recibos. Y di a Robespierre que no tenga miedo, porque el pueblo está detrás de él.

—Ve a decir también a los malvados que ultrajan a tan gran ciudadano—añadió Hanriot—, que estamos deliberando aquí para exterminarlos.

El arresto de Robespierre, anunciado algunos momentos después por algunos cómplices encargados de las tribunas, acrecentó frenéticamente la exaltación de la corporación municipal. Hanriot desenvainó el sable jurando llevar atados a la cola de su caballo a los malvados que osaban tocar al ídolo del pueblo. De pie y cercado de sus ayudantes, alrededor de una mesa llena de botellas, en la antesala de la casa consistorial, Hanriot pedía consejo a la embriaguez y valor a las imprecaciones. Mientras duraba la orgía del comandante general, el alcalde arengó al consejo en términos que daban color a la insurrección sin revelar claramente su objeto. Payán redactó un manifiesto en que denunciaba ante el pueblo a los opresores del más virtuoso de los patriotas, Robespierre; del apóstol de la virtud, Saint-Just; y de Couthón, *que sólo tenía vivos la cabeza y el corazón* — decía Payán—, *y cuyo cuerpo había sido ya devorado por el fuego del patriotismo.*

III

Adoptadas estas resoluciones, Hanriot montó a caballo con la pistola en la mano, y galopó hacia el Luxemburgo, llevando en pos de sí un pelotón de gendarmes: recorrió la calle de San Honorato, reconoció a Merlin de Thionville entre la multitud, lo detuvo, lo injurió y lo encerró en un cuerpo de guardia. Hanriot llegó a la verja del Carroussel, e intentó penetrar dentro, pero los granaderos de la Convención, en escaso número, cruzaron la bayoneta ante el pecho de su caballo. Un oficial de la Convención salió al oír el ruido y gritó a los gendarmes:

—¡Arrestad a ese rebelde! Un decreto os lo manda.

Los gendarmes, obedeciendo la ley, arrestaron al general, lo precipitaron del

caballo, lo ataron con los cinturones y lo arrojaron beodo en una de las salas del comité de Seguridad general.

IV

Mientras Hanriot sucumbía de este modo a las puertas de la Convención, Saint-Just, Lebás y Couthón eran conducidos triunfalmente por las turbas a la plaza del Ayuntamiento. El consejo municipal llamaba a voces a Robespierre; se sabía, por los rumores públicos, que el conserje del Luxemburgo habíase negado a recibirlo, y se temía que los malvados de la Convención hubieran asesinado al virtuoso ciudadano en el acto de su obediencia a la ley. Se ignoraban los motivos de que permaneciera ausente, hasta que Fleuriot, Payán y Coffinhal tranquilizaron al consejo y reavivaron el entusiasmo refiriendo la abnegación de Robespierre. Había ocurrido lo siguiente:

Robespierre deseaba morir o triunfar con honra, y limpio, al menos en apariencia, de toda complicidad en la insurrección. Rodeado a la puerta del Luxemburgo, y suplicándole que se pusiera a la cabeza del pueblo para castigar a la Convención, había permanecido obstinadamente entre los gendarmes, haciéndose conducir siempre bajo su custodia al depósito de la casa consistorial, palacio ocupado después por la prefectura de policía. Allí no habían podido decidirlo a violar la orden de ser arrestado, ni las instancias de los jacobinos ni los mensajes de Fleuriot y Payán. Preso por orden de los enemigos, quería, o triunfar o sucumbir, vencido por la ley. Esperaba que el tribunal revolucionario lo absolvería; pero, aun cuando lo condenara, decía que la muerte de un justo como él, era menos funesta a la República que el ejemplo de una rebelión contra la representación nacional. Robespierre, confinado voluntariamente durante tres horas en la prefectura de policía, sólo cedió a la patriótica violencia de Coffinhal, que fué a dispersar los gendarmes, librarlo de la prisión y llevarlo en brazos hasta la sala del consejo general del Ayuntamiento.

—Si esto es un crimen — decía Coffinhal —, recaiga sobre mi cabeza; si se

conquista alguna gloria, sea ésta para ti. Quédense los escrúpulos para el crimen, pero no dificulten la acción de la virtud. Salvándote, salvas la libertad y a la patria. ¡Atrévete a ser criminal a este precio!

V

Pero, cuando Robespierre, arrebatado más que persuadido por Coffinhal, entraba en la sala del consejo general, sofocado por los abrazos de su hermano, de Saint-Just, de Lebás y de Couthón, notificaron el arresto de Hanriot. Coffinhal bajó inmediatamente a la plaza, arengó a algunos pelotones de seccionarios, los arrastró, tomó un fusil de bayoneta y marchó al frente de esta columna al comité de Seguridad general, precipitándose, con el arma en la mano, en los corredores y salas exteriores del ala de las Tullerías donde aquél se reunía, y encontró a Hanriot durmiendo la embriaguez. Lo puso en libertad, lo colocó en el caballo, atado aún a la verja del Carrusel, y lo condujo ante los artilleros. Hanriot, despierto ya, animado, libre y ardiendo en deseos de vengar la afrenta recibida, se lanzó a las baterías y volvió las piezas contra la Convención.

VI

Eran las siete de la tarde, hora en que los diputados dispersos entraban en sesión, y la consternación empalidecía todos los rostros. Comunicábanse en voz baja los presagios siniestros recogidos de todas partes; el juramento de los jacobinos de morir o triunfar con Robespierre, la evasión de los prisioneros, los grupos sediciosos formados en los arrabales, el toque de rebato, las secciones uniéndose al concejo municipal, los cañones apuntando a las Tullerías, el vacío hecho alrededor de la Convención, la temeridad de los comités arrostrando con la fuerza de la ley el furor del pueblo armado, y la aproximación de los tres mil jóvenes alumnos de la nación, pretorianos de Robespierre, que acudían del Campo de Marte a la voz de Labreteche y de Souberbielle para inaugurar con sangre el reinado del nuevo Mario. Los tí-

midos exageraban el peligro, los indecisos lo agigantaban, los cobardes se asomaban a las puertas, sondeaban el terreno y desaparecían. Los miembros de los comités expulsados del lugar en que de ordinario celebraban las sesiones por la invasión de Coffinhal, noticiosos de la presencia de Hanriot en el Carrousel, deliberaban de pie en un gabinete próximo a la sala de sesiones públicas. Toda la fuerza de los comités residía en ellos y la salvación de la Convención dependía de su actitud. Una palabra podía perderla, y un gesto salvarla.

La Convención entonces se elevó a la altura del peligro, no desposeyéndose de la representación nacional ante los cañones asestados contra el recinto en que se hacían las leyes.

Bourdón de l'Oise presentóse en la tribuna, y las conversaciones particulares cesaron. Bourdón anunció que los jacobinos acababan de recibir una diputación del ayuntamiento y de fraternizar con los insurreccionados, y aconsejó a la Convención que fraternizara también con el pueblo de París y calmara, mostrándose como en el 31 de mayo, la efervescencia de las turbas. Merlín refirió su arresto efectuado por los satélites de Hanriot y la libertad en que lo habían puesto los gendarmes. Legendre, que halló en la desesperación de la circunstancia y en la ausencia de Robespierre gran energía, enardeció los ánimos abatidos; pero un tumulto exterior lo interrumpió.

Era que Hanriot acababa de ordenar a los artilleros que derribaran las puertas. Billaud-Varennés denunció este atentado, y algunos diputados se lanzaron fuera de la sala; pero Collot-d'Herbois apresuróse a ocupar el sillón presidencial. Este asiento, situado frente a la puerta, era el que debía recibir los primeros disparos.

—Ciudadanos — exclamó Collot, cubriéndose y sentándose—, éste es el momento de morir en nuestro puesto.

—¡En él moriremos! — respondió la Convención en pleno, sentándose para esperar el golpe.

Los ocupantes de las tribunas, electrizados por esta actitud, se levantaron jurando defender a la Convención, salieron en tropel y se esparcieron por los

jardines, los patios y los barrios inmediatos, gritando: «¡A las armas!»

La Convención aprobó un decreto declarando fuera de la ley a Hanriot. Amar salió escoltado por sus colegas y arengó a las tropas.

—Artilleros — les dijo—, ¿deshonraréis a la patria después de haber tantas veces merecido bien de ella? ¡Ved a ese hombre; está borracho! ¡Sólo un borracho puede mandar hacer fuego contra la representación de la patria!

VII

Los artilleros, conmovidos por estas palabras e intimidados por el decreto, se negaron obedecer al jefe. Hanriot, casi abandonado, condujo con trabajo las piezas a la plaza del Ayuntamiento, y el atrevido Barrás fué nombrado comandante de la guardia nacional y de todas las fuerzas de la Convención para reemplazar al general borracho, dándole por tenientes a Frerón, Leonardo Bourdón, Legendre, Goupilleau de Fontenay y Bourdón de l'Oise, todos hombres de acción. Se nombraron doce comisarios para que fueran a fraternizar con las secciones, ilustrar al pueblo, y reunir la guardia nacional a la Convención. Las columnas de los seccionarios, que se encaminaban al Ayuntamiento, se desbandaron, siendo sus pelotones dispersados por los agentes de la corporación municipal o por los comisarios de la Convención. Los unos prosiguieron directamente el camino hacia la plaza de la Greve, y los otros fueron a formarse en orden de batalla al mando de Barrás alrededor de las Tullerías. El pueblo, atraído en sentido opuesto y cansado ya de convulsiones, oyó alternativamente las proclamas de la corporación municipal y los decretos de la Convención, e, ignorando de qué parte estaba la justicia, vaciló y se detuvo irresoluto.

VIII

La noche envolvía ya en sus sombras los grupos que se iban dispersando alrededor del Ayuntamiento o que aumentaban en torno de las Tullerías. Barrás y los diputados militares de que se había

rodeado, recorrían a caballo, y alumbrados por hachas, los barrios del centro de París, convocando en alta voz a los ciudadanos para que acudieran en auxilio de la representación nacional, atacada por una horda de facciosos. Un ejército, o, mejor dicho, un puñado de hombres decididos, compuesto de ciudadanos de todas las secciones, de gendarmes y de algunos artilleros tráfugas de Hénriot, iba formándose en número de mil ochocientos alrededor de la Convención. Barrás podía engrosar este núcleo si esperaba hasta el nuevo día; pero, conociendo el precio del tiempo y el poder de la audacia, improvisó con sangre fría un plan de campaña y lo ejecutó con rapidez. Hizo cercar en silencio la casa consistorial por algunos destacamentos que se deslizaron por calles extraviadas cortando a los insurreccionados los refuerzos y la retirada. El mismo Barrás, con los cañones a vanguardia, marchó con lentitud por los pretilles a la casa consistorial. Leonardo Bourdón, yendo con otra columna por las calles angostas paralelas al muelle, se adelantó al mismo paso para desembocar por otro lado en la extremidad opuesta de la plaza de la Greve. A medida que Barrás y Bourdón avanzaban hacia el foco de la insurrección, el rumor del pueblo parecía amortiguarse alrededor del palacio municipal. El tumulto iba apaciguándose conforme se acercaban. La noche combatía por ellos. Barrás, tranquilizado por la soledad de los muelles, mandó hacer alto a las cabezas de columna, y volvió a galope a la Convención, entró en la sala, subió a la tribuna y, con el aspecto marcial, las armas y las palabras, devolvió la confianza a los ánimos. Tranquilizada la Convención, Barrás montó nuevamente a caballo entre las voces de: «¡Viva la República, viva el salvador de la Convención!» Frerón y sus ayudantes le sucedieron en la tribuna, para informar del estado de París por el lado del Campo de Marte a la Convención.

—Hemos cortado la marcha a los alumnos de la patria que el traidor Lebas estaba encargado de sublevar a favor de Robespierre — exclamó Frerón —; hemos enviado a algunos artilleros patriotas para que, mezclándose en las filas

de sus compañeros extraviados, en la plaza del Ayuntamiento, los atraigan al cumplimiento del deber. Ahora vamos a marchar e intimar a los amotinados. Si se niegan a entregarnos los traidores, los sepultaremos bajo las ruinas del edificio.

Tallien subió al sillón presidencial y dijo con voz enérgica a Frerón y los colegas de éste:

—¡Partid! ¡y que no salga el sol antes de que caigan las cabezas de los conspiradores!

IX

Robespierre continuaba en la impasibilidad que se había impuesto en el ayuntamiento, pareciendo estar más bien en rehenes de la insurrección que dirigirla. Coffinhal, Fleuriot y Payán eran los únicos que sostenían la energía del consejo y la decisión del pueblo; pero, como ninguno de ellos tenía bastante popularidad para dar su nombre a tan gran movimiento, y Robespierre les negaba el suyo, veíanse obligados a usar de violencia para salvarlo y salvarse con él.

—¡Oh! ¡si yo fuera Robespierre! — exclamaba Coffinhal.

Al salir de la prefectura de policía para dirigirse al palacio municipal, Robespierre no había cesado de repetir a la diputación que lo arrastraba:

—¡Me perdéis, os perdéis vosotros y perdéis a la República!

Desde que estaba en el consejo, afectaba mostrarse indiferente a la agitación que fermentaba en torno suyo. Saint-Just y Couthon le suplicaban que cediera a los deseos del pueblo que le confería la dictadura y ejerciera la omnipotencia durante una noche, para abdicar al día siguiente ante la Convención purificada:

—El pueblo—le repetía Couthon— sólo espera una palabra tuya para aniquilar a los tiranos y a tus enemigos. Dirígele al menos una proclama que le indique lo que debe hacer.

—¿Y en nombre de quién? — preguntó Robespierre.

—En nombre de la Convención oprimida — respondió Saint-Just.

—Acuérdate de las palabras de Sertorio — añadió Couthon—:

¡Roma no está ya en Roma, toda está donde yo estoy!

—No, no — replicó Robespierre—; no quiero dar el ejemplo de la representación nacional avasallada por un solo individuo. Nada somos sino por el pueblo y no debemos substituir nuestras voluntades a sus derechos.

—¡Entonces — exclamó Couthón—, sólo nos resta morir!

—Tú lo has dicho — respondió flemáticamente Robespierre, resuelto a sacrificarse como víctima antes que triunfar como faccioso, y apoyó silenciosamente los codos en la mesa del consejo.

—¡Pues bien! tú eres el que nos matas — le dijo Saint-Just.

Robespierre tenía ante él un pliego de papel finibrado con el sello del ayuntamiento de París, en el que se hacía lacónicamente un llamamiento a la insurrección, redactado por un miembro del consejo. Robespierre, invitado por sus colegas a firmarlo, había escrito ya la mitad de su nombre al pie de la página, pero, detenido luego por los escrúpulos, y dejando la firma sin concluir, había rechazado el papel y arrojado la pluma. Esta actitud, que perdía a los amigos de Robespierre, no lo degradaba, sin embargo, en concepto de ellos.

Couthón sentía no poder ostentar la misma impassibilidad de patriotismo; Lebas, hombre de acción, estaba encadenado por la admiración; Robespierre el joven, sólo aspiraba a leer el deber en las miradas de su hermano; Saint-Just, en respetuoso silencio, no se atrevía a combatir ya un pensamiento que consideraba superior al suyo, y estaba resuelto a seguir al maestro lo mismo a la dictadura que a la muerte.

Payán era el único que hacía esfuerzos por mantener en los noventa y dos miembros de la corporación municipal, en el pueblo de las tribunas, y en la multitud que rodeaba el palacio municipal, la constancia y el ardor de la insurrección. Creyendo enardecer a los cómplices del ayuntamiento por medio de la indignación no dejándoles otro camino que el de la victoria, les leyó las declaraciones de *fuera de la ley* que acababa de dictar la Convención, incluyendo artificiosamente en la lista de las procripciones a los espectadores de las tribunas, para confundir al pueblo y al ayunta-

miento en la misma causa. Esta astucia de Payán, que lo podía salvar todo, lo perdió todo, pues tan pronto como hubo terminado la lectura del falso decreto, la multitud que ocupaba las tribunas huyó despavorida como si hubiera visto brillar la espada de la Convención en el decreto. Las tribunas arrastraron tras de sí a las masas de seccionarios cansados de aquel movimiento que hacía siete horas giraba sobre sí mismo. Media noche había pasado ya en estas oscilaciones. En el reloj del palacio municipal sonaron las dos de la madrugada.

X

Al mismo tiempo, la tropa de Leonardo Bourdón, que se había deslizado silenciosamente por las calles laterales al muelle, deteníase, antes de desembocar en la plaza de la Greve, al grito de: ¡Viva la Convención! Hanriot, con el sable en la mano y galopando como un insensato entre la multitud, atropellándola, respondió a esta voz con la de: ¡Viva el Ayuntamiento!; pero fué inútil, porque el desprecio universal que inspiraba este jefe, el desorden de sus movimientos, la descompostura de sus ademanes, sus facciones de beodo, las calles cercadas y la aproximación de las columnas, sembraron el desaliento en las filas de los seccionarios. Los artilleros burláronse de su estúpido general, volvieron la boca de las piezas contra el palacio municipal, atronaron las plazas y los muelles con el grito de: ¡Viva la Convención!, y se dispersaron.

La columna de Barrás detúvose al oír este grito para que las turbas evacuaran la plaza, y en pocos minutos todas las fuerzas municipales se desvanecieron o se incorporaron a los batallones de aquél.

Profundo silencio reinó en las puertas del ayuntamiento, y Leonardo Bourdón receló que fuera una celada, creyendo que los insurrectos, fortificados en el interior del palacio municipal, iban a acribillar su columna y a sepultarse bajo las ruinas del edificio. El terror mutuo dejó durante mucho tiempo vacía la plaza de

la Greve, y separó los sitiadores de los sitiados. Oyóse, al fin, un disparo en el interior, y por las ventanas salieron gritos de horror y un tumulto sordo. Entonces, Dulac, agente resuelto del comité de Seguridad general, al frente de veinticinco zapadores y algunos granaderos, derribó las puertas a hachazos y subió por la escalera principal, con la bayoneta calada.

XI

Al ruido de los pasos que se aproximaban, Lebás, armado con dos pistolas, presentó una a Robespierre, instándole a que se diera muerte; pero éste, lo mismo que Saint-Just y Couthón, se negaron a suicidarse, prefiriendo morir a manos de los enemigos. Sentados alrededor de una mesa en la sala de la *Igualdad*, escucharon el ruido que se acercaba, miraron la puerta y esperaron que se decidiera su suerte.

Al primer culatazo que se oyó dar en las escaleras, Lebás se disparó un tiro en el corazón y cayó muerto en los brazos de Robespierre el joven. Este, aunque seguro de su inocencia y de su absolución, no quiso sobrevivir a su hermano ni a su amigo, y abrió una ventana, se arrojó al patio y se rompió una pierna. Coffinhal, haciendo retumbar las salas y corredores con sus voces e imprecaciones, encontró a Hanriot atontado por el miedo y la embriaguez, le echó en cara su borrachera y su cobardía, y, cogiéndolo en brazos, lo llevó a una ventana abierta y lo tiró desde un segundo piso a un montón de inmundicias, diciendo:

—¡Anda, miserable borracho, no eres digno ni aun del cadalso!

Dulac, entretanto, tranquilizado respecto al interior del palacio municipal, notificó a la columna de Bourdón el libre acceso al edificio.

Leonardo Bourdón formó la gente en orden de batalla frente a la escalinata y subió acompañado por cinco gendarmes y un destacamento. Se precipitó con Dulac y este pelotón en la sala de la *Igualdad*, cuya puerta cedió a los culatazos de los granaderos.

—¡Muera el tirano!

—¿Quién es el tirano? — gritaron los soldados.

Leonardo Bourdón no se atrevió a arrostrar la mirada del enemigo desarreado. Colocado un poco detrás del pelotón y cubierto por el cuerpo de un gendarme llamado Meda, agarró con la mano derecha el brazo izquierdo de éste, armado con una pistola, e indicando con la izquierda al que debía apuntar, dirigió el cañón del arma a Robespierre, diciendo:

—¡Ése es!

Salió el disparo, y Robespierre cayó con la cabeza hacia adelante sobre la mesa, tiñendo con su sangre la proclama que no había concluido de firmar. La bala le había traspasado el labio inferior, rompiéndole los dientes. Couthón, al querer levantarse, vaciló sobre las muertas piernas y cayó debajo de la mesa. Saint-Just permaneció sentado e inmóvil, mirando unas veces con tristeza a Robespierre, y otras con altivez a los enemigos.

XII

Al ruido de los disparos y de las voces de: ¡Viva la Convención!, las columnas de Barrás desembocaron en la plaza, escalaron el palacio municipal, cerraron las avenidas, se apoderaron de Fleuriot, de Payán, de Duplay y de los ochenta miembros del ayuntamiento, los ataron y se dispusieron a conducirlos en triunfo a la Convención, siendo Coffinhal el único que logró escaparse a favor de la confusión general. Este derribó la puerta atrancada de una sala baja, salió del palacio municipal y se refugió en el río en un barco de lavanderas, donde, habiéndole obligado a salir el hambre, fué descubierto al día siguiente.

Barrás, seguido por la larga cuerda de prisioneros, tomó con las columnas el camino de la Convención. Comenzaban a despuntar los primeros albores del día. Robespierre, conducido en una camilla por cuatro gendarmes, y con el rostro envuelto en un pañuelo ensangrentado, abría la marcha; los que llevaban a Couthón lo dejaron caer y rodar por desprecio en la esquina de la plaza de la Greve, recogiendo después. Su ropa rasgada y

manchada dejaba al descubierto parte de su cuerpo. Robespierre el joven, desmayado, era llevado por dos hombres del pueblo; el cadáver de Lebás iba cubierto con un tapiz de mesa lleno de sangre. Saint-Just seguía a pie con las manos atadas hacia delante, la cabeza descubierta y los ojos bajos.

A las cinco, la cabeza de la columna entró en las Tullerías: la Convención estaba esperando el desenlace sin temerlo. Un estremecimiento tumultuoso anunció la aproximación de Barrás y Frerón. Charlier ocupaba la presidencia.

—El infame Robespierre está ahí — dijo, señalando la puerta—. ¿Queréis que entre?

—¡No, no! — respondieron los representantes, unos por horror y otros por comiseración.

—Mostrar en la Convención el cuerpo de un hombre manchado con todos los crímenes — exclamó Thuriot—, sería despojar a esta brillante jornada del esplendor que le conviene. El cadáver de un tirano no puede traernos otra cosa que el contagio. El puesto que deben ocupar Robespierre y sus cómplices es la plaza de la Revolución.

Leonardo Bourdón, ebrio de triunfo, refirió su expedición y presentó a la Convención al gendarme que había disparado contra Robespierre. Legendre entró armado con dos pistolas, y anunció que acababa de dispersar a los jacobinos y cerrar las puertas de la sala, cuyas llaves arrojó a la tribuna.

XIII

Robespierre, depositado en una antesala, estaba tendido sobre una mesa, sirviéndole de almohada una silla volcada. Una multitud inmensa entraba, salía y se renovaba para contemplar desde lo alto de las banquetas al abatido dominador de la República. Algunos diputados, entre los aduladores del día anterior, iban a convencerse de que el tirano no podía levantarse más, no perdonando a la agonía del herido ni las miradas, ni las invectivas, ni los desprecios. Los ujieres de la Convención lo mostraban a los espectadores como una fiera en la jaula. El fingía estar muerto para librar-

se de los insultos e invectivas de que era objeto. Un empleado del comité de Salvación pública, que, aunque se regocijaba de la caída de la tiranía, no dejaba por eso de tener lástima del hombre, se acercó a Robespierre; le desató la liga, le bajó las medias hasta los talones y poniendo la mano en la desnuda pierna, sintió las pulsaciones de la arteria que revelaban la plenitud de vida.

—Es preciso registrarlo — dijo el vulgo, y, hecho esto, se le encontraron en uno de los bolsillos dos pistolas con funda, en las que estaban incrustadas las armas de Francia.

—Ved al malvado — exclamó el vulgo—. ¡La prueba de que aspiraba al trono, es que llevaba encima los símbolos proscritos de la tiranía!

Las pistolas, encerradas en las fundas y cargadas, demostraban suficientemente que Robespierre no se había disparado a sí mismo.

En aquel momento pasó Legendre por la sala, se aproximó al cuerpo de Robespierre, y le dijo con voz teatral y además insultante:

—Y bien, tirano, ¡tú, para quien no era ayer bastante grande la República, ocupas hoy dos pies de anchura sobre esa mesa!

Robespierre debió oír con horror esta voz, que una sola de sus miradas había tantas veces ahogado en la Convención, y cuyas adulaciones le habían disgustado después de la muerte de Dantón. Aunque inmóvil, lo veía y oía todo. La sangre que le brotaba de la herida le formaba cuajarones sobre la boca. Se reanimó y restañó la sangre con la funda de piel de una de las pistolas. Su mirada apagada, pero observadora, paseábase por el vulgo, como implorando compasión o justicia; pero, al no ver más que señales de adversión, volvió a cerrar los ojos. El calor de la sala era sofocante; una fiebre ardiente daba color a las mejillas de Robespierre; el sudor le inundaba la frente. Nadie alargaba la mano para asistirlo. Se había puesto a su lado en la mesa una copa de vinagre y una esponja que, de vez en cuando, empapaba para humedecerse los labios.

Después de tan prolongada exposición a la puerta del salón, desde donde el

vencido oía las explosiones de cólera de la tribuna contra él, fué trasladado al comité de Seguridad general, donde lo esperaban sus más implacables enemigos, Billaud, Collot y Vadier, quienes le interrogaron por fórmula; pero él sólo les respondió con las miradas. Abreviaron ellos el suplicio del reo y el gozo que experimentaban. Trasladado al Hotel-Dieu, los cirujanos sondaron y curaron la herida de Robespierre, quien encontró en la sala a Couthón, llevado allí como enfermo; a Hanriot con los miembros mutilados, y a su hermano, cuya fractura había sido reducida. Después de la cura, fueron los heridos transportados a la Conserjería, reuniéndolos en un mismo calabozo, donde los esperaba Saint-Just junto al cadáver de Lebás.

Al entrar en la Conserjería, Saint-Just había encontrado en la puerta baja de la portería al general Hoche, a quien él había hecho encerrar algunas semanas antes; pero éste, en vez de insultar a su enemigo, estrechó la mano del joven próconsul y, bajando la vista, se separó a un lado para dejarlo pasar. Los héroes respetan la desgracia hasta en los que los han proscrito.

Fueron conducidos al Luxemburgo y, después, a la Conserjería, el alcalde Fleuriot-Lescot, Payán, Dumas, Vivier, presidente de los jacobinos, la vieja Lavalette y Duplay, su mujer y sus hijas, patronas de Robespierre.

A las tres fueron conducidos al tribunal revolucionario, de cuya obediencia estaba tan segura la Convención, que ni siquiera había substituido a uno solo de los individuos que lo formaban. Los jueces y los jurados eran los mismos que la víspera se disponían a enviar al cadalso los enemigos de los que hoy condenaban. Fouquier-Tinville leyó con acento de rigurosa convicción los decretos de *fuera de ley* y se limitó a hacer constar la identidad. Fouquier no se atrevió a mirar a Dumas, que había sido su colega en el tribunal revolucionario, ni a Robespierre, que había sido su protector.

A las cinco, las carretas esperaban a los reos al pie de la escalera principal. Robespierre, su hermano, Couthón, Hanriot y Lebás eran ya casi cadáveres.

Fueron atados por las piernas, el cuerpo y los brazos, a los tablones de la primera carreta, recorriendo la trágica comitiva las calles más largas y populosas de París. Los vaivenes que ocasionaba el empedrado arrancaban a los reos gemidos de dolor. Las puertas, las ventanas, los tejados estaban llenos de espectadores y, sobre todo, de mujeres que aplaudían el suplicio, creyendo abominar el terror, execrando al hombre que le había dado su denominación.

—¡A la muerte! ¡A la guillotina! — gritaban junto a las ruedas los hijos, los parientes y los amigos de las víctimas.

El pueblo, poco numeroso y sombrío, miraba sin manifestar sentimiento ni satisfacción. Algunos jóvenes privados de padre, algunas mujeres sin esposo, eran los únicos que, de vez en cuando, rompían la fila de gendarmes y se acercaban al vehículo para llenar de imprecaciones a Robespierre. Parecían temer que la muerte les arrebatara el grito y la satisfacción de la venganza. Robespierre llevaba envuelta la cabeza en un lienzo ensangrentado, no dejando ver más que una de las mejillas, la frente y los ojos. Los gendarmes de la escolta lo designaban al pueblo con la punta de los sables. El apartaba la cabeza y se encogía de hombros, como compadeciéndose del error que le atribuía tantos crímenes. Su inteligencia reflejábale por completo en su mirada y su actitud expresaba resignación, pero no temor. El misterio que había encubierto su vida, ocultaba también sus pensamientos. Murió sin pronunciar una palabra.

XIV

Delante de la casa del artesano donde había vivido, y cuyo padre, madre e hijos estaban ya encarcelados, un grupo de mujeres detuvo a la comitiva y se puso a bailar alrededor de la carreta.

Un niño, que tenía en la mano un cubo de carnicero lleno de sangre de buey, empapaba en él una escoba para salpicar las paredes de la casa; pero Robespierre cerró los ojos para no ver insultar el techo de los amigos, a quienes había arrastrado en su desgracia. Este fué el único ademán de sensibilidad que

hizo durante aquellas treinta y seis horas de suplicio.

En la noche del mismo día, aquellas furias de la venganza invadieron la cárcel donde había sido encerrada la mujer de Duplay, la ahogaron y la colgaron de la varilla de las cortinas.

Prosiguió la marcha hacia el cadalso. Couthón iba meditabundo, y Robespierre el joven, enternecido. Los vaivenes que renovaban la fractura de su pierna, le arrancaban gritos involuntarios. Hanriot llevaba la cara manchada de sangre, como un borracho recogido del arroyo; se le había despojado del uniforme, y su único traje era una camisa llena de lodo. Saint-Just, decentemente vestido, con el cabello cortado, el rostro pálido pero sereno, no revelaba en su actitud humillación ni altivez alguna. La elevación de su mirada expresaba que la vista abarcaba más allá del tiempo y del patíbulo; que seguía su pensamiento al suplicio como lo hubiera seguido al triunfo, sabiendo por qué iba a morir y no acusando de nada al destino, puesto que moría por ser consecuente con sus principios, con su maestro y con la misión que se había impuesto. Ser incomprendible e incompleto, compuesto únicamente de inteligencia y que sólo tenía las pasiones en la mente: el órgano del corazón faltaba en absoluto lo mismo a su naturaleza que a su teoría. Su corazón ausente no culpaba de nada a su conciencia abstracta, y moría odioso y maldecido, sin reconocerse culpable. ¡Ceguera moral que conduce al abismo cuando se cree marchar a la salvación del mundo y a la admiración de la posteridad! ¡Eran admirables tanta juventud en el dogmatismo de las ideas, tanta gracia en el fanatismo y tanta conciencia en la impasibilidad!

Llegados al pie de la estatua de la Libertad, los ejecutores llevaron a los heridos a la plataforma de la guillotina. Ninguno dirigió al pueblo una palabra ni una reconvención, pues leían su sentencia en la actitud de asombro de la muchedumbre. Robespierre subió con paso firme los escalones del patíbulo, los ejecutores le arrancaron el vendaje que envolvía su rostro para que el lienzo no mellara el filo del hacha, y el dolor físi-

co le arrancó un rugido que resonó en las extremidades de la plaza de la Revolución. La multitud miró en silencio, y, un momento después, se oyó el golpe sordo del hacha y la cabeza de Robespierre cayó. Una prolongada exclamación de la muchedumbre, seguida de un inmenso aplauso, sucedió al golpe de la cuchilla. Entonces Saint-Just apareció de pie en el cadalso, alto, delgado, con la cabeza inclinada, los brazos atados y los pies sobre la sangre de su maestro, diseñándose su elevada y delicada estatura en el cielo, alumbrado por el último crepúsculo de la tarde. Murió sin abrir los labios, llevando la aceptación o la protesta interior a la muerte. Tenía veintiséis años y dos días.

Los veintidós troncos de los ajusticiados fueron echados confusamente en el carro con el cadáver de Lebás.

XV

Algunas semanas después, una joven vestida de lavandera y llevando un niño de seis meses en los brazos, presentóse en la casa de huéspedes donde había habitado Saint-Just, solicitando hablar en secreto con la hija del dueño. La forastera era la viuda de Lebás, hija de Duplay. Después del suicidio de su esposo, de la ejecución de su padre, del asesinato de su madre, y de la prisión de sus hermanas, la señora Lebás había variado de nombre, y, vestida pobremente, ganaba su sustento y el de su hijo lavando ropa en los barcos que sirven de lavaderos en el río. Sólo algunos republicanos perseguidos tenían conocimiento de este disfraz, y la admiraban. No le quedaban herencia, ni vestigios, ni trato de su marido, y adoraba en silencio su memoria.

Supo la joven fugitiva que la patrona de Saint-Just, pintora de profesión, poseía un retrato del discípulo de Robespierre hecho por ella poco antes de haber sido ejecutado, y ardiendo en deseos de adquirir aquel retrato, que al menos le recordaba a su marido en la figura del joven republicano, colega y el amigo más querido de Lebás, se apresuró a solicitarlo. La joven artista, reducida a la indigencia por la prisión de su padre, per-

seguido como patrón de Saint-Just, pedía seis luises por aquel trabajo; pero la señora Lebás no poseía esta cantidad, porque sólo había salvado del secuestro un cofre de ropa blanca y trajes de boda, que eran su única fortuna. Ofreció el baúl con todo lo que contenía en pago del retrato, y el ofrecimiento fué aceptado. La pobre viuda entregó durante la noche su ropa y se llevó lo que para ella constituía un tesoro. Así el amor conyugal pudo legar a la posteridad la única imagen de aquel joven revolucionario, bello, fantástico, vago como una teoría, meditabundo como un sistema, y triste como un presentimiento.

XVI

Tal fué el fin de Robespierre y del partido por él acaudillado, sorprendidos y sacrificados en la ejecución del plan que meditaban para introducir el terror en la ley, la Revolución en el orden, y la República en la unidad. Derribado por hombres, unos mejores y otros peores que él, tuvo la suprema desgracia de morir el mismo día que terminó el terror, acumulando de esta suerte en contra suya hasta la sangre derramada en el cadalso a que deseaba poner término, y hasta las maldiciones de las víctimas que intentaba salvar. Su muerte fué la fecha y no la causa de la terminación del terror. Los suplicios hubieran acabado con su triunfo lo mismo que se acabaron con su muerte. La justicia divina deshonraba de este modo su arrepentimiento, y desgraciaba las buenas intenciones de Robespierre, haciendo de su tumba un abismo cerrado, y de su memoria un enigma, cuya solución estremece, al pronunciarla, la historia por temor a cometer una injusticia si dice crimen o de inspirar horror si dice virtud. Para ser justo e instructivo, es preciso asociar atrevidamente estas dos palabras que repugnan asociarse y formar con ellas una voz compuesta. O más bien, se debe renunciar a calificar lo que no hay esperanza de poder definir. Robespierre quedó y permanecerá siempre sin definición.

Hay un propósito en su vida, y este propósito es grande: el reinado de la razón por la democracia. Hay un móvil

y este móvil es divino: la sed de la verdad y de la justicia en las leyes. Hay una acción y esta acción es meritoria: el combate a muerte contra el vicio, la mentira y el despotismo. Hay un sacrificio y este sacrificio es constante, absoluto como una inmolación de los tiempos heroicos: es el sacrificio de sí mismo, de su juventud, de su reposo, de su felicidad, de su ambición, de su vida, y de su memoria, hecho a su obra. Hay, finalmente, un medio, y este medio es alternativamente legítimo o execrable: la popularidad. Halaga al pueblo por su parte innoble; exagera la sospecha; suscita la envidia; provoca la cólera; emponzoña la venganza; abre las venas del cuerpo social para curar el mal; pero deja que su vida se deslice, pura o impura, con indiferencia, sin interponerse entre las víctimas y los verdugos. No desea el mal, pero lo acepta. Entrega a la necesidad de la situación, las cabezas del rey, de la reina y de su inocente hermana. Concede a esta supuesta necesidad la cabeza de Vergniaud, y al temor y a la dominación, la de Dantón. Permite que su nombre sirva durante diez y ocho meses de enseña al patíbulo y de justificación a la muerte, esperando rescatar más tarde lo que nunca es posible rescatar: el crimen presente por la santidad de las instituciones futuras. Embriágase con la perspectiva de felicidad pública mientras que Francia agoniza en el cadalso; se siente poseído por el vértigo de la humanidad; pretende extirpar con el acero todas las raíces maléficas del terreno social; se arroga los derechos de la Providencia, porque su imaginación los conoce y presiente su plan; se pone en lugar de Dios, y ambiciona ser el genio exterminador y creador de la Revolución, olvidando que, si todos los hombres se divinizaran a sí propios, no quedaría al fin más que un hombre en el globo, y éste habría de ser el asesino de todos los demás. Mancha con sangre las doctrinas más puras de la filosofía e inspira al porvenir el espanto del reinado del pueblo, la repugnancia a la institución de la República y la duda respecto a la libertad. Cae, por fin, en la primera lucha contra el terror, porque no ha conquistado, resistiéndolo desde

el principio, el derecho y la fuerza de dominarlo. Sus principios son estériles y reproducidos como sus proscripciones, y, al morir, tiene que exclamar con el desaliento de Bruto: «¡La República muere conmigo!» Era, efectivamente, en aquel momento, el alma de la República que se desvaneció con su último suspiro. Si Robespierre se hubiera mantenido honrado y no hubiera transigido con los extravíos de los demagogos hasta la crisis de cansancio y de remordimientos, la República habría sobrevivido, rejuveneciéndose y triunfando en él. La República buscaba un regenerador, y Robespierre no le ofrecía más que un cómplice, preparándole un Cromwell.

La suprema desgracia de Robespierre al morir, no fué tanto la de perecer y arrastrar la República consigo, cuanto la de no legar a la democracia, en la memoria de quien había pretendido personificarla con más fe, una figura llena de pureza, esplendente e inmortal, que vengara a la causa del abandono de la suerte y que protestara contra la ruina por la admiración sin la repugnancia ni reserva que inspira a la posteridad. La República necesitaba un Catón de Utica en el martirologio de sus fundadores; pero Robespierre no le ofrecía más que un Mario sin espada. La democracia tenía necesidad de una gloria que brillase para siempre desde la cuna con la denominación de hombre; pero Robespierre sólo le recordaba una gran constancia, una grande incorruptibilidad y un atroz remordimiento. Fué el castigo del hombre, el del pueblo, el de la época y también el del porvenir. Una causa a veces no es más que la denominación de hombre, y la causa de la democracia no debe verse condenada a encubrir o justificar su nombre. El tipo de la democracia debe ser magnánimo, generoso, clemente e inmutable como la verdad.

XVII

Con Robespierre y Saint-Just termina el gran período de la República, y empieza la segunda raza de revolucionarios. La República pasa de la tragedia a la intriga, del espiritualismo a la ambición, y del fanatismo a la codicia. Cuando todo

se empequeñece, es consolador contemplar lo que fué tan grande.

La Revolución sólo había durado cinco años, que fueron para Francia cinco siglos. Nunca, tal vez, en este mundo, desde la encarnación de la idea cristiana, produjo país alguno, en tan breve espacio de tiempo, semejante erupción de ideas, de hombres, de naturalezas, de caracteres, de genios, de talentos, de catástrofes, de crímenes y de virtudes como durante la elaboración convulsiva del porvenir social y político que lleva el nombre de Francia; ni el siglo de César y Octavio en Roma, ni el de Carlomagno en las Galias y la Germania; ni el de Pericles en Atenas; ni el de León X en Italia; ni el de Luis XIV en Francia; ni el de Cromwell en Inglaterra. Diríase que la tierra, deseando fundar el orden progresivo de las sociedades, hizo un esfuerzo de fecundidad comparable a la obra enérgica de regeneración que la Providencia pretende cumplir. Los hombres nacen como personificaciones instantáneas de las cosas que deben pensarse, manifestarse o hacerse. Voltaire, el buen sentido; Juan Jacobo Rousseau, el ideal; Condorcet, el cálculo; Mirabeau, el rayo; Vergniaud, el arranque; Dantón, la audacia; Marat, el furor; la señora Roland, el entusiasmo; Carlota Corday, la venganza; Robespierre, la utopía; Saint-Just, el fanatismo de la Revolución. Y detrás de ellos, los personajes secundarios de cada uno de estos grupos forman un haz que la Revolución desata después de haberlo reunido, rompiendo uno a uno todos los tallos, como herramientas melladas. La luz brilla al mismo tiempo en todos los puntos del horizonte; las tinieblas se desvanecen; las preocupaciones retroceden; las conciencias se emancipan; las tiranías tiemblan; los pueblos se levantan; los tronos se desploman; Europa, intimidada, intenta herir, y, herida ella, retrocede para contemplar de lejos tan maravilloso espectáculo. Este combate a muerte en defensa de la razón humana, es mil veces más glorioso que las victorias de los ejércitos que le suceden. Conquista aquél para el mundo verdades imperecederas, en vez de conquistar como éstas para una nación mezquinos aumentos de te-

ritorios. Ensancha el dominio del hombre, en vez de dilatar los límites de un pueblo. Su gloria es el martirio, su ambición es la virtud. Glorioso es pertenecer a una raza de hombres a quienes la Providencia ha permitido concebir tales ideas, y ser hijo de un siglo que ha dado impulso a semejantes movimientos del espíritu humano. ¡Se glorifica a Francia en su inteligencia, en su misión, en su alma, en su sangre! Las cabezas de aquellos hombres caen una a una; las unas justa, las otras injustamente; pero todas trabajando. Se acusa y se absuelve; se llora y se maldice. Las personas son inocentes o culpables, interesantes u odiosas, víctimas o verdugos; pero la acción es grande, y la idea se sobrepone a los instrumentos, como una causa honrada se sobrepone a los horrores del campo de batalla. Después de cinco años, la Revolución no es más que un inmenso cementerio. Sobre la tumba de cada una de las víctimas, hay escrita una palabra que las caracteriza. En una, *filosofía*; en otra, *elocuencia*; en ésta, *genio*; en aquella, *valor*; aquí, *crimen*; allá, *virtud*. Pero en todas se lee: *Muerte para el porvenir y Obrero de la humanidad*.

XVIII

Toda nación debe llorar, sin duda, a sus muertos y no consolarse ni de una sola cabeza que haya sido injusta y odio-

samente cortada; pero no debe echar de menos la sangre cuando ha sido derramada para hacer brillar verdades eternas. Dios ha puesto este precio a la germinación y desarrollo de sus designios en el hombre. Las ideas se alimentan de sangre humana; las revelaciones descienden de los patíbulos; todas las religiones las divinizan los mártires. ¡Perdonémoslos, pues, hijos de los luchadores o de las víctimas! ¡Reconciliémonos sobre sus tumbas para proseguir su obra interrumpida! El crimen lo ha perdido todo mezclándose en las filas de la República. Combatir no es sacrificar. Arranquemos el crimen de la causa del pueblo como el arma que le ha traspasado la mano, convirtiendo la libertad en despotismo; no intentemos justificar el cadalso por la patria y las proscripciones por la libertad; no endurezcamos el alma del siglo por el sofisma de la energía revolucionaria; dejemos a la humanidad el corazón, que es el más seguro e infalible de sus principios y acomodémonos resignadamente a la condición de las cosas humanas. La historia de la Revolución es gloriosa y triste como el día que sigue a la victoria y la víspera de otro combate. Pero, si la historia está enlutada, está también llena de fe, pareciéndose al drama antiguo en que, mientras el narrador refería el suceso, el coro del pueblo cantaba la gloria, lloraba a las víctimas, y elevaba a Dios un himno de consuelo y de esperanza.

FIN

ÍNDICE

LIBRO XLIII

Marat.—Dantón.—La Montaña.—Los girondinos son proscritos.—Excisión entre los departamentos y la Convención.—Los puertos son bloqueados.—Los coaligados en las fronteras.—Nueva constitución.—Los girondinos en Caen.—El general Wimpfen.—Marat, acusador público.

Pág. 5

LIBRO XLIV

Caen.—Casa de Carlota Corday.—Retrato de Carlota Corday.—Su vida.—Su carácter.—Sus relaciones con los girondinos proscritos.—Proyecto.—Viaje.—Llegada a París.—Audencia.—Asesinato de Marat.—Prisión de Carlota Corday.—Manifiesto a los franceses.—Sentencia.—Ejecución.

Pág. 14

LIBRO XLV

Apoteosis de Marat.—Los girondinos se marchan de Normandía.—Sus diversos destinos.—Retirada de las tropas francesas.—Los departamentos insurreccionados se someten.—Custine es llamado a París.—Robespierre combate la anarquía.—Dantón descontento.—Robespierre explana sus teorías.—Reorganización del comité de Salvación Pública.—Robespierre lo domina.—Fiesta de la nueva constitución.—Manifiesto a la Convención.—Decretos.—Movimientos de los patriotas.—Excesos.—Cadalsos.—Máximum.—Reorganización del tribunal revolucionario.—Merlín de Douai.—Ley de sospechosos.—Las prisiones son insuficientes.—El terror.—Su objeto.

Pág. 39

LIBRO XLVI

El general Custine ante el tribunal revolucionario.—Su condena.—Proceso de la reina María Antonieta.—La Conserjería.—El joven Delfín es arrebatado a su madre.—Es entregado a Simón.—Fouquier-Tinville, acusador público.—Condena de la reina.—Su vida y su muerte.

Pág. 63

LIBRO XLVII

Sesión del 3 de octubre de 1793 en la Convención.—Informe de Amar.—Decretos de acusación contra los girondinos.—Los setenta y tres diputados de la Llanura son acusados de sospechosos y reducidos a prisión.—Proceso de los veintidós girondinos.—Su condena.—Su última comida.—Su ejecución.—Juicio crítico acerca del partido girondino.

Pág. 84

LIBRO XLVIII

El duque de Orleans es conducido desde Marsella a París y encerrado en la Conserjería.—Su proceso.—Su condena.—Su ejecución.—Juicio crítico acerca de la historia de ese príncipe.

Pág. 103

LIBRO XLIX

La República dentro y fuera de Francia.—Carnot.—Situación de los coligados.—Muerte del general Dampierre.—Inglaterra.—Pitt.—Dunkerque sitiado por el ejército inglés.—Houchard, general en jefe del ejército del Norte.—Jourdan.—Hoche.—Levasseur y Delbrel, representantes del pueblo.—Batalla de Hondschoote.—Liberación de Dunkerque.—Houchard es condenado a muerte.—Su ejecución.—Lo reemplaza Jourdan.—Batalla de Wattignies.—El representante Duquesnoy.—Levántase el bloqueo de Maastricht.—El general Chancel muere en el patíbulo.—Pichegru manda al ejército del Rin; Hoche, el del Mosela.—Antecedentes de estos dos generales.—La Vendée.—Lyón y Tolón.—Descripción de Lyón.—Su población.—Sus costumbres.—Sus tendencias.—Chalier.—Su educación.—Su juventud.—Matanza de presos.—Trastornos de Lyón.—Las secciones empuñan las armas.—Madinier.—Victoria de las secciones.—Condena y ejecución de Chalier.—Lyón pasa de la resistencia a la revolución.—Chassat y Biroteau se refugian en Lyón.—Comisión popular.—Trabajos y preparativos de defensa.—El señor de Precy es nombrado comandante general por los lioneses.—Los señores de Chenelette y de Virieu.—La Convención ordena a Kellermann que sitie a Lyón.—Bombardeo de esta ciudad.—Defensa desesperada de sus habitantes.—Doppet reemplaza a Kellermann.—Lyón se ve reducida al último extremo.—Retirada de los sitiados.—La columna mandada por Virieu es hecha pedazos.—Desaparición de Virieu.—La columna del señor de Precy se divide.—Es diezmada y destruida.—El señor de Precy fugitivo.—Consigue pasar a Suiza.

Pág. 108

LIBRO L

Entrada del ejército republicano en Lyón.—La Convención decreta la destrucción de esta ciudad.—Conthón.—Collet d'Herbois.—El ejército revolucionario.—Fouché.—Profanaciones.—Suplicios.—Destrucciones.—Ruinas.—Miseria.—Dorfeuille acelera las ejecuciones.—Degüello en masa.—Idénticas ejecuciones en toda la provincia.—Tolón se subleva.—El partido realista.—Los ingleses son llamados por los insurrectos.—El general Carteaux.—Sitio de Tolón por el ejército republicano.—Napoleón Bonaparte.—El general Dugommier.—Toma del fuerte de Mulgrave.—Los ingleses evacúan a Tolón después de haber incen-

diado la escuadra francesa.—Entrada del ejército republicano.—Reacciones.

Pág. 135

LIBRO LI

Continúan las ejecuciones en París.—La señora Roland en la prisión.—Escribe sus Memorias.—Su carta a Robespierre.—Su proceso.—Su condena.—Su muerte.—Suicidio de Roland.

Pág. 152

LIBRO LII

Los Comisarios de la Convención Isabeau y Tallián en Burdeos.—Los girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Pethiön, Louvet, Valady, Salles y Guadet en Bec d'Ambés.—Buscan asilo en Saint Emilion.—La señora Bouquoy los recibe.—Se separan.—Valady se encamina a los Pirineos.—Louvet vuelve a París.—Grangeneuve y Biroteau son ejecutados en Burdeos.—Guadet y Salles, descubiertos, son conducidos a Burdeos y ejecutados.—Barbaroux se dispara un pistoletazo.—Es conducido, ensangrentado, a Burdeos y llevado al cadalso.—Encuéntranse en un campo los cadáveres de Buzot y de Pethiön.—Barnave, Dupont, Bailly.—Su condena.—Su muerte.—Largo suplicio de Bailly.—Ejecución de la señora Dubarry y de Birón.—El señor y señora Angrand d'Alleray.—La Convención es aventajada por el municipio.—Notas póstumas de Robespierre.—Medidas filantrópicas.—Calendario republicano.—El obispo Gobel.—Apostasias.—Hebert y Chaumette.—Profanaciones del culto católico.—Inauguración del culto de la Razón.—Destrucción de las tumbas de San Dionisio.—Exhumación de los restos mortales de los reyes.

Pág. 159

LIBRO LIII

El terror en los departamentos.—Carrier en Nantes.—Fusilamientos, ahogamientos y matrimonios republicanos.—Carrier es llamado a París.—José Lebón en Arrás y en Cambrai.—Numerosas ejecuciones.—Maignet en el Mediodía.—Tallián en Burdeos.—La señora de Fontenay (Teresa Cabarrús).—Dulcifica a Tallián.—Robespierre el joven en Vesoul.

Pág. 180

LIBRO LIV

Saint-Just y Lebás comisarios de la Convención en el ejército.—Saint-Just reprime el terror en Estrasburgo.—Carta íntima de Lebás.—El poder de Robespierre contrabalanceado por el de Danton.—Chaumette y Hebert.—El padre Duchesne.—Club de mujeres.—Las calceteras de Robespierre.—La sociedad fraternal.—La sociedad revolucionaria.—Rosa Lacombe.—Los clubs de mujeres cerrados por decreto de la Convención.—Facción de Hebert.—El padre Duchesne y el Viejo Franciscano.—Camilo Desmoulins.—Origen del Viejo Franciscano.—Robespierre defiende la libertad religiosa en el club de los jacobinos.—Depuraciones en el club de los jacobinos.—Danton da cuenta de sus actos.—Robespierre lo defiende protegiéndolo.—Ataque a Anacarsis Klotz.—Disculpa a Camilo Desmoulins.—Informe de Robespierre a la Convención.—Conducta de Danton adivinada por Robespierre.—Fragmento del Viejo Franciscano.—Tentativa de reconciliación entre Hebert y Robespierre.—Proposición de un triunvirato rechazada.—Política del comité de salvación pública.—Danton se engaña.—Doctrinas profesadas por Robespierre en la Convención.—Tentativa de insurrección de Hebert.—Aborta.—Informe de Saint-Just a la Convención.—Herbert y sus cómplices son reducidos a prisión.—Su muerte.—Amigos de Danton encarcelados.

Pág. 188

LIBRO LV

Robespierre, Dantón.—Su entrevista.—Saint-Just en casa de Robespierre.—Inacción de Dantón.—Sesión secreta de los tres comités.—Discurso de Saint-Just.—Pide el encarcelamiento de Dantón y de sus cómplices.—Dantón, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Lacroix y Westermann son reducidos a prisión.—Llegan al Luxemburgo.—Sesión de la Convención.—Discurso de Legendre.—Respuesta de Robespierre.—Informe de Saint-Just.—Proyecto de decreto contra Dantón y sus cómplices.—Votación unánime.—Dantón en la prisión.—Camilo Desmoulins.—Su mujer.—Proceso de los acusados.—Su condena.—Su ejecución.—Juicio acerca de Dantón.

Pág. 210

LIBRO LVI

Recrudescimiento del terror.—El general Dillon, Chaumette, el obispo Gobel, la viuda de Hebert, Lucila Desmoulins.—Carta de la señora Duplessis a Robespierre.—Dominación del comité de salvación pública.—Saint-Just en el ejército.—Fuerzas y plan de los coligados en 1794.—Fuerzas del ejército francés.—Pichegru.—Souham.—Moreau.—Victoria de Turcoing.—Marceau.—Duhesme.—Kleber.—Bernadotte.—Jourdan, general en jefe.—Lefebvre.—Macdonald.—Toma de Charleroi.—Batalla de Fleurus.—Lefebvre y Championnet.—Globo de observación.—Se resuelve invadir a Holanda.—Indecisión de la corte de Viena.—Hoche.—Se levanta el bloqueo de Landau.—Los austriacos repasan el Rin.—Los prusianos se retiran a Maguncia.—Prisión de Hoche.—Es conducido a París.—Garantización de las fronteras.—Dumas.—Massena y Serurier.—Bonaparte.—Augereau.—Perignon.—Dugommier.—La escuadra de Brest.—Su insubordinación.—El almirante Morard de Galles es reemplazado por Villaret-Joyeuse.—Encuentro de las escuadras francesa e inglesa.—Combate del 1.º de junio de 1794.—El navío *Vengador*.—La escuadra francesa vuelve a Brest.—El *Canto de partida*.—El terror y las ejecuciones aumentan.—Las insultadoras públicas.—El hijo de Custine es condenado y ejecutado.—Suicidio de Claviere.—Envenenamiento de su mujer.—Ejecución de Lamourette, obispo de Lyon.—Condorcet.—Su retirada.—Su fuga.—Su prisión.—Se envenena.—Louvét.—Larevellere-Lepeaux.—El señor de Malesherbes y su familia, Luckner, Douval-Depremenil y los hombres más ilustres de la monarquía son llevados al patíbulo.—Hornadas de la guillotina.—Las jóvenes de Verdún.—Las religiosas de Montmartre.—La guillotina es transportada desde la plaza de Luis XV a la barrera del Trono.—Suplicio del abate Fenelon a los ochenta y nueve años.—Palabras de Collot d'Herbois a Fouquier-Tinville.

Pág. 233

LIBRO LVII

Aspecto de las prisiones.—Roucher, Andrés Chénier.—Los Carmelitas.—Señoras de Aiguillon, Beauharnais y Cabarrús.—El Temple.—Madama Isabel.—Madama Real.—El Delfín.—Madama Isabel ante el tribunal revolucionario.—Es condenada a muerte.—Su ejecución.—Robespierre domina en el ayuntamiento y en la Convención.—Sus dudas.—Sus amigos Saint-Just, Couthón, Lebás.—Sus enemigos secretos.—Disensiones en los comités.—Discurso de Robespierre acerca de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma pronunciado en la Convención.—Decreto.—Los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau son trasladados al Panteón.

Pág. 252

LIBRO LVIII

Ladmiral.—Tentativa de asesinato contra Collot d'Herbois.—Cecilia Renault en casa de Robespierre.—Es arrestada.—Discurso de Robespierre en la Convención.—Fiesta del Ser Supremo.—Triunfo de Robespierre.—Irritación de los comités.—Proyectos de leyes filantrópicas de la Convención.—Decretos del 22 de pradiel.—Altercados en el comité de salvación pública.—Robespierre se separa de sus colegas.—Sus notas secretas acerca de varios miembros de la Convención.—Conjuración secreta.

Pág. 269

LIBRO LIX

Los termidorianos.—El terror aumenta.—Barrere, el *Anacreonte de la Guillotina*.—Tendencias supersticiosas.—Catalina Theot.—Don Gerle.—Señora de Sainte-Amaranthe.—Señor y señora de Sartines.—Señorita Grandmaison.—Quesvremont.—Trial.—Robespierre en casa de la señora de Sainte-Amaranthe.—Prisión de ésta y de su familia.—La complican en la conspiración del extranjero con Cecilia Renault y Ladmiral.—Los acusados ante el tribunal.—Su condena.—Su ejecución.—Robespierre en el club de los jacobinos.—Tentativa de reconciliación entre los miembros de los comités.

Pág. 287

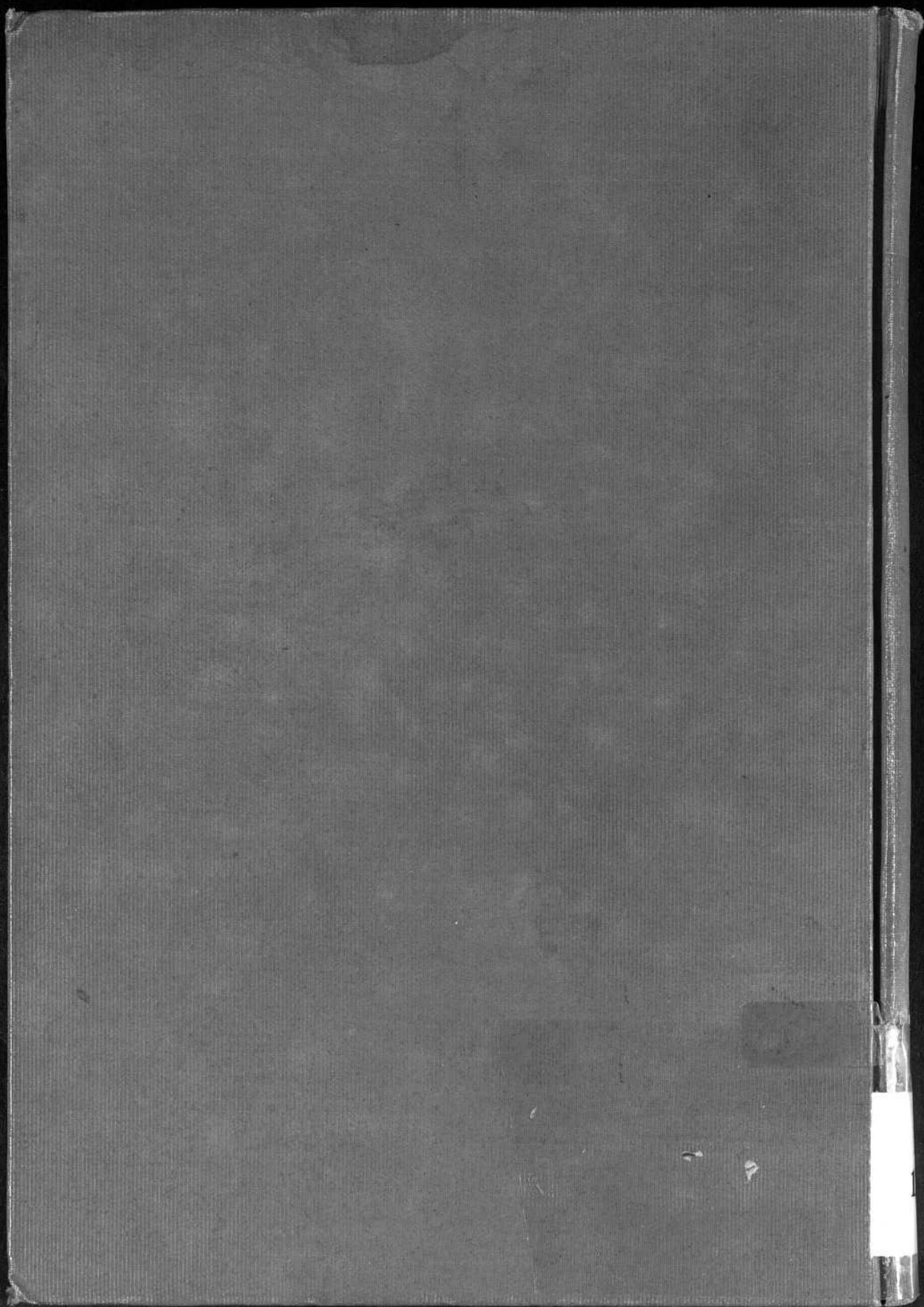
LIBRO LX

La reconciliación es falsa.—Deliberación de los conjurados.—Los jacobinos y los seccionarios eligen a Robespierre por jefe y por divisa.—Síntomas de un nuevo 31 de mayo.—Primeros días de termidor.—Robespierre permanece aislado.—Su peregrinación a la ermita de Juan Jacobo Rousseau.—El 7 de termidor.—El 8 de termidor.—Robespierre lee un discurso en la Convención.—La Asamblea niega la impresión.—Robespierre en el club de los jacobinos.—Lee el discurso rechazado por la Convención.—Su testamento de muerte.—Agitación.—Manifestaciones tumultuosas.—Payán propone suprimir los comités.—Saint-Just en el comité de salvación pública.—Escena violenta.—Collot d'Herbois y Saint-Just.—Los conjurados se aperciben para la crisis del día siguiente.—Carta de Teresa Cabarrús a Tallián.—Respuesta de Tallián.—Indecisión de los diputados de la Llanura.—No se dejan arrastrar por los conjurados.—9 de termidor.—Los jacobinos se preparan para los sucesos del día.—Colfinhal, Fleuriot, Payán, Henriot.—Sesión de la Convención.—Collot d'Herbois presidente.—Saint-Just en la tribuna.—Es interrumpido por Tallián.—Billaud-Varennes denuncia los proyectos de los jacobinos contra la Asamblea.—Prolongada agitación.—Ataca a Robespierre.—Es vivamente aplaudido.—Robespierre se lanza a la tribuna.—Clamores de la Montaña.—Tallián quita la palabra a Robespierre y pide la prisión de Henriot, y la permanencia de la sesión.—Estas proposiciones son aprobadas por aclamación.—Barrere sube a la tribuna y se pronuncia contra Robespierre.—Vadier sucede a Barrere.—Robespierre no puede hacerse oír.—Baja de la tribuna.—Es rechazado de todos los bancos.—Voces.—Tumulto.—Se decreta la acusación de Robespierre.—Robespierre el joven, Couthón, Saint-Just y Lebás participan de su suerte.—Los acusados son conducidos a la barra.—Suspéndese la sesión.—Los acusados son enviados a la prisión.—Ejecuciones.—Roucher, Andrés Chénier.

Pág. 299

LIBRO LXI

Pág. 321



A. DE LAMARTINE

LA REVOLUCIÓN
FRANCESA
(HISTORIA DE LOS
GIRONDINS)

D-2
12626